

CHILE - PERÚ

El siglo que vivimos
en peligro



¿Chile, país expansionista? ¿Perú, país revanchista? ¿Bolivia, una herida abierta entre ambas naciones? ¿Cómo romper esa camisa de fuerza tras más de cien años? Por primera vez los grandes protagonistas chilenos y peruanos de los conflictos de las últimas décadas confrontan sus posiciones y develan sus ideas para dejar atrás las pugnas heredadas del siglo XIX.

LA TERCERA
MONDADORI

José Rodríguez Elizondo es un escritor chileno de vivencias múltiples y registro amplio. Su obra mayor consta de 17 títulos, entre cuentos, novelas, ensayos y reportajes. Los más conocidos son los ensayos *Crisis y renovación de las izquierdas*, *El Papa y sus hermanos judíos*, *Chile: un caso de subdesarrollo exitoso* y la novela *La pasión de Iñaki*.

La crítica ha destacado su creatividad, su estilo ameno y su profundidad de análisis de grandes temas contemporáneos, como la guerra de Vietnam, la revolución cubana, el conflicto del Medio Oriente y el terrorismo de Estado. Vivió una década en el Perú, donde fue editor internacional de la revista *Caretas* y comentarista de televisión. Ha sido director del Centro de Información de la ONU en España, director de Cultura de la Cancillería y embajador en Israel. Es profesor universitario y columnista de *La Nación Domingo* y *La Vanguardia de Barcelona*. Su labor ha sido reconocida con el Premio Rey de España de Periodismo, Diploma de Honor de la Municipalidad de Lima, Premio América del Ateneo de Madrid y Premio Internacional de la Paz del Ayuntamiento de Zaragoza.

CHILE-PERÚ:
EL SIGLO QUE VIVIMOS
EN PELIGRO

Chile-Perú: el siglo que vivimos en peligro

© 2004, José Rodríguez Elizondo

© 2004, Consorcio Periodístico de Chile S.A., COPESA

Random House Mondadori S.A.

Monjitas 392, of. 1101, Santiago de Chile

Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210

E-mail: editorial@randomhouse-mondadori.cl

www.randomhouse-mondadori.cl

Primera edición: mayo de 2004

ISBN: 956-8207-05-8

Registro de propiedad intelectual: 139.708

Impreso en Chile: Quebecor World Chile S.A.

Diseño de colección: Josefina Johansen

Diseño de portada: Andrea Cuchacovich

Composición de interiores: Salgó Ltda.

Fotografías de portada: Archivo del autor

Archivo fotográfico de COPESA

Archivo fotográfico Caretas

El Estado de Chile y el del Perú se unen, ligan y confederan en paz y guerra para sostener con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres, en cuanto lo permitan las circunstancias, su independencia de la Nación Española y de cualquiera otra dominación extranjera, y asegurar después de reconocida aquélla, su mutua prosperidad, la mejor armonía y buena inteligencia así entre sus pueblos, súbditos y ciudadanos, como con las demás potencias con quienes deben entrar en relaciones.

Artículo I del Tratado de Amistad, Liga y Confederación, suscrito en Santiago el 23 de diciembre de 1822, en el nombre de Dios, autor y legislador del Universo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
Parte Primera	
EL SIGLO PERDIDO	19
1. Los tres cataclismos	21
2. Los chilenos como mito	23
3. Enemistad íntima	24
4. Nacionalismo y bienes simbólicos	27
5. Estrategias amarradas	31
Parte Segunda	
HISTORIA PERSONAL DEL PERÚ	33
6. Milagro con techo apolillado	35
7. Revolución insólita	37
8. La vanguardia sola	39
9. El mundo al revés	42
10. Golpismo popular	46
11. Golpismo sin desarrollo	47
12. Velasco contra Mercado	49
13. Sangre de político	52

Parte Tercera	
LA GUERRA QUE NO FUE	57
14. Sospecha lejana	59
15. Sospecha cercana	64
16. Sospecha confirmada	68
17. Sospecha archivada	72
Parte Cuarta	
LA GUERRA QUE PUDO SER	75
18. Primero desactivar	77
19. Entretiem po	79
20. "Dictablanda" en acción	80
21. Sólo la democracia salvará al Perú	83
22. "Tongo" ejemplar	87
23. El año más peligroso	89
24. Escenario abierto	91
25. El embajador y los espías	92
26. Indisciplina poco creíble	94
27. Bulnes, <i>El Mercurio</i> y Pinochet	96
Parte Quinta	
ENTRE EL EXILIO Y LA GUERRA	99
28. Silencio en Santiago	101
29. Flash back	102
30. Analista en tensión	104
31. Vida entre líneas	106
32. El canciller civil y el canciller militar	109
33. Ensayo de Mercado	110
34. Geopolíticos reunidos	113
35. Revolucionarios en la encrucijada	118
36. Flash back 2	119
37. El empresario FOZ	123
38. Vargas Llosa y la pobre razón	128
39. Proeza sin reconocimiento	130
40. En vivo y en directo	133

Parte Sexta

LA ESTRATEGIA DE CHILE	145
41. Sobre exiliados y embajadores	147
42. Un gran señor	150
43. Introducción a la estrategia	153
44. Bolivia: tercero en discordia (I)	156
45. Lo que hubo detrás del golpe	157
46. Neutralizando a Banzer	160
47. Disuadiendo a Velasco	164
48. Luces contradictorias desde USA	167
49. Exhumados y Seguridad Nacional	171
50. El rol de los exiliados	174
51. Flash back 3	176
52. Afinamiento de Cubillos	178
53. Percepción militar hoy	182
54. Silencio de la percepción	186

Parte Séptima

EL FIASCO DE LAS CONVENCIONES	191
55. El legalismo frustrado	193
56. Flash back 4	202
57. Derecho y estrategia	213
58. Decodificando a Pérez de Cuéllar	218
59. Del fiasco a la derrota	222
60. Reconponiendo el tablero	225
61. Almas en conflicto	230

Parte Octava

SIGLO XXI	235
62. Los costos del <i>statu quo</i>	237
63. Intereses sin conflicto	239
64. Estrategias sin colisión	242
65. Bolivia: tercero en discordia (II)	246
66. Divagación sobre la historia	251
67. La visión de O'Higgins	254
68. Cuarto cataclismo	260

Parte Novena	
DESPUÉS DE LA FUGA	265
69. La dupla que no existió	267
70. Responsabilidad superior	269
71. Los misiles de Waisman	272
72. Flash back 5	276
EPÍLOGO	279
ANEXOS CON LA HISTORIA	283
Ricardo Lagos Escobar	285
Eduardo Frei Ruiz-Tagle	297
Enrique Silva Cimma	307
José Miguel Insulza	314
Edgardo Mercado Jarrín	327
Diego García Sayán	347
Carlos Ferrero Costa	358
Valentín Paniagua Corazao	364
Alejandro Toledo Manrique	376
Agradecimientos	385
Referencias	389
Índice onomástico	403

INTRODUCCIÓN

I

Mi interés por el Perú comenzó en los años 70, cuando mi aprista suegro Héctor Gómez de la Torre me introdujo en la política de su país, desde la perspectiva de Víctor Raúl Haya de la Torre y su revolución indoamericana.

Su experiencia contrastaba con mi conocimiento sesgado y más bien superficial sobre el país vecino (lo que algunos aducirían como “gajes de la historia oficial”). Sin embargo, dejé el tema para mejor oportunidad, ya que en ese entonces estaba demasiado ocupado con mi revolución chilena.

La ocasión se presentó como secuela del exilio, y se inició cuando, tras un instructivo trienio en la staliniana República Democrática Alemana, llegué a vivir a un Perú que se encontraba bajo régimen de revolución militar.

Mi Perú propio fue una práctica decenal. Se impartió entre 1977 y 1986, y comenzó con el gobierno del general Francisco Morales Bermúdez, pasando por el de Fernando Belaunde, hasta terminar con el de Alan García y teniendo siempre a la vista el fantasma del general Juan Velasco Alvarado. La Dirección de Migraciones se convirtió en mi pesadilla anual pero, al margen de ese *vía crucis* de rigor, hoy rescato una paradoja y una lección.

La paradoja consistió en que la “democracia popular” de Erich Honecker me había recibido con los brazos burocráticos abiertos. Me

dio, con cargo al Estado, todo lo necesario para subsistir, excepto la libertad. La dictadura de Morales Bermúdez me recibió, en cambio, con indiferencia, sólo variando ese talante —de manera revocable— por la amenaza de guerra de 1978. El presupuesto fiscal no contribuyó para nada en mi subsistencia y, como contrapartida, nadie coartó mi libertad para trabajar en uno de los sectores estratégicos de su sociedad.

En cuanto a la lección, tiene que ver con una de las dimensiones del exilio. La sociedad peruana terminó con parte importante del castigo al permitirme trabajar en mis vocaciones principales. De hecho, me brindó las mismas posibilidades de desarrollo que el Chile anterior a septiembre de 1973.

II

Entre la paradoja y la lección se forjó una perspectiva binacional que escasea en los narradores y cientistas sociales que han interpretado a nuestros países. En el curso de los años ella fue abriéndose como un esquema en bruto, que me permitió comprender mejor la suma de hechos, complejos y traumas que nos vincula de manera interactiva.

Simultáneamente, los trabajos y las vivencias acumularon un depósito de informaciones —fichas, cartas, notas manuscritas, archivos de prensa y entrevistas inéditas— que se convirtieron en materiales importantes, escondidos primero en carpetas polvorientas, y luego, en ese container que hoy se llama disco duro de computador.

Reinstalado en Chile, en 1991, verifiqué que el vacío de información sobre lo sucedido en las últimas décadas era sorprendente. No había estudios generales ni monográficos satisfactorios sobre las relaciones chileno-peruanas de la década del 70. Ninguna investigación competente sobre las estrategias nacionales de dos potencias en curso de colisión. Ningún análisis circunstanciado sobre las contradicciones entre la “guerra interna” chilena y la guerra convencional que amenazaba. Nada sobre el peligro para la seguridad nacional que implicó la política hacia los exiliados y la actuación de agentes de inteligencia chilenos orientados a la represión en el exterior. Nada sobre los generales Velasco Alvarado y Morales Bermúdez que revelara sus roles antagónicos respecto a Chile. Un déficit increíble, si se piensa que en esa década, y por dos veces, las

Fuerzas Armadas de ambos países llevaron sus ejercicios de guerra hasta el límite entre la disuasión y la confrontación.

A partir de ese vacío, sentí la necesidad de ejecutar el esquema percibido en el Perú, comprendiendo que la ignorancia del detalle fue y sigue siendo, allá y acá, la mejor excusa del statu quo secular, con la amenaza bélica agazapada.

Trabajar en esa línea suponía eludir los reflejos “chilenocéntricos” y reconocirme tres libertades especiales:

- Analizar la historia contemporánea como si no existieran las hipotecas que levanta la historia oficial.
- Rescatar las técnicas del género “memorias”, pues el testimonio personal bien valía sacrificar el pudor de escribir en primera persona.
- Colocar en punto neutro las emociones del folclor y las tradiciones nacionalistas.

III

Esporádicamente, traté de interesar a editores o mecenas institucionales chilenos para que financiaran este proyecto. No hubo mayor interés, lo cual era testimonial en sí.

Siendo lo óptimo enemigo de lo bueno, en un momento concluí que valía la pena procesar mis materiales en la medida de lo posible: actualizarlos, escribir textos de enlace y reeditar otros publicados sin temor al “refrito”, dándole al todo un mínimo de organicidad.

Pero, de improviso, la Fundación Ford me abrió la posibilidad buscada. Augusto Varas, su director de investigación en Chile, al tomar conocimiento de mi proyecto, decidió colaborar en su ejecución. De esta manera, a lo largo del año 2002 fui procesando el material, entrevistando actores peruanos prominentes y escribiendo el libro imaginado.

En ese trance, surgieron nuevas perspectivas. Los protagonistas daban pistas inéditas, éstas llevaban a fuentes desconocidas, la relación bilateral producía hechos que se debían consignar y las frustradas convenciones de Lima de 1993 mostraban otro ángulo de los peligros del statu quo. Entonces, enfrenté el viejo dilema de eliminar contenidos o sintetizarlos de manera elíptica.

Opté por lo segundo. Consecuentemente, este libro se concentra en tres grandes momentos críticos: la guerra directa que se evitó en 1975, la guerra derivada que amenazó en 1978 y el “fiasco” de las Convenciones de Lima. Todo esto distribuido en nueve partes y un anexo con entrevistas a los principales actores contemporáneos.

La primera parte es una reflexión sobre la enemistad íntima entre las élites de ambos países, ya que permite entender el irreductible antagonismo nacionalista de posguerra: los peruanos cultivando el rencor; los chilenos, la soberbia, y ambos encadenándose a un proceso de interdependencia negativa.

La segunda parte es una visión personal del Perú en el cual viví, destinada a contextualizar el análisis. Su énfasis está en las contradicciones de una revolución militar que se percibía tan radical como el proceso chileno de la Unidad Popular y que resultó menos institucional de lo que sus líderes pretendían.

La tercera parte desmonta los mecanismos por los cuales esa revolución militar conducía a una guerra civil o a una guerra con Chile. Muestra la importancia de haber distinguido entre las dos fases de su proceso: la del golpe del general Velasco Alvarado y la del golpe dentro del golpe del general Morales Bermúdez.

En la cuarta parte se analiza el cronograma político 1975-1980 de Morales Bermúdez, con énfasis en su funcionalidad antibelicista. Aquí se explica por qué el cumplimiento de dicho cronograma cuajó en una transición a la democracia realmente modélica, y en cómo fue un factor de resistencia a la alianza que necesitaban los militares argentinos para iniciar una guerra contra Chile.

La quinta parte profundiza en el período de Morales Bermúdez, desde la perspectiva de un exiliado chileno inserto en la sociedad civil peruana. Es un análisis del funcionamiento de sus distintos sectores y del comportamiento de sus personalidades ante la eventualidad de una nueva guerra contra Chile. Contiene el testimonio directo del gobernante peruano.

La sexta parte asume lo anterior desde la perspectiva de Chile. A partir de la información abierta y de testimonios inéditos —como el de Francisco Bulnes Sanfuentes, embajador en el Perú entre 1977 y 1980—, se expone el conflicto entre la diplomacia tradicional y la “diplomacia uniformada”, además del peligro de la unificación de roles del conductor político y del estratega. Sobre tal base, se reconstruye la

estrategia chilena orientada a desmontar la amenaza de una guerra en tres frentes, y se incorpora un análisis del pensamiento actualizado del Ejército de Chile.

La séptima parte se centra en las Convenciones de Lima de 1993, concebidas para poner término legal a toda posibilidad de macrocrisis entre ambos países. Muestra cómo, en la práctica, la parte chilena asumió esa ilusión jurídicista, mientras la peruana actuó bajo la necesidad **estratégica de concentrar fuerzas en otros frentes**.

En la octava parte se expone el estado de situación en el presente siglo XXI, desde el punto de vista de los intereses nacionales, la posibilidad de estrategias renovadas y la necesidad de una nueva política respecto de Bolivia. También se analiza el condicionamiento histórico negativo que afecta a chilenos y peruanos, debido a una narrativa sesgada, que oculta la visión del prócer Bernardo O'Higgins.

La novena parte esboza la crisis general peruana producida por la gestión del fugado Presidente Alberto Fujimori. Se sugiere que, por tratarse de una crisis integral, que puso en peligro la seguridad nacional y afectó a la institucionalidad castrense, ese período es recreable como otro hito negativo de carácter macro en la historia del Perú. Simultáneamente, se presenta la poscrisis como una nueva oportunidad para **renovar la relación bilateral**.

Tras el epílogo, se abre un anexo con entrevistas del autor a los más destacados actores políticos chilenos y peruanos contemporáneos. Por parte de Chile están el Presidente Ricardo Lagos Escobar, el ex Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, su canciller José Miguel Insulza y Enrique Silva Cimma, canciller en el gobierno de Patricio Aylwin. Por parte del Perú, están Edgardo Mercado Jarrín, jefe del Ejército y canciller durante la revolución militar; Diego García Sayán, primer canciller de Alejandro Toledo; Carlos Ferrero Costa, ex presidente del Congreso y actual primer ministro de Toledo; Valentín Paniagua, Presidente de la República tras la fuga de Alberto Fujimori y el actual Presidente, Alejandro Toledo.

Estas entrevistas, que pueden confirmar o contradecir tesis de la obra, son encuentros vivos con la Historia.

JRE

Santiago, Junio de 2004

Parte Primera

EL SIGLO PERDIDO

1. Los tres cataclismos

Decir que el Perú es un país complejo parece un lugar común lleno de vacío. No existen los países simples; pero sucede que en su caso la complejidad sale tanto de lo común, que obliga a redescubrir el concepto. Es lo menos que puede hacer un investigador que sabe de su rico pasado y se ha asomado a la amargura de sus más calificados intelectuales. Esos que se preguntan “cuando se jodió el Perú”, descalifican a “Lima la horrible” o nos cuentan del “país de desconcertadas gentes”, del “Perú problema” y, en todos los casos, del “Perú profundo”. Esto, quizás, porque creen que sus posibilidades se perdieron en el abismo de la mitología.

Entonces, al hacer un rodeo geopolítico, éste indica que el Perú nunca llegó a ser un Estado-nación normalizado. En un país cuyas zonas geográficas —costa, sierra y selva— se segmentan y encierran en sí mismas, más correcto sería hablar, orteguianamente, de un Estado invertebrado. Incluso hay quienes, como el sociólogo José Matos Mar, hablan de un Estado informal o en crisis de “desborde”.¹ También, es un país multiétnico y pluricultural, donde se habla el quechua y el aymara en la sierra, además de innumerables dialectos en la selva amazónica. Todas estas voces encuadradas dentro del castellano oficial que se habla —y de manera excelente— en las ciudades principales.

Tamaño diversidad permite suponer que muchos grupos humanos o tribus ignoran, hasta el día de hoy, que en esos espacios hubo una vez

un tahuantinsuyu o un virreinato. También podría explicar el juego de las etnias en pugna, la identidad nacional entre signos de interrogación, la frágil base de las clases dirigentes, la difícil gobernabilidad, los desafíos que enfrenta el Estado de Derecho democrático y, en definitiva, el pesimismo histórico como reflejo social.

“Somos un país desesperanzado, desilusionado, con baja autoestima colectiva”, ha reconocido, amargo, el Presidente Alejandro Toledo.²

Quizás por eso el Perú ha vivido mirando hacia atrás. Y si esto es así, significa que los grandes hitos históricos —esos que en otros países adquieren un signo positivo o bien olvidadizo—, en algún momento comenzaron a ser percibidos como cataclismos.

En esa línea, el aporte civilizacional de los conquistadores españoles fue eclipsado, durante siglos, por la demolición del imperio incaico. Historiadores, antropólogos y trovadores convirtieron el incario en un paraíso mitologizado, destruido por los sicarios de una leyenda negra. Una reciente secuela de esa tradición indigenista se produjo en julio del 2003, con el desalojo de Francisco Pizarro, cuando su monumento fue desplazado desde su posición central ante el palacio de gobierno —que por algo se llama Palacio Pizarro— hacia un galpón de espera.

Luego, cuando trabajosamente el virreinato devolvió la autestima a los criollos, autóctonos y mestizos, el movimiento independentista instaló a parte importante de las élites peruanas entre la perplejidad y el rechazo. Para movilizarlas, el chileno Bernardo O'Higgins y el argentino José de San Martín debieron montar una expedición libertadora. El venezolano Simón Bolívar, por su parte, pretendió neutralizar a los peruanos hispanófilos insertando al país en una gran Confederación Colombiana. Por eso, para el *establishment* peruano de comienzos del siglo XIX, la gesta independentista se inscribió sobre el viejo papiro del inca y del virrey, borrando sus señales nobles a la manera de un palimpsesto.

Con ese *background* tan especial, la entrada de las fuerzas chilenas a Lima, en 1881, no fue percibida como el acto final de una de las tantas derrotas que en la Historia se han dado; es decir, como una ocupación territorial con todos los errores, horrores, traiciones y gestos de nobleza de la guerra. Sin los contrapesos de la superioridad tecno-civilizacional de los conquistadores ni de la superioridad valórica de los libertadores, para los peruanos fue una vuelta a fojas cero en la bitácora de la autoestima.

De esta manera, la derrota en la Guerra del Pacífico equivalió al fin del sueño de la primogenitura republicana en América del Sur y fue decodificada como el tercer cataclismo.

2. Los chilenos como mito

Jorge Basadre, el más importante historiador peruano, llamó la atención sobre la cantidad de guerras y campañas militares en la cuales participó el Perú en el siglo XIX: invasión de Bolivia (1829), guerra con la Gran Colombia (1829), choques entre bolivianos, chilenos y peruanos (1836), última guerra con Bolivia (1841), campaña del Ecuador (1859), conflicto con España (1866) y Guerra del Pacífico (1879). A su entender, ningún país sudamericano tuvo una actividad bélica tan nutrida en ese siglo.³

Sin embargo, la guerra de 1879 sería apreciada como un bofetón especial, en cuanto fue propinado por los remotos provincianos del sur, por los descendientes de quienes habían recibido con temor o respeto a los chasquis del inca, los curacas del conquistador y los enviados del virrey.

Un evaluador sicológico de países diría que el Perú inició, entonces, su autoflagelación más prolongada, con una sistemática demolición de los factores previos y reconocidos de la nacionalidad. Esa labor se hizo de manera tan cabal, que permeó el entendimiento de las generaciones posteriores. Paradigmática es, en ese sentido, la interpretación de la identidad propia hecha en 1937 por el destacado intelectual y político limeño Felipe Barreda Laos: "Si la dominación incaica motivó en el indio el debilitamiento de la voluntad, la sumisión colonial agravó el mal haciendo perder a la raza toda energía". Dicha abulia estaría en la base de una penosa historia de clases dominantes que no se levantaban como clases dirigentes y de instituciones que no se desarrollaban, porque sus fundamentos teóricos chocaban con una realidad intransigente.⁴

La autoflagelación permitía explicar por qué los provincianos de Chile habían derrotado a los herederos de incas y virreyes. Lo grave fue que, a poco andar, se convirtió en clave unívoca para la interpretación histórica. Como tal se desarrolló durante todo el siglo XX, transmitiendo amargura a la posteridad y ocultando verdades molestosas. Una elaboración histórica más crítica habría revelado una mayor responsabilidad propia de las élites limeñas y permitido un mejor procesamiento del modelo de Estado que estaba consolidándose en la antigua Capitanía General del sur.

La ecuación final indujo, entonces, a una historia oficial que equilibraba la previa subestimación de los chilenos con el rencor por la guerra

perdida. En ese marco, podía minimizarse el rol de O'Higgins y de las fuerzas chilenas en el proceso independentista peruano. También cabía poner distancia con las fuerzas chilenas que combatieron junto a los peruanos restauradores en la guerra contra la Confederación peruano-boliviana (1836-1839) y soslayar la solidaridad de Chile en la guerra contra España de 1865, que costó el bombardeo de Valparaíso.

Gracias a esos soslayamientos y acomodados, se instaló en el imaginario peruano la idea de que la primera entrada a Lima de efectivos militares chilenos se produjo con la Guerra del Pacífico. Antes llegaron sólo como soldados del argentino San Martín o como una fuerza auxiliar comandada por el general Manuel Bulnes, que combatió contra las encabezadas por el mariscal boliviano Andrés de Santa Cruz, bajo la conducción política del mariscal peruano Agustín Gamarra. Sumado al debate chileno de la época, sobre la conveniencia o no de seguir la guerra hasta ocupar Lima, ello produjo una conclusión excesiva: las armas chilenas fueron el factor maligno absoluto de la historia del Perú. Desde tal enfoque, la Guerra del Pacífico emergía como la madre de todas sus guerras —“la guerra infausta” por antonomasia— y los chilenos asumían el rol de “el enemigo de siempre”.

En el nuevo contexto, Portales sería el ícono nefasto, no en cuanto inspirador de la guerra contra la Confederación, sino por su tesis sobre la necesaria dominación chilena en el Océano Pacífico. Tras un intervalo de cuatro décadas, reaparecía como responsable simbólico del aplastamiento del incario, del fin del primer virreinato y de la humillación de la república con más solera de América del Sur.

3. *Enemistad íntima*

El hipotético evaluador psicológico podría decir que el potencial peruano quedó afectado por un trauma emocional focalizado contra Chile.

Afección de alto riesgo. Un país que privilegia la emoción del antagonismo sobre la racionalidad del protagonismo, hipoteca su desarrollo. Y esto, paradójicamente, sirve mejor al interés de quienes, a partir de una vieja concepción estratégica, prefieren un futuro económicamente débil para los enemigos del pasado.

En un primer momento fue algo insoslayable. La emoción no acata la lógica económica ni la estrategia militar. Explosionó gracias a la

yuxtaposición de un rol alterado —la anterior subalternidad de los chilenos— y de comportamientos sociales inevitables tras una derrota. Entre estos, el genuino sentimiento popular de rechazo al ocupante y la necesidad que tenían las clases dirigentes de desviar el repudio político que apuntaba hacia sus cabezas.

Sin embargo, el cultivo sistemático de esa emoción ya no fue natural, sino fruto de un proceso articulado por los primeros narradores. Es decir, por quienes crean los mitos y leyendas, pulen las tradiciones, escriben la historia y, en definitiva, moldean el imaginario de sus pueblos. Su aporte fue decisivo para dar forma académica, docente y estética al antichilenismo espontáneo y para reproducirlo en el tiempo. No es raro, por tanto, que el escritor Manuel González Prada sea reconocido como quien mejor supo fundir el sentimiento autoflagelatorio con el rencor, a mediados del siglo XX: “La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne y machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre”, dice una parte de un célebre discurso suyo de 1956.⁵

En cuanto a los chilenos, las reacciones fueron inversamente simétricas.

Para comenzar, fue inevitable que celebraran la victoria con regocijo. Pocos —si los hubo— estaban dispuestos a replantearse el debate de si estuvo bien o mal entrar a la capital del enemigo. Prácticamente, nadie contuvo el orgullo por el triunfo marcial o se imaginó responsable de un trauma ajeno en gestación. Más bien entendieron, desde el júbilo, que no sólo habían eliminado las amenazas contra sus agentes económicos y trabajadores dentro de un espacio acotado, sino que ese espacio y sus riquezas pasaban a integrar el patrimonio nacional.

La victoria dio inicio, así, a un “cambio de pelo” nacional. Los chilenos se liberaron de su sentimiento de subordinación a los peruanos en lo cultural, político y económico. Atrás quedó el tiempo en que Santiago lucía como un villorrio marginal, dependiente de la Lima virreinal en casi todo. Como otra ganancia, se sintieron vengados por las que percibían como ingratitudes históricas.

Los militares, en especial, incrementaron su autoestima, su influencia en la política exterior y su capacidad de presión en el ritual combate por el presupuesto. Además, el rencor peruano los impulsaba a niveles de alistamiento óptimo, para mantener el patrimonio conquistado. En una línea de autogratificación más dudosa, asumieron como lema del

Ejército la frase “siempre vencedor, jamás vencido”, e impulsaron un nuevo lema para el escudo nacional: “Por la razón o la fuerza”.

Desde el punto de vista del imaginario colectivo, aquello vino a actualizar y potenciar el paradigma del Chile guerrero. Historiadores, intelectuales, payadores y artistas fundieron los nuevos datos en la matriz mitológico-poética de *La Araucana*, del conquistador español Alonso de Ercilla. Entre la prisa y el entusiasmo, ilustraron el nuevo estatus mediante la contraposición simbólica de Lautaro, el araucano estratega, y Felipillo, el indio peruano sirviente de los conquistadores. Cayeron, así, en una contradictoria subestimación de los derrotados. El poema fundacional, como se sabe, induce a honrar a los vencidos, maximizar su calidad guerrera y atender sus sentimientos, para mayor lucimiento de las virtudes y poderes de los vencedores: *no es el vencedor más estimado/ de aquello en que el vencido es reputado*.

En cuanto a las élites civiles, consolidaron la legitimidad que les venía de la reestructuración portaliana. Uno de los suyos, el historiador Gonzalo Bulnes, lo percibió de manera singularmente lúcida al interpretar la victoria en la guerra como el triunfo de las instituciones republicanas: “El país no abandonó un instante, mientras ella duró, su derecho de fiscalización y de dirección, ni el gobierno pretendió restringir las garantías que le otorgan en la vida ordinaria, la Constitución y las leyes”.⁶

Habiendo mantenido el debate interno y la libertad de expresión de los tiempos de paz, dichas élites pudieron plegarse a la euforia popular. Recibieron los dividendos políticos de la gloria militar y, condicionadas por ella, no previeron la necesidad de una pronta recomposición de relaciones con los peruanos, ignorando la visión auroral del prócer Bernardo O’Higgins.

Si nuestro sicólogo virtual fuera imaginativo, concluiría que los chilenos produjeron una reingeniería de imagen que les permitió esconder su apocamiento y potenciar su musculatura, para estacionarse en el síndrome integrado de Conan y la Cenicienta. Un claro proceso de “sobrecompensación”.

Hoy parece evidente que ese orgullo mutó en arrogancia focalizada y que ésta sirvió poco al interés nacional. En contrapunto con el rencor peruano, amarró el desarrollo futuro de ambos países a una íntima enemistad, que se expresaría, para unos, en la obligación de conservar lo ganado y, para otros, en la necesidad de recuperar lo perdido. Ese

amarre impediría asomarse a las posibilidades de una cooperación que los potenciara a ambos conjuntamente.

La áspera negociación diplomática posguerra, entre el Tratado de Ancón (1883) y el Tratado de Lima (1929) consolidó la simbiosis maligna. Cualquier asociación binacional, proyectada sobre la base de ventajas mutuas, se vería lastrada por un antagonismo irreductible. Esto impidió, durante todo el siglo XX, que ambos pueblos se plegaran a la sentencia que Garcilaso de la Vega atribuyera al inca Atahualpa: “Usos son de la guerra vencer y ser vencidos”.

4. Nacionalismo y bienes simbólicos

Con base en ese antagonismo complejo, el nacionalismo peruano produjo el antichilenismo como arma arrojadiza interna. El “prochilenismo”, la “chilenofilia” o la simple vinculación con chilenos se convirtieron en estigmas para los Presidentes, candidatos a cargos de elección popular y figuras públicas en general.

La cónyuge chilena del candidato presidencial aprista, Armando Villanueva, fue un serio problema para sus asesores de imagen durante la campaña de 1980. Conservo en mi archivo un volante anónimo en el cual se trataba al candidato como “delincuente casado con chilena”; se afirmaba que “cuando uno contrae matrimonio con mujer chilena adquiere la nacionalidad de chileno” y se llamaba a los votantes a optar o por la bandera peruana o por la chilena. Mónica Larson, la nuera chilena del Presidente Fernando Belaunde y ex reina de belleza, debió asumir un muy bajo perfil durante el segundo período de su suegro. Hugo Otero Lanzarotti, publicista de prestigio y ministro de Alan García, sabe que su parentela chilena es un punto que explotan sus enemigos políticos. En algunas familias tradicionales hasta se modificó la grafía o la estructura de los apellidos cuando sonaban demasiado chilenos. En el Perú, los Larraín se apellidan Rodríguez-Larraín.

Quizás el primer gran político peruano que enfrentó ese tabú fue Víctor Raúl Haya de la Torre, el líder y fundador de Acción Popular Revolucionaria Americana (APRA). Como teórico integracionista, con audiencia entre los jóvenes revolucionarios chilenos —entre ellos, Salvador Allende—, debió luchar contra el nacionalismo autopunitivo y beligerante. Lo hizo a contrapelo del sentir de las élites y del imaginario

popular, como consta en su obra y en sus expresiones de coyuntura. En mensaje de 1938 a sus compañeros de Arequipa, les decía que “después de la desgraciada guerra del 79, la misma oligarquía que traicionó a la patria y la empujó a la derrota llamó ‘chilenófilo’ a todo aquel que se oponía a sus atropellos”. Agregaba que, “sin el arreglo diplomático posterior al problema de Tacna y Arica, el APRA habría sido acusado de ‘vendido al oro chileno’”.⁷

Posteriormente, los altibajos del proceso diplomático indujeron a esa acusación. Por ello, más notable resulta que, en 1944, Haya tuviera el coraje de elogiar el patriotismo de los políticos conservadores chilenos, por “garantizar a su país la evolución democrática que hoy ha alcanzado”. Era su manera de contrastar el desarrollo del sistema chileno con “el odio y el desprecio de nuestras oligarquías por el pueblo”. A su juicio, “el rico y xenófobo civilismo limeño” creía que le bastaba, para dominar, “tener en sus manos a la Fuerza Armada y tratar de corromperla”.⁸

En los años que vinieron, sólo el escritor Mario Vargas Llosa llegó a audacias similares, tanto en su etapa revolucionaria izquierdista, como tras asumir la ideología libremercadista. También es mencionable el caso de ese antropólogo y arqueólogo de la imaginación que fue Ciro Alegría. En su novela *El mundo es ancho y ajeno*, mostró la relación entre la previa invertebración peruana y la derrota en la Guerra del Pacífico. La tradición nacional del paraíso destruido, coexistente con la insolidaridad interétnica, está en la mentalidad de sus personajes autóctonos. Cuando algún piquete militar va a reclutarlos para combatir, éstos entienden que se trata de apoyar a un general amigo: el general Perú, que está disgustado con el general Chile.

En cuanto a Chile, los historiadores nacionalistas han sido los principales artífices de una soberbia extravagante. Francisco Antonio Encina dio la nota mayor al actualizar y suscribir, en su historia de Chile, la siguiente infortunada frase de Gonzalo Bulnes: “lo que venció al Perú fue la superioridad de una raza y la superioridad de una historia”.⁹

Por cierto, Bulnes escribió aquello en el efervescente contexto de comienzos del siglo XX, con la victoria chilena fresca y a dos décadas de la emergencia del nazi-fascismo. Encina lo hizo cuando la Segunda Guerra Mundial ya había terminado y el mundo conocía el significado de la soberbia racista.

Por otra parte, Chile no ha tenido un líder político de peso equivalente al de Haya, capaz de desafiar los mitos colectivos. Tampoco

un intelectual de la envergadura de Vargas Llosa, que plante cara a un nacionalismo que linda con la xenofobia. En ese vacío cultural, el complejo provinciano, anclado en el subconsciente chileno, fue desestibado por la exaltación patriótica. Ésta impidió que se desarrollaran la austeridad y la autocontención, propias de la responsabilidad superior de los vencedores. Por ello, las efemérides relacionadas con los hitos bélicos se plantearon más como reconstitución de los hechos que como sobria conmemoración de situaciones dramáticas (en la Guerra del Pacífico también hubo víctimas chilenas).

Adicionalmente, está el delicado y urticante tema de los símbolos de la victoria, materializados en bienes inmuebles, semovientes o portátiles.

En otras partes, sin mengua de su noble estatus, esos bienes simbólicos suelen negociarse como inicio o corolario de procesos de reconciliación o en el marco de intercambios castrenses. Espigando en la historia, uno puede recordar que Argentina devolvió a Paraguay estandartes y banderas capturados en la guerra de 1865-1868. El general Charles de Gaulle reintegró trofeos a los alemanes occidentales durante un proceso de reconciliación que abriría las puertas de la Unión Europea. En 1995, militares españoles y cubanos se restituyeron, de manera recíproca, trofeos de la guerra independentista. En los pasados años 50, tras gestión del gobierno de Francisco Franco, el Presidente de los Estados Unidos, general Dwight Eisenhower, dispuso el desguace del crucero *Mercedes*, trofeo de la Guerra de Cuba, que se usaba como club de oficiales navales en Annapolis (tras solemne ceremonia, devolvió a España la campana de a bordo). Israel, con jefes castrenses en todos sus gobiernos, ha devuelto a los egipcios miles de objetos confiscados durante la ocupación de la península de Sinaí, entre 1967 y 1979. También, incluso sin haber llegado a un acuerdo final de coexistencia, transfirió a los palestinos el control sobre lugares sagrados, como la tumba de José. Además, bajo el gobierno del general Ehud Barak, el soldado israelí más condecorado, abrió la posibilidad de conversaciones sobre el estatus de Jerusalem, definida como “capital sagrada, eterna e indivisible del pueblo judío”.

En Chile, por el contrario, domina el principio de que los bienes simbólicos son innegociables. Los representantes del nacionalismo exacerbado inducen a aferrarse a ellos con una pasión que sorprende a los extranjeros.

El buque *Huáscar*, anclado como museo flotante en el puerto de Talcahuano, es el epítome y paradigma del fenómeno. En los pasados

años 60, el senador demócratacristiano Tomás Pablo Elorza fue ridiculizado sólo por haber sugerido devolverlo. El escritor Pablo Huneus, en 1979, provocó una enorme polémica por haber insistido en el tema. La sección “Cartas”, de los diarios, se llenó de admoniciones patrióticas, advirtiendo que una eventual devolución sería el prólogo de demandas territoriales. A fines del año 2002 resucitó el debate, en medio de problemas relacionados con las actividades en Chile de la empresa peruana AeroContinente y las que a su vez realizaba en el Perú la empresa chilena Lucchetti. Ante la gratuidad y artificiosidad de esta última reaparición del barco, me pareció oportuno dedicarle el siguiente párrafo en mi columna periodística dominical:

De la patota de fantasmas de la Guerra del Pacífico, el principal es el *Huáscar*. Arrastra sus cadenas cada vez que alguien lo pone en la parrilla de medios y llama a concurso de opiniones. Entonces, la polémica trasciende fronteras, el espacio binacional se llena de celos, éstos confirman los prejuicios de todos y se consolida la vigencia de las estrategias de disuasión. Hay que comprar más armas.¹⁰

Sin duda, no es elegante asignar a la noble reliquia una función tan tortuosa. Máxime, cuando su estatus plantea una problemática especial, en las tradiciones navales de Chile y el Perú, por haber combatido bajo ambas banderas y ser escenario de la muerte de los héroes máximos de las dos armadas. Hay altos oficiales navales peruanos que rechazan la idea de recuperar el barco. “Los marinos que pelearon en el *Huáscar* abrieron las válvulas para que se hundiera en Angamos (...) si regresa habrá que hundirlo a mitad de camino: en Angamos”, ha dicho el almirante Alfonso Panizo, jefe de los servicios de inteligencia durante el gobierno provisional de Valentín Paniagua y de Alejandro Toledo.¹¹

Todo indica que aquello ha sido, en Chile, un pretexto para bloquear el debate sobre bienes simbólicos menores. Permite considerar que hasta la posesión de libros, colecciones y documentos burocráticos peruanos estaría sujeta a un sacro sistema de atesoramiento. Los embajadores del Perú suelen manifestar a sus contrapartes chilenas lo grato que sería recibir de vuelta una colección de volúmenes de su Cancillería, supuestamente mantenidos en la Sección Historia de la Biblioteca del Estado Mayor del Ejército de Chile. Algo similar planteaban las autoridades tacneñas, respecto a libros que contenían registros públicos

de su región. En este caso hubo un éxito parcial y binacional. A fines del gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, luego de firmada en Lima el Acta de Ejecución del Tratado de 1929, Chile devolvió 20 volúmenes del Archivo Notarial y 46 volúmenes del Archivo Judicial de Tacna. Un buen gesto para realzar un acontecimiento de gran importancia.

Acatando la especificidad del *Huáscar*, debiera enfrentarse la interrogante sustantiva: si acaso la satisfacción de retener símbolos tan portátiles como los libros puede subordinar intereses patrióticos superiores; es decir, si puede competir con la estructuración de una relación bilateral que termine con la amenaza de nuevas tragedias simbolizables.

5. Estrategias amarradas

Las mencionadas anomalías son propias del “efecto espejo”, en cuanto proyectan y reflejan la hostilidad del uno en el otro. También podría llamarse “reflejo Dorian Gray”, pues implica poner lo peor de uno en el alma del otro. Dos militares chilenos, en el marco de una tesis académica sobre las relaciones chileno-peruanas, lo aplicaron diciendo que, en su virtud, “cada pueblo se ve a sí mismo como virtuoso y pacífico y cree que el otro es agresivo y hostil”.¹²

Es un reconocimiento importante, pues el fenómeno es tributario del pensamiento estratégico antiguo. En efecto, sus camaradas del siglo XIX, educados en la “oceanopolítica” de O’Higgins y Portales, tenían que interpretar las secuelas de la Guerra del Pacífico en términos de intereses geopolíticos previos y contrapuestos. Los militares peruanos no podían sino coincidir, a partir de su anterior posición predominante y de su obligación de recuperar el patrimonio perdido.

Esto hizo que ambas sociedades se convirtieran en rehenes del pensamiento estratégico dominante en los siglos XVIII y XIX, cuando los estadistas pensaban según Hobbes, y los guerreros sólo disponían de las tesis de Klaus von Clausewitz. Éstas los hacían percibir la guerra como un estado latente de las naciones, con vencedores y vencidos siempre condenados a velar las armas; unos para mantener sus conquistas y los otros para revertir sus derrotas.

Al no poder adelantarse a los paradigmas de la seguridad colectiva y de la reconstrucción de los derrotados, que nacerían con los catorce puntos de Woodrow Wilson y el Plan Marshall, ambas partes asumieron

el rol de bestia negra de la otra. Estaban en el círculo vicioso de una tradición sin salidas. Desde ese fatalismo, la estrategia de los derrotados se expresó repudiando el “expansionismo” chileno y la de los vencedores, por su parte, repudiando el “revanchismo” peruano. De ambos repudios nacería una estructura de desconfianzas, que, como se señaló, recibió un fuerte blindaje en las duras negociaciones diplomáticas de la posguerra.

Desde la perspectiva del Estado, esa estructura indujo una relación bilateral de carácter posibilista, cuyos marcos fijaron los líderes de opinión. Sobre la base de una amplia panoplia de medios, las élites intervinieron en los procesos electorales, halagaron el *ethos* castrense, privilegiaron la disuasión sobre la cooperación, justificaron los mayores gastos en armamentos, criticaron las políticas integracionistas o las redujeron al comercialismo simple. Póngase el énfasis en las masas, los líderes, los intelectuales o los estrategos —o en todos juntos—, los hechos dicen que, desde entonces, chilenos y peruanos se encadenaron en una relación malsana, que privilegió el antagonismo.

En esas condiciones han transcurrido más de cien años, durante los cuales Estados Unidos superó los rencores de su Guerra de Secesión y los europeos superaron los traumas de dos guerras mundiales e incontables guerras regionales, para integrarse en la Unión Europea. Chilenos y peruanos, demostrando una capacidad emotiva superior, generaron en ese largo período dos oportunidades en que otra guerra estuvo a punto de estallar.

Parte Segunda

HISTORIA PERSONAL DEL PERÚ

6. *Milagro con techo apolillado*

Viviendo en el Perú entre 1976 y 1986, pude comprender hasta qué punto la Guerra del Pacífico consolidó ese emocionalismo de los peruanos, que les impide asumir a plenitud su presente, para formular proyectos de futuro.

En 1979, Jorge Basadre lo advirtió en dolidá prosa, desde la emblemática ciudad de Tacna:

aunque es tan rico y tan complejo el pasado del Perú, lo que importa sobre todo no es lo que fuimos sino lo que, venciendo la inextinguible capacidad nacional para buscar la propia agonía espiritual en el yaraví de la auto-flagelación y de la autonegación, o para soplar en el pututo del encono, pudiéramos ser si de veras lo quisiéramos.¹³

Tres años después, Luis Alberto Sánchez, varias veces rector de la Universidad de San Marcos, exiliado en Chile, senador y vicepresidente del Perú, llegó hasta la crueldad al anunciar que su país ingresaría al siglo XXI con el eterno problema del ser peruano. Acusó a la nación de mantenerse en una adolescencia obsesiva o en una puerilidad prolongada. “El peruano no se ha adaptado a la vida humana”, dijo en una entrevista de 1987.¹⁴

Pese a tal condicionamiento, la sociedad peruana sorprende a sus conocedores con élites relativamente más destacadas que las de otros

países de la región y con personalidades de relieve universal. Además, los beneficia con su sociabilidad inteligente, su amistad generosa, su castellano impecable, su cocina mundial y la inimitable gracia limeña.

Ahí están sus escritores, comenzando por Vargas Llosa. Éste no es una *rara avis*, sino el primero de una pléyade de grandes narradores: Ciro Alegría y José María Arguedas en el pasado próximo. Manuel Scorza, Alfredo Bryce Echenique y Julio Ramón Ribeyro, como contemporáneos. Dentro de los poetas basta destacar a César Vallejo, no porque esté solo, sino porque, como nuestro Neruda, es el gigante de una tribu en la que hoy descuella Antonio “Toño” Cisneros. Entre los escultores-pintores telúricos es ineludible Víctor Delfín, “el Guayasamín peruano”. De los pintores modernos, sofisticados, Fernando de Scyszlo es conocido en todo el mundo. Si hablamos de diplomáticos, ahí está el ex secretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar y el erudito Juan Miguel Bákula. Al hablar de procesos religiosos, la Teología de la Liberación tuvo su pensador principal en el peruanísimo sacerdote Gustavo Gutiérrez, premio Príncipe de Asturias 2003. Cuando hablamos de transiciones a la democracia, la primera y más complicada de Hispanoamérica —como veremos en su oportunidad— fue la que condujo el general Francisco Morales Bermúdez. En cuanto a líderes políticos innovadores, el Perú se dio el lujo de producir a los dos máximos teóricos de las izquierdas latinoamericanas: José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. El primero, fundador del Partido Comunista Peruano, fue un marxista irreductible al dogma soviético y, por tanto, chocó con la III Internacional de Stalin. Haya fue un precursor del pensamiento socialdemócrata más avanzado y una precoz alternativa al pensamiento marxista-leninista de los años 30.

¿Y si hablamos de periodistas o directores de medios?

Es el sector que mejor conocí y del cual deduje la norma general, porque, pese a los altos niveles de analfabetismo y a la represión de las dictaduras, el brillo de quienes elaboraban la información para el lector de cada día, de cada semana, era imponente. Enrique Zileri, Manuel D'Ornellas, Paco Igartua, Gustavo Gorriti, César Hildebrandt, Fernando Ampuero, son los que tuve más cerca. Pero tendría que remitirme a las listas que maneja Domingo “Taquito” Tamariz, el historiador del oficio, para no quedar en deuda con demasiados.

Digamos, para concluir este esbozo, que también en lo negativo las personalidades peruanas alcanzan relieve universal. El líder de Sendero

Luminoso, Abimael Guzmán, comparado por la prensa mundial con el camboyano Pol Pot, indujo vía terrorismo una mayor cantidad de bajas mortales, en su país, que la propia Guerra del Pacífico. También está Vladimiro Illich Montesinos, capitán expulsado del Ejército, abogado defensor de narcotraficantes, asesor de inteligencia del fugado Presidente Alberto Fujimori y vicario corruptor de todo tipo de agentes públicos y privados: congresistas, jueces, empresarios, oficiales militares de las tres armas y de la policía. Sus pares históricos son el monje ruso Rasputín y Joseph Fouché, el jefe de la policía francesa desde Napoleón a Luis XVIII.

El Perú es, entonces, un desgarramiento continuo entre las penurias de su realidad, la riqueza de sus élites y la proyección universal —positiva y negativa— de sus personalidades. La pregunta retórica de los años 60, “¿Cuando se jodió el Perú?”, puesta por Mario Vargas Llosa en el pensamiento de Zabalita, refleja con crudeza la parte oscura del fenómeno.

Por cierto, el mismo Vargas Llosa trataría de dar respuesta a su personaje, quien operaba en los años 50 bajo la dictadura del general Manuel Odría. En la década de los 80, bajo el gobierno democrático de Fernando Belaunde, el revolucionario Mayta, otra creación del novelista, visita el Museo de la Inquisición y reflexiona sobre la corte de los milagros que mendiga a la entrada. El personaje se ve entre los instrumentos de tortura del pasado español y la miseria del presente criollo: “La violencia detrás mío y delante el hambre, aquí, en estas gradas, resumido mi país”. Frente a ello, evoca el emergente terrorismo andino de Sendero Luminoso, como una especie de amenaza metafísica: “cuando los peruanos (...) comprendieran que tenían la fuerza, que sólo les bastaba tomar conciencia de ella y usarla, toda la pirámide de explotación, servidumbre y horror que era el Perú se desfondaría como un techo apollado”.

7. Revolución insólita

Valga esa contextualización para zambullirnos en mi Perú personal. Por cierto, éste no arrancará desde la Inquisición, sino desde el gobierno militar que emergiera el 3 de octubre de 1968, con la defenestración violenta de Fernando Belaunde Terry.

El jefe de esa acción de fuerza fue el comandante general del Ejército, Juan Velasco Alvarado, hombre más de acción que de estudio, al cual le quedaban pocos meses para pasar a retiro. Analistas apresurados dijeron que se trataba de un golpe institucional, pero fue, más bien, un “golpe de adhesión”. Los jefes de la Fuerza Aérea y de la Marina fueron sorprendidos, pues Velasco los invitó a participar con el hecho golpista en trance de consumación. A ese nivel de audacia, era como decirles “únanse o asuman la responsabilidad de una guerra civil”. Si hubo institucionalización, fue *a posteriori* y siempre bajo la presión de esa amenaza.

Según una versión, la base conspirativa del golpe estaba formada por un protoplasma de cuatro coroneles en busca de un comandante general.¹⁵ Otras versiones agregan cuatro generales al conjunto.¹⁶ En todo caso, el “intelectual orgánico” informal fue el Servicio de Inteligencia, potenciado y modernizado por el general Edgardo Mercado Jarrín. Éste, un genuino intelectual militar, venía puliendo una concepción crítica de la contrainsurgencia norteamericana, a partir de convicciones nacional-desarrollistas. Agreguemos que, con excepción de Velasco, la mayoría de los conspiradores habían sido profesores, conferencistas o alumnos del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), especie de intelectual orgánico formal. Allí, según un oficial retirado, se había racionalizado brillantemente “el centenario anhelo de la fuerza armada de sustituir al sector civil en la conducción del Estado”.¹⁷

Importa agregar que, tras derrotar en seis meses a las guerrillas castristas de 1965, los conspiradores y la oficialidad comprometida asumieron parte importante de la crítica de los vencidos (la cual, a su vez, recogía parte de la crítica del APRA). Como escribió el general Mercado, “la Fuerza Armada comprendió claramente que la represión no es la primera trinchera para combatir a las guerrillas, que había que eliminar las causas que las habían originado, formulando un nuevo proyecto nacional”.¹⁸

Sobre la base de estos antecedentes, Velasco era el conductor político y Mercado el ideólogo, pudiendo todos definirse como militares revolucionarios, que conocían el pensamiento de Mariátegui y Haya, que admiraron el protagonismo carismático del coronel egipcio Gamal Abdel Nasser, que se impresionaron con la revolución fundacional del militar turco Mustafá Kemal Atatürk, que procesaron el impacto antimilitar de la revolución cubana y que se asomaron al pensamiento

socialcristiano avanzado de Eduardo Frei Montalva, entonces Presidente de Chile.

Si no dieron un golpe institucional como el brasileño de 1964, tampoco eran cultores del “cuartelazo” tradicional, orientado a reordenar la casa a los civiles. Apuntaban a liderar un proceso de “tercera vía”, que no desvinculara el desarrollo económico de la justicia social, la autonomía nacional y la defensa de la soberanía, y que se apoyara en la verticalidad del mando y la disciplina castrense.

Desde esta perspectiva, el de Velasco y sus conjurados no fue un golpe clásico ni renovado, sino un golpe a la cátedra.

Una revolución.

8. La vanguardia sola

Los enemigos de la revolución velasquista estaban en los sectores y entre los políticos peruanos que, turnándose con los militares antiguos, habían gobernado el país.

Velasco y los suyos se alzaban, así, contra la “oligarquía criolla” y “el imperialismo”, en cuanto sinónimo de Estados Unidos. En lo ideológico, asumían el apoyo de los comunistas; en lo económico social, aplicaban un programa nacionalista-estatizante, y en lo militar, se abrían a otros mercados de armas. En este marco, la primera medida que llamó la atención fue la expropiación de los pozos e instalaciones de la International Petroleum Company (IPC) en Talara.

Tan notable fue ese fenómeno de militares profesionales convertidos en revolucionarios profesionales, que la historia de nuestras imitaciones dio una voltereta. El “caso peruano” comenzó a estudiarse por los sociólogos, politólogos y militares de todo el mundo, capitalista o comunista. Los oficiales portugueses de la “revolución de los claveles” no sólo lo estudiaron, sino que aplicaron muchos de sus métodos y programas de acción.

Inmersos en su dinámica, los militares del primer círculo fueron entendiendo que antagonizarse con una superpotencia cercana, en materias tan sensibles y en plena Guerra Fría, traía más problemas que los previstos. Por ello, trataron de organizar el apoyo disperso de la sociedad civil bajo la consigna “Binomio Pueblo-Fuerza Armada”. Para los más radicales sería la manera de institucionalizar la revolución sin

perder control, y para los menos, una manera de retirarse a funciones primarias, transfiriendo el poder a organizaciones sociales no contaminadas con los partidos políticos.

Pero, incluso en ese nivel futurista, los militares comprobaron hasta qué punto las opiniones estaban divididas. Según los castrenses puros, cualquier civil en funciones de gobierno era un “infiltrado”. Para los castrenses antimarxistas, organizar civiles facilitaría la infiltración comunista o derivaría en la estructuración de nuevos partidos que agudizarían los disensos institucionales. Para los castrenses *marxistizados* había que llenar “el binomio” con un bloque social obrero-campesino, controlado verticalmente y encuadrado por ex guerrilleros, intelectuales de izquierda, izquierdistas no comunistas, profesionales, disidentes demócratacristianos y del APRA.

En determinado momento, Velasco zanjó el debate a favor de los castrenses *marxistizados*, impulsando la creación de un Sistema Nacional de Movilización Social (Sinamos), con rango de Ministerio, destinado a organizar y adoctrinar a los peruanos a partir de las comunidades campesinas, los sindicatos no afiliados a las centrales formales y, en general, todas las estructuras sociales no alineadas. Puso el ente bajo la jefatura política de Leonidas Rodríguez, el más izquierdista de sus generales, y entregó la Dirección Superior a un importante civil de su entorno: el sociólogo y antropólogo Carlos Delgado Olivera.

Tal decisión demostró lo imposible que era para las Fuerzas Armadas aceptar la libre organización de su sociedad a partir de los civiles. Fieles a su autopercepción de Poder Tutelar de la Patria, sus jefes preferían mantener una imagen paternalista bajo la cual funcionara un experimento tecno-burocrático con bajos niveles de factibilidad. Esto, porque Sinamos, al no operar en un vacío social previo, estaba condenado a chocar con todas las organizaciones que no se le sometieran. Además, evidenciaba el rechazo de cualquier política de alianza con los partidos de tesis revolucionarias o reformistas y con las dos centrales de trabajadores (una bajo control aprista y la otra bajo control comunista) que seguían existiendo.

Sólo ante la conflictividad que desató Sinamos, los militares más “avanzados” aceptaron la idea de un partido político revolucionario (a su manera) estructurado a partir de sindicatos verticales. Pero entonces Velasco ya tenía profundas prevenciones contra la influencia de los cubanos —hablaba sin tapujos de “los embobados con Cuba”— y había

perdido la fuerza y la lucidez necesarias para impedir que la idea se tradujera en el arma arrojadiza de unos militares contra otros.

En todas estas materias fue decisiva la influencia de Carlos Delgado, quien venía de la disidencia aprista y había sido secretario de Haya. Como consejero de un segundo Príncipe, este Maquiavelo peruano transfirió mucha ideología aprista-marxista a los militares pero, de manera simultánea, consolidó su desconfianza respecto al APRA y a los otros partidos que se reclamaban revolucionarios.

Con amplio conocimiento de la tradición caudillista peruana, Delgado popularizó su “tesis del no partido”. Todos los partidos, a su juicio, coincidían en el objetivo de expropiar la voluntad popular. Al mismo tiempo, observando que las revoluciones eran fenómeno característico del tercer mundo, quiso producir una nueva teoría para los países emergentes. La revolución de Velasco, por encima de los partidos tradicionales, bien podía contribuir a crear un nuevo pensamiento revolucionario.¹⁹

Obviamente, esa pretensión le acarreó la antipatía de los partidos revolucionarios establecidos, pero fue punto clave de la unidad castrense tras el golpe. Era una “vía propia” que daba en la yema del gusto a los militares, quienes gustan de autoperibirse como representantes de toda la nacionalidad y ven a los partidos como exponentes sólo sectoriales —y por tanto desconfiables— del interés nacional. Delgado ayudó, así, a mantener formalmente unidas a las tres armas tras la jefatura de Velasco, aunque ideológicamente primara la neutralidad o la disidencia, al menos entre aviadores y marinos. Lo que no estaba previsto fue que la excelente fundamentación de su tesis consolidaría un fuerte sentimiento popular antipartidista, con efectos antisistémicos de indeterminable duración.

A partir de esas y otras circunstancias sobrevinientes, los textos conspirativos de 1968 debieron adaptarse para hacerse públicos, con el doble fin de mantener los afectos civiles y reducir las disidencias internas.

En 1975, todos los oficiales circulaban con un librito celeste en un bolsillo de la guerrera, en formato “libro rojo” del Presidente Mao, con los documentos básicos de “la revolución nacional peruana”. La recopilación contenía, además, un texto elaborado en 1974, bajo el título “Bases ideológicas de la revolución peruana”. Según su formulación *ex post facto*, el proceso perseguía “cancelar nuestra condición de sociedad sub-

desarrollada, capitalista, oligárquica y sometida a los intereses del imperialismo”, con base en el nacionalismo, la independencia y el humanismo revolucionario. Este último era tributario de los pensamientos socialista, libertario y cristiano, previa aclaración de que el primero se nutría del legado del “pensamiento socialista no dogmático ni totalitario”.²⁰

El general Velasco, en mensaje a la nación del 17 de febrero de 1975, trató de hacer claridad sobre lo que eso significaba. Sin embargo, sólo consiguió expresarse en negativo. Su revolución peruana no era “pro capitalista ni pro comunista, ni representada por un partido”, sino “pro organización política en esencia distinta del partido”.

Al fin de cuentas, sólo quedaba en limpio que la meta era una “democracia social de participación plena”. Cosa que, por cierto, tampoco resultaba demasiado esclarecedora.

9. El mundo al revés

Al afectar los intereses de los sectores dominantes en Wall Street, la industria local y, sobre todo, en el campo, con una reforma agraria rápida, drástica y masiva, los oficiales velasquistas desataron una catarata de paradojas.

Los antes poderosos afectados se sintieron, por primera vez, impotentes o indefensos. No contaban con la protección de esos policías y soldados que la teoría marxista definía como “represores de la burguesía”. Tampoco tenían parlamentarios ni comunicadores en quienes delegar la dirección de una contraofensiva política.

Los medios, poco a poco, fueron cayendo, primero bajo censura y luego bajo confiscación. En 1974, los principales periódicos de circulación nacional estaban bajo control de civiles designados por el régimen militar. En el diario *El Comercio*, la familia propietaria Miró Quesada cedía su lugar al líder demócratacristiano Héctor Cornejo Chávez; *La Prensa* estaba bajo dirección del abogado militarista Walter Peñaloza; en *Expreso*, el director era el abogado velasquista Alberto Ruiz Eldridge. En el vespertino *Última Hora*, primero llegó como director el intelectual trotskista Ismael Frías y pronto fue reemplazado por el intelectual nacionalista Jorge Luis Recavarren. En cuanto a las revistas principales, *Caretas* y *Oiga*, estaban clausuradas. La primera, por ser fiel a su liberal-

progresismo. La segunda, porque su director, Francisco “Paco” Igartua —revolucionario entusiasta—, no había tolerado restricciones a la libertad de prensa.

Los nuevos revolucionarios también descolocaron a los miembros del pequeño —pero influyente— Partido Comunista Peruano, de obediencia soviética. Militares de ese tipo no estaban previstos en los evangelios marxista-leninistas y abrieron las puertas de una durísima polémica ideológica. Primero estuvo la prudencia táctica local, con el secretario general Jorge del Prado diciendo que eran un caso de “socialismo pequeñoburgués”, que su programa mostraba coincidencias con el de los comunistas y, por último, que no había otra alternativa que apoyarlos. Luego, ante la avalancha de quejas, debieron opinar los grandes jefes de Moscú, quienes ya se estaban planteando un gran problema comercial, estratégico y metafísico frente a esa revolución: el de cómo vender armamento pesado a Velasco, desafiando a la otra superpotencia en su patio trasero, sin abrir una compuerta a todo tipo de libertades ideológicas en su propio campo.

La solución inicial al acertijo fue apagar las luces y cerrar los ojos, para actuar de acuerdo a los intereses económicos. Pero en 1970, cuando se formalizó un importante acuerdo de aprovisionamiento, ya fue imposible seguir callando y resultó estupendo leer y escuchar a Mijail Suslov y Boris Ponomarev, guardianes soviéticos de la pureza del “comunismo científico” (versión Brezhnev), prevaricando sin asco. Formados en la suprema virtud revolucionaria del proletariado, el rol dirigente del partido, la subordinación de los oficiales militares a los comisarios políticos y el rechazo a cualquier manifestación de “bonapartismo”, descubrieron, de improviso, que las Fuerzas Armadas del Perú eran una excepción universal.

El académico Valeri Kuznetsov, entusiasmadísimo con ese visto bueno, rechazó que fueran una fuerza represiva de la burguesía y suscribió un *impromptu* retórico de Velasco, según el cual estaban para “superar el capitalismo como sistema”. El académico Anatoly Shulgosvsky, más exuberante aún, proclamó “la ruptura del Perú con la política de Occidente” y descalificó como simple “perorata” la pretensión de quienes querían volver al cauce de la democracia representativa en el Perú. Eso de mandar a los militares de vuelta a sus cuarteles era... ¡una consigna provocadora!²¹

Con esos *exequatur* de su cuerpo clerical y académico, la dirigencia soviética definió a los militares peruanos como la “fuerza motriz institucional de la revolución peruana”, llamó a la colaboración a los comunistas locales y siguió vendiendo armas a Velasco. Naturalmente, la jefatura local acató la estrategia y el dictamen del “partido guía”. Quiso creer y hacer creer que, con el tiempo y por ser tan organizados, sus cuadros terminarían siendo imprescindibles para “el proceso” y pasarían a conducirlo. Tal vez hasta creían que eso había sucedido en Cuba.

Sin embargo, las oportunistas tesis soviéticas y la obsecuencia de sus hombres en Lima, resultaron intragables para muchos militantes rigurosos. Estos veían cómo la institucionalidad castrense ponía cerrojos contra “la infiltración comunista”. Incluso el general Leonidas Rodríguez, caracterizado como “amigo del partido”, estimaba necesario advertir, de tiempo en tiempo, que ningún partido tradicional de izquierda podía hacer cuentas alegres como futuro “heredero” de la revolución militar. Hubo, entonces, disidencias comunistas hacia la nada y hacia la izquierda extrema. Entre estas últimas estuvo la de Abimael Guzmán, con las terribles consecuencias que el futuro revelaría.

En el APRA, los militantes estaban entre iracundos y desconcertados. Los más sectarios se percibían pirateados por Delgado, quien había transferido a sus enemigos históricos la tecnología revolucionaria y las herramientas ideológicas que aprendiera a utilizar al lado de Haya. Los más flexibles advertían que los militares velasquistas no eran, estrictamente, como los que reprimieron su revolución de Trujillo de 1932.

Los más eruditos los veían optando por una revolución antimperialista camuflada, similar a la que explicara Haya a Mariátegui, en carta de 20 de mayo de 1928: “La revolución la haremos nosotros sin mencionar el socialismo pero repartiendo las tierras y luchando contra el imperialismo”.²² Sólo los visionarios —entre los cuales, el propio Haya— veían en esas paradojas el próximo fin del veto militar contra el partido, a partir del descubrimiento de las cosas que los unían.

En cuanto a los Estados Unidos, la revolución peruana fue vista, primero, como una insubordinación económica. A la expropiación petrolera sucedió la expropiación de activos de la ITT. Luego, la Ley de Industrias de 1970 sistematizó la política antimperialista de Velasco, reservando para el Estado las “industrias básicas” y obligando a la transformación de las empresas extranjeras en nacionales o mixtas.

Pero, al percibir el gobierno norteamericano que sus amenazas o sanciones efectivas contribuían a un cambio de proveedores en el área militar, entendieron que además surgía una amenaza sistémica. Richard Nixon y Henry Kissinger alertaron, entonces, sobre el peligro del mal ejemplo, visualizando la defección de los militares a nivel regional, con la entrada masiva de la Unión Soviética al mercado de armas del continente.

La advertencia de los *nixinger*, como se les llamaba, caía de lleno en un cuadro de mal pronóstico, con el general Omar Torrijos a punto de recuperar el canal de Panamá, Salvador Allende a punto de ser elegido Presidente en Chile sin que lo impidieran los militares, el también revolucionario general Juan José Torres tomando el mando en Bolivia, el general ecuatoriano Guillermo Rodríguez Lara prometiendo reformas sociales *a la peruana*, el general Liber Seregni liderando la coalición izquierdista del Frente Amplio, en Uruguay, y el *mussoliniano* Juan Domingo Perón preparándose para volver a Argentina. Si a esto se sumaba la política de defensa de la soberanía marítima hasta el límite de las doscientas millas, planteada en común por el Perú, Chile y Ecuador, había motivos para estar nerviosos.

Para los analistas norteamericanos de temas castrenses comenzó a quedar en claro que los militares latinoamericanos, sin cambiar sus sentimientos anticomunistas, estaban cambiando de frente político. El célebre Rockefeller's Report de 1969 sintetizó el susto. Por una parte, apuntó el riesgo de un "nacionalismo extremo" capaz de desplazar al comunismo como amenaza. Por otra, con Velasco como modelo implícito, planteó que el nuevo militar latinoamericano podía tomar "prácticamente cualquier dirección doctrinaria".

Fue inevitable que los gobernantes de los Estados Unidos contribuyeran a rizar el rizo, esgrimiendo la enmienda Hickenlooper y otras de alto calibre sancionatorio. Esto significó, entre otras cosas, suspender toda ayuda militar a las Fuerzas Armadas peruanas, consolidando —según las leyes de la profecía autocumplida— su dependencia de los proveedores soviéticos. Paralelamente, sus servicios secretos pasaron de la observación con agentes propios al reclutamiento de informantes peruanos "estratégicos". Entre estos, un joven oficial con vocación de eminencia gris, que había llegado a convertirse en ayudante directo de Edgardo Mercado Jarrín, comandante general del Ejército peruano. Su nombre: Vladimiro Illich Montesinos Torres.

10. *Golpismo popular*

La seducción de Velasco también funcionaba fuera de los cuarteles. Los peruanos pobres apreciaban su trato directo, su afecto paternalista y su picardía criolla. Además, fueron reconociéndole el valor más cotizado en los políticos: Velasco no robaba.

Fuera del Perú, la gestión del general Mercado, en cuanto ministro de Relaciones Exteriores, expandiría la popularidad de la revolución en los países de la región, el tercer mundo y los No Alineados. Tras ganarse el apoyo de los diplomáticos de carrera del Palacio de Torre Tagle, este canciller asumió un fuerte protagonismo en los foros internacionales, alimentando el prestigio doméstico de los sorprendentes militares.

Fue así como las izquierdas socialcristianas y marxistas de Chile incorporaron a los líderes militares peruanos a sus iconotecas. Gabriel Valdés Subercaseaux, canciller de Frei Montalva, hizo excelentes migas con Mercado. La relación directa de Velasco con Salvador Allende fue óptima, y en 1971 produjo el primer viaje de un Presidente chileno al Perú desde la Guerra del Pacífico. Allende reconoció a su colega peruano como su par revolucionario, diciendo que también luchaba para “conducir a su pueblo hacia las grandes avenidas de la auténtica democracia y libertad”.²³ Desde entonces, se reconocerían por sus apodos familiares —Chicho y Chino—, mientras sus cancilleres seguían marchando al mismo paso en el exterior.

Fidel Castro también se plegó. En discurso del 14 de julio de 1969, admitió que las Fuerzas Armadas del Perú podían erigirse en una excepción a su dogma del foco guerrillero socialista. Aceptó más rápido la viabilidad revolucionaria de esos militares que la posibilidad de una victoria electoral de Salvador Allende, en 1970. Comentando ese discurso, el marxista norteamericano Donald C. Hodges no pudo reprimir su admiración. Le pareció extraordinario que “Fidel no le haya cerrado la puerta a la posibilidad de que una transformación revolucionaria la iniciara el mismo grupo de coroneles que, apenas cuatro años antes, se habían dedicado a exterminar a los revolucionarios peruanos”.²⁴

Es posible que Castro disfrutara con la perspectiva de que la política velasquista liquidara al APRA, como sugería un articulista de la revista cubana *Pensamiento Crítico*.²⁵ Lo interesante fue que, justamente por el rescoldo de las guerrillas del 65, esta vez no podía ejercer como profesor de revolución ni enseñar a usar “los fierros” a quienes los manejaban desde la profesión.

Aún más, tras su primer encuentro con Velasco en 1971 —de vuelta de su abusivamente larga visita a Chile—, Castro llegó a la euforia. Un almuerzo de cinco horas en el aeropuerto limeño, con cebiche y demasiado pisco sour, le hizo pensar que el peruano era un alma reclutable. Pronto le enviaría como embajador a Antonio Núñez Jiménez, castrista fundador, y le haría la usual promesa de ayudarlo “con la sangre y hasta con la vida de nuestro pueblo”.

Pero, contra lo que esperaba Castro, Velasco defendería el peruanismo de su revolución. Rápido advirtió que ese embajador conocía demasiado al detalle lo que se debatía en el gobierno y empezó a recelar de sus contactos con determinados generales, a quienes bautizó como “los embobados con Cuba”.

11. Golpismo sin desarrollo

En el vértigo de los aplausos internos y externos, los efectos sociales de las medidas revolucionarias se fueron haciendo irreversibles.

En Lima, la clase alta acostumbra a decir que desde entonces viene la “insubordinación del cholo”, es decir, la reivindicación del modesto, mestizo y pauperizado habitante de las ciudades. Una insubordinación bastante soportable, comparada con la insurrección de los indios y cholos que luego emergerían bajo el liderazgo de Abimael Guzmán.

En apoyo de ese “cholerío”, los militares decretaron que el quechua era una lengua oficial (una sección del noticiero principal de la televisión comenzó a emitirse en quechua), y las “muchachas” del servicio doméstico pudieron exigir que sus patronas les permitieran asistir a clases.

El remezón más fuerte se sintió en el campo, donde la reforma agraria liquidó la dominación de los terratenientes (“gamonales”). Técnica-mente, no fue una reforma exitosa, pues la producción no aumentó y el Perú hasta hoy importa productos que antes exportaba. Pero, desde el punto de vista de la estructura social, la entrega de la tierra a los campesinos y a las cooperativas cambió, sin retorno, una parte significativa de la sociedad peruana y generó fuertes expectativas en sectores que no existían para la política ni para la economía formal. Sus miembros, al comprobar que su ingreso no aumentaba, pasarían a formar la cantera social de reclutamiento de Sendero Luminoso. Algo hay en esto de la parábola del aprendiz de brujo.

Los efectos directos en lo económico tocaron a todo el mundo. La empresa privada, en buena parte rentista y siempre demandando protección —en la línea del empresariado regional—, se encontró súbitamente amenazada por el intervencionismo de sus propios trabajadores. La reforma industrial institucionalizó la participación de éstos en los consejos y les reconoció derechos en las utilidades. En esas circunstancias, la inversión se retrajo y el Estado inició un espectacular *rush* como empresario: de 18 empresas públicas existentes con anterioridad, la cifra subió a 174 durante el docenio militar; entre ellas estaban las nacionalizadas.

Con el control de la economía en su poder, los militares vieron que, pese al formal vacío de oposición —en las derechas por carecer de fuerza y en las izquierdas por ser excluidas—, el futuro se ponía problemático. Al filo del quinto año enfrentaban el dilema de la cuerda floja, que afecta a toda revolución de verdad: avanzar con rapidez o caer con estrépito.

Cualquiera pudo advertir, entonces, que un régimen militar personalizado, sin expresión política civil y en antagonismo con Estados Unidos, dependía demasiado del azar. Necesitaba una buena estrella que aumentara el nivel de vida de los peruanos, consolidara el buen contexto vecinal y mantuviera saludable al jefe. Lo primero, porque la conquista de dignidades no bastaba para compensar el déficit de arrastre en bienestar popular. Los militares tenían que demostrar que una revolución se hace para vivir mejor y no sólo para ser famosos. Sin embargo, en 1968 no había una acumulación previa que les permitiera girar a futuro. Además, quedaron sin acceso a las fuentes occidentales de crédito y carecían de las capacidades gerenciales necesarias para administrar las empresas del sector público incrementado. A mayor abundamiento, la posición geopolítica del Perú y las estrecheces del socialismo real descartaban la hipótesis de una subvención de la Unión Soviética similar a la que recibía Cuba.

En esa encrucijada, los soldados de la revolución aprendieron aquella Ley de Murphy según la cual “si algo malo tiene que suceder, sucederá”. Los otros dos factores estratégicos para su estabilidad fracasaron, casi simultáneamente. En un lapso brevísimo, el Frente Amplio fue derrotado en Uruguay, las fuerzas militares conjuntas aniquilaron a los castristas Tupamaros y un Ejército radicalizado hacia la derecha se preparó para asumir el poder. El general boliviano Hugo Banzer envió

al izquierdista general Juan José Torres al exilio argentino, donde, al parecer, fue asesinado por comandos del Plan Cóndor. El retornado general Perón terminó volviendo a sus fuentes ideológicas y manipulando grupos de fuerza clandestinos de talante fascista. La nota mayor la dio Chile, el 11 de septiembre de 1973, cuando el general Augusto Pinochet puso término a la democracia, Allende se suicidó y el país enrumbó hacia un régimen ideológico ubicado en las antípodas del peruano.

¿Y la salud del general Velasco?

Cedamos la palabra a “Taquito” Tamariz, periodista-historiador de *Caretas*:

En febrero de 1973 el general Velasco sufre una grave enfermedad como consecuencia de la rotura de un aneurisma de la aorta abdominal. Su dolencia da paso a una etapa tensa, dolorosa y llena de rumores. Cuarenta días después el líder de la revolución retorna a la conducción del gobierno. A pesar de su chispa y movimientos enérgicos y vivaces, Velasco ya no es el mismo. Vuelve a Palacio en silla de ruedas: ha perdido una pierna y luce profundamente demacrado.²⁶

Fue el principio del fin.

12. Velasco contra Mercado

La abrupta discapacidad de Velasco y su nula disposición a renunciar hicieron notorio el vacío de mecanismos de reemplazo en el gobierno. Tras su retiro del Ejército en 1969, el líder se había despreocupado de ese detalle.

Se produjo, de ese modo, el peor de los escenarios: un jefe enfermo, un gobierno sin base civil organizada, una base militar en crispación permanente y un país con problemas existenciales, materiales, vecinales, regionales y hemisféricos.

Para mayor crispación, Velasco, como todos los dictadores, creó un entorno de miedos y desconfianzas. Depresivo y compensatoriamente aferrado a su estatus, siguió maniobrando desde su silla de ruedas sin que nadie tuviera el valor de enfrentarlo con la realidad. Quienes osaron sugerirle un alejamiento con honores chocaron con su terca renuencia. A veces admitía, de los dientes para afuera, la opción de dimitir,

e incluso sugería el nombre de su sucesor; pero eso no pasaba de ser un recurso táctico para ganar tiempo de poder.

En ese contexto, el tema del relevo se instaló en todas las agendas, públicas y privadas, provocando celos, intrigas y posicionamientos tácticos. Las nuevas medidas audaces que adoptó el gobierno —confiscación de todos los diarios y deportación de notables— se adjudicaron, así, a la presión de los áulicos o al maquiavelismo de los eventuales sucesores. El 5 de febrero de 1975, tras un incidente con la policía, seguido de una asonada callejera adjudicada ora a la CIA ora al APRA, ya no hubo línea política discernible. La usual soledad del poder se convirtió en la soledad de la arterioesclerosis.

Ese mes se dispararon dos procesos paralelos e imparables. Uno a cargo de los oficiales más “izquierdistas”, que comenzaron a escribir el guión de un golpe dentro del golpe. Otro a cargo del entorno de Velasco, para aprovisionarlo de rumores, incluso contra sus hombres de la primera hora. Ambos procesos se reciclaban, a partir de la exacerbación de la desconfianza del líder respecto de casi todo el mundo y, en especial, respecto a los dos comandantes generales que llegaron a la primera línea de reemplazo: Edgardo Mercado Jarrín y Francisco Morales Bermúdez.

El primero era una especie de “vicetodo”: primer canciller del régimen, comandante general cuando le correspondió, primer ministro y ministro de Guerra en cuanto comandante general, posición que ostentaba cuando Velasco enfermó.

En ese momento, la poca aveniencia entre ambos ya estaba instalada y, según las *bolas limeñas*, potenciada por sus respectivas y muy guapas cónyuges: la morena Consuelo y la rubia Gladys. Todos sabían que, en los primeros años, el apoyo de Mercado fue una necesidad para Velasco. Pero, ya consolidado en el poder unipersonal, afloró el clásico recelo del jefe de pocas letras contra el subordinado intelectual y, en este caso, extravertido. Lo fastidiaba la erudición y asertividad de Mercado en materias geopolíticas y de relaciones internacionales. También le disgustaba escuchar que reivindicaba como propia, casi personal, la política exterior de la revolución y saber que mantenía sus contactos con líderes extranjeros y embajadores acreditados. Si a esto se añade que la conspiración es ley de toda revolución, cualquier movida de Mercado era interpretada en clave conspirativa y se transformaba en informe secreto para consumo del líder.

Con tales antecedentes, el despertar de Velasco en el Hospital Militar reveló hasta dónde había llegado su animadversión. Entonces no pudo contener su indignación al saber que Mercado había asumido como jefe de Estado subrogante, con el acuerdo de los otros dos comandantes institucionales (es decir, la Junta Revolucionaria). Tampoco aclaró —ni podía hacerlo— cuál procedimiento debió seguirse. Tras las explicaciones, en un gesto de desnudez freudiana, aceptó la delegación de poderes en el comandante general, pero le puso fecha de término y excluyó la facultad de recibir a los embajadores extranjeros.

A partir de ese momento de verdad posoperatoria, se instaló en el escenario la clásica profecía autocumplida. Si Mercado realmente no había conjurado, ahora se veía envuelto en la conspiración ambiental. A gusto o a disgusto, comenzó el tironeo entre sus reflejos de obediencia y la presión de su entorno para que derrocara a un jefe discapacitado.

Puede decirse, *ex post facto*, que él estaba en la mejor posición para dar el paso, pues tenía prestigio externo (civil) y en el Ejército estaba ubicado al centro del triángulo: entre los áulicos, los “castrenses puros” y los “embobados con Cuba”, cuyos generales emblemáticos eran Jorge Fernández Maldonado y Leonidas Rodríguez Figueroa. Sin embargo, Mercado carecía de la convicción que tienen los predestinados. En vez de actuar con audacia y preguntar después, prefirió preguntar primero. Hay un testimonio del periodista Francisco “Paco” Igartua que lo muestra, apoyado en sus ayudantes (coronel) Sinesio Jarama y (capitán) Vladimiro Montesinos, sondeando la receptividad de la opinión pública ante un eventual pronunciamiento contra Velasco.²⁷

Por lo mismo, los áulicos y los castristas explotaron de inmediato la inconfortable situación en que quedó Mercado cuando Montesinos le sustrajo documentos de su despacho de la Comandancia General. Esos papeles, copiados y entregados a agentes secretos norteamericanos y a rivales internos, fueron rápidamente catalogados como estratégicos. Hasta corrió la voz de que contenían “el plan de la guerra contra Chile”.

A mayor abundamiento, pudo haber un veto castrista a Mercado, transmitido por el embajador Antonio Núñez Jiménez.²⁸ Los hechos dicen, en esa línea, que los generales seducidos por Castro —que Mercado prefiere llamar “halcones”— optaron por una estrategia propia: rodear al jefe de Estado mayor, general Morales Bermúdez y copar los primeros puestos del Ejército, con Fernández Maldonado y Rodríguez Figueroa a la cabeza.

Dada la correlación de fuerzas, Mercado comprendió que era un sucesor imposible. La resistencia que despertaba en los “halcones”, su pugna abierta con el comandante general de la Fuerza Aérea por la primacía en la Junta Revolucionaria y los celos abiertos del jefe máximo, terminaron rompiendo su ascendiente interno.

En el año y pocos meses que le quedaban al mando del Ejército, se abocó a completar su modernización y reequipamiento, y pasó a retiro en diciembre de 1974. Después llegaría a decirse, *sotto voce*, que no se fusiló a Montesinos sólo porque él fue su jefe. Es decir, para no empañar su hoja de servicios (versión solidarista), para no dar munición a los enemigos de la revolución (versión tacticista) o para restar veracidad a los datos contenidos en los documentos (versión de inteligencia estratégica).

13. Sangre de político

El sucesor de Mercado como comandante general del Ejército, jefe de la Junta Revolucionaria, primer ministro, ministro de Guerra y nueva amenaza para Velasco, fue el general Francisco Morales Bermúdez.

Por antecedentes, Morales Bermúdez era indesplazable. Del arma de ingenieros, hijo, nieto y bisnieto de guerreros, había hecho un paseo triunfal por las academias. Egresó de la Escuela Militar de Chorrillos con la Espada de Honor de su promoción y fue el oficial más distinguido de su curso en la Escuela Superior de Guerra. Pasó por el infaltable CAEM e hizo cursos de perfeccionamiento en la Escuela Superior de Guerra del Ejército Argentino y en el National War College de Estados Unidos. Ya en el generalato, tuvo la experiencia de estar en el penúltimo gabinete de Belaunde antes del golpe. El Presidente había solicitado al Ejército un oficial preparado para hacerse cargo del conflictivo Ministerio de Hacienda y Comercio, y la institución cumplió sugiriendo al general Morales Bermúdez.

Los testigos de esa *performance* ministerial dicen que también supo conquistar el respeto de los políticos civiles. Es que, al menos en el Ejército, pocos habían captado que en ese aplicado militar había una fuerte vocación política, también con raíces familiares. Su abuelo paterno, el general Remigio Morales Bermúdez, que combatió en la Guerra del Pacífico, fue elegido por el Congreso como Presidente del Perú en 1890 y

murió, en el cargo, en 1894. También influyó en su cultura política la trágica muerte de su padre, el teniente coronel Remigio Morales Bermúdez. Su asesinato en la ciudad de Trujillo en 1932, en el marco de una insurrección impulsada por el APRA, instaló la doble presunción de que el asesino era aprista y que, si pudiera, el hijo de la víctima ejercería una *vendetta* contra ese partido. Fue una astucia política de Morales Bermúdez el haber dejado que sus colegas militares lo creyeran.

Gracias a esa cultura con genes mixtos, desarrolló en alto grado los ocho puntos esenciales que debiera poseer un gran político:

- saber que si los hechos desmienten las teorías, son éstas y no los hechos lo que se debe cambiar;
- saber que el conductor debe ocupar las posiciones centrales en cualquier estructura con tendencias fuertes;
- saber atraer seguidores o desprenderse de ellos, según las etapas de cada proceso;
- saber eludir la tentación de aplicar modelos de liderazgo irrepetibles;
- saber reprimir los estereotipos de endogrupo (en su caso, la autoestima superlativa del alto oficial militar) cuando se llega a un protagonismo nacional;
- saber distinguir el interés nacional del nacionalismo;
- saber usar distintas acepciones de las palabras y conceptos, y
- saber informarse para escribir textos formativos.

Por eso, aunque no participó en la conspiración de Velasco, contaba en su favor la bien calificada tesis que presentara en 1967, durante el curso de Teoría del Estado en el CAEM. Los informantes del texto pudieron comprobar que el coronel se autoenmarcaba en las bases ideológicas de la revolución militar que se gestaba.²⁹

También supo estar presente y en actitud cooperativa el mismo día del golpe y pronto fue designado ministro de Hacienda y Comercio, la misma cartera que ocupara en el gobierno de Belaunde. Simultáneamente, siguió su irresistible ascenso en el escalafón castrense, hasta alcanzar la jefatura de Estado Mayor y el comando de su arma en 1975.

Para ese entonces, era el general de Ejército que daba más garantías —o menos recelos— a los enigmáticos aviadores y a los disidentes marinos. En su propia institución, había conquistado el amplio espacio

que existe entre los intelectuales militares y los rudos “militarotes”. Con los primeros podía discutir sobre estrategias comparadas, la historia oficial de las guerras del Perú o comentar el pensamiento de los filósofos respecto al poder. Con los otros podía despachar cantidades apreciables de pisco sour, mientras polemizaba sobre los méritos futbolísticos del Cholo Sotil y les ensartaba su índice en el pecho para reforzar su argumentación.

Ya con el mando del Ejército en la mochila, supo equilibrarse en la ambigüedad respecto a la calidad y límites de su revolucionarismo. Sus amigos civiles y sus compañeros de la Enseñanza Media solían describirlo como socialdemócrata o conservador. Sin embargo, los generales más radicalizados —Jorge Fernández Maldonado, Leonidas Rodríguez y José Graham, jefe del Comité de Asesoramiento de la Presidencia de la República (Coap)— lo creían captable para una conspiración que clavara el rumbo hacia la revolución continental. Según un rumor con mucho detalle, dichos generales produjeron una discreta invitación a La Habana para Morales Bermúdez. Allí, éste impresionó a Fidel Castro como un “verdadero revolucionario” y los generales conspiradores creyeron contar con él para remover a Velasco con honores, un día simbólico (el 3 de octubre de 1975). Luego le entregarían la Presidencia y Morales Bermúdez les traspasaría la jefatura del Ejército.

En buenas cuentas y en el corto plazo, el nuevo comandante general provocó distintas o antagónicas expectativas, en militares y civiles: la profundización e internacionalización de la revolución, la necesidad de evitar una guerra interna, la disponibilidad de un líder en forma para una guerra externa y el repliegue a “labores institucionales” para sacar a los militares de la política y reinstalar la democracia.

Esa amplia base y ese arco iris de expectativas le permitió imponerse —no convencer— al mismísimo Velasco. Desde su astucia, éste supo que con Morales Bermúdez no podía entrar al choque directo ni a la manifestación de celos, como hiciera con Mercado. Más bien optó por seducirlo con la promesa de que sería su sucesor, formulada a través de intermediarios o en encuentros estrictamente bipersonales.

Velasco no contaba con que Morales Bermúdez también había desarrollado ese arte del despiste, que en España atribuyen a los gallegos encaramados en la mitad de una escalera: nadie puede decir si están subiendo o van bajando. Quienes le transmitían los mensajes seductores juraban que los recibía con satisfacción y apostaban a su placidez

política. El propio Velasco, al comunicarle sus presuntas intenciones, quedó razonablemente convencido de su tibia paciencia.

Por eso, el 29 de agosto de 1975 el efecto sorpresa fue total. Morales Bermúdez, de visita inspectiva en Tacna, donde se celebraba un nuevo aniversario de su reincorporación al territorio peruano, se alzó contra Velasco. Él escogió el momento en solitario y, mediante un manifiesto, levantó la hipoteca velasquista: "Porque cuando el gobernante y el gobierno toman una decisión, no lo hacen ni lo deben realizar por un simple capricho, por una simple actitud personalista, ni por buscar un aplauso, sino para lograr la felicidad de su pueblo".

De esta manera, el contragolpista partía con mayor legitimidad institucional que el golpista. Contaba con el apoyo informado e inmediato de los líderes de la Marina y de la Fuerza Aérea y de cuatro comandantes generales de las cinco regiones militares del país. El jefe de la quinta región era el general Leonidas Rodríguez, ya bajo sospecha de traición por parte de Velasco. Había permanecido en Lima, a cargo de la poderosa División de Blindados, y también fue sorprendido por el *momentum*. Al ser consultado por la prensa respecto al cambio de líder, respondió de manera sugerente: "Lo que me interesa es la revolución, los hombres pasan, así es el socialismo".³⁰



Parte Tercera

LA GUERRA QUE NO FUE

14. Sospecha lejana

En septiembre de 1973, el Perú vivía su mejor momento internacional. Por vez primera, un régimen militar latinoamericano contaba con buena prensa en los países democráticos y desarrollados de Europa. El apoyo político y logístico que recibía de la URSS y de Cuba coincidía con cierto liderazgo en el Movimiento de los No Alineados.

Había, también, una perceptible autocontención de Estados Unidos. El que esta vez los subversivos fueran los militares había dejado a la Casa Blanca con poco margen de acción. Incluso algunos asesores veían a Velasco como una alternativa frente a Castro. Algo así como optar por un Tito *sudaca*, en contra de un Stalin caribeño.

En el Chile progresivamente aislado del general Augusto Pinochet, los analistas de inteligencia, militares y civiles, procesaban el cuadro con asombro. Durante el régimen de Allende habían observado el oportunismo comercial de los soviéticos que, en 1972, recibían en Moscú al general Mercado para venderle tanques, y al año siguiente, al general Carlos Prats para ofrecerle armas antitanque y enseñarle los secretos de sus batallones motorizados.³¹ Una vez caído Allende, temieron que esa relación ambigua mutara en una alianza franca de soviéticos, cubanos y peruanos contra el régimen de Pinochet.

Es que el *momentum* no admitía optimismos. Se había producido una fractura profunda en el potencial humano de Chile, con un régimen

personalista que dividía a la población entre los “buenos y malos chilenos”. Los agentes de la Dina planificaban y ejecutaban crímenes políticos dentro y fuera del país, y cientos de miles de expatriados condenaban en el extranjero al poder exiliador. Además, Estados Unidos no quería vender armas abiertamente a un régimen tan criticado, por lo cual los *dealers* de coyuntura aumentaban sus precios. Todo esto, mientras Bolivia potenciaba sus demandas por una salida al mar sobre la costa chilena, crecía la tensión con Argentina por las islas del canal Beagle, se manifestaba el repudio de las izquierdas en el Movimiento de los No Alineados y se sucedían las condenas por las violaciones a los derechos humanos en las Naciones Unidas. Faltaba aún que, en 1976, Chile se retirara del Grupo Andino —cuya sede estaba en Lima— y que agentes de la Dina asesinaran a Orlando Letelier en el corazón de Washington, para que el país clausurara las últimas ventanillas. Como secuela del caso Letelier, la condena política norteamericana mutó en sanción activa. Correspondió al senador Edward Kennedy la iniciativa de un formal embargo al comercio de armas con Chile.

Desde mi exilio en Leipzig, comencé a cruzar y procesar los datos que aparecían en las fuentes abiertas. La primera luz roja se encendió con un reportaje de Marcel Niedergang —el latinoamericanista de *Le Monde*—, de 27 de marzo de 1974, basado en conversaciones con los generales Velasco y Mercado. Su comienzo era golpeador: “La nueva situación creada en América del Sur por el golpe de Estado chileno (...) inquieta fuertemente a los dirigentes peruanos, que no descartan la posibilidad de un conflicto armado localizado”. Luego decía que los militares peruanos, cuya política era “resueltamente progresista”, se sentían cercados por los gobiernos anticomunistas de Brasil, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Chile.

El reportaje me hizo recordar un mensaje de Velasco a una reunión del Congreso Internacional de la Paz, de fines de octubre de 1973, archivado en la hemeroteca de la universidad lipsiense. Ante esa ONG soviética, el gobernante peruano había dicho que:

el éxito transitorio, cruel y sangriento de las fuerzas reaccionarias y anti-progresistas ha ocasionado que muchos de los dirigentes revolucionarios, al igual que lo haremos nosotros, en caso necesario, ofrenden sus propias vidas en defensa de los ideales que animaron su acción.

Me pareció que ameritaba otra lectura, a la luz del reportaje de *Le Monde*.

En esa línea de búsqueda, leí con detención las revistas y recortes periodísticos que me enviaba mi padre desde Chile, hasta que saltó la misma liebre. En una edición de la revista *Qué Pasa*, se decía que la frontera de 30 kilómetros entre Chile y el Perú se había convertido en una de las zonas más militarizadas del continente, que ambos países se habían embarcado en una “monumental carrera armamentista” y que Chile se preparaba para la guerra de manera “absolutamente secreta”. La revista mencionada solía contener la información más cercana sobre el régimen militar, pues pertenecía a un grupo vinculado a Hernán Cubillos —cuya trayectoria examinaremos después con atención— y al ministro de Hacienda Sergio de Castro, líder de los Chicago boys de Pinochet.

Luego llamó mi atención la fotocopia de un texto escrito en 1974 por James D. Theberge, politólogo norteamericano que después sería embajador en Chile. Allí el autor detallaba los costosos programas de adquisición de armamento del gobierno peruano, afirmaba que con ello había logrado superioridad sobre Chile y daba por cierto que este país temía una acción revanchista.³² El mismo año, la revista alemana *Stern* encendía una comparación que, en cuanto conocedor del teatro de operaciones vietnamita, me pareció escalofriante: “La cantidad de armas entregadas por Rusia a Perú iguala a aquella que fuera entregada por los soviéticos a Vietnam del Norte”. También en 1974 la revista argentina *Estrategia*, especializada en temas militares, publicaba un artículo del veterano líder boliviano Víctor Paz Estensoro, comentando el aislamiento de Pinochet y las suspicacias sobre un ataque del Perú o un “ataque preventivo” de Chile.³³ Por su parte, la revista *Visión*, siempre bien informada en estas materias, aportaba datos quincenales sobre el armamento soviético sofisticado que adquiriría el Perú.

A eso podía añadirse el impacto de las concepciones geopolíticas del general Pinochet, que publicara en 1968 siendo coronel y que, cinco años después, adquirirían en el Perú una relevancia insospechable. En esa obra, el gobernante chileno mencionaba admirativamente a Hitler y exponía con entusiasmo las tesis de Kjellén, Haushoffer y Ratzel sobre el carácter orgánico del Estado, con el expansionismo como tendencia natural.³⁴

Mi hipótesis de trabajo fue que la temible HV3 de los militares chilenos —hipótesis de guerra vecinal en tres frentes— estaba a la vuelta de la esquina y en peores condiciones de las previstas, por la eventual participación adversa del eje Moscú-Habana.

No estimé que el desmentido de intenciones del general Velasco, contenido en declaración de prensa de 28 de marzo de 1974, anulara esa hipótesis. Dicha declaración, que reaccionaba contra el reportaje de Niedergang, pero sin desmentir los dichos textuales, enfrentaba en diez puntos “la campaña de rumores y publicaciones que pretenden afectar las relaciones peruano-chilenas”. En el punto quinto decía que “el Perú no tiene problema fronterizo alguno con sus vecinos, a los que considera pueblos hermanos” y cualquier chileno informado sabía que Velasco no podía decir otra cosa. El respeto a los tratados vigentes era una doctrina compartida, pues una eventual violación del Tratado de 1929, por parte peruana, justificaría la tesis ecuatoriana del irrespeto del Protocolo de Río de Janeiro de 1942. En el punto séptimo era poco creíble, al aludir a “las cordiales relaciones que mantenemos con Chile”. Recién en el punto octavo ponía una dosis de compromiso individual, al rechazar “toda posibilidad de enfrentamiento con el pueblo hermano de Chile”.

Me pareció, en suma, que era un retroceso táctico, para preservar el “efecto sorpresa” de un ataque eventual, o una señal a Pinochet, para disuadir una arremetida preventiva desde Chile. También podía haber una descarga política de responsabilidades, vinculada con alguna advertencia de Estados Unidos. Lo que no estaba aún en condiciones de descubrir, era que la semántica revolucionaria *ad usum* solía desvincular los gobiernos de los pueblos. Se podía estar a favor del “pueblo hermano de Chile” mientras se combatía a su gobierno.

En cuanto a Estados Unidos, yo imaginaba al Departamento de Estado presa de una contradicción paralizante. Velasco recibía armas de la URSS, no había sucumbido a la seducción de Castro y su dictadura era mirada con simpatía. Pinochet era enemigo ideológico de la URSS y de Castro, pero era un dictador impopular en casi todo el mundo. Más de algún asesor estaría pensando que la superpotencia podía permitirse una guerra corta entre ambos, pues sus opciones no eran del todo malas: reposicionar la democracia en Chile y debilitar una dictadura militar antinorteamericana, sin intervención directa.

A mayor abundamiento, pensé que, dado un nivel mediano de alerta, las estrategias de disuasión interactúan, se interpenetran y pueden materializarse en ataques preventivos y hasta contrap preventivos. De ahí la importancia de ganar la sorpresa, para estar en las mejores posiciones de negociación al momento de un alto al fuego. Y, aunque me parecía

absurdo que desde un Chile tan debilitado se proyectara una guerra, no podía descartar que Pinochet estudiara la posibilidad de golpear primero.

En síntesis, creí que se habían unido las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para que los nacionalistas peruanos más agresivos indujeran una nueva conflagración. Las condiciones objetivas se expresaban en la nueva y clara hegemonía peruana en armamentos. Las subjetivas, en la división de la población chilena, el aislamiento internacional de Pinochet, la eventual tolerancia norteamericana y, por cierto, el “expansionismo” implícito en las tesis geopolíticas del dictador chileno.

En cuanto al efecto negativo respecto a Ecuador, me pareció un riesgo que esos nacionalistas agresivos podían asumir. Un triunfo frente a Chile haría retroceder a los amazonistas ecuatorianos por el impacto del efecto-temor. Supuse, además, que no se complicarían con los análisis *onusianos* sobre la irracionalidad de una guerra entre países en desarrollo, pues no sería la primera de la guerra fría.

Sobre tales bases, perfeccioné un *paper* para su estudio y debate en el Lateinamerikan Seminar de la Universidad de Leipzig. Mis compañeros chilenos del seminario lo leyeron y atendieron mis explicaciones con preocupación, y los profesores alemanes Manfred Kossok y Eberhard Hackethal, participaron con escepticismo, casi con displicencia. Dijeron que en el marco de la guerra fría era un buen pasatiempo teórico pero, de hecho, una nueva Guerra del Pacífico era una hipótesis imposible. La esencia de su argumentación fue que “Estados Unidos no lo permitiría”.

Pronto caería Velasco pero, como el tema quedó flotando, esos mismos académicos organizaron un encuentro de los chilenos del seminario con dos dirigentes sindicales peruanos de visita en el país. De acuerdo a los códigos tácitos de la RDA, se trataba de dos dirigentes importantes del Partido Comunista Peruano, cuyos nombres podían ser reales o simples “chapas”.

En una ficha registré lo que dijo quien se presentó como Molle (un amigo peruano me indicó que podía ser Mollepaza), al parecer el de mayor jerarquía. Fue un informe interno a la usanza comunista, en el cual se expresó negativamente sobre Velasco y elogió a Morales Bermúdez. Mencionó las “medidas positivas” que éste adoptó desde su toma del poder y nada dijo sobre Chile o algún eventual conflicto bélico. En

definitiva, lo importante fue la forma en que él y su camarada se despidieron de nosotros. Fue un abrazo estrecho, fraterno, con frases entrecortadas sobre la posibilidad de volver a vernos “en otras condiciones”. Había en ellos una emoción incongruente con nuestro desconocimiento previo, el sesgo doméstico de la exposición y la ausencia de elementos emotivos en el debate.

En posterior intercambio de opiniones, los chilenos dedujimos que fue una despedida con pésame y que esas “otras condiciones” eran las de una posguerra.

15. Sospecha cercana

En 1977, instalado ya en el Perú, pude estudiar más a fondo el pensamiento de Fidel Castro y hacer una nueva lectura del discurso que hizo en 1973 a propósito de la muerte de Salvador Allende.³⁵

Descubrí tres puntos genial y maquiavélicamente entrelazados. En el primero, inventaba una muerte guerrillera al líder chileno, para replantear su tesis de la vía armada continental: “los revolucionarios chilenos saben que no hay ninguna otra alternativa que la lucha armada revolucionaria”. En el segundo, sugería que el proyecto revolucionario de Velasco tomaba el relevo del de Allende. A este efecto, contraponía los militares “fascistas” chilenos con los del Perú, “en unión con el pueblo”. En el tercero, interpretaba el nuevo cuadro regional como una amenaza chilena contra los militares revolucionarios peruanos y el régimen militar argentino: “El imperialismo, al tomar el poder en Chile (...) con un régimen fascista, amenaza por el oeste a la Argentina y amenaza por el sur a Perú”. El corolario, aunque tácito, iba de suyo: los verdaderos revolucionarios de la región debían alinearse tras los soldados de Velasco, para una guerra revolucionaria contra los soldados fascistas de Pinochet, a la cual debía plegarse Argentina. Esta elaboración de Castro reiteraba su creatividad como estratega y su impresionante manejo de coyunturas de apariencia adversa. Tras la caída de Allende, su rival metodológico potenciaba a Velasco, su eventual aliado ideológico, para mantenerse en el primer plano de la política mundial. Luego, cuando Velasco se negó a “castrificar” su revolución, movió a sus agentes en Lima para que sedujeran a y conspiraran con los generales más “internacionalistas”. Fue —dicho sea de paso— lo que provocó la inquina

de Velasco contra sus generales sospechosos de informar al embajador cubano sobre lo que se trataba en los Consejos de Ministros y de favorecer intercambios con La Habana, que eran fuente de infiltración de "comunistas".³⁶

Todo indica que, más allá de la maniobra, el líder cubano pensaba en un salto cualitativo espectacular de su estrategia: desde el foco guerrillero artesanal, roto con la muerte del Che Guevara, a una guerra internacional Chile-Perú, de carácter expansible y teleguiada desde La Habana. Digamos, la subversión continental conducida por ejércitos profesionales, en una réplica actualizada del sueño de Bolívar.

¿Habría acompañado la Unión Soviética a Castro en esa aventura?

Seguramente no, desde el punto de vista de la colaboración con efectivos. Pero la experiencia de Vietnam habilitaba a los jerarcas soviéticos para pensar que las armas no tienen patria y que podían seguir aprovisionando tanto a Cuba como al Perú. Y si Cuba era sorprendida con soldados propios en un escenario sudamericano, Castro tendría que asumir su responsabilidad en solitario. La aventura, entonces, tenía una eventualidad de pérdidas acotadas, pero sus ganancias podían ser gratificantes para un dirigente como Leonid Brezhnev, recusado por el estancamiento de la URSS.

Pensé, entonces, que mi sospecha lejana fue más que plausible. Incluso llegué a dudar de la indiferencia mostrada por los profesores alemanes. Al fin y al cabo, Alemania Democrática tenía misiones diplomáticas en Lima y La Habana e informantes en Santiago. Crucé por la sospecha de que Kossok y Hackethal sabían más de lo que yo sólo podía deducir, pero no podían reconocerlo. En el mundo intrigante de una preguerra de ese tipo, al *Big Brother* soviético le interesaría tanto desinformar como cuidar el efecto sorpresa.

Teorías aparte, el hecho es que civiles peruanos bien informados comentaban, en Lima, que la decisión secreta de atacar a Chile fue adoptada con retardo, a mediados de 1975, y que hasta hubo preparativos de "guerra psicológica". Se subentendía que ésta debía comprender acciones internas de motivación y otras de índole diplomática para explicar a determinados gobiernos la amenaza del expansionismo chileno.

Entre las acciones para consumo interno, estaba la denuncia de un cerco ideológico contra el Perú, impulsado por el fundamentalismo anticomunista de Pinochet. Las acciones hacia el exterior partían del supuesto de que la mala imagen de éste justificaría la potenciación de las

Fuerzas Armadas peruanas y una “ofensiva relámpago”, con la que se pasaría de la disuasión defensiva a la ofensiva preventiva, siguiendo el modelo israelí de la Guerra de los Seis Días. En ningún caso podía aceptarse, públicamente, la eventual colaboración de soviéticos y cubanos.

Vale la pena consignar que, según esos civiles, los militares habían consultado a los diplomáticos peruanos más *seniors* y éstos tomaron la sabia actitud de no enfrentar la maquinaria bélica en rodaje. Tácticamente, habrían aconsejado una campaña informativa de mínima duración y una ofensiva casi inmediata, pues la debilidad de Pinochet y las condiciones internacionales favorables ya no eran las mismas de 1973. Tal opinión, interpretable como “ataquemos mañana o nunca”, habría tenido impacto disuasivo en el canciller y general Miguel Ángel de la Flor, dado el estado calamitoso de Velasco y las tensiones internas, especialmente con la Marina.

Con esto, la hipótesis de Leipzig se complejizaba de manera retroactiva. Desde lejos, el cuadro mostraba una de esas guerras que se ciernen desde la homogeneidad de quienes la desean. Pero, visto *ex post facto*, desde la parte que supuestamente la deseó y planificó, se percibía una motivación diversionista, personalista y bastante irresponsable. La supuesta decisión de Velasco tenía las trazas de una “fuga hacia delante”, en la cual se mezclaban la pasión por la gloria militar, la adicción al poder y la necesidad de distraer a quienes inducían una guerra civil. Nada parecido a una fría y correcta planificación estratégica, que tomara en cuenta la calidad de los liderazgos enfrentados, los diferenciales de potencial nacional actualizados —no sólo el componente militar—, la correlación de fuerzas políticas en la región y, muy en especial, la disposición de los gobiernos de Argentina, Bolivia, Ecuador y Estados Unidos.

Baste consignar, en relación con el último factor, que en ese período Argentina era uno de los nuevos proveedores de armas del Ejército chileno. Esto confirmaba, para algunos analistas peruanos, que sólo sería una aliada confiable cuando la iniciativa bélica le perteneciera. En cuanto a Bolivia, los hechos dirían que, mientras Velasco planificaba una reedición de la Guerra del Pacífico, el general boliviano Hugo Banzer planeaba reanudar relaciones diplomáticas con Chile para negociar una salida al mar. Estados Unidos, por su parte, parecía temer más a un Velasco triunfante y apoyado por Cuba que a un Pinochet consolidado. El primero le desordenaba el componente militar del hemisferio, con implicancias estratégicas; el segundo sólo les afeaba la foto.

Si aquella debilidad global pudo ser percibida por civiles peruanos bien informados, los altos mandos de las instituciones armadas tuvieron que estar informados con detalle. Sólo en la ficción cinematográfica un jefe guerrero puede montar en su corcel y marcar el rumbo hacia el enemigo, sin hacer cálculos previos con sus oficiales.

Así apreciado el contexto, las dos interrogantes estratégicas para los profesionales de la guerra eran las siguientes: ¿Se percibía el peligro de ir, bajo el liderazgo de Velasco, a una guerra contra Chile que podría alentar otra desde el Ecuador y cuyos efectos económicos serían eventualmente catastróficos? Y ¿debía aceptarse la caída de Velasco y el liderazgo de Morales Bermúdez sólo para desactivar la guerra civil en ciernes, o con la esperanza adicional de un mejor líder para una guerra contra Chile?

A la primera pregunta, este autor y posiblemente muchos peruanos contestaríamos de manera afirmativa, a partir de dos premisas: una, el conductor de una guerra debe estar física y psicológicamente capacitado para montar un caballito de batalla bastante indómito. Dos, las guerras de buen pronóstico no se combaten sólo con un jefe y su vanguardia, sino con Fuerzas Armadas cohesionadas, poseedoras de una inteligencia estratégica competente y logísticamente apoyadas por un pueblo informado.

La inviabilidad de la primera premisa estaba a la vista de todos: el conductor eventual ya no dialogaba ni estaba en condiciones de analizar los informes de sus técnicos. Era la sombra del “Chino” duro, pero jovial y seductor, de los primeros años de la revolución.

La inviabilidad de la segunda era perceptible para cualquier militar. A comienzos de 1975 la crisis de la revolución estaba alcanzando su clímax, merodeaba el fantasma de la infiltración castrista y las labores de inteligencia militar se volcaban más hacia lo interno que hacia el exterior. El pueblo estaba más desinformado que nunca, a partir de la confiscación de los diarios dispuesta en 1974. En febrero se habían insubordinado las fuerzas policiales, dando origen a una asonada callejera con resultados luctuosos. Luego, el régimen había deportado a numerosos hombres públicos de alto ascendiente en todo el espectro social y político del mundo civil. Rizando el rizo, había subido el nivel de las discusiones políticas entre los militares. Los altos mandos, pero también los de orden subalterno, discutían con peligrosa claridad sobre profundizar o consolidar las medidas revolucionarias, incentivar o liquidar las

organizaciones sindicales y políticas que se reclamaban representativas de la revolución, ceder o no y en qué medida ante las presiones de los Estados Unidos, aumentar o disminuir el grado de compromiso con la Unión Soviética y Cuba, reprimir o no y en qué nivel, las protestas civiles. Todo esto mezclado con un debate distorsionador sobre promociones y retiros profesionales, asignación de cargos políticos o burocráticos, privilegios y corruptelas del poder.

En resumidas cuentas, mientras crecían los indicadores de las hipótesis de conflicto interno y con Chile, los militares peruanos redescubrían la rueda de la incompatibilidad entre su profesión y la política. Comprobaban que dirigir el Estado podía ser tan divisivo para ellos, como siempre lo había sido para los políticos civiles. Y quizás más, pues en una democracia el ascenso de un burócrata, el despido de un gerente y hasta la renuncia de un gabinete no se vinculan, necesariamente, con la lealtad a la patria. El prestigioso periodista Manuel D'Ornellas se los había recordado desde el primer día. Su columna de 6 de octubre de 1968, en el diario *Expreso*, terminaba con el siguiente párrafo:

Y recordarle, por fin, al régimen castrense, que el ejercicio del poder desgasta. Cuando ese deterioro sólo afecta a un político o un partido, la nación no corre peligro; detrás de ellos hay otros hombres y otras agrupaciones. Pero detrás de una Fuerza Armada mellada por su gestión sólo está el caos.

De manera sintomática, D'Ornellas fue uno de los civiles más castigados por la revolución velasquista. En 1975 estaba exiliado en Buenos Aires, despojado de su nacionalidad por decreto y estigmatizado como “traidor a la patria”.

16. Sospecha confirmada

En 1975 la advertencia de D'Ornellas había mutado en profecía. En el Ejército, el temor al quiebre de la disciplina era unánime.

Para Morales Bermúdez, el síndrome apuntaba hacia la guerra civil. En 1982 confesaría a la periodista María del Pilar Tello que entonces “el país estaba a la deriva” y él “temía que se produjera un enfrentamiento directo de las propias instituciones, lo cual hubiera originado una debacle a nivel del país”. Incluso criticó al general Mercado por no haber

tomado el poder político cuando enfermó Velasco: "Debió ser el Primer Ministro quien asumiera la responsabilidad de conducir al país".³⁷ Entrevistado ese mismo año por el periodista César Hildebrandt, fue más rotundo: "una de las razones más claras para iniciar la transferencia del poder fue la peligrosa politización que se había operado en la Fuerza Armada", dijo. "En algún momento pensé que podía venir una guerra civil", agregó.³⁸

En la Marina, la discrepancia llegó a tener características de alzamiento, con unidades haciéndose a la mar y atentados contra jefes velasquistas. Es que en 1975 ya se habían mezclado las posibilidades de una guerra civil y las de una guerra contra Chile. Según los analistas, las Fuerzas Armadas peruanas estaban reequipadas y modernizadas, iniciaban la construcción de una base aérea en La Joya, cerca de Arequipa y proyectaban una base naval en el norte. El gasto militar, que ya era alto, se hizo socialmente insoportable. En el intertanto, la superpotencia soviética proveía, los asesores rusos y cubanos circulaban, los agentes secretos de Estados Unidos registraban todo y en los Departamentos de Estado y el Pentágono procesaban esos registros en el marco de las estrategias global y regional de la superpotencia.

Desde el optimismo corporativo, alguien pudo creer que ese gasto militar expresaba el costo de cerrar heridas o de evitar fisuras entre las distintas armas. Un destructor, un avión de combate o un tanque, administrados a tiempo, alivian las jaquecas institucionales. Pero si esos alivios se transforman en adicción, el liderazgo es impredecible y hay terceras potencias interesadas en un uso efectivo de las armas, el impacto acumulativo se acopla a la tentación bélica. Y además con prisa, pues el déficit de la balanza comercial se hace insostenible y la economía inicia una espiral inflacionaria. Ahí surge el tema de la inversión útil: si las armas no se usan entonces, no se podrán usar después.

El mundo civil pudo enterarse de estos dilemas herméticos en el curso de los años que vinieron. Actores civiles relevantes, en los partidos, la Cancillería e, inclusive, un Presidente de la República, fueron exponiendo, con mayor o menor sutileza, su conocimiento del tema.

El ex ministro de Justicia y ex embajador Guillermo Hoyos Osoreo, en su libro *Política internacional del Perú*, que recoge textos suyos hasta 1975, fue el crítico más precoz y urticante (el subtítulo de su obra es *Siete años de desvaríos*). A su juicio, la agresiva política de Velasco hacia el gobierno de Pinochet puso en alta tensión la relación bilateral.

Mencionando declaraciones del gobernante peruano y el aludido reportaje de Niedergang, concluía que “la situación, a mediados de 1975, llegó a ser verdaderamente peligrosa”.³⁹

Haya fue el líder político más severo. En entrevista para la revista venezolana *Resumen* del 2 de octubre de 1977, se expresó con extrema dureza sobre la política de Velasco hacia Chile. Afirmó que los soviéticos lo habían ilusionado con la idea de imponer el “modelo peruano” por la guerra, inspirándole una reedición de la Guerra del Pacífico al filo de su centenario.

En 1982, Augusto Zimmerman Zavala, jefe de la Oficina Nacional de Informaciones del gobierno de Velasco y luego director de *Kausachum*, revista ideológica velasquista, dio el día exacto en que el líder peruano había proyectado atacar: 6 de agosto de 1975. En 1995 insistió en el tema, con mayor elaboración, en una serie de artículos publicados en *La República*. Ahí reveló que Velasco no quería dejar el poder antes de realizar su sueño de recuperar el Morro de Arica. Presuntamente, le bastaría ver ondear su bandera allí, pues creía que el planeamiento estratégico de Pinochet establecía su primera línea de resistencia en el desierto de Atacama. También “denunció” que sólo Francisco Morales Bermúdez, comandante general del Ejército a la fecha, podía responder por qué ese plan no se cumplió: “debe explicar a los peruanos por qué fue a La Paz y, en reunión con Banzer, paralizó la reconquista de Arica”.⁴⁰

En 1985, el jurista Alberto Ruiz Eldridge, personalidad civil del gobierno militar, coincidió con la información de Zimmerman, aunque con otro sesgo: dado que en julio de 1975 Estados Unidos estaba moviendo a Pinochet contra el Perú, “Velasco responde con un operativo defensivo del 3, 5 y 6 de agosto de ese año”.⁴¹

En 1993, el embajador Hernán Couturier Mariátegui, director general de Asuntos Políticos de su Cancillería, escribiría que las negociaciones diplomáticas sobre los aspectos no cumplidos del Tratado Chileno-Peruano de 1929 tropezaron con los planes castrenses de solución violenta:

la imposibilidad de haber encontrado antes una solución, se debió en buena medida a los ingentes esfuerzos que ciertos sectores de nuestro país emprendieron, desde el Estado, mediante un intenso proceso de rearme e incremento de gastos militares, a fin de revertir la correlación de fuerzas desde un punto de vista estratégico.⁴²

En 1994, Luis Alberto Sánchez transcribió el juicio de Haya, publicado por la revista venezolana, acotando que la eventual guerra con Chile “era un dato entonces sólo comentado en ámbitos muy exclusivos”. Agregó, por su cuenta, que el prosovietismo y procastrismo de la dictadura no eran detalles inocentes: “De haberse cumplido su propósito, las consecuencias continentales habrían sido incalculablemente trágicas”.⁴³

El 1 de marzo de 1995, en declaraciones para el canal 10 de la televisión uruguaya, el Presidente Alberto Fujimori descartó cualquier nuevo proyecto armamentista del Perú en relación con su conflicto con Ecuador. La razón que dio asombró a los expertos: “en América Latina no hay un Ejército que tenga tal número de tanques, aviones supersónicos, aviones rusos, misiles de todo tipo” como el Perú, dijo. Este alarde, que ya era inusual en un jefe de Estado, culminó con la explicación de que el gobierno militar peruano compró esos elementos porque “pensaba que deberíamos hacerle la guerra a Chile”.⁴⁴

Digamos, como digresión, que en este último caso fue natural que los militares peruanos se sintieran traicionados. La regla absoluta es que los jefes de Estado defiendan las tesis disuasivas de sus ejércitos pues, oficialmente, ninguno se arma para atacar, sino para defenderse. Por eso, no extrañó que a los pocos días de aquella declaración, altos mandos en retiro de las tres armas —entre ellos Morales Bermúdez y Mercado— declararan lo militarmente correcto. Esto es, que la modernización militar del Perú se diseñó y ejecutó con la intención “rechazar un eventual ataque proveniente de sus fronteras más sensibles en dicha década y no con la de hacer la guerra contra Chile”.⁴⁵

Como dato anecdótico, es interesante saber qué pasó la noche previa al presunto día D revelado por Zimmerman. Consultado Tamariz, el historiador de *Caretas*, nos dice que:

la noche del 5 de agosto la televisión emite, a través del noticiero 24 horas del canal 5, un comunicado del gobierno en el que se anuncia la clausura de la revista *Marka* y la deportación de su personal por vertir “expresiones inaceptables contra el gobierno chileno y sus principales dirigentes”.⁴⁶

Curioso, pues *Marka* apoyaba la revolución de Velasco desde la perspectiva de una izquierda castrista, enemiga frontal del “régimen fascista de Pinochet”. ¿Se había adelantado la revista a la campaña

sicológica que debe acompañar a toda empresa bélica? ¿Estaba promoviendo la guerra por cuenta cubana? ¿Fue castigada para favorecer el efecto-sorpresa propio de todo ataque militar? ¿Temió Velasco que la falta de sanción fuera un argumento a favor de un ataque preventivo de Pinochet?

Sea lo que fuere, el balance de las vivencias propias y los testimonios consignados terminaron confirmando, con largueza, mi lejana sospecha de Leipzig.

17. Sospecha archivada

A mayor abundamiento, basta leer entre líneas lo que se publicó cuando el régimen castrense terminó, para confirmar que los altos mandos de la época estaban muy conscientes del momento histórico. Aunque alguno trató de manipular la historia y ninguno se atrevió a franquear los límites del hermetismo profesional, los que hablaron confirmaron (para buenos entendedores) que el peligro de guerra existió.

El almirante Luis Vargas Caballero, comandante general de la Marina y miembro de la Junta Revolucionaria hasta 1974 —dejó sus cargos tras un fuerte encontrón con Velasco—, aludió de manera críptica a ciertas discrepancias con el gobierno. Casi todas se referían a “aspectos de la Defensa Nacional, que aun ahora no se pueden discutir”. Agregó que “hubo algunas sumamente graves y sumamente importantes en las cuales la Marina tuvo intervención y logró que se canalizaran un poquito mejor”.⁴⁷

El general Javier Tantaleán, considerado —cosa excepcional— como filoaprista, dijo que en tiempos de Velasco “no tuvimos el menor problema con Chile”, pero “los problemas vinieron después”. Habrían llegado con Pinochet y se vinculaban con “algunos libros (suyos) relacionados con la geopolítica”. Agregó que en Chile se pensaba que el gobierno peruano era comunista y que los diarios del Perú publicaron “ataques muy fuertes” contra Pinochet, estando bajo directores nombrados por el gobierno.⁴⁸ Éste es un testimonio de sesgo manipulatorio muy curioso, por cuanto reconoce la existencia de problemas, pero los personaliza como una contradicción Pinochet-Morales Bermúdez. Sin embargo, Pinochet consideraba comunista al régimen de Velasco,

con el cual coexistió dos años y no así al de su sucesor. A mayor abundamiento, los diarios a que alude Tantaleán fueron expropiados por Velasco.

El general Leonidas Rodríguez, revolucionario del primer círculo, entonces al mando de la poderosa Segunda Región Militar, reconoció que el potencial de las Fuerzas Armadas peruanas llegó “a niveles nunca logrados antes”. Creyó que “los Estados Unidos trataban de crear un ambiente de tensión con los países fronterizos” y vinculó esto con publicaciones extranjeras que asociaban el armamento soviético de los peruanos con una invasión a Chile. Paralelamente, admitió un estado de “tensión artificial” con Chile, que afectó a los hombres de uniforme: “Cuando la seguridad nacional peligró nosotros priorizamos nuestras responsabilidades militares relacionadas con la defensa nacional”. Eso, a su juicio, permitió explicar mejor “el relevo” de Velasco. En un párrafo muy sugerente, agregó que “el gobierno de Pinochet concentró su centro de gravedad bélico en el norte de Chile lo que dio lugar a que nosotros tuviéramos que reforzar nuestra cobertura en el Sur”, pero que esa última carta finalmente no se jugó “porque Morales Bermúdez se aprestó a liquidar el proceso revolucionario”.⁴⁹

Lo que para Leonidas Rodríguez fue una “tensión artificial”, para el general Miguel Ángel de la Flor, canciller entre 1972-1974, fue “una gran tensión”, catalizada por la caída de Allende, la llegada de Pinochet y la manipulación del gobierno de Estados Unidos. Yendo al detalle histórico, advirtió que la filiación portaliana del general chileno demostró, de partida, que “había que tener muy en cuenta la seguridad nacional”, pues Diego Portales fue un permanente adversario del Perú.

Morales Bermúdez, por su parte, llegó a decir en esa entrevista de 1982 que la crisis interna indujo una pérdida de la coherencia y discusiones sobre “aspectos fundamentales”. Todo lo cual mostraba hacia el futuro “una especie de nebulosa muy peligrosa”.⁵⁰

Quienes quieren creer que en esto hubo paranoia, están en su derecho. Pero, con los antecedentes señalados, debieran pensar que las guerras no sólo son un escapismo de gobiernos militares con hipótesis de conflicto recíprocas, como sucedía con Argentina, Bolivia, Ecuador, Chile y el Perú en los años 70. También pueden serlo en un contexto de gobiernos civiles elegidos, como fue el caso de la guerra focalizada entre Ecuador y el Perú de 1995. Entonces, un Fujimori muy saludable supo manipular la amenaza ecuatoriana y hasta el inicio de actividades

bélicas, para hacer desaparecer a sus adversarios del sistema mediático y asegurar su reelección presidencial.

En definitiva, lo cierto —y aleccionante— es que, en 1975, el mal-trecho general Velasco estaba sucumbiendo a la tentación de mantenerse en el poder y desviar la amenaza de una guerra civil, iniciando una nueva guerra contra Chile.

Parte Cuarta

LA GUERRA QUE PUDO SER

18. Primero desactivar

Al filo del “año D”, Morales Bermúdez pulía una estrategia en dos tiempos. El primero, para alzarse sin bronca, imponerse sin sangre, impedir la guerra civil y desminar la relación con Chile a través de la diplomacia militar. El segundo, para establecer un cronograma orientado a transferir el poder político a la ciudadanía, recuperar el rol tradicional de las Fuerzas Armadas y mantener relaciones diplomáticas normales con Chile.

Fiel a la personalidad política que comenzaba a lucir, el Morales Bermúdez del primer tiempo partió tranquilizando a los militares chilenos. El mismo 29 de agosto de 1975 decidió avisarles que los movimientos visibles en Tacna no iban contra ellos. Fue una jugada arriesgada, cuyo éxito dependía de su credibilidad personal, la buena elección del mensajero, la claridad del mensaje y la mayor o menor exactitud de una variable que él no manejaba: los análisis de la inteligencia militar chilena.

Para su fortuna, existía el mensajero: era el general Artemio García, quien había recibido una información similar, pero a la inversa, el 11 de septiembre de 1973, de boca de su amigo el coronel chileno Odlanier Mena, comandante del regimiento de Arica. García puso a Morales Bermúdez en contacto telefónico directo con Mena quien, a la sazón, era nada menos que director de la Central Nacional de Inteligencia chilena.

A continuación, utilizó ese engaño táctico que consiste en regalar espacios transitorios a un enemigo interno que todavía es temible. Con esa orientación, se proclamó continuador e incluso profundizador de la obra de Velasco, estableciendo la *distinción copulativa* entre la “primera fase” y la “segunda fase” de la misma revolución. Algo que podía interpretarse como una promesa de perseverar en lo mismo, pero con mayor eficiencia.

Al efecto, diseminó el concepto del “culto a la personalidad” para explicar la defenestración de Velasco, se empeñó en usar la controvertida palabra “socialismo”, tomó medidas que profundizaron la reforma agraria y sedujo a los comunistas con la idea de que él llegaba para garantizar la revolución socialista, peruana y continental. Tuvo la audacia, en esta línea, de permitir que su jefe de Estado Mayor, general Jorge Fernández Maldonado, promocionara en la Conferencia de Comandantes en Jefe de los Ejércitos de América Latina (CEA) de 1975, en Montevideo, la tesis de “la revolución con la participación militante de las Fuerzas Armadas”. Posición ésta que ya había aceptado Fidel Castro, aunque contradijera las tesis aurales de su propia revolución.⁵¹

Morales Bermúdez tuvo pleno éxito, pues le creyeron quienes él quería que le creyeran. El jefe comunista peruano Jorge del Prado recién descubrió que Velasco “era inmaduro, ideológica y políticamente”⁵² (casi textualmente lo que nos había dicho su camarada Molle en Leipzig) y leyó el nuevo cuadro como una consolidación de las posiciones revolucionarias. Al mismo tiempo, auguró mejores relaciones con la Unión Soviética y advirtió que “la Junta fascista chilena se prepara para agredir al Perú”.⁵³

Con ese aval local, los gobernantes soviéticos —que tenían razones comerciales para querer creer— mantuvieron sus programas de aprovisionamiento militar y asesoría técnica. Fidel Castro, desde La Habana, amplificó la voz de Morales Bermúdez nada menos que desde la tribuna del Primer Congreso del Partido Comunista Cubano. Allí notificó a los incrédulos que el nuevo líder “continúa y profundiza el proceso iniciado en octubre de 1968 por un grupo militar que (...) inició una nueva era en la posición de ciertas fuerzas castrenses en la América Latina”.⁵⁴

En Estados Unidos y en el nuevo entorno militar surgido en la región, optaron por hacerse los desentendidos, sobre la base de informes y análisis más confiables. Entendían que Morales Bermúdez no era un militar conservador, pero que tampoco era partidario de un alineamiento

con Moscú y La Habana. Las fichas secretas lo describían como cristiano, socialdemócrata y partidario de una economía mixta.

Desde ese criterio, la informada revista *Visión* ponía el énfasis en el descomunal incremento del gasto público bajo el gobierno de Velasco, pronosticaba la reprivatización de las empresas nacionalizadas, sugería una tendencia más latinoamericanista que tercermundista y no alineada en el nuevo gobierno y adelantaba contactos entre su Presidente y los generales gobernantes de Brasil y de Chile. Llegó a afirmar, incluso, que “la revolución peruana ha entrado por una vía realista y de consolidación de sus proclamadas esencias no capitalista y no comunista, lo que sin duda causa desasosiego en la izquierda marxista del país”.⁵⁵

Tal como el nuevo jefe peruano lo había calculado, los líderes de Occidente y de la región le dieron el tiempo necesario para juzgarlo por sus hechos.

19. Entretiempo

Las maniobras diversionistas de Morales Bermúdez hacia la izquierda y el tiempo concedido desde la derecha, le abrieron un entretiempo en el cual ejecutó la táctica del *salami*: primero inmovilizar y luego cortar en orden.

Para comenzar, despejó de generales el camino para que Fernández Maldonado llegara a la jefatura del Estado Mayor, escalón previo de la Comandancia General. Así, en enero de 1976, uno de los dos generales más emblemáticos del radicalismo pasó a comandar el Ejército. Pero, casi enseguida, Morales Bermúdez se deshizo del segundo, el general Leonidas Rodríguez. Resentido éste por la promoción inconsulta de un oficial de su área e impulsado por un exceso de confianza, solicitó su pase a retiro que, para su sorpresa, el Presidente aceptó de inmediato. Pocos meses después, en julio, el general Carlos Bobbio Centurión, líder del Centro de Instrucción Militar del Perú (CIMP), se insubordinó contra el alto mando denunciando la “infiltración cubana” en el Ejército. Tras veinticuatro horas dramáticas, el episodio indujo la dimisión del general Jorge Fernández Maldonado, quien alcanzó a durar un semestre como comandante general.⁵⁶

Fuera de esos dos jefes, siempre presentados como “amigos de la revolución cubana”, otros generales radicalizados salieron por renuncia

voluntaria, invitación al retiro o solidaridad con los expectorados. Eso demostró, con la verdad del escalafón, que Morales Bermúdez no pretendía alinearse detrás de Velasco ni con La Habana. Hubo oficiales agraviados que reaccionaron con conspiraciones y otros con resentimiento.

Entre los primeros estuvo el capitán Eloy Villacrez Riquelme, dado de baja en 1976. Éste confesaría que ese año participó de una conspiración para “volver al tipo de gobierno de la primera fase”. Eso suponía la eliminación del Presidente, a quien consideraba un traidor.⁵⁷

En cuanto a los simplemente resentidos, se desfogaron estigmatizando al Presidente como traidor, hipócrita, felón, político sin escrúpulos, etc. El general José Graham dijo haber visto una carta de Fidel Castro diciéndole a Morales Bermúdez: “Pancho, ya felizmente vas a hacerte cargo del poder”. Sin captar su despropósito, pareció más indignado por el engaño al cubano, que responsable por los preparativos engañosos para desplazar a Velasco, en los cuales él mismo había participado. Desde esa mentalidad, Graham pulió un relato inverosímil del golpe del 28 de agosto. Tomando pie en una conversación liviana y desinformadora con el propio Morales Bermúdez, afirmó que el alzamiento de Tacna “fue fruto de una borrachera”.⁵⁸

En 1977, cuando este autor llegó al Perú, el nuevo gobernante daba por cumplido el entretiem po. Ya había tomado el control de las palancas institucionales e iniciaba la ejecución de un proyecto político que permitiría, a militares y civiles, volver a las estructuras básicas del contrato social occidental.

En cuanto a la relación con Chile, había dejado tácitamente en claro que le parecía inadmisible ir a una guerra sin aliados, en las peores condiciones internas de unidad y bajo la amenaza de una guerra civil. En el segundo tiempo llegaría su hora de la verdad respecto a la segunda interrogante estratégica: la de un eventual enfrentamiento con Chile, en condiciones militares e internacionales muchísimo más favorables.

20. “Dictablanda” en acción

En su línea gruesa, el proyecto de Morales Bermúdez se expresaba en un cronograma de transferencia del poder a los civiles, pasando por la elección de una Asamblea Constituyente y la aprobación de una Constitución. Faltaban sólo esos “detalles” que marcan la diferencia entre

la buena y la mala fe: cómo se elegiría la Asamblea, quiénes podían ser elegidos y qué grado de libertad tendrían.

Para afinar esos detalles, el Presidente debía trabajar en varios frentes, dentro y fuera del país, sin abandonar la centralidad de sus posiciones. La tarea más apremiante era defender su gobierno de las protestas populares, que ya se expresaban de manera masiva y habían producido una huelga general impresionante. En la organización de esas protestas estaban los militantes de izquierda escépticos respecto a la “democracia simplemente formal”. Su futuro político —estimaban— no estaba en ningún cronograma, sino en la toma directa del poder, con el apoyo de los militares filocastristas desplazados.

Por otra parte, él tenía que apoyarse en esa amenaza popular, para presionar a sus camaradas de armas, reposicionar la economía y ampliar su espacio de autonomía. En lo principal, lo necesitaba para establecer deslindes claros con la imagen de Velasco frente a Estados Unidos y los países vecinos. Ello facilitaría la reinserción internacional del Perú y tranquilizaría al Ejército chileno, cuyo ataque preventivo siempre estuvo entre las hipótesis vigentes.

Dentro de esos parámetros estrechos, la tarea política de mayor complejidad era sacar del gobierno a las Fuerzas Armadas, salvar su unidad y su disciplina, asegurar a los mandos que la nueva Constitución no retrocedería la historia a 1968 y garantizarles su estatus ante el gobierno que viniera. Esto suponía resignarse a aparecer ante la opinión pública, interna y mundial, no como un líder carismático, que representaba a la nación, sino como un mandatario de las Fuerzas Armadas.

Contradictoriamente, esa limitante implicaba renunciar al gran poder personal, tan necesario, en apariencia, para un proceso de tamaño envergadura. El siguiente párrafo muestra con cuánto realismo Morales Bermúdez conceptualizaba su rol y cómo lo diferenciaba, sutilmente, del que cumpliera Velasco:

yo no me siento un Presidente del Perú porque me ha elegido el pueblo, estoy muy lejos de eso. Yo he nacido a la vida política del Perú, en esta responsabilidad, porque la Fuerza Armada, en un pronunciamiento total, depositó en mí su confianza. En consecuencia, yo no tengo una libertad política absoluta (...) yo no soy dictador del Perú; estoy manejando este gobierno en forma institucional. Yo tengo que medir el pensamiento y los análisis que hacen las instituciones castrenses que hoy día son responsables de la vida política del país.⁹⁹

Pese a todo, el desafío era abordable porque, a diferencia de lo que había sucedido o estaba sucediendo con otras dictaduras de la región, la peruana —incluso en la fase de Velasco— no había incurrido en violaciones masivas de los derechos humanos. No produjo “desaparécidos”, sus exiliados podían recordarse por sus nombres y no por porcentajes de la población, no hubo sicarios que practicaran el terrorismo de Estado y no optó por la tortura sistemática como método para obtener información rápida.

A mayor abundamiento, en el empeño para poner distancia con Velasco, el propio Morales Bermúdez definió su régimen como “dictablanda”. Era un juego de finura florentina, en el cual a una aplicación de la dura *manu militari* seguía un flexible paso liberalizador. En virtud de la primera, él seguía cerrándole la urticante revista *Caretas* a Enrique Zileri y deportando a opositores, con el agregado notable de que entre éstos aparecían militares tan conspicuos como el general Leonidas Rodríguez. En virtud del segundo, permitía el retorno al país de grandes líderes como Belaunde y Haya, de un Manuel Ulloa que era símbolo de amistad con Estados Unidos y de grandes periodistas perseguidos, como D’Ornellas, Paco Igartua y el propio Zileri, quien entonces se sentía viviendo en una puerta giratoria.

Al mismo tiempo, abría un diálogo formal con los partidos políticos y hasta permitía programas televisivos de debate político sin censura previa. Recuerdo uno conducido por la periodista y abogada María del Pilar Tello y otro —*Contacto directo*—, por el entonces periodista Alfredo Barnechea. Notablemente, incluso en estas opciones hubo un ojo especial del gobernante pues, más allá de su prestigio indiscutible, María del Pilar era cónyuge de Marcel Niedergang y Alfredo era amigo de su hijo Remigio, ambos llamados a tener figuración política en el APRA.

La coherencia de esta estrategia haría que hasta la prensa confiscada contribuyera a ampliar espacios de libertad. Percibiendo y/o conociendo el talante de Morales Bermúdez, los directores designados buscaron hacer buena letra, filtrando opiniones e información que aportaban al debate político. Y podían hacerlo, porque entre ellos había intelectuales de muy alto nivel, como el profesor universitario Luis Jaime Cisneros, el historiador Juan José Vega, el sociólogo Helan Jaworsky y el periodista Jorge Luis Recavarren.

Otro factor que ayudó a ese oxímoron del *dictador democrático*, fue la designación de civiles de alto nivel técnico en las carteras económicas

y de Relaciones Exteriores. Con su sola presencia en el Gabinete, rompieron la seguridad castrense en la complicidad corporativa. No sólo eso, supieron hacerse escuchar e imponer sus planteamientos negociadores y democratizadores. Recuerdo, especialmente, al ministro de Economía y Finanzas Javier Silva Ruete y a los cancilleres José de la Puente Rabbill, Carlos García Bedoya y Arturo García y García. Unos más amigos de Chile que otros, pero todos partidarios del sistema democrático y de la solución pacífica de cualquier controversia vecinal.

21. Sólo la democracia salvará al Perú

Las dificultades mayores para afinar los detalles del cronograma radicaban en el carácter populista de la fase velasquista y en la progresiva exasperación del conflicto entre Argentina y Chile, con Bolivia a la expectativa.

Dado que los militares de Velasco habían llegado para cambiar un orden previo y lo habían conseguido, crearon una conciencia política de responsabilidad, que permeaba a los militares de la segunda fase. Fue inevitable que, en los diversos espacios de encuentro de la “familia militar”, se comenzara a debatir si era lícito retirarse sin garantizar la permanencia de las reformas estructurales.

Una de las garantías era la representación institucional en la Asamblea Constituyente: “tuve presiones muy fuertes para que la composición de la Asamblea Constituyente tuviese por lo menos un tercio de representantes elegidos por el propio gobierno”, diría años después Morales Bermúdez.⁶⁰

Otra garantía era la politización militar directa y se especulaba con candidatos, partidos existentes y partidos por inventar. Generales prominentes de la primera fase fueron presionados para reciclarse como constituyentes y, después, para postular a la Presidencia. En los medios castrenses circulaban manifiestos y planillones llamando a formar una masa crítica. Conservo en mi archivo una hoja impresa, de octubre de 1977, bajo el título “Llamado a los revolucionarios que con uniforme o sin él acompañaron al general Juan Velasco Alvarado en la conducción de la revolución del 3 de octubre de 1968”. En ella se expresa la necesidad de preservar el legado revolucionario y construir una sociedad socialista acorde con las Bases Ideológicas de la Revolución Peruana. En

su texto demanda, de manera nominativa, “la ineludible participación política” de quince generales y almirantes en retiro (curiosamente, entre ellos no están los más cercanos a Fidel Castro) y convoca a estructurar “la organización política popular revolucionaria que tanta falta le hace a la Revolución Peruana”. En la parte inferior hay espacio para quince firmas de adherentes.

En esencia, los velasquistas buscaban fórmulas de “amarre” como la del español Francisco Franco, quien creyó haber dejado todo “atado y bien atado”, o como la que Pinochet comenzaba a tejer en Chile, vía nueva Constitución. Ahora, si Morales Bermúdez hubiera dado prioridad al tema, habría caído en la trampa de los intelectuales puros o en la misión imposible. Su actitud, en cambio, fue tratarlo simultáneamente con los otros temas macro. Percibió que las fuerzas civiles que liberara para levantar una economía viable y reconstituir la institucionalidad política lo ayudarían a dejar como legado una Constitución genuinamente democrática, elaborada por una Asamblea Constituyente elegida en libertad. Una Carta Magna de esa naturaleza, a su vez, le permitiría tranquilizar a eventuales enemigos externos y reducir las pulsiones belicistas internas, que también pedían “manos libres” para los militares.

Llegaba, de ese modo, al punto neurálgico: su diálogo con los partidos políticos, que pasaba por la mantención o el alzamiento del “veto” militar al APRA. En este punto, Morales Bermúdez debió revisar dos mitos: uno individualizado, que vinculaba el asesinato de su padre con la militancia aprista del asesino y otro colectivo, que cultivaban sus camaradas de armas, a partir de los luctuosos hechos de sangre de Trujillo en 1932. Este último, en sus líneas gruesas, describía al partido de Haya como internacionalista y paracomunista, *ergo*, poco patriótico y antimilitar.

La revisión era especialmente oportuna, por la reaparición del fantasma bélico. Desde esa perspectiva de seguridad nacional, bastaba con investigar la posición del APRA en la guerra del Perú con Ecuador de 1941, producida sólo nueve años después de los acontecimientos de Trujillo. Y la verdad histórica, en ese caso, fue que Haya privilegió el interés nacional por sobre el indoamericano, que era parte medular de su doctrina. Ello, no sin antes criticar el mal manejo diplomático del gobierno de Manuel Prado y el que éste fuera considerado como prona-zi en Estados Unidos. Su posición consta en el siguiente párrafo de una carta a un militante de Arequipa, que conservo en mi archivo:

En el Norte el Partido ha dado orden a todos los apristas en edad militar de incorporarse a las filas. La población civil de Chimbote a Tumbes ha solidarizado con el Ejército. Pero hay una palabra de orden que se repite por todas partes: Si la guerra viene todos iremos, pero no queremos otro 79.⁶¹

Según este testimonio, el APRA, en la primera coyuntura bélica tras su enfrentamiento con los militares, había optado por la causa nacional. Reaccionó como los partidos socialistas de la II Internacional estigmatizados por Lenin, cuando hicieron su opción nacional durante la Primera Guerra Mundial.

Es presumible que, tras un análisis similar, Morales Bermúdez haya decidido cerrar el capítulo del odio apro-castrense. Al efecto, buscó el parecer de Luis Alberto Sánchez y, encontrándolo receptivo, decidió tomar la iniciativa. El 1 de mayo de 1976, desde la ciudad de Trujillo, lanzó un discurso histórico llamando a “olvidar el enfrentamiento entre hermanos que se dieron (sic) aquí hace cuarentaicinco años”.⁶²

El llamado no cayó en oídos sordos. El legendario Haya, quien ya había advertido la pericia política del gobernante, acordó el inicio de conversaciones secretas y acuerdos operativos. Procedió como si el sectario lema partidario “sólo el APRA salvará al Perú”, hubiera sido reemplazado por un consenso salvacionista alrededor de la idea democrática. Dos décadas después, Sánchez reconocería que Morales Bermúdez mostró entonces, para sorpresa de muchos (incluido él mismo), una gran receptividad a las propuestas apristas y “una llaneza de espíritu fundamental para remover (...) la casi tradicional desconfianza de los militares hacia el aprismo”.⁶³ Los antiapristas, por su lado, llegarían a sospechar que el diálogo del Presidente con el APRA llegó hasta la intimidad misma. Es decir, a una fórmula con Morales Bermúdez como candidato presidencial apoyado por el partido de Haya.⁶⁴

En cuanto a Acción Popular, el partido de Belaunde, también hubo guiños amistosos. El líder, al bajar del avión del retorno, en enero de 1976, dijo volver “con los brazos abiertos”. Su ex ministro de Justicia, Elías Mendoza, entrevistado por *Visión* el 15 de abril de 1976, reiteró críticas a Velasco y elogió a Morales Bermúdez. Eduardo Orrego y otras personalidades del partido con quienes yo conversaba en la casa de la calle Atahualpa de Manuel Ulloa, apoyaron el renaciente protagonismo de los partidos políticos y anotaron los méritos del nuevo Presidente militar. Pero no más que eso, porque Belaunde venía afinando la estrategia de

apoyar el cronograma desde afuera. Calculaba que un rol prescindente y señorial —que le costaba poco— le daría mejores dividendos electorales en las primeras elecciones presidenciales, bajo la Constitución que otros aprobaran.

En medio de estos vuelcos singulares, las izquierdas marxistas otra vez quedaron descolocadas. Ya no podían volver a la ortodoxia antimilitar, pues habían reconocido el carácter revolucionario de las Fuerzas Armadas peruanas y tanto Brezhnev como Castro —la izquierda conservadora y la “verdaderamente revolucionaria”— habían dado su aval a Morales Bermúdez.

Respecto a la superpotencia norteamericana, llave del diálogo con los organismos de crédito, el Presidente comprobó que el Departamento de Estado seguía canalizando recetas del FMI, pero ahora con tono diplomático. La Casa Blanca comprendía la necesidad de un gradualismo, pues su información de inteligencia estratégica le decía que el Estado peruano no tenía capacidad gerencial para seguir participando en la propiedad de 174 empresas... y que Morales Bermúdez estaba consciente de ello.

En un momento determinado, hasta los mandos radicalizados entendieron que el dilema era rectificar liberalizando o quebrar sin salvavidas soviético, como lo había demostrado la experiencia de Allende con los rácanos tesoreros del Kremlin. Sólo mantuvieron su lealtad al déficit en materia de armamentos, por la poca elasticidad de ese mercado.

Así, entre dudas y murmuraciones —antónimo del lema del Ejército— se fue esfumando la utopía revolucionarista y reconstituyendo el entramado político y económico de la sociedad. Morales Bermúdez, superando obstáculos institucionales, imponiendo su diplomacia vecinal, desmontando las redes castristas, venciendo sectarismos partidistas y apoyándose en el fundador del APRA, había mantenido su *timing* y estaba en condiciones de convocar a la libre elección de una Asamblea Constituyente.

La elección se hizo y los resultados del 15 de junio de 1978 dieron una cuota mayoritaria de constituyentes al APRA (35), seguido por el centroderechista Partido Popular Cristiano (27) y por el Frente Obrero Campesino Estudiantil y Popular, liderado por el trotskista Hugo Blanco (12). El Partido Socialista Revolucionario, que representaba las posiciones de los militares radicalizados, eligió 6, siendo el primero de ellos el general Leonidas Rodríguez, a la sazón deportado. Los comu-

nistas obtuvieron otros 6 escaños, pero con una votación inferior. Cinco partidos menores, de izquierda y derecha, se distribuyeron los restantes 14 asientos. Este resultado demostró la escasa representatividad política de los militares de la primera fase. Eran sólo un 7,09% del electorado y, de haber competido en las elecciones el partido de Belaunde, su marca habría sido menor.

El 28 de julio el venerable Haya, de 84 años, elegido presidente de esa Asamblea Constituyente, dirigió a los cien “ciudadanos representantes” elegidos un mensaje cuidadosamente preparado. Partía de la base de que ellos debían ser paradigma de honestidad y que una Constituyente debía legislar con proyección al futuro y con “propósitos superiores y comunes”, pues representaba a todo el pueblo y no sólo a determinados sectores. Saludaba a las Fuerzas Armadas que se habían honrado a sí mismas “al presidir imparcialmente estas elecciones”, pero advertía a los militares recalcitrantes que la Constituyente no podía aceptar parámetros en el proceso democratizador: “tiene el compromiso de honor de garantizar comicios libres para elegir a las autoridades constitucionales que deben gobernar por elección del pueblo tras el largo interregno castrense de diez años”. También llamaba a “reconocer la realidad imperativa” de la integración latinoamericana, pues “el Perú tiene todo por ganar en una Indoamérica unida y todo lo puede perder en una Indoamérica balcanizada”.

Fue su último acto de protagonismo. Como si hubiera esperado toda la vida por esos meses, Haya no pudo participar en las alternativas del gran combate político que siguió.

22. “Tongo” ejemplar

Para los apristas místicos, llegar a la Asamblea Constituyente fue un milagro de Haya, y eso era subestimar el rol de Morales Bermúdez. Para los antiapristas fanáticos, el régimen militar se caía solo, y eso era subestimar la capacidad de sobrevida de la fuerza.

Fuera de esas dos formaciones extremas del alma política peruana, todos reconocieron que en la lucha final entre Morales Bermúdez y la Asamblea hubo mucho de la mejor simulación limeña. Para emplear la jerga boxística, mucho de “tongo”, pues ambas partes sabían de las coincidencias entre los militares pos 1968 y los apristas.

Es posible que en la base de la simulación estuviera la percepción de que los debates concluirían en consensos estratégicos. Si con Velasco el partido de Haya había acusado la amargura del pirateo ideológico, el debate convocado por Morales Bermúdez sería la ocasión para definir los derechos de autor. El Presidente, en tal caso, induciría una Constitución “blindada” y ambas partes quedarían con sabor a victoria.

A mayor abundamiento, los militares tradicionales y las fuerzas políticas conservadoras tendrían la posibilidad de plantear y defender posiciones. Al efecto seguía disponible el viejo lema aprista “conversar no es pactar”, levantado en el pasado para responder acusaciones sobre pactos indecorosos. La mayoría aprista escucharía, autorizaría alguna concesión de forma, pero no cedería posiciones importantes. Menos con su líder moribundo y estando en claro que los militares, en globo, carecían del apoyo político de alguna minoría nacional significativa.

Ése fue el juego público. Pero los debates más dramáticos, de irse o quedarse, de la paz o de la guerra, se desarrollaban entre bambalinas castrenses. En ese frente, el gobernante, dialéctico intuitivo y dueño de un lenguaje semi *orwelliano*, participaba para desactivar las tensiones. Lo hacía presentando ante los constituyentes las propuestas duras de sus camaradas de armas y retransmitiendo a éstos las tercas negativas de los ciudadanos representantes. En ese correveidile, la presión bajaba y él compensaba las frustraciones con discursos de altos decibeles nacionalistas en las efemérides oficiales.

También solía presentar a los altos mandos las opiniones de su ministro Silva Ruete sobre el crítico estado económico de la nación y la incidencia hiperinflacionaria de lo que Manuel Moreyra, presidente del Banco Central, consideraba “sobrearmamentismo”.⁶⁵ Tan convincentes debieron ser esos argumentos combinados, que los asumiría incluso el general Luis Cisneros Vizquerra, apodado El Gaucho, por su proargentinismo. “Al iniciarse la segunda fase del gobierno revolucionario éramos conscientes que la situación económica era sumamente crítica y que caminábamos hacia un caos”, diría en 1981.⁶⁶

En ese trajín, el Presidente no pretendió inventar ninguna teoría ni tomar en serio la del “no partido”, de Carlos Delgado. Sus maniobras tuvieron una fundamentación clásica, esto es, sencilla: restablecer el contrato social de las democracias, con la subordinación de los militares al poder legítimo. Las dificultades estaban en hacerlo desde una Pre-

silencia con estrechos márgenes de autonomía, ante la posibilidad de una guerra argentino-chilena contagiosa y, a partir de su lealtad, a una institución que se autogratificaba como “poder tutelar” de la nación.

Los mismos peruanos se asombraron cuando, tras tantos rumores y temores, la mayoría de los constituyentes aprobó una nueva Carta Constitucional dentro del plazo estipulado. Desde su preámbulo, ésta se anunciaba como promotora de una “sociedad justa, libre y culta, sin explotados ni explotadores, exenta de toda discriminación por razones de sexo, raza, credo o condición social, donde la economía esté al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía”. Según las normas de su Título Tercero, lo último implicaba libre iniciativa privada, en el marco de una economía social de mercado, con un Estado regulador, concertador y promotor del desarrollo. El texto entero, en su ensamblaje, debía servir como soporte para construir un Estado democrático, garante del respeto a los derechos humanos y del imperio de la ley, excluyente de la violencia como método para resolver conflictos y con vocación integracionista en lo regional.

Era una Constitución de buen consenso, entre la *dictablanda* y el *aprismo renovado*.

23. El año más peligroso

Ese año corto, entre el 28 de julio de 1978, día en que se inauguró la Asamblea Constituyente, y el 12 de julio de 1979, cuando se aprobó la Constitución, merece ser analizado con detalle, pues marcó el clímax de los debates castrenses, las *bolas limeñas* y las presiones sobre la Asamblea.

El sector militar crítico redobló, entonces, sus esfuerzos para condicionar el futuro político del Perú; pero no ya para preservar “conquistas de la revolución”, sino para mantener altos niveles de autonomía, bajo amenaza de prorrogar su control del poder. Zileri, desde *Caretas*, aludiría a una eventual “fase dos y media” y, diez años después, Morales Bermúdez reconocería sugerencias “que llegaron en forma muy directa”, para que el régimen militar permaneciera tres años más.⁶⁷

Esos militares y sus asesores civiles sabían que se iniciaba un curso de colisión entre Chile y Argentina, y que comenzaba a cuajar la Constitución de Pinochet. Según su información, éste no tomaría ningún

riesgo: una comisión designada por él debía entregarle el proyecto, él debía aprobarlo y un plebiscito sin garantías democráticas lo ratificaría. También sabían que en esa Constitución las Fuerzas Armadas chilenas tendrían niveles de autonomía inéditos para Occidente. Serían garantes de la Carta, tendrían presencia en el Senado y estarían representadas en un organismo con competencia para supeditar al propio Presidente de la República. Y más aún, establecería un sistema de censura previa sobre los productos audiovisuales y un sistema de quórum calificado en las votaciones del Congreso, para mantener la supremacía militar. La guinda de esa torta sería una Administración Pública con funcionarios “apernados” de la confianza de Pinochet.

Militarmente, la comparación les permitía visualizar dos maneras de enfrentar la amenaza bélica que venía desde el canal Beagle. Por una parte, la de una dictadura chilena en vías de abolir la subordinación castrense al poder civil, para enfrentar una guerra sin las usuales cortapisas de los políticos. Por otra parte, la de una dictadura peruana que comenzaba a hundirse el puñal de un *harakiri* democrático, con la asistencia de un histórico enemigo político —el APRA— y subestimando la posibilidad de un desquite en un año simbólico.

Esa amenaza bélica daba a las sesiones de la Constituyente un aire tenuemente surrealista. Uno podía imaginar al “maestro” Sánchez desmenuzando a ciegas un artículo sobre las comunidades campesinas, mientras en algún recinto castrense se debatía si el Perú debía o no participar, y en qué instancia, en la guerra que asomaba.

Ese estado de sobresalto se mantendría hasta el último minuto del último día de la Asamblea Constituyente. En efecto, el 12 de julio de 1979, ya promulgada la nueva Constitución y enviada al Presidente, éste la devolvió a Sánchez pues los constituyentes habrían excedido la función específica que les fijara en la convocatoria. La Carta, a juicio del general —que así cedía a la presión de los altos mandos—, contenía normas transitorias respecto a materias de la competencia de la dictadura que se iba y no del gobierno democrático que llegaría.

El unánime rechazo de la Asamblea fue recibido con flexibilidad por el Presidente y así pudo escenificarse un acto final entre misterioso y asombroso: la firma de Haya moribundo sobre el texto constitucional que se acababa de promulgar.

24. Escenario abierto

Quienes estábamos medianamente bien informados en el período 1978-1980, percibíamos que el escenario estaba abierto para lo mejor posible o para la guerra con Chile.

Ese “lo mejor posible” correspondía al cronograma político que descartaba, *per se*, una guerra ofensiva. Se reflejaba, oficialmente, en los dichos de Morales Bermúdez, que se equilibraban siempre entre la conmemoración de “la guerra infausta” y la explicación de que no había espíritu de revancha.

Ya estaba claro que la guerra de Velasco habría sido una barbaridad; pero me basta revisar un viejo cuaderno con notas del bienio para ratificar la consistencia de una nueva amenaza bélica paralela al cronograma. No sólo eso, también me permite decir que ningún analista podía garantizar una racionalidad similar a la del 29 de agosto de 1975. Habría sido un caso de optimismo bobo.

Y fue así, por suponerse que esta vez la iniciativa vendría desde Argentina, un aliado poderoso que no podría negociar por separado, como lo hiciera en el siglo XIX respecto a la Patagonia. Ese rol argentino reduciría los costos peruanos de manera categórica. El Perú, armado por Velasco para una despilfarrante guerra total, podría actuar en una guerra focalizada o focalizable.

Además, la hipótesis de Bolivia luchando por recuperar territorios del norte chileno no admitía pasividad peruana respecto a Tarapacá y Arica. Tal escenario suponía la anulación, *de facto*, de la doctrina oficial peruana según la cual no había problemas fronterizos pendientes con sus vecinos. Hasta habría una razón de texto: si Chile perdía control sobre territorios que antes fueron peruanos, dejaba de tener validez el Tratado de Lima de 1929.

A mayor abundamiento, una iniciativa exógena reducía la posibilidad de que el Perú fuera acusado por violación de tratados internacionales. El gobierno de Ecuador se vería limitado, así, en su alegato amazónico sobre la inejecutabilidad del Protocolo de Río de Janeiro de 1942.

En tal marco, el curso de colisión hasta parecía una fatalidad del destino. Tomada la decisión en Buenos Aires, la guerra del Beagle emergería como bioceánica, con una separata especial para el Pacífico.

Obviamente, esas reflexiones surgían desde un clima militar exasperado. Los estrategos de Argentina, con el lema “negociación directa o diálogo con las armas” (paráfrasis del lema heráldico chileno “por la razón o la fuerza”), ya tenían diseñado su primer acto de guerra: un desembarco de Navidad en las islas Picton, Nueva y Lennox. Respecto a lo que seguía, el general Luciano Benjamín Menéndez había soltado una bravuconada: “En seis horas estamos tomando champaña en La Moneda y después vamos a orinar a Valparaíso”.

Mientras tanto, los agentes diplomáticos de Bolivia potenciaban su demanda marítima en todos los foros internacionales. Sabían que la mala imagen de Pinochet la hacía más plausible que antes. En marzo de 1978 el general Banzer había suspendido las relaciones diplomáticas con Chile, “normalizadas” por él mismo en febrero de 1975. Estaba claro que confiaba tanto en las posibilidades del régimen de Videla, como había desconfiado de las del régimen de Velasco.

Era un buen ambiente para los belicistas civiles peruanos, que conseguían permear la opinión pública, induciendo la aceptación de la guerra como una tragedia griega y, al mismo tiempo, como una oportunidad ineludible. Sólo peruanos de mucho coraje moral aparecían defendiendo la causa mayoritaria de la paz o, con más prudencia, aduciendo la falta de preparación del Perú para enfrentar una nueva guerra con Chile.

25. *El embajador y los espías*

Mientras tanto, Pinochet no sólo había introducido las funciones de inteligencia estratégica en el servicio exterior, sino que venía manejándolas por cuerda separada. Esto provocaba una severa *capitis diminutio* de los embajadores, quienes ignoraban lo que hacían los agentes secretos instalados en sus sedes, mientras éstos tenían toda la información sobre las actividades de sus jefes teóricos.

Asumiendo la limitante, el embajador Francisco Bulnes Sanfuentes, figura destacada de la derecha chilena tradicional, ex senador y profesor de Derecho, cumplía con honesto empeño la tarea de fomentar una mejor relación con los peruanos. En la medida de lo posible, lo estaba consiguiendo. Conocido en Chile como “el marqués”, por su caballerosidad, elegancia y cultura, había ganado buenos puntos en sus relaciones con

diplomáticos, empresarios y políticos limeños. Sólo el canciller peruano José de la Puente Radbill se quejaba de su talante autosuficiente: “Me pedía audiencia, me daba un largo discurso y después se iba sin escuchar mi posición... yo no sé qué habrá informado a su canciller”, me diría veinticuatro años después.

Atando cabos, creo que esa reflexión provenía de un malentendido muy concreto. Al parecer, como fruto de informes optimistas de Bulnes, Pinochet llegó a dar por aprobada una conmemoración conjunta del centenario de la Guerra del Pacífico. Alardeando de tan notable conquista diplomática, dijo el 29 de mayo de 1978 que había acuerdo con los peruanos para crear una comisión mixta encargada de elaborar el programa respectivo, bajo el lema “cien años de paz”.⁶⁸

Tal alarde malogró el trabajo de Bulnes y del canciller chileno Hernán Cubillos. Hubo quejas al interior de los cuarteles peruanos, protestaron los círculos nacionalistas y Pinochet debió ser desmentido, de manera sutil, por los cancilleres chileno y peruano. En una declaración conjunta, emitida en Lima el 16 de junio, ambos pasaron revista a todos los temas imaginables, en los mejores términos de amistad, pero ni siquiera mencionaron la posibilidad de una coordinación de actividades respecto a la guerra centenaria. Al día siguiente, respondiendo una pregunta periodística específica, el canciller peruano declaró: “ha quedado muy claro que la conmemoración de la Guerra del Pacífico será llevada a cabo por cada nación en forma unilateral”. Para suavizar su rotundidad, añadió que los peruanos actuarían “dentro de una línea de sobriedad, de dignidad, como corresponde al estilo de ser de nosotros y, estamos seguros, de Chile”.⁶⁹

Ese *faux pas* de Pinochet sería explicado, al interior de la oficialidad militar chilena, como prueba de que Bulnes no cultivaba la relación con los militares peruanos, que eran el “poder verdadero”. Motivo adicional para que los agentes de inteligencia adscritos a su embajada se sintieran confirmados en la importancia de sus actividades secretas, en una línea eventualmente contradictoria con la del embajador.

Dichos agentes trabajaban disfrazados de funcionarios administrativos o como miembros de la misión militar y, visto el desfile lodoso por el cual transitaban ambos países, cualquiera adivinaba que el menor paso en falso provocaría daños graves. Dado que seguía rigiendo la Ley de Murphy, ese paso se dio.

A mediados de diciembre de 1978, dos acusaciones sobre espionaje chileno remecieron al Perú. Una se relacionaba con la llegada al puerto petrolero y base naval de Talara, el 13 de ese mes, de un transporte chileno con una dotación de 91 marinos, cuya misión oficial era transportar petróleo.

El comandante, capitán de navío Sergio Jarpa Gerhard, su segundo y un suboficial, fueron aprehendidos al día siguiente, cuando recorrían la ciudad norteña en un vehículo de la embajada chilena, fotografiando instalaciones de supuesto interés estratégico. Según la investigación pertinente, la nave chilena —su sugerente nombre era *Beagle*— tenía dotación militar y supernumeraria para la misión asignada. Además, antes de acoderar habría estado en contacto radial con un barco ecuatoriano.

La información periodística anotaba dos parentescos sorprendentes: el capitán Jarpa era hijo de Sergio Onofre Jarpa, embajador de Chile en Argentina y el agregado naval de la embajada chilena en el Perú, capitán de navío Jorge Contreras Sepúlveda —supuesto “hombre ancla” del operativo—, era hermano de Manuel, jefe de la siniestra Dina. Los tres navales detenidos fueron devueltos (expulsados) a Chile.

El otro incidente era anterior —se había develado a fines de septiembre—, pero el gobierno peruano no lo informó hasta que emergió el de Talara. Se relacionaba con un suboficial retirado de la Fuerza Aérea Peruana, Julio Vargas Garayar, quien habría vendido a agentes chilenos información confidencial, fotografías y planos de la base aérea de La Joya, establecida en el sur peruano, cerca de Arequipa. En este caso se había extremado la prudencia, pues estaba en juego la vida del militar peruano.

Cabe agregar que la investigación local adjudicó la planificación de este espionaje al agregado aéreo de la embajada de Chile, general Vicente Rodríguez, quien ya estaba de regreso en Santiago cuando los hechos se hicieron públicos. La prensa peruana comentó que, antes de su partida, fue condecorado por el ministro peruano de Aeronáutica, insinuando que ese trámite protocolar había sido un bofetón suplementario.

26. Indisciplina poco creíble

El 27 de diciembre de 1978 la Cancillería peruana emitió un escueto comunicado oficial sobre ambos casos de espionaje. Su objetivo central

era informar que había formulado “la protesta consiguiente” ante el canciller chileno, el cual había dado “las correspondientes explicaciones a nuestro gobierno”. Agregaba que se había expulsado del territorio nacional a cuatro funcionarios con estatus diplomático de la embajada de Chile y que Vargas Garayar estaba bajo proceso por traición a la patria. Como conclusión, reiteraba que los hechos descritos “no guardan relación con el espíritu de diálogo y de distensión que anima al Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada en su política exterior tal como lo ha demostrado en este caso con el gobierno de la República de Chile”.

Al parecer, las “correspondientes explicaciones” aún no habían sido formalizadas, pues sólo el 29 de diciembre apareció una declaración oficial de la Cancillería chilena, expresando que “los hechos aludidos constituyen acciones individuales y aisladas que, naturalmente, no obedecen a instrucciones superiores”. Agregaba que las autoridades estaban investigando para determinar “eventuales responsabilidades” y “en caso de que proceda, aplicar las sanciones pertinentes”.

La clave del desfase estaba en que el gobierno chileno había enviado previamente a dos representantes militares a Lima, para que trataran el tema con las jerarquías castrenses del Perú. El oficial principal fue el general Herman Brady quien, como ministro de Defensa de Pinochet, había tenido buenos contactos con la cúpula militar peruana. Esta vez su misión, según informe de *Caretas*, consistía en convencer al gobierno peruano de que las actividades de espionaje denunciadas “habían sido el gesto aventurero de unos cuantos irresponsables actuando al margen del gobierno chileno”.⁷⁰

Según las reacciones sociales y políticas audibles, el comunicado de la Cancillería peruana y el comportamiento del canciller fueron débiles. Se recordó que éste había ido a Chile en noviembre, antes del incidente de Talara, pero ya descubiertas las actividades del suboficial Vargas Garayar. Se le preguntó por qué, en lugar de viajar, no había enviado una nota de protesta y efectuado actos más enérgicos. De la Puente respondió distinguiendo los espacios en que actúan los gobiernos: “En la Cancillería se ventilan los más altos intereses de la Nación, mientras que es imposible negar que todo país, de una forma u otra, lleva a cabo actos de espionaje”.⁷¹

En cuanto a las explicaciones dadas por el gobierno de Chile, la opinión pública peruana las entendió como parte del juego mundial del

espionaje. De hecho, nadie creía en la verdad de tamañas indisciplinas al interior de las Fuerzas Armadas chilenas. Esto, que en otras circunstancias habría sido un elogio, se reflejaba en un escéptico editorial del diario *El Comercio*. El caso de espías chilenos actuando por la libre “en el mejor y más favorable de los casos constituye una extraña falta de control del gobierno de Santiago sobre su propio personal militar y diplomático”, dijo el principal diario del país.⁷²

Fue inevitable que la Asamblea Constituyente se abocara al tema en sesión secreta. El 8 de enero de 1979, tras tres horas de debate, aprobó una moción mayoritaria en cuyos considerandos aducía la vocación integracionista del Perú y denunciaba la lesión infligida a las buenas relaciones. En lo resolutivo, condenaba enérgicamente los hechos de espionaje, declarando que la Cancillería peruana no trató el tema con “la celeridad y la energía que su importancia requiere” y que informó a la opinión pública de manera “tardía e insatisfactoria”. Terminó con un llamado a “una paz auténtica, duradera y fraternal”.

Pese al equilibrio dificultoso que reflejaba la moción, no dejó de ser un bofetón notorio. Era la voz de políticos civiles denunciando la falta de energía de un gobierno militar, en materias de seguridad nacional.

27. Bulnes, El Mercurio y Pinochet

Tras lo sucedido, la permanencia en Lima del embajador chileno comenzó a ser urticante. “Y qué hace todavía en Lima ese señor”, era la versión suave de lo que se decía en la calle, aludiendo a una supuesta provocación del gobierno chileno y a una supuesta debilidad del gobierno peruano.

Era una situación delicada. Desde la disciplina castrense y la responsabilidad del mando, para Morales Bermúdez estaba claro que los actos de espionaje comprometían a Bulnes. Esta opinión la manifestaría después Óscar Molina Pallochía, el comandante general del Ejército peruano, al reconocer que no se podía acusar a Bulnes de responsabilidad personal, pero “un embajador es responsable de todo lo que está dentro de su ámbito como jefe de una representación diplomática”.⁷³

El gobernante peruano ya había dado una señal a Pinochet, al sugerir el retiro de Bulnes, mediante la salida de su embajador en Chile, el ex

comandante general del Ejército Guillermo Arbulú. Los interlocutores peruanos de Brady, además, habían manifestado que resultaba “improcedente” la permanencia de Bulnes en el Perú.

Sin embargo, el tema planteaba a Pinochet un problema insoluble. Por una parte, había reconocido un mal comportamiento de subordinados de Bulnes y lo había “quemado” como embajador. La inducción a la reciprocidad que le brindaba Morales Bermúdez era una salida digna. Por otra parte, Bulnes no le garantizaba ningún tipo de complicidad estructural. Era un patricio civil de la derecha chilena, demócrata nostálgico, imbuido de su éxito como diplomático y nulamente dispuesto a asumir cargos de espionaje. Es decir, no era un jefe castrense dispuesto a cambiar sin chistar su destinación, asumiendo en silencio y por el tiempo que fuera necesario cualquier culpa del jerarca superior.

En esos instantes afloró una constante del comportamiento del gobernante chileno: no era un jefe capaz de asumir la responsabilidad del mando por actos graves de sus subalternos. Entrampado, optó por dejar a Bulnes, literalmente, en el disparadero. No lo retiró de manera preventiva y dejó manos libres al gobierno peruano para que determinara si le aplicaba o no una sanción.

Morales Bermúdez, por su parte, estiró el tiempo al máximo. Parecía deseoso de evitarle el oprobio a Bulnes o de hacer evidente la carencia de Pinochet. Ya había aceptado la renuncia de José de la Puente y ofrecido la Cancillería al embajador Carlos García Bedoya, quien no quería heredar el tema. La madrugada del 19 de enero de 1979 marcó su límite, con el fusilamiento de Vargas Garayar. La decisión se adoptó en una dramática sesión de Gabinete, por mayoría de votos. El Presidente desoyó, entonces, el consejo del canciller saliente, respecto a que indultar o no indultar era un “duro privilegio del Príncipe”.

El 20 de enero de 1979, el Ministerio de Relaciones Exteriores emitió el Comunicado Oficial N° 1, informando que el gobierno “ha decidido el día de ayer, declarar persona no grata al embajador de Chile en el Perú”. Agregaba que el encargado de negocios peruano en Santiago había transmitido tal decisión al gobierno de Chile “y ha pedido el retiro inmediato del territorio nacional del citado representante diplomático”. Notablemente, nadie quiso reparar en el simbolismo de la fecha. El 20 de enero de 1839, el general chileno Manuel Bulnes, antepasado del embajador, había recibido en tierra peruana el título de mariscal de Ancash, por su victoria contra las fuerzas de Santa Cruz en la batalla de Yungay.

Ese mismo día, la Cancillería chilena —bajo conducción del civil Hernán Cubillos— emitía una declaración deplorando la situación, lamentando que se involucrara a Bulnes y manifestando la esperanza de que “los constantes esfuerzos desarrollados por ambos países a fin de fortalecer las buenas relaciones entre ellos no sean jamás alterados”.

El diario *El Mercurio*, por su parte, rompió lanzas por Bulnes y deslizó un llamado tácito a Pinochet para asumir su responsabilidad *ex post facto*. Lo hizo a través de los editoriales del 22 y 25 de enero: en el primero, bajo el título “Extrema reacción del Perú”, manifestó que:

nadie podría suponer siquiera que el embajador Bulnes tuvo el más mínimo conocimiento de los tratos u operaciones que realizaran miembros de las Fuerzas Armadas chilenas al margen de la propia superioridad institucional”. Para el editorialista, aunque legítima, la solicitud oficial peruana “hiere a una figura política muy respetada en Chile”. En el segundo editorial, visto el silencio del gobernante, el diario fue lo más lejos que se podía permitir: enfatizó los méritos de Bulnes como factor de acercamiento con el Perú, insistió en que los hechos de espionaje “escapaban por completo de su control” y agregó dos acusaciones: la de no haberse buscado “otra solución a la dificultad” y “la lentitud con que nuestro gobierno reaccionó durante el desarrollo de los sucesos.

En cuanto a Bulnes, el día 24 de enero, tras informar a Cubillos y a Pinochet (en ese orden), liberó su patriotismo herido y su ira por el vejamen. Respecto a lo primero, dijo que su expulsión fue un triunfo de los sectores “revanchistas” del Perú y que no confundía a todos los peruanos “con los círculos envenenados de rencor que han promovido la escalada contra Chile”. En cuanto a lo segundo, sin concesiones al hermetismo castrense, reconoció que la animadversión peruana se vio favorecida por “actuaciones de funcionarios chilenos que no pertenecían al personal civil de mi embajada y sobre los cuales yo no tenía ninguna autoridad efectiva”.⁷⁴

Cabe hacer presente que tres días antes, al abordar el avión del regreso a Chile, fue la ira lo que primó en Bulnes. Preguntado por un reportero peruano de televisión sobre su personal participación en los casos de espionaje, “el marqués” respondió con el más rotundo de los chilenismos: “No sea usted huevón”.

Parte Quinta

ENTRE EL EXILIO Y LA GUERRA

28. Silencio en Santiago

La última clausura de *Caretas*, entonces un quincenario, comenzó a procesarse en el contexto del “espionaje chileno”. Su edición del 15 de enero de 1979 contenía un informe especial sobre los hechos mencionados en la parte anterior.

La resolución que suspendió su publicación fue notificada el 27 de enero. Lo singular, diría Enrique Zileri cuatro meses después, en la edición de reapertura, fue que la molestia castrense se originó en una información sobre una escuadrilla de interceptores MIG-21 que la Fuerza Aérea cubana había prestado a su homóloga peruana.⁷⁵

También fue singular que, en esa coyuntura, el incombustible Zileri pudiera cambiar la usual deportación por una huelga de hambre, primero en la Catedral y luego en el salón de lectura del Palacio del Congreso, donde sesionaba la Constituyente. Allí, él y los periodistas que lo acompañaron encontraron una importante caja de resonancia. Hasta reclutaron a un constituyente que se unió a su huelga, para hacer méritos ante la prensa democrática del futuro.

Flotando en el clima emocional que siempre surge cuando Chile está en la noticia, las *bolas limeñas* y los pronósticos de gente enterada tenían fuertes dosis de fatalismo. Yo recogía y procesaba esa información condicionado orteguianamente por dos circunstancias. Una, la de emergente periodista de *Caretas*, que sería pronto mi fuente de trabajo

fundamental; otra, la de exiliado chileno, obligado periódicamente a renovar permiso de residencia. Respecto a la primera, yo tenía alternativas laborales —“cachuelos”, en la jerga peruana—; pero sin permiso para residir, cualquier empeño resultaba inútil. Por ello, en julio de 1978, vía consulado chileno, yo había presentado una solicitud al Ministerio de Relaciones Exteriores para volver a mi país.

Esa solicitud cayó en el vacío profundo. La reiteré en octubre de 1979 pero, a sugerencia del vicedónsul José Miguel González, esta vez la envié directamente a mi ex colega académico, Sergio Fernández, entonces ministro del Interior. Como tampoco hubo respuesta, entendí que el cambio era sólo una señal interna: embajadores y cónsules debían entender que les estaba vedado interferir en la política hacia los exiliados.

Ese mismo mes vencía mi segunda prórroga de residencia en el Perú, mientras cundía el rumor de que se estaba expulsando a todos los residentes chilenos. Confirmándolo, Migraciones denegó la tercera prórroga sin expresión de causa, por oficio directoral de 12 de febrero de 1980. En el intertanto, un alférez de la PIP (Policía de Investigaciones del Perú) me comunicó telefónicamente que tenía una semana para abandonar el país.

Valga esta recreación de ambiente y hechos personales, para apreciar el siguiente texto que escribí el 20 de enero de 1979, en un cuaderno escolar, exclusivamente para mí.

29. Flash back

Así como en un momento fue claro en Chile que sin golpe estábamos ya viviendo en una sociedad en guerra (“interna”), hoy resulta claro que la diplomacia chilena con Perú —antes con Argentina— obedece a una lógica prebélica. Resulta absurdo juzgar la venida de Jarpa y el espionaje como una “torpeza” o brutalidad de Pinochet. En realidad, todo indica que Jarpa jugaba un papel táctico dentro de una línea estratégica chilena. Y es eso lo importante y lo que deben estar analizando los expertos peruanos: hasta dónde revela los planes de Estado Mayor presidencial y militar de Pinochet.

La primera hipótesis que se me ocurre —y conmigo quizás a cuántos— es que el buque Beagle era una pieza de un operativo de comandos, tipo

israelí, destinado a volar el puerto, inutilizar pistas, quemar combustible, etc., para lo cual esperaba la señal que no llegó (acción de Argentina al sur, probablemente).

Además, es presumible que haya comprometido al Ecuador para asegurar el frente norte (en lo general) y para permitir el retiro del comando suicida de Jarpa (barco ecuatoriano o submarino chileno basado en Ecuador). Todo esto revela que para Pinochet está claro que existía ya alianza secreta Argentina-Perú y que el compromiso con Ecuador tiene aspectos operativos ya diseñados.

Con lo anterior, queda ya definitivamente out Bulnes y lo único extraño es que la reacción peruana haya sido tardía y presionada por la prensa y opinión públicas (la Constituyente acusó "debilidad"). Realmente, una medida así se decide sobre la marcha de un análisis rápido de los antecedentes. Resulta impensable que Perú haya llegado a mis mismas conclusiones con posterioridad o simultáneamente, dado que yo no tengo mayor información que la pública y del rumor.

En este estado, se hace cada vez más difícil mi situación personal. Como exiliado, comprendo que el aislamiento internacional de Pinochet ha sido la gran ayuda para el descarado desconocimiento de sus compromisos por parte de Argentina. Como chileno no puedo ver, sin angustia, adónde están llevando a mi patria, en términos de peligro real y no sólo ideológico.

Quedo en la incomfortable situación del "hombre del medio". Aquí ya va desapareciendo la aptitud para pensar que en el chileno no hay odio (ni puede haberlo) ni tentativas "expansionistas"; que Pinochet no representa a todo Chile; que la lógica militar desatada por lado y lado sólo conduce a lo peor.

Chile y Perú, hermanos frustrados, tendrán que soportar la carga económica más desastrosa en tal caso. Una guerra entre ellos no va a conducir a ninguna forma de victoria. Si aquí se está llegando a niveles de vida subhumana, tras una guerra se llegaría a la apariencia de la pobreza asiática. En Chile, el sacrificio arrasará con todo lo que queda de apariencia de desarrollo.

Personalmente, lo siento por Bulnes. Puedo parecer ingenuo, pero creo que representaba bien al Chile "tradicional" y muy mal al Chile de Pinochet. No pienso que haya estado al tanto de la operación del Beagle y lo veo en conflicto con la "mentalidad militar".

¿Vendrá la ruptura de relaciones mañana?

¿O vendrá un agente de la PIP a allanar mi casa, como ayer en Chile?

30. *Analista en tensión*

Nótese, por la fecha del *flash back*, que mientras yo hacía esas anotaciones se estaba fusilando a Vargas Garayar y formalizando la expulsión de Bulnes.

Dos días después, el editorial de *El Comercio*, sin mencionar a Chile pero aludiéndolo con claridad, llamaría a “reconsiderar nuestra actitud excesivamente amistosa y permisiva”. Lo requería a tenor de “los graves retrocesos que sufre la aspiración de paz entre los pueblos no sólo en lejanas latitudes sino también en ámbitos que nos son cercanos”.

Si retrocedo a las anotaciones del 27 de diciembre de 1978, leo que los rumores aludían a un plazo secreto para que el canciller chileno diera explicaciones, bajo apercibimiento de ruptura de relaciones. Dicho plazo habría sido el anterior día 26, a las 18:30 horas. También consigné la información de que las fotos sacadas en Talara, con máquina sofisticada, “conformaban una panorámica del muelle”.

Si avanzo a las anotaciones del 21 de enero, leo que las drásticas medidas del día 20 fueron tomadas por presión de los comandantes de regiones militares. Copio textualmente:

Lo peor, según todos los comentarios, es que el fusilamiento va a cubrir la responsabilidad superior de todos los jefes negligentes (...) que un suboficial en retiro tenga tan fácil acceso a información estratégica indica, según se dice, que el alto costo de la seguridad no es captado por sus ejecutores directos.

Más inquietante, si se puede, luce mi anotación del día 27 del mismo mes. Consigna que Luis Bedoya Reyes, constituyente y líder del Partido Popular Cristiano, de orientación socialcristiana conservadora, “da carta blanca para no ir a transferencia. APRA rechaza esa posición y, nuevamente, se perfila la lucha APRA-Fuerza-Armada.”

Efectivamente, el tema se había planteado en la Constituyente y, una vez más, Haya había apoyado la continuidad del cronograma. Respaldo al gobierno en su tratamiento del espionaje, redujo la posición de Bedoya a un caso de libertad de opinar y sobre la transferencia fue terco: “prefiero que no se aplase nada”, dijo escuetamente a un periodista. De manera tácita, eso era un gesto pacifista.⁷⁶

Puedo agregar el temor al sello que impondría a su gestión el nuevo canciller García Bedoya, instalado desde el 1 de febrero. Según las *bolas*

limeñas, tenía proyectos presidenciales y los promovería con una actitud dura hacia Chile. Sus ideas políticas eran propias de una “izquierda nebulosa”, según descripción de uno de sus colegas, pero lo bastante claras como para repudiar a Pinochet. Además, era nieto de un abuelo conspicuo, que repudió el Tratado de 1929.

Eran tiempos decisivos para el futuro de cinco países y, por ende, de la región. Pero, en esa Lima tensionada, un analista tensionado no podía ver claro lo que sucedía entre líneas. En primer lugar, no me era posible adivinar que el 26 de diciembre de 1978 había comenzado a producirse, con marchas y contramarchas, un milagro en diferido equivalente al del aneurisma de Velasco. Fue la llegada a Buenos Aires del cardenal Antonio Samoré, enviado especial de Juan Pablo II, poco después de que el bendito mal tiempo del día 22 impidiera a la flota argentina desembarcar en las islas disputadas. Su misión congelaría el *remake* de esa operación, aunque siguieran en pie los operativos de inteligencia y planificación estratégica en todos los países involucrados.

Visto por el retrovisor, ese viaje de Samoré resultó determinante para afirmar la posición de los peruanos no belicosos. Uno hoy puede imaginar el circuito Vaticano-Episcopado de Lima-Palacio Pizarro, el circuito equivalente en Argentina y el secreto intercambio de opiniones —o señales— de los dos gobernantes católicos. Si Morales Bermúdez tendía a ser “paloma”, eso potenciaba a Videla frente a sus “halcones”. La poca certeza de contar con el Perú era un argumento disuasivo en Buenos Aires.

Por lo mismo, hoy aprecio mejor la buena voluntad de *Caretas* ante las explicaciones del general Brady sobre los increíbles espías espontáneos. Es cierto que en la revista no había odios y que el patriotismo de Zileri nunca se tiñó de antichilenismo. Así y todo, fue notable el comentario final de su reportero: “¿qué gobierno no niega a sus espías?”. Además, en otra parte de esa misma edición, la revista advirtió que Chile no era un territorio libre de espías peruanos. Una breve nota sobre cuatro casos menores, en los años 70, dejaba en claro, eso sí, que los peruanos sorprendidos lo pasaron mucho peor que el comandante Jarpa y sus subordinados. Fue la manera sonriente con que *Caretas* ayudó a quitar hierro al conflicto.

También el tiempo fue dando mejor sentido a la “tardía información” de los incidentes, por parte del gobierno peruano. De hecho, éstos afloraron como noticia en medio del compás de espera de la mediación

vaticana. No excluyo que el mérito de los periodistas haya coincidido con la “filtración” de agentes de inteligencia, exasperados por la audacia chilena o partidarios de un compromiso belicista. Morales Bermúdez entendía que la crispación emocional potenciaba el belicismo y, por tanto, contradecía su cronograma. La publicación de lo sucedido fue, así, un duro golpe contra su política bilateral, fundada en el discreto perfil de la diplomacia secreta.

El nuevo canciller García Bedoya debió asumir la política presidencial, aunque endureciendo las formas. El límite de su dureza estaba aún lejos del enfrentamiento: “Luego de los sucesos que todos conocemos, evidentemente las relaciones peruano-chilenas sufrieron una grave perturbación”, dijo. Añadió que ésta influía en el manejo de las mutuas relaciones “y nos parece prudente mantenerlas en el nivel en que se encuentran”. En esta forma sintetizó su política, en la primera entrevista concedida como canciller.⁷⁷

Por lo demás, él permaneció sólo nueve meses en su cargo. Como lo había adelantado el rumor, su prestancia intelectual y talante progresista lo arrastraron al campo político, como *presidenciable* de los militares e intelectuales velasquistas. Desgraciadamente, la salud no lo acompañó en el viraje y murió pocos años después.

Lo reemplazó, en los últimos meses del régimen militar, el embajador Arturo García y García, gran conocedor de Chile, donde había dirigido la misión peruana desde fines del gobierno de Frei Montalva hasta inicios del gobierno de Pinochet, pasando por los “mil días de Allende”. Incluso más, fue el embajador que gestionó mi asilo en la embajada de Suiza (a la suya me fue imposible llegar) y quien, conduciendo su propio automóvil, me llevó hasta el avión del exilio.

Reafirmar su línea de cancilleres civiles, profesionales de la diplomacia y —tal vez con la excepción de García Bedoya— proclives a una mejor relación con Chile, fue otra de las señales pacifistas pero asordinas del gobernante.

31. Vida entre líneas

Lo más difícil era interpretar los discursos patrióticos de Morales Bermúdez. En ese bienio, yo los leía ignorando el nivel de su refinamiento político y esperando que repitiera siempre lo que dijo en una entrevista a

un diario brasileño: “nosotros no pensamos en guerras ofensivas de conquista hacia ningún país” (...) nosotros no tenemos espíritu de revancha”.⁷⁸ Esperaba que el simbolismo del centenario no afectara ese tono.

Tengo a la vista un recorte del diario *El Comercio* con un discurso presidencial del 8 de octubre de 1979, en un acto de homenaje a Miguel Grau. Aparecen resaltados tres párrafos seguidos: uno dice que al adversario (Chile) hay que mirarlo como “un infractor de las leyes divinas y humanas que nos exigen el respeto mutuo y el reconocimiento del derecho ajeno”. El otro expresa: “no caigamos en la insensatez de creer que los crímenes en que incurre una nación los lava el tiempo y que es prudente olvidarlos”. Según el tercero: “hay manchas que no se borran y, menos aun, las que a veces cubren a una nación con el estigma que el tiempo no alcanza a destruir”.

En su día, no percibí en esas duras frases el compromiso emocional normal de cualquier militar peruano, sino el acondicionamiento psicológico para una guerra nueva. Ello me impidió distinguir dos matices esenciales del discurso. Uno, que se trataba de una cita de “un ilustre historiador peruano”; es decir, el conductor político y militar no hablaba con voz propia. Dos, que el meollo de ése y otros discursos suyos del centenario no estaba centrado en la inducción a una nueva guerra, sino en el éxito de las elecciones generales convocadas para el 18 de mayo de 1980. Y esto hoy me parece obvio. Un guerrero preparando a su país para una guerra no induce el entusiasmo marcial proclamando que “los constantes ideales de nuestra historia pronto van a concretarse en el democrático acto electoral, abriendo un futuro que anhelamos sea estable y promisorio para el país”.⁷⁹

Por otra parte, ni siquiera advertí que en ese mismo ejemplar del diario venía información sobre otro acto de homenaje a Grau, con sendas versiones de los discursos del comandante general de la Armada, vicealmirante Carlos Tirado y del ingeniero Rafael Grau, nieto del héroe. Notablemente, el diario confiscado asignaba mayor espacio al texto pacifista del nieto, quien decía no creer que “las guerras puedan ser las soluciones de conflictos entre nuestros pueblos hermanos” y llamaba a deponer resentimientos: “ojalá que, en los momentos actuales, en que las guerras son más mortíferas y desastrosas, podamos todos los peruanos unirnos y olvidarnos de los rencores”.

Los sesgos cruzados también me hacían subestimar la promoción de las relaciones militares chileno-peruanas. Sin embargo, desde antes del

golpe de Tacna, Morales Bermúdez les había asignado importancia sustantiva y ello se reflejaba en los periódicos confiscados. A la vista tengo la página 2 del diario *La Prensa* del 16 de abril de 1977, dedicada con gran despliegue a las actividades en el Perú del general Carlos Forestier, vicecomandante en jefe del Ejército de Chile. Una información da cuenta de su homenaje al héroe peruano Francisco Bolognesi; otra se refiere a la condecoración que impuso a Molina Pallochía y al expresivo agradecimiento de éste. El comandante general del Ejército del Perú habla, allí, del fortalecimiento de “los vínculos de fraternidad entre nuestros Ejércitos y nuestros pueblos”, de un “mejor entendimiento en pro de la paz sin la cual no podremos lograr progreso alguno” y de la necesidad de “superar todo aquello que pretenda dividirnos”. Una tercera información alude a otros cuatro altos oficiales peruanos condecorados por Forestier y reseña el acto como un gran evento de vida social castrense. Una cuarta información cierra la página con el texto del discurso de Forestier en ese acto. En sus palabras hay un político recuerdo de los sentimientos que tenía Bernardo O’Higgins por Chile y el Perú.

Puedo citar, también, *El Comercio* del 20 de marzo de 1978, con destacadas “declaraciones de los jefes de los Ejércitos de Chile y Perú”, a propósito de un encuentro en la Línea de la Concordia. El general peruano Óscar Molina Pallochía destaca, allí, el deseo de estrechar relaciones con todos los países de América, “a fin de servir nuestro máximo ideal como es la paz”. El general chileno Herman Brady reconoce que esas reuniones se han intensificado “desde la iniciativa que tuvo el general Morales Bermúdez en 1974, para realizar reuniones tripartitas de los oficiales comandantes de las unidades de las Fuerzas Armadas del Perú, Chile y Bolivia”.

En este ámbito de los mensajes castrenses, el más potente fue el del general Rafael Hoyos Rubio —uno de los coroneles fundadores de la revolución—, de 10 de abril de 1978. Saludando al mismo Forestier, en cuanto anfitrión de los Centros Académicos del Ejército, Hoyos dio forma a un original equilibrio histórico-antropológico-cultural. Dijo que el virreinato del Perú fue la base desde donde se inició la conquista de Chile “y fueron hombres y mujeres de este virreinato los que contribuyeron a forjar la raza chilena”. Más tarde, Chile fue la base desde donde se partió para la independencia del Perú, “con San Martín y el decidido apoyo de O’Higgins y el contingente hermanado de chilenos, peruanos y argentinos”. Era un meritorio empate que obligaba, según el general

peruano, a “seguir buscando un acercamiento verdadero”.⁸⁰ Más allá de la importancia del texto, era sugerente que lo dijera el único jefe del grupo de cuatro coroneles que se mantenía en funciones de alto mando y que pronto asumiría el liderazgo del Ejército.

A la vuelta de los años, creo que el espíritu pacifista-pragmático de Morales Bermúdez se resumió bien en su respuesta a un reproche periodístico, por haber condecorado al general Pinochet con la Orden de Ayacucho: “En materia de relaciones exteriores el gobierno tiene que respetar ciertos consejos de cancillería ... y una condecoración es algo intrascendente”.⁸¹

32. *El canciller civil y el canciller militar*

El canciller Arturo García fue sencillo y directo cuando lo fui a ver a su oficina del Palacio de Torre Tagle, el 28 de enero de 1980.

Obviamente, yo iba a pedirle ayuda. Le expliqué que el gobierno de Chile no respondía a mi solicitud de retorno y le entregué cartas de personalidades peruanas que recomendaban, con grato entusiasmo, mi permanencia en el Perú. Se trataba de los generales Edgardo Mercado Jarrín y Hernán Otayza (casado con una prima de mi esposa y padrino de mi hija Macarena), el líder acciopopulista Manuel Ulloa, el líder aprista Andrés Townsend, los periodistas Enrique Zileri, Manuel D’Ornellas y Jorge Luis Recavarren, el ingeniero Felipe Ortiz de Zevallos, el arquitecto Eduardo Gómez de la Torre y el Decano de ESAN (Escuela de Administración para Graduados) Lander Pacora.

El canciller me escuchó con aire ausente, apreció la calidad de mis amistades y dijo, derechamente, que no podía ayudarme. Aludiendo a los dos primeros nombres agregó “esto sólo lo deciden los militares”. Tan honesta información me hizo ganar tiempo. Exactamente, el de —previo llamado telefónico— desplazarme hasta la casa de Mercado, con quien ya habíamos iniciado una buena amistad en casa de Otayza, debatiendo temas politológicos. Incluso me había pedido un texto para reproducirlo en la revista de su Instituto de Estudios Geopolíticos y Estratégicos (IPEGE).

Mercado leyó los antecedentes con un gesto desdeñoso, cuyo significado quedó pronto en claro. Declaró, en su estilo rotundo, que las instrucciones respecto a los chilenos eran una sobrerreacción (“tonterías”)

del jefe de inteligencia militar, un general de apellido extranjero que me sonó como Schroth. Dijo que hablaría con él. Luego, escribiendo rápido con dos dedos en una vieja Olivetti portátil, redactó allí mismo un nuevo testimonio. Éste debía adjuntarse al recurso de petición al general Francisco Morales Bermúdez, que mi jurista esposa ya estaba redactando.

Rescato del testimonio de Mercado los párrafos finales:

Durante su estada en el Perú, el Dr. Rodríguez Elizondo no ha intervenido en política y, con respecto al gobierno de su país, ha mantenido una gran discreción pese a ser víctima de una política discriminatoria en cuanto a su derecho a vivir en su patria (...) por el conocimiento que tengo de su pensamiento y de su obra escrita pienso que en caso de cambio en las actuales circunstancias bilaterales, estaría llamado a tener influencia en la dirección de su país, caso en el cual, sin duda, se manifestaría como un amigo leal y consecuente de los peruanos.

Hasta ahí llegó el trámite de mi expulsión. No se si Morales Bermúdez leyó los antecedentes de mi caso. Sólo sé, como se verá en la entrevista que le hice dos décadas después, que no recuerda nada sobre la expulsión de los chilenos residentes en la época del centenario. Sea como fuere, volví a ser un extranjero documentado, con calvario anual ante Migraciones. Registré, en todo caso, el distinto poder del canciller civil en funciones y el del ex canciller militar. El primero, como Hernán Cubillos, su contraparte chilena, no tenía competencia para decidir el destino de un exiliado. El segundo, sin cargo político oficial, sí podía contradecir la política del régimen en esa materia. Esto significaba, quizás, “no nos dejemos engañar por nuestras propias señales para confundir”.

Partiendo de esa reflexión, me pareció importantísimo estudiar lo que recién había escrito Mercado, a tenor de las relaciones chileno-peruanas.

33. *Ensayo de Mercado*

Entre las elaboraciones militares directas sobre la guerra, en ese bienio, está el ensayo de Edgardo Mercado Jarrín *Política y estrategia en la guerra de Chile*.

Es interesante advertir que el autor tenía sentimientos encontrados respecto a Pinochet. Como revolucionario, no podía simpatizar con un líder que percibía en sus antípodas ideológicas. Aludiendo al libro *Geopolítica*, repudió públicamente la política exterior “belicista” del general chileno.⁸²

Pero, desde una perspectiva profesional, Mercado reconocía que la posición de Pinochet era más fuerte que la del Jefe de Estado peruano, dado que se había impuesto como líder indiscutido en lo político y en lo militar. Además, lo sorprendía su audacia y la ejemplificaba con el alto riesgo que asumió al descabezar el alto mando de la Fuerza Aérea de Chile, en 1978. Esto contrastaba con un Morales Bermúdez fuera de la línea de mando castrense, con altos oficiales inmersos en la deliberación política y un influyente segmento de oficiales velasquistas retirados, incorporados de lleno a la oposición.

Por cierto, para la opinión pública peruana no existían esos matices y el solo título del libro de Mercado era una declaración nacionalista de principios. Evocaba un belicismo unilateral, concordante con la vocación expansionista que asigna a Chile la historiografía peruana. Las primeras páginas mantenían esa impresión, pues en ellas se reafirmaba que la Guerra del Pacífico implantó una “huella indeleble” en la conciencia colectiva, forjando “un sentimiento que todos los peruanos compartimos”.⁸³ Los lectores de títulos y solapas lo vieron como un alegato bélico calificado, del gran intelectual de la revolución de Velasco y, al mismo tiempo, gran arquitecto del rearme peruano.

Sin embargo, el libro no era eso. Contenía análisis serios y contrastados. También había afirmaciones de interpretación variable, que convocaban más a la decodificación que al grito de combate. Para comenzar, su tesis de que en las guerras “se repiten con frecuencia los mismos errores que dan lugar a fracasos similares”, lucía tácticamente ambigua. Servía para aprobar una nueva guerra porque habían cambiado las circunstancias o... para todo lo contrario.

Esa densidad quitaba a la obra toda utilidad en el ámbito de la acción psicológica y obligaba al lector a sumergirse en las turbulentas fuentes históricas. Hecho lo cual, llegaba a entender que la victoria de Chile en la vieja guerra se debió a un contexto internacional favorable y a una decisiva estabilidad político-estratégica.

Ese buen contexto internacional fue fruto, según Mercado, de una acción diplomática consecuente. Gracias a ello, los agentes chilenos

obtuvieron el apoyo interesado del imperio británico —el más poderoso de la época—, la confusión de Estados Unidos, la neutralidad benévola de Brasil y la omisión de Argentina, “que perdió la oportunidad histórica de ser un país bioceánico”.⁸⁴

Respecto a la ecuación político-estrategia, ésta permitió a los chilenos iniciar las acciones en el marco de una clara definición de objetivos nacionales. En lo fundamental, les permitió tener clara la necesidad de dominar el espacio marítimo y actuar a la ofensiva. Esto último, según Mercado, habría marcado “una lección que no se debe olvidar” y que destacaba con letras mayúsculas: “SÓLO MEDIANTE LA ACCIÓN OFENSIVA SE LOGRAN RESULTADOS DECISIVOS”.⁸⁵

En cuanto al Perú, su derrota se debió a una mezcla negativa de lo anterior. “La falta de unidad y cohesión nacional” se reflejaba en “un sistema geopolítico invertebrado”, que impedía definir y/o alcanzar los objetivos nacionales. El autor lo relacionaba con cierta impavidez para dejarse arrebatar la supremacía del poder naval y con una tendencia a la “actitud defensiva”. También acusaba la falta de una acción diplomática capaz de desarrollar “una eficaz acción psicológica ante la opinión mundial”.⁸⁶ Por todo ello, los peruanos entraron a la guerra sin el apoyo de las potencias decisivas y sin haber integrado a Argentina a una alianza tripartita.

Mirando fijo hacia el futuro (“para evitar otro 79”), Mercado agregaba una advertencia importante: la necesidad de contar con una “inteligencia predictiva de precisión significativa”, para conocer “las verdaderas intenciones” de las grandes potencias, de los países que interesen e, incluso, de las empresas transnacionales. A su juicio, “el conocimiento imperfecto de la situación debería ser causa que obligue a postergar cualquier decisión militar”.⁸⁷

A esta altura, el lector sofisticado ya comprendía el mensaje: el horno peruano no estaba para bollos bélicos y Mercado, con su estilo diferente, no estaba en las antípodas de Morales Bermúdez. Su aseveración de que el Perú había recuperado el equilibrio estratégico con Chile, desde 1974, era una especie de saludo a la bandera. Máxime cuando dejaba entender, entre líneas, que la Casa Blanca no vería con buenos ojos la revancha de 1979 y que el respaldo eventual de la Unión Soviética y de Cuba no ganarían al Perú la buena voluntad de la opinión pública occidental.

En resumidas cuentas, en Mercado primaba el cientista social y por eso advertía que su país estaba preparado sólo en lo militar, pero no en

lo político ni en lo estratégico-nacional. Era una manera inteligente de decir que el Perú no tenía certezas de éxito, en caso de una nueva guerra con Chile.

Quizás consciente de la decepción que estas tesis podían provocar en sus seguidores nacionalistas, Mercado terminó el libro con una sentencia urticante para los chilenos:

En síntesis, para ganar Tarapacá —que lo fue a favor de Inglaterra—, Chile perdió Patagonia —ganada por Argentina— y el desequilibrio del balance del poder que se quiso ahondar en la subregión, para asegurar las aspiraciones mercantiles de la plutocracia chilena, no llegó al nivel de garantizarlas.⁸⁸

Es decir, el Perú perdió, pero la victoria no permitió a Chile cambiar de pelo.

34. Geopolíticos reunidos

A partir de su retiro, el general Mercado comenzó a ser percibido como líder de los estudiosos peruanos aficionados a los temas geopolíticos.

Simplificando, dichos estudiosos se dividían entre “geoestadistas” y “geodesarrollistas”, con una zona gris de confluencias. Los primeros comprendían civiles y militares prerrevolucionarios, para quienes la geopolítica era una suerte de guía para la acción del guerrero, en un Estado de naturaleza orgánica, con Ratzel y Haushoffer como profetas. Los segundos eran militares y cientistas sociales civiles, unidos por su participación en cursos del CAEM y la experiencia de la primera fase. Tomando distancia de los fundadores alemanes, éstos postulaban una geopolítica que ayudara a definir estrategias disuasivas y a desarrollar espacios al interior del país (“nucleos de cohesión”).

A fines de 1977, un grupo hegemonizado por los geodesarrollistas, bajo la presidencia de Mercado y con apoyo logístico de las instituciones castrenses, fundó el Instituto Peruano de Estudios Estratégicos y Geopolíticos (IPEGE), para realizar y difundir estudios que contribuyeran a “la consecución de los objetivos nacionales”.

Un año después, gracias a un rápido y eficiente *fund raising* en el sector privado, Mercado estuvo en condiciones de presentar, en gran

formato, el primer número de la revista institucional *Estudios geopolíticos y estratégicos*. En cuanto director de la misma, tuvo el cuidado de nombrar un comité de redacción, civil, que equilibrara las dos tendencias señaladas. Lo encabezaba un geodesarrollista prestigioso a nivel regional: Emilio Castañón Pasquel, doctor en Historia, economista, abogado, autor de numerosos textos sobre desarrollo del Perú y miembro de los “nueve sabios” de la OEA de los años 60. En segundo lugar aparecía el geoestadista Hermann Buse de la Guerra, profesor de Historia y Geografía, periodista del diario *El Comercio*, conocido por una extensa labor de difusión ideológica sobre la Guerra del Pacífico. Como tercero jerárquico quedaba Francisco Loayza Galván, sociólogo de la Universidad de San Marcos y asesor directo de Mercado durante sus años de primer ministro.

En septiembre de 1978, IPEGE organizó su Primer Seminario de Geopolítica y Estrategia. Dado su éxito —más de 350 personas previamente inscritas se apretujaron en el salón de actos de PetroPerú—,⁸⁹ se decidió repetirlo entre los días 11 y 15 de diciembre. Es decir, cuando la guerra del Beagle parecía inminente y el tema de los espías chilenos estaba en todas las agendas. Por lo mismo, el segundo evento se convirtió en algo más que un foro académico. Tras las exposiciones y debates sobre una disciplina controvertida, estaban el nacionalismo potenciado y el gran tema de la guerra.

Lo que sigue es una versión sintética de las exposiciones principales y del debate del día inaugural, según apuntes de este autor, que concurrió como periodista invitado.

Los geoestadistas trataron, primero, de despejar la acusación epistemológica de belicismo, limpiando la geopolítica de su maleza fascista. Asumió la tarea Buse de la Guerra, quien la definió como “la ciencia que estudia, orienta y estimula la capacidad del Estado para defender su propiedad territorial y sobrevivir”. Reconoció que, a partir de Hitler, era una “ciencia vilipendiada”. Contó (con un previo “se dice”) que los nazis asesinaron al hijo de Haushoffer, el gran representante de la geopolítica alemana. En todo caso, éste se habría apartado del régimen cuando entendió que el Führer “se excedía”. Sostuvo que la Universidad de San Marcos debía incorporar la asignatura a su malla curricular, dado que el Perú tenía una “geopolítica asediada”.

Yendo al punto de referencia obligado, habló sobre la coherencia de los geopolíticos chilenos, desde O’Higgins hasta Pinochet. A su juicio,

“los chilenos de cualquier signo” compartían los tres objetivos nacionales señalados por este último en su libro: conciencia de montaña, hegemonía en el Pacífico y desarrollo industrial (que era ya “el más alto de América Latina”). Comentó, con admiración contradictoria, que el militar chileno actúa siempre en función de ataque y que una guerra con sus vecinos le parece algo natural.

En cuanto a Estados Unidos, también se guiaba por la geopolítica, aunque bajo el nombre de relaciones internacionales (“es lo mismo”, aseguró). Destacó el renacimiento de la disciplina en Sudamérica, mencionando a los brasileños Mario Travassos y Golbery do Couto e Silva. Lamentó que en el Perú se estuviera llegando tarde a “captar el movimiento” y se preguntó, retóricamente, “si en el año 2500 al Perú le habrán hundido otra vez la garra o si habremos recuperado algo”.

Ante intervenciones de los asistentes, Buse hizo afirmaciones como las siguientes:

- El Perú ha perdido 700.000 km².
- La participación peruana en el Pacto Amazónico es un error.
- Los oficiales peruanos, en sus centros académicos, hablan, vibrantes, en términos de “recuperación”.
- Las mejores inversiones de un país son educación y defensa.
- El pacifismo debe silenciarse, pues es un signo inequívoco de debilidad.
- Todo el mundo teme a la guerra.

La última afirmación la hizo como comentario a la siguiente intervención de un estudiante de apellido Bolívar: “Si en Chile le dicen al pueblo que la crisis es porque se necesitan armas, el pueblo lo acepta. Acá le tienen miedo a decir la verdad al pueblo. Hay que decirle que se necesitan armas. Lo que pasa es que en el Perú le tienen miedo a la guerra”.

A continuación expuso Castañón Pasquel, manifestando que la geopolítica estaba más cerca de la “ciencia del control terrestre”, como la denominaban en la Unión Soviética, que de la hegemonía del Estado. A su juicio, Buse de la Guerra ponía demasiado énfasis en éste y “plantear una supervivencia del Estado a cualquier precio facilita la emergencia de los despotismos”. Para él, la geopolítica debía caracterizarse por la óptima utilización poblacional de un territorio, recurriendo a medios de transporte y de transformación de recursos, todo ello reflejado en un

marco institucional que postule la seguridad colectiva y el desarrollo individual. Vino luego una didáctica explicación sobre “el descubrimiento de la importancia del espacio”, citando a Kjellén y otros clásicos de la disciplina y expresando tesis como las que siguen:

- Todo espacio tiene un eje de dominio desde el cual se controla.
- Quien controla el núcleo de cohesión propio controla el de sus vecinos.
- Los núcleos no son estáticos, emiten tensiones hacia su periferia.
- Si las tensiones se rompen, hay apetencia de espacio.
- Si permanecen enclaustradas, hay aislamiento vecinal.

De lo cual dedujo que cada pueblo adquiere patrones de conducta según las lecciones de su espacio y que la dificultad geopolítica básica consiste en la armonización de la población y el desarrollo económico en espacios pequeños. Sostuvo la existencia de “cuatro o cinco sistemas geopolíticos del Perú”, a diferencia del sistema único que existiría en Chile y del dual de Argentina (geopolítica tensionada entre el puerto y las provincias).

Según mis apuntes, fue una exposición desapasionada, de buen nivel universitario y sutilmente crítica de la funcionalidad belicosa de la disciplina. Por lo mismo, pareció defraudar las expectativas del público y dio pábulo a que un apasionado Buse de la Guerra, en el debate consiguiente, reiterara sus posiciones de manera dura, aunque contradictoria. A continuación, extractos textuales de esa segunda intervención:

- Reconozco ser estadista, pero las tareas del desarrollo corresponden a la economía y no a la geopolítica.
- El Perú está en una posición geopolítica crucial, con presiones en cinco frentes terrestres y uno marítimo.
- La geopolítica peruana es de estabilización absoluta. No es revisionista ni recuperacionista.
- El lema nacional de Chile, “por la razón o la fuerza”, sólo puede provocar desconfianza.
- El mismísimo O'Higgins, tan homenajeado por nosotros, es autor de la tesis de la talasocracia chilena.
- El fracaso histórico del derecho y la razón conduce a una política de poder.

- La geopolítica autoriza al Estado a expandirse, no está obsoleta y no tiene que ver con el derecho, la moral ni las buenas costumbres.
- Lo que está obsoleto es el Derecho Internacional. No creo en la convivencia jurídica, soy totalmente escéptico sobre el orden jurídico.
- La lucha es biología, ley de la vida. Darwin es un inspirador de la geopolítica. El Estado es como un cuerpo vivo y las fronteras como una piel móvil y extensible, similar a la del feto que se convertirá en adulto.
- Colmaría nuestras aspiraciones conservar lo que tenemos, eso debo decirlo fría pero patrióticamente, ustedes saben lo que opino.
- El Tratado de Ancón fue impuesto. La política más realista, efectiva y cómoda es defender el Estado actual, por la complicación que traería el pedir revisión de tratados, como lo hace Ecuador.
- Hay nubarrones en el horizonte. Si hay posibilidades de recuperar, en buena hora y aplausos para el caudillo que emprenda la tarea.
- Pero... y esto no es para el público en general, nuestros peligros hoy están en Tacna y Moquehua, desde zonas bolivianas; en el lado amazónico, desde el Ecuador, y en el río Ucayali, desde Brasil.
- Nuestro dilema es una alianza con Argentina o un pacto de no agresión con Chile, lo planteo sólo para que lo piensen.

Este salpicón de arenga y geopolítica primitiva, enarbolada contra “el enemigo de siempre”, aunque reconociendo (sin énfasis) que no era el enemigo real, puso una nota de alegría en el rostro de los nacionalistas tradicionales. El estudiante Bolívar volvió a pedir la palabra y reiteró, como acusación grave, que “el miedo a la guerra estaba en el Perú”, que un chileno acepta la carestía de la vida si le dicen que es por la necesidad de comprar armas y que el canciller de la Puente, al viajar a Chile, jugó el rol de Neville Chamberlain ante Hitler. Manifestó su rebelión ante el supuesto temor a designar 1979 como “el año de los héroes nacionales” y expresó su convicción de que “vamos inexorablemente a un enfrentamiento armado, pues nos vamos a agarrar con Chile y aquí nos mienten con el pacifismo”.

Esta intervención animó a Buse de la Guerra a manifestarse abiertamente contra “la vocación pacifista del gobierno”. La veía como muestra de debilidad y, en contradicción con su exposición básica, manifestó que ahora “los peligros mayores para el Perú son Brasil y Chile”.

Además de las intervenciones de Buse de la Guerra y Castañón Pasquel, hubo otras del economista Gustavo Saberbein (quien sería ministro de Economía en el gobierno de Alan García) y del general (r) FAP Luis Barandiarán, a la sazón miembro de la Junta del Acuerdo de Cartagena. Ambos lucieron más cercanos a las posiciones de Castañón Pasquel y bastante alejados del tono marcial de Buse de la Guerra.

Mercado también intervino, pero no entró al debate vecinal. Se limitó a corregir a Buse de la Guerra (“la geopolítica en Estados Unidos es sinónimo de poder, no de relaciones internacionales”) y a impartir una clase sobre la situación mundial. Dijo que la “superioridad militar coyuntural de la Unión Soviética” comprometía seriamente su capacidad económica, y aludió a la falta de unidad nacional en Argentina, citando a un autor norteamericano. Al hacer esta precisión sobre el país supuestamente aliado, en una guerra contra Chile, deslizó una acotación sugerente: “aunque yo no debiera decirlo”.

35. Revolucionarios en la encrucijada

Durante ese bienio, pasó inadvertida la mutación de los revolucionarios peruanos internacionalistas.

Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Stalin y Mao les habían enseñado a leer la Guerra del Pacífico en clave materialista-histórica. El imperio británico, apoyado en las fuerzas represoras de las oligarquías andinas, habría inducido ese conflicto para apoderarse de las riquezas naturales de sus pueblos. Chilenos, peruanos y bolivianos eran hermanos que debieron enfrentarse, para mayor provecho del capital británico personalizado en Thomas North.

Esa lectura funcionó mientras Velasco se distanciaba de Estados Unidos y coexistía amablemente con Allende. Sin embargo, inició una regresión cuando Pinochet derrocó al gobernante socialista. La posibilidad de una guerra de Argentina contra Chile, perceptible desde 1977, dio la puntada final. En el Perú comenzó a vivirse, entonces, el síndrome de la “traición de la Segunda Internacional”. Es decir, volvieron a aparecer revolucionarios que privilegiaban las lealtades nacionales y que coincidían con los nacionalistas geoestadistas, a semejanza de los socialistas estigmatizados por Lenin durante la Primera Guerra Mundial.

Por cierto, esos revolucionarios sublimaban su posición invocando el carácter fascista del régimen de Pinochet y olvidándose de Videla. Al efecto, se servían de informaciones y análisis sesgados. Entre las primeras, sobresalía un detallado reportaje del alemán Julius Mader, traducido por el semanario *Unidad*, del Partido Comunista Peruano. Según su texto, Chile accedería al poder nuclear en el mediano plazo, gracias a un acuerdo hispano-chileno firmado en Tarragona. La tecnología sería norteamericana y de Alemania Federal, compartida con Brasil y Sudáfrica.⁹⁰

Entre los análisis, destacaba el del politólogo boliviano René Zavaleta, para quien “la única posibilidad de supervivencia consistente que tiene el actual gobierno chileno es la provocación bélica a nivel internacional”. Creía que, por esa vía, “los norteamericanos pueden producir un derrumbe fascista, en Chile, a la manera griega”.⁹¹

El contexto era propicio para que miembros de la vieja guardia velasquista echaran su cuarto a espadas. El general Aníbal Meza Cuadra lo hizo escribiendo un artículo con el título “Oiga usted, general Pinochet”, en el cual rebatía la aseveración militar chilena sobre su invicto Ejército y postulaba una política de fuerza contra Chile.⁹²

Quizás por esta mezcla de emociones, informaciones y teorizaciones, ninguna organización revolucionaria salió a las calles a gritar por la paz vecinal. Tampoco hubo manifiestos ni textos doctrinarios denunciando la amenaza bélica. Los militantes y simpatizantes marxistas, marxista-leninistas, trotskistas, castristas y maoistas mantuvieron discreto silencio o solidarizaron con los peruanos dispuestos para una nueva guerra.

Fue un fenómeno eminentemente informal —en la línea del contradictorio abrazo fraterno del camarada Molle, en Leipzig—, que sólo puede ser transmitido a través del testimonio personal. Comprobémoslo con el segundo *racconto* de este libro, reconstruido a partir de una ficha que registró un momento de (mala) sociabilidad.

36. *Flash back 2*

Noche del viernes 25 de agosto de 1978. Un grupo de amigos y parientes hemos ido a “saludar el santo” (cumpleaños) del publicista Hernando “Tato” Gómez de la Torre. Casi todos son peruanos de izquierda. Sufrieron la caída

de Allende, odian a Pinochet, vivieron el auge del velasquismo y hoy rechazan la “traición” de Morales Bermúdez.

Por mi parte, la experiencia con el socialismo real me ha llevado al agnosticismo. Estoy escribiendo sobre la crisis y renovación de las izquierdas y percibo que mi reflexión choca con la emoción de esos peruanos. Además, esa noche soy un exiliado chileno y ello me convierte en foco transitorio de atención.

Un poeta que comienza a ser célebre me habla de la revista izquierdista Marka. Dice que allí me recibirían con los brazos abiertos. Trato de componer una cara amable, pero no puedo manifestar entusiasmo. Por prudencia (entiendo que él forma parte del equipo), no estimo del caso contarle que ya me pidieron una colaboración, pero olvidaron pagarme.

Al poeta parece desconcertarlo mi falta de interés. Además, a esa altura de la noche ya hemos asimilado una importante cantidad de pisco sour. ¿Dónde estás escribiendo?, me pregunta con cierta brusquedad y yo adivino la cara que pondrá cuando le responda:

—En Caretas.

—¡No estarás firmando, supongo!

No es una pregunta. Es una advertencia. Yo, demasiado susceptible, vuelvo a recordar mi experiencia con los stalincitos chilenos que debí soportar en la República Democrática Alemana, siempre administrando lecturas y dogmas.

—Por supuesto que firmo.

—¿Estás eventual o permanente?

Ha pasado al interrogatorio. Se forma un pequeño grupo a nuestro alrededor. Las preguntas son duras y mis respuestas comienzan a ser irónicas. Incluso desafiantes. A esa pregunta específica, respondo “permanente”, cuando la verdad es que colaboro sólo cuando a Zileri se le ocurre pedirme una nota sobre algún tema de la coyuntura.

El poeta hace una mueca de desagrado y sentencia:

—En esa revista trabajan puras ratas.

—Además, tengo una columna en Última Hora.

Es mi réplica a la sentencia y con ella abro un foso a mi alrededor. Ese periódico, donde he iniciado una columna de carácter cultural, que yo mismo ilustro con caricaturas, es dirigido por Jorge Luis Recavarren, un “fascista” para los revolucionarios peruanos. No lo es, claro está (de serlo no me habría dado columna). Simplemente es un intelectual de derechas, con quien polemizo cada vez que conversamos, porque valora la diversidad.

Su mayor pecado quizás sea su admiración por Eudocio Ravines. Ese mensajero peruano de la Internacional comunista, encargado de “estalinizar” los partidos chileno y peruano, para luego dar una voltereta ideológica plasmada en su libro *La gran estafa*.

El poeta pasa a la admonición escandalizada. Me pregunta si yo sé quién es Recavarren y yo le respondo, extremando mi antipatía, que probablemente sepa más que él. Le invento que es de la misma familia del líder comunista chileno Luis Emilio Recabarren, pero que, tras la Guerra del Pacífico, sus antepasados cambiaron la grafía del apellido.

Sin que yo me percate, el ambiente se ha puesto hostil y Tato, el anfitrión, me mira con cara de preocupación. También hace algunos gestos al poeta, pero éste luce iracundo. Se ha parado de su sillón y me pregunta y al mismo tiempo se responde:

—¿De qué partido de la Unidad Popular vienes tú? ... Eres de esos radicales que no son ni fu ni fa, seguro.

—No huevón, vengo del fascismo.

La ironía se transformó en sarcasmo. Fue una torpe provocación de mi parte y lo percibo demasiado tarde. Incluso no debí usar el chilenuismo básico, en un país donde todo el mundo es bien hablado. Pero, como he dicho, había ya un torrente de pisco sour en las venas y yo tenía, además, la percepción de una cierta impunidad. No podía haber cargamontón contra un chileno exiliado que formó parte del gobierno de Allende y vivía como allegado en casa del padre del festejado. Tato toma del brazo al poeta y lo arrastra a la cocina.

Pasada la medianoche hay un segundo acto. El poeta se acerca al lugar donde me he quedado charlando con el empresario Jacobo “Bimbo” Felman, quien está allí no en cuanto empresario, sino como cuñado del festejado. Viene relajado, en plan explicativo. Sucede que yo le recuerdo a un chileno cuyo nombre menciona, pues actuó como él, “de pocas palabras, irónico”. Me explica que por ahí anda el problema del Perú, cuya gente es más bien humilde y siempre ha sido mirada en menos por la gente de los países blancos, que se creen superiores. Y en ese momento vuelve a encenderse con sus propias palabras, porque esa injusticia duele y yo debo saber que la izquierda del Perú no es como la chilena. El pueblo peruano es maduro y no aceptaría un programa económico como el de los Chicago boys. Las masas con conciencia revolucionaria lo impedirían.

Su discurso me impacienta, le digo que ojalá fuera como él dice y ya estoy de lleno en la polémica estéril, donde, salvo el pisco sour, todo es

ilusión. Le advierto que vengo de vuelta, porque en Chile creíamos posible avanzar sin transar y ofrecer una estupenda dictadura proletaria con elecciones, prensa libre y Congreso opositor, y mira tú cómo con tanta ideología llegamos hasta...

Hasta que se produce el estallido que Tato quería evitar. El poeta furioso tiene un aire que impone. Qué tal raza los chilenos —dice—, primero creen dar la línea a todos y ahora creen venir de vuelta de todo, cuando lo único cierto es que fracasaron y no supieron hacer la revolución. Cuando la hagamos en el Perú verán los chilenos cómo se comporta un pueblo revolucionario. Nuestros cholones recios, cuadrados como adobe, no van pues a quedarse esperando que los milicos los hagan leña. Culmina su perorata con una confesión insólita: “Por eso no estaré tranquilo hasta que invadamos Chile”.

Para los observadores sobrios fue un momento delicado. A toro pasado, entendí —por simple instinto de conservación— que no debí aportillar el discurso del poeta con mi experiencia prosaica. Pude callar, pues él estaba en su país y tenía el terrible defecto de ser más joven, más fuerte y mucho más alto. El siempre oportuno Tato llegó justo a tiempo para arrastrarlo a la cocina neutral, mientras yo optaba por despedirme.

Ésa fue, en casi una década, la única vez que un peruano me enfrentó nacionalistamente, expresándome su animadversión histórica. Pero no fue eso lo que me indujo a consignar el hecho en mi colección de fichas, sino la personalidad del contrincante y la dureza del momento vivido, que pude reconocer cuando pasó la resaca.

Para ser un narrador honorable, debo agregar un futuro que no figura en mis anotaciones. Porque entre esa noche de 1978 y el día de 1986 en que me despedí del Perú, el poeta se fue con una beca a Estados Unidos, viajó por el mundo, conoció sociedades de mercado, socialistas, poéticas y prosaicas. Entre viajes y retornos escribió libros bellísimos y fue consolidándose como una de las grandes voces líricas de América Latina.

Yo, por mi parte, me consolidé en Caretas y la revista fue una base excelente para ser contratado en la televisión y participar en la vida cultural limeña. Gracias a ello, pude conocer mejor a los peruanos y los peruanos me conocieron mejor a mí.

Esto viene a cuento porque, ocho años después, en una concurrida reunión social, el poeta se acercó a mí con un vaso de whisky y un semblante afectuoso. Hasta ese momento, cuando nos veíamos nos ignorábamos o nos saludábamos de manera leve. Pero, al parecer, los amigos comunes, el

tiempo y una dosis necesaria de conocimiento del otro, habían minado la antipatía y motivado el rico diálogo que reconstruyo:

—Hace mucho tiempo quiero decirte que...

—Y yo también, porque...

Así de elocuente fue el diálogo del reencuentro. Es que, de hecho, fue sólo el pretexto para el abrazo fraterno que nos estábamos debiendo.

Desde entonces, pienso que muchos otros pleitos podrían solucionarse como ese que protagonizamos un escritor chileno exiliado y un poeta peruano que iniciaba su vuelo a la consagración.

37. El empresario FOZ

Según lo visto, el empeño democrático y antibélico de Morales Bermúdez no cambiaba la imagen de mi país. Ésta seguía oscilando entre la del enemigo de siempre y la del vecino altamente desconfiable.

Sin embargo, aunque con bajo perfil, la racionalidad constructiva sobrevivía. No podía manifestarse en eventos masivos, arengas espectaculares o conspiraciones eficientes, porque venía de los márgenes liberales. Encarnaba en líderes del periodismo, como Zileri y D'Ornellas; maestros de la literatura, como Mario Vargas Llosa, y nuevos empresarios intelectuales, como Felipe Ortiz de Zevallos.

Los periodistas ya han sido presentados y es superflua cualquier semblanza del gran escritor. Por ello, vale la pena detenerse en el empresario señalado, conocido por su sigla FOZ, quien tuvo un liderazgo de opinión importante en el bienio decisivo.

Ingeniero industrial con maestría norteamericana, descendiente del marqués de Torre Tagle, profesor universitario y fundador del Grupo Apoyo (publicaciones, docencia y asesoría empresarial), tiene una prosa elegante, un gusto refinado, una apertura natural hacia lo multidisciplinario y la rara cualidad de conocerse bien. Se autodefine como generalista, pues “me puedo dar cuenta con facilidad de la razón o de la sinrazón en muchas cosas” aunque “no llego a ser muy profundo en nada en especial”, y se reconoce la ventaja de “una inusual capacidad de integración y síntesis”.⁹³ Aunque no lo confiese en voz alta, lo enorgullece ser sobrino del historiador Jorge Basadre. Ello no lo hipoteca, pues ha tenido la fuerza necesaria para conquistar un pensamiento propio, superando limitaciones físicas.

En 1977, FOZ acompañó como asesor a su amigo y socio, el empresario Walter Piazza, cuando éste fue designado ministro de Economía y Finanzas. Para ambos fue una experiencia de sólo cincuenta días, pues Morales Bermúdez aún no estaba en condiciones de asumir la recomendación de reducir el gasto militar.

De esa experiencia surgió su idea de crear una publicación especializada en economía, pero no para fines académicos. Su identidad peruana era tan segura, que contrató como asesor a un chileno exiliado, con la misión de limpiarla de tecnicismos esotéricos. Fue una experiencia singular pues, en medio de una panoplia mediática controlada por el gobierno, *Perú Económico* se fue convirtiendo en una publicación indispensable. En ella aparecían las verdades de la crisis, sin sesgos ideológicos ni autocensuras patrióticas. Era una masa de información literalmente estratégica, imprescindible para los actores económicos y políticos, y disfuncional para los belicistas. De hecho, pavimentó la llegada al gobierno de Javier Silva Ruete y Manuel Moreyra Laredo, una dupla decisiva para que los velasquistas recalcitrantes reconocieran la realidad del país y aumentaran los espacios decisorios de Morales Bermúdez.

Desde esa plataforma, FOZ difundió su pensamiento, democrático en lo político y liberal en lo económico, como un “compacto” atractivo. Lo bastante principista para evitar cualquier permisividad con las dictaduras y lo bastante realista para evitar las trampas del populismo y del ideologismo neoliberal. Luego incorporó a su equipo a nuevos economistas que se formaron como periodistas de alta especialización. También integró a su grupo, como socios, a Mario Vargas Llosa y a amigos como Jorge Camet y Roberto Dañino, quienes serían ministros importantes de futuros gobiernos. Además, para diversificar actividades, lanzó una segunda publicación, definida por sus contenidos político-culturales. Fue la revista *Debate*, que lo proyectó a otros públicos y lo introdujo a la élite del periodismo de información general.

En esa trayectoria, FOZ se cruzó con el centenario de la Guerra del Pacífico y comprendió que una reincidencia sería fatal para los destinos del Perú, Chile y la región. A la misma convicción había llegado Vargas Llosa, quien le propuso firmar una declaración conjunta, convocando a personalidades chilenas y peruanas. El texto fue redactado por el gran novelista y por el escritor chileno Jorge Edwards, bajo el título *Declaración sobre la Guerra del Pacífico*, y se publicó en distintos medios de

Chile. En el Perú, según recuerdo, sólo se publicó de manera íntegra y destacada en la revista *Caretas*.

En su párrafo primero, de cuatro, la declaración decía:

Hace cien años tuvo lugar entre nuestros países una guerra que causó terribles daños materiales y morales a nuestros pueblos y los empobreció y ensangrentó por razones que muchas veces desconocían o apenas podían entender las humildes poblaciones que fueron víctimas de las batallas y de las violencias y horrores que entraña toda contienda bélica.

En un segundo párrafo, expresaba la voluntad de obrar decididamente para que Chile, el Perú y todos los pueblos de la región vivan siempre en paz y amistad y nunca más vuelva a surgir entre ellos una guerra,

en la que no habría vencedores ni vencidos, sino, de ambos lados, una auténtica hecatombe y un mismo retraso en la guerra verdaderamente importante que deben ganar nuestros pueblos contra el enemigo común: el subdesarrollo.

El tercer párrafo advertía contra la reapertura de viejas heridas o el atizamiento de enconos

que conducen a emplear en armamentos recursos que necesitan con urgencia la educación, la salud, la economía y el trabajo y a poner dificultades al retorno a la vida constitucional y democrática que anhelan peruanos y chilenos, por igual.

El párrafo final era una invocación a pensar el centenario como una buena ocasión para “robustecer nuestra voluntad de ver desterrados para siempre el odio y la violencia de América Latina”.

Además de Vargas Llosa y Edwards, esta declaración fue firmada por once peruanos y diez chilenos, cuyos nombres merecen recordarse.

Peruanos: FOZ, Mario Alzamora Valdez, Harold Griffiths, Fernando de Szczyszlo, Carlos Monge Casinelli, José Miguel Oviedo, Blanca Varela, Carlos Rodríguez Saavedra, Francisco Miró Quesada, José Encinas del Pando y Frederick Cooper Llosa.

Chilenos: Nicanor Parra, Jorge Millas, Juan Gómez Millas, Igor Saavedra, Luis Sánchez Latorre, Roque Esteban Scarpa, Beltrán Villegas, Edgardo Boeninger, Jaime Castillo Velasco y Joaquín Luco.

Lo menos que puede decirse es que, en Lima, esta declaración no fue públicamente elogiada por nadie. De hecho, fue criticada por peruanos que cubrían todo el arco político, desde la extrema derecha a la extrema izquierda. Con mayor o menor acritud, todos consideraron que los firmantes peruanos habían exhibido ingenuidad o un escaso compromiso con la historia, al homologar las condiciones de vencedores y vencidos. FOZ, a quien habían ofrecido la presidencia de la Conferencia Anual de Ejecutivos (CADE) de ese año, en Tacna, fue reemplazado sobre la marcha. Recién recuperaría esa posición honorífica en 1985.

Por mi parte, siempre me pregunté por qué el cuidadoso y previsor FOZ no propuso algunas enmiendas a ciertos párrafos de la declaración. Este libro fue la ocasión para interrogarlo a fondo, vía *e-mail*, sobre ése y otros temas conexos:

¿Crees que el general Velasco iba a declarar la guerra a Chile en 1975 y que el general Morales Bermúdez dio su golpe para impedirlo?

Ésa es una incógnita que sólo podrían responder con precisión quienes fueron actores o espectadores cercanos de dicho relevo castrense. El secreto profesional dificulta el investigar, en detalle, qué fue lo que en realidad pasó. Sí es claro que, para entonces, el modelo de estatismo que con un sesgo de izquierda fuera implantado por el gobierno militar de Velasco empezaba a mostrar sus límites y riesgos. El respaldo popular había disminuido bastante respecto del que había en, digamos, 1972. La prensa había sido expropiada en 1974. La banca internacional no estaba dispuesta a prestar más dinero para financiar un proyecto político que empezaba a hacer agua. De otro lado, la enfermedad de Velasco lo aisló y afectó, algunos dicen que muy marcadamente, en sus facultades. Se perdió mucho de la naturaleza institucional de su gobierno y la dirección del mismo se concentró en los pocos que eran, o parecían ser, sus incondicionales. El golpe de 1975 demostró, al final, que estos resultaron muy pocos.

El centenario de la Guerra del Pacífico también jugaba un papel.

Era obvio que generaba fantasías revanchistas retrógradas entre sectores nacionalistas castrenses y de los otros. Era verdad también que la capacidad bélica del Perú había aumentado significativamente y que Chile sufría una aguda crisis económica. Que Velasco pensara en una guerra reivindicatoria de territorios perdidos como una manera de cohesionar

el país detrás de él, o de su proyecto, no parece una hipótesis imposible. La historia mundial de las guerras está cargada de reclamos de este tipo. Que ello fue lo que efectivamente pasó, ya es más discutible. Cuando Velasco es derrocado, algunos de los partidarios del nuevo régimen insinuaron la probabilidad de esta hipótesis. Pero también pudo haber servido dicho argumento como justificación del relevo.

¿Cómo se produjo tu firma en la Declaración de los intelectuales?

Me llegó en su versión final y ya con algunas firmas. De lo que recuerdo, el texto fue redactado esencialmente por Edwards y Vargas Llosa. Era obvio, para todos, que constituía una declaración mucho más difícil de firmar para un peruano que para cualquier chileno. Las heridas de cualquier guerra demoran siempre mucho en cicatrizar, más cuando, como fue en este caso, Lima fue ocupada por tropa durante varios años. Basta visitar anticuarios o librerías de ediciones antiguas en Santiago para encontrar algunas evidencias de saqueo. Mi abuelo paterno nacía por entonces en el palacio de Torre Tagle. Le demoró casi 80 años aceptar que poner el pie en Chile no constituía un acto de traición. Una bisabuela, que terminaría siendo su suegra, osó levantar la bandera peruana en su casa, en la Tacna ocupada, un 28 de julio. A veces pienso que no hubiera visto finalmente la luz, si el oficial chileno a cargo de la situación no hubiera respetado su integridad física. Y así sucesivamente. Cada familia peruana tiene una acumulación de recuerdos y vivencias, muchas de ellas trágicas y duras.

¿No planteaste ninguna duda al firmarla?

Si hubiera sido el de la iniciativa, tal vez yo no hubiera redactado la declaración en los mismos términos. Más “terribles daños materiales y morales” sufrió el Perú que Chile. Pero me pareció también bastante pretencioso sugerir correcciones a un texto que llevaba las firmas de Edwards y Vargas Llosa. Recuerdo que hubo una sugerencia de distinguir los textos, porque había matices y asimetría en el respaldo a un mensaje fundamental pacifista, desde una posición de derrota histórica o desde una victoria. Algunos profesionales del Derecho Internacional argumentaban, por ejemplo, que Edwards tenía más experiencia diplomática que Vargas Llosa. (Yo creo que la amistad de ambos estaba por encima de cualquier aprovechamiento circunstancial.) Tengo la impresión de que si la decena de personas de cada país hubiera deli-

berado entre ellas un texto, les hubiera tomado demasiado llegar a un acuerdo. Pienso también que un texto común era más representativo y valioso que dos distintos. Si ello implicó más generosidad desde el lado peruano, era evidente. A los peruanos que firmaron les costó más que a los chilenos hacerlo, emocionalmente y por la reacción misma que la Declaración generó en su entorno. Creo también que Edwards y Vargas Llosa hicieron una gran cosa en aprovechar su amistad para formular y concretar una afirmación como ésta. Creo que la Declaración hoy se lee muy bien. Y estoy muy contento de haberla suscrito.

38. Vargas Llosa y la pobre razón

Como era inevitable, los críticos más iracundos apuntaron contra el firmante peruano más famoso. Querían creer que Edwards, como apunta FOZ, había “hecho cholito” (embaucado) a Vargas Llosa. La impugnación más representativa vino del mundo nacionalista y la firmó Buse de la Guerra.

Dado que Vargas Llosa impone maneras, dicho profesor adoptó un estilo grandilocuente. Partió definiendo a los firmantes como “un grupo de personas en aparatoso descarrilamiento mental”, ligados por “una fraternidad inoportuna”. La declaración era “disparatada” e indigna de consideración. Dictaminó: “si no fuera porque distorsiona torpemente los hechos ocurridos hace un siglo y engaña públicamente”. A su juicio, los firmantes peruanos habían actuado con prisa irresponsable. Dirigiéndose a “los de alto vuelo imaginativo del grupo peruano” —en transparente alusión al novelista—, les advirtió que si hubieran revisado ciertos testimonios “incontables”, se habrían abstenido.⁹⁴

Frente a este y otros ataques, los firmantes de vuelo imaginativo normal mantuvieron silencio, pues percibieron lo inútil de contraargumentar. Vargas Llosa no, porque era el menos “criollo” y eso lo compelió a buscar la verdad de las mentiras y a denunciar la mentira de cualquier verdad. La amplitud del espectro ideológico de los impugnadores lo sorprendió, la sorpresa lo llevó a profundizar en el tema y la profundización cuajó en un nuevo texto, no declarativo sino explicativo.

En éste, titulado *El culto de los héroes*, quiso mostrar las bases humanistas de la declaración impugnada y el lastre de los nacionalismos. Señaló que en aquella no había homologación de sufrimientos, pues no pretendía deslindar responsabilidades ni hacer un balance comparativo,

“sino proponer un enfoque contemporáneo, ajeno por igual del rencor y de la arrogancia”. Luego se explayó sobre la naturaleza de la guerra, lo obvio que era reconocer los mayores sufrimientos de los derrotados, la necesidad de erradicar la cultura del odio, la pavorosa letalidad de la nueva tecnología bélica, la funcionalidad del gasto militar para mantener el subdesarrollo, el patriotismo en función de la paz con los vecinos y los ejemplos de otros actores con conflictos superados. Remató:

No hay argumento capaz de convencerme de que el desquite por una derrota militar de hace cien años pueda constituir la primera (...) prioridad para los niños a los que veo disputarles en las calles de Lima la basura a los perros.⁹⁵

Era un texto racionalmente impecable, pero evidenciaba el error de creer que la razón bastaba. Confirmándolo, tras ese artículo surgieron no ya nuevos polemistas, sino odiosos atacantes. Gente que llamaba al novelista para insultarlo, que le escribía cartas amenazantes. El abogado César Augusto Lozano dijo que le entablaría juicio por difamación en agravio del país. Le había parecido antiperuana su alusión a los niños disputando la basura a los perros, máxime cuando el artículo se había publicado como exclusividad en el diario chileno *El Mercurio*. Terminaba exigiéndole que renunciara a su nacionalidad.

Vargas Llosa volvió a responder, esta vez denunciando la ineptitud para el debate limpio y el afán de privilegiar las apariencias sobre las realidades. Esos niños peruanos existían y, por lo demás, el texto se había publicado primero en *Caretas*. El diario chileno —al cual calificó como “antipático” y descalificó por su adhesión a Pinochet—, simplemente lo había comprado a la agencia EFE. Por último, “quiero seguir siendo peruano”, declaró.⁹⁶

Fue un *shock* para el escritor porque, hasta entonces, creía en el respeto ecuaníme y ecuménico de los suyos. En lo sucesivo, sería impermeable a todo intercambio polémico con quienes no considerara sus pares literarios. Además, dicho sea de paso, venía experimentando un desgarramiento especial respecto al Chile de Pinochet. En cuanto promotor de la economía de mercado, admiraba su economía; en cuanto demócrata, repudiaba su dictadura. No reconocía la relación inextricable entre aquella y ésta.⁹⁷

El hecho es que sólo a partir de la vapuleada declaración comenzó a descubrir las complejidades no racionales del conflicto secular. Lo

percibí un par de años después, cuando fui a su casa de Barranco para mostrarle un proyecto de entrevista macro, como base de un eventual libro-reportaje. Él reparó de inmediato en que yo incluía el tema y fue el único punto respecto al cual se mostró reticente. “Esto es muy delicado”, me dijo, con una curiosa mezcla de prudencia y asombro.

39. *Proeza sin reconocimiento*

El 28 de julio de 1980 Fernando Belaunde Terry asumió como Presidente y ya nadie pudo dudar de la consecuencia de Francisco Morales Bermúdez. Un líder militar nacionalista y tradicional se habría mantenido en la cuerda floja de la paz congelada. Un líder militar y militarista se habría quedado en palacio (“fase dos y media”), desde que comenzó a visualizarse la posibilidad de victoria del Presidente asaltado en 1968. Un líder político-militar menos ilustrado, no habría arriesgado una compleja transición a la democracia sin modelos previos.

Sin embargo, muchos se confabularon para mezquinarle reconocimientos. Entre ellos, los burlados velasquistas de la “primera fase”, los nacionalistas decepcionados porque no se dejó involucrar en una guerra con Chile, los políticos antimilitares o con cuentas pendientes contra la represión velasquista y los *antipinochetistas* de las izquierdas. El senador izquierdista Enrique Bernalles incluso lo acusó de “apuntalar una dictadura como la de Pinochet”.⁹⁸

Percibiendo ese alto nivel de incomprensión, Morales Bermúdez trató de volver al escenario político como actor civil, creando un partido propio y casi familiar. No tuvo éxito. Los actores tradicionales estaban demasiado atareados en su propia reinserción y el APRA ocupaba casi todo el espacio disponible para un político como él.

El vacío de receptividad lo indujo a recrear la plataforma intelectual de sus movidas del período. Desde 1982 y hasta el momento, cinco ensayos dan cuenta del empeño: *Proyecto nacional*, *Autoritarismo y democracia*, *Filosofía militar*, *Paradigmas de la democracia* y *Pensando en el Perú*. En esos textos explica sus opciones de gobernante, partiendo de la base de que el buen militar reconoce en el estadista civil la superioridad en asuntos políticos y que los uniformados deben ser apreciados como parte integral del esfuerzo nacional dentro de la democracia y como cuerpo profesional para la defensa permanente del Estado-nación. Aludiendo a

quienes subestiman la democracia y privilegian la coerción, los estigmatiza diciendo que “figurarán como usurpadores del poder e ilegítimos gobernantes”.⁹⁹ Sobre la función primaria de los militares, reconoce que en la política contemporánea el primer uso de la fuerza es condenado y las guerras de conquista están prohibidas a nivel de la comunidad internacional. Sugiere reestructurar doctrinas y equipamiento, para que las Fuerzas Armadas “puedan ajustarse a los principios de defensa no ofensivos, que eliminen recelos de una agresión hacia los estados vecinos”.¹⁰⁰ En cuanto a su propio rol, deja en claro que conducir un proceso de transición a la democracia es una “titánica tarea”; pero es un reconocimiento pudoroso y en hipotética persona. El lector percibe que se refiere a sí mismo sólo porque la frase está en un capítulo sobre la experiencia peruana de los años 1975-1980.¹⁰¹

Ya en su ochentena personal, el general confirmó la coherencia de su pensamiento diciendo que “los golpes no se han justificado en ningún momento de la historia”, pues “no hay pueblo que progrese sobre la base de un sistema de péndulo democracia-gobierno de facto”. Agregó que lo suyo técnicamente no fue un golpe de Estado: “yo sustituí a un gobierno de facto para salir a la democracia”.¹⁰²

Lo cierto es que Morales Bermúdez escribió un guión inédito en la ciencia política contemporánea: el de un dictador castrense que, tras desviar una guerra civil y evitar una guerra internacional, se apoyó en un líder civil paramarxista, octogenario y vetado por el Ejército para abrir paso a una Asamblea Constituyente libre, la cual condicionó y hasta desafió a su propio régimen, mientras fuera volvían a sonar los tambores de la guerra. Carroll, Tolkien y Bradbury no podrían haber imaginado algo más fantástico.

A la luz de categorizaciones posteriores, el proceso peruano entre 1975 y 1980 fue más difícil y de resolución más rápida que el español, considerado como la transición modélica a nivel global. Baste pensar que su conductor no tuvo un rey profesional que estableciera respetos superiores ni un colchón morigerante de cuatro décadas dictatoriales, con la extinción o ablandamiento de los enemigos más encarnizados. Además, Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, Felipe González y Manuel Fraga no llegaron para desactivar una segunda guerra civil ni para detener los trámites de una guerra vecinal.

Lo raro es que esto pasara inadvertido incluso para un politólogo como Samuel Huntington, quien ha teorizado latamente sobre transi-

ciones. Éste creyó que los generales peruanos controlaron corporativamente todo el proceso, bajo la inspiración de Velasco y que “los líderes políticos civiles tuvieron poco margen de elección, pero accedieron a las demandas de los militares”.¹⁰³ Esto indica que se creyó el cuento de las dos fases revolucionarias con un solo objetivo. Por eso, apenas menciona a Morales Bermúdez en su obra sobre las transiciones comparadas.

Lo mezquino del reconocimiento foráneo es un fenómeno “normal” para los habitantes de la periferia. Haya debió sentir cierta amargura cuando supo que el italiano Enrico Berlinguer, el francés George Marchais y el español Santiago Carrillo habían inventado el “eurocomunismo”, esa especie de marxismo descongelado y sin calcos que él y José Carlos Mariátegui ya habían teorizado en los años 30 y 40 del siglo pasado. Al parecer, también en las Ciencias Sociales se nos aplica a los latinoamericanos el antiguo paradigma de nuestro comercio internacional: sólo podemos exportar insumos para importarlos convertidos en productos elaborados.

Con todo, hay también una razón endógena para el déficit de reconocimiento. Es que lo más valioso que hizo Morales Bermúdez permanece en el misterio del hermetismo militar. Básicamente, porque se relaciona con la variable belicista, que tanto influyó en su llegada al poder y en su gestión de gobernante.

Por sujeción a los códigos de su profesión, el general nunca ha reconocido la incidencia que tuvo una eventual guerra con Chile en el inicio y fin de su gestión. Lo más cercano a una alusión guerrera fue su confesión de que en el período de Velasco hubo discusiones sobre “aspectos fundamentales” y su temor ante esa “especie de nebulosa muy peligrosa” que percibía en el futuro.

En esa onda silenciosa, tampoco ha contado sobre las conversaciones que tuvo con el gobernante argentino, general Jorge Rafael Videla, en Lima (marzo de 1977) y en Buenos Aires (junio de 1979). Jamás ha reconocido ni desmentido una *bola limeña* según la cual rechazó un tratado de alianza contra Chile (que le propusiera el canciller Óscar Montes), evocando el rechazo del Congreso argentino a un proyecto similar de 1873. Tal vez sabía que Videla no quería la guerra, pero estaba bajo la presión irresistible del almirante Emilio Massera y de conspicuos generales belicistas de su propia arma.¹⁰⁴ Posiblemente pensaba en ello cuando reconoció en su colega argentino a “un hombre que tiene problemas en su patria como los tengo yo en el Perú”.¹⁰⁵

Resulta fantástico, entonces, que ningún historiador de los países concernidos haya realizado una investigación al respecto. Los festejantes de la paz entre Argentina y Chile sólo han mirado hacia el Vaticano, ignorando que la mediación papal se amarró, en última instancia, con dos alambritos: uno, la renuencia de Morales Bermúdez a coprotagonizar la guerra de los generales y almirantes argentinos; otro, el ablandamiento de los belicistas argentinos ante la posibilidad de que esa **renuencia se manifestara como neutralidad**.

Visto así, el *suspense* de la interacción Videla-Morales Bermúdez facilitó la presión pacificadora de líderes como Jimmy Carter y Carlos Andrés Pérez. Les dio tiempo para concertarse y pedir a Juan Pablo II que interviniera.¹⁰⁶ Simultáneamente, debió ser el enigma decisivo para los analistas de inteligencia estratégica de Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, el Perú y Estados Unidos. Un mínimo entusiasmo guerrero del gobernante peruano habría bastado para aumentar la presión belicista sobre Videla, disuadir buenos oficios de terceros, mantener al cardenal Samoré en el Vaticano y dar a la Armada argentina el día de mar en **calma que necesitaba**.

En definitiva, habría que dar a Dios lo que es del Papa y al César lo que es de Morales Bermúdez, pues no da lo mismo la neutralidad de un antípoda que la de un vecino bien armado. Por todas estas consideraciones, me pareció fascinante poder conversar con el ex Presidente peruano dos décadas después de esos momentos culminantes.

40. En vivo y en directo

Según lo ya visto, Francisco Morales Bermúdez fue un líder militar simétricamente inverso al general Pinochet, su contraparte chilena durante un quinquenio. Por ello, Francisco Miró Quesada, filósofo peruano y miembro de una familia afectada por la revolución militar, no dudó en saludar su “acendrado espíritu democrático”.

Los historiadores peruanos quizás reconozcan que rescató a las Fuerzas Armadas de su adicción al ejercicio directo del poder político. Podrían agregar que dispuso el retorno de todos los exiliados, pidió perdón a los peruanos, desmontó una economía estatizada, mantuvo el rol subsidiario del Estado, rechazó la tentación de prorrogar su gobierno, promovió una Constitución Política representativa, produjo la primera



General Francisco Morales Bermúdez
“Nunca hubo un plan de acción militar ofensivo contra Chile.”

transición democrática moderna, no dejó leyes que amarraran a sus sucesores y se retiró sin ningún alto cargo asegurado.

El 9 de noviembre de 2001 llegué a su casa de Flora Tristán, en San Isidro —la vivienda normal de cualquier jubilado profesional que vive con una pensión austera—, en cita concertada por el siempre ministro Javier Silva Ruete. Comprobé como, a sus 81 años, se mantenía en excelente estado físico e intelectual. Su vozarrón asordinado, tan fácil de imitar, sonaba como el que yo tenía archivado en el recuerdo. Parecía que sólo su estado civil había cambiado. En 1999 pasó de la viudez al segundo matrimonio. Ella, Alicia Saffer Michaelsen, es chilena y abogada de San Marcos. Añado que Bernardo O’Higgins me inspiró, en esa ocasión, el siempre problemático tema de “arranque” .

Al llegar a su casa, general, pasé frente al monumento a O’Higgins y me dio mucho gusto verlo instalado en plena avenida Javier Prado.

Es un personaje histórico, muy reconocido en el Perú.

Zorro, él, aparenta ignorar el sentido de mi observación. Ello me obliga a elaborar sobre el desperfilamiento peruano del prócer y a preguntarle si se debe a la estructura de desconfianzas entre nuestros países. Responde que la guerra fue de larga duración y no se detuvo en las fronteras, pues las tropas chilenas llegaron hasta la capital de la república. Como los tratados que se establecieron después no tuvieron un desenlace exitoso, “quedó una aversión natural en un país que fue invadido”. Le observo que de eso pasaron ya más de cien años e invoco el paradigma de la Unión Europea:

¿No es hora de terminar con ese clima?

Es hora, pero todas las partes tienen que contribuir. Cuando usted tiene casos como el nuestro, con el último régimen, en que se reduce el presupuesto de las Fuerzas Armadas en términos históricos y se llega a menos de un 8% del presupuesto de la República; pero vemos que esto no ocurre en Ecuador y en Chile... Y cuando se ve que aparte existen recursos derivados directamente a las Fuerzas Armadas de un porcentaje de los ingresos de la exportación del cobre, que equivalen aproximadamente, en promedio, a 300 millones de dólares por año...

Con tono firme, agrega que no quiere sino la paz entre nuestros países, pero habría que enfrentar esos recelos para ir hacia una integración que, quizás, ya no puede ser latinoamericana: “México está muy conectado a Norteamérica, Centroamérica y el Caribe; tienen una característica geopolítica muy particular. Lo que tenemos que mirar, ahora, es la integración sudamericana”. Ésta supondría asociar el Mercosur con la Comunidad Andina de Naciones, contemplando incluso la integración de sus Fuerzas Armadas. Apunta a una Sudamérica declarada zona de paz, con normas jurídicas bien establecidas, en las cuales se consideren aspectos relacionados con el armamentismo. “Paz para que los gastos en armamento no se incrementen más allá de un límite prudente”, enfatiza. Adhiero, pero lo invito a avanzar por binomios:

Le propongo concentrarnos en el Perú y Chile, y en cómo equilibramos nuestros sistemas de armas. Chile ha propuesto la homologación sobre la base de estudios de un organismo de Naciones Unidas, para saber de qué partimos y los peruanos plantean que, de inmediato, dejemos de comprar los F-16, con lo cual volvemos al diálogo difícil.

Yo no sé qué peruanos lo dirán, ni conozco la intimidad de las relaciones que ha habido en estas materias. Además, hay muchos disparates de léxico. Las bases de confianza real no sólo dependen de la diplomacia de ambos países, los jefes de Estado y los cancilleres, sino que tiene que haber una interrelación directa de las propias Fuerzas Armadas. Hay que evitar aquello que podemos llamar “secretos”. Cuando yo estuve en el gobierno, a pesar de ser un gobierno militar, inicié determinados intercambios. No podían ser masivos, pero había que comenzar por algo. Digamos, intercambiar oficiales en las Escuelas. Logramos tener oficiales peruanos en la Escuela de Equitación de Chile y oficiales de Chile en el Instituto Cartográfico Geodésico del Perú.

Parece añorar la época en la cual, como jefe del Estado Mayor, llegaba a Tacna y se conectaba con el general Bravo, jefe de Estado Mayor del Ejército chileno. Entonces había reuniones sociales con esposas y conversaciones muy directas sobre las relaciones militares. Luego, como comandante general, promovió reuniones de alto nivel de los mandos militares de Chile, Perú y Bolivia, que duraron “hasta cuando se produjo el problema que conocemos entre Chile y Bolivia”. Ante eso, insisto: “lo que le decía, general, quien mucho abarca poco aprieta, era mejor hacer las reuniones de a dos”. “Indudable”, responde, pero sin mucha convicción. Al final transa, expresando que las reuniones bilaterales son siempre importantes, pero “también las multilaterales, no digo trilaterales”. De ahí derivamos al conflicto del Perú con Ecuador. Éste demostró, le digo, que no existían los ejes Chile-Ecuador y Argentina-Perú. Chile fue un correcto garante, y Argentina vendió armas de manera clandestina a Ecuador.

¿No ayudó eso a que se derrumbaran las dos utopías geopolíticas?

Indudablemente. Pero, vea usted, yo nunca creí en esos ejes. El hecho de que hubiera habido intercambios importantes entre las Fuerzas Armadas chilenas, fundamentalmente el Ejército, con Ecuador...

Y argentinas con peruanas.

Pero muy limitadas.

Yo recuerdo la guerra de las Malvinas.

Pide que separemos esa guerra, que “es un hecho un poco distinto”. Prefiere hablar de intercambios institucionales y dice que el que ha habido entre Chile y Ecuador es mucho más intenso que el que ha existido entre el Perú y Argentina. El tema del apoyo peruano a Argentina, en las Malvinas, no estuvo basado en un supuesto eje, sino “en un pensamiento de acción llevado a cabo porque era un país latinoamericano que estaba siendo ofendido por una potencia extranjera”. Apunta que el Perú habría reaccionado de manera similar respecto a cualquier otro país de la región. Agrega que una situación personal —la del “gaucho” Cisneros—, influyó más allá de lo institucional. Se trataba de un general formado en la Argentina, al que Belaunde hizo ministro del Interior. Con tal precisión, pasamos a la posguerra con Ecuador y al Acta de Ejecución del Tratado de 1929, que puso fin a los problemas pendientes entre Chile y el Perú. Le señalo que ya no hay pasivos que solucionar y existen excelentes relaciones entre nuestros jefes de Estado.

¿No cree que estamos en un gran momento para renovar las relaciones chileno-peruanas?

Por supuesto. Un gran momento, que no debe verse sólo desde el punto de vista de gobierno a gobierno y de cancillería a cancillería. Yo tengo el sesgo de mi profesión y creo que incrementar la relación entre las Fuerzas Armadas del Perú y de Chile va a ayudar muchísimo. ¿Por qué no se comienza ya a conversar, a buscar un intercambio, pero serio, entre Escuelas Militares?

Luego eleva el nivel del intercambio a oficiales chilenos y peruanos de las escuelas de guerra de las tres armas. No cree que existan diferencias de pensamiento interinstitucionales respecto a las relaciones bilaterales aunque, siempre prudente, advierte que “no hablemos de personas, porque puede haber un termocéfalo por ahí o también puede haberlo en Chile”. Siguiendo esa línea, alude al desplazamiento de una caseta de observación chilena, cercana a la frontera, durante la última campaña presidencial peruana, diciendo que el incidente no fue constructivo: “Sabe Dios quién ordenó que la torreta se emplazara ahí, pero después eso pasó”. Le planteo la paradoja:

Estando de acuerdo en que éste es un buen momento, vemos cómo pequeños incidentes se han descargado en aluvión: los chilenos del MRTA condenados

por traición a la patria, el caso Lucchetti, el caso AeroContinente, los micrófonos en la embajada de Chile. Como para pensar en la existencia de un lobby misterioso.

Yo no le doy tanto peso a estas cosas. Tiene que haber más franqueza y cuidarse mucho también de lo que se dice, ¿no? Las palabras de representantes de un país en cualquier nivel tienen gran repercusión. Es como las relaciones entre las familias. Si queremos tener amistad con la familia de la casa vecina, esa amistad tiene que manifestarse en hechos concretos, pero también en palabras. Las palabras son muy importantes.

Es hora de hablar de los dos momentos de peligro bélico que se percibieron desde dentro y fuera de Chile:

Uno fue en 1974-75 y el otro en 1978-79. En el primero, estaba en el gobierno el general Juan Velasco Alvarado y parece que el riesgo fue grave.

No, no. Mucha fábula ha habido sobre eso. Yo se le digo a usted en forma absolutamente garantizada por mi comportamiento político en la vida del Perú. Y es bueno que mencione los dos momentos. Se lo explico: durante el período del gobierno del general Velasco, y en gran parte del mío, se produce lo que llamamos un reequipamiento de las Fuerzas Armadas peruanas y una vitalización de la parte sur, en materia de estructura militar. Si nosotros comparamos lo que teníamos en el norte, resulta que el sur, hablando de una estructura netamente defensiva, estaba desmantelado. Nuestro equilibrio estratégico se había roto. Los gobiernos anteriores poco se habían preocupado de tener una fuerza armada equilibrada, en relación a lo que significaba la región. Se hizo un plan de equipamiento y, por otro lado, entramos a un proceso de ordenamiento metodológico y presupuestal en el Ejército. Se estableció un sistema de planes, programas y presupuesto. Entonces no teníamos brokers, como después se ha visto en esta época terrible de Fujimori. Las adquisiciones militares se hacían directamente. De gobierno a gobierno.

Cuenta que en 1974 debía programar el entrenamiento de las tropas en cuanto jefe del Estado Mayor; entonces se planteó “por qué razón el Perú sólo hace maniobras en el norte y no en el sur, si es parte de la formación militar”. Así, por primera vez, se decidió montar una maniobra conjunta en el sur.

En Chile se temió una invasión.

Yo sé, porque he tenido informaciones desde el otro lado. Como hubo movimiento de blindados hasta muy cerca de la frontera, se temió que pudiera ser una acción militar de invasión. Y eso no ocurrió en ningún momento. Por otra parte, se dijo que había en la época de Velasco —y eso va en contra mía— un plan de guerra para atacar a Chile y reconquistar el territorio perdido; ésa es la falsedad más grande. Nunca hubo un plan de acción militar ofensivo contra Chile. Nunca.

¿Usted recuerda cuando Fujimori dijo que el Perú se había armado para hacer la guerra a Chile el año 75?

Un disparate total, pues.

¿De dónde sacó eso Fujimori?

¿Qué de dónde lo sacó...? De sus propias mentiras, pues. ¿Usted sabe que ha dicho estos días que yo soy millonario, que tengo diecisiete millones de dólares en el extranjero...? ¡Ésas son las mentiras de Fujimori!

El recuerdo del Presidente prófugo lo irrita. Tras una pausa, le pregunto si es cierto que en 1975 se pronunció contra Velasco porque no quería esa guerra con Chile: “No, no tuvo nada que ver. Absolutamente, le doy a usted mi palabra”.

¿Cuál fue, entonces, el motivo para desalojarlo?

Interno. La cosa interna, naturalmente.

¿La enfermedad de Velasco?

Claro, no había gobierno por la enfermedad. Velasco, por prescripción médica, iba a palacio dos o tres veces a la semana y cuando iba debía retirarse a las cuatro de la tarde. Mercado debió intervenir porque tenía la responsabilidad, pero no lo hizo. Yo veía que la conducción económica se venía abajo y la política económica había consistido, prácticamente, en estatizar y estatizar. Se llegó a un límite de estatización, la economía comenzó a sufrir y vino un problema muy serio, que fue la subida de precio del petróleo. Se produjo un desbalance de la balanza de pagos. Entonces yo tenía dos problemas: el primero, que no había una conducción política y yo en esos momentos era el primer ministro

y comandante del Ejército. Entonces me dije, según el estatuto militar, si Velasco está enfermo el que le sigue soy yo, en consecuencia yo soy responsable de esto. Ésa fue la razón del pronunciamiento de Tacna.

En este punto confirma que, por consejo del general Artemio García, comandante de la guarnición de Tacna, se preocupó de advertir sobre sus movimientos a oficiales chilenos. Ordenó tomar contacto telefónico con el coronel Mena, a cargo de la guarnición de Arica, quien ya sabía lo que pasaba en el Perú. Eso dio una gran tranquilidad en ambos lados. Incluso recuerda que cuando se le comunicó a Mena que él estaba tomando el poder, su respuesta fue “viva el Perú”. Explicada su posición, lo invito a dar el salto a 1978 y le cuento sobre la orden de expulsión que me afectara. Ante su gesto de sorpresa, le esbozo el contexto: a todos los chilenos sin residencia permanente se nos dio un aviso similar, se acercaba el año del centenario, se hablaba de una nueva guerra con Chile y en sus discursos él hablaba de “una mancha que había que lavar”. Formulo la pregunta pertinente:

¿Hubo, realmente, peligro de guerra en 1979?

No, absolutamente. Pero, vea usted... el año 79 era de un simbolismo enorme, pues, en la vida peruana. Representaba el centenario de una guerra infausta, con pérdida territorial, pasión, etcétera. Y precisamente, retrocediendo un poco, el hecho de buscar un reequipamiento para nuestras Fuerzas Armadas se debía mucho a que en 1879 el Perú perdió la guerra, en gran parte, por haber estado su Fuerza Armada desarmada, en relación a Chile. En 1979 debía estar equipada debidamente. No para invadir, vuelvo a repetirlo.

¿Por qué nos dijeron a los chilenos que nos fuéramos?

Yo no dije nada de eso.

Usted no, pero yo recibí el aviso de la policía.

Usted sabe como son los ejecutantes, van mucho más lejos de las decisiones políticas. Eso es grave, pero ocurre. Y ocurre, precisamente, en los servicios de inteligencia, en las fuerzas de policía, de vigilancia.

Me cuenta la peripecia del periodista Paco Igartua, que estaba exiliado en México. A la caída de Velasco entró a Lima sin problemas y se

reunieron en palacio. Morales Bermúdez le dio plenas garantías para que volviera con familia y bártulos. Feliz, Paco se fue al aeropuerto, para embalar y volver, pero la policía peruana lo bajó oprobiosamente del avión y lo encerró. “¿Se da cuenta...? ¿Quién ordenó eso?”, se pregunta retóricamente el general. Y se responde identificando a un jefe de inteligencia de apellido extranjero que, según mi nomenclatura, puede ser el mismo general Schroth, que dispuso mi expulsión en 1978. “Fue gente subalterna y hubo ciertas sanciones”, añade.

Confiesa no haber tenido un conocimiento especial de los presidentes chilenos Eduardo Frei Montalva ni Salvador Allende. En cuanto a Pinochet, con quien coexistió como Presidente y líder militar, lo vio sólo con motivo de los Tratados Torrijos-Carter en los Estados Unidos. **Y cuenta una anécdota digna de la textualidad:**

Estábamos en una sala muy larga, yo con mi canciller Pepe de la Puente y otros elementos de la Cancillería y bien lejos estaba Pinochet. Pepe me dice “allí está Pinochet” y éste se fue acercando, pero a mi costado estaba también Banzer. En un momento nos juntamos los tres. Entonces aquél, delante de mí, le pide conversar a Pinochet y me invita a mí también. El dictador chileno propuso que se hiciera la reunión en la embajada de Chile y allí la tuvimos, en Washington. El problema de Banzer era el de la salida al mar y yo ahí, sentado con ellos, como estamos ahora, con mi posición, que era del respeto a los tratados. Es decir, si la salida al mar para Bolivia se proyecta por un territorio que fue peruano, el Perú tiene que dar su venia. Si se pretende una salida por territorio que no ha sido peruano, no es problema del Perú. Ésa fue mi posición. Pero la cosa entre los dos fue intensa, porque forzaba Banzer, hasta que Pinochet le dijo que si hay una salida al mar para Bolivia, tiene que ser con cambio territorial. Me acuerdo perfectamente.

¿De ahí no habrá nacido la idea del canciller García Bedoya sobre el polo de desarrollo tripartito?

Eso fue muy a posteriori. Pero, vea usted, le voy a hablar con absoluta verdad. No tengo tapujos ni temores, pues he actuado siempre de una manera muy recta. En este asunto continuó la presión de Bolivia y entonces hubo una cierta propuesta intermedia, por ahí. En Bolivia se comenzó a gestar una especie que decía que ese país no podía llegar a un acuerdo con Chile, porque el Perú se lo impedía... ¿se da cuenta? Entonces salió la orientación de mi Presidencia, trabajando con el canciller García Bedoya. Dije: “propongamos una salida al mar para Bolivia por

territorio que fue peruano, desembocando en Arica, a condición de que Arica tenga como puerto —no como territorio— una administración tripartita”. Ahí nació esa propuesta, que tuvo como finalidad que en Bolivia no se dijera que el Perú era el que se oponía. Como esa proposición no convenía al gobierno de Chile, Pinochet, a los dos días o al día siguiente, manifestó que no la aceptaba.

Le advierto que con esto pongo fin a la parte histórica y le pido me cuente sobre Vladimiro Montesinos.

¿Tuvo usted contacto con el capitán Montesinos?

Él era ayudante de Mercado y éste lo estimaba mucho, porque aquel señor era bastante hábil. ¿Cómo lo conocí...? Yo era jefe de Estado Mayor y Mercado me enviaba, en algunas oportunidades, una determinada documentación. Me la enviaba con Montesinos, quien quiso aproximarse a mí en la siguiente forma, nótese su habilidad: había averiguado que a mí me gustaba leer buenos libros y en una oportunidad en que me lleva papeles, me obsequia un libro.

¿Cuál?

Un libro de política internacional. Quiso acercarse y no pudo hacerlo más. Eso es todo lo que pudo hacer. Ahora, cuando yo ya estoy de jefe de gobierno él, siendo todavía capitán, falsifica mi firma y la del comandante general del Ejército, Arbulú Galliani, ya fallecido, para fraguar una resolución suprema que lo autorizaba a realizar un viaje a los Estados Unidos. Imagínese las agallas de un capitancito al que le faltaba mucho para llegar arriba... ¡falsificó mi firma y la de su comandante general...! Y viajó, para asistir a una conferencia de una firma norteamericana, Ramblog o algo así, que después se supo era una máscara de la CIA.

¿La Rand Corporation?

Claro, ésa.

Ahí estaba su protector, Luigi Einaudi.

¡Claro, pues! ¡Ahí está la cosa!

A la Rand se la llamaba “la CIA de los empresarios”.

Exacto. Está usted bien informado. Desde esa época este hombre ya tenía una relación con la CIA. Pero tuvo un poco de mala suerte, porque se

encontró allí con el general De la Flor, que estaba en la Junta Interamericana de Defensa y le sorprendió ver a un capitán ahí. Tomó el teléfono, llamó al comandante general del Ejército y le pidió información y así se supo que este hombre había viajado. Volvió acá, se le detuvo y siguió un proceso y la respectiva junta la preside el jefe de Estado mayor, general Pedro Richter Prada. Interrogado ante esa junta, la contestación de Montesinos fue "no tengo nada que decir". Se le dio de baja y sentenció a un año de prisión. Estuvo un año en prisión.

¿De dónde viene eso de que entregó a los norteamericanos información sobre armamento peruano?

Eso no nace de ahí. En esa época había sospechas fundadas, en el mando del Ejército, de que este hombre, que tenía un gran nexo con Mercado Jarrín, había tomado documentos reservados o secretos, les había sacado copias y las había devuelto a su sitio. Habría hecho uso de esos documentos, para negociar los.

¿Se relacionaban con el estado de situación de las armas?

Era prácticamente la relación y detalles del tipo de armamentos que se habían adquirido en esa época. Fundamentalmente, era material soviético, pero no adquirido por una relación ideológica con Moscú, sino porque en esa época teníamos cerrado el mercado de los Estados Unidos y ciertos armamentos europeos eran muy caros. Eso es muy importante. Los rusos abrieron el comercio con el Perú, vendieron armamentos de primera línea y créditos sumamente económicos: a diez años, con intereses fijos del 2 al 2,5%, dos años de gracia y precios unitarios muy inferiores a los de Estados Unidos o Europa.

A la industria de armamentos de los Estados Unidos, seguro, le importaba poco que fuera por razones ideológicas o no. Le interesaba porque era una competencia fuerte en su área. Ya estaba Cuba como cliente de la URSS. Exactamente. Así fue.

¿De qué año estamos hablando?

Mmmm... del año 1977 ó 78.

¿Por qué no hubo una sanción más drástica para Montesinos. Eso fue traición?
No, separemos las cosas. A él se le sancionó por haber falsificado y viajado. Si lo hubiéramos descubierto entonces... la cosa era seria. No se

descubrió. Sólo había la gran sospecha. Entonces, ¿qué pasa? Que hubo un oficial en retiro, Salvatecci es su apellido, que lo acusó penalmente de eso. Ya Montesinos estaba fuera del servicio.

Si hubiera estado dentro, ¿habría sido traición o no?

Indudable. Pero de esa acusación se libró porque no hubo pruebas.

Le digo al general que veo una novela estupenda en lo que me ha contado. En ella aparecen un Ejército gobernante, líderes como Morales Bermúdez y Mercado, que se han retirado honorablemente y un capitán que traiciona a su jefe, a su Ejército y a su país, para convertirse años después en líder de facto de las cúpulas militares... “No solamente eso: del Poder Judicial, del Congreso, de los ministros”, me acota. Y confiesa que, como militar, eso le parece aberrante. Como muchos oficiales de su época, él ha tenido un sentimiento de frustración tremendo. “Un hombre al cual los generales le rendían pleitesía, los ascensos militares dependían de este sujeto”, masculla.

Pero siempre hay un primer paso. ¿En qué momento puede Montesinos volver a entrar a recintos militares?

Comienza con Alan García, porque ingresa al Servicio de Inteligencia Nacional.

Let que lo patrocinó el sociólogo Loayza.

Ahí está. Y después se enemistó con él.

¿No piensa escribir sobre esta etapa?

No. No quiero entrar en estas...

Deja el calificativo en suspenso y me hace la cronología de sus libros. Trato, entonces, de sondear su talante crítico:

Como escritor militar, ¿qué piensa de los libros del general Pinochet?

(Risa disimulada, pero contagiosa) No me gustan.

¿Leyó su Geopolítica?

Sí, por eso le digo. No hay creación.

Parte Sexta

LA ESTRATEGIA DE CHILE

41. *Sobre exiliados y embajadores*

El régimen de Pinochet marcó una experiencia inédita para los embajadores chilenos. Éstos descubrieron, de improviso, que representar al país podía ser poco gratificante, pues el honor coexistía con el antagonismo de miles de compatriotas esparcidos por el planeta. La sola presencia de esos chilenos del exilio, sumada a la impopularidad mundial del dictador, sintetizaba una mala mezcla para el disfrute.

Ése era el peligro abierto. Había otro, oculto en sus propias sedes, que tardaron más en descubrir: el de una jerarquía paralela, con informantes internos y tareas separadas. Esta dualidad se producía, de preferencia, cuando el diplomático era civil. Tal condición no daba plena garantía de disciplina a un gobernante castrense, caracterizado por su desconfianza ecuménica y su antipoliticismo.

Fue el caso de Francisco Bulnes Sanfuentes, embajador en funciones a mi llegada al Perú, quien junto con Sergio Onofre Jarpa, a la sazón embajador en Argentina, había formado la pareja de líderes mayores del Partido Nacional, vanguardia política de la oposición contra Salvador Allende. Una pareja heterogénea, pues Jarpa venía del nacionalismo chileno puro y duro, con una militancia juvenil nacional socialista, y Bulnes era un conservador ilustrado, descendiente de próceres y con una previa trayectoria democrática impecable. Tanto, que apoyó el golpe militar desde el realismo —no veía otra solución—, pero no porque

fuera un ejercicio prístino de soberanía popular, como aseguraron otros políticos de su partido.

Como jefe de una de las tres misiones diplomáticas más importantes de Chile, en términos estratégicos (las otras eran Washington y Buenos Aires), Bulnes contaba con instrucciones específicas, una dotación de buenos profesionales y las mejores intenciones. Sin embargo, pronto percibió que tenía en su plantilla agentes sobre los cuales carecía de autoridad real. Estos desarrollaban funciones propias, que podían ser de inteligencia estratégica, como se vio en la parte anterior, pero también de control policial sobre él o sobre los exiliados. En ese dualismo estuvo la gran paradoja que sellaría su destino diplomático: mientras los chilenos exiliados en el Perú estaban más preocupados de sobrevivir que de molestarlo, sus funcionarios con tareas secretas terminaron tumbándolo.

Como exiliado, percibí esa dualidad en vivo y en directo. Cuando mi firma comenzó a aparecer en los medios peruanos, diplomáticos chilenos de carrera comenzaron a atenderme con esmero. Incluso me invitaban a sus casas y a la recepción del Día Nacional, con anuencia tácita del embajador, pues tales invitaciones no se improvisan. Yo rehusaba sin acritud, explicando que no podía ir a fiestas de la embajada de Chile mientras su gobierno me impidiera volver a mi patria.

Simultáneamente, un funcionario adjunto, apellidado Luisetti (a quien nunca conocí), se encargaba de informar a los peruanos que tenía a su alcance sobre el alto riesgo de contratarme. Manejaba, al parecer, un currículum mío idóneo para asustar. Entre sus tareas estaba privarme de mis medios de subsistencia en el Perú, para que yo, imposibilitado de ejercer en ese país, fuera a poner en peligro a otros habitantes de la Tierra.

A fines de 1978, cuando percibí mi estado de flotación entre una precaria residencia peruana y la prohibición de establecerme en Chile, la dualidad diplomática *chilensis* se decantaba a mi favor. Supe que Bulnes leía con atención mis textos y que mi colega peruano Manuel D'Ornellas había dado una lección de señorío al funcionario Luisetti. Ante testigos divertidos y concordantes, le dijo que le importaba un rábano si yo era comunista o lo que fuera. Él seguiría trabajando conmigo porque yo era su amigo, en primer lugar y, además, porque era un buen periodista. Vale la pena agregar que esto lo supe antes por los testigos que por Manu, quien se limitó a confirmarme la noticia con una mueca

cómplice, mientras tecleaba a alta velocidad su columna semanal para *Caretas*.

En estas circunstancias complicadas, el 1 de noviembre de 1978 tomé el toro por los cuernos y escribí una carta al embajador. En ella planteaba mi caso y formulaba consideraciones de política bilateral. Sobre lo primero, subrayaba el orden de mis factores —primero chileno y después exiliado—, para criticar la política persecutoria del gobierno. En vez de generar hechos que redujeran la crispación nacional, en tiempos delicados para el país, seguía discriminando a los chilenos “sobre pautas rígidamente ideológicas o sobre la base de resentimientos cultivados en momentos críticos de nuestra historia”. En cuanto a la situación bilateral de la época, le decía que muchos peruanos ilustres “están ejerciendo un rol moderador, tratando de prevenir el estallido del o de los conflictos que han venido desarrollándose en el último tiempo”. Agregaba que “aquellos que tratan de preservar la paz deben pasar por sobre sus apreciaciones personales o políticas en lo que respecta al gobierno de nuestro país”. Terminaba expresando que esos esfuerzos se impondrían con más facilidad si un honesto sentimiento de unidad nacional reforzara lo legítimo de nuestra posición internacional “en el momento más crítico de esta hora”.

El 6 de noviembre, el funcionario de la embajada Alberto Callis llegaba a mi departamento de Javier Prado Este y me entregaba por mano la respuesta escrita del embajador. En ésta confesaba haberme leído “con interés y con agrado”. Concordaba en la conveniencia de una política encaminada a la reconciliación con los chilenos. “Una vez terminada la misión que estoy desempeñando en el Perú y que considero lo más útil que puedo hacer en estos momentos, procuraré, si ello está a mi alcance, influir en ese sentido”. Agregaba que, sin perjuicio de ello, creía ver en el gobierno conciencia sobre esa necesidad. Terminaba con una invitación: “para mí sería muy grato tener la oportunidad de conocerlo personalmente”.

El enviado Callis tenía instrucciones de confirmar oralmente la invitación. Añadió que el embajador comprendería si yo no quería ir a verlo a su despacho.

Como la agenda política estaba tácitamente aceptada, decidí corresponder al gesto de Bulnes. Por lo demás, no tenía que consultarlo con nadie. Callis debía avisarle que yo lo visitaría en su sede oficial, en la fecha y hora que él fijara.

42. *Un gran señor*

El 28 de noviembre, a las 12:30 en punto, la secretaria del embajador me hizo pasar a su amplio despacho del segundo piso.

Bulnes, más alto de lo que yo lo imaginaba e impecablemente vestido, lucía como en los viejos programas de debate político de la televisión chilena. Me saludó cordial —“¿puedo llamarlo José?”— y me ofreció un café. Preguntó por mi familia y quiso saber qué estaba haciendo, más allá de mis trabajos periodísticos que leía regularmente. En ningún momento dio señales de manejar antecedentes alarmistas a mi respecto. Tenía el talento de crear ambientes gratos.

Tras ese preámbulo social, no siguió un interrogatorio al exiliado, sino una conversación entre compatriotas preocupados por la coyuntura del país. Bajando un poco la voz, aunque sin aludir a paredes que escuchan, estableció su nivel de complicidad. El momento que vivíamos era delicado para todos los chilenos, sabía que yo estaba al tanto de eso y le interesaba conocer mi percepción sobre el país y si había experimentado el antichilenismo en lo personal. Le conté sintéticamente mi experiencia y, cuando le dije que sólo había percibido antichilenismo en la ultraizquierda, asintió rotundo:

—Totalmente de acuerdo.

—También hay antichilenismo en el velasquismo —agregué.

—El velasquismo es ultraizquierda —remachó él.

Rectificando, le propuse que mejor habláramos no de antichilenismo, sino de nacionalismo peruano, en contrapunto con el nuestro. Bulnes lo consideró y, a partir de mis sentimientos globalmente positivos hacia el país, dijo con rotundidad:

se equivocan los que piensan, en Chile, que el peruano es hipócrita. Su carácter más abierto lo hace más fácilmente susceptible a la razón. No veo, aquí, ese tipo de discusiones de sobremesa de Chile. Mi misión es convencer al Presidente de que los peruanos son quienes mejor pueden congeniar con nosotros en América Latina.

Me pareció una coincidencia importante, pues daba buenas señales sobre su línea como diplomático. Bulnes reconocía el peligro latente, pero no odiaba al enemigo eventual. Añadí, en esa línea, que los chilenos no se lo poníamos fácil a los peruanos, por nuestro estilo para celebrar

las efemérides de la Guerra del Pacífico. No me dejó terminar: “es lo mismo que digo yo”, exclamó, abriendo los brazos como si estuviera ante una audiencia invisible. Continuó imparable:

Los vencedores no necesitamos eso. Que ellos celebren su batalla de Tarapacá, la única que ganaron. Yo tengo que decirle al Presidente lo grave que es festejar el Día de la Juventud para el aniversario de la batalla de Concepción. Además... ¿qué tiene que ver la juventud con guerras y batallas?

Ante tanta unanimidad en lo bilateral, pasamos a la política de Chile. Sobre el período de Allende, opinó que el país estuvo enfermo y que de a poco estaba volviendo la cordura. Confesó que la juventud de su Partido Nacional no lo había seguido, porque también eran “cabezas calientes”. Le consulté si eso quería decir “seguidores de Jarpa” y soslayó la respuesta con un comentario indirecto. “Jarpa hoy vive enviando memos corporativistas al Consejo de Estado sobre la futura Constitución.” Luego soltó que el tercer peso pesado de la derecha, Pedro Ibáñez, se había puesto “cabeza caliente” y lo lamentaba, pues siempre fueron buenos amigos. Respecto a la Democracia Cristiana, opinó que estaba mejor representada por Juan de Dios Carmona que por Andrés Zaldívar. Los dirigentes de ese partido siempre estuvieron a la izquierda de su militancia.

Al plantearle una observación sobre el peligro de los líderes ideologizados, como Jaime Guzmán, meneó la cabeza buscando mi comprensión. “Jaime viene de vuelta de eso”, dijo. Le constaba, porque recién había pasado unos días en su residencia para reponerse de un *surmenage* y habían conversado muchísimo. Lo describió como un hombre de vida casta, “un santo”, bastante desconectado de la realidad popular chilena. “Del pueblo sólo conoció a la empleada de su madre”, dijo con ironía suave.

—Por lo demás, el Presidente no le hace mucho caso. Él no tiene realmente consejeros, es muy independiente —agregó.

—¿Y esos grandes bloques ideológicos en sus discursos?

—(Sonrisa complicada) Bueno, eso sí...

Recién a esta altura, Bulnes buscó conocer mis coordenadas políticas. Seguro estaba al tanto de ellas, pero quiso suponerme socialista y yo entendí que le costaba decir “comunista”. Le confesé que, tras mi ingrata experiencia con el socialismo real, había clausurado los ideologismos y conquistado el agnosticismo. Entonces, de manera espontánea,

me ofreció su ayuda para retornar a Chile y entreveró el tema con el de su entusiasmo por el canciller Hernán Cubillos. En un nuevo cuadro político, éste debía ser candidato a la Presidencia de la República. Tenía talento y coraje. Para poder conducir la política exterior, había pedido revisar la política interna.

Volviendo al tema del exilio —que en ese momento me interesaba más que Cubillos—, contó de una circular según la cual los embajadores tenían prohibido hacer recomendaciones al respecto. “Pero es una circular”, subrayó, significando que él se sentía por encima de los embajadores funcionarios. Cuando le conté que el ministro del Interior, ex compañero académico en la Escuela de Derecho, ni siquiera había respondido mis solicitudes, Bulnes hizo un gesto de extrañeza. Fernández era un enigma: “no habla nada, no se quién es ni cómo es”. Conocía mejor a Mónica Madariaga, con quien yo había trabajado en la Contraloría. Era pariente de Pinochet y tenía su esfera propia de poder. También la definía como “un poco ultra, pero ése es el problema de los jóvenes”.

Sin ninguna interrupción secretarial —factor adicional que valoré—, terminamos la charla hablando de literatura. Bulnes, jugando con sus lentes en un gesto característico, se confesó admirador de Vargas Llosa, “un hombre que escribe maravillosamente”. Le gustaba más que García Márquez. En esos momentos estaba leyendo un libro póstumo de Neruda —no recordaba el título—, que le parecía muy bello (“aunque Pablo no era un hombre de ideas”). No conocía nada de Carlos Fuentes y le recomendé *La muerte de Artemio Cruz*. ¿Novela chilena...? la desestimaba. A su parecer, no había gran novela en Chile. Repudiaba el feísmo que cultivaba Pepe Donoso y le parecía que en sus obras —mencionó *El obscuro pájaro de la noche*— se sentía el mal olor. “Quizás en eso se vea su calidad”, aceptó.

Cuando salí eran cerca de las 14 horas. Me alegraba haber conocido, en esas condiciones raras, a una personalidad de mi país. En la época del “Chile enfermo” habría sido imposible. Demasiado maniqueísmo, entonces, para que un joven revolucionario reconociera a un gran señor conservador. Caminé rápido las seis cuadas que me separaban de mi departamento. Como mi grabadora habría sido impropio, tenía que confiar en mi memoria periodística. Iba repasando los conceptos y algunas frases para reconstruirlas, textuales, en mi cuaderno especial. Algún día publicaría esa charla. Mientras caminaba, no pude evitar el

pensamiento de que otros sí la habrían registrado completa. Según la paranoia ambiental, los micrófonos ocultos estaban en todas partes, comenzando por las embajadas. No dejaba de inquietarme el procesamiento de mi visita por eventuales agentes de inteligencia del Perú. De repente comprobaban lo peligroso que yo podía ser.

¿Por qué no podía haber, entre ellos, un replicante de Luisetti?

43. *Introducción a la estrategia*

Bulnes estaba alerta sobre el alto riesgo de que el Perú entrara en guerra con Chile, como coletazo de una guerra con Argentina en la que Bolivia entraría por el flanco.

Lo curioso es que Sergio Onofre Jarpa, el embajador chileno en Argentina, apostaba en sentido opuesto. En 1973 había mostrado trazas de geopolítico alemán de comienzos de siglo, afirmando que Chile debió conquistar Filipinas e ido a la guerra con Argentina para retener la Patagonia oriental.¹⁰⁷ Sin embargo, en 1978, no veía amenaza bélica real en el pleito por las islas chilenas del canal Beagle, según confesión hecha veinticuatro años después. Ello le costó el reproche de diplomáticos profesionales de la época y Jarpa, muy en su carácter, clausuró la polémica con un argumento aplastante: “no hubo guerra entre Chile y Argentina”.¹⁰⁸

Yo agradecí esa polémica en diferido, pues me permitió reinterpretar un párrafo de mi conversación con Bulnes, al cual no había asignado importancia. Cuando éste me dijo que Jarpa “hoy vive enviando memos corporativistas al Consejo de Estado, sobre la futura Constitución”, creí que era una alusión a su juvenil ideología nacionalsocialista. Lo cierto es que el embajador me estaba contando, en clave para mejores entendedores, que su colega en Argentina vivía más preocupado de sus posiciones políticas internas que de una guerra que le parecía improbable.

El general (r) Ernesto Videla, a la sazón coronel subsecretario de Relaciones Exteriores, ya había tratado de explicar esa situación en comparecencia televisiva. Interrogado por la historiadora Patricia Arancibia Clavel sobre la existencia de una diplomacia civil y otra militar en el conflicto con Argentina, reconoció que Pinochet recurría a “expedientes de tipo militar” o “líneas paralelas”... aunque ello obviamente disgustara a los negociadores diplomáticos. Agregó algo importante:

“Siempre esa línea paralela volvía a la línea central, que era la línea de la Cancillería (...) este problema nunca se fue por la línea castrense y quedó afuera la línea que correspondía, que era la diplomática”.¹⁰⁹

Videla habría sido más riguroso si hubiera reconocido que ambas líneas se fundieron, bajo hegemonía de la castrense. La diplomática, supuestamente central, venía definida desde la estrategia. Por eso dos embajadores civiles, en países vecinos, entendían su misión de manera antagónica.

Y fue así debido a la especial desconfianza de Pinochet en los diplomáticos. Cuenta el historiador Gonzalo Vial, quien fue su ministro de Educación, que a los profesionales de la Cancillería los denominaba “los empolvados” y no comprendía su “utilidad”.¹¹⁰ El gobernante prefería los contactos directos entre uniformados para manejar las relaciones internacionales. Pero, como no podía improvisar medio millar de diplomáticos-soldados, optó por designar en los altos cargos de la Cancillería a cuadros castrenses con una hoja de servicios homologable.

Los criterios de homologación se fundaban en la coordinación de programas de estudio y en el intercambio de profesores entre la Academia Diplomática y los institutos académicos superiores de las Fuerzas Armadas. Las vecindades académicas —se suponía— podían crear una nueva especie de diplomáticos castrenses. El coronel de Ejército Homero Julio, tras ser designado subsecretario de Relaciones Exteriores en 1984, dijo que su designación podía deberse a sus tres años de experiencia previa como director de Planificación de la Cancillería. A su vez, dicho cargo se le había asignado por sus conocimientos de historia militar, geopolítica y estrategia: “Ello es, quizás, en términos comparativos, lo que está más cerca de la política exterior y del ejercicio de la diplomacia”.¹¹¹

En el crucial año 1977, cuando se veía venir el estallido de la guerra con Argentina, ampliable al Perú y Bolivia, los siete puestos más importantes de la Cancillería chilena estaban a cargo de la Armada (ministro, asesor de Derechos Humanos, secretario ejecutivo), Ejército (subsecretario, director de Planificación), Carabineros (jefe de Seguridad) y Fuerza Aérea (director general). En cuanto a los otros puestos, había operado una gruesa “limpieza” en todos los rangos del escalafón y una frondosa inserción de oficiales medios de las tres armas y de la policía uniformada. En la jerga de los profesionales supérstites, estos nuevos compañeros fueron denominados “ventaneros”.¹¹²

Fue una verdadera “diplomacia uniformada” cuya dirección superior, por “cuoteo” castrense, se asignó durante el primer quinquenio a altos oficiales de la Armada, con el Ejército en un segundo escalón. Según una gráfica definición del diplomático de carrera Óscar Pinochet de la Barra, entonces la Cancillería fue “un pequeño cuartel, con sonrisas prestadas, entorchados y condecoraciones, para tapar la desatinada conducción de un servicio complicado y altamente especializado”.¹¹³ En su contexto, los diplomáticos tradicionales tenían asegurada su irrelevancia. Su rol preferente era medir el estado de la opinión pública mundial, acopiar y diseminar información —o desinformación— estratégica y vigilar las actividades de los exiliados. El volcamiento de algunos a las negociaciones económicas internacionales fue sólo una manera inteligente de mutar la carencia en virtud, sin perjuicio de que, en el mediano plazo, **abriera nuevas perspectivas.**

Sobre esa base, Pinochet asumió el triple rol de conductor de la Política, la Diplomacia y la Estrategia. Ejerciéndolo, no vaciló en desinformar a cancilleres y embajadores civiles, compartimentando la información, como en el caso de Bulnes, subestimando sus apreciaciones, como en el caso de Jarpa o encomendando misiones paralelas y secretas a militares de su confianza. Primó en él la condición del estratega sin conductor político superior. Por lo mismo, no atinó a modificar un cuadro de amenaza bélica en aislamiento internacional, ni pudo plantearse el dilema de sobrepasar o no la línea de la Cancillería. Si lo hacía, sólo significaba que **la estaba cambiando.**

Acotemos que el cuadro descrito no excluía la interferencia de los agentes de la tenebrosa Dirección de Inteligencia Nacional (Dina). Estaba dentro de la lógica de ese organismo utilizar la red transnacional de oficinas de la Cancillería, aprovechando las *zonas grises* entre su ámbito interno normativo y los escenarios externos de acción. Hasta se dio el caso aberrante de que su director-fundador, el general Manuel Contreras, recibiera una misión diplomática confidencial ante los generales argentinos, tras la disolución de la Dina. Aberrante porque, a esa altura, “el caso Letelier” ya había demostrado que sus objetivos fueron totalmente disfuncionales a una estrategia orientada a prevenir la guerra,¹¹⁴ aunque el general Pinochet no llegara a comprenderlo a cabalidad.

De acuerdo con lo señalado, la diplomacia, salvo en el período 1978-80 que analizaremos, fue un componente menor de la estrategia.

44. Bolivia: *tercero en discordia* (I)

El “abrazo de Charaña” entre Pinochet y Banzer, de 8 de febrero de 1975, fue una maniobra estratégica que indujo a la reanudación de relaciones diplomáticas con Bolivia, suspendidas desde 1962. Pero, por su carácter, fue sólo un interludio que duró hasta el 17 de marzo de 1978.

Ese día las luces rojas se encendieron en todos los despachos del Estado Mayor de la Defensa Nacional de Chile. El Gobierno de las Fuerzas Armadas de Bolivia acababa de romper (nuevamente) relaciones con el país. Según su canciller Óscar Adriazola, éstas habían perdido “toda significación para el pueblo boliviano”.

Simultáneamente, fuerzas militares y policiales bolivianas, con banderas y en tenida de combate, llegaban a la frontera con Chile en un “desplazamiento pacífico de reafirmación soberana sobre su territorio”. En La Paz, un comunicado oficial informaba que Bolivia “por la indeclinable decisión de su pueblo, se reintegrará al océano Pacífico, porque ningún país puede permanecer eternamente en el encierro...”.

Desde Santiago, Pedro Daza, embajador chileno en Bolivia, sostuvo que no había ningún “hecho diplomático” que justificara la medida. Sus funcionarios en La Paz sabían que la ruptura se había informado, previamente, al Presidente del Perú, general Francisco Morales Bermúdez. Mientras tanto, el conflicto argentino-chileno maduraba hacia la reventazón.

Banzer, volviendo a la anormalidad del *statu quo*, terminaba una etapa en la cual se había acercado a Chile y alejado del Perú. Al hacerlo, dejaba a los chilenos ante la peor hipótesis de conflicto de su historia. El trilateralismo de 1879 (Chile contra Perú y Bolivia) daba paso a la HV3 o hipótesis de guerra con cuatro actores en tres frentes (Chile contra Argentina, Bolivia y el Perú).

Sin embargo, la sorpresa de la nueva ruptura fue tan sólo para los chilenos de a pie. En el Chile oficial, la alarma se produjo más por su forma intempestiva que por su imprevisibilidad. Es que, mientras Pinochet había conseguido sus objetivos estratégicos bolivianos de 1973 —como veremos—, Banzer no había conseguido los suyos, luego de tres años de negociaciones. Además, acusado por sus enemigos de haberse dejado entrapar, experimentaba un dramático desgaste político. Pocos meses después sería derrocado, pasado al retiro pleno y acusado por espionaje, revelación de secretos políticos y militares e infidelidad en los negocios internacionales en favor de Chile.

La historia dice que un año después —en abril de 1979—, gracias a la mediación vaticana, la amenaza de la HV3 se había despejado. Pero, para los contemporáneos, la situación se mantenía confusa y un nuevo canciller boliviano, Raúl Botelho, planteaba una drástica reestructuración de las aspiraciones de su país: nunca más pretenderían acceso al mar a través de territorios que antes fueron peruanos, pues había que “respetar el justificado recelo de los peruanos que son nuestros aliados”.¹¹⁵ En agosto del mismo año, el Presidente interino y ex canciller Walter Guevara avanzó otro paso hacia el Perú, con la tesis de que el tema marítimo “nunca ha sido un problema bilateral”, pues desde el principio ha tenido un carácter “tripartito”.¹¹⁶ Es decir, el Perú tenía interés comprometido aunque Bolivia pretendiera la restitución de territorios antes bolivianos. Para remachar su *performance*, Guevara sostuvo ante la IX Asamblea de la OEA, realizada en La Paz, que “la Guerra del Pacífico no ha terminado ni para Bolivia ni para Perú y, por consiguiente, ni para Chile”.

Evidentemente, Guevara se sobrepasó. Obligó al canciller peruano Carlos García Bedoya a rectificarlo públicamente, diciendo que era obvio que la Guerra del Pacífico había terminado. Añadió una reprimenda elegante: “cuando debiera pronunciarse sobre ése u otros temas conexos, lo menos que puede pretender el Perú es hablar por sí mismo”.¹¹⁷

En definitiva, la vertiginosa involución boliviana demostró no sólo una clara percepción de fracaso en las negociaciones con Chile, primero secretas (1973-1975) y luego oficiales (1975-1978), sino que también demostró que Bolivia quería relanzar la estrategia ofensiva de Argentina, atropellando la de carácter defensivo del general Morales Bermúdez.

Un caso clásico de amenaza exógena o de tercero en discordia, que los políticos chilenos rara vez han sabido prever.

45. Lo que hubo detrás del golpe

Según percepción chilena, el “trilateralismo” es una alternativa estratégica que opera a favor de la tendencia histórica a reconstituir el binomio Perú-Bolivia, con el consiguiente aislamiento de Chile.¹¹⁸ Dado que se trata de una percepción secular, el estado de situación de dicha tendencia debió ser analizado por los militares chilenos, en el contexto de la crisis terminal de la Unidad Popular.

Así, y aunque nunca se haya reconocido, al filo de nuestro 11 de septiembre se discernían dos movimientos en relación con las hipótesis de amenaza vecinal: el del gobierno y sus diplomáticos, cultivando buenas relaciones con el Perú sobre la base de la amistad Allende-Velasco, y el de los agentes de inteligencia militar, actualizando sus análisis sobre el “frente externo”, con el apoyo de civiles de su confianza. Mientras tanto, no había relaciones diplomáticas con Bolivia y se afinaban los detalles del esquema insurreccional.

Una de las escasas pruebas documentales del análisis castrense sobre el peligro exterior está en la carta pública de 28 de mayo de 1973, que enviara a Salvador Allende la directiva del Cuerpo de Generales y Almirantes en retiro. En ella llaman la atención sobre el riesgo para la seguridad nacional que implican la violencia política dominante y la crisis económica. En un interesante párrafo, destacan que “la seguridad nacional requiere que haya solidaridad humana, para que se pueda lograr el incremento del potencial de la nación”.¹¹⁹

Otra prueba —que sólo se dio a conocer caído Allende— está en el documento elaborado por quince oficiales generales —cinco por cada arma—, entregado en agosto de 1973 al comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, entonces en funciones de ministro de Defensa. En su texto advierten la amenaza de la “Hipótesis Vecinal Norte”, pues Bolivia y el Perú “miran con creciente atención el deterioro de nuestra economía”, en cuanto factor de debilidad funcional a sus aspiraciones revanchistas. Descartan la eventual amenaza de Argentina, “dada la similitud de los regímenes imperantes”.¹²⁰

También pueden mencionarse las “inquietudes y reflexiones” hechas llegar al comandante en jefe de la Armada, almirante Raúl Montoro, el 24 de marzo de 1973, por miembros de la Cámara de Almirantes en retiro de Santiago. En el pertinente texto —conocido después de caído Allende—, dichos oficiales explican que “no será novedad” para el destinatario lo que se le pasa a exponer, pero que se optó por hacerlo “antes que la Institución pueda verse, en un caso no improbable, sobrepasada por los acontecimientos y los hechos”.

Tras esa prístina advertencia sobre el golpe que venía, expresan que el armamentismo peruano “es una amenaza permanente en el flanco norte, sobre todo cuando existe un espíritu revanchista que puede aprovechar en cualquier momento las debilidades de nuestros frentes externo e interno”. El Perú representaría “un factor potencial adverso

(...) que puede moverse y actuar sin que medie una agresión, impulsado tan sólo por su propia conveniencia”.

En cuanto a Bolivia, dicen que habría ganado puntos diplomáticos en relación inversa a los que perdía Chile, debido al acercamiento de Allende a la URSS y su alejamiento de Estados Unidos. De ahí la tendencia regional a apoyar su demanda marítima, que comprendía incluso a Brasil, “país frenador de las aspiraciones geopolíticas argentinas y revanchistas del Perú y Bolivia”. Dicha situación, sumada al conflicto argentino-chileno, podría inducir a Bolivia a levantar “una voz tonante en el ambiente americano” e incluso “a amenazar a Chile para 1979, centenario de la Guerra del Pacífico”. Como conclusión, los marinos retirados advierten “una amenaza potencial que se configura en todo el arco de nuestra frontera, que se hará más sensible mientras mayor sea nuestra debilidad”.¹²¹

Simultáneamente, miembros del Instituto de Estudios Generales —que agrupaba a intelectuales de oposición al gobierno de Allende— preparaban un libro crítico que apareció poco después del golpe. En esa obra, el periodista Tomás P. Mac Hale aludía al aislamiento de Chile en los planos diplomático y económico, para concluir que ello favorecía las posiciones revanchistas en el Perú y Bolivia. Según el autor, el primer país no mostraba ninguna hostilidad especial, pero la historia decía que su élite militar “nunca se ha caracterizado por su simpatía hacia Chile, con prescindencia del signo ideológico que impere en el gobierno de cualquiera de los dos países”. En relación con Bolivia, su gobierno percibiría la crisis económica chilena como “una oportunidad casi única para reforzar sus reclamaciones marítimas”. Recordaba declaraciones del general Banzer, del 23 de marzo de 1973, anunciando que, para 1979, Bolivia tendría litoral sobre el Pacífico.¹²²

Tan fuerte era el determinismo del pasado, que hasta Luis Jerez Ramírez, militante socialista y embajador de Chile hasta el día del golpe, reconoció la existencia de esa continuidad negativa. En un libro que publicara en su posterior exilio holandés, escribe que la excelente relación Allende-Velasco “en modo alguno superaba el problema que permanecía subyacente, como un morbo inagotable, en condiciones de emerger a la superficie en el instante en que las condiciones se mostraran propicias”.¹²³

Por lo señalado, la decisión de los altos mandos militares del 11 de septiembre de 1973 tuvo aspectos colaterales de la mayor gravedad para

la seguridad del país. Ellos sabían, porque era su obligación profesional, que el derrocamiento de Allende podía crear de inmediato las condiciones para el estallido de otra guerra trilateral.

46. *Neutralizando a Banzer*

Los miembros de la Junta Militar chilena se instalaron en condiciones que ellos mismos definieron como “estado de guerra interna” y bajo la amenaza silente de una guerra internacional. Por eso, su primera medida externa fue informar a los militares peruanos que los movimientos visibles no tenían relación con un ataque preventivo. Se hizo, como se ha visto, a través del coronel Odlanier Mena Salinas, comandante del regimiento Rancagua, en Arica, quien se comunicó con el comandante de la guarnición en Tacna, general Artemio García, con el que había iniciado una buena amistad.

El imperativo estratégico, entonces, debió ser aplastar en el corto plazo a la oposición, disuadir un ataque *inmediato* del Perú y evitar la recomposición de la alianza boliviano-peruana *en el mediano plazo*. Lo primero suponía destinar buena parte del potencial militar a tareas represivas. Lo segundo implicaba militarizar absolutamente la defensa nacional (la división interna no permitiría contar con apoyo civil confiable). Lo tercero obligaba a mantener la brecha ideológica entre Velasco y Banzer.

En cuanto a los métodos aplicables a la amenaza externa, serían de carácter militar y militar-diplomático. Unos para fijar a las fuerzas peruanas en su territorio y otros para iniciar negociaciones secretas con Banzer.

Los análisis de inteligencia debieron realizarse sobre una base de datos mínima, pero suficiente, para comenzar a ejecutar la estrategia esbozada. Obviando el tema del balance de armas —con métodos estandarizados de detección y cuantificación—, esos datos eran los siguientes, respecto al Perú:

- La enfermedad de Velasco pesaba negativamente sobre la moral y homogeneidad del Ejército.
- Velasco podía ser desplazado del poder.
- No había unidad operativa interinstitucional eficiente.

- El descontento social estaba llegando a límites difíciles de controlar.
- Estados Unidos no apoyaba al régimen y tenía información por-menorizada sobre su armamento.
- La superioridad peruana en armamento ofensivo se equilibraba con su débil capacidad logística.

Y en cuanto a Bolivia:

- El general Banzer no tenía pleno control sobre un *establishment militar* “izquierdizado”.
- Desde su exilio, el derrocado Presidente general Juan José Torres mantenía vínculos con oficiales del interior.
- Muchos militares bolivianos seguían bajo el impacto ideológico de la revolución militar peruana.
- No existía una relación civil-militar expresable en una unidad nacional eficiente.
- Estados Unidos no apoyaría una aventura bélica de Bolivia contra Chile.

De lo cual, los analistas tendrían que haber colegido que:

- No existía un liderazgo militar peruano de calidad.
- Los estrategos peruanos temían repetir la experiencia de 1879, inducida por sus déficit político-estratégicos.
- El Perú no podría sostener un conflicto prolongado.
- Una eventual alianza Banzer-Velasco era políticamente inviable.
- Estados Unidos tenía información exacta sobre el armamento peruano y un interés real en contener la influencia de su proveedor soviético.

El análisis de estos datos debió inducir dos grandes cursos de acción: normalizar relaciones diplomáticas con Bolivia y reforzar el potencial defensivo en el norte.

Sobre el primero, la brecha ideológica que separaba a Banzer de Velasco era el factor que lo unía con Pinochet. Excelente argumento marginal para alentar una campaña psicológica contra Velasco, levantando el fantasmón de un cerco anticomunista integrado por los militares libremercadistas de Chile, Paraguay y Bolivia, con la simpatía intrínseca

de los de Brasil y la tácita complacencia de Estados Unidos. Si es cierto que Morales Bermúdez fue a visitar a Banzer en agosto de 1975 y que, como consecuencia, disuadió a Velasco de su ataque del día 6, quiere decir que estaba funcionando la estrategia de Pinochet.

En cuanto al contenido de las conversaciones del jefe chileno con Banzer, estaba claro que no le podía plantear la vieja pretensión de “normalizar relaciones primero y conversar después sobre la salida al mar”. Había que abordarlo a partir de una proposición concreta de acceso soberano al Pacífico, lo cual reabría un viejo tema histórico: la posibilidad de adjudicar a Bolivia una parte del litoral que, antes de la guerra, había estado bajo soberanía peruana. Durante las negociaciones chileno-peruanas posteriores a la Guerra del Pacífico, ya se había percibido el entusiasmo de bolivianos connotados ante la posibilidad de ser beneficiados con Tacna y Arica. Estos puertos son la salida natural para los productos procedentes de La Paz, Oruro y la zona altiplánica adyacente. Además, geopolíticamente, convenía a los chilenos que Bolivia se convirtiera en un “Estado tampón”.

El hecho es que las conversaciones con Banzer partieron de esa base y culminaron con una formal propuesta chilena. El 19 de diciembre de 1975, Chile aceptaba ceder a Bolivia una costa marítima soberana, unida a su territorio por una franja también soberana, ubicada “al norte de Arica”. El territorio cedido sería declarado “zona desmilitarizada” y se compensaría con una porción equivalente de territorio boliviano.

Simultáneamente, el gobierno chileno solicitó por vía de consulta el asentimiento del gobierno del Perú, prescrito por el Tratado de 1929, respecto a los territorios que antes pertenecieron a ese país. Una cláusula que aparecía como pensada para poner a prueba la amistad del Perú con Bolivia.

Pero, a esa altura, Morales Bermúdez ya había desplazado a Velasco, cambiando el contexto del planeamiento original de Pinochet: entre el nuevo jefe peruano y Banzer no existía una contradicción ideológica aguda. Por lo demás, Morales Bermúdez, como se ha visto, comprendió tanto el sentido estratégico de la propuesta chilena, como el riesgo de antagonizarse con Banzer si la rechazaba de plano. De esta reflexión surgió su contrapropuesta del 19 de noviembre de 1976, por la cual planteaba, en síntesis: cesión soberana de un corredor a Bolivia por el norte de Arica, paralelo a la Línea de la Concordia, que se inicia en la frontera boliviano-chilena y termina en la carretera panamericana; una

zona de soberanía compartida encuadrada entre la frontera chileno-peruana y el casco de la ciudad de Arica, y entre la carretera y el litoral, y administración tripartita del puerto de Arica. Especificaba que la zona de soberanía compartida debía convertirse en un polo de desarrollo, sin perjuicio de las franquicias y servidumbres a favor del Perú contenidas en el Tratado de 1929.

El gobierno chileno desechó esa contrapropuesta en cuestión de días, por implicar “una modificación clara y manifiesta de las cláusulas del Tratado del año 1929, que establecieron definitivamente la soberanía de Chile sobre Arica”. Ni siquiera admitió la posibilidad de tomarla como base de una nueva negociación, pese a que el canciller peruano José de la Puente sugirió que su planteamiento no era definitivo. En todo caso, el gobierno chileno agregó en su respuesta al Perú un mensaje tácito para Banzer:

Con el fin de llevar a buen término la negociación en curso con Bolivia, que satisface la aspiración de ese país de contar con una costa marítima soberana, unida al territorio boliviano por una franja territorial igualmente soberana, el Gobierno de Chile espera la respuesta a la consulta formulada (...) por la nota 685 del 19 de diciembre de 1975.¹²⁴

En resumen, Chile aplicó a la contrapropuesta peruana la gala institución del *fin de non recevoir*. Por si ello no fuera evidente, Sergio Onofre Jarpa, a la sazón embajador en Colombia, aclaró un mes después que “Chile aún está a la espera de la respuesta oficial del Gobierno peruano a la consulta que se le hizo”.¹²⁵

A pesar de que hubo otros pasos negociadores con Bolivia, la contrapropuesta peruana liquidó el gambito de Pinochet. De ahí que no hubiera sorpresa en Santiago cuando Banzer hizo efectivo su retroceso dramático. Políticamente no podía hacer otra cosa.

Así analizado, no es exacto interpretar el proceso de negociaciones Banzer-Pinochet como “una diablura de autócrata con sentido de lo inmediato y sin perspectivas de futuro”.¹²⁶ La verdad es que ese proceso no pretendía limpiar de obstáculos el futuro de las relaciones con Bolivia. Si para Banzer pudo ser una negociación diplomática, para Pinochet fue una movida estratégica, dentro de un plan mayor destinado a evitar la guerra.

Sobre esa base, fue un éxito coyuntural de Pinochet, pues neutralizó a Bolivia y las fuerzas de Velasco no atacaron. Si eso no se vio con

claridad fue porque en 1978 este último ya no existía y su amenaza había sido desplazada por la que venía de Argentina.

47. *Disuadiendo a Velasco*

Mientras imponía su hegemonía en la Junta Militar, Pinochet comenzó a consumir todo tipo de información sobre la vida y obra de Velasco: su infancia piurana, la pobreza de su entorno familiar, sus limitaciones culturales, su llegada al Ejército como “tropero”, sus eventuales celos contra camaradas de armas, el resentimiento social del cual lo acusaban las élites limeñas...

Según civiles que conversaron con él, veinte años después, la conclusión de Pinochet fue que Velasco nunca atacaría. Y no porque lo supusiera sin deseos, sino porque era “un bravucón, un resentido social y un cobarde”. Resulta curioso que generales conspicuos de los años 1973-78 me negaran terminantemente que Pinochet pensara así. Nunca les dijo algo semejante y siempre estuvo atento a la posibilidad de que atacara.

De esta contradicción se colige que el menosprecio de Pinochet pudo ser elaborado *a posteriori* e interiorizado en código *western*. También pudo nacer en la época, para autojustificarse ante la necesidad de volcar casi todo el potencial militar a consolidarse en el poder. Personalmente, optó por esta segunda posibilidad, agregando una razón de estrategia militar: según altos oficiales de entonces, Pinochet no contemplaba abandonar Arica para establecer sus líneas de defensa más al sur, como creen muchos analistas. Pensaba presentar combate en esa ciudad y otras localidades, para dar tiempo a la llegada de refuerzos. Esto debió inducirle una compensación psicológica tranquilizante: un Velasco cobarde no lo obligaría a tomar una decisión tan dura y discutible.

Más allá de las tribulaciones psicológicas de un jefe, el planeamiento estratégico real de las fuerzas chilenas comprendía la ya analizada neutralización de Bolivia y dos tareas simultáneas orientadas hacia el Perú: elevar drásticamente el potencial disuasivo de las Fuerzas Armadas y, algo contradictoriamente, hacerlo con la mayor discreción.

En ejecución de esta parte de la estrategia, Pinochet viajó a Arica apenas instalado al mando de la Junta y luego repitió itinerario seis veces, mientras disponía un rearme acelerado y la mayor movilización

castrense de la historia de Chile. A partir de principios de 1974 y todo 1975, duplicó el tiempo de conscripción obligatoria (de uno a dos años), multiplicó por ocho el contingente en el norte, triplicó el armamento antiblindaje y ordenó sembrar 20.000 minas en la frontera. El Ejército se volcó hacia la zona llevando las armas más modernas de su *stock*. En cuanto a blindados, dada la notoria superioridad del Perú, llevó incluso tanques que ya no se podían desplazar, pero sí disparar desde posiciones estáticas. La Fuerza Aérea inició la construcción de una base en Chucumata, cerca de Iquique. La escuadra, con submarinos y fuerzas anfibas, se estacionó en Puerto Aldea. También hubo tareas de inteligencia cumplidas en Bolivia y el Perú. Los problemas logísticos de esa nueva y masiva población nortina se fueron solucionando sobre la marcha, recurriendo a campamentos y fábricas vacías. Los planes de abastecimiento fueron coordinados con las autoridades civiles y presentados como de rutina. Sólo serían ejecutables en la fase declarada de “peligro de guerra”.

Según informes posteriores, el gasto militar chileno saltó de un 3,3% del PGB, en 1973, a un 5,7%, en 1975, mientras estimaciones castrenses daban un 70% de posibilidades de ir a la guerra.

Hubo en todo esto una apuesta enorme, temeraria, pues desde el 11 de septiembre de 1973 hasta comienzos de 1974, el norte del país estuvo prácticamente a merced de cualquier ataque. Quizás por eso hoy no existe una versión unívoca sobre el plan de combate. Junto a quienes afirman que se habría defendido Arica, hay quienes dicen que se la habría declarado “ciudad abierta”, para establecer las primeras líneas de defensa en sus afueras, de preferencia en las quebradas.

Paralelo con la apuesta, se dio otro fenómeno increíble: la manera subrepticia de ejecutar el gran despliegue. Los militares se preparaban para su misión máxima, pero no se lo contaban a los civiles, violando el axioma castrense según el cual la guerra debe enfrentarse con todo el país apoyando a sus soldados. Funcional al éxito del secreto fue, como es obvio, la censura de prensa establecida por el régimen y la pobreza del chisme chileno comparado con el detallismo de la *bola limeña*.

¿Y cuál fue la razón de ese silencio prodigioso?

Todo indica que obedeció a los fantasmas ideológicos de Pinochet. Él siguió creyendo que la derrotada Unidad Popular tenía capacidad militar para levantar un frente interno, para unirse a un cuerpo de militantes chilenos adiestrados en Cuba o para inducir desde el Perú un ataque contra el país propio. La contrainteligencia de la época, bajo tal

inspiración, incluso trabajó sobre la base de que los comunistas chilenos estaban amarrando una alianza cubano-peruana para agredir a Chile. Más cercano a la realidad habría sido trabajar sobre la hipótesis de que Castro manipulaba a todos los demás, para inducir la guerra contra Chile que imaginó a pocos días de caído Allende.

Esa especie de paranoia explica la sagaz observación del analista Augusto Varas, sobre el “paroxismo anticomunista y antisoviético” de Pinochet, orientado a mantener al país en la condición de fortaleza sitiada.¹²⁷ Posiblemente, el gobernante pensaba en la experiencia de Vietnam, con el Ejército de Saigón defendiéndose del guerrillero Frente Nacional de Liberación y del Ejército regular de Hanoi, ambos armados por la URSS. En tales circunstancias, lo aconsejable era no alertar a “los extremistas” sobre la inminencia de un frente bélico internacional.

Por otra parte, ese alistamiento sin ruido pudo tener una motivación psicológico-táctica respecto a la población propia y frente al enemigo. Servía para mantener bajo control los nervios y evitar provocaciones que habrían incrementado las posibilidades de estallido. También permitía mostrar ante Velasco un país tan disciplinado y organizado como el de 1879. Capaz, por tanto, de prepararse en silencio para un conflicto prolongado.

El riesgo estaba en que, de estallar efectivamente la guerra, sería en condiciones chilenas inversas a las que elogiaran los narradores de la Guerra del Pacífico, entre los cuales se contaba el propio Pinochet. Éste ahora sabía que no contaba con ese pueblo de 1879, acudiendo en masa a los cuarteles “para empuñar las armas que le permitieran defender la patria amenazada”. Su liderazgo político-militar-personalista impedía que su Ejército fuera, como el de entonces, “el crisol para fundir la más variada gama de ciudadanos de las más diversas esferas sociales”.¹²⁸

Así, en vez de esa plenitud de la teoría castrense, con civiles y militares unidos en el más dramático emprendimiento nacional, el gobernante se había entrampado en una especie de “guerra profesional”, apta sólo para militares. Por lo mismo, sus opciones, sospechables en las reconditeces de su conciencia, no podían apuntar a la gloria del triunfo, sino a evitar la guerra (hipótesis máxima) o a “perderla por poco”, elevando los costos de los atacantes.

Ese estado tensional, con fuerzas chilenas preparándose en estricto silencio, duró, exactamente, hasta el 29 de agosto de 1975. Ese día el general Morales Bermúdez tomó el poder desde Tacna, y, devolviendo

el gesto del 11 de septiembre de 1973, dio aviso a la oficialidad chilena sobre el sentido de sus movimientos. Recién entonces pudo darse por cumplido el planeamiento estratégico elaborado para disuadir un ataque de Velasco.

Agreguemos que la opinión pública chilena se enteraría de lo sucedido sólo veinte años después, gracias a una prolija investigación de la revista *Qué Pasa*. Publicada en tres fascículos, bajo el título “Los años que remecieron a Chile”, los textos respectivos se ilustraban con todo tipo de gráficos sobre arsenales y efectivos comparados de las fuerzas en pugna. Allí, haciendo el balance de lo sucedido, un general chileno anónimo dijo que el gobernante peruano perdió su oportunidad en septiembre de 1973: “Si Velasco hubiera agredido tras el golpe, con todas las fuerzas chilenas volcadas hacia el interior, el Ejército peruano habría llegado mucho más allá de Arica”.¹²⁹

Dada la enormidad de la ignorancia revelada, muchos creyeron que los militares habían “filtrado” esa información, para acreditar su buen trabajo profesional durante la dictadura. Consultado a ese respecto Cristián Bofill, director de la revista en esa época, me lo negó de manera terminante. Simplemente se trataba, dijo, de un excelente trabajo de la periodista Sara Valdés, quien estuvo bien “dateada” por generales en retiro.

Vale la pena agregar que, en 1999, el propio general Pinochet precisó las coordenadas del eventual retroceso: “Si Perú hubiera atacado entonces, habría llegado hasta Copiapó”.¹³⁰

48. *Luces contradictorias desde USA*

Visualizado el conflicto en ciernes desde la perspectiva norteamericana, todo parecía posible. Sus servicios secretos recibían los informes del peruano Vladimiro Montesinos sobre las armas disponibles, conocían el equipamiento de los militares chilenos en cuanto proveedores tradicionales y podían filtrar a éstos la parte de la información peruana que les interesaba compartir.

El eventual interés del Pentágono y de lo que Eisenhower llamara “complex militar-industrial” no se relacionaba con el pacifismo simple o el apoyo a Pinochet, sino con la existencia de armamento soviético e instructores cubanos en el área peruana. La Unión Soviética, como

proveedora a bajo costo, invadía un mercado antes cautivo y mellaba las lealtades clientelístico-tecnológicas.

En casos como éste, la experiencia acumulada mostraba dos caminos básicos para detener a los competidores intrusos: demostrar que sus productos no servían, por dificultades logísticas para obtener servicios y repuestos, o probar, directamente, que eran inferiores a los productos del proveedor tradicional. Para este último efecto, nada mejor que un buen efecto-demostración. Digamos, una “buena guerra”. En este punto, más de algún analista habrá descubierto que esa “buena guerra” podía ascender a excelente, si conducía, de modo simultáneo, al desprestigio del material soviético de Morales Bermúdez y a la caída de Pinochet.

Más kafkiana se hace la reflexión si se acepta cierta sospecha peruana de que Montesinos también tenía oídos receptivos en la KGB. Recordemos que mientras la URSS vendía tanques al Perú de la revolución militar, trataba de vender minas antitanques al Chile en revolución de Salvador Allende. Como para no olvidar que los servicios secretos extranjeros tienen objetivos muy suyos y que la mejor garantía para la seguridad nacional de las potencias menores está en una política exterior que cultive la armonía.

En ese marco, es posible que Pinochet no concibiera una neutralidad real de Estados Unidos, ni siquiera desaparecido Velasco. Desde su exacerbado ideologismo anticomunista, estaba predispuesto a creer que la superpotencia podía apoyarlo de soslayo, pero nunca castigarlo. Digamos, de paso, que sólo en virtud de ese ideologismo los agentes de la Dina pudieron planificar un atentado en Washington contra Orlando Letelier, reclutando a cubanos anticastristas.

Los analistas chilenos oficiales, por su parte, podían alimentar el *wishful thinking* del gobernante a partir de las fuentes abiertas norteamericanas, que ponían mucho énfasis en los elementos soviéticos y cubanos integrados a las Fuerzas Armadas del Perú. *Aviation Week*, de Washington, había informado sobre una base militar peruana ultra-secreta, entre Arequipa y Tacna, a la cual sólo podían entrar técnicos soviéticos. El *Defense and Foreign Affairs Daily* alertaba, en 1976, sobre 3.500 soldados cubanos estacionados en Panamá, a la espera de ser enviados secretamente al Perú. Ese mismo año, el representante demócrata Larry P. McDonald instó a Gerald Ford a ser más ecuánime en su programa de ayuda militar, por el peligro que implicaba “la superioridad militar peruana sobre Chile”.

Pero, como desconfiado natural, en materia de guerra, Pinochet necesitaba cambiar sus esperanzas en certezas para definir un curso de acción. Y ello suponía un intercambio en vivo y en directo al más alto nivel posible con una autoridad de la Casa Blanca. La oportunidad se dio el 8 de junio de 1976, en la reunión que tuvo con Henry Kissinger. Por lo menos, es lo que se desprende de un memorándum secreto y posteriormente desclasificado del Departamento de Estado.¹³¹

Dicho documento contiene la versión, supuestamente textual, de la conversación entre el gobernante chileno y el célebre estratega y geopolítico norteamericano. Éste concurría a la Asamblea General de la OEA, que se realizaba en Santiago, y entre sus propósitos de ocasión estaba edulcorar, ante el anfitrión, la condena de Estados Unidos por sus violaciones de derechos humanos.

El día que consigna el memorándum, Kissinger dio al gobernante chileno las explicaciones diplomáticas correspondientes, ante la presencia adicional de William Rogers, su secretario de Estado adjunto para asuntos interamericanos; el canciller chileno, almirante Patricio Carvajal; el embajador de Chile en Estados Unidos, Manuel Trucco; el coordinador chileno de la reunión hemisférica, Ricardo Claro, y el intérprete Anthony Hervas.

Varios temas se tocaron en esa conversación. Entre ellos, el del daño para la imagen del régimen militar chileno, producido por las actividades de Orlando Letelier, Gabriel Valdés y Radomiro Tomic; la hostilidad hacia el aliado chileno anticomunista, implícita en la política de derechos humanos del Departamento de Estado; el incrementado armamentismo del Perú, contrastado con las dificultades de Chile para abastecerse de armas, y la buena voluntad de este país para ceder un puerto a Bolivia con el rechazo de esa idea por parte del gobierno peruano.

En ese contexto, el memorándum reproduce una pregunta clave de Pinochet: “¿Cómo ven los Estados Unidos el problema entre Chile y el Perú?”.

Dicha pregunta abrió paso a un diálogo medular, según puede apreciarse de las matizadas respuestas de Kissinger:

- A Estados Unidos no le gustaría ver un conflicto entre ambos países.
- Los norteamericanos preguntarían quién ataca a quién (“who is advancing on whom”).
- Pinochet debe estar seguro de que si toma Lima tendrá poco apoyo de Estados Unidos.

—Si el Perú atacara, sería un problema muy serio para un país equipado con armas soviéticas y Estados Unidos se opondría en el ámbito diplomático.

—Más allá de ese ámbito todo es relativo, pues en la coyuntura no es fácil generar apoyo para una acción militar de Estados Unidos.

Quizás exasperado por las ambigüedades de Kissinger, Pinochet formuló una consulta frontal: “Asuma lo peor, es decir, que Chile es el agresor. Perú se defiende y después nos ataca. ¿Qué pasa, entonces?”.

La respuesta del secretario de Estado fue la siguiente: “No es tan fácil. Nosotros sabremos quién es el agresor. Si usted no es el agresor, usted tendrá apoyo. Pero la agresión no resuelve las disputas internacionales. Una parte puede montar un incidente. Pero, por lo general, nosotros sabremos quién es el agresor.”

Tras esta respuesta intervino el canciller chileno, con una consulta de formulación confusa pero de sentido claro. Quiso saber si Estados Unidos podría garantizar su territorio a Bolivia, en caso de que Chile le cediera una parte del suyo. Kissinger respondió: “Yo he apoyado las aspiraciones marítimas de Bolivia, pero De la Flor no está muy contento” (alude a Miguel Ángel de la Flor, último canciller del general Velasco).

Aquí Pinochet retomó la palabra con un verdadero alegato:

Me preocupa mucho la situación peruana. Las circunstancias podrían producir una agresión del Perú. ¿Para qué están comprando tanques? Ellos tienen artillería pesada, 155's. Perú se inclina más hacia Rusia que hacia Estados Unidos. Rusia apoya a su pueblo al 100%. Nosotros estamos detrás de ustedes. Ustedes son el líder. Pero ustedes tienen un sistema punitivo para sus amigos.

Kissinger respondió, melancólico, que hay mérito en lo que dice Pinochet. “Vivimos tiempos curiosos en Estados Unidos”, añadió. Carvajal planteó, entonces, el punto de la masiva influencia cubana en el Perú y sugirió que las tropas africanas de Castro podrían reforzarla. Esto ocasionó la primera aseveración tajante del secretario de Estado: “Si hay tropas cubanas comprometidas en un ataque peruano, el problema es fácil. Nosotros no permitiremos una fuerza militar de 5.000 cubanos en el Perú”.

Hasta aquí los extractos. Suponiéndole un carácter fidedigno, el analista puede colegir que Pinochet no descartaba la variable de un ataque preventivo, aunque la considerara una mala opción (“lo peor”).

Esto concuerda con la revelación que hiciera, veintisiete años después, el general de Aviación Fernando Matthei, miembro de la Junta Militar a partir de 1978. Según este alto mando, “cierto día” de 1974 dicha variable fue analizada en el Estado Mayor de la Defensa Nacional, ante Pinochet y los miembros de la Junta original. Dice que los expositores del Ejército aprobaban atacar por sorpresa, los de la Marina no estaban dispuestos y que él, informando a nombre de su arma, fue rudamente disuasivo: “Puedo garantizar que los peruanos harían pedazos a la Fuerza Aérea de Chile durante los primeros cinco minutos de guerra”.¹³² Dos meses antes de la revelación de Matthei, uno de los generales de Ejército de la época me había dicho que la pregunta de Pinochet a Kissinger era “una frase no muy feliz”, pues “nunca se pensó, ni menos planificó un ataque preventivo al Perú”.

Más allá de estas contradicciones, si Pinochet necesitaba la certeza de que tal movida fuera apoyada por la superpotencia hemisférica, está claro que no la obtuvo. Kissinger no podía dársela, pues los Estados Unidos de Ford no estaban por las guerras preventivas ni se habrían permitido un apoyo comprometedor a un régimen con tan mal récord en materia de derechos humanos. La máxima hipótesis de apoyo norteamericano podía darse sólo si el agresor era el Perú y si contaba, para ello, con colaboración cubana. Todo ello debió enseñar a Pinochet que la política de derechos humanos de la Casa Blanca tenía sentido estratégico y que en ella no se percibía a Morales Bermúdez como un replicante de Velasco.

Como digresión, la clausura de la revista *Caretas*, ocurrida el 15 de enero de 1979, comprobaría que Estados Unidos advirtió a Morales Bermúdez sobre la gravedad absoluta de una eventual colaboración cubana en un conflicto bélico. Ya señalamos, en la Parte Quinta, que Enrique Zileri se sorprendió al saber que esa sanción no se debió a su información sobre el espionaje chileno, sino a un reportaje sobre una escuadrilla de interceptores cubanos MIG-21, prestados a la Fuerza Aérea del Perú.

49. Exhumados y Seguridad Nacional

A menos de ocho meses de la nueva ruptura con Bolivia, fracasaban los intentos de los militares chilenos de ganar tiempo en su conflicto con los argentinos. El subsidiado triunfo de la selección argentina en

el campeonato mundial de fútbol de 1978, aumentó el apetito de los “halcones” del general Videla. Éstos querían, ahora, un sonado triunfo marcial.

Comenzaron, así, los últimos preparativos para la guerra secularmente evitada y los servicios de inteligencia de Chile no dudaban que cubriría, además, los frentes peruano y boliviano. Al Estado Mayor de la Defensa Nacional llegaban informes sobre movimientos hacia el sur de la escuadra peruana, cierres del aeropuerto internacional de Lima para maniobras de entrenamiento de los pilotos de guerra, orden de “inmovilidad” de los efectivos de las tres armas y un encuentro secreto entre las cúpulas militares del Perú y Bolivia en Santa Cruz. Dicha actividad se incrementaría tras el descubrimiento de los casos de “espionaje chileno”, notable ejercicio de profecía estratégica casi autocumplida.

La tarea era defender el largo país en sus dos extremos, con teatros de operaciones separados por 4.000 kilómetros, sabiendo que ello obligaría a orientar el grueso de la fuerza contra el enemigo principal. Debía asumirse la posibilidad de perder parte del territorio en las primeras fases de la guerra. “No se puede mandar un crucero para allá y otro para acá, y nuestro teatro principal era Argentina”, reconocería el almirante Ronald McIntyre quince años después.¹³³ Algo similar dijo Matthei, ya miembro de la Junta: “Acepté el riesgo de dejar indefenso al norte (...) porque la Fuerza Aérea no tenía medios para combatir dos guerras al mismo tiempo”.¹³⁴

A mayor abundamiento, esta vez la amenaza bélica era pública y notoria, con grandes titulares en los medios y la consiguiente alarma en la población. Pese a ello, el gobierno mantuvo el bajo perfil del período 1973-75, soslayando el axioma militar según el cual las guerras se deben hacer con todo el país, encuadrado por sus profesionales. Se explicó que activar la participación civil podría inducir sobrerreacciones antiargentinas.

Eso sólo era parte de la verdad; la otra estaba compuesta por dos factores relacionados: la sostenida división de la sociedad chilena y el temor que inspiraban ciertos literales fantasmas de la guerra interna. Es que el 5 de diciembre de 1978, en pleno *crescendo* de la crisis con Argentina, se había descubierto, en la localidad de Lonquén, un entierro clandestino de “desaparecidos”, lo que gatilló una mezcla de paranoia y temor estratégico. Al parecer, Pinochet y los miembros de la Junta Militar pensaron que una repetición del escándalo podría deteriorar

seriamente la capacidad de Chile para enfrentar el conflicto. En sus escenarios virtuales, previeron actos de sabotaje y terrorismo internos, que obligaban a destinar tropas para proteger instalaciones vitales, en un país caracterizado por sus vulnerables comunicaciones longitudinales. También previeron —como me dijo, en julio de 2003, un general entonces en servicio activo— el incremento del aislamiento internacional y “la acción de las grandes centrales sindicales del mundo azuzadas desde del interior de nuestro país”. Según esa fuente, a raíz de Lonquén se habló de hacer un catastro nacional de entierros clandestinos, con los antecedentes que hubiere. Por eso —al menos en el Ejército—, bajarán jerárquicamente la orden de exhumar cadáveres secretos y lanzarlos al mar, mientras los creativos del régimen reforzaban el concepto de “presuntos desaparecidos”.

Tan estremecedor procedimiento permitiría cuestionar, por más de un cuarto de siglo, la imagen nacional y los códigos de honor de las instituciones castrenses chilenas, al margen de las posiciones encontradas sobre su protagonismo político. Contribuyó a ese cuestionamiento —crítico para la seguridad nacional permanente— el hecho de que la responsabilidad de la orden nunca fuera asumida por quien debió darla.

Lo señalado permite saludar el coraje de los generales que sucedieron a Pinochet al mando del Ejército y, en especial, de Juan Emilio Cheyre, quien el año 2003 reconoció los hechos, formulando un simbólico y rotundo “nunca más”. Esto indujo la declaración de 3 de julio de ese año, efectuada por ocho tenientes generales que fueron segundos de Pinochet entre 1973 y 1990. Leída ante los medios por el general Washington Carrasco, el de mayor antigüedad, expresaba en uno de sus párrafos:

Estimamos que cualesquiera sean las condiciones bajo las cuales se efectuaron las exhumaciones, éstas constituyen acciones que no condicen con el recto proceder que debe orientar la conducta de un militar y, por tanto, son acreedoras de reproche, además de las responsabilidades que conforme a la ley puedan establecerse.

En posterior declaración a la prensa, Carrasco dijo que entre los objetivos de ese texto estuvo el de apoyar “a quienes fueron nuestros subalternos, para que ellos vean también que quienes fuimos sus jefes no estamos marginados”.¹³⁵ Fue una indirecta pero clara alusión a quien,

hasta ese momento, sólo había reivindicado los méritos de haber evitado la guerra con Argentina, sin asumir ninguna responsabilidad política ni institucional por el previo deterioro del potencial chileno.

50. El rol de los exiliados

El caso de las exhumaciones comprueba que, al filo de su primer sexenio y ante la emergencia nacional mayor, la desconfianza de Pinochet en la población había llegado al tope. Convencido de que en los años 1974-75 el Partido Comunista Chileno se había contactado con Velasco Alvarado y Fidel Castro para recabar su apoyo en una guerra contra su propio país, la amenaza de Argentina lo llevó a ampliar la represión interna y a mantener *sine die* el estatus de los exiliados. Pretendía que todos eran traidores, extremistas, marxistas, comunistas o terroristas, de manera intercambiable.

Reforzaba, así, su mitología sobre las causas inmediatas y remotas de su propio liderazgo. Las primeras consistían en la agresión de los comunistas contemporáneos y las segundas, como escribe en sus memorias, “van hasta el Manifiesto Comunista de 1848”.¹³⁶ Era, quizás, una compensación psicológica relacionada con su tardía incorporación a la conspiración contra Allende. Muy naturalmente eso devino en mesianismo y Pinochet comenzó a verse como “el mayor obstáculo para la acción imperialista de la URSS”. Hasta emplearía una forma retórica de Allende, para sostener que “la Historia, más temprano que tarde, nos dará la razón porque nuestra verdad es la verdad de Occidente”.¹³⁷

Tal mesianismo, sumado a su concentración del poder, lo antagonizaba con militares más pragmáticos, como el comandante en jefe de la Fuerza Aérea y miembro de la Junta Militar, general Gustavo Leigh. Para éste, la agresividad de Argentina estaba en relación directa con la débil posición internacional de Chile, producto de la conducción de Pinochet.¹³⁸ Por la lógica del régimen, tal discrepancia se resolvió, en julio de 1978, con un verdadero golpe interinstitucional: la destitución de Leigh y el descabezamiento del alto mando de la Fuerza Aérea, en medio de la crispación del conflicto con Argentina.

En esas circunstancias, si el fantasma de Pinochet en 1975 fue Vietnam, en el bienio 1978-79 fue la mismísima revolución bolchevique, triunfante en medio de una guerra gracias, según algunos exégetas, a

la debilidad de Kerenski. Para exorcizar ese espectro, él necesitaba demostrar su materialidad y ahí estaba, precisamente, la funcionalidad del enemigo magnificado: esos dirigentes del exilio que reconocían la tutela de Castro, llamaban a retornar combatiendo y formulaban todo tipo de declaraciones altisonantes. Rizando el rizo, ellos le permitían extremar el rigor contra los disidentes internos y externos... y la queja de éstos repercutía en las principales capitales del mundo.

En medio de esa secuencia interminable, ni siquiera los embajadores de Chile podían considerar solicitudes de regreso de los exiliados, las cuales debían dirigirse al ministro del Interior, Sergio Fernández, **quien nunca las respondía.**

Curiosa función ésa, porque el tema de los exiliados no era estrictamente doméstico, y Fernández era un abogado civil y ex académico de la Universidad de Chile. Pinochet, sagaz, había apostado que ese hombre de leyes podía ser más riguroso que cualquier militar en el cumplimiento de una política tan disfuncional a la buena imagen de Chile... y acertó. El ministro ignoró a la perfección el impacto que significaba ese volcamiento de “excedentes políticos” más allá de las fronteras.

Tan llamativa fue su rigidez, que *El Mercurio* le envió un cuestionario con una pregunta sobre apertura política y diez sobre exiliados, a los cuales el diario categorizaba como “marxistas”. Las preguntas revelaban, por una parte, conocimiento de su efecto negativo en las relaciones internacionales y, por otra, perplejidad ante la estolidez del discurso de Fernández. “¿Tiene usted conciencia de que el problema de los exiliados constituye uno de los aspectos más conflictivos que el Gobierno enfrenta en el plano político?”, era la interrogante que abría la cascada. Luego venían preguntas que complejizaban las posiciones simplistas del ministro. En ellas se le advertía que en el mundo había surgido el eurocomunismo, que la dictadura del proletariado estaba obsoleta, que mejor sería que los jueces decidieran y que era dañino para las relaciones con otros países endosarles a miles de marxistas exiliados.

Asombrosamente, las respuestas llenaron una página con una lección de pureza inquisitorial. De ellas no se desprendía una gota de flexibilidad inteligente, porque también Fernández se percibía combatiendo contra una fuerza satánica. Los “activistas del marxismo” no podían querer la reconciliación ni ser sinceros sobre nada. Querían volver sólo para “fomentar sistemáticamente la división entre los chilenos”. Los gobiernos extranjeros no debían quejarse, pues ellos mismos habían

pedido la liberación de los marxistas para acogerlos. Hasta se permitió un sarcasmo de redacción pesada:

no está demás llamar a esos gobiernos a reflexionar en la contradicción en que incurren quienes difunden por todo el mundo que la realidad chilena sería oprobiosa por el terror y la miseria generalizada supuestamente reinantes, y al mismo tiempo solicitan en forma denodada su regreso a este infierno.¹³⁹

A partir de esa línea fundamentalista, la desunión nacional se fijó como una constante estratégica. Dicho a la inversa, en el momento de mayor peligro de su historia, la unidad intercastrense se deterioraba —con el caso Leigh— y Chile renunciaba a la unidad nacional como plataforma de su defensa. Percibiéndolo desde mi exilio peruano, escribí el siguiente artículo,¹⁴⁰ que fue bien apreciado por el embajador Bulnes y que hoy resulta testimonial.

51. Flash back 3

DESUNIÓN NACIONAL. El exilio chileno, dado su carácter masivo, está inserto en el medio de la gran problemática nacional, afectándola desde el punto de vista económico social y político.

En lo económico, el problema se plantea por la consideración de que Chile, como la vecina Argentina, no es un país con excesiva población. Al margen de las deformantes concentraciones urbanas en tres grandes ciudades —Santiago, Valparaíso y Concepción, con amplia ventaja para la primera—, Chile es un país de espacios vacíos. Por ello, una emigración global que afecta, según cifras extraoficiales, a un 10% de su población, constituye una sangría fácilmente observable en un país de 10 millones de habitantes.

No toda esa emigración es de carácter político. También existe el exilio económico, motivado por los efectos de las políticas económicas del gobierno, que han dispersado por el mundo a un capital humano irremplazable por su alta calificación. Sin embargo, es evidente que ambos problemas se encuentran relacionados, ya que fue la reacción pendular ante el gobierno socialista defenestrado lo que facilitó la implantación de políticas de shock y de métodos poco ortodoxos para imponerlas. Así, importantes sectores de

profesionales y técnicos no tuvieron ni la preparación necesaria ni la disposición al consenso ni los canales para discrepar de ellas.

Socialmente, la diáspora de un pueblo con un sentimiento nacional tan acendrado, se ha convertido en una úlcera incicatrizable. En cada familia hay un exiliado político o económico, y los vínculos que no se interrumpen mantienen la desazón vigente. Imposible, en tales circunstancias, hacer llamados sinceros a esa unidad nacional que, a los estrategos parece tan imprescindible en estas circunstancias de aislamiento internacional. Cualquier intento al respecto tiene un sabor retórico inaceptable para una cantidad importante de chilenos.

El efecto político de la situación es la síntesis de lo anterior: un gobierno que sigue imponiendo sus políticas por la fuerza, confiando exclusivamente en los sectores que resultan beneficiarios de ellas y prescindiendo de cualquier "gesto" orientado a la integración efectiva de los chilenos que se sienten "ciudadanos de segunda clase", como ha dicho el ex presidente Eduardo Frei.

DIRIGENTES SIN DIRECCIÓN. El general Augusto Pinochet, representando a los sectores halcones de su gobierno, cree que el retorno "indiscriminado" de los exiliados puede transformarse en un problema de seguridad nacional. Parte de la base de que la gran masa del exilio está compuesta por estudiantes y doctores de terrorismo y no deja de acusar el impacto de lo acontecido en Nicaragua.

Pero, obviamente, no existe un criterio medianamente seguro para "discriminar". Cualquier niño o anciano puede ser considerado peligroso y cualquier aficionado al terrorismo puede convertirse en un seguidor de Gandhi, tras seis años de meditación intensiva. Lo que sí puede afirmarse, con certeza, es que la gran mayoría de los exiliados ha aprendido una importante lección política hecha de maduración y de antidogmatismo. Como dice la revista Mensaje, en su número de agosto, "en seis años la rabia se les pasó y les quedó la decisión intransable de que lo que ocurrió aquí no se repita nunca más".

Para esta gran mayoría de los exiliados, resultan especialmente cruel la negativa y los sarcasmos presidenciales, que repite regularmente el ministro del Interior. Máxime cuando el tiempo transcurrido los coloca ante la alternativa de "ahora o nunca".

Los dirigentes políticos del exilio, frente a esto, han reaccionado diferenciadamente. En primer lugar, se han unido para patrocinar la "operación

retorno”, porque habría sido imposible contrariar el sentir unánime de los exiliados. Pero algunos, temiendo perder el control político de la situación, tratan de dar a dicho retorno un carácter belicoso, que no guarda relación con el sentir profundo de la gran masa de exiliados. Así, plantean la vuelta a Chile “para combatir”, sugiriendo, con mayor o menor precisión, que se trata de un combate bajo su dirección y en el marco de una supuesta estrategia de la Unidad Popular.

Al respecto, la realidad indica que la única oposición posible, en Chile, es la que ha nacido y se ha desarrollado en el interior del país. Por ello, es más que ilusorio pensar en volver para recuperar un liderazgo fenecido. Además, retórica aparte, esos dirigentes saben que la Unidad Popular es un fenómeno histórico, en su acepción más literal, pues una de sus fuerzas básicas —el Partido Socialista— presenta fracturas múltiples, y la otra —el Partido Comunista— está experimentando la crisis conjunta del movimiento internacional y del exilio.

De este modo, los dirigentes que desde el exterior llaman a castigos iracundos y a retornos apocalípticos, sólo están dando argumentos a Pinochet para dar visos plausibles a su negativa. Y más grave aún, están profundizando la lesión de sus propias y únicas bases reales, que son sus compañeros de ostracismo.

De persistir en tal predicamento, cada vez será más notoria la coincidencia “objetiva” entre sus planteamientos y los del general Pinochet. Efecto poco sorprendente, si se piensa que fue bajo la conducción de ellos que se llegó a la situación que hoy día tantos chilenos lamentan.

52. Afinamiento de Cubillos

En marzo de 1978, la fuerza de los hechos redujo la resistencia de Pinochet contra la diplomacia profesional.

Tras el episodio boliviano, fue evidente que su estrategia podía servir para postergar una guerra, pero no para garantizar un desarrollo nacional razonablemente tranquilo. Por lo demás, subordinar la diplomacia a la estrategia equivalía a dar una ventaja gratuita: el primer Estado “en forma” de América Latina renunciaba a una de las dos ramas institucionales de la seguridad nacional.

La agudización de la crisis con Argentina abrió el espacio para un retorno parcial a la ortodoxia. Pinochet aceptó que, para salir de la cas-

cada de conflictos, necesitaba mostrar un nuevo rostro ante la opinión pública mundial. Ello significaba disminuir la exposición política de los militares, convocar a civiles con antecedentes democráticos y asignar a uno de ellos la cartera de Relaciones Exteriores.

Siguiendo esa pauta, encargó la formación de un nuevo Gabinete a Sergio Fernández, a quien reservó la cartera de Interior. El 12 de abril de 1978 juraron once ministros civiles y cinco militares. Al margen de Fernández, entre los primeros había intelectuales de las élites conservadoras, con vuelo propio y cierta sensibilidad democrática, como José Piñera, Mónica Madariaga y Hernán Cubillos Sallato, quien juró como canciller.

Acotemos que Cubillos sólo “técnicamente” era un civil. En cuanto oficial en retiro de la Armada, hijo y nieto de almirantes, pertenecía a la familia naval. Nunca militó en partidos políticos, lo cual era muy propio de esa cultura. Ya había tenido un rol destacado en la elaboración de la política económica del gobierno y contaba con una sorprendente red de contactos académicos y empresariales. En especial, tenía posiciones directivas en *El Mercurio* y en *Qué Pasa* y, por tanto, influencia ante la Sociedad Interamericana de la Prensa (SIP). Todo esto le permitía recibir, procesar y orientar la información, en un buen nivel de profundidad.

Como además (o por lo mismo) era un hombre políticamente culto, el nuevo canciller percibía la relación directa entre el ideologismo personalista en el poder, la divisiva política interna, la militarización de la Cancillería, el aislamiento de Chile y el incremento de las amenazas vecinales. Sabía que, para normalizar el frente externo, se requería abandonar la cruzada anticomunista, iniciar una política interna que redujera la brecha entre “buenos y malos chilenos”, recuperar las habilidades de los diplomáticos e ir a las grandes capitales. Lo último no para dar lecciones, sino como quien va a Canossa.

En definitiva, tenía claro que Pinochet se equivocaba al creer que las potencias occidentales le perdonarían cualquier cosa, sobre la base de su lucha contra “los extremistas”. La prueba estaba en la receptividad que tenía en el exterior la protesta de los miles de exiliados *sine die* y en el daño enorme a la imagen del país, causado por las siniestras actividades de la Dina. Desde *Qué Pasa*, precisamente, él se había atrevido a criticar a Manuel Contreras, el poderoso jefe de esta organización, y a sugerir nuevas pautas para la política exterior.

En cuanto hombre realista, Cubillos no ignoraba que su perfil no era óptimo para el Presidente. Éste toleraba estrellas siempre que fueran fugaces, retrocedía sólo para contraatacar y escuchaba mejor a quienes, como Contreras, le decían lo que quería oír. El desencuentro llegaría en cualquier momento y sobre eso nada podía hacer. La primera señal la tuvo al verificar que, en la reestructuración ministerial, Pinochet había creado el cargo de viceministro de Relaciones Exteriores. El designado sería el general de Ejército Enrique Valdés Puga, quien tendría la inédita facultad de asistir a los Consejos de Gabinete junto con el titular. Desde el “cuoteo” institucional, esto significaba que la Marina perdía un ministro pleno, lo sustituía un civil de su familia y el Ejército ganaba un viceministro con facultades casi de ministro.

Pese a esa manifestación de poca confianza, Cubillos no se amilanoó. De manera consistente, se abocó al manejo de la crisis, poniendo en marcha los engranajes diplomáticos tradicionales de la Cancillería, designando asesores civiles especializados, haciendo docencia entre los altos mandos externos y enfrentando el zancadilleo interno. Esto suponía dialogar, escuchar, negociar y transigir como no podrían haberlo hecho sus rígidos predecesores navales. Además, debió abocarse de entrada a solucionar problemas domésticos, como el de una segunda degollina burocrática, que habría afectado a un centenar de diplomáticos de carrera. También debió defender a embajadores civiles impugnados, entre los cuales estuvo Francisco Bulnes. Algunos jefes militares reprochaban a éste su vinculación preferente con la élite civil limeña y su escaso diálogo con los militares gobernantes. Simultáneamente, sostuvo un enfrentamiento, duro pero soterrado, con el general Valdés. Dos décadas después, uno de los diplomáticos salvados de la degollina, me contó que, a la semana de asumir, el ministro dejó de hablarse con el viceministro. Sólo se comunicaban por memorándum.

Lo peor fue el impacto desestabilizador de las “vías paralelas” de Pinochet. Las del Perú ya las hemos analizado. En cuanto a las de Argentina, venían siendo manejadas nada menos que por el general Contreras, sobre la base de sus presuntos buenos contactos con los jefes de inteligencia del país trasandino. Cubillos dejaría constancia, en una conversación grabada veintitrés años más tarde, que entre el 1 de noviembre de 1978 y el 8 de enero de 1979 (cuando se firmaron los Acuerdos de Montevideo sobre mediación papal), siguieron llegando a Chile jefes argentinos para negociar en secreto con sus homólogos nacionales.

Allí reconoce que la solución que ellos querían tenía oídos receptivos en las Fuerzas Armadas chilenas, pues el Ejército y la Fuerza Aérea no se consideraban preparados para la guerra. Cuenta que un oficial de aviación lo acusó de intransigente, instándolo a “regalar una o dos islas a Argentina y se nos acaba este problema para siempre”. Respecto a los marinos, dice que “no les importaba nada la guerra (...) me empujaban a ser duro porque estaban convencidos que les ganaban a los argentinos en el mar”. Al almirante José Toribio Merino le costó entender que la guerra eventual no se limitaría a las islas y que comprendería Perú y Bolivia. Para que Pinochet “no se dejara engatusar”, Cubillos y sus profesionales de la Cancillería debieron contar con la ayuda de militares que no identificó y que calificó como “muy leales”. De lo cual se deduce que, excluyendo al viceministro, eran algunos de los otros oficiales asignados por el Ejército a ese Ministerio.¹⁴¹

Gracias al aporte de este canciller, pudieron operar los instrumentos de la diplomacia de manera simultánea —no subordinada— con los de la estrategia. Se iniciaron sondeos y conversaciones con el Vaticano y con los gobiernos de Estados Unidos, Alemania Federal, Reino Unido, Suiza y Brasil. En el Vaticano, los negociadores chilenos debieron sobreponerse al tema de las malas relaciones entre Pinochet y la Iglesia chilena, liderada por el cardenal Raúl Silva Henríquez. En Washington, los negociadores debieron luchar, arduamente, contra el impacto provocado por el “caso Letelier”, primera acción terrorista extranjera significativa en la capital estadounidense.

En cuanto a contenidos, Cubillos orientó las conversaciones hacia el ámbito jurídico, donde estaba la superioridad incontrastable de Chile, sin perjuicio de que los militares siguieran perfeccionando sus instrumentos de disuasión. A partir de ese reposicionamiento de la diplomacia llegó a operar una estrategia nacional integrada, que permitió desarrollarse a los factores de la paz para desviar y, en definitiva, detener el curso de colisión. En sus memorias, el cardenal Silva Henríquez recordaría ese éxito de fines de 1978 como “el primer momento de verdadera unidad nacional en esos arduos años”.¹⁴²

Digamos, como colofón, que cuando Bulnes me dijo, en Lima, que veía a Cubillos como eventual Presidente de la República, se subentendía que le entusiasmaba *posicionarlo*. Tal vez hasta deslizó su precandidatura ante algún interlocutor inapropiado. No captó que esa apreciación resultaba demasiado urticante para un gobernante que,

guiado por un feroz instinto del poder, no había vacilado en descabezar a la Fuerza Aérea, mantener a los altos mandos fuera del debate político y deformar las pirámides jerárquicas, por hipertrofia y/o ideologización en los ascensos.¹⁴³ Más grave aún, cuando el general Matthei también creía que el canciller podía ser un buen candidato para el plebiscito de 1988.¹⁴⁴ Tal tipo de simpatías sólo podía consolidar el previo recelo del gobernante.

No debió extrañar, entonces, que el 25 de marzo de 1980, aprovechando la conmoción del “fiasco filipino” —cuando en pleno viaje a Filipinas le retiraron la invitación—, Pinochet despidiera a Cubillos. Lo hizo desoyendo a sus asesores institucionales, entre los cuales se encontraba el director de la Dirección de Inteligencia del Ejército, general Odlanier Mena. Resultó claro que no quería reconocer créditos a nadie por el buen manejo final de la crisis con Argentina. Ni siquiera quiso considerar que el canciller y Mena le habían desaconsejado el viaje infausto, por lo cual debió organizarlo su propia Casa Militar.

Al parecer, debido a intrigas de procedencia sospechable, que llegaron al seno de su familia, el gobernante percibió el incidente filipino como parte de una conspiración palaciega coprotagonizada por Cubillos.¹⁴⁵ Pero, en definitiva, el afectado llegó a sospechar que la razón verdadera fue que se había lucido demasiado.

Pinochet lo reemplazó con un distinguido diplomático profesional de la Cancillería, que le daba garantías de no deslumbrar a nadie.

53. Percepción militar hoy

El 31 de octubre de 2002, la Universidad Finis Terrae me invitó a participar en el Seminario “Chile-Perú: una historia de encuentros y desencuentros”, en el marco de un proyecto de su Centro de Información y Documentación de la Historia de Chile (Cidoc).

No fue un evento rutinario. Básicamente, porque lo diseñó y dirigió la historiadora Patricia Arancibia Clavel, quien ya había entrevistado a importantes protagonistas de los dos momentos de alta tensión que vivimos chilenos y peruanos. Gracias a ello, produjo un encuentro sin pausas previas entre actores civiles, militares, académicos y diplomáticos. Por si esto no fuera ya bastante novedoso, también hubo participantes peruanos: el historiador Percy Cayo y el embajador José Antonio Meier.

En ese marco se produjo la ponencia del general de Ejército Óscar Izurieta Ferrer, bajo el título “Chile-Perú: Una historia de encuentros y desencuentros. Momentos críticos en el siglo XX. La mirada militar”. La rescato por provenir de un Ejército que ya está en condiciones de revisar la historia de nuestros últimos conflictos, debido a tres circunstancias fundamentales. Primera, a que ya está cronológica y estructuralmente libre de los silencios o sesgos que debió mantener bajo el mando y/o influencia del general Pinochet. Segunda, al esfuerzo de los sucesores de Pinochet, generales Ricardo Izurieta Caffarena y Juan Emilio Cheyre, para evitar la apropiación del Ejército por parte de los sectores políticos que acompañaron al ex gobernante militar. Tercera, a la búsqueda del diálogo académico con los civiles, como efecto de la cultura politológica de sus nuevos mandos.

El tercer factor obedece a que el Ejército actual cuenta con una importante élite de posgraduados en Ciencias Sociales. El general Izurieta Ferrer es magíster en Ciencia Política y coautor, junto con el general Juan Carlos Salgado, de un libro —ya citado— sobre las relaciones chileno-peruanas. Puede añadirse que las dos primeras antigüedades a esa fecha, el comandante en jefe, general Cheyre y el Jefe del Estado mayor, general Roberto Arancibia Clavel, son doctores en Ciencia Política. Agreguemos, por vía anecdótica, que Cheyre supo expresar inmejorablemente el nuevo talante, durante un seminario para líderes políticos emergentes, organizado por la Democracia Cristiana: “Joven, nunca le tenga miedo a un militar ilustrado (...) siempre téngale miedo a un militar ignorante”, respondió a un interviniente.¹⁴⁶

Valga el preámbulo para añadir que los “momentos críticos” analizados por Izurieta Ferrer parten de una base sicohistórica similar a la expuesta en la Parte Primera de este libro. Él también percibe que el nostalgismo, sumado al nacionalismo y al poder militar, indujeron en el Perú la imagen de un general Velasco que devolvería al país “al sitio que una vez tuvo durante el virreinato”. La proximidad del centenario de la Guerra del Pacífico habría cargado de motivaciones bélicas ese *background*.

Pero, en la parte “real”, a diferencia de lo sostenido en este libro, el autor da por cierto que el poder militar peruano estuvo institucionalmente con Velasco. Adhiere, por tanto, a la tesis de la unidad esencial de las dos fases de la revolución militar peruana. A partir de esa convicción, pasa revista a los intereses contrapuestos de Chile y el Perú durante ambas etapas, menciona los aspectos geopolíticos del área fronteriza,

la influencia de “algunas variables exógenas del ambiente contiguo” (léase Bolivia) y las situaciones pendientes derivadas de tratados internacionales (léase, cláusulas incumplidas del Tratado de 1929).

Izurieta Ferrer confirma que la alerta temprana de los militares chilenos se produjo a partir del alto nivel de satisfacción de las “reivindicaciones militares” peruanas. El Perú se convirtió, entonces, en el principal comprador del mundo de material soviético, su Fuerza Aérea llegó a ser la más poderosa de América del Sur y su Armada sólo fue inferior a la de Brasil. Explica que la priorización de ese gasto, su diseño, su evolución, la funcionalidad del nuevo armamento y la ubicación de las unidades que lo manipulaban, inducían la conclusión de que tenía una finalidad ofensiva dirigida contra Chile.

En cuanto a la relación entre los gobiernos, reconoce que el período de Salvador Allende indujo en Velasco una especie de tregua de objetivos: “las coincidencias ideológicas de los proyectos internos y externos de ambos gobiernos impidieron que las diferencias de los sistemas políticos se transformaran en una fuente de conflictos”. Sin embargo, admite que la visita del general Carlos Prats a la URSS, en 1973, pretendió “impedir que dicha potencia siguiera abasteciendo de material bélico al Perú”.

Por lo mismo, la emergencia del régimen militar chileno, en septiembre de ese mismo año, modificó negativamente la relación. El autor, citando al politólogo peruano Helan Jaeworski, cree que el acercamiento de Chile a Brasil y Bolivia fue leído por Velasco como la amenaza de un “eje anticomunista”. Cinco años después, el contragolpe de Morales Bermúdez no marcó un retorno a la buena relación de 1970-73. La dinámica ya desencadenada sólo permitió “una breve distensión en las relaciones con Chile, sin que por ello se detuviera la carrera armamentista”.

La relación volvió a tensionarse en 1977, a partir de los siguientes factores:

- Las negociaciones chileno-bolivianas sobre una salida al mar. Al respecto, estima Izurieta Ferrer que el Perú asumió una “posición inviable que desbarató toda la negociación” y que Argentina presionó a Bolivia para que rompiera nuevamente sus relaciones con Chile.
- La crisis vecinal de Chile con Argentina. En este punto, dice el autor que “Perú asumió un completo alineamiento con Argentina”, lo que habría complicado las alternativas estratégicas de Chile para manejar el conflicto.

- Las celebraciones del centenario de la Guerra del Pacífico. Éstas implicaron declaraciones y manifestaciones antichilenas, con la exaltación consiguiente de los sentimientos reivindicacionistas.
- Las “acusaciones de espionaje hacia oficiales de la Armada chilena”, con el fusilamiento de un suboficial peruano y la expulsión del embajador de Chile.

Respecto al estado de preparación de Chile después del golpe militar, el autor reconoce que era de “alta vulnerabilidad externa”, pues “todo su esfuerzo está volcado a consolidar la situación interna”. Revela que sólo “a principios de 1974 comienza el traslado de unidades y pertrechos al norte”. Frente a ese peligro, el planeamiento de combate consistía en “mantener Arica a toda costa”, por su valor simbólico, económico y político. La defensa tenía específicos problemas técnico-militares, propios del teatro de operaciones y de la desfavorable correlación de fuerzas.

Agrega que el aumento del gasto militar que implicó el esfuerzo chileno, obligó a “improvisar un mecanismo de endeudamiento de las propias Fuerzas Armadas con el Estado”. En la base de ese mayor gasto estaba el antagonismo con Estados Unidos, reflejado en la Enmienda Kennedy, que obligó a recurrir a nuevos mercados de armas. Izurieta Ferrer apunta que entre esos nuevos proveedores estuvo Argentina, “país al que se le compró una gran cantidad de camiones y armamento liviano”.

Los posicionamientos nacionales respectivos serían un reflejo de lo anterior. El autor expresa que “el Perú, en términos de carrera armamentista, asumió el rol de desafiante y Chile el de partidario del *statu quo*”. Es decir, el “amedrentamiento ofensivo” peruano fue respondido con una “estrategia de reciprocidad defensiva” chilena.

En sus conclusiones generales, el ponente reconoce el impacto negativo del trilateralismo en las relaciones bilaterales y establece que “el Perú no tuvo la voluntad política para agredir a Chile, pero siempre tuvo la capacidad estratégica para hacerlo”.

En cuanto a la eventual superación del *statu quo*, reconoce que “a partir de la recuperación de la democracia en el Perú (...) las relaciones bilaterales con Chile han ido mejorando paulatinamente”. A su juicio, “el futuro nos depara grandes oportunidades” si se sabe aprovechar la experiencia histórica. Ello supondría “crear un ambiente de verdadera

confianza, obrar de buena fe y con perseverancia en todos aquellos aspectos que nos unen”.

Menciona, como factor coadyuvante, “el importante proceso de integración, cooperación y complementación de Chile con Argentina”. A su juicio, éste puede ayudar a mejorar las condiciones “para iniciar un proyecto similar con el Perú”.

En su trabajo también está la evaluación institucional: “Chile, las Fuerzas Armadas y particularmente su Ejército ganaron la paz”. Agrega que “lo hicieron en forma muy profesional y casi sin interrumpir la vida normal de la población civil”.

54. Silencio de la percepción

Es amplia la coincidencia del general Izurieta Ferrer con la base informativa de este libro. Esto confirma que la profesionalidad de los oficiales del Ejército dedicados a sus labores propias, los protegió contra la ideologización extrema. Sin embargo, en el plano del análisis interpretativo, su ponencia tiene una afirmación discutible, una tesis antagónica y un silencio significativo.

La primera radica en su definición del golpe de Velasco como institucional. Al parecer, lo asume así porque todos sus ministros fueron militares. Sin embargo, como se ha visto, el tema es discutible y la composición del gabinete no sirve como factor dirimente. En el gobierno de Morales Bermúdez hubo civiles en carteras tan importantes como Economía y Relaciones Exteriores, y nadie discute su carácter castrense institucional.

La importancia de una definición certera es importante, pues un líder caudillista como Velasco no podía pretender, seriamente, arrastrar a Argentina o a Bolivia a una guerra contra Chile. Además, su “no alineamiento” de carácter tercermundista, su relación con Cuba y su dependencia logística de la Unión Soviética, podía inducir una contra-intervención inmediata de Estados Unidos.

A *contrario sensu*, fue el carácter institucional incontestado del gobierno de Morales Bermúdez y su alejamiento de Cuba, lo que habría hecho viable una intervención bélica del Perú, tras Argentina y al lado de Bolivia. Analistas de Estados Unidos hasta jugaron con la idea de que una guerra de ese tipo podría liberarlos, sin costos, de un régimen al

cual acusaban de introducir el terrorismo en su país. Adicionalmente, los proveedores de armas norteamericanos habrían vuelto al mercado peruano.

De lo señalado se desprende que una estrategia contra un régimen caudillista no es intercambiable con una que enfrenta a uno institucional y con fuertes vínculos interinstitucionales. Para demostrarlo, basta imaginar escenarios con Velasco conquistando Arica mediante una ofensiva unilateral, entre el 11 de septiembre de 1973 y el 1 de enero de 1974. Seguramente, habría arrastrado a la Armada y a la Fuerza Aérea, pero se hubiera expuesto, en el corto plazo, a una intervención de Estados Unidos con base diplomática en las Naciones Unidas y en la OEA. La superpotencia no habría permitido un pleno éxito de las armas soviéticas en la región y habría apoyado indirectamente a Chile, con información, acciones u omisiones en el entorno vecinal. Recordemos que, gracias a sus servicios de inteligencia, tenía pleno conocimiento de las armas que utilizaría el Perú. También habría surgido, de inmediato, la réplica de Chile bajo la forma de una guerra de desgaste o, incluso, de una contraofensiva en alianza con Bolivia. Esto porque, si se imagina se trata, bien podría pensarse en una reversión del trilateralismo, con el litoral peruano como señuelo. Argentina, quizás, habría continuado proveyendo a Chile de pertrechos.

Distinto hubiera sido el escenario para Morales Bermúdez en 1978. Apoyado en la unidad de su *establishment* militar, con contactos interinstitucionales en el entorno, omitiendo el apoyo cubano y con la simpatía secreta de Estados Unidos, le habría bastado acompañar “la guerra de otros” (Argentina y Bolivia). En este caso, Estados Unidos habría congelado el debate o le habrían dado largas en los organismos internacionales.

Sobre estas bases, tal vez Pinochet intuyó bien el carácter no institucional de la amenaza entre 1973 y 1975. De ahí que —sin perjuicio de otras motivaciones— haya puesto gran énfasis en la información sobre la biografía y psicología del general Velasco.

En cuanto a la tesis antagónica de Izurieta Ferrer, lo es de manera decisiva. Es aquella que supone al Perú de 1978 en un “completo alineamiento con Argentina”, con el agregado de que tal comportamiento “era esperable”. Esto último choca con la opinión de la mayoría de los analistas peruanos. Desde la experiencia de 1879, éstos desconfían de

los alineamientos automáticos con Argentina y debiera confirmarlos la información, del mismo Izurieta Ferrer, de que ese país vendió pertrechos a Chile durante los primeros años de Pinochet. Vale la pena consignar que en el Perú explican esa percepción chilena de la época por la prominencia del general Luis “el Gaucho” Cisneros, quien fue ministro de Morales Bermúdez y se ganó ese apodo por nacer y graduarse como teniente en Argentina.

Más a fondo, en la tesis de Izurieta Ferrer hay elementos contradictorios, pues coexiste con el reconocimiento de que “a partir de 1976 el nivel de riesgo de enfrentamiento armado (chileno-peruano) disminuyó en comparación con los años anteriores, con excepción del segundo semestre de 1978”. Si fue así, significa que ese esperable y “completo alineamiento” sólo se produjo durante un semestre, precisamente, durante el semestre en el cual se produjeron los casos de espionaje chileno, realizados —según explicación oficial— al margen de la jerarquía castrense.

Además, dado que esos casos de espionaje, la declaración de *persona non grata* al embajador Bulnes y las negociaciones chileno-bolivianas sobre salida al mar, se colocan en el mismo nivel de importancia que el completo alineamiento con Argentina, como factores que volvieron a tensionar las relaciones chileno-peruanas, cabe una interrogante especial: la de hasta dónde ese alineamiento sólo fue una réplica circunstancial ante acciones chilenas. Es decir, hasta qué punto sólo fue un caso de “profecía autocumplida”.

A mayor abundamiento, en su parte conclusiva, Izurieta Ferrer reconoce que “el Perú no tuvo la voluntad política para agredir a Chile, pero siempre tuvo la capacidad estratégica para hacerlo”. Bastaría eso para anular la tesis del “completo alineamiento”, pues Argentina sí tuvo, en 1978, la voluntad política de agredir a Chile, con zarpe de Escuadra incluido.

En tercer lugar, el silencio significativo de la ponencia, se relaciona con el estatus del autor y con el límite entre el secreto militar y el análisis público. Ya hemos visto cómo, desde el ángulo peruano, Morales Bermúdez también mantiene un silencio significativo sobre las hipótesis de guerra con Chile, aun en desmedro de sus méritos personales. Tampoco Pinochet ha tocado el tema en sus memorias y otros libros bajo su firma. Por ello, sólo cabe anotar, tentativamente, los subtemas que faltaría abordar para completar el análisis del tema principal:

- La evaluación castrense del peligro estratégico que implicó la intervención de septiembre de 1973, existiendo una amenaza vecinal latente.
- La relación entre la decisión de mantener la normalidad ciudadana y el estado de “guerra interna”, entre 1974-1975 y 1978-1979.
- La disfuncional relación entre la Dina y los servicios de inteligencia propiamente militares.
- La relación entre una estrategia defensiva y un estado de desunión nacional.
- La disfuncional relación entre la diplomacia militarizada (“vías paralelas”) y la estrategia militar.
- El objetivo de la misión encomendada a la oficialidad del barco *Beagle*, en 1978.
- La evaluación castrense del rol de Hernán Cubillos.
- La relación entre la estrategia defectuosa, el pronóstico autocumplido y la rectificación obligatoria.

Hasta el momento, la falta de información sobre puntos como los consignados ha hecho que el análisis público se focalice en el conductor político y militar de la época. Por eso, algunos historiadores y analistas sólo han visto la superficie de los problemas y han colmado de elogios el manejo de Pinochet, a partir de un silogismo invulnerable: el objetivo principal era evitar la guerra y la guerra no estalló. Poco importa cuánta responsabilidad tuvo el gobernante en atraer la amenaza y en despotenciar al país mientras la enfrentaba. Es un caso paradigmático sobre la mutación de los errores y vacíos de información en mitología de la historia.

Lo más cercano a un sinceramiento castrense ha sido un artículo del general (r) Ernesto Videla Cifuentes, publicado en el diario *La Segunda* del 14 de julio de 1995, bajo el título “Encuentro civil militar”. Allí, a partir de la tesis de que históricamente los gobiernos y líderes civiles chilenos no se han preocupado de la seguridad nacional, expresa que sólo podrá llegarse a una relación de confianza civil-militar cuando exista una política pública clara, a ese respecto. Esa tesis podría ser la clave profesional para descifrar la opción por asumir el riesgo de ataque externo, el 11 de septiembre de 1973: visto que la situación interna menoscababa el potencial nacional y que la autoridad civil no tenía una

política clara sobre defensa, las Fuerzas Armadas tomaron el poder para revertir la situación.

Más adelante, el texto de Videla podría leerse como una explicación abstracta de errores, pues reconoce que las circunstancias de la lucha antisubversiva previa no dejaron indemne al *establishment* castrense. Éste debió pagar un “significativo costo”, que explica como “desmedro de su preparación estrictamente profesional orientada a la disuasión externa”. El efecto se habría visto después, cuando los militares debieron “gobernar y hacer frente, al mismo tiempo, a una guerra subversiva interna y al peligro de una guerra vecinal”. Ese doble rol obligó a formar cuadros de manera acelerada y a enfrentar situaciones “muy alejadas de la motivación profesional”.

Y es en este punto donde Videla más se acerca al reconocimiento de errores específicos, como el de las exhumaciones reconocidas en el año 2003: “Muchos debieron transitar por el laberíntico sendero de los servicios de inteligencia, en un conflicto de una enorme complejidad”. Es lo más que dice o podía decir.

Al margen de su importancia específica, ya reconocida en otro trabajo,¹⁴⁷ el esfuerzo de Videla revela que la agenda problemática está en la conciencia de los militares chilenos. Sólo falta que se procese extra-muros, para que la nación se sepa libre del riesgo de la autocomplacencia en materias de seguridad nacional.

El riesgo existe porque, como está bien lo que bien acaba, el silencio militar podría ocultar omisiones decisivas. En especial, la de no procesar a fondo los errores que llevaron o pudieron llevar a que las hipótesis de guerra se activaran y a que las coyunturas de mayor riesgo se produjeran. Basta imaginar que el episodio del espionaje chileno hubiera definido el alineamiento completo del gobierno peruano con Argentina, para comprender que no se habría llegado al éxito de la paz mantenida.

Obviamente no se está expresando una inquietud sólo académica. Como escribiera el estadista y general Charles de Gaulle, en su obra *Vers l'armée de métier*, “el Ejército construye sus doctrinas, temas y reglamentos, reparando los errores del último conflicto”.

Parte Séptima

EL FIASCO DE LAS CONVENCIONES



55. El legalismo frustrado

El gobierno de Fernando Belaunde Terry (1980-1985) se caracterizó por una mezcla de buena disposición y extrema prudencia respecto a Chile. La primera sirvió para reanudar relaciones diplomáticas plenas, con el nombramiento de nuevos embajadores, en 1981. La segunda bloqueó cualquier iniciativa de acercamiento que pudiera interpretarse como **espaldarazo al general Pinochet**.

Alan García Pérez (1985-1990), sucesor de Belaunde, quiso ir más lejos. Si Pinochet *era* el poder, había que entenderse con él. Desde su misma toma de posesión trató de negociar un proyecto de desarme, tras reducir a la mitad una orden de compra de aviones *Mirage 2000* emitida por el gobierno anterior. Sin embargo, chocó con el recelo de ambos *establishment* militares. En definitiva, sólo pudo reiniciar negociaciones “técnicas” sobre el cumplimiento de las obligaciones pendientes del Tratado de 1929, equilibrándose entre los demócratas chilenos y las izquierdas peruanas. Ambos grupos de actores querían mantener al régimen chileno entre los parias del sistema internacional. Las negociaciones, conducidas por los cancilleres Allan Wagner (peruano) y Jaime del Valle (chileno), se plasmaron en un documento conocido como **Acta de Lima, archivado en 1987**.

En definitiva, lo más importante para la relación bilateral fue el gesto de cierre de gestión de García. Al asistir a la toma de posesión

de Patricio Aylwin Azócar, el 11 de marzo de 1990, se convirtió en el primer Presidente peruano en ejercicio que visitaba Chile después de la guerra. Por lo mismo, cuando al mes siguiente Alberto Fujimori ganó las elecciones presidenciales del Perú, comenzó una relación promisoría. Desde 1968 no coincidían dos gobiernos elegidos y eso abría una “ventana de oportunidad” para negociaciones de mayor calado. Así lo entendió Aylwin, quien devolvió el gesto de García, concurriendo en julio a la toma de posesión de Fujimori.

El Presidente chileno, jurista especializado en Derecho Administrativo, había asignado el Ministerio de Relaciones Exteriores a Enrique Silva Cimma, también jurista de la misma especialidad. Tal vez por esos antecedentes curriculares, ambos estimaron que ahora sí podía avanzarse rápido en la negociación relacionada con las cláusulas pendientes del Tratado de 1929. La plenitud del Derecho aparecía como la llave para abrir paso a una relación más cooperativa y eso era, de algún modo, hacer de la necesidad virtud. Como el general Pinochet no jubilaba, sino que volvía al comando del Ejército, no parecía posible entrar en políticas demasiado innovadoras.

La parte no cumplida del Tratado estaba en su Protocolo Complementario y se centraba en la entrega al Perú, por parte de Chile, de las siguientes obras que se había comprometido a realizar: un malecón de ataque, un edificio para la agencia aduanera peruana y una estación terminal para el ferrocarril a Tacna, que debían ponerse al servicio del Perú en la bahía de Arica. También se había contemplado un simbólico Cristo de la Paz en el Morro de Arica, que debían erigir ambos gobiernos.

Esas obras debían servir para que el comercio peruano se realizara con una “independencia propia del más amplio puerto libre”. Estaban disponibles hacía un buen número de años y no se habían entregado por un problema de interpretación sobre el carácter que debía tener su administración. Para decirlo en síntesis taquigráfica, el *quid* de las discrepancias radicaba en determinar si la entrega de las obras implicaba o no cesión de soberanía.

Ese detalle, que no era menor, estaba en la base de los más de 60 años que había tomado consensuar diseños, construir y tratar de entregar dichas obras. Entretanto, el comercio peruano se las había arreglado sin ellas y su eventual utilidad práctica se estimaba disminuida. El auge del transporte vial, la emergencia de puertos peruanos alternativos, las nuevas tecnologías de transporte marítimo, el bajo volumen de carga

peruana movilizada a través del puerto de Arica y el programa privatizador “a la chilena” que quería implantar Fujimori, hacían pensar a muchos peruanos que el cumplimiento de las obligaciones pendientes sólo estaba en el interés político-diplomático de los chilenos.

Seguramente era así, pues para los sectores ultranacionalistas peruanos, la falta de plenitud del tratado dejaba una “ventana abierta” para impugnarlo por entero, dando cobertura jurídica a sus objetivos reivindicacionistas. Esto daba al tema una peligrosa ambigüedad, muy bien expresada por César Arias Quincot. Según este académico y periodista peruano, “más allá de ciertos prejuicios ideológicos no existe razón que lleve al conflicto” pero, simultáneamente, la plenitud de ese tratado es “un aspecto fundamental de la política peruana frente a Chile”.¹⁴⁸

Por lo señalado, llamó la atención que fuera el gobierno de Fujimori el que tomó la iniciativa. El nuevo mandatario, que presumía de independencia respecto a las tradiciones de Torre Tagle, lo hizo a través de su joven canciller Augusto Blacker Miller, más conocido como economista que como experto en relaciones internacionales. Éste llegó a Chile el 28 de enero de 1992, con el propósito de “romper la inercia y resolver el conflicto”.¹⁴⁹

El reinicio de negociaciones dio a la política bilateral un claro sesgo jurídico. Para su tratamiento, los cancilleres Silva Cimma y Blacker Miller instalaron sendas comisiones, que irían dando forma a las que se llamarían Convenciones de Lima. Además, entusiasmados con su recíproco entusiasmo, ambos decidieron incluir en la negociación otros problemas pendientes, no vinculados al Tratado, como el mejor tratamiento de temas histórico-culturales y el estatus del Chinchorro. Propusieron que, mediante un sistema de compensaciones, ese sitio eriazado de propiedad peruana que obstaculizaba el desarrollo urbano de Arica podría convertirse en un Parque de la Paz y la Amistad. Silva Cimma sugirió, incluso, que llevara el nombre del peruano Javier Pérez de Cuéllar, a la sazón secretario general de las Naciones Unidas.

(Generosos caballeros, se felicitaron por la idea, sin reparar en que delataba un desconocimiento y una ingenuidad respecto al carácter de Fujimori. Desconocimiento, en el caso del canciller chileno, quien no sospechaba su potencial de inescrupulosidad. Ingenuidad, en el caso del canciller peruano, por ignorar que su Presidente ya recelaba de un eventual protagonismo político de Pérez de Cuéllar).

Hubo dos cosas especialmente destacables. Una, la proposición de Blacker Miller de que las instalaciones portuarias al servicio del Perú

fuera administradas por “una empresa de naturaleza privada, con mayoría accionaria peruana, pero de acuerdo a la legislación portuaria vigente en Chile”.¹⁵⁰ La otra, que todo lo negociado se aprobara por un tratado. A juicio de la contraparte chilena, lo primero resultaba una buena salida para el conflicto sobre soberanía; lo segundo significaba que, para dar plenitud a un tratado viejo, se recurriría a la tramitación de un nuevo tratado.

Estos y otros antecedentes permitieron tranquilizar a los militares chilenos. En una exposición en la Academia Naval, el canciller Silva Cimma explicó que los méritos jurídicos, comerciales y diplomáticos de una mejor relación con el Perú coexistían con la falta de riesgo en el plano de la seguridad: “se aprecia como poco probable una eventual actitud hostil de parte de las Fuerzas Armadas peruanas hacia nuestro país, en razón de la extrema debilidad económica peruana, de la desintegración de su sociedad y de la gran vulnerabilidad de su gobierno en el plano internacional”.¹⁵¹ Incidentalmente, parecía sugerir que la extrema debilidad de una de las partes era una buena coyuntura para superar la extrema desconfianza estructural.

A despecho del entusiasmo de los cancilleres, a fines de marzo las Convenciones comenzaron a perder impulso por la parte peruana. Blacker Miller revelaría, después, que su gestión había disgustado a importantes diplomáticos de Torre Tagle y a los jefes de los servicios secretos. Éstos habrían iniciado una labor de zapa, replanteando el tema de la invalidez del Tratado de 1929, a partir de “argumentos similares a los que los gobiernos ecuatorianos solían esgrimir para enervar la validez del Procolo de Paz, Amistad y Límites, suscrito en 1941”.¹⁵²

En ese interregno inconfortable vino el autogolpe fujimorista del 5 de abril. El gobierno chileno expresó su “profunda preocupación” y manifestó su rechazo a toda ruptura del orden constitucional. Cumpliendo con el compromiso democrático de la Asamblea General de la OEA —Declaración de Santiago—, congeló las negociaciones y concurrió al consenso que excluyó al Perú del Grupo de Río. Luego, con motivo del frustrado contragolpe del 13 de noviembre, liderado por el general Jaime Salinas Sedó, concedió asilo diplomático al empresario Jorge Pollack Merel y al vicealmirante (r) Augusto Vargas Prada.

Ante la reacción regional de rechazo, Fujimori buscó apoyo en Japón —todo indica que lo recibió—, y maniobró ante la OEA prometiendo una pronta normalización democrática. Paralelamente, envió a Chile

en visita privada al secretario general de Torre Tagle, embajador Roberto Villarán, con la misión de obtener el apoyo del gobierno de Aylwin en dicha empresa de reinserción y, además, para que se le readmitiera en el Grupo de Río.

El alegato de Villarán, sumado al impacto producido por el apoyo popular al autogolpe, hizo que representantes de la línea realista de la Cancillería chilena aconsejaran flexibilizar los principios. Así, manifestaron su “decepción” por el modo de actuar objetivamente autocrático de Fujimori pero, en aras de la vecindad, valoraron su voluntad de redemocratizarse. El enviado, por su parte, dio seguridades de una plena reinstitucionalización democrática para fines de noviembre.

En enero de 1993, a partir del semicumplimiento peruano de las condiciones reinstitucionalizantes de la OEA —entre las cuales, la elección de un Congreso Constituyente—, volvieron a reunirse los comisionados. Pronto se recuperó el impulso perdido, pero sin Blacker Miller, quien debió renunciar a su cargo debido a querellas internas con el ministro de Economía, Carlos Boloña.

El 11 de mayo de 1993 las Convenciones fueron aprobadas en su texto principal y cinco complementarios. Las firmaron en Lima los cancilleres Silva Cimma y Óscar de la Puente y Raygada, ante el cuerpo diplomático y los altos mandos castrenses, con autoelogioso discurso de Fujimori incluido. Aprovechando la ocasión, éste se presentó como un líder contrario a la “paz armada”, capaz de atacar directamente “algunos mitos” y decidido a eliminar todas las trabas que “impedían la integración y restaban recursos al desarrollo”, como lo demostraba su nueva política hacia Chile, Bolivia y Ecuador.

Siguiendo el trámite de rigor, el Senado chileno aprobó los textos en agosto y, antes de que lo hiciera la Cámara de Diputados, llegaron malas noticias desde el Perú. El envío de las Convenciones al nuevo Congreso Constituyente Democrático había roto el clima hermético mantenido por Fujimori, y sus adversarios habían iniciado un proceso crítico *in crescendo*. Esto confirmaría —digámoslo de paso— el fino olfato de Alejandro Magnet, el embajador chileno de la época. Me consta que él advirtió, a comienzos de agosto de ese año, que Fujimori podría dar largas a la tramitación interna o, incluso, plantear una renegociación.

La partida del *boom* crítico la dio Pérez de Cuéllar, aprovechando su ascendiente en materias de política exterior. El 19 de agosto dijo, ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Congreso, que las Convenciones

eran “perfectibles”, mencionando algunas posibilidades. Entre ellas, el que los capitales de la eventual empresa concesionaria de la administración del muelle fueran exclusivamente peruanos. Como se vio, de inmediato, su pensamiento representaba el de prácticamente todos los diplomáticos en servicio, que se habían visto obligados al silencio tras la expulsión de 117 de sus colegas.

La prensa, alertada, convocó a un debate nacional amplio. Los diplomáticos retirados desmenuzaron algunos “pro” y muchos “contra” de lo negociado. Para el embajador Felipe Valdivieso Belaunde, lo firmado no pasaba de ser “un acuerdo mezquino y cicatero, cuyo mayor beneficiario será, una vez más, Chile”.¹⁵³ La politóloga y periodista María del Pilar Tello lamentó que “en momentos de tan escasa tranquilidad política en el Perú se ponga sobre la mesa este tema”. Le parecía que suscribir documentos tan controvertibles era “una nueva cortina de humo”.¹⁵⁴ Hubo un pronunciamiento adverso de ex cancilleres y ex comandantes generales del Ejército, quienes ponían el dedo en la llaga más notoria: “el proceso ha sido conducido mientras el país atraviesa una compleja e indefinida situación institucional”.¹⁵⁵ También hubo un pronunciamiento crítico de oficiales de la Marina en situación de retiro. Los ex Presidentes Fernando Belaunde y Francisco Morales Bermúdez declararon que el comportamiento de Fujimori obedecía a su desarraigo cultural, recordando que no tenía ancestros enterrados en el Perú. El historiador tacneño Ernesto Yepes salió a la palestra con un veloz libro titulado *Para que no se repita: cómo se negoció el Tratado de 1929*. Su tesis fundamental era que se negociaba con Chile “de igual a igual” o no se negociaba.¹⁵⁶ Otro historiador, Gustavo Pons Muzzo, conocido por su duro nacionalismo, llegó a hablar de una “traición a la patria”, supuestamente cometida por los negociadores peruanos. Así lo consignó en un libro posterior sobre el tema.¹⁵⁷

En pleno debate, Fujimori sustituyó a De la Puente por el empresario judío Efraín Goldenberg —sexto canciller de su serie—, quien fue impugnado de inmediato por los ultranacionalistas. Según el diario peruano *La Nación*, su nombramiento era “una provocación a Tacna y a los patriotas”, pues tenía intereses económicos en Chile y era “como designar canciller de Israel a un peruano nacionalizado judío (*sic*) para que deslinde la cuestión de Palestina”.¹⁵⁸

Lo más grave, para Fujimori, fue que las encuestas respecto a las próximas elecciones comenzaron a mostrar una sensible baja de la intención

de voto en su favor. En abril de 1994, una de aquéllas le asignaba un 38% contra un 44% para Pérez de Cuéllar, entonces ya instalado como candidato presidencial. Resultado: el 28 de agosto de 1994, sin previo aviso al nuevo embajador chileno Carlos Martínez Sotomayor, decidió retirar del Congreso los documentos en trámite. Lo hizo por oficio de Torre Tagle, como homenaje al 65° Aniversario de la reincorporación de Tacna a la soberanía peruana e invocando las “importantes observaciones” producidas durante el “debate nacional realizado”.¹⁵⁹ Cinco años después, ante un comentario mío sobre tamaña informalidad, Goldenberg me diría que hubo un documento informativo paralelo dirigido a la Cancillería chilena.

En Santiago, la Cancillería expresó su disgusto llamando a informar a Martínez Sotomayor y emitiendo una declaración con fecha 29 de agosto, por la cual atribuía el “anuncio” del retiro a motivos de política interna, sobre los cuales no cabía pronunciamiento del gobierno de Chile. En todo caso, lamentaba “el retraso que la aprobación de las Convenciones de 1993 está experimentando por la razón antes indicada”.

Interpretando el retiro como una típica astucia del “Chino”, muchos apostaron en Lima —entre ellos, mi amigo D’Ornellas— que los textos se repondrían para su tramitación después de las elecciones de abril de 1995, si resultaba reelegido. Esas elecciones dieron a Fujimori una victoria resonante: un 64,4% contra un 22,8% de Pérez de Cuéllar, más un **nuevo Congreso cómodamente mayoritario**.

Sin embargo, contrariando el pronóstico de D’Ornellas, las Convenciones siguieron en el limbo. Demostrando que su desdén respecto a las tradiciones de la Cancillería peruana se extendía a sus compromisos y a las formas internacionales, el gobernante dio a entender que las sometería a una “revisión”, improcedente en cuanto unilateral. No sólo eso, reconociendo la fuerza de la campaña adversa previa, acogió parcialmente la idea de discriminar contra los inversionistas chilenos en actividades “estratégicas”, aunque dejando en claro que “yo con el Presidente Frei me entiendo perfectamente”.¹⁶⁰ Una manera sibilina de descargar su propia responsabilidad en Patricio Aylwin, el predecesor de Frei.

Fue lo que se llama un fiasco. Y por partida doble.

El casi supersticioso legalismo chileno quedó descolocado y quienes siempre habían abogado por una mejor relación bilateral, comprobaron que la estructura de desconfianzas no se desmontaba llenando un vacío jurídico. Algunos adjudicaron el mal trance al acobardamiento simple

del Presidente peruano. Así, el economista y ex ministro del régimen militar, José Piñera, lo conminó a “demostrar liderazgo y conseguir la pronta aprobación en el Congreso de la Convención de Lima”.¹⁶¹

Por el lado opuesto, la tosquedad brutal de Fujimori confirmó los prejuicios de los chilenos que ven a los peruanos como revanchistas recalcitrantes, prisioneros de un resentimiento inagotable. Éstos se percibieron confirmados en sus posiciones, siempre fundadas en más *statu quo*, énfasis en los equilibrios macromilitares y desdén por los problemas de imagen.

Los empresarios tuvieron comportamientos matizados. Unos, bien-humorados, descubrieron en Fujimori un motivo publicitario cómico. La fábrica de muebles CIC desplegó amplios avisos sobre sus colchones marca “Ensueño”, en los cuales utilizaba las imágenes del Presidente peruano y su esposa Susana Higuchi. Dado que ambos estaban en trance de ruidosa separación, la leyenda de los avisos rezaba, simplemente, “les faltó Ensueño”. Otros empresarios, más exaltados, llamaron a no realizar inversiones en el vecino país o a retirarlas, a sabiendas de que apuntaban a un flanco débil. Chile se había convertido en el tercer país inversionista en el Perú, después de España y Estados Unidos, a despecho de la alta ponderación del riesgo-país.

Curiosamente, el enojo de los “expertos” pareció más focalizado contra Pérez de Cuéllar que contra Fujimori. Quizás fue una manera de matar al mensajero, recusándolo, por supuesto, como “antichileno”. Demasiado rápido olvidaban que, como secretario general de las Naciones Unidas, había apoyado a los demócratas chilenos y evitado visitar Chile mientras gobernara Pinochet. A comienzos de 1991 llegó como líder de la organización mundial y Aylwin agradeció su amistad con la más alta condecoración del país.

En estas condiciones, la relación bilateral entró en un nuevo ciclo negativo. Por circunstancias históricas y geopolíticas, la crispación se concentró en Tacna y Arica, con el riesgo conexo de una “municipalización” de los conflictos, en el marco de una cadena de represalias.

Inevitablemente, aquello trajo un deterioro de las relaciones económicas que, hasta antes del desplante presidencial, parecían llenar de satisfacción a los inversionistas chilenos y a sus asociados peruanos. Pendiente la negociación de instrumentos de protección a las inversiones y de complementación económica, los primeros percibieron que comenzaban a aumentar sus riesgos más allá de lo previsto. Veían a

los sectores ultranacionalistas peruanos, que denunciaban la presencia económica de Chile como un preludio de “expansionismo”... mientras Fujimori cedía a la presión. Las denuncias se focalizaban en el carácter “estratégico” de los sectores energía eléctrica, puertos e hidrocarburos, con inversión chilena establecida o proyectada. En ese contexto, el ministro de Defensa, general Víctor Malca Villanueva, solicitó que representantes del Comando Conjunto se incorporaran a las instancias decisorias de la privatización de empresas públicas. A su vez, el ministro de Economía, Jorge Camet, sostuvo que ninguna empresa ecuatoriana o chilena podría licitar en la privatización de Petroperú.¹⁶² Remachando el punto, hubo gestiones extraoficiales de las autoridades ante eventuales inversionistas de otros países, para que no se asociaran con chilenos.

El efecto-contagio de la presión ultranacionalista llegó a ser tan fuerte, que un ex ministro del indoamericanista Partido Aprista Peruano, Abel Salinas, sostuvo que el general Pinochet estaba detrás de la inversión chilena. Su testimonio fue recogido por el diario peruano *La Nación*:

El ex presidente de facto y actual comandante general de las Fuerzas Armadas de Chile, general Augusto Pinochet, se reúne mensualmente con los empresarios de su país a quienes alienta a que adquieran las empresas peruanas en vías de privatización, especialmente las consideradas estratégicas para la defensa y seguridad nacional.¹⁶³

Grandes titulares en portada, de un diario de la época, ilustraron así la altísima sensibilidad desatada: “¿Otra Guerra del Pacífico?” (título de la información); “Chile se apodera de nuestro crédito, electricidad, puertos, hidrocarburos, minas y pretende la industria siderúrgica” (bajada).¹⁶⁴

En estas circunstancias, me impresionó que mi amigo D’Ornellas —liberal de alma— volviera a demostrar su coraje e hidalguía, como director del diario *Expreso*. En su columna tradicional, hizo un llamado a la sensatez, recordando el abecé del liberalismo económico que decía practicar Fujimori y la necesidad de apreciar a quienes invertían en un país de riesgo. Recordó a sus lectores que empresarios chilenos, asociados con inversionistas de otros países, controlaban la energía eléctrica en Buenos Aires y se habían convertido en accionistas mayoritarios del sector en Lima, lo cual habría sido inconcebible en otros tiempos.

Concluía con una moraleja y una advertencia severa. La primera: “En las sociedades primitivas, el odio al forastero expresa el temor a lo desconocido, precisamente porque no se le conoce”. La segunda: “En la medida en que vayamos trabajando juntos y, por tanto, relacionándonos mejor, esas taras atávicas se desvanecerán y, con ellas, la posibilidad de entredichos prejuiciosos que desemboquen en conflictos abiertos”.¹⁶⁵

Lo característico fue que, en este cruce de sentimientos, volvió a primar lo políticamente urgente sobre lo importante a nivel estructural, quedando cada parte convencida de la total perfidia de la otra. Los peruanos tendieron a ver las Convenciones como un nuevo caso de abuso chileno. Los chilenos tendieron a desentenderse de cualquier investigación que permitiera averiguar en qué consistía ese abuso.

Sin embargo, habría sido necesario que los chilenos profundizaran en el fenómeno. De partida, porque el quiebre de la diplomacia de Fujimori hacia Chile fue gatillado desde la civilidad. En todo el proceso inicial y hasta la firma de las Convenciones, hubo por parte de los uniformados en activo un respaldo tácito a su Presidente o un disciplinado silencio. También hubo apoyo de militares retirados de alto ascendiente ideológico. El general (r) Mercado, por ejemplo, a pocos días de la firma, apoyó las Convenciones porque podían inducir la “flexibilización de la posición ecuatoriana”.¹⁶⁶

Con esto quiero decir que en Chile no se hizo la pregunta que debió hacerse: ¿qué circunstancias internas indujeron a Fujimori a “romper la inercia y solucionar el conflicto”, enviando a Chile a Blacker Miller?

56. *Flash back 4*

El viernes 17 de julio de 1992 —con las Convenciones en stand by— yo viajaba a Lima como director de Cultura e Informaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Más allá de las reuniones con el embajador Martín Irigoyen, mi contraparte peruana, tenía el proyecto de reencontrarme con los viejos amigos limeños que me ayudaron a disolver el exilio.

Al embarcar en Santiago, ese viernes, acababa de producirse un feroz atentado terrorista en el jirón Tarata, de Miraflores. Edificios despanzurrados y muchos muertos y heridos, como epítome de una de las jornadas más violentas que protagonizara Sendero Luminoso. Sólo entonces, con el pavor

instalado en un barrio para gente de clase media y media-alta, las élites peruanas captaron la dimensión profunda del peligro terrorista. Los atentados anteriores —no menos salvajes, pero selectivos o en perjuicio de sectores populares y campesinos— no habían penetrado el núcleo autodefensivo de quienes habitaban, además de Miraflores, los distritos de San Isidro, las Casuarinas y Camacho. Ahora, casi todos comenzaban a temer por la integridad del Estado y muchos decían comprender las razones esgrimidas por **Fujimori en su autogolpe de abril**.

Especialmente destacable sería, en ese contexto, el “paro armado”, decretado por Abimael Guzmán para los días miércoles 22 y jueves 23 de esa misma semana. Fue una especie de “nadie se mueva”, acatado hasta por las fuerzas militares y policiales. Como anécdota ilustrativa, la noche de ese miércoles yo estaba invitado a cenar a San Juan de Miraflores, en casa del periodista Gustavo Gorriti, junto con otros amigos comunes. Llegué, en uno de los pocos taxis que circulaban, atravesando una Lima silenciosa y despolada, sólo para verificar —despistado huésped— que nuestra amiga Adela Lerner y yo éramos los únicos que habíamos osado salir a la intemperie. Esther, la esposa de Gustavo, no perdonaba que el susto de los otros invitados hubiera derrotado a su cocina: “son unos mariconcetes”, dijo, habituada como estaban, ella y su marido, a enfrentar todo tipo de riesgos en aras del **periodismo de combate**.

(Digamos que la noche del autogolpe las huestes de Vladimiro Montesinos habían asaltado esa casa, secuestrado a Gustavo e incautado su computador. Desde tres países —Chile comprendido— hubo preocupación oficial por el periodista y fue eso lo que salvó su vida.)

En ese contexto, donde la sociabilidad limeña se manifestaba en una extraversion potenciada, sostuve conversaciones en diversas catedrales con amigos del periodismo, empresa, ciencias sociales, organizaciones internacionales, fuerzas armadas y diplomacia. Por elemental reflejo periodístico, tomé nota de ellas cada noche, para después recrearlas ante el computador. Allí quedarían almacenadas durante todos estos años. Las he editado para este libro, siguiendo una pauta que contempla una breve introducción al interlocutor y el meollo de lo anotado. Advierto, sí, un problema insalvable: la imposibilidad de reunirlos de nuevo, para retomar el hilo del diálogo, a la luz de lo que sucedería después. Tres de ellos —Manuel D’Ornellas, Hernán Otayza y Andrés Townsend— ya sólo existen en el recuerdo de quienes tuvimos el privilegio de conocerlos.

Gustavo Gorriti Ellenbogen

A sus 44 años, ya había sido agricultor, campeón de judo, autor de novelas inéditas, soldado israelí y becario de las universidades Hebrea de Jerusalem y de Harvard. Pero, en su presente fundamental, seguía siendo un tremendo periodista. Desde *Caretas* destacó como el gran especialista en materias de narcotráfico y terrorismo, lo cual no sólo suponía ser técnicamente bueno, sino, además, corajudo e insobornable.

Gustavo entiende, en estos momentos, a quienes dicen que “la guerra se está perdiendo”, y la consiguiente alarma más allá de las fronteras. Menciona a Estados Unidos, donde se manifiesta una constante de su política exterior: mientras los analistas conservadores son más cautos o más realistas, los liberales simpatizan con una eventual intervención, a partir de la homologación Pol Pot-Abimael Guzmán. Esto justificaría una “intervención preventiva”, dice, citando el folleto de Gordon H. Mc Cormick “From the Sierra to the Cities: the Urban Campaign of the Shining Path”. Mc Cormick es un investigador de la Rand Corporation, poseedora de una excelente base de datos sobre Sendero Luminoso, con información sofisticada sobre las alternativas de la guerra interna peruana (frecuencia de los ataques, distintos escenarios, cuantificación de bajas, etc.). Según esa base, uno de los objetivos actuales de Sendero sería cortar los accesos a Lima, actuando contra el ferrocarril y la Carretera Central.

A su juicio, el riesgo de una intervención exterior aumenta debido a la “deserción” en las Fuerzas Armadas. En éstas, la crisis se manifiesta en un aumento drástico de las solicitudes de retiro voluntario, las cuales están siendo denegadas por la jerarquía. Sin embargo, de hecho los solicitantes se van y, como usualmente son los más eficientes, quedan dentro los menos calificados. Ya no existe en el establishment militar la capacidad intelectual instalada que tenía el Ejército de Juan Velasco Alvarado. Ello, sumado a los bajos ingresos, hace que la corrupción sea indetenible. Estima que el peor de los escenarios es el de la desintegración social y la resignación a “cualquier tipo de orden”.

Interrogado sobre el riesgo de una internacionalización del conflicto, a partir de las actividades de Sendero, dice que éste “se pasea” por Bolivia y también podría hacerlo por Ecuador. Por motivos geográficos y políticos, le parece más difícil que tenga presencia en Chile. En todo caso, estaría capacitado para montar una provocación, con el fin de enfrentar ejércitos de distintas “burguesías”.

Añade que coadyuva al agravamiento de la situación la desertión de otras élites. Destaca la exportación sistemática de las ganancias o la escasa reinversión del capital instalado en el país. Mario Vargas Llosa —expresa— está asqueado por el apoyo a Fujimori de la misma gente adinerada que lo apoyó a él, durante la última contienda presidencial. En relación con esto, relata lo que le habría dicho a Enrique Zileri un poderoso empresario de la televisión: “Si a los 30 años te cierran la revista, pasas a la clandestinidad y luchas como periodista contra la dictadura, eres un héroe de la libertad de prensa. Si eso te sucede a los 60, eres un cojudo”.

Sobre el proceso previo al autogolpe, cree que sólo puede explicarse por “indigencia de los análisis de Fujimori y sus asesores”. A propósito de asesores, llama la atención sobre la fascinante personalidad de Vladimiro Montesinos, a quien se considera una especie de Rasputín del régimen y cuya especialidad son los temas de inteligencia. Es un desertor del Ejército e informante de la CIA quien, desde su posición, ha colocado a los servicios secretos en la cima de la pirámide militar, para vigilar a los uniformados. Dados sus antecedentes, su preeminencia sería un indicador más de la tibieza con que se aplican los códigos éticos del Ejército. Cree que sigue siendo un “hombre de la embajada” (de Estados Unidos) y cuenta que en ella todos rehúsan hablar sobre él.

Enrique Zileri Gibson

A la fecha, Enrique es un joven sesentón. Cualquiera sabe que el secreto de su éxito como director-propietario de *Caretas* radica en que él mismo es un trabajador a destajo, en toda la línea de producción, desde el encuadre de las fotos hasta la composición de la carátula. Secretamente bautizado por sus periodistas como “Caballo loco” —la misma chapa que después tendría Alan García—, es un gran líder profesional. Esto le ha costado clausuras, persecuciones, exilio, clandestinaje, amenazas de muerte y le inspiró el lema de la revista: “pálidos pero serenos”. Su carisma está compuesto, en dosis siempre cambiantes, por un sentido innato de la gracia limeña, un coraje a toda prueba y una notable capacidad para gritar. Esto, sin hacer daño, porque no sabe lo que es el rencor.

Almorzamos (de maravillas) en el Costa Verde y arrancó concordando con el periodista norteamericano Sam Dillon, respecto a que Montesinos puede ser el “little new Noriega” de Estados Unidos. Recuerda que las

primeras noticias que publicó sobre él tenían relación con su condición de defensor jurídico de narcotraficantes. Por esa razón hoy casi no tiene avisadores en la revista.

Está alarmado por lo que sucede en las calles de Lima: mientras policías y militares se encierran en sus cuarteles y los vecinos levantan muros y colocan rejas cada vez más altas, la calle se convierte en tierra de nadie.

Quizás pensando en el mismo personaje que Gustavo, pero sin mencionarlo, le parece triste la actitud de algunos empresarios de medios de comunicación, que restringen el problema actual al de la sola libertad de expresión. “Es como si lo demás les importara un carajo, quieren libertad sólo para ellos”. También critica la tibieza de diarios como Expreso, que mantienen un apoyo al régimen en todo su aparato informativo, aunque cuidando de manifestarse democráticamente en los editoriales. Cree que es una ambigüedad inaceptable, en un diario que fungiera como adalid de la democracia. Desde la entretela de esta crítica asoma una tristeza. Es que Expreso 1992 está dirigido por Manuel D’Ornellas, amigo-hermano con quien él coincidiera en el exilio de Buenos Aires y a quien Velasco Alvarado declaró traidor a la patria y despojó de la nacionalidad.

No puedo soslayar el punto. “En Expreso está Manu”, comento y Enrique responde mirando el cielo, encogiéndose de hombros y estirando su mano derecha con los cinco dedos abiertos. En su código gestual significa “este chino cojudo, qué tal concha, me ha hecho pelear hasta con él”. Le observo que la responsabilidad política debiera adjudicarse a Manuel Ulloa, ex primer ministro de Fernando Belaunde, quien tiene el 80% de las acciones y siempre ha fijado la línea de la publicación. Responde que después del 5 de abril había invitado a Ulloa a una “entrevista dura, definitiva y definitoria”, que éste aceptó, pero no concretó. Y parece que no se podrá concretar nunca, pues le han dicho que está en Madrid con una enfermedad terminal.

Felipe Ortiz de Zevallos

FOZ está en la medianía de su cuarentena. Ya es un joven-viejo sabio, con discípulos destacados. Uno de éstos, Augusto Álvarez Rodrich —doctor en Ciencias Económicas y director de las publicaciones del Grupo Apoyo— comparte esa noche la mesa con nosotros, en la La Trattoria de Miraflores.

Felipe me expone una tesis dual, según la cual basta un solo Pinochet, en América Latina, para entender que un modelo económico no puede impo-

nerse al costo que tuvo para Chile, y basta un solo Alan García para entender que el populismo ya no sirve en parte alguna. Habría que ir hacia una economía de mercado “por las buenas”, dentro de los sistemas democráticos. Lamenta que se critique el “fujimorismo” de los empresarios peruanos. Le parece injusto, ante una situación tan complicada y sobre la cual nadie puede hacer afirmaciones categóricas. Dice compartir una opinión generalizada según la cual “Fujimori sabe lo que quiere el pueblo, pero nadie sabe lo que quiere Fujimori”.

Edgardo Mercado Jarrín

Tras ponernos al día en los desarrollos familiares y domésticos, en los comedores del Jockey Club, el general comenta que Fujimori “es un pobre diablo”. Lo dice apretando mandíbulas y mirando de frente, con un gesto que puede ser de menosprecio o de amargura.

Añade que la Fuerza Armada (los militares peruanos usan un singular simbólico para designar a las tres armas), se comprometió con él pues “Montesinos puso las cúpulas”. Todo comenzó cuando ese siniestro personaje convenció a Fujimori —después de su victoria del 90— para que fuera a residir al Círculo Militar, por motivos de seguridad. Cuenta, a ese respecto, una historia rocambolesca, con un Presidente viajando en la cajuela de un vehículo, micrófonos instalados en su habitación por la inteligencia militar, detección de esos micrófonos por Montesinos, consecuente caída en desgracia de los altos mandos militares del momento, su reemplazo por militares de confianza de Montesinos y control posterior, por parte de éste, de los servicios de inteligencia. Luego de eso, Montesinos convenció a Fujimori para irse a vivir al “Pentagonito” (sede del alto mando militar), con lo cual el compromiso de las FF.AA. “ha llegado al máximo”.

Concuerda en que hoy el riesgo no es un golpe militar tradicional, sino la descomposición de la Fuerza Armada, vía Montesinos. Cuando éste era capitán en activo fue “doble agente, de la CIA y de la KGB”. Se siente responsable de su supervivencia, por no haber sido más drástico cuando se lo juzgó por desertión. Lo dice cabizbajo y luego guarda un largo silencio. Sigue atormentándolo que Montesinos haya sido su ayudante.

También asoma Morales Bermúdez en la conversación. Aunque la historia los puso en situación conflictiva, Mercado le tiene respeto. Le reconoce inteligencia, mucha astucia política y cuenta que Montesinos lo ha tratado

de extorsionar para que apoye a Fujimori, fraguando documentos que comprometen a su hijo Remigio, ex ministro de Alan García.

A su juicio, ahora no hay oficiales como los de su época y ello se explica no sólo por el conflicto con Sendero Luminoso. Un general retirado tiene una pensión de, aproximadamente, 400 dólares; los oficiales en actividad no pueden mantener a sus familias en el nivel que les corresponde; muchos incurren en el pluriempleo, con perjuicio de su capacitación profesional y la consiguiente ventaja para Sendero. En ciertos barrios militares hay ollas comunes de las cónyuges de los oficiales y algunas se han hecho contratar como secretarias en embajadas. Él mismo está proyectando una subdivisión de su casa para arrendar un sector.

A propósito de la semana que se está viviendo, se confiesa desconcertado. Esa mañana tenía hora al dentista en el Hospital Militar y el personal brillaba por su ausencia “en pleno paro armado de Sendero”. Sus indicadores, hasta fines de 1991, le decían que esta organización venía en descenso, con más bajas, menos víctimas civiles, menos torres derribadas del sistema eléctrico Por ello, se pregunta si lo que sucede es un “intento desesperado para recuperar imagen” o es que Sendero ha conseguido consolidarse en la segunda etapa de su estrategia, concebida como del “equilibrio estratégico”.

Dice que los terroristas están atacando sistemáticamente a la Fuerza Armada. Han sido objeto de atentados el Centro de Altos Estudios Militares, el Hospital de la Fuerza Aérea, diversos cuarteles y un colegio para hijos de militares. También es un hecho que la calle está libre para ellos, pues los policías y los soldados no se ven: “En el trayecto que hice en la mañana yo habría podido colocar bombas donde hubiera querido”. Suelta una ironía amarga: “Abimael es hoy el mejor general del Perú”.

En cuanto a la opción militar por el autogolpe de abril, dice que la Fuerza Armada cree que el régimen de Fujimori está llamado a durar por lo menos 12 años, tiempo necesario para enfrentar la emergencia y establecer instituciones más eficientes. En vista de lo sucedido, cree que si los militares tomaran el poder, directamente, sería para llamar a elecciones. Como analista, reconoce el peligro de una “intervención multilateral”.

Al despedirnos, reitera una pregunta que me ha formulado, con matices de picardía, durante encuentros anteriores. Quiere saber qué pienso “ahora” del general Pinochet. Él ya me había manifestado su convicción de que el actual bienestar de Chile se debe “en gran parte” a su gestión. La pregunta, decodificada, supone una invitación amable a reconocer méritos a su dictadura. Interesante, por los antecedentes de Mercado como actor prominente

de una revolución militar de izquierda. Revela mucho respecto a cierta **unidad esencial del pensamiento castrense**.

Hernán Otayza Herrera

También general (r), fue agregado militar en Chile, donde cultivó la amistad del general Carlos Prats. Amigo y camarada de promoción de Mercado, es un teórico de la geopolítica y se define como esencialmente castrense. Ello implica que no estuvo en la “parte política” de la revolución militar, sin perjuicio de que, ya retirado, Velasco le asignara la presidencia de una **institución financiera del sector público**.

A propósito del atentado de Tarata, comenta que “son manotazos de ahogado de Sendero Luminoso”. Calla ante mi observación de que con otro manotazo similar podría tambalear el gobierno. Sonríe cuando le recuerdo que, antes del “paro armado”, me advirtió telefónicamente sobre el peligro de salir a la calle.

Reconoce la existencia de una importante tasa de desertión, por motivos económicos, en el Ejército y en las otras armas. Al parecer, esto ha servido para “institucionalizar” un procedimiento ad-hoc: oficial presenta solicitud de retiro, ésta se deniega por la autoridad superior, oficial solicitante abandona el servicio, autoridad competente lo juzga y emite condena por seis meses y, con ello, termina el problema. Sin duda, es un recurso oblicuo para armonizar la disciplina con la necesidad. Una sanción sin acritud y casi consensuada, que tranquilizaría la conciencia reglamentaria del alto mando.

Como siempre con Hernán, fue una gratisima reunión en su Club Regatas.

Arturo García y García

Lo visito en su casa. Ha estado un poco achacoso, pero su apariencia etérea sigue estacionada en la setentena. Formalmente retirado, pero siempre activo, Arturo es miembro del Consejo Nacional Consultivo de Relaciones Exteriores. Como se ha dicho, fue canciller de Morales Bermúdez durante la última etapa de su gobierno y, antes, embajador en Chile y Ecuador. Diplomático ortodoxo, no transige respecto a la igualdad jurídica de las potencias y estima que la intervención multilateral en el Perú comenzó con

las medidas de la OEA tras el autogolpe. Le parece insoportable que Fujimori las haya aceptado: “¿Dónde se ha visto a un Presidente de la República acudiendo a dar explicaciones a una reunión de cancilleres sobre su política interna y aceptando compromisos?”.

Sobre la posibilidad de una provocación internacional por parte de Sendero Luminoso, es dubitativo. Dice que los senderistas “van a Bolivia a descansar” y que podrían hacer lo mismo en Ecuador. Reconoce que en el país se comenta que Chile y Ecuador intervendrían, en caso de un macroconflicto interno catalizado por el terrorismo.

En cuanto al eventual rol de Pérez de Cuéllar en la política peruana, no lo ve disputando ningún cargo en la calle. Piensa que él desea llevar una vida más tranquila, con su pensión de secretario general y el cargo de consejero de una importante entidad financiera. Acepta, sí, la idea de que acceda a un rol importante, si se le pide en nombre de una amplia mayoría nacional.

Marcial Rubio, Alberto Adrianzén y Abelardo Sánchez Leon

Estos tres amigos, jóvenes aún, son directivos e investigadores del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (Desco), organización líder en el campo de las ciencias sociales, en cuya sede de León de la Fuente nos reunimos. Abelardo —Balo— es, además, uno de los más prestigiosos escritores del país.

Hablando entre todos, como los sobrinos del Pato Donald, me informan que Sendero Luminoso está en la metodología de la guerra total y se autopercibe en la etapa del equilibrio estratégico. Así se desprende de los textos de El Diario Internacional (órgano senderista que se publica en Bruselas), edición de mayo de 1992, uno de cuyos titulares expresa que “maoístas inician guerra total”. Puntillosos, me entregan fotocopia.

Discurren, expertamente, sobre las escolásticas contradicciones al interior de Sendero. La principal se da entre una línea “campesinista”, inherente a la concepción de la “guerra popular prolongada” y otra que quiere desplazar los escenarios principales a las ciudades, para acelerar el proceso subversivo. Estiman que no le sería difícil pasar, en Bolivia, desde la utilización de su territorio como “santuario” a las operaciones. En ese país tienen prosélitos y ello habría motivado reuniones militares conjuntas peruano-bolivianas.

No entienden la pasividad del Ejército y creen que los militares ya no tienen el capital intelectual de la época de la revolución militar. Factores principales de la decadencia serían el pluriempleo y la desertión.

En cuanto al miedo que invade Lima, cuentan que los vecinos temen ser víctimas indirectas de atentados contra Desco y que un municipio ha pedido que el Centro de Información de la ONU se mude a un barrio menos residencial. También han escuchado rumores sobre evacuación de personal en la embajada de Argentina.

Marcel Niedergang

Figura legendaria del periodismo que vanguardizaba *Le Monde*, fue el gran especialista europeo en América Latina. Ya retirado, vive en Miraflores, donde comparte una soberbia biblioteca y la mejor tecnología de comunicaciones con la prestigiosa periodista María del Pilar Tello, autora de importantes reportajes sobre la política peruana.

Marcel se confiesa tan fascinado por lo que está sucediendo, como incapaz de adelantar un pronóstico. La situación ha acelerado su subconsciente, pues cuenta que hace poco soñó que en el Perú se repetía la evacuación de Saigón. Es decir, la desbandada.

Si hubiera que trazar un paralelo con otros procesos, dice que el Perú de hoy le recuerda el de la revolución argelina. Los *pied noirs* peruanos serían los blancos vecinos de Miraflores, San Isidro y las Casuarinas.

Cree que, gracias al narcotráfico, Sendero Luminoso cuenta con armamento muy sofisticado, que sacará a relucir en su oportunidad.

Manuel D'Ornellas

Manu, como todos le dicen, es director del diario *Expreso*, cuyo principal accionista es su entrañable amigo, colega de exilio y tocayo, Manuel Ulloa Elías. Excelente intelectual, pragmático refinado, poeta secreto y bohemio consuetudinario, mantiene una columna —“Voz y voto”— clásica en el periodismo peruano.

Políticamente, suele definirse de “extremo centro”, por lo cual siempre celebra encontrarse con un “extremista de centro” (autodefinición de este servidor, tras su rudo escarmiento con el stalinismo alemán). El encuentro

es en Las brujas de Cachiche, un restorán nuevo de Miraflores donde llega como a su casa. Conocedor de sus códigos, no le pregunto por la responsabilidad eventual de Ulloa en la posición fujimorista de su diario, pero él da por supuesto que conozco la polémica y el calibre de los cañonazos que le están disparando. Sólo se queja de que también le disparen viejos amigos y la alusión tácita a Zileri es evidente. Le duele, pues (me consta) Manu privilegia la amistad por sobre la política.

Manifiesta preocupación por el aislamiento internacional del Perú. Confía en que ello sirva para acelerar los mecanismos de “reinserción institucional” en que aparece empeñado Fujimori, tras su aparición en la OEA. Opina que en el gobierno no están conscientes sobre las prioridades de la política exterior y ello explica que haya sido cancelar un tecnócrata como Blacker Miller (“Black and Decker”, le dice) y, luego, Óscar de la Puente, quien, por su otra función de primer ministro, está más dedicado a la política interna. Dentro de esta penuria, la reciente declaración de la ONU calificando los actos de Sendero Luminoso como terroristas y genocidas, no ha significado una solidaridad efectiva de la comunidad internacional. Además, ve la tentativa de reimplantar la pena de muerte como otro retroceso internacional, al margen de que estaría lejos de ser disuasiva para los terroristas.

Al despedirnos, le pregunto por el estado de salud de Ulloa y Manu me confirma, con gesto triste, que “Manuel está muy grave”.

Juan Miguel Bákula

Juan Miguel es uno de los brillantes veteranos de la mejor época de la Cancillería peruana, con la cual sigue colaborando como miembro del Consejo Nacional Consultivo de Relaciones Exteriores. Embajador en varios países, es especialista en el conflicto con Ecuador y tiene una vasta obra escrita.

Nos juntamos en la residencia del embajador chileno Alejandro Magnet, para un almuerzo al cual están invitados, además, el líder aprista Andrés Townsend, el embajador Augusto Dammert, Zileri, el poeta Augusto Elmore y el agregado cultural chileno Toño Freire. Las reuniones-almuerzo son gratas y nuestro cultísimo embajador sabe animarlas. Sin embargo, las conversaciones suelen ser más volátiles y dispersas. Con todo, según mis apuntes, hay dos cosas rescatables. Una, la desconfianza profunda de Andrés en Fujimori, sobre todo en materias de política exterior. La otra, un aparte

de Juan Miguel. En voz baja, me transmite su preocupación por la estación satélite instalada por Chile. Me la describe como un dispositivo de control sanitario, migratorio, policial y aduanero, ejercido sobre el ferrocarril Tacna-Arica. Dice que ese control se está ejerciendo de manera unilateral, en territorio peruano sobre un tren peruano, lo que ha provocado acusaciones de violación chilena del Tratado de 1929. Le parece delicada la coexistencia de este nuevo conflicto con el clima que vive su país.

57. Derecho y estrategia

La realidad, vista desde Lima, decía que las Convenciones reflejaban una confianza excesiva en la fuerza del Derecho, por parte del gobierno de Chile y un estado nacional de emergencia, por parte del gobierno del Perú.

Lo primero era connatural a una cultura chilena proclive a la magia de la ley. Lo segundo está bien reflejado en los testimonios consignados. Estos revelan que las negociaciones se desarrollaron en el contexto de una crisis peruana caracterizada por la desertión de sus élites y coronada con un autgolpe de Estado.

El gran catalizador de la crisis era la agresión de Sendero Luminoso. Combatirla sustraía recursos al desarrollo, debilitaba el potencial nacional y esto, supuestamente, podía tentar la intervención de Chile y/o alentar la amenaza que se cernía desde Ecuador, país con el cual subsistía un contencioso fronterizo.

Hagamos un paréntesis para decir que Sendero comenzó a organizarse bajo el gobierno militar de Morales Bermúdez e hizo su primera aparición pública en la localidad serrana de Chuschi, el 17 de mayo de 1980, un día antes de las elecciones que transferirían el mando a la civilidad. En una acción simbólica, uno de sus grupos armados tomó la oficina del registro electoral y quemó los padrones y las ánforas preparadas para la votación. El gobierno entrante de Belaunde subestimaría la envergadura de la amenaza, aunque algunos políticos creyeron, casi automáticamente, que tras la organización emergente había chilenos. Incluso dos líderes del Partido Popular Cristiano, Luis Bedoya Reyes y Ricardo Amiel, aconsejaron investigar a los pocos refugiados de la época de Allende, que permanecían en el país.¹⁶⁷ La acusación, entonces, me pareció demencial. Sin embargo,

como si se tratara de una profecía autocumplida, pocos años después sería arrestada la chilena Sybila Arredondo, viuda del escritor peruano José María Arguedas, colaboradora confesa de Sendero. No sólo eso. Más tarde, en 1993, serían detenidos cuatro chilenos del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru, que había tomado el relevo del terrorismo mayor. Inexplicablemente para los juristas de cualquier parte, Fujimori ordenó procesarlos por “traición a la patria”.

La ausencia de un aparato militar visible de Sendero, que extrañaba a algunos analistas, permitía caracterizar el proceso como una “guerra especial”. Incidentalmente, era la denominación dada por los vietnamitas a la guerra que condujera el *vietcong* contra las fuerzas conjuntas del gobierno de Saigón y sus aliados norteamericanos.

En esa línea, la estrategia senderista de explotar las contradicciones de sus enemigos había precipitado el estallido de conflictos entre policías y militares, sindicatos y partidos políticos, partidos políticos y opinión pública, partidos políticos y gobierno. Y toda esa secuencia de explosiones, que ya había arrasado con la democracia restaurada en 1980 (cumpliendo el objetivo de Chuschi), parecía ser sólo el preludio de algo peor. “No es que Sendero nos esté ganando la guerra, nosotros la estamos perdiendo”, había dicho el general (r) Sinesio Jarama, en un nuevo libro-reportaje de María del Pilar Tello.¹⁶⁸

Vista así la crisis, no era descabellado aceptar que Sendero tenía la llave de los conflictos internacionales. En Santiago, días antes de mi visita a Lima, había asistido a una exposición del jurista peruano Diego García Sayán —quien sería el primer canciller de Alejandro Toledo—, en la cual aceptó la posibilidad de que tuviera “santuarios” en Bolivia, atravesando el departamento de Puno. Luego, justo durante mi estada en la capital peruana, Sendero produjo un atentado dinamitero contra la embajada de Bolivia, como represalia por el encarcelamiento de uno de sus dirigentes en La Paz.

Con razón, muchos peruanos vivían bajo el terror de un “derrumbe” militar semejante al que experimentara, a fines de 1958, el Ejército regular de Cuba. Otros evocaban el peligro de una “libanización”. En el libro de María del Pilar Tello, el general Mercado lo reconocía de manera clara: “el que ingresemos a una senderización acelerada nos pone en peligro de una intervención foránea”.¹⁶⁹ Más tarde, el sociólogo Carlos Iván Degregori recordaría lo siguiente:

Hacia 1992 se hablaba en la prensa de la posibilidad de la desmembración del país. Se dibujaban mapas con flechas que indicaban por dónde entrarían las tropas norteamericanas, chilenas y brasileñas para salvar un país inviable, que se caía a pedazos.¹⁷⁰

La teoría maoísta no los contradecía, pues enseñaba a los senderistas que la intervención foránea crea un excelente *hábitat* para la revolución social. Primero, porque implica enfrentamientos —con el consiguiente desgaste— entre Fuerzas Armadas de distintas “burguesías”. Segundo, porque puede inducir la desertión combativa de soldados “patriotas”, que se acercan a los combatientes revolucionarios. La eventual pérdida de patrimonio territorial también estaba prevista en los manuales. Su líder Abimael Guzmán conocía la lección de Lenin respecto a las transitorias pérdidas rusas que significó el concesivo tratado de Brest-Litovsk con los alemanes.

A mayor abundamiento, tal como apuntaba Niedergang, los recursos financieros del narcotráfico hacían verosímil que los senderistas estuvieran acumulando armas de mayor letalidad, buenos sistemas de comunicación y un sistema de inteligencia mejor que el del gobierno. Esto hacía plausible, para los analistas limeños, la hipótesis de una intervención preventiva de Chile, Ecuador y Brasil (siempre mencionados en ese orden), en aras de la seguridad vecinal. Incluso podía intervenir Estados Unidos, en función de su política antinarcotráfico. Tal vez por simpatía geopolítica no se mencionaba a Argentina, pese a la presencia denunciada de miembros de Sendero en Tucumán.

En este rubro asumía gran importancia la relación entre Estados Unidos y Montesinos. Si seguía siendo agente de los servicios secretos norteamericanos y/o de la Rand Corporation, la superpotencia estaría inmejorablemente informada sobre las intenciones del gobierno y de las Fuerzas Armadas, pues el poderoso consejero ya controlaba el Servicio de Inteligencia Nacional y formaba las cúpulas castrenses.

Desde la profundidad de esta crisis, no hubo escándalo en Lima cuando su alcalde Ricardo Belmont —dueño de un canal de televisión, animador de uno de sus programas y presidenciable de la época—, dijo el domingo 19 de julio, en pantalla, “estamos al borde de la desaparición de este Estado” y “esto de la democracia es una farsa”. Como para confirmarlo, Fujimori reapareció a la luz pública el viernes 24, reconociendo que Sendero tenía respaldo popular y que “el eje de nuestra

estrategia es, precisamente, la consecución del apoyo de la población, apoyo que las Fuerzas Armadas deben ganar”.

Ahí estaba el porqué de la silenciosa aprobación a las Convenciones por parte de los militares peruanos en activo. Profesionalmente acostumbrados a medir correlaciones de fuerzas, se habían resignado a ceder posiciones jurídico-diplomáticas frente a Chile, para concentrar fuerzas contra Sendero, seguir disuadiendo a Ecuador y mantener la estructura de su Estado. El general Jaime Salinas Sedó lo reconocería desde su prisión militar —donde estaba en cuanto líder de un golpe frustrado contra Fujimori—, al decir que el estudio del Comando Conjunto de la época consideraba la hipótesis de hacer frente, simultáneamente, “a la continuidad de una guerra antisubversiva y a una posible agresión ecuatoriana”.¹⁷¹ Días después, Enrique Obando, experto en temas militares, diría que el Perú no podía encarar una guerra simultánea contra Ecuador y Chile: “No hay forma de hacerle frente a Chile”, reconoció. Y agregó algo de la mayor importancia: “Si bien es cierto que la Fuerza Armada chilena está comandada por el general Pinochet, no creo que nadie en Chile, en este momento, esté pensando en entrar en una guerra contra el Perú.”¹⁷²

En el fondo, la opción castrense peruana era una rendición al realismo político, pues implicaba negar el carácter expansionista de Chile que aprendían y enseñaban en sus institutos. ¿Dónde se había visto un país depredador, con un líder militar temible, que no se moviera ante una presa tan fácil?

Pero, con lo notable que eso podía ser para la historia, revelaba una asombrosa bifurcación de objetivos para la diplomacia. Mientras Aylwin perseguía la plenitud del Tratado de 1929, como base de una mejor relación bilateral, Fujimori iba tras objetivos tan ajenos a la política hacia Chile como concentrar efectivos y recursos económicos en las regiones base del terrorismo; fortalecer la disuasión contra Ecuador y, *last but not least*, ser reelegido en 1995. Por cierto, el Presidente peruano no estaba en condiciones de olvidar que hizo su primera campaña electoral prometiendo un país pacificado para ese año.

No habiendo correspondencia de objetivos, la negociación también resultaba mala para Chile. En efecto, en el corto o mediano plazo, la parte peruana quedaría habilitada para producir una acusación similar a la que formulara contra el propio Tratado de 1929: la de que Chile había

negociado abusando del estado de postración del Perú. Fue lo que trató de advertir, con sutileza, el embajador Juan Miguel Bákula. Entrevistado sobre el tema, sostuvo que “ni con Ecuador ni con Colombia ni con Bolivia, tenemos la profundidad y consistencia de las relaciones humanas sociales y económicas que tenemos con Chile”. Sobre ese *background*, dijo que las Convenciones fueron un error “de ambas partes” y que debían ser sometidas a un compás de reflexión. Formuló una advertencia sabia: “la política también se nutre de sentimientos”.¹⁷³

Es que, sentimentalmente hablando, las Convenciones podían consolidar la estructura de desconfianzas. La reacción adversa de la opinión pública peruana, en un contexto de admiración por la situación económica y política de Chile, habría merecido un tratamiento menos focalizado en lo jurídicista. El analista Carlos Tapia lo expresó, de manera desgarrada, en un artículo periodístico. Allí sostenía, por una parte, que “el modelo de país” que quería la mayoría de los peruanos, después de Estados Unidos, era “el Chile de hoy”. Por otra, afirmaba que “nuestros vecinos del sur no desaprovechan la ocasión al encontrarnos débiles —como fue hace 114 años— para conseguir, ahora, pequeñas ventajas”. Según esto, el debate técnico-jurídico apenas disfraza “los complejos estados de ánimo característicos del que fue vencido” que obedecían, tal vez, al “equivocado patriotismo inculcado en nuestra niñez”. Concluía diciendo que a los chilenos “les falta la magnanimidad del vencedor”.¹⁷⁴

De acuerdo con los antecedentes reseñados, en 1994 escribí un análisis para un centro de estudios, sosteniendo que la negociación de las Convenciones no obedeció a una evaluación diplomática acorde con los acercamientos cíclicos entre nuestros países. Esto, pues en la parte peruana primaba “un genuino estado de emergencia interna, agudizado por el cuestionamiento personal a un mandatario que había violado la propia Constitución, en aras de una mayor eficiencia antiterrorista”. Y, como a la fecha ya se había producido el reflujo de la oleada senderista, con la captura y claudicación de Abimael Guzmán, colegí que había terminado el *momentum* de las Convenciones. Apostando contra D’Ornellas, planteé que “un nuevo mandato de Fujimori significaría eliminar el tema de la agenda o aceptar que las Convenciones sean re-negociadas”.¹⁷⁵

Por lo visto, así lo entendió también Fujimori, subestimando la amenaza que venía de Ecuador.



Javier Pérez de Cuéllar
“Chile y el Perú no pueden ser sino amigos.”

58. Decodificando a Pérez de Cuéllar

Habría sido necesario profundizar en la “perfectibilidad” que invocaba Pérez de Cuéllar.

En cuanto diplomático *top* y en su estilo siempre sutil, el ex secretario general de las Naciones Unidas solía reconocer el éxito de los intercambios económicos, en la relación bilateral, pero advirtiéndolo que no eran endosables al ámbito político.

Entrevistado por FOZ y Augusto Álvarez en 1981, explicó que la relación política era un asunto muy delicado, pues ahí “siempre será responsable Chile, en el sentido de que nosotros no tenemos nada que pedirle”. Con esto aludía al Tratado de 1929, apuntando que no era el que los peruanos hubieran querido, pero debía respetarse al margen de sus cláusulas pendientes. Agregaba que “ante esa realidad histórica dolorosa, pero real, creo que la relación depende, fundamentalmente, de la buena fe de Chile para con el Perú”.¹⁷⁶

En agosto de 1993, tras gatillar el *crescendo* crítico respecto a las Convenciones, expuso una posición más elaborada. Junto con otras personalidades de la diplomacia y de las ciencias sociales del Perú, entre ellas, Bákula, Eduardo Ferrero Costa, Miguel de Althaus y Carlos Amat, emitió una declaración según la cual lo negociado no servía para promover “una amistad constructiva y una paz permanente”, y era indispensable “un enfoque integral de la relación bilateral con Chile”.¹⁷⁷

El 28 de febrero de 1995, a punto de consumarse el fiasco de las Convenciones con la “revisión” dispuesta unilateralmente por el gobierno peruano, tuve oportunidad de entrevistarlo en su casa sanisidrina. Pérez de Cuéllar ya estaba en campaña presidencial y Fujimori aprovechaba las escaramuzas bélicas entre peruanos y ecuatorianos para monopolizar el sistema mediático. Eso dio a sus dichos un sesgo vecinal ampliado.

Transcribo, a continuación, parte de esa entrevista inédita.

El general Mercado Jarrín escribió que las Convenciones de Lima contribuirían a flexibilizar la posición de Ecuador. ¿Podría decirse que su retiro fortaleció la tesis ecuatoriana sobre la inejecutabilidad del Protocolo de Río de Janeiro?

Creo que en las dificultades en torno a esas Convenciones y en las mucho más serias que tenemos con Ecuador hay un error de enfoque de este gobierno. En primer lugar, no era necesario dar vida —resucitar, si se quiere— estos problemas que venían esperando el momento en que pudieran abordarse por la vía diplomática, tanto por el gobierno de Chile como por el de Ecuador. En ambos casos, este gobierno creó expectativas que no ha podido cumplir, pues es su práctica hacerlo todo sin consulta. Éste no es un gobierno con equipo técnico para temas específicos. Es un gobierno totalmente monolítico en el cual todo lo resuelve el Presidente con la persona de turno que tiene su confianza.

¿Incluso los asuntos de política exterior?

Desgraciadamente, tras la salida del embajador Luis Marchand, hubo una sucesión de ministros de Relaciones Exteriores que no tenían la menor experiencia en asuntos internacionales y han dejado que el Presidente trate con excesiva ligereza muchas materias. Entre ellos, los temas con Chile, con Ecuador e inclusive con Bolivia que, como se sabe, también suscita bastantes dudas. En esto hay una diplomacia improvisada y errática.

Pero el tema de las Convenciones de Lima no parece demasiado complicado. En el fondo, sólo se trata de entregar y recibir obras terminadas...

El caso de Chile no es un tema muy dramático. Las divergencias sobre las Convenciones de Lima no son fundamentales ni ponen en peligro la buena relación que existe después de tantos años. El caso de Ecuador sí ha adquirido una gravedad extraordinaria. Todo indica que el Presidente Fujimori, por ignorancia o por no consultar, creó muchas esperanzas en sus reuniones privadas —no sé, hasta qué punto inclusive íntimas— con los Presidentes Borja y Durán Ballén. En el caso de éste, probablemente lo alentó a creer en alguna posibilidad de concesión a lo que eran sus aspiraciones máximas. La iniciativa de agredir por parte de Ecuador pudo deberse a un reflejo de decepción, al ver que el Presidente Fujimori no estaba en condiciones de dar lo que había ofrecido o dado la impresión de ofrecer.

¿Cómo han actuado los garantes del Protocolo de Río en el reciente conflicto? Creo que hacen lo que pueden. La interpretación del Protocolo se presta a que se perciba su función de distinta manera. Unos creen que están limitados a una cooperación con las partes, hasta que se demarque totalmente la frontera. Otros creen que deben tener una función mucho más activa. Pienso que estuvieron en la cima de su función en 1960, cuando rechazaron la pretensión ecuatoriana de que el Protocolo fuera declarado inviable. Puede que los garantes nunca pensarán que el contencioso se iba a prolongar tanto y que iban a quedar hipotecados, por medio siglo, en algunos rubros de su comercio, como el de las armas. Porque ellos deben pensar que el Protocolo los inhibe para ese comercio con el Perú y Ecuador. Yo nunca diría nada que pudiera comprometer mi deseo de mantener con todos nuestros vecinos, mediatos o inmediatos, las mejores relaciones posibles. Brasil es un gran productor de armas, Argentina también. Tienen grandes comerciantes, pero teóricamente hay que esperar que los países garantes no tengan *in mente* ese tipo de intereses. Por cierto, podrían adoptar unilateralmente la decisión de no comerciar armas con el Perú y Ecuador y eso sería ejemplar para las potencias desarrolladas, que también son buenos comerciantes de armas.

A propósito, dicen algunos técnicos que el Perú “se clavó” al adquirir armas y sistemas de armas de la ex URSS.

Algo de cierto debe haber. Como usted sabe, yo fui embajador en la ex Unión Soviética y siempre tuve algunas dudas sobre la calidad de sus

productos; en todo caso, sobre los que nos vendían a los países en vías de desarrollo. Las distancias dificultaban, además, la provisión oportuna de repuestos. La URSS tenía la tosquedad del oso, salvo en lo que construían para ellos. Pudieron ir al espacio y probaron tener las armas más sofisticadas. Pero para nosotros, su comercio con armas, creo, no ha sido algo muy positivo.

Visto lo sucedido con Ecuador y esa presumible mala calidad del armamento soviético, ¿no sería de temer una nueva carrera armamentista?

Eso es lo que a mí me preocupa, porque se oye hablar aquí del canon del cobre en Chile, del canon petrolero en Ecuador y del canon pesquero en el Perú. Sería muy penoso, porque condenaría a tres países a una carrera armamentista, que es lo último que se puede esperar. Sobre todo en el caso de ustedes, que tienen un nivel de desarrollo superior. Pero en lo que respecta al Perú sería un acto criminal.

En Chile, usted fue criticado por no haber dado luz verde a las Convenciones de Lima. De hecho, al plantear su “perfectibilidad”, las liquidó, al menos en esa etapa. ¿Cuál es su idea de perfectibilidad?

Yo quería decir que se debían reiniciar las negociaciones para estudiar una fórmula satisfactoria para las dos partes.

¿Reiniciar negociaciones no es lo mismo que renegociar?

No, no, no. Es volver a tratar ese tema. Yo creo que la relación entre Chile y el Perú se ha convertido, felizmente, en una en que ha llevado a ambos países a la conclusión de que no pueden ser sino amigos. No pueden hacer otra cosa que cooperar y trabajar juntos para el desarrollo.

¿Estamos condenados a ser socios?

Dejemos la palabra “condenados”. Estamos convencidos. Prefiero esa manera de decirlo. Estoy seguro de que el gobierno del Presidente Frei, tal como lo fue el del Presidente Aylwin, es perfectamente democrático. Por eso, ambos gobiernos comprenden que lo que se trata de hacer es un buen tratado, pues sólo éstos son perdurables. Estoy seguro de que lo podemos conseguir. No se trata de desechar la totalidad de las Convenciones, sino, simplemente, de ajustar determinadas partes.

Hasta aquí la entrevista extractada. A través de ella, como puede observarse, Pérez de Cuéllar incluso dejaba traslucir sospechas sobre trasiego de armas de algunos garantes, entre los cuales no estaba Chile. Lo interesante es ver cómo, tras su elaborado lenguaje diplomático y con total frialdad, acusaba el *dilettantismo* del gobierno peruano y sugería oportunismo en el chileno. Parecía decir que Chile tomaba ventajas de una mala coyuntura peruana, con un Presidente autocrático, una diplomacia amordazada, una crisis sistémica y una amenaza grave contra su seguridad nacional.

Su concepto de perfectibilidad evocaba, entonces, una negociación menos asimétrica y con objetivos convergentes. En otras palabras, el tema de las cláusulas pendientes sólo sería negociable cuando los peruanos estuvieran en mejores condiciones, para que el fruto de la negociación tuviera legitimidad social.

59. *Del fiasco a la derrota*

El 31 de agosto de 1994, el escritor peruano Mirko Lauer escribió en su columna del diario *La República* que los chilenos debieron sospechar de una victoria diplomática demasiado fácil. “Es difícil que vuelvan a sentarse a una mesa de negociaciones con este gobernante peruano”, señaló. Luego añadió:

Este fiasco tiene un claro aire de familia con el de la política frente a Ecuador. También allí Fujimori dio a un Estado vecino todo tipo de esperanzas que no podía cumplir y (...) ha tenido que salir de su entrapamiento diplomático a capazos. La fórmula es la misma: diplomacia presidencial más política interna más improvisación es igual a fracaso diplomático más enfriamiento de relaciones con los vecinos.

El 28 de septiembre el internacionalista peruano Alejandro Deus-tua, desde el diario *Expresso*, hizo un alcance similar. Tras exponer el problema que tendrían chilenos y peruanos para volver sobre las Convenciones, llamó a los ultranacionalistas “a congratularse menos” por el fiasco. El brusco desconocimiento de lo acordado con Chile podía cargar de razones a quienes “aún batallan para encontrar argumentos adicionales para insistir en la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro”.

Menos de cuatro meses después estalló el conflicto armado con Ecuador. Ahí se vio que, efectivamente, el componente peruano del fiasco fue más grave, pues contribuyó a golpear al Perú en el plexo de su seguridad nacional. No estaba desencaminado el pensamiento militar que vinculaba el arreglo con Chile a una flexibilización de la posición ecuatoriana.

Es que la mantención de “cuestiones pendientes” formaba una estructura triangulada. Al sur peruano estaban las cláusulas no cumplidas del Tratado de 1929 y al norte, la demarcación fronteriza incompleta a tenor del Protocolo de Río de Janeiro de 1942. Ambas situaciones se plasmaban, con distintos énfasis, en hipótesis de conflicto.

El cumplimiento pendiente de las obligaciones chilenas mantenía —como se ha dicho— una “ventana abierta” para la reivindicación de una minoría peruana ultranacionalista. Los gobiernos peruanos oscilaban entre el silencio sobre el tema y la negociación orientada al perfeccionamiento del Tratado. La demarcación incompleta de la frontera era la plataforma de sucesivos gobiernos ecuatorianos, para desconocer el Protocolo de Río por “inejecutable”. Esto hacía fluctuar a los estrategos peruanos entre conquistar una “prenda territorial” en Ecuador, para imponer la demarcación *manu militari* —tesis de Mercado Jarrín—, y resignarse a una disuasión activa, con controles fronterizos y escaramuzas bélicas concomitantes.

Para complejizar más el problema, Chile era garante del Protocolo de Río de Janeiro, junto con Argentina, Brasil y Estados Unidos. Considerando ese estatus, los juristas peruanos pensaban que no apoyaría una revisión del Protocolo, para no alentar las pretensiones revisionistas de Bolivia. Pero los geopolíticos peruanos veían la situación de manera más amplia, vinculándola a las cuestiones pendientes del Tratado de 1929. Creían que mantener estático ese tema, para satisfacción del ultranacionalismo, equivalía a maltratar a un garante que, además, muchos percibían como un aliado natural de los ecuatorianos.

Fue esa reflexión geopolítica la que indujo la resignación militar peruana a las Convenciones. Coherentemente, su retiro unilateral coincidió con el incremento de las demandas, denuncias y desplazamientos militares ecuatorianos en la zona no demarcada de la Cordillera del Cóndor. Es probable que el *momentum* haya sido fijado por el general y geopolítico Paco Moncayo, sindicado como el homólogo ecuatoriano de Mercado.

Cuando la guerra focalizada estalló, la vinculación entre ambos contendiosos surgió de inmediato. El economista y académico peruano Alan Fairlie Reinoso, “reveló” que los ecuatorianos estaban armados y asesorados por Chile e Israel y que “los chilenos se han manifestado en el Ecuador, ofreciéndose para ir al frente”.¹⁷⁸ Pablo Macera, historiador de buena reputación en los círculos progresistas, escribió que el Perú estaba “en medio de un movimiento de pinzas en el que participa Chile”. Además, plegándose al hábito horrendo —sobre todo para un historiador— de diseminar rumores ominosos desde la prensa, reprodujo uno según el cual Ecuador y Chile, con asesoramiento de España, “tienen programas similares para desarrollar sus energías atómicas”. Tras poner, de esa manera oblicua, un ataque nuclear en el horizonte, arremetió contra “la manipulación subliminal por parte de ciertos medios de comunicación masiva a favor de los símbolos patrios chilenos” y calificó como ingrata “la presencia masiva e invasiva de capitales chilenos en los más diversos sectores del país”.¹⁷⁹

Con esos avales, las *bolas limeñas* perdieron su habitual seriedad. Mencionaron una colaboración total de los militares chilenos a las fuerzas ecuatorianas, sospecharon vínculos siniestros entre los chilenos acusados de terroristas y los servicios secretos de Chile, sugirieron complicidades entre Pinochet y Frei, y llegaron a denunciar importantes trasiegos de armas chilenas a Ecuador. Luego se comprobaría que, efectivamente, sí lo hubo por parte de un garante del Protocolo; pero se trató de Argentina, país considerado aliado geopolítico del Perú.

Es posible que el efecto-contagio de ese clima llegara hasta el mismo Fujimori. Por torpe que pareciera su alarde de Montevideo —cuando dijo que el Ejército peruano estaba en inmejorables condiciones desde que preparara una guerra contra Chile—, bien pudo ser una maniobra sico-disuasiva hacia el Ejército chileno. El Presidente habría terminado creyendo en todos los rumores que desató su mal manejo internacional.

Lo cierto fue que Fujimori también dirigió la política hacia Ecuador con la frivolidad del *dilettante*. Asesorado siempre por Montesinos, apostó a la no intervención de Chile —en lo que sí acertó—; sin embargo, sobrestimó el alivio estratégico que significó la captura del líder de Sendero e ignoró el estado de alistamiento de las fuerzas ecuatorianas. Tampoco consideró la moral de combate de la masa militar propia, la misma que se autopercibía arrastrada por una dictadura civil corrupta y corruptora. Para los mandos subalternos y para los mandos superiores

no contaminados, estaba claro que Montesinos estructuraba sus cúpulas más sobre la base del incondicionalismo que de los méritos. Esto plasmaba una selección inversa y desmoralizante: los peores asumían el mando y los mejores pedían asilo diplomático, como el general Rodolfo Robles o —como sucedió con el general Salinas Sedó— conspiraban contra el gobierno.

A partir de esa realidad mal apreciada, el binomio Fujimori-Montesinos acariciaba la idea de que una guerra focalizada de fácil resolución permitiría una fácil reelección, pues un país en combate no se distrae con campañas electorales. De hecho, toda la propaganda reelectoral tuvo como cartel de fondo la guerra con Ecuador. Las pantallas y las fotos de la prensa mostraban al gobernante inspeccionando tropas, con vestimenta militar y sus arengas patrióticas llenaban los espacios.

Los demás candidatos —al comienzo hubo 15 fórmulas presidenciales— no encontraban lugares para comunicarse con la ciudadanía y no podían criticar una conducción político-militar que representaba al país. El candidato Alejandro Toledo, que aparecía en tercer lugar en las encuestas, ironizó sobre el contexto: “Ahora tenemos un Presidente de la República que es a la vez comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, combatiente y director de la guerra en el mismo teatro de operaciones y, además, candidato presidencial”.¹⁸⁰ Poco después, Toledo abandonó su postulación, comprendiendo la inutilidad de su candidatura y Pérez de Cuéllar mantuvo la suya, en parte por consideraciones patrióticas, en parte porque, como frío realista, tenía confianza en los milagros.

En definitiva, Fujimori consiguió ser reelegido con una alta votación. Un porcentaje de ésta reflejaba el reconocimiento por sus éxitos en la lucha contra la inflación y en la reducción del terrorismo. Otro, era fruto de su “fraude patriótico” y de fraudes técnicos poco visibles (suplantación de electores, desaparición de ánforas, uso de personal y recursos castrenses para su publicidad). Un tercer porcentaje se debía a que la desinformada ciudadanía no alcanzó a percibir que había conducido a su país a una derrota militar.

60. Reconponiendo el tablero

Tras el fiasco de las Convenciones y la derrota con Ecuador, Fujimori no pudo seguir con su diplomacia personal.

El mismo 28 de julio de 1995, iniciando su nuevo período, reemplazó al canciller Goldenberg por Francisco Tudela, profesor de Derecho Internacional de la Pontificia Universidad Católica del Perú con posgrado en Relaciones Internacionales, quien ya había expresado serias críticas al gobierno por su menosprecio a Torre Tagle y el sesgo economicista de su política exterior.

Tudela sería el equivalente de Hernán Cubillos, el primer canciller civil de Pinochet, convocado cuando quedó en evidencia la precariedad de la antidiplomacia castrense. En el caso del peruano, su tarea consistiría en recomponer lo que Fujimori y Montesinos habían roto al norte y al sur. Esto suponía la ardua tarea de convencer a ecuatorianos y chilenos para que volvieran a negociar con representantes de su muy desconfiable Presidente.

Desde Chile parecía una misión imposible. El enfrentamiento de los alcaldes Iván Paredes, de Arica y Tito Chocano, de Tacna, comenzaba a tomar un vuelo alarmante. A la pavimentación fáctica de un trozo del Chinchorro dispuesta por el primero, había respondido el segundo con la amenaza de ocupar parte del terreno del consulado chileno en Tacna. Replicó Paredes sugiriendo un referéndum a favor de la expropiación del terreno peruano y respondió el congresista peruano Carlos Ferrero Costa con la alternativa de un referéndum “para expropiar la banca chilena por razones de seguridad nacional”.¹⁸¹ En ese clima, se denunció el uso “antirreglamentario” de la bandera peruana en la ariqueña Casa de Bolognesi, se aplicaron restricciones a las exportaciones de productos chilenos, aparecieron informaciones sobre una repotenciación de la Fuerza Aérea del Perú y congresistas peruanos aconsejaron discriminar contra los inversionistas chilenos en los sectores por privatizar considerados “estratégicos”. De peldaño en peldaño, un editorial del influyente diario chileno *La Tercera* llamó a aplicar la cláusula *rebus sic stantibus* al Tratado de 1929, para tener soberanía plena sobre los territorios del norte, lo que permitiría, eventualmente, la cesión de una parte a Bolivia.¹⁸²

Pero Tudela ya contaba con el aval decisivo de Pérez de Cuéllar, quien venía recomendando, desde la campaña electoral, que el gobierno se abocara cuanto antes al problema de las Convenciones. Según el diario *Gestión*, de 7 de abril de 1995, habría dicho que “la bola está de nuestro lado y nosotros tenemos que tomar la iniciativa para proponer a Chile una fórmula satisfactoria”.

Para comenzar a aclarar el panorama, el nuevo canciller emitió tres señales decisivas. En virtud de la primera, consiguió que el comandante general del Ejército peruano, Nicolás de Bari Hermoza Ríos, participara en las celebraciones de la Independencia de Chile del 18 de septiembre y en las del día de las glorias del Ejército de Chile, al día siguiente. Fernando Rospigliosi, colega de *Caretas* y futuro ministro del Interior de Alejandro Toledo, aprovechó para clavar un banderillazo: “(Hermosta) lo hizo entusiasmado por la enorme admiración que tiene por el general Pinochet”, **escribió en su columna**.¹⁸³

La segunda se efectivizó mediante instrucciones a la Cancillería para quitar hierro al problema del Chinchorro. Los diplomáticos de Torre Tagle las ejecutaron, cambiando el “rechazo absoluto” por una “enérgica protesta”. Esto permitiría a Eduardo Martinetti, cónsul general del Perú en Arica, presentar un recurso de protección ante la Corte de Apelaciones de Arica, patrocinado por abogados chilenos. Era la solución querida y/o sugerida por el gobierno de Chile.

La tercera señal se orientó al sentimiento nacional chileno y también partió, tácticamente, desde el ámbito municipal. El 22 de noviembre de 1995, el Concejo Distrital de San Isidro aprobó por unanimidad la solicitud del alcalde Carlos Neuhaus y del Club Perú-Chile, para erigir en **Lima un monumento a Bernardo O’Higgins**.

También debió Tudela enviar señales hacia su propia y escamada Cancillería. Lo hizo reactivando la Comisión Consultiva de Relaciones Exteriores, para obtener apoyo profesional. Con ese gesto abrió las compuertas de los consejos que nunca se dieron porque nunca se pidieron. Así, el ex canciller José de la Puente Radbill pudo dar curso a su crítica sobre el “gesto imperial” de Fujimori al dar a Bolivia una playa en concesión por dos siglos, “pues no otra cosa son 99 años renovables”. Respecto a Chile, el error había consistido en firmar “una innecesaria Convención”, cuando bastaba una simple acta de cumplimiento de las **obligaciones pendientes**.¹⁸⁴

El embajador Martín Belaunde Moreira apuntó que la situación con Chile era cualitativa y cuantitativamente distinta a la de Ecuador: “no existe problema territorial pendiente que complique nuestras relaciones bilaterales”. Las obligaciones pendientes —agregó— “no son de naturaleza territorial ni afectan la soberanía de ambos países”.¹⁸⁵

El embajador Jorge Morelli Pando aludió a los “errores sucesiva y hasta reiteradamente cometidos tanto por la parte peruana como por

la chilena". En un enjundioso artículo reconoció que las servidumbres impuestas a Chile por el Tratado de 1929 "no confieren al Perú atribuciones soberanas de ninguna especie" y que el incumplimiento de las cláusulas pendientes se vinculaba al desinterés peruano por las obras, según su concepción primitiva. Manifestó, además, que tratar de cumplir un tratado por medio de uno alternativo revelaba "el temor de uno y otro gobierno a sus oposiciones internas". Terminó denunciando la secular estructura de desconfianzas: "En el Perú y en Chile determinados sectores de opinión pública, sobre todo en las provincias limítrofes, aún no están preparados para superar definitivamente las secuelas psicológicas de la Guerra del Pacífico".¹⁸⁶

Patricio Ricketts Rey de Castro, ministro de Educación de Belaunde y periodista —también estuvo en *Caretas*—, echó su cuarto a espadas criticando el celo de los ultranacionalistas. En su columna del diario *Expreso* sostuvo que "la fanfarria retórica sonaría mejor si no contrastase tanto con el silencio oficial y ciudadano ante el escándalo del envío de armas argentinas a Ecuador autorizado, ahora no cabe duda, por el ministro Camilión".¹⁸⁷

El economista Álvaro Quijandría, futuro ministro de Alejandro Toledo, contribuyó reconociendo que los inversionistas chilenos percibían con mayor claridad el potencial futuro del Perú. Pudo decir, así, lo que pensaba la mayoría de sus colegas: "sorprende encontrarse con que muchos chilenos son en la actualidad bastante más optimistas que nosotros mismos".¹⁸⁸

El general (r) Gastón Ibáñez O'Brien publicó un artículo en la prensa, diciendo que muchas de las críticas a las Convenciones fueron obra de la "patriotería". Se manifestó partidario de la integración económica con los chilenos, advirtiéndole que las razones geopolíticas clásicas habían cedido el paso a las de índole geoeconómica. Yendo más allá de lo que pretendía Tudela, afirmó que las Convenciones "deberían ser aprobadas cuanto antes".¹⁸⁹

Luego, el general (r) de Aviación, Luis Barandiarán Pagador, se esmeró en borrar el fantasma expansionista. "Chile no tiene un objetivo político militar que amenace a sus vecinos y particularmente al Perú", escribió. Reconoció que "nada nos separa actualmente de Chile" y que "el problema del cumplimiento final del Tratado de 1929 es de menor cuantía y está próximo a resolverse".¹⁹⁰

En los medios políticos, los apristas reaccionaron ante la crítica de sus parientes chilenos de la Internacional Socialista, según la cual su rechazo a las Convenciones contradijo su ideario integracionista. Respondieron, informalmente, que el problema no estuvo en los documentos firmados, sino en que una democracia consecuente no debió negociar con la “dictadura de Fujimori”. En el fondo, cobraban al gobierno de Aylwin la cuenta por su pragmatismo y quisieron olvidar que el gobierno aprista de Alan García negoció, sobre el mismo tema, con el gobierno del general Pinochet.

Por mi parte, contribuí dando a conocer este nuevo clima en Chile, con una larga entrevista al general Mercado. En ella le pregunté qué cabía hacer para romper el equilibrio tensional entre nuestros países y él respondió que los chilenos debían flexibilizar sus posiciones. A su juicio, en el Perú vieron las Convenciones “como el acto final de un Ejército victorioso en la Guerra del Pacífico” y no se percataron de que carecían de una visión integral, orientada a un proceso de integración. Él creía necesario sentar las bases para un nuevo tipo de relaciones, orientado hacia la Cuenca del Pacífico. Elaborando la idea, hizo un planteo audaz sobre la necesidad de que chilenos y peruanos integraran sus capacidades portuarias, sugiriendo que su mutua competencia sólo beneficiaba a terceros países, como Brasil y Bolivia. Agregó que “después de la guerra, el Perú ha sido mucho menos suspicaz” y eso se podía comprobar con las inversiones chilenas en sectores importantes de la economía peruana, como el cuprífero. “Yo no me asusto”, manifestó. Cuando le hice presente que los inversionistas chilenos sí tenían susto ante la posibilidad de verse discriminados o maltratados, su respuesta fue toda una lección sobre imágenes nacionales comparadas:

No lo creo. Para bien o para mal, mi país tiene la tradición de honrar sus compromisos. Quizás esa vieja cultura, con su sedimentación milenaria, que no la tiene Chile ni Argentina, le ha dado al Perú esa serenidad y ese sentido para las normas y los acuerdos, que comprometen a los hombres con permanencia.

Hubo una última pregunta, sobre el rol de Chile como garante del Protocolo de Río de Janeiro, que respondió con un reconocimiento expresivo: había jugado un papel activo en beneficio de la paz, honrando sus compromisos y así había eliminado toda suspicacia en el Perú.

Incluso elogió la tarea realizada por el embajador chileno Martínez Sotomayor, “que está contribuyendo ampliamente a estrechar las relaciones y a eliminar ciertas susceptibilidades”. Añadió, en frase llena de sugerencias, que dicho embajador “no practica la diplomacia de la ambigüedad y de las palabras que no dicen nada”.¹⁹¹

En definitiva, ese ambiente mejorado permitiría al canciller Tudela hacer una exposición pública, sobre ésa y otras materias de política exterior, el 10 de noviembre de 1995, ante la Asociación de la Prensa Extranjera en el Perú. Allí, tras reposicionar la relación política sobre la económica, advirtiendo el riesgo de conformarse con una buena balanza comercial y de inversiones, dio una versión muy sincera del fiasco desde la perspectiva peruana: “Las Convenciones de Lima fueron vistas por los sectores más nacionalistas como una especie de claudicación respecto a los intereses permanentes del país”. Luego, redimensionó su importancia, dado que los problemas de límites estaban resueltos por el Tratado de 1929 y el objetivo de las Convenciones era secundario: “había unas obras que Chile debía realizar para el Perú, cosa que está realizada y ahora hay que negociar su entrega”.

Como la prensa chilena recogió ampliamente sus palabras, Tudela dio entrevistas exclusivas a otros medios, poniendo énfasis en lo obvio y en lo no tan obvio. Había que dejar en claro que en el Perú no se habían superado “los traumas” de la Guerra del Pacífico y existía “una posición ambivalente en muchos sectores”. Con esto significaba que en Chile había mucho que admirar, pero ser percibido como prochileno seguía siendo peligroso para la salud política.¹⁹²

El problema de Tudela quedó circunscrito a volver a la mesa de negociaciones con los chilenos, haciendo como si nunca hubieran existido las Convenciones y como si su punto más discutido —la posibilidad de que una empresa privada administrara las zonas al servicio del Perú— no hubiera sido propuesto por uno de sus predecesores.

61. *Almas en conflicto*

Era un problema difícil el de Tudela. Desde la Cancillería chilena seguían saliendo voces que se aferraban al mal augurio de Mirko Lauer, exigiendo respetar lo firmado o retirar las Convenciones de manera formal, con *mea culpa* incorporado.

Pero en la Presidencia de la República, ejercida ahora por el ingeniero Eduardo Frei Ruiz-Tagle, también había comenzado un proceso de distanciamiento. El canciller José Miguel Insulza —abogado, aunque poco comprometido con la dogmática jurídica en cuanto especialista en Política Internacional— dio un rodeo precursor en un *paper* académico. Advirtió allí que los chilenos debían evitar “ese falso triunfalismo que nos aísla o nos genera reacciones negativas”.¹⁹³ El subsecretario (vicecanciller) Mariano Fernández manifestó, en la misma línea, que había cierto discurso de los chilenos fuera del país, que cometía “todos los errores de la imprudencia y la arrogancia”.¹⁹⁴

En el curso de 1995, Insulza instruyó a sus embajadores para que apoyaran el ingreso del Perú a la Asociación de países exportadores de la cuenca del Pacífico (Apec). Al mismo tiempo, sugirió que Chile había pecado de idealismo jurisdicista con las Convenciones, al incluir cuestiones como la revisión de textos históricos, que sólo el transcurso del tiempo podía curar. También acusó el “defecto metodológico” de cumplir las obligaciones de un tratado por medio de otro. Esto lo llevó a admitir, tácitamente, que la “perfectibilidad” no era mala idea pues, entre 1993 y 1995 “también en Chile habían surgido algunas dudas respecto a la conveniencia de las Convenciones”. Su conclusión fue que el retroceso de Fujimori no fue totalmente negativo. Daba la oportunidad “de rehacer una negociación que, sin ninguna prisa, se restrinja estrictamente al cumplimiento de las cláusulas de 1929 y no busque suscribir un nuevo tratado ni incursionar en otros asuntos ajenos al tratado original”.

Toda esta elaboración la expuso Insulza en discursos, conferencias y documentos internos de Cancillería. Luego, en 1998, estimó del caso editarla como parte de una colección de ensayos sobre política exterior,¹⁹⁵ tal vez para mejorar un diálogo con Tudela, que había comenzado mal.

Es que el 3 de enero de 1996, el canciller peruano, alentado por las réplicas a sus señales —y probablemente advertido por su embajador Alfonso Rivero de las buenas intenciones de Insulza— envió a la Cancillería chilena una nueva propuesta sobre la “cuestión pendiente”. En ella recogía las ideas señaladas, pero sin siquiera mencionar las Convenciones. Su alma virreinal le decía que los chilenos las entenderían caducadas por déficit de tramitación y, elegantemente, todos pasarían a discutir a tenor del nuevo texto.

Calculó mal. La tradición legalista de los chilenos era tan fuerte como el alma virreinal de los peruanos y les impedía entender que

la perfectibilidad se había convertido en inexistencia. Insulza, en esa línea, podía aceptar la idea de negociar, renegociar o anular las Convenciones. Lo que no podía entender era que se plantearan ideas nuevas, eventualmente aceptables, pero sin hacer alusión alguna a los textos firmados por los cancilleres de ambos países. “Nosotros entendemos que la firma de un canciller de un gobierno tiene un valor”, dijo. Y agregó un párrafo duro:

Lo que podemos esperar de parte del gobierno del Perú es una respuesta clara de lo que piensan hacer con las Convenciones y esa respuesta no está en el ayudamemoria que nos han hecho llegar y, por lo tanto, nosotros vamos a seguir suspendiendo la respuesta, mientras no nos llegue una decisión del gobierno peruano por los canales oficiales.¹⁹⁶

Aquí pareció iniciarse un círculo vicioso especial, dentro del que ya se había instalado, de modo general. El subsecretario Fernández rebajó la propuesta peruana de la categoría de *ayudamemoria* a la de “extraño documento”. El jurista Rodrigo Díaz Albónico, predecesor de Fernández, hizo un informe en Derecho demostrando que la decisión de Fujimori de retirar las Convenciones “resulta inaceptable según el Derecho Internacional convencional y consuetudinario”.¹⁹⁷ El primer ministro peruano Dante Córdova sostuvo que lo que estaba vigente era el Tratado de 1929 y que no había nada rescatable en las Convenciones. Agregó que éstas carecían de valor jurídico y la decisión presidencial de retirarlas se basó en un serio estudio realizado por la Cancillería peruana. Tudela, por su parte, hizo decir a su jefe de gabinete, embajador Hugo de Zela, que “la posición oficial del Perú sobre las Convenciones de Lima está en la propuesta que el canciller presentó a Chile el 3 de enero de 1996”.¹⁹⁸

Afortunadamente para la relación bilateral, esto no pasó de ser un desfogue final o un “desfleme”, como dicen los peruanos. Paulatinamente, la diplomacia de los encuentros personales en Lima, Santiago y terceras ciudades, fue pavimentando el camino de vuelta a la mesa de negociaciones. Los Presidentes Frei y Fujimori, y los cancilleres Insulza y Tudela, tras sendos diálogos en diversas reuniones internacionales, aceptaron priorizar los intereses sobre los orgullos. Ayudó el espíritu práctico de los inversionistas chilenos y sus asociados peruanos, al asumirse perjudicados por el estado de tensión prolongada. Ellos, en

cuanto empresarios o emprendedores, no debían ser rehenes de una mala relación, sino “prenda” que avalara concesiones mutuas.

En el corto plazo, ambos gobiernos olvidaron las Convenciones, ajustaron las discrepancias técnicas, iniciaron nuevas negociaciones diplomáticas y se pusieron de acuerdo en soslayar la “cascada de tratados”. Así, el 13 de noviembre de 1999 dos nuevos cancilleres —el chileno Juan Gabriel Valdés y el peruano Fernando de Trazegnies— suscribieron, en Lima, lo que llamaron “Acta de Ejecución”. En su virtud dieron por cumplidas las obligaciones pendientes del Tratado de 1929, sin necesidad de más trámites. En esa ocasión se produjo, además, el gesto chileno ya consignado de la devolución de libros pertenecientes a archivos oficiales del Perú. Acto seguido, los días 29 y 30 del mismo mes, llegó a Chile el Presidente Fujimori, en visita de Estado. Un “acto inédito en la historia diplomática de ambos países”, según calificación de ambas cancillerías.

Los ex cancilleres Insulza y Tudela demostraron, entonces, que tratar de conocer las razones del otro es el punto de partida para comenzar a desmontar cualquier conflicto. Los juristas aprendieron (una vez más), que el Derecho sigue a los hechos, tal como el sábado fue hecho por causa del hombre y no a la inversa. Los diplomáticos, por su lado, aprenderían que un buen *ayudamemoria* puede dejar sin efecto un acuerdo intergubernamental, firmado de manera solemne y hasta con fanfarria. Porque, naturalmente, las Convenciones de Lima no tuvieron acta de defunción.

Parte Octava

SIGLO XXI

62. Los costos del statu quo

A esta altura del recorrido puede verse claro en qué medida las casi guerras de 1975 y 1978, además de las Convenciones frustradas de 1993, fueron tributarias de prejuicios seculares.

Si los chilenos asumieron que Velasco iba a atacar, que Morales Bermúdez se plegaría a la guerra de Videla y que era imperioso cerrar la brecha del Tratado de 1929, fue porque así lo indicaba un *statu quo* receloso que funcionaba como un oráculo. Acatando el mismo vaticinio ominoso, los peruanos se hiperarmaron con Velasco, temieron una guerra preventiva de Pinochet y presionaron para que Fujimori desconociera lo firmado. En los tres casos, los liderazgos respectivos actuaron desde la lógica de la mala fe del otro.

Todo eso fue y sigue siendo muy caro, en términos de seguridad y desarrollo. Tiene costos de imagen, diplomáticos, políticos, militares, estratégicos, y económicos. En cuanto a los primeros, la Guerra del Pacífico dio a Chile una imagen de “país depredador, que buscaba la hegemonía en Sudamérica, generando antipatías en Europa y en la región”.¹⁹⁹ La arrogancia de algunos chilenos en sus relaciones sociales ha permitido que esa imagen siga vigente en las minorías ultranacionalistas de Bolivia y el Perú. Además, favoreció a los gobiernos argentinos que participaron en contenciosos de soberanía con los chilenos.

Para el Perú, el costo relacionado de imagen comenzó a darse cuando Velasco sobrecargó su economía con el gasto militar. Los mismos países que vieron a Chile como depredador, vieron al Perú como un país pobre que privilegiaba la inversión en una revancha de cien años, en detrimento del bienestar de su población.

Los costos diplomáticos han sido mayores para Chile. En términos generales, porque la mantención del *statu quo* es funcional a la reproducción del trilateralismo, en cuanto alianza boliviano-peruana contra Chile. Ello incentivó el desconocimiento argentino del laudo del Beagle, pues mostraba a Chile aislado en su ámbito vecinal.

Los costos políticos son altos para ambos países. En primer lugar, porque la conflictividad crónica deteriora el principio de subordinación castrense a la autoridad política civil e induce un espacio más autárquico que autónomo para los militares. Esto, como es obvio, es disfuncional al compromiso democrático regional y hemisférico y dificulta la elaboración de una política de defensa para la paz.

Los costos militares —también en Chile y el Perú— se relacionan con la tensión política y profesional que implica el *statu quo* para las Fuerzas Armadas. Por una parte, éstas son tironeadas por los nacionalistas extremos, que buscan catalizar una nueva crisis bélica. Por otra parte, condicionadas por la narrativa tradicional, apoyarán o impulsarán mayores gastos y hasta golpes militares, según la coyuntura, para tener gobiernos que las representen. Desde una lógica antagónica, los pacifistas dirán que los conflictos los cargan los militares sólo para justificar su existencia. Y vaya un analista a explicar a un líder poblacional que, tras ciento veinte años sin guerra, es más urgente comprar un avión de combate o un submarino, que construir un conjunto habitacional.

Los costos económicos son superlativos, pues el *statu quo* opera sobre la base de que estos dos países viven al borde de la cornisa bélica, lo que encarece el precio del seguro militar y desencadena carreras armamentistas en espiral. En Chile, hasta la práctica desaparición de problemas fronterizos con Argentina, dichos valores se calculaban automáticamente para tres frentes simultáneos. En cuanto al Perú, ya se vio que no pudo soportar los costos de una disuasión en dos frentes, mientras sostenía una guerra interna contra el terrorismo. Además, todo *statu quo* de crispación da ventajas a los proveedores de armas, aún más en los mercados secundarios y en las operaciones trianguladas.

A lo anterior habría que agregar la mayor inversión en relaciones públicas y en actividades diplomáticas hacia terceros países. También existen los costos económicos invisibles, que reflejan la menor disponibilidad de recursos para el desarrollo productivo y el mayor riesgo-país en los mercados internacionales. Podría agregarse que la barrera de desconfianzas oculta toda una historia de riquezas conquistadas que se esfuman y de terceros países o empresarios individuales que se han beneficiado con esta situación.

Se entenderá, por lo señalado, que el *statu quo* pos Guerra del Pacífico no demuestra la perfidia de los actores nacionales enfrentados, sino sus niveles de subdesarrollo.

63. Intereses sin conflicto

Para efectos expositivos, podemos desglosar los intereses políticos, económicos y estratégico-militares, chilenos y peruanos, tras la firma del Acta de Ejecución de 1999.

Intereses políticos

El interés político corresponde a la definición de los intereses nacionales que pretende promover cada gobierno en su relación con el otro. El de los gobiernos chilenos que iniciaron la transición democrática, es aprovechar la coexistencia de regímenes democráticos para clausurar la inestabilidad de los ciclos, abriendo paso a una relación que supere los recelos del pasado. Esto supone:

- favorecer la cooperación bilateral en materias sensibles y/o de seguridad no militar,
- inducir la cooperación en los distintos organismos políticos y económicos de integración,
- garantizar la seguridad de las actividades generales de los chilenos en el Perú y de los peruanos en Chile,
- contribuir a una mejor imagen del país en el Perú, en la región y, por extensión, en el mundo, y

- ayudar a la proyección global de un país que promueve su desarrollo a partir de exportaciones diversificadas, en el marco de un regionalismo abierto.

Desde esta perspectiva, fue un error del gobierno chileno considerar que el de Fujimori recuperó legitimidad democrática después del autogolpe de 1992. Los hechos demostrarían que antes del 5 de abril fue una administración dictatorial contenida y después se convirtió, según analistas peruanos, en una “dictadura mafiosa”. No hubo, en rigor, coexistencia de regímenes democráticos.

Esa mala percepción influyó en la creencia chilena de que el finiquito de las obligaciones pendientes del Tratado de 1929 podía satisfacer su interés político. Después de firmada el Acta de Ejecución, ese objetivo sigue vigente, pero de manera más realista. Es decir, sin privilegiar el factor jurídico-diplomático y entendiendo mejor la necesidad de elementos multidisciplinarios.

En cuanto al interés político de los gobiernos peruanos, hasta 1999 tenía un punto de partida distinto. Se consideraba que una relación normalizada interesaba más a Chile, pues consolidaría en lo político las pérdidas territoriales peruanas ya regularizadas en el plano del Derecho Internacional. Desde esa perspectiva, oscilaba entre la mantención de la metáfora “ventana abierta” y la definición del precio político necesario para cerrarla. O, dicho de otra manera, entre cultivar la amenaza latente (“revanchismo”) potenciando la disuasión ofensiva o negociar la normalización política por la vía diplomática.

Después de 1999, el Perú ha perdido la posibilidad de mantener ese juego oscilante. Esto, sumado a la efectiva coexistencia de gobiernos democráticos, a partir de la fuga de Fujimori el 2000, favorece una coincidencia de intereses políticos. Se abrió, así, la posibilidad de cooperación en materias de seguridad no militar, como el combate al crimen organizado y al narcotráfico. También respecto a materias sensibles como el caso del Chinchorro, donde se han mezclado problemas de vialidad, soberanía y protocolo.

Quizás la conquista más importante derivada de una coincidencia de intereses políticos sea la independencia de los poderes judiciales en los casos *sub litis*. Esto debiera permitir una mejor distancia entre los conflictos que afectan a actores privados y los intereses nacionales.

Intereses económicos

Desde comienzos de la década del 90, Chile y el Perú viven un período de confluencia de intereses económicos, a partir de un modelo común en distintas etapas de desarrollo.

Ambos países están comprometidos con una economía de mercados abiertos, privatizaciones, desregulaciones, libre participación de los agentes económicos y encuentros en distintos organismos regionales de integración. La mayor coincidencia se ha dado en el marco de una economía peruana interesada en atraer inversión extranjera y una economía chilena capacitada para exportar capitales.

Lo señalado ayuda a sacar las relaciones bilaterales del ámbito de lo diplomáticamente correcto. La agenda es hoy más diversificada y en ella predominan los temas de comercio, inversión, banca, AFP, turismo, *joint ventures*, etc. Para dimensionar el nivel del cambio basta comparar la cifra de US\$ 36 millones, por concepto de inversión chilena en el Perú a comienzos del crítico año 1994, con la cifra de US\$ 3.000 millones en 1999, año de firma del Acta de Ejecución. Aunque en cantidades sensiblemente menores, también se está produciendo una inversión peruana en Chile (que al gobierno del Perú interesa canalizar hacia Arica), **con buenas perspectivas de expansión.**

Como se ha advertido, esta confluencia de intereses fue combatida por los sectores ultranacionalistas peruanos, que siguen viendo la presencia económica de Chile más como un prolegómeno de “expansionismo” que como un factor mutuamente beneficioso. La tensión entre las ganancias teóricas del libre mercado y los recelos prácticos subsistentes, ha inducido un especial “asociacionismo” de los inversores chilenos. Estos, por la vía de sociedades con nacionales de países desarrollados y con peruanos de relevancia económica y/o social, buscan una especie de seguridad complementaria a la legal. De alguna manera, ello refleja el temor a la inestabilidad del marco jurídico, en el contexto del *statu quo*.

Intereses estratégico-militares

El interés estratégico actual de Chile, respecto al Perú, puede sintetizarse en la voluntad de mantener intacto su patrimonio territorial (que

incluye territorios conquistados a ese país y a Bolivia) y evitar la activación del trilateralismo.

El interés estratégico del Perú tiende a coincidir con el chileno, a partir del cambio de las coordenadas geopolíticas tradicionales y del término de la “cuestión pendiente”.

Teóricamente, Chile y el Perú se encuentran, ahora, en su mejor posición de coexistencia estratégica desde la Guerra del Pacífico. Esto habilitaría a sus fuerzas militares para perfeccionar sistemas de “defensa defensiva”, con vista a la seguridad compartida. Se trata de sistemas propios de una disuasión no amenazante, en la línea de lo que modernos teóricos militares llaman “mutua superioridad defensiva”.

El tema amerita un capítulo especial.

64. Estrategias sin colisión

Siendo desigual el desarrollo de Chile y el Perú, sigue habiendo espacio para los fantasmas del siglo XIX e, incluso, para espantos nuevos. Entre estos, el sobredimensionamiento de contenciosos de Derecho Privado o la pretensión peruana de nueva delimitación de la frontera marítima.

Pero, aunque los absortos en la Guerra del Pacífico o en la búsqueda de pleitos frescos no quieran darse cuenta, a finales del siglo XX cuajaron nuevas circunstancias que otros sabrán procesar en este siglo XXI.

En lo principal, esas circunstancias están representadas por los siguientes factores:

- El distinto comportamiento de Argentina y Chile —garantes del Protocolo de Río de Janeiro—, en el conflicto bélico de 1995, demostrativo de que no había alineamiento automático chileno-ecuatoriano ni argentino-peruano.
- La solución pacífica de prácticamente todos los problemas fronterizos pendientes entre Chile y Argentina, que destruyó otro factor de alineamiento geopolítico automático.
- El Acta Presidencial de Brasilia, de 1998, que, al poner término al conflicto ecuatoriano-peruano colocó al Perú en una condición similar a la de Chile: con el interés dominante de mantener intacto su patrimonio.
- El Acta de Ejecución de 1999, que cerró la ventana del revanchismo a los ultranacionalistas peruanos.

- La real coexistencia de gobiernos democráticos en Chile y el Perú, por primera vez después de 32 años.
- El acuerdo chileno-peruano de 18 de noviembre de 2003, para homologar la medición de los gastos en defensa, ampliando así la base para la “construcción de confianzas”.

Todos esos factores implican la obsolescencia de las viejas tesis geopolíticas que tensaban las relaciones entre Argentina, Bolivia, Chile, Perú y Ecuador, y colocan las relaciones de todos en el mejor marco de la democracia. En especial, son funcionales a una cooperación fronteriza entre Chile y el Perú, que aleje la tentación de un Estado o corredor-tampón y del desvelo por los equilibrios macromilitares.

Procesar estos nuevos datos obliga a esfuerzos creativos, que se expresen en nuevas políticas públicas y estrategias nacionales. Afortunadamente, ya hay señales que salen desde los ministerios de Defensa o desde las propias instituciones castrenses. Así, según la ponencia ya analizada del general chileno Óscar Izurieta, “el futuro nos depara grandes oportunidades”, siendo posible “crear un ambiente de verdadera confianza, obrar de buena fe y con perseverancia en todos aquellos aspectos que nos unen”. Cabe agregar que casi cuatro meses antes —el 7 de junio— se había suprimido la alegoría del asalto y toma del Morro de Arica, inaugurada bajo el régimen del general Pinochet. Fue reemplazada por una sobria misa de campaña a los pies del Cristo de la Paz, en la cual se oró por los soldados chilenos y peruanos que perdieron la vida en ese episodio bélico. El general Julio Cerda explicó, entonces, que el Ejército de Chile estaba inserto en la sociedad y era necesario mirar hacia un futuro de paz.

En la Armada chilena también hay nuevas señales, como puede apreciarse de los siguientes extractos de una Conferencia pronunciada por su comandante en jefe, almirante Miguel Ángel Vergara, en la Academia de Guerra Naval del Perú, el 25 de junio de 2002:

- “aun queda un largo camino por recorrer para alcanzar un nivel de cooperación como el que los tiempos exigen. Vamos por el camino correcto pero, quizás, deberíamos apurar el ritmo, puesto que Perú y Chile se necesitan mutuamente para ocupar el espacio que nuestras patrias merecen en el mundo que se está construyendo...”

- “Lamentablemente, los hechos del pasado no pueden ser cambiados (...) No obstante, y sin perder un ápice de objetividad, podemos hacer un esfuerzo por interpretar aquellos mismos hechos desde otra perspectiva; y eso sí que es materia de nuestra elección”.
- “Sugiero comenzar reconociendo y aceptando la sinceridad y honestidad de las razones esgrimidas por ambos países. Puede que hoy los argumentos y motivaciones de los contendores de aquella época no nos resulten convincentes, pero no cabe duda que, en la oportunidad, ambos pueblos los creyeron válidos y de tal importancia como para aceptar incluso el sacrificio supremo”.
- “La Armada de Chile estima que se prestigia y enaltece a sí misma cuando honra a las personas, las instituciones y los Estados que en algún momento fueron sus rivales”.²⁰⁰

También existe un sugerente texto del almirante Vergara, titulado “Estrategia para el siglo XX”. En él plantea que la estrategia nacional no debe encerrarse en los procesos tradicionales, fundados, por lo general, en “apreciaciones respecto de probables hipótesis vecinales”. A su juicio, ello implica “el riesgo de olvidar las nuevas oportunidades o posibles escenarios asociados a la actual dinámica de las relaciones internacionales, donde los intereses nacionales por proteger no siempre estarán ubicados en las fronteras geográficas”. Por si no hubiera sido suficientemente claro, agrega que “al concentrarse sólo en ‘potenciales amenazas’, los criterios generalmente apuntarán a priorizarlas más por su peligrosidad que por su probabilidad de ocurrencia”.²⁰¹

En consonancia con estas señales, el 26 de abril de 2003 el jefe naval chileno y su homólogo peruano, almirante Ricardo Arboccó, firmaron en Chile un convenio por el cual se crearon las maniobras “Pacífico”. Éstas permiten a ambas fuerzas navales operar en forma combinada, durante ejercicios internacionales como los de la operación Unitas. Dicho convenio venía a consolidar y ampliar una primera experiencia del año 2001, entre una fragata chilena y dos peruanas, en aguas del Perú.²⁰²

La Fuerza Aérea de Chile también está trabajando con esta orientación, junto a su homóloga del Perú. Gracias a un convenio suscrito por sus altos mandos en Lima, en junio de 2003, comenzará un intercambio de cadetes chilenos y peruanos, que se integrarán a sus instituciones académicas matrices. En esa ocasión se suscribieron, además, acuerdos en materias de cooperación antártica, de estudios climatológicos y la realización de ejercicios fronterizos.²⁰³

En el Perú, las señales de cambio vienen “desde arriba”. De partida, están las declaraciones iniciales del Presidente Alejandro Toledo, quien trató de comenzar con amplios acuerdos de desarme o de congelación inmediata de compras. Luego vinieron planteamientos más realistas de su segundo ministro de Defensa, Aurelio Loret de Mola. En entrevista para el diario *El Mercurio*, bajo el título “Perú busca terminar con las hipótesis de guerra con Chile”, éste se manifestó crítico de los documentos castrenses peruanos que mantienen vigentes las hipótesis de conflicto tradicionales: “Estamos trabajando con el propósito de diluirlas por completo hasta descartarlas”, señaló. Agregó que “las amenazas y las necesidades del mundo del presente no admiten hipótesis de conflictos vecinales”. Con ese propósito, estaría realizando una profunda reforma para que las Fuerzas Armadas dejen de considerar a Chile como un eventual enemigo. En todo caso, tiene claro que hay sectores internos que prefieren poner el énfasis en las diferencias históricas, por lo cual “debemos tener una visión más real y auténtica de lo que ocurrió y no utilizar a nuestros héroes en caminos de conflicto en el futuro”.²⁰⁴

Coincidentemente, Fernando Rospigliosi, ministro del Interior de Toledo, reputado sociólogo y ex colega de *Caretas*, estimó necesario estudiar la política de defensa de Chile. Como resultado, consignó el nuevo talante de la intelectualidad castrense y los matices con que plantean las tesis disuasorias. Le llamó la atención la posibilidad de alternar la disuasión con la cooperación, contenida en un texto del brigadier (r) Jaime García Covarrubias. Al parecer, era una señal de que los militares chilenos no estaban asumiendo la inmutabilidad de las hipótesis de guerra. La ilustró con textos del coronel de Ejército chileno Hugo Harvey Parada. Citó párrafos en los cuales éste dice que no es aconsejable “mantener a las Fuerzas Armadas amarradas como ‘estatuas de sal’ a hipótesis vecinales”, y que la disuasión debería enfocarse “solamente hacia los países que no estén en condiciones de subordinar los dramas del pasado en beneficio de proyectos de integración estables y decididos”. Aunque Rospigliosi matizó esas citas con una alusión irónica a la compra de los F-16, su interés como estudioso lo llevó a conocer al “otro” en su fuente... y a contar sin tergiversaciones lo que ese otro piensa.²⁰⁵

También está la contundente declaración del segundo canciller de Toledo, Allan Wagner, expresando que “a nivel de nuestros gobiernos, no existe en absoluto la presunción de que un país va a atacar al otro por ningún concepto”.²⁰⁶

En definitiva, son apreciaciones y análisis de autoridades, expertos y estrategos modernos e informados que han procesado la aparición de fenómenos nuevos. Sugieren que el *statu quo* dejó de ser un ícono. Demuestran, además, que incluso en sectores como la Marina, tenidos por los más conservadores, surgen líderes capaces de repensar lo que se creía definitivamente pensado.

65. Bolivia: tercero en discordia (II)

Cuando Augusto Blacker llegó a Santiago en 1992, sabía que cada vez que el Perú estaba a punto de solucionar sus diferencias con Chile, “los gobiernos bolivianos presionaban diplomáticamente para introducir en el debate el tema de la mediterraneidad de su país”. Para el canciller, era como si la normalización de la relación chileno-peruana fuera fatal para la pretensión reivindicativa de Bolivia.²⁰⁷

Y, efectivamente, Bolivia ha sido el fantasma irreductible de la relación bilateral. Se trata de un país protagonístico en la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana y en la Guerra del Pacífico, que ha mantenido vigencia como eventual “aliado especial” del Perú, según se viera en la Parte Sexta de este libro. Es el clásico “tercero en discordia”.

La relación chileno-boliviana tiene, en apariencia, similares condicionamientos y déficit que la relación chileno-peruana. Sin embargo, estructuralmente es más parecida a la relación ecuatoriano-peruana anterior a 1998, pues Bolivia no se resigna al *statu quo* proveniente del Tratado de Paz, Amistad y Comercio, suscrito con Chile en 1904. Su “pretensión marítima” supone más desconocimiento del mismo, que posibilidad de avances en su contexto. Así lo prueban sus sucesivas rupturas de relaciones diplomáticas con Chile, la última de las cuales sigue vigente.

En parte, esto se explica porque la “intangibilidad de los tratados” opera sólo como defensa jurídica para Chile. Bolivia no ha debido invocarlo respecto a un tercer país. Sus gobiernos, al carecer de ese tipo de interés compartido, ven en la ruptura del *statu quo* un objetivo permanente e internacionalizable de su política exterior.

Históricamente, esto ha mantenido a la relación chileno-boliviano-peruana ante una falsa alternativa a dos juegos. En efecto, si bien teóricamente sus componentes pueden optar por el juego de tres en armonía,

en los hechos se ha dado el del aislamiento de uno: Chile. Explicable, porque la agresividad de la diplomacia boliviana encuentra su complemento en las políticas defensivas de Chile y un buen contexto en las políticas de simple administración diplomática entre Chile y el Perú.

Pareció normal, por tanto, que tras el agotamiento de la estrategia de Pinochet en Charaña el trilateralismo se recompusiera y el Perú llegara, con Fujimori, a gestos tan simbólicos como la concesión a Bolivia de una franja de playa y facilidades portuarias en Ilo y Matarani.

Desde la perspectiva chilena, esto demuestra que la pretensión de normalizar relaciones con Bolivia no admite estrategias puramente militares, pero tampoco tolera ambigüedades diplomáticas. Lo primero, porque negociaciones como la de Charaña sólo caben en el contexto de una hipótesis actualizada de conflicto para Chile. En cuanto a lo segundo, está en la base de cada ciclo de conversaciones que han iniciado agentes bolivianos y chilenos. Carlos Martínez Sotomayor, ex canciller y ex embajador chileno en el Perú, ha dicho al respecto que “los errores estratégicos de Chile han radicado en crear expectativas infundadas en Bolivia más allá de lo que le era posible hacer respecto al tema marítimo. Su conclusión es que mejor sería no iniciar ese tipo de conversaciones pues, al final, la relación bilateral queda peor que antes.”²⁰⁸

En la práctica, la ambigüedad chilena ha creado un perfecto círculo vicioso:

- En un primer acercamiento, los chilenos sugieren que podría haber salida soberana al mar para Bolivia, siempre que no cortara el territorio de Chile.
- Los bolivianos procesan positivamente la señal, pues la salida por territorios ex peruanos —que no cortaría el territorio chileno— **es mejor para sus productos de exportación.**
- Los peruanos, alertas, entienden que Chile y Bolivia están negociando sobre territorios que les pertenecieron, caso para el cual se estableció una cláusula-candado en el Tratado de 1929.
- Los chilenos sondean la posibilidad de un asentimiento del Perú, conforme a dicho Tratado, a sabiendas de que la susceptibilidad despertada indica **falta de receptividad.**
- Los bolivianos, ante las señales negativas desde el Perú, entienden que la negociación debió partir con el previo asentimiento de ese país; pero aprovechan el buen clima con los chilenos para replantear su posición: piden negociar sobre territorios ex bolivianos.

- Los chilenos replican, entonces, que eso dejaría cortado su territorio, lo cual afecta a su seguridad.

Al final del proceso se rompe el diálogo chileno-boliviano, Bolivia reitera su reclamación en todos los foros internacionales, el Perú simpatiza con esa reclamación, se deteriora la relación chileno-peruana y se repone la “relación especial” boliviano-peruana.

La experiencia ha sido tan mala que, descartando la chapucería, su repetición sólo podría explicarse en el marco de nuevas y graves amenazas a la seguridad nacional. Por eso, la actual política oficial de Chile se orienta a dar el máximo de facilidades y garantías a Bolivia para que acceda con sus productos al océano Pacífico, en la medida en que no se plantee en términos de pérdida de la soberanía chilena sobre su territorio. De hecho, esas facilidades son superiores a las recomendadas por la Convención de las Naciones Unidas sobre el comercio de los Estados sin litoral.

Así, en el marco de relaciones renovadas Chile-Perú, sus gobiernos deberían coordinar esfuerzos para levantar una política común hacia Bolivia, que facilite el mejor acceso de los bolivianos al mar, sin incentivar pretensiones que impliquen transferencias de soberanía. En este sentido, el general Mercado llegó a sostener que el Tratado de 1929 “coloca al Perú en la condición de contribuir solidariamente a garantizar a Chile la consecución de sus Objetivos Nacionales frente a la aspiración boliviana de salir al mar”.²⁰⁹ Es una tesis de la mayor importancia, por la carga de escarmiento que comporta y que no ha sido analizada a cabalidad en Chile.

En el fondo, el sinceramiento de posiciones es la mejor manera de poner término a un juego cuyo control escapa tanto a Chile como al Perú. Si sus gobiernos no pueden evitar que Bolivia siga siendo un factor urticante en sus relaciones, sí pueden reducir su potencial dislocador, “licuando” el tema de la reivindicación marítima en el ámbito de las mejores relaciones económicas. Sin embargo, incluso allí puede seguir actuando como factor patógeno y así se está viendo, actualmente, en relación con dos grandes temas: la comunicación interoceánica (los “corredores”) y la producción de gas boliviana.

Respecto al primer tema, Mercado me lo había adelantado en la entrevista de 1995. Como se ha visto, ahí proponía una especie de *pool* portuario chileno-peruano, para optimizar el rendimiento de las instalaciones y evitar ser manipulados por terceros países. Tal vez por no

encontrar receptividad ante esa idea, su siguiente intervención sobre el tema fue un artículo titulado “La guerra de los puertos” y tuvo otro tono desde su arranque:

Al finalizar el siglo XX hemos ingresado a un nuevo tipo de competencia con Chile de carácter económico, de trascendentes consecuencias. O es el eje Tacna-Ilo-Matarani el de proyección del Mercosur a la Cuenca del Pacífico, o lo es el de Antofagasta-Iquique-Arica, terminales marítimos de los corredores terrestres del siglo XXI desde el Atlántico por donde transitarían las mercaderías a un costo mucho más bajo que los de las actuales alternativas marítimas por Panamá y el Cabo de Hornos.²¹⁰

Frente a este texto sí hubo reacciones en Chile. Para algunos analistas civiles y militares era parte de una maniobra peruana dirigida a los bolivianos, para inclinar los corredores bioceánicos hacia los puertos de su territorio. Agregaban que Mercado era un hombre con mucho ascendiente en los geopolíticos y militares sudamericanos y que su tesis corría a favor de la antipatía que despertaban los empresarios chilenos en Bolivia.

En cuanto al tránsito del gas boliviano, es parte específica de esa competencia sesgada entre las salidas portuarias de Chile y el Perú. Se potenció a partir del año 2002, por la necesidad de construir un gasoducto internacional para exportar esa incrementada riqueza natural. El libre mercado experimentó, entonces, una interferencia política en dos instancias: presión interna sobre el gobierno boliviano, para que no apruebe proyectos que hagan empalmar ese gasoducto con puertos chilenos y presión sobre los inversionistas extranjeros, para que prefieran puertos del Perú.

Paralelamente, hubo otra posición, más sutil, inspirada por estrategos, geopolíticos, diplomáticos y periodistas bolivianos, que proyectaron una “diplomacia del gas”, para avanzar en el cumplimiento de su objetivo marítimo. En un artículo publicado en el diario *La Razón*, se señaló que “la exportación de gas hace parte de una estrategia de desarrollo trinacional y la recuperación de la cualidad marítima es una consecuencia de ese proceso de integración económica”.²¹¹

Por cierto, la integración regional, a partir de los vínculos económico-comerciales, ya ha sido contemplada por los gobiernos chilenos como el mejor método para ampliar las facilidades bolivianas de acceso

al océano Pacífico. *Ergo*, si la “diplomacia del gas” se orientara desde y hacia la integración, tendría buenas posibilidades de progreso.

Por desgracia, la pretensión boliviana no admite mediaciones económicas. En enero de 2004, el Presidente Carlos Mesa decidió interrumpir las negociaciones sobre un tratado de libre comercio asimétrico (con ventajas claras para Bolivia) ofrecido por Chile. La “diplomacia del gas”, por su parte, fue más una estrategia nacionalista interna que una negociación bilateral. En marzo de 2003, obligó al Presidente Gonzalo Sánchez de Lozada a explicar que “preferimos al Perú por razones obvias: ningún boliviano quiere que el gas salga por Chile, pero es muy probable que tenga que salir por Chile, porque es lo más viable”.²¹² A menos de un mes de tal explicación, el almirante Luis Aranda dijo no oponerse a la exportación del gas por un puerto de Chile, pues sería una oportunidad para “volver al Pacífico”.²¹³ En septiembre, el tema se convirtió en uno de los fundamentos para pedir y obtener la dimisión del Presidente. Caído éste, el dirigente cocalero Evo Morales planteó el trueque directo: “si Chile quiere gas, pues primero que devuelvan el mar”. Simultáneamente, el nuevo canciller, Juan Ignacio Siles, declaró que cualquier negociación con Chile supone la “reivindicación de un puerto libre y soberano en el océano Pacífico”. Su vicescanciller, Jorge Gumucio, introdujo, de manera sutil, la tesis de la inaplicabilidad del Tratado de 1904.²¹⁴

En este contexto —en el cual ni siquiera había interlocutores bolivianos estables— personalidades como Jimmy Carter y Kofi Annan ofrecieron sus servicios para una eventual negociación bilateral; Fidel Castro encontró una nueva oportunidad para socavar a un gobierno chileno, y el Presidente venezolano Hugo Chávez proclamó su sueño de bañarse en una playa boliviana.

En cuanto a la posición peruana sobre el gasoducto, ya la había manifestado el canciller Allan Wagner, respondiendo a un periodista de *El Mercurio*: “Mire, pues, no estamos en un concurso de belleza”. Agregó que “a pedido de Bolivia, el gobierno peruano ofreció unas facilidades”.²¹⁵ Desgraciadamente, la dinámica de la relación trilateral llevó a su gobierno a ofrecer hasta una especie de subsidio, para compensar la diferencia negativa de costos respecto a un ducto que pasara por puerto chileno. Es decir, asumió el pedido boliviano con tal entusiasmo, que generó una competencia imperfecta, con factores históricos, sicológicos y políticos sobreponiéndose a la razón del mercado. Luego, consciente

de los riesgos de la internacionalización del tema de fondo, el gobierno de Toledo recuperó la prudencia y señaló, a través de Javier Pérez de Cuéllar —a la sazón embajador en Francia—, que sólo Chile tenía la responsabilidad de resolver la reclamación boliviana.²¹⁶

En todo caso, el fin del año 2003 marcó un epílogo melancólico para la “diplomacia del gas”. Los eventuales importadores norteamericanos, fatigados de esperar una decisión, firmaron contrato de provisión con una empresa de Indonesia. La economía boliviana debió despedirse de las inversiones pertinentes y el Estado, de un ingreso mínimo anual calculado en US\$ 400 millones por concepto de impuestos. Los productores locales reaccionaron indignados contra peruanos y... chilenos: “Frente a la agresiva campaña del Perú por sacar el gas por su territorio, que siempre fue inviable técnicamente, la Cancillería de Chile nunca promovió públicamente su oferta a los bolivianos ni a su propio pueblo”, dijo Roberto Ruiz, presidente del Comité Cívico de Tarija, ciudad capital de los yacimientos. Por su parte, el ministro de Desarrollo Económico, Xavier Nogales, reconoció que para exportar al nivel previsto deberían esperar muchos años, aunque el referéndum sobre el tema convocado por Carlos Mesa, el sucesor de Sánchez de Losada, resultara positivo.²¹⁷

Todos perdieron porque, mientras unos soñaban como la lechera de la fábula, el “tercero exógeno” volvió a dispararse a los pies.

66. Divagación sobre la historia

El *statu quo* chileno-peruano se sostiene en una multiplicidad de factores, de los cuales sólo algunos son reconocibles: la inercia de las burocracias, la dictadura de la coyuntura, la priorización casi absoluta de las relaciones económicas, la tutela castrense sobre la política exterior y la falta de un consenso innovador entre los gobernantes.

Más ocultos están los *lobbies* nacional-chovinistas, que actúan como motor invisible del factor más poderoso: la sostenida mala imagen del otro. Los integrantes de dichos *lobbies* están en cualquier parte, pero su peso se potencia cuando tienen intereses en la industria armamentista y en los sistemas mediáticos. La conjunción de ambos elementos puede ser explosiva en casos de tensión.

Sin embargo, ni siquiera esos *lobbies* son decisivos. Dependen de una motivación subyacente que fusiona lo cultural y lo emocional, para

identificar el amor a la patria propia con el odio a la patria ajena. En esa motivación está la raíz de todo.

¿Y de dónde nace esa motivación...? En términos generales, como hemos visto, de la narrativa de los hechos, procesos y circunstancias que vincularon y vinculan a chilenos y peruanos, la que puede tomar múltiples formas, con la historia en el epicentro.

La primera impresión sobre el conjunto es que se trata de una narrativa cerrada, en la que predomina una odiosidad interactiva. En la parte chilena, afirma la autoestima con la exaltación del *ethos* patriótico a expensas de enemigos peruanos (y bolivianos) siempre desconfiables. En la parte peruana, afirma el *pathos* de los tres cataclismos y la percepción de Chile como un vencedor desprovisto de magnanimidad, siempre temible por sus ambiciones expansionistas.

Es lo que explica por qué, aun en niveles relativamente altos, esa narrativa produce una historiografía totalitaria. Un fenómeno que entronca con la utopía del pensamiento único, la obsesión del reduccionismo, la profecía del determinismo y la ideología del nacionalismo. Sus autores lucen convencidos de que sólo su historización personal narra hechos exactos, definitivamente interpretados y válidos para todos, hasta el fin de los tiempos. Sin sospecharlo, se convierten en paradigmas del diagnóstico de Kurt y Kati Spillman, según el cual en la esfera cognoscitiva de todo proceso conflictivo “predomina la perspectiva egocéntrica, lo que implica que el punto de vista propio representa la realidad absoluta”.²¹⁸ Por eso, la mayor flexibilidad posible de esos autores es cambiar la eternidad que postulan sus tesis por una “larga duración”, expresada en siglos o milenios.²¹⁹

En buenas cuentas, son historiadores entre comillas, que asignan la nitidez de los objetos geométricos a los hechos que investigan, registran e interpretan. Y, así como no importa el color o el soporte de un triángulo escaleno para que siga siendo triángulo escaleno, ellos creen que los sucesos historizados con sus métodos se convierten en hechos históricos absolutos.

Esta especie de narradores ignora que para la filosofía, desde distintas vertientes, la pretensión de una “historia exacta” no pasa de ser una ilusión. El existencialista Karl Jaspers sostiene que “la historia es, en absoluto, transición” y “lo que fue es capaz todavía de nueva interpretación (...) no queda como residuo muerto”.²²⁰ El cristiano Jacques Maritain, por su parte, niega incluso la posibilidad de una historia

científica y asevera que “un hecho histórico presupone e implica tantos juicios críticos y diferenciales y revisiones analíticas como cualquier otro hecho”.²²¹

Desde esta perspectiva, la pretensión de tener la “verdad histórica” bajo control sería hasta divertida, si no fuera asumida con tanta agresividad, incluso con métodos extorsivos. Discrepar de esos historiadores en puntos sensibles, puede convertir al osado en una abominable mezcla de ignorante, *dilettante* y antipatriota. El pecado original de un “revisionista” será, siempre, el no conocer la historia por no ser historiador como ellos.

Inevitable es que, ante esa pretendida “objetividad científica”, los lectores inteligentes recurran a la más vieja de las subjetividades: definir qué tipo de historiador y sobre la base de qué cualidades, es el más interesante y/o creíble. Dado que ese tipo de lectores no está en la barra brava de los racistas, xenófobos o chovinistas (por eso son inteligentes) preferirán a los historiadores humanistas que proponen la aventura de la revisión. Una opción que exige, a su vez, intelectuales con

una profunda filosofía del hombre, una cultura integral, una aguda apreciación de las diversas actividades del ser humano y de su comparativa importancia, una correcta escala de los valores morales, políticos, religiosos, técnicos y artísticos”.²²²

De este modo, el lector inteligente está mejor preparado para entender que bajo el absolutismo de muchos historiadores chilenos y peruanos yace, todo mezclado, el irracionalismo, el enamoramiento con la propia obra y la creencia en una historia concebida como ciencia unívoca, con leyes generales deducibles e inductibles. De ella hasta podría desprenderse una Teoría Pura de la Historia que arrasase con los límites y condicionamientos que reconocen la filosofía de la historia y la historiografía desarrollada.

Naturalmente, el subdesarrollo no es exclusividad de narradores chilenos y peruanos. Por una parte, es fruto tardío del viejo proceso a través del cual las primeras narrativas de la humanidad se convirtieron en literatura sagrada. Escribir la tradición oral y transmitirla de generación en generación llegó, en ocasiones, a sustituir la voz y la pluma de los hombres por la revelación de los dioses. Nada de lo escrito se podía cambiar. La Historia era una Teología.

Por otra parte, ese subdesarrollo proviene de la aplicación en diferido del racionalismo absolutizado. Ese que Ortega definiera, en *El tema de nuestro tiempo*, como “un extraño desdén hacia las realidades”, conforme al cual “para salvar la verdad se renuncia a la vida”. Es el racionalismo hegeliano que tiende a esclerotizar la historia bajo el prisma de una sola lectura, con Karl Marx como su máximo exponente. Para éste, “la historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”. Lenin, para ser consecuente con tal pretensión, dijo que “la doctrina de Marx es todopoderosa porque es exacta”.²²³

Por eso, entre chilenos y peruanos no bastan las apelaciones a la racionalidad sencilla, a los buenos sentimientos, a los buenos negocios conjuntos o a los diseños de un futuro asociado, para deshacer la mala imagen del otro. Esas impresiones ya se incrustaron en las formaciones culturales respectivas y su reducción o erradicación exige que los diseñadores y ejecutores de políticas renovadoras consideren las siguientes tres advertencias fundamentales: primera, que esas políticas no pueden operar cambios positivos automáticos respecto a la imagen del otro; segunda, que sin esas políticas, esos cambios no se producirán nunca; tercera, que la clave de la posibilidad está en el ámbito cultural, e implica una revisión simultánea de la narrativa histórica, para desmontar los elementos irracionales con que se autoestructuró.

67. La visión de O'Higgins

A esta altura ya puede entenderse mejor por qué, al historizarse la Guerra del Pacífico como eje de la narrativa binacional, chilenos y peruanos hemos vivido bajo el imperio de una Ley de Murphy: si algo malo sucedió, volverá a suceder en el futuro.

Por eso, a los peruanos no les gusta leer a los historiadores chilenos, y es comprensible. Unos les dicen que su antipatía por los chilenos venía desde el Incanato. Otros afirman que esa guerra se ganó por la superioridad de la raza o de la historia de Chile. Todos coinciden en que la victoria fue para el país metafísicamente mejor.

Los chilenos tampoco disfrutaban leyendo a los historiadores peruanos. En su mayoría les parecen más preocupados de probar la culpabilidad chilena que de detectar causalidades complejas. Levantan la Guerra

del Pacífico a la categoría de Gran Trauma Nacional y la privilegian por sobre todas las otras guerras que sostuvo el Perú.

Todo lo cual, mezclado, mantiene una cultura subordinada a las emociones, con “el otro” clavado en la cruz de su peor imagen. Sin ese condicionamiento paleohistoricista, sería más fácil que primara entre chilenos y peruanos la compatibilidad objetiva de intereses, con el **correspondiente impacto de apertura cultural**.

De esto se desprende el deber intelectual de mantener una posición crítica ante una narrativa obsesionada por cultivar y “desenmascarar” animadversiones. Sin embargo, tampoco se trata de esperar la llegada del historiador-mesías para desarrollar iniciativas funcionales. Se puede actuar de manera dinámica, desde las bases sanas que existen y eso supone incentivar las buenas relaciones entre sectores minoritarios de ambas sociedades, para desarrollar una sinergia virtuosa.

En esas bases, que han funcionado de manera natural en el ámbito privado, están los chilenos capaces de apreciar la historia cultural del Perú sin complejos y los peruanos capaces de expresar sin tapujos su admiración por la institucionalidad chilena, su desarrollo económico y hasta las características positivas que encuentran en sus dictaduras. A partir de esa realidad, podrán hacerse generalizaciones y decir, por ejemplo, que las relaciones entre chilenos y peruanos tienen la forma de un tríptico: una minoría aprecia al otro, una minoría lo rechaza y una mayoría fluctúa entre ambos extremos, según la coyuntura.

Lo importante es que en la minoría positiva están los chilenos que han vivido en el Perú y los peruanos que han vivido en Chile. Los que, aquí y allá, descubrieron a Vallejo y a Neruda; a Violeta y Chabuca; a Vargas Llosa, Bryce Echenique y Donoso. Los que complementan la cocina peruana con el vino chileno y saben reírse de “la guerra del pisco”.

Allí está la base social necesaria para desarrollar un “mercado” que promueva a historiadores inteligentes y para dejar juegos tan inútiles como el de apostar a la inherente superioridad de Caupolicán sobre Tupac Amaru o viceversa.

¿Significa lo señalado que sólo disponemos de una Historia-Teología?

Afortunadamente no. En Chile, el embajador Óscar Pinochet de la Barra brindó, en 1989, una perspectiva de percepciones más complejas. Para él, los problemas de la relación comenzaron con la descalificación chilena de la Confederación Perú-Boliviana. Pudo ser beneficiosa para la región —señaló—, pero Portales creía que Chile:

tenía el derecho, a impedir que se formara una gran nación más poderosa que la chilena, y primero con el almirante Blanco Encalada, luego con el general Manuel Bulnes, invadió, sometió y desbarató los planes peruano-bolivianos que, a lo mejor, pudieron haber fracasado sin que fuera necesaria la discutible intervención armada chilena.

Con ese antecedente, agregó, la posterior Guerra del Pacífico “dará el golpe definitivo al entendimiento y a la confianza, y estimulará la tirantez de relaciones entre estos países”.²²⁴

Más tarde, el mismo embajador-historiador resumió en un tomo *La Guerra del Pacífico*, de Gonzalo Bulnes y en su prólogo consignó dos asertos importantes. Primero, que su empeño no reflejaba la pretensión de mostrar “la historia definitiva, que no existe”. Segundo, que si alguna debilidad sentía su pluma, “era a favor del vencido”.²²⁵

Otras señales de esperanza, más abundantes, vienen desde el Perú. Al parecer, el centenario de la guerra marcó allí un buen momento para releer la historia.

Descubrí el nuevo talante en Arequipa, 1993, cuando el historiador Eusebio Quiroz Paz Soldán me regaló un librito titulado *Cien años después*, hasta hoy desconocido en Chile y nunca citado en trabajos divulgativos (que yo sepa). En ese opúsculo, postulaba una historia del Perú republicano que no girara alrededor de la Guerra del Pacífico ni la definiera como un estigma. En un párrafo medular, llegó al meollo de lo que he venido sosteniendo:

El revanchismo y el rencor nos han hecho ya mucho daño y han suplantado el patriotismo sano y constructivo; han hecho consentir que el odio es nacionalismo y que la actitud correcta es la de armarnos contra “el enemigo de siempre”. Todo esto resulta irracional y fuera de momento, conspira contra el destino del trabajo y de la construcción nacional a que está llamado el Perú cien años después de 1879.²²⁶

Ese mismo año, el historiador Pablo Macera optó por la transparencia de sus sentimientos. A propósito de las Convenciones de Lima, confesó escribir desde su individual perspectiva cronológica “que condiciona mi prejuicio y desconfianza contra Chile”.²²⁷ En buenas cuentas, no más trampas subjetivas, disfrazando filias y fobias como certezas históricas.

Tres años después, el historiador Nelson Manrique llamaba a superar el pasado, tras reconocer, primero, que la guerra contra Chile fue más importante que la propia independencia en la construcción de la conciencia nacional y, segundo, que la acusación de “prochileno” llegó a equivaler a la de “terrorista”. Su tesis para el futuro fue que “es esquizofrénico proclamar la necesidad de la unidad y de la integración (...) mientras se inculca a los ciudadanos un sentido común histórico que marcha a contracorriente y alimenta los recelos mutuos”.²²⁸

En el año 2002 apareció la importante obra en dos tomos y 1.700 páginas del embajador Juan Miguel Bákula, titulada *Perú: entre la realidad y la utopía. 180 años de política exterior*. Invitado como co presentador, en Lima, debí leer rápido su capítulo XI, sobre las relaciones con Chile, para comprobar un esfuerzo de objetividad notabilísimo y un gran señorío para manejar los disensos. Los chilenos podremos discrepar sobre éste o aquel enfoque, pero la obra, globalmente considerada, muestra una perspectiva histórica renovada de alto nivel.

Bákula inicia su exposición con una síntesis acerca del significado comparativo de la independencia: Mientras Chile gana estatus, Perú lo pierde. Sin embargo, no escatima reconocimientos al sacrificio de Chile para montar la expedición libertadora y consigna que O'Higgins siempre representó “una percepción de entendimiento”. En el capítulo XI va a las raíces del Gran Trauma Nacional, al sostener que la memoria peruana “prefiere olvidar que fue en los cincuenta años anteriores a la guerra del Pacífico (...) cuando se generaron las explicaciones profundas del proceso histórico de la República”. También denuncia la vigente estructura de desconfianzas, cuando alude a los estudiosos

acostumbrados a entender la relación peruano-chilena como una pugna imborrable que era preciso mantener, ya sea alimentando sentimientos de enemistad, ya fuese forjando nuevas lógicas de pensamiento que revivieran las frustradas demandas peruanas, siempre en términos de alegato.

Por otra parte, lamenta el vuelo corto del Acta de Ejecución de 1999, fruto de la experiencia de las Convenciones de Lima,

que han revertido en frustración, cuando resultaron infructuosos los llamados para que los negociadores se propusieran abrir las puertas de una nueva relación, en lugar de limitar sus ambiciones al uso de meros establecimientos de concreto que debieron construirse setenta años antes.

Tampoco está ausente de su análisis la contradicción entre la consolidación de una mejor relación entre Chile y el Perú y la subsistencia de algunos “elementos discordantes”. Entre éstos, la pretensión marítima de Bolivia y la aceptación chilena respecto a “la conveniencia o la posibilidad de volver a tratar el tema”.²²⁹

Para ningún patriota peruano es fácil escribir esas verdades. No lo fue para Bákula y sé que, en algún momento, hasta pensó desistir del empeño. Su aprensión era razonable. Obras como la suya chocan contra la inercia generada por la narrativa tradicional, hoy reforzada por el autismo que inducen las nuevas tecnologías de la información.

En Lima, salvo una nota periodística de Mirko Lauer²³⁰ y alguna otra que desconozco, se ha soslayado el debate que amerita una obra de ese nivel. En Chile, al margen de un artículo mío en *La Tercera*,²³¹ se mantiene rigurosamente ignorada. Bákula es más conocido en Santiago por sus tesis sobre delimitación marítima, producidas como diplomático de Torre Tagle, que por sus aportes a la historia binacional.

No puedo disociar la esperanza historiográfica, plasmada en obras como las comentadas, del reciente reconocimiento estatuario de los peruanos a Bernardo O'Higgins. Aunque no entiendo muy bien el desarrollo de mi proceso asociativo, creo que obedece a una percepción de ambivalencia en todos los narradores —chilenos y peruanos— respecto al prócer. Los chilenos, porque soslayan su visión sobre la unidad chileno-peruana; los peruanos, porque disocian el afecto hacia O'Higgins del recelo hacia los chilenos. De alguna manera, su exilio y muerte en el Perú fue funcional a ello, pues sugería una diferencia insalvable entre el héroe de la independencia de Chile y los chilenos ya independizados.

En ese marco complicado, la narrativa peruana dio al prócer argentino José de San Martín casi todo el mérito de la expedición libertadora. Eso se ha expresado en grandes monumentos, plaza central y nombre en calles y avenidas por todo el país. En cuanto a O'Higgins, financista, constructor de la flota y responsable de la operación, las normas tácitas del *statu quo* parecían imponer un reconocimiento asordinado: una plaquita metálica en su casa limeña del Jirón Unión y la primera piedra colocada en 1935, para un monumento que nunca se erigió.

Por eso, saludando el flamante monumento de O'Higgins, en plena Avenida Javier Prado, en mi penúltimo viaje a Lima tuve que volver a la visión del prócer. Ya había empezado a preparar este libro y en la

pertinente relectura me sorprendieron dos cosas: la coherencia de su afecto por el Perú y la lucidez con que previó el riesgo de un quiebre traumático entre chilenos y peruanos.

Respecto a lo primero, está claro que, desde su gobierno, él miraba la relación con los peruanos sin previos complejos de inferioridad ni posterior soberbia de libertador. Quizás influyó ser hijo de virrey. Quizás pensaba que con la escuadra de 1820 viajó la idea de una alianza chileno-peruana, primero de carácter estratégico y, luego, político. Es la visión que permeó el Tratado de Amistad, Liga y Confederación que suscribieron representantes de ambos gobiernos el 23 de diciembre de 1822, “en el nombre de Dios, autor y legislador del universo”, para “poner un pronto término a los males de la guerra a que se han visto provocados por el gobierno de S.M.C. el Rey de España”.²³²

El meollo de la visión ohigginiana está en el artículo primero de dicho documento, donde se expresa que los Estados de Chile y del Perú “se unen, ligan y confederan en paz y guerra”, para defender su flamante independencia y para “asegurar después (...) su mutua prosperidad, la mejor armonía y buena inteligencia”. Literalmente, tales objetivos no se limitan al tiempo militar ni dependen sólo de la defensa conjunta contra la amenaza restauradora. Y así lo ratifica particularmente el artículo quinto, según el cual para “asegurar y perpetuar la buena amistad y correspondencia entre ambos Estados (...) los peruanos serán tenidos en Chile por chilenos, y éstos en el Perú por peruanos”.

Según mi erudito amigo Bákula —con quien he discutido el punto—, al margen de su mérito simbólico, este tratado era típico de los que promovía Bolívar contra España. Sin embargo, es posible que O'Higgins haya querido ir más allá, para fortalecer la posición del Perú frente a Colombia. Por algo el texto permaneció secreto hasta 1932, año en el cual se publicó sólo para fundamentar un tratado sustitutorio más restrictivo.

Por lo mismo, no excluyo que la igualdad de derechos con los peruanos y la visión confederativa que expresa, hayan despertado recelos en la oposición chilena de la época, alentada por agentes bolivarianos. Tal vez existía en esas élites incipientes el temor a competir con peruanos calificados, junto con la crítica por el sobreendeudamiento que significó la Escuadra Libertadora. El hecho es que el 28 de enero de 1823, un mes después de la suscripción en Santiago de ese tratado, O'Higgins debió abdicar. Y, como poco después se exilió en el Perú, la eventual

confederación chileno-peruana con ciudadanía intercambiable pasó a la categoría de letra muerta.

Con certeza, esas circunstancias previas del prócer le permitieron simpatizar con el mariscal boliviano Andrés de Santa Cruz —quien retomaba su idea de la Confederación, aunque con otros actores— y tener una visión más certera respecto a las implicancias de una mala relación chileno-peruana. En esa línea hay todo un epistolario en el cual O'Higgins elabora su tesis de que “lo más próspero que sea el Perú, tanto más lo será Chile”.²³³ Tesis de la cual deduce advertencias y prevenciones respecto a una eventual guerra contra los peruanos confederados. Incluso, cuando la guerra galopaba inevitable, reconoció encontrarse entre la lealtad al país de su nacimiento y la lealtad al país de su gratitud. Consecuente con eso, postulaba “un arreglo en que no sea preliminar las victorias de armas que, a lo dicho, siempre son caras, aun a los victoriosos”.²³⁴

En resumen, nuestro padre de la patria y prócer compartido deseó, hasta su muerte, ver a ambos países “en posesión de lo que la naturaleza ha querido que sean: dos grandes y poderosas naciones unidas por el fuerte vínculo del interés mutuo”.²³⁵ Soslayar esa visión del héroe es traicionar parte de su memoria. Recuperarla, sería factor fundamental del acercamiento entre las élites civiles y militares de ambos países.

68. *Cuarto cataclismo*

Entre el sorprendente auge (1990) y la más sorprendente fuga al Japón (2000) de Alberto Fujimori, el Perú se convirtió en un laboratorio para analistas de la excepcionalidad.

En esa década se dieron fenómenos como los siguientes: lucha por la Presidencia entre un desconocido Alberto Fujimori y Mario Vargas Llosa, uno de los escritores más conocidos del mundo. Victoria del primero, con el apoyo del Presidente saliente Alan García, quien aborrecía al novelista. Dudas nunca resueltas sobre la nacionalidad principal de Fujimori. Élite que canjea la democracia débil instalada, por una dictadura antiterrorista. Persecución del dictador Fujimori contra Alan García. Empresarios, informadores, altas autoridades civiles y altos mandos militares que se dejan corromper sin tregua. Guerra focalizada con Ecuador, potencia militarmente subestimada. Reelección de

Fujimori, quien derrota a Javier Pérez de Cuéllar. Derrota militar que no se quiere reconocer. Ciudadanos que siguen apoyando al dictador civil en las encuestas y disposición general para acudir a nuevas elecciones amañadas.

En esas circunstancias, la vanguardia del rescate del Perú quedó a cargo de individualidades. Entre éstas estuvieron Alejandro Toledo y Mario Vargas Llosa, sin duda. También estuvieron mis amigos Enrique Zileri —lo cual significa *Caretas*— y Gustavo Gorriti. La revista siguió saliendo y denunciando, sin que nadie importante se atreviera a avisar en ella. Zileri fue condenado en pleitos fallados por jueces corruptos y Gorriti siguió combatiendo al dictador desde el exilio, tras salvar la vida por milagro (aunque no el disco duro de su computador).

Entonces fue reconfortante comprobar que a Vargas Llosa le bastaba escribir un artículo de tres carillas, cada cierto tiempo, para que millones de lectores se enteraran de lo que la dupla Fujimori-Montesinos quería ocultar. Esas carillas pesaban más, en la opinión pública mundial e interna, que el control sobre casi todos los medios peruanos.

También merece mención el empresario Baruch Ivcher quien, demostrando que para él no valía esa hipérbole marxiana de que “el capital no tiene patria”, luchó como un león judío, desde Israel y Estados Unidos, para derribar el régimen y recuperar su nacionalidad peruana y su canal de televisión.

A través de Enrique, Gustavo y Baruch, fui testigo de oídas de parte de dichos fenómenos y procesos. Además, en 1995, cuando comenzaban las operaciones bélicas en la cordillera del Cóndor, pude percibir en vivo y en directo cómo Fujimori manipulaba la situación y el sentimiento patriótico de los peruanos para asegurar su reelección.

Todo eso me sugirió una parábola. Partía con una hipótesis de política-ficción según la cual Ecuador enfrentaba al Perú en una guerra generalizada y conquistaba Lima. Concluía imaginando que, tras la derrota, los fuertes perfiles del “fujimorato” se convertían en líneas borrosas y su proceso corruptor de las instituciones se reducía a notas de pie de página. En el primer plano quedaba el agresivo expansionismo ecuatoriano, que impulsó a sus gobernantes y al general Moncayo a iniciar una guerra para arrebatar parte de su ribera amazónica al Perú.

Agrego que esa parábola tenía un pie firme en la débil reacción de las élites peruanas cuando se despejaron las brumas sobre “la guerra del Cenepa” (según semántica ecuatoriana). Por motivos complejos,

quizás derivados de las culpas propias, los actores políticos peruanos no fueron claros para denunciar ese crimen de lesa patria. Alan García, víctima de Fujimori pero también factor de su victoria inicial, lo hizo en forma dubitativa y remontándose demasiado atrás en la cadena de los hechos. Aludiendo a las denuncias de que el gobernante usó el contencioso con Ecuador con fines electorales, escribió: "Si esto fuera cierto sería un hecho criminal manipular un incidente, dejar crecer un conflicto y sacrificar la vida de nuestros soldados para ganar votos con cinismo".²³⁶

¿Si eso fuera cierto?

Soslayemos que los incidentes fronterizos en la zona fueran recurrentes y de origen anterior. Digamos, además, que si bien ese párrafo de García aparece firmado en 1995, se publicó en el Perú en una recopilación de textos de 1997. Pero, lo que no puede ponerse en duda es que Fujimori decidió hacer de la culpa virtud y sacrificó la vida de sus soldados, para ganar apoyo en una guerra que indujo o no supo evitar.

Sólo un político capaz de semejante monstruosidad pudo incurrir, antes y después, en otras aberraciones llamativas. Entre ellas, jugar a las astucias en su política hacia Bolivia y Chile. O reconocer que el Ejército de Velasco se armó para iniciar una guerra, como si él fuera un analista neutral y pudiera evadir la responsabilidad continua del Estado.

A partir de ese cuadro, el "fujimorato" demostró que el fin de los golpes militares, personalizados o institucionales, no equivale, necesariamente, al de los militares golpistas. El compromiso de las cúpulas castrenses con Fujimori y su complicidad en la desinstitucionalización del Perú, fue una mutación teratológica que traicionó el concepto de las Fuerzas Armadas en democracia legado por Morales Bermúdez.

Por añadidura, el "fujimorato" permitió verificar, hasta la náusea, el vínculo entre la corrupción militar y los riesgos para la seguridad nacional. Sin líderes castrenses honorables, el Perú no podía tener una fuerza profesional eficiente. Altos mandos en la planilla informal de un asesor informal, expulsado del Ejército con deshonor en los años 70; jefes designados en función de compadrazgos y complicidades delictuales; oficiales implicados en trasiego de armas y narcotráfico, con uso de transportes institucionales; comandos terroristas al mando de oficiales jóvenes; oficiales superiores honestos empujados hacia la conspiración, el exilio real o el exilio dorado de las agregadurías, no eran el mejor estímulo para una "moral de combate". El peruano fue un ejército capaz

de derrotar a los terroristas de Abimael Guzmán, pero no a otra fuerza profesional. Para el general (r) Daniel Mora, en lapidaria síntesis, fue el caso de “una cúpula militar sin dignidad que sirvió sumisamente a un régimen sin escrúpulos”.²³⁷ Morales Bermúdez, por su parte, fue durísimo con los comandantes generales de su arma que se dejaron corromper. Dijo que le daban “asco” y que debieran ser degradados y borrados del escalafón militar.²³⁸

Externamente, fue una lección para los gobiernos democráticos del hemisferio. El “fujimorato” se benefició durante demasiado tiempo de su tolerancia, sólo porque usaba disfraz civil y llamaba a elecciones manipuladas. Tal vez era cómodo soslayar la condicionalidad democrática consignada en diversos compromisos, partiendo por la Declaración de Santiago. Después de la fuga de Fujimori, hasta se dio el caso de gobernantes que estimaron procedente dar asilo al también fugado Montesinos. Su objetivo no era proteger la vida de un perseguido político, sino... ¡evitar que el siniestro personaje volviera para dar su golpe de Estado propio!

Sobre tales bases, el “fujimorato”, llamado también “fujimontesinismo”, es un nuevo hito perverso. Una síntesis temática de su acción demoledora tendría los siguientes epígrafes: colapso del sistema de partidos políticos, terrorismo de Estado, corrupción ecuménica, irrelevancia del Poder Judicial y del nuevo Congreso, exasperación de la relación diplomática con Chile, manipulación del conflicto bélico con Ecuador, manipulación del proceso electoral de 1995, guerra perdida con Ecuador y manipulación del proceso electoral del año 2000.

Definiendo ese cuadro, el sociólogo peruano Manuel Dammert acuñó la categoría de “Estado Mafioso”. Julio Cotler, el sociólogo *senior* del país, renunció a tratar el período dentro de las patologías políticas. “Los criterios de interpretación política convencionales parecen estar fuera de lugar (...) incluso la propia idea de régimen político se encontraba en cuestión”, dictaminó.²³⁹

Visto lo cual, no sería exagerado clasificar el “fujimorato” como el cuarto gran cataclismo peruano, tras el fin del Incanato, el fin del Virreinato y la Guerra del Pacífico.

Parte Novena

DESPUÉS DE LA FUGA

69. La dupla que no existió

Objetivamente, la macrocrisis peruana plasmó una magnífica oportunidad para derribar la estructura de desconfianzas con Chile.

Por el efecto-demostración propio de la parábola, los peruanos de esta generación habían visto una réplica en miniatura de cómo una catástrofe sirve para esconder las culpas políticas internas. A mayor abundamiento, comprobaban que los chilenos no tuvieron nada que ver con la resistible ascensión de Fujimori y que (ahora sí), después de más de tres décadas, venían a coincidir dos gobiernos con legitimidad democrática. Ahí estaban, frente a frente, el de Valentín Paniagua, quien iniciaba la transición democrática peruana desde la fuga presidencial y el de Ricardo Lagos, quien cerraba la transición chilena desde el ocaso de Pinochet.

Si los chilenos hubieran estado atentos al *momentum*, habrían ayudado a remover escombros para levantar construcciones más sólidas. Se sabe que tras los grandes movimientos tectónicos es especialmente apreciada la solidaridad, incluso de los viejos enemigos y así lo señalé desde mi columna periodística: “nuestro gobierno tiene la posibilidad de innovar, tendiendo una mano fraterna al Perú democrático que emerge, borrando la imagen del ‘chileno feo’ y derribando la empalizada desde el lado que nos corresponde”. La tesis explícita era que “si hubo una dupla Frei-Menem, para lanzar una nueva relación chileno-argentina,

ahora puede darse una dupla Lagos-Paniagua, para abrir una nueva ruta en las relaciones chileno-peruanas".²⁴⁰

Año y medio después, siguiendo el formato exigido por unas jornadas universitarias,²⁴¹ planteé las siguientes diez sugerencias de acción y comportamiento para renovar la relación:

- Los gobiernos de Chile y del Perú deben asumir que hoy existe una nueva coyuntura histórica que les permite mejorar la calidad de su relación bilateral. Dada la crisis de Estado que legara el gobierno de Fujimori, Chile debiera tomar la iniciativa, brindando su apoyo sin interferencias al actual gobierno democrático peruano.
- El apoyo chileno puede expresarse sin interferencias, a) estimulando en todos los foros las iniciativas de reinstitucionalización del gobierno peruano, b) negociando con el Perú un TLC que potencie capacidades mutuas ante mercados externos, dificulte a terceros el beneficio de ponernos en situación competitiva e induzca al Perú a utilizar nuestro puente con la Unión Europea, y c) estableciendo políticas de colaboración ante amenazas no militares: narcotráfico, terrorismo, daños ecológicos, plagas y pestes.
- Chile y el Perú deben acelerar el proceso de homologación de gastos militares en curso, para iniciar sendos procesos de reducción programada que liberen fondos para inversión social.
- Chile y el Perú deben potenciar las relaciones bilaterales entre las FFAA. de ambos países, con información pública de sus resultados.
- Chile tiene que promover la apertura de cursos especiales en el sistema universitario, para agentes empresariales que deban desempeñarse en el Perú (países limítrofes, en general). La Cancillería debiera abrirlo directamente a través de su Academia Diplomática.
- Chile y el Perú deben potenciar los intercambios en los ámbitos turístico, artístico, mediático y académico, poniendo énfasis en la detección y análisis de "nuevos historiadores", promoción de encuentros entre cientistas políticos civiles y militares de ambos países y edición conjunta de publicaciones.
- En el ámbito especial de la televisión abierta, ambos gobiernos podrían incentivar el intercambio del mejor y del peor programa de cada país, para promover una percepción realista y actualizada de sus respectivas sensibilidades. Un reglamento conjunto

establecería las pautas para determinar los seleccionadores y el material seleccionado.

- Los Presidentes de Chile y del Perú deben orientar, según políticas bilaterales renovadoras, sus Cancillerías y éstas deben ejecutarlas mediante una diplomacia más creativa que administrativa. Al efecto, podría consensuarse una lista de medidas y gestos de confianza, que —entre otras materias— contemplen el significado de las efemérides y el destino óptimo de los bienes simbólicos retenidos. Paralelamente, debieran consensuarse políticas culturales *ad hoc* destinadas a explicar la nueva diplomacia ante la opinión pública —segmentada y global— de ambos países.
- Para optimizar la ejecución de políticas renovadoras, los gobiernos chileno y peruano deben asignar importancia especial al nivel de excelencia y profesionalidad real de sus agentes diplomáticos. Por tanto, deben asumir que, como lo han demostrado los hechos, la pertenencia a un escalafón determinado de servidores públicos aporta opciones válidas pero no excluyentes.
- Ambos países debieran establecer una distinción nacional conjunta, para estimular a los chilenos y peruanos que se distingan por sus actividades en pro de una nueva relación entre ambos países.

Para frustración de analistas y conferencistas optimistas, no hubo iniciativas renovadoras durante el año corto de Paniagua, en parte, porque el Presidente provisional peruano estaba compenetrado de su narrativa histórica, y en parte, porque las iniciativas de Lagos se arrancaban hacia el futuro, soslayando su narrativa propia. En general, porque los gobiernos de ambos países tienen siempre cosas muy urgentes que resolver y las cancillerías, por sí solas, no suelen apremiarlos con políticas que supongan cambios más o menos dramáticos.

70. Responsabilidad superior

Las oportunidades frustradas en una relación conflictiva implican responsabilidades compartidas, pero no siempre en partes iguales.

Si miramos más allá de nuestras narices limítrofes, comprobaremos que en el mundo moderno tienen mayor responsabilidad las potencias

vencedoras. El desarrollo democrático y económico de Alemania, Italia y Japón, países derrotados de la Segunda Guerra Mundial, no se entiende sin la ayuda de Estados Unidos. La desaparición de la URSS se explica —entre otras razones— porque no contribuyó al desarrollo independiente de los países que quedaron bajo su influencia. Y, aunque los israelíes lo resientan, la mayor responsabilidad que se les exige en el conflicto del Medio Oriente, es fruto de su mayor desarrollo en lo político, militar, tecnocientífico y económico.

En el caso de Chile y el Perú, algo misterioso, anclado en el subconsciente y apoyado en el sentido militar de la gloria, ha impedido que los chilenos asumamos nuestra responsabilidad superior. Ya vimos en la Parte Primera cómo los lemas nacional y del Ejército ponen el énfasis en una fuerza y una calidad de invicto, que aluden casi nominativamente a los derrotados peruanos. También analizamos el sesgo de las efemérides y la pasión con que nos aferramos a los símbolos de nuestras victorias.

Esa actitud parece relacionarse con un extravagante complejo de superioridad. Extravagante, pues lo normal sería maximizar la calidad del derrotado para resaltar la virtud del vencedor. Es lo que hizo en su coyuntura el héroe peruano Miguel Grau con nuestro héroe Arturo Prat. Los aliados de la Segunda Guerra Mundial nunca minimizaron el valor de las potencias del Eje. Y hace muchos siglos, el conquistador y poeta Alonso de Ercilla atestiguó que en Chile había combatido contra bravísimos guerreros, en lugar de jactarse de haber erradicado a unos indios pobres y primitivos.

Carlos Martínez Sotomayor hizo un buen diagnóstico de ese comportamiento extraño, en reunión de 1998 del Consejo de Política Exterior: “en sus relaciones con el Perú, Chile ha mostrado una actitud psicológica más propia de los vencidos; no ha tenido la generosidad ni la dignidad propias del vencedor”.²⁴²

Los dos primeros gobiernos de la Concertación chilena trataron de innovar. El fin de la Guerra Fría facilitaba, además, una mejor comprensión de las ventajas de la diplomacia proactiva sobre la reactiva. Desafortunadamente, Patricio Aylwin chocó con los problemas de una transición insólita. Tener al general Pinochet al mando del Ejército y como contraparte a Fujimori, no era estimulante. Fue la razón eficiente para que la política hacia el Perú se juridizara, limitándose a intentar el cierre de la grieta en el Tratado de 1929.

Tras el fiasco de las Convenciones, las astucias de la historia beneficiaron al segundo gobierno de la Concertación con una variable por cuenta ajena: un trasiego de armas desde Argentina hacia Ecuador, en el marco del conflicto abierto ecuatoriano-peruano. Dado que Argentina es uno de los garantes del Protocolo de Río de Janeiro, aquello demolió la ilusión geopolítica del Perú. Amargos patriotas peruanos recordaron su apoyo a Argentina, con aviones y pilotos de guerra, en la guerra de Las Malvinas. Si es que alguna vez existió el eje Buenos Aires-Lima, **nunca más podrían invocarlo.**

Aquello, sumado al inteligente manejo del canciller José Miguel Insulza y del embajador Martínez Sotomayor, contribuyó a levantar la imagen de Chile en el Perú. Ante su opinión pública, el país de los soberbios expansionistas se comportó como un garante impecable. Aún más, la prensa limeña destacó la sobria declaración del embajador respecto a lo dicho por Fujimori sobre una nueva guerra contra Chile. Dijo que no correspondía juzgar sino “registrar” esa información sobre un proceso de “hace dos décadas” y agregó el siguiente párrafo medular: “Estos antecedentes, en ningún caso, pueden alterar la inquebrantable conducta que ha caracterizado a Chile como uno de los garantes del Protocolo de Río de Janeiro de 1942”.²⁴³

Fue un buen fin para un ciclo depresivo. El que vino lució casi eufórico, con los peruanos apreciando el impacto de las inversiones chilenas, colaborando con Chile en los organismos internacionales y suscribiendo acuerdos y convenios económicos que dormían el sueño de los papeles justos. Hasta aprobaron el monumento a O'Higgins, postergado en el recuerdo peruano por la ingratitud que generan las desconfianzas. Como colofón, Eduardo Frei Ruiz-Tagle terminó su período con la satisfacción del deber jurídico cumplido, al suscribir los cancilleres **chileno y peruano el Acta de Ejecución.**

En estas condiciones, Ricardo Lagos Escobar —tercer Presidente de la Concertación— coincidió con el breve interregno de Paniagua, para coexistir después con el gobierno regularizado de Alejandro Toledo Manrique. Éste lo invitó especialmente a su espectacular toma de posesión del 28 de julio del año 2001 en las alturas de Machu Picchu. Luego, el 30 de julio, Lagos se convirtió en el primer Presidente de Chile que participaba en el desfile militar con que se celebra la Independencia del Perú. Revistó las tropas junto con su anfitrión y tuvo una acogida afectuosa.

El *momentum* mostraba a países vecinos con intereses nacionales armónicos, duros escarmientos en la memoria, regímenes democráticos paralelos y sin problemas de fronteras. A comienzos del año 2002, el editorial principal del diario *El Mercurio* calificaba la relación como “excelente” y hacía el siguiente balance:

Una sólida realidad corresponde a la relación diplomática de alto nivel. El comercio excedió el año pasado los 700 millones de dólares, al amparo de un acuerdo de complementación económica; las inversiones chilenas, pese a algunos ripios, siguen ascendiendo a más de 2.500 millones de dólares y están protegidas por un convenio de garantía; hay integración fronteriza y un fluido intercambio de bienes y personas. A las visitas mutuas de altos mandos se han agregado, conforme a los acuerdos de la visita presidencial (de Lagos), las primeras reuniones del Comité de Seguridad y Defensa y de los ministros de Relaciones Exteriores y Defensa. Los gastos de Defensa están siendo mutuamente comunicados, homologados y evaluados, para su equilibrio, con asistencia de la Cepal. Chile y Perú cooperan en el derecho del mar y tienen en trámite de ratificación un acuerdo para la alta mar del Pacífico Sudeste, como una especie de segundo capítulo de su exitosa lucha común por las 200 millas. Son socios en el Apec. Batallan conjuntamente por la harina de pescado. Actúan de consuno en el Grupo de Río y demás foros latinoamericanos.²⁴⁴

Una noche de abril de ese año, fui a la casa barranquina de mi viejo amigo Víctor Delfín, para revisitar sus obras y brindar por el buen momento bilateral. El famoso artista, a quien Toledo acababa de designar Presidente de la Comisión Nacional de Cultura, fue enfático para recusar la historia oficial de su país. A su juicio, había sido escrita por los militares o ayalando posiciones militaristas. Recordó la lucha por la paz que había dado con su amigo ecuatoriano y hermano de arte, Oswaldo Guayasamín, y aludió con admiración a las fundaciones chilenas de Neruda, Gabriela Mistral, Violeta Parra y Vicente Huidobro. Su primer brindis fue por la poesía y la cultura como factor de paz.

Todo parecía magnífico, pero...

71. Los misiles de Waisman

Dando por descontado que fue demasiado breve el año de coexistencia de Lagos con Paniagua, aún quedaban cuatro para diseñar una nueva

relación Lagos-Toledo. En ese espacio de tiempo estábamos cuando este libro se inició y ya han pasado dos años más cuando comienza a terminar.

La interrogante es si en este plazo remanente se mantendrá o no a la tendencia a marcar el paso en lo diplomáticamente correcto, priorizando las relaciones económicas y confiando en que éstas actúen políticamente por añadidura.

En diciembre de 2003, se percibían señales más o menos claras y otras más o menos difusas. Estaba relativamente claro, por ejemplo, que la seguridad jurídica conquistada ha servido para replantear la problemática de la seguridad nacional en ambos países. Y esto supone repensar la hegemonía del pensamiento estratégico antiguo al interior de los sectores castrenses y, por extensión, en los gobiernos. Parece abrirse paso la convicción de que los *clauswitzianos* chilenos tienen razón, sólo en la medida en que existan actores peruanos que quieran seguir siendo *clauswitzianos*, es decir, mientras ambos grupos de actores quieran marginarse de las lecciones tácticas y estratégicas que brindan los megabloques, integrados por países o unidades subnacionales que protagonizaron conflictos bélicos recurrentes y que viven en democracia.

La señal más importante, hasta ahora, viene de las reuniones conjuntas de los ministros de Defensa y de Relaciones Exteriores (“2 + 2”), vinculadas a las conversaciones sobre homologación de armas, concebidas éstas como medida de creación de confianza en la línea ya establecida entre Chile y Argentina. Como contrapartida, hay señales difusas de que lo anterior ha alertado a los adictos del *statu quo*. Como si las fuerzas ocultas de Clausewitz temieran el cambio, han copado las primeras planas con incidentes y conflictos comparativamente menores, pero urticantes.

Todo comenzó con el apresuramiento del primer ministro de Defensa de Toledo, David Waisman, al pretender un congelamiento de equipos y arsenales de manera inmediata, en vísperas de una decisión chilena sobre reposición de material aéreo norteamericano (aviones F-16). Como en Estados Unidos aún no se perdonaba la compra peruana de material soviético sofisticado, su embajador en Lima recordaría la existencia de aviones MIG-29 y Sukhoi compatibles en calidad y cantidad con los F-16. Luego, el mismo Waisman se vio obligado a “revelar”—quizás para adelantarse a otra aclaración norteamericana— que el Perú tenía misiles rusos R-77, equivalentes a los que Estados Unidos

se negaba a vender a Chile, para no provocar “desequilibrios”. Ante la sorpresa de los diplomáticos y expertos de ambos países, el ministro dijo, frente a la prensa, que “si Chile no compra los F-16 nosotros regalamos nuestros misiles de mediano alcance, que tanto miedo les tienen algunos chilenos”.

Diciendo y actuando así, al margen del canciller Diego García Sa-
yán, Waisman indujo los clásicos artículos de prensa de los peores mo-
mentos. Los medios chilenos pusieron el énfasis en que el Perú siempre
planteaba moratorias en la compra de armas, cuando se encontraba en
posiciones de ventaja. *El Mercurio*, que en el editorial antes mencionado
calificó como “accidental” la discusión que suscitara Waisman, cambió
su tono. “Desaliento existe en torno a las relaciones con el Perú”, ex-
presó en su editorial principal del 19 de abril de 2002. En los medios
peruanos fue muy representativo el título “Chile está armado hasta los
dientes”. Lo usó el diario *Expresso* tres días antes de la renuncia de Wais-
man, en una nota en la cual calificaba como “antiperuana” a la ministra
chilena de Defensa, Michelle Bachelet.²⁴⁵

Y como si lo político debiera seguir la suerte de lo militar, durante
los gobiernos de Lagos y Toledo la parrilla informativa de ambos países
se ha nutrido de primeros planos poco estimulantes. Sumariamente,
pueden recordarse los titulares sobre miembros chilenos del Movimien-
to Revolucionario Tupac Amaru condenados en el Perú por “traición
a la patria”; micrófonos raros que aparecen en la sede diplomática
chilena; trascendidos peruanos sobre *vladivideos* que afectarían al ex
comandante en jefe de la Armada chilena y actual senador Jorge Aranci-
bia; represalias masivas de los aficionados peruanos vengando maltrato
previo de los aficionados chilenos; caseta de observación de la Armada
chilena que se acerca a la frontera peruana, en el fragor de un período
eleccionario, sin autorización del Presidente ni consulta a la Cancille-
ría; denuncias de maltrato a inmigrantes peruanos que buscan trabajo
en Chile; competencia portuaria por el gasoducto boliviano, inducida
y sesgada desde Bolivia; judicialización de la política bilateral inducida
por los pleitos contra la empresa chilena Lucchetti, en el Perú, y la
empresa peruana AeroContinente, en Chile; destrucción de una torre
peruana que, junto con una chilena, marcaban con sendos haces lumi-
nosos el límite de la frontera marítima, disparos de un guardafronteras
naval chileno contra un peruano que trataba de ingresar a Chile, con
resultado de muerte...

Abramos este paréntesis para decir que el episodio del desplazamiento de la caseta de observación naval contribuyó al conocimiento y desarrollo del “etnocacerismo”, la última ideología ultranacionalista peruana. Las protestas de los tacneños ante esa movida fueron encauzadas por dos jóvenes oficiales militares, Ollanta y Antauro Humala Tasso, de stirpe autóctona. Su protagonismo, sumado a la posterior rebelión de Ollanta contra el régimen de Fujimori y sus mandos fujimoristas, fue perfilando un movimiento político-militar de carácter localista y étnico, con Ollanta como líder y con el mariscal Andrés Avelino Cáceres como ícono, quien fue el más aguerrido combatiente contra la ocupación chilena tras la derrota peruana en la Guerra del Pacífico. Ollanta, reintegrado al Ejército, hoy es coronel y se desempeña como agregado militar en Francia. El etnocacerismo, que sigue promoviendo a través de su hermano —hoy activista en situación de retiro—, replantea la necesidad de enfrentamientos armados con Chile y Ecuador, salvo que en este país llegue a gobernar la Confederación Nacional Indígena. El escenario utópico de estos nuevos ultranacionalistas sería un “eje tahuantinsuyano”, con peruanos, ecuatorianos, chilenos del norte, argentinos del noroeste y bolivianos liderados por Evo Morales. Un sueño bolivariano con base incaica. El movimiento tiene una publicación quincenal con el nombre Ollanta, con una distribución regular de 150 mil ejemplares, que promueve la candidatura presidencial del mismo Ollanta para el año 2006. Quienes sonrían ante estos datos, debieran recordar que con características equivalentes comenzó el auge de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso.

En los países desarrollados, incidentes de ese tipo se manejan en la discreción de las cancillerías o se solucionan sin espectacularidad ante tribunales ordinarios, institucionales o de conflictos especiales. Se parte de la base de que su relevancia es menor comparada con los beneficios que implica una relación internacional cooperativa. En Chile y el Perú, por el contrario, toman un vuelo enorme, sea porque son noticia vendedora, sea porque los afectados aprovechan la mala onda histórica para soslayar responsabilidades propias y hacer de su pleito un *casus belli*. El resultado recurrente es que la relación bilateral tiende a definirse desde *zonas grises*, fuera del control del Estado.

El “caso Lucchetti”, sobre una empresa chilena instalada en terrenos que la autoridad municipal limeña considera bajo protección ecológica, es el contencioso paradigma. En 1998 se inició asordinaadamente, en

2002 daba pábulo a un titular catastrófico de un diario limeño —“Chilenos declaran ‘guerra’ al Perú”²⁴⁶ y en el 2003 sigue penando. Por eso, importa rescatar lo que dijimos en una columna periodística, cuando comenzó a ser noticia.

72. Flash back 5

El jaguar de Lucchetti²⁴⁷

Los mejores años económicos del régimen militar produjeron la mentalidad jaguar, con su lema inolvidable: “Chile, buen país en mal barrio”.

Su costo fue regionalmente grave para nuestra imagen-país. Quienes no nos querían nos quisieron menos y viejos amigos comenzaron a mirarnos con recelo. Según irónica publicación brasileña, los chilenos queríamos ser “los argentinos del siglo XXI”. El recordado historiador Leopoldo Castedo consignó el fenómeno con nostalgia: “hasta la dictadura, Chile fue un país muy integrado con América Latina”.

Como no se puede ser exitoso y tonto, indefinidamente, la gente sensata indujo cierta contención. La intelectualidad militar captó que la antipatía vecinal era un riesgo para la seguridad. Los empresarios comprendieron lo contradictorio de basurear y conquistar, al mismo tiempo, a sus clientes de la región. Con el inicio de la transición democrática, el problema pareció zanjado. Advirtiendo contra el triunfalismo de la arrogancia jaguar, el entonces canciller José Miguel Insulza diría que “es un error confundir el éxito económico con un cambio permanente de nuestra posición en el mundo”.

Desgraciadamente, quedaron algunos jaguares sordos. Ésos que no se enteran de su proceso de extinción. Para complicar más la cosa, uno estaba en el Perú, país con el cual nuestra relación global debiera ser especialmente prolija.

Su existencia fue detectada gracias a uno de los videos chantajistas de Vladimiro Montesinos, el siniestro asesor del fugado Alberto Fujimori. Concretamente, el N° 864, grabado el 8.1.98, caratulado “Diálogo con chileno-oficina”. En él se muestra a un representante de la empresa Lucchetti, conversando con Montesinos en su oficina del Servicio de Inteligencia Nacional. Tras un curioso intercambio de elogios —del peruano para el general Pinochet y del chileno para Fujimori— se aborda el objetivo de

la visita: asegurar un fallo judicial que remueva los obstáculos ecológicos invocados por Alberto Andrade, alcalde de Lima, para instalar una planta de la empresa en determinada zona.

Lo notable es que, en apoyo de su causa, nuestro compatriota ataca personalmente al alcalde quien, dicho sea de paso, fue uno de los líderes democráticos que combatió el fujimorato. Además, en uno de sus parlamentos dice que ese alcalde “parece olvidar que Chile es uno de los países garantes del tema con el Ecuador”. Esto es, aparece invocando el Protocolo de Río de Janeiro, delicado instrumento de las relaciones chileno-peruanas, en su calidad de lobbyista particular. Para reforzar el argumento, menciona sus contactos con el embajador chileno y culmina su alegato con expresiones tan imprudentes y metáforas tan belicistas como las que siguen:

—Hemos llegado a un límite que no aceptamos más. Si hay que gastar millones los vamos a gastar.

—Yo quiero una guerra corta sangrienta, y decisiva, como se gana en las batallas.

Digamos que la empresa representada no se merecía el episodio. Lucchetti pertenece a un grupo chileno de vanguardia. Uno de los que, creadora y corajudamente, han convertido a Chile de país de capitales en fuga a país con inversiones en el extranjero.

Por lo mismo, es explicable que, ante la opinión pública, sus ejecutivos en Santiago hayan soslayado el tema principal que es, derechamente, el de la capacidad política, cultural y diplomática de sus agentes en Lima. Al efecto, sin desmentir nada, optaron por invocar la supuesta hostilidad del alcalde Andrade, la legitimidad de hacer lobby y el que “en un Estado de derecho normal no se graban las conversaciones privadas”.

Obviamente, eso es o puede ser exacto. Pero también es cierto que lo dicho dicho está y que, en 1998, cualquier terrícola medianamente informado sabía que el Perú no era un Estado de derecho normal y que su paradigma gangsteril era Montesinos.

Obviando la explicación de circunstancias, lo importante, para el futuro de Lucchetti en el Perú y el de todos los empresarios chilenos en el extranjero, es asumir su condición de agentes de facto de las relaciones económicas internacionales de Chile. Y esto implica procesar el contenido real y no desmentido de ese video. Analizar su tenor tan demostrativo de una disposición arrogante. Reconocer el riesgo de cualquier intercambio de ternezas en clave dictatorial. Comprobar lo disfuncional que resulta aquello para su imagen corporativa en el exterior.

Quienes conocemos la sensibilidad epidérmica de los peruanos en todo lo que se relaciona con Chile, pronosticamos que este caso sería utilizado y manipulado por la minoría antichilena activa del Perú. El pronóstico se cumplió en cuestión de semanas, con motivo del partido de fútbol entre las selecciones de ambos países. Entonces, a la base de cretinismo propio del fanatismo futbolero de cualquier parte, se añadió el clima de escándalo provocado por la revelación del vladivideo.

Fue la penúltima performance de los jaguares sordos.

El costo lo pagaron Iván Zamorano y compañía.

EPÍLOGO

De lo que no se habla

Entre el 21 y 23 de agosto del 2002 vino a Chile el Presidente peruano Alejandro Toledo, acompañado, entre otros, por Allan Wagner y Aurelio Loret de Mola, sus ministros de Defensa y de Relaciones Exteriores. Precediendo su llegada, Wagner hizo declaraciones a la prensa limeña, colocando el viaje en el marco de las mejores intenciones. Entre éstas, evitar para siempre la posibilidad de una guerra.

Confirmando la desincronización sentimental de la opinión pública de ambos países, en el Perú ese alcance se estimó normal, pero en Chile llamó muchísimo la atención. Los más importantes medios estimaron que se trataba de una extraña declaración y en círculos de la Cancillería se la calificó como poco diplomática: “uno no va de visita oficial anunciando que no desea golpearse de nuevo con el anfitrión”, me explicaron.

La crítica acusaba la ilusión sobre una nueva relación bilateral sin estrategia política para impulsarla. Se creyó, al parecer, que tras la firma del Acta de Ejecución bastaba la confraternización protocolar, el incremento de la balanza comercial y las importantes inversiones chilenas en el Perú, como si la gran masa de chilenos y peruanos, condicionados por más de un siglo de narrativa sesgada, pudiera cambiar el *switch* a una señal de las cúpulas. Peor, como si los casos Lucchetti y

AeroContinente, apoyados en el sistema mediático, no hubieran mantenido viva la desconfianza popular.

Los más realistas poníamos el énfasis en un aviso informativo, en las oficinas del Registro Civil, en el cual se advertía que bastaba la cédula de identidad para viajar a Argentina, Brasil, Colombia, Paraguay y Uruguay. Así, descontando a Bolivia, país con el cual no hay relaciones diplomáticas, los chilenos podíamos viajar sin pasaporte prácticamente por todo el Cono Sur ... con excepción del Perú.

Pero también había algo mucho más significativo en los comentarios sobre los dichos de Wagner: el nivel de la desinformación chilena respecto a la guerra que no fue y a la que pudo haber sido. A los críticos del canciller no se les pasó por la mente que, entre 1973 y 1980, todo el Perú estuvo pendiente del estallido de una segunda Guerra del Pacífico. Debido a ese desfase, quizás entendieron que él era otro de los peruanos obsesionados con la guerra de 1879.

En los salones de La Moneda, tras la cena oficial que el Presidente Lagos ofreció a su homólogo peruano la noche del 22, Wagner me manifestó su extrañeza en un aparte.

—Francamente no entiendo, en Lima no pasó nada —me dijo.

—Aquí causaste mucho susto —le respondí.

Pero, como en ese tipo de reuniones hay que hablar claro y corto —por un lado se acercaba un mozo con chokolatines y por otro, unas señoras con sombrero— opté por explicarle rápido:

—Lo que pasa es que aquí no saben mucho sobre las guerras que casi tuvimos.

Pude haber agregado que tampoco había mucha conciencia sobre el carácter privado de los riesgos que asumen los empresarios privados, sobre la explosividad del gas boliviano, el *tsunami* que podía provocar la discusión sobre límites marinos y los espionajes mutuos por descubrir. Pero el mozo ya había puesto su bandeja al medio de la conversación y las señoras ocupaban el escenario.

Antes de alejarme le dije que escribiría algo al respecto. Pensaba en una humilde columna periodística, pero —como estamos viendo— el tema se convirtió en epílogo de este libro.

Un epílogo no demasiado optimista, convengo. Baste decir que, a más de un año de la visita de Toledo, se estableció una fuerte asimetría entre su credibilidad interna y la de Lagos, en Chile. Mientras en el año

2003 éste disfrutó su mejor año, con índices de aceptación superiores al 50%, el peruano vivió momentos críticos, con cifras cercanas al 10%. Sintomáticamente, su última baja coincidió con la designación del general (r) Daniel Mora como ¡quinto! jefe del Consejo Nacional de Inteligencia en veintiséis meses de gestión, la redestinación del canciller Wagner a otro alto cargo diplomático y la renuncia de su segundo ministro civil de Defensa. En este caso, Loret de Mola fue reemplazado por Roberto Chiabra, comandante general saliente del Ejército y, de inmediato, el nuevo comandante general, José Graham, se despachó con declaraciones críticas sobre las reformas militares en curso.²⁴⁸ Todo esto, mientras el gobierno de Chile volvía a enfrentar una campaña boliviana prorrecuperación de su “cualidad marítima”, apoyada por Fidel Castro y amplificada por el Presidente de Venezuela Hugo Chávez, a la cual han adherido, despistadamente, otros actores de la política internacional.²⁴⁹

Mi melancólica conclusión es que chilenos y peruanos nos acostumbremos a coexistir peligrosamente, no hemos sido ágiles para aprovechar las “ventanas de oportunidad” y queremos creer que bastan la correcta gestión diplomática más las relaciones económicas bilaterales para derrotar a nuestros profesores de Historia y superar el *statu quo* inercial.

Siempre podrá decirse que no es fácil ejercer una buena voluntad política en una relación traumada por más de cien años. Contra esa voluntad conspira, además de la narrativa secular, cierto *efecto de circularidad compleja*. En su virtud giran, interactuando, el tiempo excesivo de dictaduras, líderes civiles debilitados por la falta de continuidad democrática, líderes civiles temerosos de innovaciones que puedan molestar a los líderes militares, líderes militares capaces de imponer sus criterios políticos a los líderes civiles, líderes civiles y militares capaces de crear hechos consumados adversos, economistas convencidos de que todo depende de los negocios, “terceros exógenos” con intereses funcionales a la mantención del *statu quo* y... la urgentísima contingencia nuestra de cada día.

Pero, cualquier estudiante de Derecho sabe que atenuante no es eximente. Aquellas dificultades son, precisamente, el desafío de la agenda. Un desafío que implica asumir tareas políticas, culturales y coordinaciones interinstitucionales, más la eventual necesidad de asumir gestos dramáticos en el tiempo oportuno.

Naturalmente, aquello supone la confluencia de líderes políticos y actores sociales —chilenos y peruanos— capaces de llegar al corazón y a la mente de sus pueblos, con planteamientos no necesariamente “populares”.

Mientras ese desafío siga pendiente y esos líderes sigan haciéndose esperar, no habrá fin para esta historia traumatizada.

ANEXOS CON LA HISTORIA

RICARDO LAGOS ESCOBAR



Presidente Ricardo Lagos Escobar
"Los países no pueden ser prisioneros de su historia."

Ricardo Lagos Escobar ha impuesto en Chile su talante de político intelectual. Siempre parece enterado de los más diversos temas, en su generalidad y en su detalle. Lo ayuda su vasta experiencia académica, con posgrado en Estados Unidos, y su posesión de las dos armas básicas del estadista: el derecho y la economía. Así se percibe en esta entrevista, realizada el 28 de julio de 2003, en su oficina privada del Palacio de La Moneda. Aquí pone el énfasis en prolijos diseños de futuro, respecto a la relación chileno-peruana. Hasta da la sensación de que la conflictiva narrativa histórica y los problemas de la coyuntura podrían removerse a partir de emprendimientos comerciales conjuntos, con agentes que aprovechen nuestra posición geopolítica y sepan operar en los grandes mercados. Esto le da más el talante de un economista de vuelo transnacional que el de un político tradicio-

nal. Subjetivamente, pareciera que sólo el poderoso cuadro de Gracia Barrios, que preside su despacho, lo emparenta con la vieja izquierda romántica de los años 60. Esto debe llamar a reflexión, porque —como se ha visto en el curso del libro— los narradores históricos suelen ser intratables y la magnificación de los problemas de cada coyuntura nunca ha podido evitarse, ni en Chile ni en el Perú. Cabe pensar si no habrán hecho falta, a ambos lados de la frontera, líderes visionarios y pragmáticos como este Presidente, que se propongan arrastrarnos hacia el futuro, para superar el pasado.

Usted, Presidente, tiene una fuerte vocación internacionalista. Para el segundo gobierno de la Concertación se le mencionaba como canciller. ¿Qué habría propuesto como ministro de Relaciones Exteriores, respecto a la política Chile-Perú?

Es difícil responder, porque nunca nadie me planteó que fuera canciller. Entonces el Presidente Frei me distinguió con la cartera de Obras Públicas. Sin embargo, tal vez a partir de lo que hice ahí, se puedan deducir visiones de política exterior, tal como los países la hacen desde la realidad en que están insertos. Si usted está en Europa, la hace desde la Unión Europea. Si usted hace política exterior acá, la hará desde la realidad de América Latina. En ese tiempo, hicimos un gran esfuerzo para establecer corredores bioceánicos. Una parte de la riqueza de Chile, está determinada por su posición geográfica. El desarrollo del mundo siempre se hizo lejos de nuestras costas, en el Mediterráneo, el Atlántico Norte. El gran crecimiento del comercio mundial, pos Segunda Guerra, fue el que se dio entre Europa y América del Norte, fundamentalmente Estados Unidos. Es recién a finales del siglo XX cuando empieza a producirse una mutación y la zona de más rápido crecimiento del comercio mundial es el Pacífico. Entonces, ¿qué es hacer política exterior...? Es aprovechar esa oportunidad que, igual que al Perú, nos pone en la primera fila de la platea donde transcurre el nuevo teatro de la historia, donde están los centros de más rápido crecimiento, a partir de lo que ocurrió ayer, en Japón, y hoy en China, India, Corea, etcétera. Desde la realidad de nuestra región, podemos ser un puente entre los países del sudeste asiático, los del otro lado del Pacífico y los del Atlántico. Creo que en eso tenemos un destino común con Perú. Lo hicimos cuando

planteamos la necesidad de los corredores bioceánicos, cuando el Presidente Frei planteó con mucha fuerza la integración energética —el gas de Argentina que llega a Chile—, cuando establecimos un corredor de la carretera Jama-Colchanes para desde allí seguir hacia Bolivia, o Arica hacia La Paz, pavimentando el tramo nuestro y después los bolivianos el suyo. Es un elemento fundamental de nuestra política exterior.

En el libro planteo que entre el Tratado de 1929 y el Acta de Ejecución de 1999, tuvimos con el Perú una diplomacia de administración, limitada a lo “diplomáticamente correcto”. En ese período se producen dos momentos cuasi bélicos y, además, entre 1968 y 2000 no hay regímenes democráticos coexistentes entre ambos países. Por tanto, con la coincidencia de Valentín Paniagua y Ricardo Lagos se produce una homogeneidad poco frecuente. ¿Qué opina usted al respecto?

Creo que esa coyuntura es muy importante, considerando que la política exterior se hace sobre la base de valores, visiones y principios comunes. En consecuencia, primero, creo que lo que identifica esta nueva etapa es la democracia como sistema político y el respeto consiguiente a los derechos humanos. Segundo, el entender que si vamos a vivir en un mundo más global no es baladí el tipo de políticas económicas que se sigan. Cuando uno ve el coraje con que el Presidente Toledo está abordando el tema de los equilibrios fiscales, con todas las dificultades y expectativas que se generan, no se puede sino admirar ese esfuerzo. En tercer lugar, junto con la seriedad de las políticas macroeconómicas, hay una forma común de decir “sí, todo esto es para crecer, pero queremos crecer con políticas sociales que nos permitan tener mejor nivel de vida”. Esos elementos se expresan en la posibilidad de tener una política internacional común frente a los organismos internacionales y a la nueva realidad multilateral del mundo. La política internacional de Chile —y en cierto modo la del Perú— siempre partió de la lógica europea del Congreso de Westfalia o del equilibrio de poderes. Entonces, si uno opera sobre la base de equilibrios, ¿qué hacemos los países que estamos fuera del “centro”...? Chile, en la Primera Guerra Mundial, se declaró neutral hasta su fin. En la Segunda, fuimos neutrales hasta 1943. Lo que quiero decir es que compartimos con Perú un elemento común: el cómo hacemos política exterior desde la realidad de América Latina, con visiones compartidas desde los tres elementos que he señalado, más una política cultural de fortalecimiento de nuestras identidades, para poder

participar en el mundo más global. Creo que esta identidad nos permite mirar de una manera distinta el futuro de nuestra relación bilateral.

¿Fin del pensamiento pequeño?

Cuando llegué a Lima en mi primera visita como Jefe de Estado, dije que entre Chile y Perú debemos pensar en grande. Creo en eso profundamente. Ya estamos caminando por el siglo XXI y por ello las energías y la imaginación hay que ponerlas mirando hacia delante. Un ejemplo lo da el permanente diálogo que existe en el sector minero. El primer encuentro empresarial de esa área entre ambos países tuvo lugar durante esa visita y ya en mayo de este año se formó el Grupo de Trabajo Minero para avanzar en una efectiva integración en este campo, que en otros contextos y momentos habría sido imposible.

Respecto a lo cultural, en el libro se alude al delicado papel que cumple la narrativa histórica. En Chile y en el Perú, la mayoría de los historiadores o profesores de historia tratan la Guerra del Pacífico como un objeto de culto. A juicio del ex canciller y ex embajador en el Perú Carlos Martínez Sotomayor, los chilenos hemos actuado psicológicamente como si hubiéramos perdido esa guerra, por falta de magnanimidad para tratar a los vencidos. ¿Está usted de acuerdo, Presidente?

Creo que los países no pueden ser prisioneros de su historia. Deben conocerla y estar orgullosos de lo que se hizo —la historia no la vamos a cambiar—; pero sin bloquear la agenda de futuro. Porque sólo si uno pone el énfasis en una agenda de futuro común, puede pretender una mirada en conjunto hacia atrás. Yo no puedo negar que la hipótesis de conflicto ha sido el elemento determinante, durante los cien años que siguieron a la Guerra del Pacífico, en uno y otro país. Ahora, cuando uno ve los desafíos del mundo global, no caben las hipótesis de esa naturaleza. Yo lo pondría así: durante buena parte del siglo XX se mantuvo la hipótesis de conflicto con todos los países limítrofes y sólo a finales de ese siglo o a comienzos del XXI, se empieza a aceptar que el problema consiste en ver cómo, hombro con hombro, nos adentramos en una economía global que requiere un tipo de entendimiento mucho más profundo que en el pasado.

Cuando entrevisté al Presidente Paniagua, le planteé lo de los cien años de tensión, la falta de regímenes democráticos coexistentes y la oportunidad que

significaban los gobiernos democráticos paralelos de él y Lagos. Le pregunté, entonces, si se había aprovechado la coyuntura para hacer algo diferente y él respondió que no, básicamente, porque su período fue muy breve.

Claro, el tiempo que él estuvo fue breve, pero estableció las bases de una legitimidad democrática que permitió al Presidente Toledo que yo fuera el primer Presidente en llegar a Perú en visita de Estado. Tras la transmisión del mando fuimos a la ceremonia de Machu Picchu, y luego me invitó al desfile militar tradicional de julio, a cuyo término inicié la visita de Estado. El que haya podido hacer eso —que no se haya considerado inadecuado— fue en gran parte pavimentado por la gestión del Presidente Paniagua. Después, el Presidente Toledo hizo un conjunto de planteamientos de política exterior, totalmente coincidentes con los nuestros. Eso permite una declaración con consensos muy significativos en el ámbito de las relaciones exteriores, la política multilateral y de defensa. Además, el Presidente, en ese momento, incluso me designó como edecán a Allan Wagner, el actual ministro de Relaciones Exteriores, lo que me pareció muy significativo. A los pocos días, el Presidente Toledo debió venir a Chile, para la cumbre del Grupo de Río y eso permitió que, junto con el Presidente Fernando de la Rúa, depositáramos una ofrenda floral ante el monumento a José de San Martín, como reconocimiento por lo que hizo en favor de la independencia de Argentina, Chile y Perú. Era una buena forma de señalar que si en el siglo XIX requeríamos emprendimientos comunes para enfrentar el desafío de la independencia, a lo mejor en el XXI requerimos emprendimientos similares para adentrarnos en este mundo global tan complejo.

Las circunstancias políticas permitieron al Presidente Toledo establecer con rapidez el control civil sobre sus Fuerzas Armadas. Él entiende que la situación en Chile ha sido más compleja. Al mismo tiempo, llama a “mirarnos a los ojos”, a actuar de buena fe, para reducir el gasto militar, aliviando a la población de un peso que le parece excesivo. Frente a eso, la posición chilena apela a una previa homologación de ese gasto, con la Cepal como una especie de honest broker. Para otras autoridades peruanas, ese procedimiento es demasiado lento, comparado con la urgencia de las necesidades de nuestros pueblos. A su juicio, ¿progresó ese método de reducción del gasto militar respecto al Perú?

Esto me obliga a una breve reflexión previa sobre el sistema que nosotros tenemos institucionalizado respecto al gasto militar. El gobierno

militar, antes de irse, tomó dos medidas: primero, destinar el 10 por ciento de las ventas de cobre de Codelco para la renovación de los pertrechos militares; segundo, que el presupuesto militar debe crecer, automáticamente, según la inflación del año anterior, como una forma de garantizar que no va a haber una disminución. ¿Y qué ha ocurrido...? Que esas medidas fueron tomadas en 1989, cuando era previsible el triunfo del sistema democrático, después del triunfo del “No”. No se previó que Chile estaba a las puertas de un período de rápido crecimiento económico, en el cual dobló el producto en diez años. Entonces, el tema del presupuesto de Defensa prácticamente no se discute, pues tiene normas preestablecidas. Alguien me dijo que los ministros se clasifican entre los que gastan y los que juntan la plata y a mí, como ministro de Educación y de Obras Públicas, me tocó ser de los que la gastan. Por tanto, yo discutía con mis colegas de gabinete qué parte del crecimiento del gasto iba a corresponder a mi cartera, excepto con el ministro de Defensa. Éste no discutía, pues su gasto estaba preestablecido. Así, lo que se entendió como una medida de seguridad, para mantener el ritmo del gasto en Defensa, terminó siendo una medida contraria al crecimiento. Esto ha seguido ocurriendo hasta en mi período, donde el crecimiento del gasto en Defensa se mantiene *pari passu* con el crecimiento de la inflación.

¿Le explicó esto así a Toledo, Presidente?

No en esta forma, pero es cuestión de ver qué ha significado esto. Los comandantes en jefe hoy reconocen que el sistema terminó siendo perjudicial. Y, claro, se supuso en un momento “acá va a haber una gran inflación y por lo tanto yo tengo que mantener el crecimiento real”... Éste es un primer tema, y muy importante. Vamos ahora al segundo. ¿Por qué el tema Cepal? A mi juicio, porque tenemos que medir dos cosas: el *stock* y el flujo. El *stock* es la cantidad de armamento que usted tiene en un momento dado; con cuánto parte usted, con cuánto parto yo. Hay que buscar un procedimiento para hacer que los *stocks* sean asimilables... si este tipo de avión o de tanque o de buque es comparable con los que tiene el otro. Respecto del flujo...

¿A qué llama flujo, Presidente?

Usted puede decir “yo tengo tres tanques”, no necesito decir “tengo tres tanques por año”, eso es un *stock*. El flujo es la cantidad de recursos que

usted destina por un período de tiempo. Normalmente se medirá por presupuestos anuales y usted dirá “yo destino a Defensa tantos millones de pesos por año”. Cualquiera puede medir cuánto va subiendo el flujo. Así, se debe medir el *stock* y el modo en que se comparó, y, en segundo lugar, el flujo. Tan importantes el uno como el otro. Lo primero me lleva a cómo equipar. Lo segundo, a cómo medir. En Chile estamos llegando a una situación compleja, desde el punto de vista del gasto. El personal en retiro... ¿es gasto en Defensa o tiene que ver con Previsión Social? Como resultado de las características peculiares de la carrera militar, el gasto en personal retirado va creciendo de una manera tan acelerada, que ya está por sobrepasar al gasto del personal activo. En consecuencia, si se busca una metodología para medir, eso nos obliga a definir si ponemos o no el gasto en personal en retiro, en salud, en los hospitales militares. En otras palabras, ¿cómo establecemos una metodología que nos permita comparar? Cuando conversamos el tema con el Presidente Toledo, le señalé lo importantes que fueron las “reuniones del 2+2”, es decir, de nuestros ministros de Defensa y Relaciones Exteriores con sus homólogos argentinos. Podemos pensar en dar un salto como lo hemos hecho con Argentina y decir, por ejemplo, tengamos una metodología de medición de nuestros gastos en defensa. Fue algo que impulsaron mucho los Presidentes Aylwin y Frei y que ayudó a avanzar rápidamente. Esto nos ha permitido un cambio tan radical, como que el buque insignia de la Armada argentina fuera reparado en nuestros talleres de Talcahuano, para ponerlo en capacidad —entre otras cosas— de recibir helicópteros. Eso habría sido impensable diez años atrás. Ahora, un destacamento chileno-argentino está en operaciones conjuntas para las Naciones Unidas en Chipre. Yo diría que es eso lo que ha hecho que las hipótesis de conflicto se modifiquen sustancialmente.

En los países fronterizos que han tenido guerras, el sector militar suele jugar un rol importante en la política exterior. Eventualmente, esto produce problemas graves. A comienzos de su período, estuvo el caso del corrimiento de una caseta de observación de la Armada, cerca de la Línea de la Concordia, en plena campaña electoral peruana. Como se hizo sin previo aviso, ese acto conmovió al sector ultranacionalista peruano y la protesta consiguiente, en Tacna, permitió que destacaran dos jóvenes oficiales de origen autóctono, los hermanos Humala, fundadores de la variante “etnocacerista” del nacionalismo extremo. Ésta se caracteriza por su antichilenismo y por la

pretensión de fundar una república tahuantinsuyana que comprendería Bolivia, Ecuador, Perú, norte argentino y norte chileno. Vistos estos desarrollos, en un caso concreto, me gustaría conocer su opinión y saber si la Armada pidió permiso al ministro de Defensa, a la ministra de Relaciones Exteriores o a usted mismo.

De lo que yo recuerdo, ahí no hubo solicitud de autorización previa. La Armada entendía que en esa caseta, que estaba al lado de la playa, había algún tipo de elementos minados, peligrosos, por los contrabandistas que ingresan de un lado u otro de la frontera. Para evitar posibles desgracias, había que hacer un corrimiento de unos sesenta metros. En verdad, una vez que se produjo la protesta de los amigos peruanos por este hecho, dimos una explicación de lo que había ocurrido y, en definitiva, la Armada resolvió mantener el lugar original de la caseta para evitar mayores dificultades. Claro, yo entiendo: los elementos en la frontera son muy sensibles por lado y lado y ésa es la razón por la cual nuestros ejércitos, por ejemplo, cuando van a hacer modificaciones en los lugares o hitos fronterizos, tienen el compromiso de informar anticipadamente. También yo tengo entendido que cuando hay ejercicios de guerra, se le comunica previamente al otro país. Pero éste fue un hecho tan poco sustantivo que la Armada de Chile no informó.

El ex Presidente Aylwin responsabilizó nominativamente al almirante Jorge Arancibia.

Yo tuve en su momento una conversación con el almirante Arancibia, que era el comandante en jefe de la Armada y, si mal no recuerdo, él estaba fuera de Chile cuando esto ocurrió. Por la cadena de mando, obviamente, él fue el responsable.

Lo invito a asomarnos al peso del pasado. Actualmente, cuando estamos en las mejores condiciones históricas para una buena relación, se producen los pleitos de Lucchetti y AeroContinente, el hallazgo de micrófonos en nuestra embajada en Lima, la discusión sobre el delito de "traición a la patria" que se imputa a los militantes chilenos del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru, los usuales conflictos que estallan cuando juegan nuestras selecciones de fútbol, el debate sobre el tratamiento a los inmigrantes peruanos ilegales... Es un conjunto de detalles marginales al gran momento, pero que lo afectan, pues siguen permeando a la opinión pública en Chile y el Perú. En estas circunstancias, el peruano de a pie no capta nuestra receptividad

para iniciar una relación cualitativamente mejor. El ultranacionalista peruano, por su parte, aprovecha para volver al pasado y ponerse bajo el peso de la historia. ¿Usted cree que, por ejemplo, se manejaron bien los casos de AeroContinente y Lucchetti? ¿Se pudo encauzar más positivamente a nuestra opinión pública cuando surgieron conflictos de ese tipo?

En ambos casos tal vez pudo haber un manejo distinto, más fino, más sutil. En el caso de AeroContinente, la prohibición fue decisión de la Dirección de Aeronáutica, que no consultó a los organismos pertinentes. En el caso de Lucchetti fue una decisión a nivel municipal, muy respetable, pero que difícilmente consultó —por su autonomía no tenía por qué hacerlo— a la Cancillería. En ambos casos fueron decisiones de entes que no están al más alto nivel de gobierno y que, si lo hubieran estado, probablemente habrían tenido otro destino. Ambos temas han terminado en el Ceadí, el organismo del Banco Mundial que resuelve conflictos de acuerdo a las normas sobre inversión internacional.

¿Y el caso de los inmigrantes peruanos?

Me preocupa sobremanera, pues me duele ver atisbos xenofóbicos en la población chilena. Entiendo que tenemos un problema de empleo, pero también que, a veces, si un país se percibe con mejores posibilidades, eso va a ocurrir. Decenas de miles de chilenos trabajan en Argentina, cuando perciben mejores condiciones en el sur de ese país. Eso forma parte de nuestro sistema de integración del cual tanto hablamos. Hemos hecho un esfuerzo porque los peruanos que vienen a trabajar aquí puedan regularizar su situación y tengan el tratamiento adecuado que merecen. Lo demás es no entender ciertas normas básicas, como que las migraciones forman parte de la libertad del ser humano. Pero, además de los hechos que usted señala, hay otros que también debemos sopesar porque hablan de otras formas de diálogo. En los últimos años se han multiplicado los grandes restaurantes peruanos en nuestro país, con empresarios venidos de allá. Y los artistas peruanos en los dos últimos años se han llevado premios y aplausos masivos en los festivales de Viña del Mar, porque se reconoce la calidad de su folclor. Y bien sabemos que cuando celebremos el centenario de Neruda, en el 2004, su poema “Las alturas de Macchu-Picchu” será una pieza clave de la celebración. En suma, entre dos países como Chile y Perú existe lo que los expertos llaman “una relación con una gran densidad”.

Hace poco fui a sacar pasaporte al Registro Civil y leí un letrado donde se informaba que se podía viajar con sólo la cédula de identidad a la mayoría de los países de América del Sur. No estaba entre ellos el Perú. ¿No prueba esto que subsiste el carácter de relaciones simplemente de administración entre nuestros países?

Eso puede tener que ver con las reminiscencias históricas y también con el deseo de tener un mejor control de nuestra frontera ante temas como el de Sendero Luminoso. Me gustaría pensar que ya estamos en condiciones de superarlo.

Las nuevas circunstancias plantean la necesidad de evitar la repetición del trilateralismo histórico, esa relación estratégica en cuya virtud siempre nos hemos visto en minoría, frente a la tendencia asociativa entre Bolivia y el Perú. En el libro se demuestra cómo esa relación introdujo el tema del tercero en discordia, que incentiva el conflicto entre los otros dos... ¿No podría revertirse ese trilateralismo por otro, en el cual prime la asociación entre Chile y el Perú? El caso del gasoducto boliviano ha actualizado esta temática.

Yo creo que así como tenemos un conjunto de emprendimientos bilaterales con Perú y otro con Bolivia —con este país estamos explorando un acuerdo de libre comercio—, también puede haber emprendimientos que digan relación con la confluencia de las tres fronteras y pensar en un tipo de desarrollo con esfuerzos en esa dirección. Ahora, en el caso del gas, no es solamente una cuestión de política por parte de Chile; también es de cumplimiento de nuestras obligaciones contenidas en los tratados que tenemos con Bolivia. Si Bolivia dice: “mire, yo quiero salir por Chile con mi gas”, nuestra obligación es decirle “sí, señor, adelante, está en su derecho”. Por lo tanto, lo que le hemos dicho a los amigos bolivianos es que se trata de un problema de ellos. Si creen que debe ser por Chile, pues será así y ahí veremos cómo pueden tener una concesión para hacerlo en las mejores condiciones. Es un elemento bien significativo. No sentimos que haya una competencia entre Chile y Perú, nosotros no quisiéramos entrar en ese terreno. Las condiciones que hay para sacar el gas por Chile y por Perú se conocen. Pero éste es un caso típico en el cual, me temo, los países tienen poco que decir, porque en definitiva el mercado va a establecer cuáles son las condiciones más adecuadas en uno u otro país.

Focalizando más el punto, en el Perú existe desconfianza hacia Chile respecto a los territorios ex peruanos. Se piensa que en cualquier momento podemos volver a negociarlos con Bolivia, tal como lo hizo el general Pinochet en los años 1974-75, para que este país tenga una salida al mar y, de paso, se establezca una especie de “Estado tampón”. Al parecer, la opinión pública ilustrada del Perú apreciaría que Chile dejara en claro que nunca va a negociar esos territorios con Bolivia. Por otra parte, como Chile nunca fragmentará su territorio para darle una salida soberana al mar... ¿no sería bueno reconocer, como dijera George Kennan, que “hay problemas que no tienen solución”? Yo creo que eso es llevar los temas del pasado al presente y al futuro.

En eso hemos estado, precisamente.

Esa posibilidad, efectivamente, existe, de acuerdo a los tratados que tenemos. Y para que pueda concretarse requiere el visto bueno de Perú.

Usted, Presidente, es jurista y sabe que, muchas veces, el Derecho se establece sobre bases estratégicas. El Tratado de 1929 fijó un sistema de amarres, más para impedir cesiones unilaterales que para posibilitar negociaciones. Efectivamente, pero siempre la realidad es más dinámica.

Esa fue la posición de un canciller peruano en el gobierno de Francisco Morales Bermúdez, pero en un contexto en el cual Pinochet negociaba con Bolivia para evitar que se aliara al Perú en una guerra contra Chile. Otra vez primaba el factor estratégico.

Sí, entiendo eso. Pero el problema es que si nosotros seguimos mirando al pasado, efectivamente el amarre va a funcionar y esto seguirá tal cual, en la forma en que usted ha dicho: a lo George Kennan. Si pensamos una solución más amplia, con un conjunto de proyectos y propuestas —como ya lo ha hecho Perú— para promover un desarrollo conjunto para ese espacio... En el fondo se trata de qué manera el norte de Chile, el sur de Perú y la parte oriental de Bolivia participan en un proceso de emprendimientos que tiene por objeto hacer de la zona un polo de desarrollo, que apunte al corazón de América del Sur. Lo que está detrás es hacer de esto el gran puente del que ya hablamos. Bolivia podrá decir: “sí, me parece muy bien, pero resuélvame mi problema que tengo pendiente”... y se podría pensar en una solución de ese tipo, pero sobre la base de que ya hay una forma de mirar el futuro muy diferente de la que hasta ahora tenemos.

Siguiendo esa línea de pensamiento, ¿no cree que hacen falta mensajes o gestos dramáticos, que conmuevan a la gente, sobre la necesidad de superar ese pasado?

Es muy probable. Me gustaría pensar qué formas emplear para superarlo. Reconozco que me siento un poquito frustrado. He tenido una muy buena relación con el Presidente Banzer, con el Presidente Quiroga y ahora con el Presidente Sánchez de Losada, pero también siento que no hemos avanzado mucho.

Yo más bien me refería al tema central, que atañe al Perú.

También. Pero esos gestos tienen que ser convenidos, recíprocos, para dar pasos como el que usted plantea. Claro, hay que aceptar que aún hay temas pendientes, aunque uno tienda a pensar que después de 1999 todo se ha solucionado.

Para dar un ejemplo, usted sabe lo importante que ha sido para los peruanos que forman opinión, la devolución de libros que se hizo cuando se firmó el Acta de Ejecución. El caso es que aún tendríamos libros cuya devolución se pide. Al parecer, algunos pertenecerían a la propia Cancillería peruana y estarían en el Estado Mayor de nuestro Ejército.

Eso tendría que investigarlo. Francamente, yo no tengo información. Me gustaría tener al respecto una visión más clara. Y si es posible algún tipo de gesto, por cierto lo podemos explorar y demostrar nuestra buena voluntad para mejorar, aún más, el nivel de relaciones que tenemos, que en este instante yo creo que es muy bueno. La clave de esta atmósfera entre los países pasa por las coincidencias con que miramos los nuevos fenómenos dentro de los cuales nuestros países deben impulsar su futuro. Ahí está la globalización con todos sus nuevos desafíos para el crecimiento de nuestros países, lo cual es clave para dar empleo y mejores oportunidades a nuestra gente. Piense en Apec, donde ambos países somos miembros, junto con México. Los gestos también se inscriben en la imaginación que pongamos para no quedarnos debajo de un mundo que va muy rápido y donde los cambios no están dispuestos a esperarnos.

EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE



Eduardo Frei Ruiz-Tagle

“Nuestra actitud ayudó a crear un clima de confianza y amistad.”

Eduardo Frei Ruiz-Tagle, llegó a la gran política como senador y luego fue Presidente de Chile (1994-2000). Pese a que sus rasgos fuertes le dan el aire de un “duro” de película, de cotidiano irradia calidez. Suele mencionar prolijamente a sus colaboradores en el contexto de cada tema y, como Buster Keaton, aprendió a esconder su sentido del humor tras un ceño fruncido. En su entorno cuentan que durante su campaña electoral solía reírse de sí mismo, mentando sus dos grandes ventajas: “una es mi nombre”, decía con seriedad total, y cuando le preguntaban por la segunda, “mi apellido”,

soltaba con una carcajada. Si el cuento no es cierto calza bien con su personalidad y con la veneración que siente por sus padres. A la entrada de su oficina de avenida Pedro de Valdivia —a la cual llego a entrevistarle el 24 de junio de 2003— los retratos de ambos rodean su propia fotografía presidencial. En cuanto a la política exterior, su condición de ingeniero, su experiencia empresarial y su lejanía con los trucos políticos, le permitieron ejercer una diplomacia personal exitosa con Carlos Menem y Alberto Fujimori, los Presidentes más pícaros y discutidos que han tenido Argentina y el Perú. Por eso, dice que se consideraría un “malagradecido” si criticara a quienes le permitieron producir el mejor momento histórico en las relaciones vecinales de Chile.

Usted, Presidente, debió asumir el desahucio unilateral de las Convenciones de Lima por parte de Fujimori. ¿Cuáles fueron sus instrucciones en ese contexto ingrato?

Primero, un concepto general. Nosotros hicimos una política bastante agresiva en busca de acuerdos internacionales. En 1994 habíamos afirmado, con Estados Unidos, la posibilidad de que Chile fuera socio del Nafta. En 1996 se iniciaron las negociaciones para el Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea. Además, en 1994 me tocó participar en la reunión en que Chile ingresó a la Apec y en 1996 nos asociamos al Mercosur. Entonces, nuestra política fue buscar los acuerdos comerciales en todos los lugares posibles. Paralelamente, tuvimos una política constante, y muy exitosa, de resolver los problemas que teníamos con los vecinos. En ese sentido, heredamos el acuerdo entre Chile y Argentina —los 24 puntos que firmó el Presidente Aylwin— y, con la disposición del gobierno argentino, hicimos un gran proceso que culminó en 1998-99, cuando firmamos los Acuerdos de los Campos de Hielo. A ellos se agregan el acuerdo minero, la definición de los 14 pasos fronterizos, la integración energética, la construcción de gasoductos. En fin, un tremendo avance en la relación con Argentina.

¿Y con el Perú?

En el caso de Perú, iniciamos la misma ofensiva. Había que llegar a un acuerdo sobre la firma del Acta de Ejecución del Tratado de 1929. Con la activa participación de nuestro embajador, Carlos Martínez Sotoma-

yor, definimos una agenda y los cancilleres Insulza y Tudela firmaron el primer acuerdo en abril de 1996. Así se inician las negociaciones para implementar las cláusulas pendientes de ese tratado y su protocolo complementario. Además, allí se acordó impulsar el acuerdo de complementación económica y el tratado de promoción y protección recíproca de inversiones.

Recuerda Frei que al comienzo se avanzó poco, pues se produjo la toma de la embajada de Japón, pero en 1997 ya marchaba un conjunto de iniciativas. Con el nuevo embajador, Francisco Pérez, le envió un mensaje a Fujimori, planteándole la necesidad de una relación más profunda y eso se tradujo en una serie de actos. Por primera vez el presidente de la Cámara de Diputados de Chile era recibido por Congreso del Perú en una sesión plenaria. También visitaron Perú el comandante en jefe de la Armada, el director general de Carabineros y varios ministros, entre los cuales el de Defensa, Edmundo Pérez Yoma, se reunió con el Presidente y los altos mandos de las Fuerzas Armadas peruanas. A la vez, altos oficiales del Ejército y de la Fuerza Aérea del Perú vinieron a Chile. Esa relación política de alto nivel fue creando las condiciones para un ambiente propicio a los acuerdos.

¿Y cómo fue el primer encuentro al máximo nivel? ¿Cómo percibió a Fujimori?
La primera vez fue en una reunión del Grupo de Río —en Río de Janeiro, precisamente—, poco después de que él hubiera retirado definitivamente las Convenciones. En ese primer momento yo no encontré una recepción positiva.

¿Qué significa eso? ¿Era huidizo, descortés?

No. Pero por su manera de ser, su mentalidad más bien japonesa, la relación con él era distinta de la que yo tenía con los demás Presidentes. En las reuniones había bastante amistad, colaboración, llamados telefónicos cuando había alguna dificultad... había un buen clima. Fujimori era siempre más retraído. Con todos, no sólo conmigo. Pero eso se fue limando. Yo le señalé que teníamos una agenda riquísima con Argentina y que también podíamos tenerla con Perú, cosa que además les dije a los presidentes de Bolivia, primero a Gonzalo Sánchez y después a Banzer. Y poco a poco él se fue abriendo a esta posibilidad y se creó una corriente de relación muy positiva.

¿Y cómo fue la relación entre los cancilleres?

También se produjo una buena empatía entre los cancilleres chilenos, Insulza y Valdés —cuando éste asumió en 1999—, con los peruanos, Tudela, Ferrero y De Trazegnies, quien se jugó mucho por los acuerdos. A fines del 98, comienzos del 99, llegamos a una situación en la cual Fujimori me dijo, muy categórico: “quiero que firmemos esto antes de diciembre de 1999”. Es decir, antes de la elección en Chile y del inicio del proceso electoral en el Perú. Entonces nos reunimos con los cancilleres, los embajadores y hubo una muy buena disposición para ello, lo que estuvo muy influenciado por el rol fundamental que cumplió Chile como uno de los garantes del Protocolo de Río, en el conflicto entre Perú y Ecuador.

Se tenía cierto recelo sobre el comportamiento de Chile en ese rol.

Efectivamente. Me tocó participar directamente con el canciller y el director general de la Cancillería en una situación que se tornó muy compleja en un momento dado. Se discutía la posibilidad de que los países garantes enviaran representantes militares al lugar del conflicto, y en una reunión del Grupo de Río propuse que fueran de inmediato los agregados militares de esos países acreditados en Lima, mientras llegaban los representantes oficiales de sus Fuerzas Armadas. Nos jugamos a fondo por ese acuerdo y me atrevería a decir que con Brasil fuimos los garantes más activos. Por cierto, en un primer momento hubo recelos, porque se pensó que Chile se iba a jugar más por la postura de Ecuador, pero seguimos la línea permanente de nuestra política exterior: siempre apegados a los convenios, acuerdos y tratados internacionales.

Al parecer, Ecuador y el Perú reconocieron el comportamiento de Chile.

Nuestra posición fue transparente, para ayudar a que el conflicto se resolviera en forma pacífica. Nosotros teníamos la tranquilidad de estar actuando en el marco de nuestro rol, velando por la aplicación de los acuerdos que habían firmado Perú y Ecuador. Pretendíamos ser confiables para ambos países, por lo que nos preocupamos de que se aplicara la ley internacional. En definitiva, los representantes de Perú y Ecuador se dieron cuenta de que estábamos actuando de buena fe, sin perjudicar ni favorecer a nadie. Luego me tocó participar en la ceremonia de Brasilia, cuando los Presidentes Fujimori y Mahuad firmaron el acuerdo

final y hubo un gran reconocimiento al papel que cumplió Chile, pues nuestra actitud ayudó a crear un clima de confianza y amistad que posibilitó el acuerdo.

¿Influyó esto en la relación bilateral con el Perú?

Sí, se creó más confianza, más amistad respecto a los acuerdos que estábamos negociando y así fue como en junio de 1998 se firmó el Acuerdo de Complementación Económica entre los cancilleres Insulza y Ferrero. En ese mismo momento se vuelven a iniciar las conversaciones respecto al cumplimiento del Tratado de 1929, mediante intercambio de notas, descartando la necesidad de un nuevo tratado. También se acordó desvincular el tema del Chinchorro, por no ser parte de lo acordado el 29 y facilitar así las cosas.

Por debajo del tramado de negociaciones y acuerdos, durante el conflicto ecuatoriano-peruano se produjo el trasiego de armas hacia Ecuador, desde la Argentina de Menem, que derrumbó el sistema de coordenadas geopolíticas. Hasta entonces, Argentina aparecía como el aliado natural del Perú, según el esquema regional de “el enemigo de mi vecino es mi amigo”. ¿No ayudó esto a la relación bilateral?

La verdad es que para mí el factor decisivo en el mejoramiento de nuestras relaciones bilaterales fue la buena evaluación que había acerca de la imagen de Chile. Teníamos una actividad política y diplomática muy fuerte, en la que demostramos con hechos nuestro interés en ir resolviendo los temas del pasado y de alcanzar una mayor integración con los países vecinos. Habíamos ingresado al Mercosur, nuestra agenda con Argentina era extensa y, como dije, había un proceso de complementación económica muy avanzado. También teníamos una muy buena relación con Brasil, donde ejercía como Presidente Fernando Henrique Cardoso, y estábamos ayudando a Ecuador y a Perú para que resolvieran sus conflictos.

Sólo faltaba Bolivia.

En enero-febrero del 2000, antes del fin de mi mandato, le dije al Presidente de Bolivia que intentáramos definir una agenda de trabajo en la que incluyéramos los temas del gas, de las aguas y de cómo llegar a un acuerdo de complementación económica. “Si usted pone en primer lugar el tema marítimo y no hay acuerdo, nunca vamos a tener una

agenda; mejor pongamos todos los temas y vamos avanzando en todos”, le dije. Eso demuestra que Chile tiene la voluntad de resolver conflictos que se han arrastrado por más de cien años. Así se llegó el 2000 a una agenda completísima con Bolivia, sobre la que se ha venido trabajando. Más allá de situaciones coyunturales, todos estos hechos demuestran que aquí hubo una política de Estado dirigida a potenciar la integración con nuestros vecinos, para lo cual también debíamos enfrentar los temas pendientes.

Todo indica que Chile no tendrá una buena amistad con el Perú, mientras allí sospechen negociaciones con Bolivia sobre territorios que fueron peruanos. Cuando fui Presidente siempre tuve muy claro que no puede haber acuerdo con Bolivia sobre territorios que originalmente fueron de Perú. En tal caso habría que pedir el acuerdo de Perú. Por lo tanto ese asunto está zanjado. Por eso, cuando llegamos a 1999, la relación se desenvolvió con fluidez y amplia colaboración. Quizás ayudó el que Fujimori fuera de origen asiático. A lo mejor eso lo alejaba de las rencillas y celos históricos que nos han mantenido distanciados. Así fue como llegamos a firmar el Acta de Ejecución, con los cancilleres Juan Gabriel Valdés y Fernando de Trazegnies, lo que también incluyó la devolución por parte de Chile de una colección de libros del Archivo Notarial de Tacna y la construcción de un Cristo en el Morro de Arica. Cuando se firmó el Acta hubo titulares en la prensa de Lima donde se leía “hoy se pone fin a la Guerra del Pacífico”.

Lo que permitió a Fujimori cumplir su postergada visita a Chile.

Estuvo los días 29 y 30 de noviembre de 1999, en lo que fue la primera visita de Estado de un Presidente peruano a Chile, cosa que le dijimos a Fujimori y él no lo creía. Al Perú había ido mi padre, también Allende, Alan García vino a la transmisión del mando del Presidente Aylwin, pero no como visita de Estado. En la visita de Fujimori firmamos un acuerdo que estableció un Comité permanente de consulta y coordinación política, formado por los ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa, el que comenzó a funcionar durante el actual gobierno. Además, firmamos una declaración conjunta sobre asuntos políticos, económicos, culturales, de integración, combate al narcotráfico, tráfico aéreo, etc. Este proceso lo culminamos con mi propia visita de Estado al

Perú, los días 1 y 2 de febrero del 2000, tal como me había comprometido con Fujimori. Ahí firmamos el Tratado de Promoción y Protección Recíproca de Inversiones, que hoy todos recordamos por el tema Lucchetti. Creo que con Argentina y Perú vivimos momentos muy positivos, y por eso señalé que si habíamos podido cumplir grandes objetivos con ellos, también podríamos lograrlo con Bolivia.

Usted logró una excelente relación con Menem y Fujimori, dos Presidentes muy discutidos. ¿Por qué no me traza una semblanza de estos dos personajes?

Conocí a Menem cuando yo era senador. Él siempre fue muy afectuoso en lo personal y se jugó a fondo por alcanzar una mejor relación con Chile, lo mismo que su canciller Guido Di Tella, quien desgraciadamente murió el año pasado y del cual tengo un excelente recuerdo. Junto con Carlos Figueroa, nuestro embajador en Argentina en el gobierno de Aylwin, cumplieron un papel decisivo. Existía una gran disposición para resolver todos los conflictos y levantar una agenda extensísima. Hoy, de los catorce pasos fronterizos ya hay seis pavimentados, vea las proyecciones del Tratado Minero, lo que ha significado para Chile la traída del gas argentino y el alto nivel de inversiones chilenas que llegó a Argentina. Con Menem teníamos contacto telefónico frecuente y el ánimo de cooperar en todo. Recuerdo que en 1996, en los talleres de Asmar de Talcahuano, hicimos las reparaciones al buque insignia de la Armada argentina. Algo antes impensable... si el año 78 estuvimos al borde de la guerra. Así llegamos al abrazo del Estrecho en 1999. Yo sería un malagradecido si dijera algo en su contra. Con su apoyo logramos resolver conflictos que se remontaban a 120 años y establecimos una **relación de gran colaboración y confianza**.

¿Y respecto a Fujimori?

Lo mismo pasó con Fujimori, aunque al principio él fue mucho más reticente. La primera reunión que tuvimos, en 1994 ó 1995, habiéndose ya retirado las Convenciones de Lima, lo vi más bien retraído. Pero, en 1996, cuando los cancilleres Insulza y Tudela firmaron los primeros acuerdos, se produce una nueva disposición. Y a fines de 1998, cuando firmamos el Tratado de Complementación Económica, Fujimori se comprometió a firmar antes del fin de nuestros períodos los acuerdos pendientes derivados del Tratado de 1929. Fue categórico

en sus instrucciones y ahí también jugó un papel muy fundamental el canciller De Trazegnies. Logramos un momento verdaderamente histórico: poner fin al problema pendiente, lo que significó mejorar las relaciones entre ambos países, mayor complementación económica, más inversiones y negociaciones de todo tipo. Puedo decir que durante mi gobierno llegamos a un nivel de relaciones con Argentina y Perú que nunca habíamos tenido en la historia.

Se limpió la agenda histórica. Desgraciadamente, en el caso del Perú, no llegaron después los frutos que correspondían. Volvieron a aflorar los rencores del pasado a través de pleitos como los de AeroContinente, Lucchetti, los espionajes de siempre, los “emerretistas” chilenos condenados por traición a la patria, las casetas fronterizas que se desplazan.... Desde su experiencia, ¿no indica esto que es necesario abandonar la diplomacia de administración del statu quo histórico?

A estas alturas del siglo XXI, visto lo que hemos avanzado con Argentina y Perú y lo que estamos avanzando con Bolivia, yo creo que el *statu quo* es mirar al pasado. Conflictos entre países limítrofes van a existir siempre. Lo mismo los sectores nacionalistas de cada país. Es una realidad mundial. Pero haber avanzado como lo hicimos, demuestra que cuando hay una voluntad de ir más allá, se pueden lograr cosas importantes. La riqueza de la relación con nuestros vecinos es fundamental. Es bueno para Chile tener con ellos una relación fluida en lo político, económico y cultural. Además está la relación emigración-inmigración, se habla de 50 mil peruanos viviendo en Chile. ¿Cuántos cientos de miles de chilenos han vivido en Argentina? Desde ese punto de vista, incluso hay que ir analizando los nuevos temas, que son los desafíos del futuro y que ayudan a los procesos de complementación. Hay una riqueza temática muy grande y en el mundo de hoy, querámoslo o no, vivimos en grandes bloques y los vecinos debemos estar unidos para enfrentar las nuevas realidades. Me basta ver la relación actual entre las provincias argentinas y las regiones chilenas en temas como el turismo, relaciones comerciales. Que por el paso de Jama en el norte, en Antofagasta y por el paso Cardenal Samoré, en la Región de Los Lagos, estén pasando centenares de camiones al mes, era impensable hace veinte años. Entonces, yo no sé por qué nos vamos a quedar en los puros problemas.

A partir de la situación histórica, el peso de la opinión militar en la relación bilateral ha sido muy fuerte. La estrategia a veces supedita a la diplomacia. Antes del general Ricardo Izurieta usted tuvo a Pinochet en el cargo de comandante en jefe del Ejército... ¿Cómo percibió el rol de las Fuerzas Armadas respecto a su política frente al Perú?

Fue siempre positivo. Aquí siempre existían los resabios del pasado. Evidentemente, la relación del gobierno militar con los vecinos no fue nada de positiva. Con Argentina estuvimos al borde de la guerra y con Perú también vivimos momentos de tensión. Pero, en general, al margen de situaciones coyunturales, las Fuerzas Armadas apoyaron y se comprometieron con la posición del gobierno. De hecho, se establecieron medidas de confianza mutua, comenzaron reuniones interinstitucionales a distintos niveles, visitas recíprocas de los comandantes en jefe. Puede que existieran posturas personales en contra; pero recuerde que el propio Pinochet ya había firmado los acuerdos con Argentina después de la mediación papal. Tal vez había cosas que por su formación y su manera de ser no le gustarían, pero yo nunca tuve la menor dificultad. La posición del gobierno era muy clara, muy positiva y tuvimos plena colaboración de las Fuerzas Armadas, como institución, tanto con Argentina como con Perú.

¿Cómo interpretó usted, ya como ex mandatario, ese “condoro” del desplazamiento de una caseta de observación en la frontera con el Perú, en periodo de elecciones peruanas, sin consulta a la Cancillería y ni siquiera al Ministerio de Defensa?*

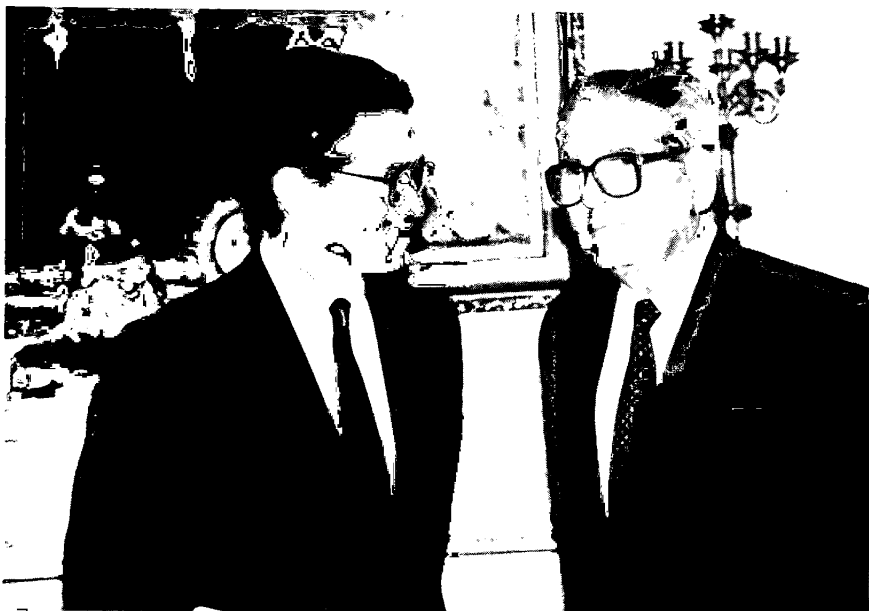
Muy negativo. Como usted dice, un “condoro”. Gustos personales que se puede dar una persona o grupo que obedecen a posturas individuales o muy minoritarias, pero que no representan para nada la voluntad del gobierno ni del país. Situaciones como ésa sólo generan tensiones innecesarias y alientan a los nacionalistas exacerbados, de uno u otro lado, a profundizar los conflictos. En todo caso, fue un hecho aislado y estoy seguro de que hoy el ánimo nacional es buscar la paz y la amistad con todos nuestros vecinos.

* Chilenismo. Equivale a un desplante o actitud insólita que produce malos resultados.

Cuando se firmó el Acta de Ejecución, usted dispuso devolver al Perú una colección de libros del Archivo Notarial de Tacna. Sucede que el tema sigue pendiente, pues, según diplomáticos peruanos, una colección de libros de Torre Tagle está en una biblioteca militar de Chile. Según he investigado, se hicieron gestiones durante el gobierno de Aylwin pero se chocó con una posición evasiva de Pinochet ¿Qué opina usted sobre el tema?

Esa devolución de libros de Tacna fue dispuesto como un gesto de Chile. Si de mí dependiera, yo entregaría todo. A esta altura no tiene sentido seguir discutiendo ese tema. No creo que nadie vaya a oponerse a que se hiciera otro gesto. Las relaciones diplomáticas también se nutren de gestos.

ENRIQUE SILVA CIMMA



Enrique Silva Cimma (derecha) con el canciller peruano Augusto Blacker Miller
"Procedimos en la más completa buena fe."

La vocación que mejor define a Enrique Silva Cimma es la de jurista. Es un reconocido tratadista de Derecho Administrativo. Desde la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile formó una generación de académicos y entre sus alumnos hay ministros, parlamentarios y escritores como este autor. De manera paralela fue construyendo un currículum que hoy lo caracteriza como el hombre público por excelencia. Ha sido Contralor General de la República, Presidente del Tribunal Constitucional, abogado integrante de la Corte Suprema y Ministro de Relaciones Exteriores. Actualmente, en su vigorosa ochentena, se desempeña como senador. Es un antiguo radical y el exilio le permitió incorporarse a la dirección de la Internacional Socialista, generando contactos valiosos. A su retorno estuvo, junto con su colega académico Patricio Aylwin, entre los líderes que orientaron

el inicio de la transición. Sobre la base de esa experiencia, fue designado canciller con la misión (cumplida) de reinsertar internacionalmente a Chile. Además, contribuyó a establecer las bases de solución de las cuestiones pendientes con Argentina y fue el interlocutor del canciller peruano Augusto Blacker Miller, cuando éste llegó a Chile con la misión de finiquitar la última cuestión pendiente entre ambos países. Sobre este tema hablamos a continuación, mediante entrevista en soporte electrónico, llegada a mi terminal el 29 de mayo de 2003.

La crítica diplomática peruana, respecto a las Convenciones de Lima, fue de oportunidad y de contenido. Sobre lo primero, porque Chile abusaba de un momento de especial debilidad peruana: Fujimori acababa de expulsar a 117 profesionales de Torre Tagle, había peligro en la frontera con Ecuador y se necesitaba concentrar recursos en la lucha contra el terrorismo. Sobre lo segundo, porque desde 1929 el significado económico de las obras que debía ejecutar Chile se había desvalorizado. Esto es, no había una simetría o equilibrio de intereses. ¿Cuál fue su percepción como canciller en la época?

El objetivo del gobierno era reinsertar a Chile en la comunidad internacional. Se trataba de un objetivo prioritario, pues el país había pasado largos años aislado. Particular trascendencia atribuíamos al acercamiento con los países del hemisferio y, en especial con los limítrofes. Se podía advertir que subsistían temas pendientes que, en mayor o menor medida, convenía sacar del camino para lograr el más estrecho, cordial y sincero entendimiento con Argentina, Bolivia y Perú. No hubo, ni por asomo, un cálculo en el sentido que se habría tomado en cuenta que el momento pudiera ser más o menos ventajoso para Chile. Procedimos en la más completa buena fe y encontramos una entusiasta y amplia acogida para resolver las cláusulas de ejecución pendientes en el Tratado de 1929. De hecho, el primer paso fue peruano: las declaraciones del Embajador Luis Marchand, el 20 de julio de 1990, al terminar su misión diplomática en Santiago, en el sentido de que el nuevo gobierno de su país deseaba avanzar en la solución de los asuntos pendientes contenidos en el art. 5° de ese Tratado. Entre la visita del ministro Blacker Miller a Santiago, en enero de 1992, y la que yo hice a Lima, el 10 de mayo de 1993, para firmar el acuerdo respectivo, se sucedieron numerosas reuniones de diplomáticos y técnicos, en las que hubo amplia oportunidad para encontrar una fórmula positiva y razonable. En Chile,

y estoy seguro que también en Perú, el gobierno consultó la fórmula con dirigentes políticos, parlamentarios y con las Fuerzas Armadas, encontrando apoyo general a lo acordado. Respecto al contenido, no creo que el valor de las obras, bastante considerable, se haya devaluado, aunque es posible que algunos lo vean así. Pero debo agregar, de la manera más enfática, que el equilibrio de intereses —la ganancia para ambos países— debía encontrarse en algo mucho más importante que las obras mismas: conseguir la plena armonía, amistad y cooperación en todos los planos entre ambas naciones. Ése era el objetivo trascendente en el cual todos somos ganadores.

¿Por qué se prefirió un tratado nuevo para ejecutar parte de un tratado viejo, incurriéndose en el vicio de la “cascada de tratados”? ¿No facilitó esto el desarrollo de los opositores peruanos y la descalificación del canciller Blacker?

Entiendo que los negociadores decidieron que el tratado era el camino jurídico y político adecuado para declarar de la manera más solemne que Chile entregaba las obras y que Perú las recibía, con lo cual se cumplía plenamente el Tratado de 1929. Además, se daba participación a los Congresos de los dos países (elemento no menor, a lo menos en el caso chileno, después del largo período en que estuvo cerrado). Ahora, mirando las cosas con la perspectiva que da el tiempo, probablemente la forma de un acuerdo simplificado, también jurídicamente correcta pero menos solemne, habría sido expedita. En 1993 se celebraron dos convenciones y algunos expertos consideraban que por sus materias requerían aprobación parlamentaria en Chile. En 1999, al haberse optado por un acuerdo de ejecución simple, desde el inicio se sabía que no podían afectarse materias de ley.

¿Cómo percibió usted al Presidente Fujimori cuando firmó las Convenciones, en Lima, junto con el canciller peruano? ¿Le manifestó algún reparo sobre el fondo, forma u oportunidad de la negociación?

El Presidente peruano se manifestó entusiasmado y no expresó ninguna reserva. Al contrario, en una conversación privada me preguntó: “¿usted sabe que el único Presidente con el cual ustedes pueden llegar a firmar una convención semejante soy yo?”... Y se contestó él mismo: “ello, señor Canciller, porque yo no tengo ninguna clase de compromiso con Torre Tagle como todos mis antecesores”. Esto quedó meridianamente

claro en el discurso que pronunció con ocasión de la firma del acuerdo. Entonces dijo que los peruanos habían llegado a la conclusión de que la postergación de políticas de auténtico acercamiento a sus vecinos no sólo alimentaba una paz falsa, sino que atentaba contra el desarrollo nacional que cada uno de nuestros países tiene como meta. Agregó —y hago la cita textual— que “ya no podemos a estas alturas del siglo veinte, en las proximidades del siglo veintiuno, actuar con la mentalidad del siglo diecinueve, ignorando que en el desarrollo pleno, feliz, de nuestras colectividades nacionales se encuentra la concreción del sueño de nuestros libertadores”.

¿Hubo algún comentario de Fujimori respecto al proyectado Parque de la Amistad Javier Pérez de Cuéllar?

No tengo recuerdo de que haya hecho algún comentario al respecto, ni tampoco sobre un proyecto con tal denominación. El único parque se llamaba “de la Concordia” y no “de la Amistad”. En verdad el nombre de Pérez de Cuéllar surgió de una conversación entre ambos cancilleres y yo no puse inconvenientes porque tenía el recuerdo muy positivo de la visita de Pérez de Cuéllar a Chile, como secretario de Naciones Unidas.

¿Cuál fue su reacción ante el retiro unilateral de las Convenciones en trámite ante el Congreso peruano? ¿Tuvo información previa del Canciller peruano Efraín Goldenberg?

Por cierto, lamenté profundamente ese hecho. A esa fecha, se comprendían las dificultades que tenía el Gobierno peruano para obtener la aprobación parlamentaria de las Convenciones. En verdad, Goldenberg no me dio información previa alguna. Según mis recuerdos, las conversaciones con Blacker Miller y con De la Puente fueron mucho más abiertas, sinceras y espontáneas.

La opinión pública informada sabía, desde el 5 de abril de 1992, que Fujimori era un dictador especial y los demócratas peruanos —apristas, en especial— nos reprochan haber negociado un asunto tan importante con él, violando el espíritu del Compromiso de Santiago con la Democracia. ¿Se hace Ud. cargo de esa acusación?

Recordemos que la negociación tuvo su primer paso en 1990 y la visita del canciller peruano a Chile fue el 28 de enero de 1992, o sea, anteriormente al 5 de abril de 1992. También es necesario tener presente que

las relaciones internacionales, sobre todo entre países limítrofes, con importantes intereses nacionales en juego, deben mantenerse aun cuando no haya una empatía política entre sus gobiernos. Esto no significa abdicar de los ideales políticos de cada uno y, en particular, de la promoción de la democracia representativa, como único sistema aceptable en nuestro hemisferio. Después de abril de 1992, existió un período en que no se trataron estos temas, y sólo se reanudaron las negociaciones cuando existía un itinerario de regreso a la democracia.

Los diplomáticos peruanos han manifestado, en diversas oportunidades y en textos en revistas especializadas, la necesidad de que Chile haga gestos que pavimenten el camino hacia una relación libre de desconfianzas. Entre tales gestos, mencionan la devolución de bienes retenidos en Chile a título de trofeos o de símbolos de nuestra victoria militar. Esos bienes van desde una colección de libros de la Cancillería peruana al barco Huáscar. ¿Cuál es su opinión sobre el valor para Chile de esos bienes simbólicos?

Los gestos de amistad siempre son buenos y estoy por realizarlos. Hay que situarlos en su real valor y alcance. A ese respecto, el tema del *Huáscar* es un caso que no puede tratarse en forma simple. No sólo porque la condición física del monitor impediría cualquier desplazamiento sin provocar su hundimiento, sino porque el máximo héroe de la Marina chilena murió en su cubierta y, por lo tanto, esa nave es considerada una reliquia de un gran valor histórico y espiritual. En ella murió, posteriormente, y también en forma heroica, el almirante Grau, lo que le da similar valor histórico para el Perú. Tiene, pues, el carácter de un monumento histórico a la memoria de ambos insignes marinos, lo que debe realzarse adecuadamente y, al hacerlo, reafirmar la vocación de chilenos y peruanos de vivir en paz y amistad y nunca repetir los desencuentros del pasado.

Tengo entendido que usted alguna vez le planteó al general Pinochet la conveniencia de devolver algunos libros de Torre Tagle que están en un recinto militar. ¿Cuál fue la respuesta del general?

Es efectivo que el canciller De la Puente me hizo un planteamiento muy cordial sobre devolución de archivos y libros de Torre Tagle. Esto lo conversamos detenidamente con el Presidente Aylwin y ambos coincidimos en que era ético y esencial devolver aquello respecto de lo cual no había justificación alguna para que se mantuviera en Chile. Hice las gestiones

del caso en conversaciones privadas con el general Pinochet y con la directora de la Biblioteca Nacional doña Marta Cruz Coke. Efectivamente, había material que fue pormenorizado en la Dirección de Archivos y Museos, respecto del cual hubo decisión para devolverlo. La respuesta del general Pinochet, en cambio, fue claramente evasiva y conducente a un principio de negativa. La decisión no alcanzó a materializarse porque las convenciones no llegaron a entrar en vigor. No puedo ocultar que los actos de Fujimori conducentes a la disolución del Parlamento peruano y a la suspensión de la vigencia de la Suprema Corte de Justicia provocaron por parte de nuestro gobierno un definido retardo en todo el proceso, atraso que decidimos con el Presidente Aylwin, como consecuencia del acuerdo de protección a la Democracia Americana adoptado en la reunión celebrada en Santiago con antelación. Esta actuación nuestra tuvo el más amplio respaldo en los países del continente. En las reuniones de la OEA en Nassau y Washington, hubo llamados categóricos a que el gobierno de Fujimori pusiera término de inmediato a tales gestiones antidemocráticas. El canciller de Chile en ambas reuniones hizo valer la posición coincidente y categórica de su gobierno con esos llamados.

Hubo oposición de la Armada chilena o de las otras armas a las Convenciones tal cual se estaban negociando?

Tal como lo dije al contestar la primera pregunta, hubo consultas previas, que incluyeron, entre otros sectores, a la Armada y las otras ramas de la Defensa. En las consultas y análisis efectuados en las instancias correspondientes, hubo respaldo a las negociaciones y se alcanzó un amplio consenso.

¿Cómo percibió usted el calificativo de “perfectible”, con que Javier Pérez de Cuéllar liquidó las Convenciones firmadas?

Todo es perfectible en la vida, de manera que si bien yo estaba satisfecho con el esfuerzo realizado por ambos Gobiernos al negociar y firmar dichas Convenciones, las que consideraba buenas y útiles para ambos países, no podía descartar que pudiesen ser perfeccionadas.

¿Cuál es la diferencia fundamental entre las Convenciones de Lima y el Acta de Ejecución de 1999, que puso fin al tema?

El Acta de Ejecución, de la cual también forma parte su Reglamento, se concentra en la ejecución de las cláusulas sobre los establecimientos y

zona al servicio del Perú previstos en el Tratado de 1929 y en su Protocolo Complementario. La administración se efectúa por empresas peruanas, designadas en el Acta. Se logró una buena aplicación del libre tránsito desde el malecón a la estación ferroviaria y en el área de conexión de la misma. Junto a esto, se procuró generar un estrecho vínculo entre la administración del malecón de atraque y el puerto de Arica, en una suerte de asociación. No se agregaron al Acta otros acuerdos destinados a materias que no eran propias del Tratado de 1929. Lo más importante es haber culminado una etapa y que el Cristo de la Concordia se haya inaugurado en la cumbre del Morro.

¿Era importante que se declararan formalmente anuladas las Convenciones por parte del Perú o fue mejor el estilo pragmático del gobierno Frei, de darlas simplemente como ignoradas?

En la práctica diplomática, un tratado que por distintas causas no ha llegado a entrar en vigor entre las partes, como es la falta de ratificación, y habiendo uno de los países expresado su decisión de que no procederá a someterlo a ese trámite, pierde eficacia. En un período posterior, cuando yo no era canciller, el Perú hizo saber oficialmente que no proseguiría con los trámites de ratificación. En esas circunstancias, los gobiernos estimaron que podía buscarse un acuerdo con un nuevo esfuerzo diplomático. Esto fue unos tres años antes del Acta de Ejecución, que fue precedida de varios esfuerzos de acercamiento sobre el tema.

JOSÉ MIGUEL INSULZA



José Miguel Insulza

“Sin grandes proyectos comunes la relación se concentra en las cosas chicas.”

Antes de cumplir los 60 años, José Miguel Insulza muestra un sostenido currículum de político gobernante. Fue director de Asuntos Económicos Multilaterales de la Cancillería y vicepresidente de la Agencia de Cooperación Internacional, durante el gobierno de Patrio Aylwin; ministro de Relaciones Exteriores y ministro secretario general de la Presidencia, con Eduardo Frei. Actualmente es el ministro del Interior del gobierno de Ricardo Lagos. Si se coloca a los Presidentes de la República fuera de escalafón, este socialista con raíces socialcristianas aparece como el actor más relevante de los gobiernos de la Concertación chilena. Sin embargo, no es un caso clásico de “animal político”, sino uno de integración del intelectual académico con el estadista. Antes del régimen militar, fue profesor universitario de Teoría y Ciencia Política. En su exilio mexicano dirigió el precursor Instituto de Estudios de Estados Unidos. También hizo estudios de posgrado en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

y obtuvo una maestría en la Universidad de Michigan. Durante sus cinco años como canciller, estableció las bases del “regionalismo abierto”, que hoy explica la mejor resistencia de Chile frente a los bruscos desequilibrios de la globalización. Simultáneamente, dirigió la política que desbloqueó las relaciones con el Perú, tras “el fiasco de las Convenciones”. La siguiente entrevista se realizó, en su oficina, el 26 de mayo de 2003.

Previo a la visita del Presidente Alejandro Toledo, el canciller peruano Allan Wagner manifestó su deseo de que no hubiera nunca más una guerra entre nuestros países. ¿Por qué eso cayó mal en Chile?

Sospecho que se debió a que para algunos era bastante extemporáneo mencionar siquiera la guerra. A mí, personalmente, no me cayó mal.

¿No se debió a la escasa información sobre las guerras que casi tuvimos en 1975 y 1978?

Lo que pasó, sobre todo en 1978-79, es que existía mucha conciencia de que había gobiernos militares en ambos países, roces fuertes entre ellos... y una postura peruana no muy amistosa hacia el gobierno de Pinochet. Probablemente esos roces provocaron cierta preocupación en esos momentos. A *contrario sensu* se entendía, tal vez, que restablecida la democracia y, aun más, habiendo buenas relaciones entre ambos gobiernos por bastante tiempo, no era razonable hablar de guerra ni siquiera para negarla. Pero insisto, la declaración de Wagner no me pareció mal.

El hecho es que pasamos todo el siglo XX en un statu quo de tensión con el Perú, conduciendo una política poco proactiva. No había diseños para construir vínculos más sólidos y avanzar hacia formas más cooperativas. Parte de la explicación se debe a que hubo más de tres décadas con dictaduras en uno u otro país. ¿No cree que cuando, por fin, coexisten gobiernos democráticos llega el momento de innovar en la relación?

Creo que sí, pero quisiera agregar algo más: ese estatus no se debe sólo a la coexistencia de dictaduras militares, sino a que el tema que motivó el distanciamiento —la Guerra de 1879— siempre es interpretada históricamente en los dos países de manera muy distinta. Eso lleva a la conclusión de que cuando dos naciones hacen la guerra, deben prever no sólo

sus consecuencias inmediatas de destrucción y muerte. También tienen que estar conscientes de que van a condicionar las relaciones futuras por muchas generaciones.

Hay un factor diferencial, si se mira lo que ha sucedido con los países que hoy integran la Unión Europea, tras dos guerras mundiales en un siglo, numerosas guerras regionales y narrativas históricas polémicas. Chile y el Perú han pasado más de un siglo con una narrativa histórica que gira sobre el eje de esa guerra y no veo la decisión de innovar.

Creo que no hay que generalizar. Efectivamente, en Chile hay quienes viven todavía de los recuerdos de hace más de un siglo. Es una actitud equivocada. Voy a repetir una frase que me dijo una vez, en tono cariñoso, el ex canciller peruano Efraín Goldenberg: “algunos chilenos viven la guerra como si la hubieran perdido”. Con esto no quiero decir que se trate de falta de generosidad respecto al Perú. Es, más bien, una mala forma nuestra de tratar el tema del conflicto, con un recuerdo a veces exagerado de sus glorias y sin ninguna autocrítica. Eso exacerba los ánimos. En un momento habrá que dejar atrás todo eso.

En Chile, el ex canciller Carlos Martínez Sotomayor dijo casi lo mismo que Goldenberg. A su juicio, nos ha faltado la magnanimidad del vencedor.

Yo comparto mucho la opinión de Carlos. No la haría extensiva a todos los chilenos, sin embargo.

Eso tiene que ver con bienes simbólicos como el Huáscar. De mi investigación se desprende que esté o no instalado como tema en el Perú, en Chile siempre estamos listos a darle relevancia y a llenar la sección “cartas al director” de los medios con enfoques polémicos. Lo curioso es que mis entrevistados en el Perú no piden nunca la devolución del Huáscar, por reconocer que es un tema tensionante.

No seré una excepción. Creo que ha sido elevado a un nivel tan simbólico que es efectivamente tensionante. Existen momentos después de una guerra en que se hacen restituciones, pero revivir 130 años después el episodio como si estuviera vivo ahora...

Además el Huáscar tiene un estatus especial

¿En qué sentido?

Es un barco que hizo la guerra desde ambos lados.

Es un argumento válido, también, a pesar de que estuvo mucho más tiempo en servicio en Chile. Remover el tema provoca un grado de conflictividad absolutamente innecesario.

Según testimonios recogidos, los peruanos están de acuerdo en no plantear ese tema, pero sí el de otros bienes simbólicos, como la devolución de libros. Yo he estado a favor de eso. Durante mi gestión en la Cancillería se hizo un esfuerzo por devolver un conjunto de archivos peruanos de la Cancillería de Torre Tagle.

¿Dónde están?

Eso es lo que no sabemos bien, porque una parte importante está en poder de particulares. Incluso yo estaba dispuesto a investigar, para tratar de reunirlos y adquirirlos, con el fin de devolverlos. Esa gestión no fructificó, no fue posible obtener datos exactos.

El ex embajador peruano Alfonso Rivero ha dicho que están en el Estado Mayor del Ejército.

Tengo entendido que allí habría algunas piezas y ese tema habría sido discutido incluso con el general Pinochet. Estoy refiriéndome a un periodo anterior a mi presencia en la Cancillería. Pero la idea mía era recuperar los otros volúmenes, para ver si así podíamos replantear todo el asunto. Pero eso sólo quedó en el carácter de iniciativa.

Cuando se firmó el Acta de Ejecución del Tratado de 1929 se devolvieron libros del archivo notarial de Tacna y el gesto fue muy apreciado.

Efectivamente, cuando firmamos el Acta se devolvieron esos libros, que eran patrimonio jurídico del Perú.

Con esa Acta se superó el conflicto de las Convenciones de Lima. Entonces se había producido la coexistencia sólo aparente de dos gobernantes democráticos, el general Pinochet estaba en la comandancia de nuestro Ejército y el mínimo común denominador de la relación parecía ser la plenitud del Tratado de 1929. La tesis del libro es que el retiro de las Convenciones del Congreso peruano marcó un fiasco para ambos países.

Yo inicié mi período como canciller con dos tratados pendientes: el de los Campos de Hielo con Argentina y el de las cláusulas pendientes del

Tratado de 1929 con Perú. En ambos casos la Cancillería partía de la base de que eran convenientes para Chile. Sin duda, con todos los matices y dificultades que puedan haber tenido, lo eran. Había reticencias en el lado argentino y en el lado peruano. Para ser justos, también las había en el Congreso chileno. Probablemente, si en Chile no hubiesen existido esas dudas, podríamos haber presionado más en la dirección de su tratamiento en los Congresos peruano y argentino. Nosotros protestamos por el retiro de las Convenciones del Congreso peruano porque fue unilateral. Nos pareció inadecuado que no se nos informara nada y, aun más porque se pretendió que se reiniciaran las negociaciones sin considerar que esas Convenciones ya estaban en el Congreso. Pero es cierto que nosotros también teníamos algunas dificultades, aunque no insuperables. En definitiva, aquí sé podrían haber aprobado en el Congreso.

Según me dijeron en el Perú, Goldenberg habría avisado sobre el retiro de las Convenciones.

Yo fui informado de que iban a ser retiradas. Pero no hubo un desahucio de las Convenciones por parte del gobierno peruano antes de ese retiro que, si mal no recuerdo, no fue presentado como cosa definitiva sino, más bien, como una necesidad táctica. Una cuestión de no conveniencia de tratarlas en ese momento.

Diez años después, en el Perú existe la convicción de que era un tratado tan asimétrico, que no era bueno. La asimetría consistía en que para nosotros significaba eliminar todos los problemas pendientes con el Perú, mientras para ellos significaba poder trasladar más efectivos a la frontera con el Ecuador y más recursos para la guerra contra el terrorismo. Un objetivo de genuina política exterior contra un objetivo estratégico.

El posterior canciller peruano Francisco Tudela, una persona muy inteligente, creó una expresión que me parece válida: que no era necesaria una “cascada de tratados”, es decir, hacer un tratado para cumplir otro anterior. Dijo que lo que hacía falta era, simplemente, cumplir y establecer las condiciones en las cuales Chile hacía entrega de las obras ejecutadas y el Perú las recibía a satisfacción. La inclusión de otros temas en las Convenciones, como los relativos a la verdad histórica, materias educacionales, culturales, el Chinchorro, había excedido mucho respecto a lo que se esperaba. Yo estuve de acuerdo. Lo que a nosotros nos

interesaba era entregar las obras comprometidas y hacerlo sin ninguna nueva condición que alterara los términos del Tratado de 1929. Al extenderse a otro tipo de temáticas, la aceptabilidad de las Convenciones se hacía más complicada, en especial para el Congreso peruano. Las Convenciones pueden haber sido un instrumento excesivo para cumplir un Tratado que estaba plenamente vigente.

En el debate posterior se produjo un problema anecdótico, cuando usted bautizó como “ayudamemoria” el texto con las nuevas posiciones de Tudela. Al parecer, quería que el gobierno peruano declarara expresamente difuntas las Convenciones, mientras Tudela quería soslayar el tema. En definitiva, no existe “acta de defunción” de las Convenciones. ¿Hubo algún acuerdo de caballeros?

Fue un asunto práctico. A nosotros nos interesaba entregar las obras. No queríamos dejar pasar otros 10, 15 ó 20 años más, como había sucedido con otro intento similar, sólo para poder reprocharnos posteriormente debido a que un tratado firmado tantos años antes no había sido cumplido tantos años después. Fue el mismo criterio práctico que aplicamos respecto al Tratado de Campos de Hielo con Argentina. En definitiva, nos dijimos que si el Perú aceptaba que se cumpliera el fin perseguido con un instrumento mucho más simple, un acta de entrega, declarando que las obras se recibían a satisfacción, pues valía la pena intentarlo. Paralelamente, por la vía diplomática obtuvimos algún tipo de reconocimiento de que en el Perú no se podían aprobar las Convenciones.

Fue un punto a favor de mejores relaciones futuras.

Eso, más el trabajo nuestro como garantes del Protocolo de Río de Janeiro, nos llevó a un grado mayor de confianza. Llegamos a una cierta convicción de que el gobierno peruano y sobre todo el canciller Tudela, querían poner fin a las tensiones por la vía de recibir las obras. En Chile, tú lo sabes bien, siempre existió en algunos sectores la sospecha de que el Perú nunca iba a recibir las obras porque era una manera de mantener vigente el último problema que quedaba pendiente.

Se limpió el pasado de su déficit jurídico, Chile se acreditó como buen garante y Argentina se desacreditó como aliado geopolítico, por el trasiego de armas a Ecuador durante el gobierno de Menem. En ese contexto llegó el gobierno peruano provisional de Valentín Paniagua, dándose por fin una

legitimidad democrática coexistente. Era una “ventana de oportunidad” para renovar la relación. Sin embargo, durante el año corto de Paniagua no pasó nada.

Quiero aclarar que con Argentina siempre marchamos de acuerdo como garantes. En cuanto al gobierno pos Fujimori, tal vez fue demasiado breve para ambientar una nueva temática. Además, desde el punto de vista de Chile, ya se había suscrito el tratado de promoción de inversiones, el tratado de cooperación, el Acta de Ejecución. Probablemente nos faltó encontrar una agenda que nos permitiera una aproximación mayor.

Una de las tesis del libro es que por ausencia de una política proactiva hacia el Perú, Chile sigue siendo el vértice aislable del “trilateralismo”. Así se ha visto, por ejemplo, con las concesiones portuarias de Fujimori a Bolivia. Muchos actores peruanos miran con recelo la posibilidad de que Chile negocie con Bolivia respecto a territorios que fueron peruanos. Al parecer, sin ese recelo no habría problemas para revertir la tendencia adversa del trilateralismo.

Yo creo que el problema de ese trilateralismo depende más de los problemas entre Chile y Bolivia que de los que eventualmente se susciten entre Chile y Perú. Si Chile fuera capaz de normalizar plenamente su relación con Bolivia, ello permitiría a todos mirar mejor el futuro y el resultado sería que la relación con el Perú se podría establecer sobre mejores bases.

Teóricamente, pues normalizar significa para Bolivia una sola cosa: acceso soberano al mar. Como para Chile no cabe la posibilidad de cortar su territorio, esa pretensión sólo podría satisfacerse a través de territorios ex peruanos, confirmando el recelo peruano. Es el gran tema de los geopolíticos de nuestros tres países.

En la relación entre Estados existen, a veces, los problemas que no tienen solución. La gran contribución de George Kennan a la paz mundial fue reconocer este hecho en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, después de la Segunda Guerra Mundial. El problema entre ambas superpotencias no tenía solución por la vía de la guerra; la URSS no estaba dispuesta a retroceder de las posiciones que había conquistado en Europa Oriental; Estados Unidos no estaba dispuesto a renunciar a la hegemonía que había alcanzado y debía defender los

territorios de Europa Occidental. La política de contención se acreditó, entonces, como una de largo plazo, ante una cuestión que no tenía una pronta solución. Algo parecido es lo que pasa en la relación de Chile con Bolivia. Si el problema para Chile es que no puede dar salida soberana al mar a Bolivia y si este país no se conforma con otra cosa que no sea esa... entonces, el problema inmediato no tiene solución. Para mejorar el cuadro, la alternativa es que hagamos en conjunto otras cosas. Integremos lo más posible a nuestros países, tengamos libre comercio, incrementemos los elementos de integración física, abramos más las fronteras, cooperemos en la minería, energía, abastecimiento de agua. Eso Bolivia lo puede leer como una forma de ir avanzando hacia el fortalecimiento de sus relaciones con Chile, de manera que un día su salida al mar se produzca de manera natural. Chile lo leerá como una forma de dar satisfacción a Bolivia, sobre la base de la cooperación en muchos otros terrenos. Chu en Lai decía que “algunos países duermen en el mismo lecho pero no sueñan los mismos sueños”. Con Bolivia podemos tener una amplísima relación, sin congelar el problema, pero reconociendo que es insoluble y soñando soluciones distintas hacia el futuro.

Los peruanos quedarían más tranquilos si nosotros les dijéramos precisamente eso. Yo entrevisté en 1996 al general Edgardo Mercado Jarrín, quien me planteó la necesidad de que Chile y el Perú se integraran en un pool portuario. Así evitaríamos competir frente a terceros países como Bolivia y Brasil. Al parecer, como no hubo mayor receptividad ante su planteo, después apareció promoviendo el fortalecimiento de la capacidad portuaria peruana, para competir con Chile.

Creo que Mercado Jarrín tiene mucha razón en eso que dice. En esa zona del litoral, Chile y Perú sólo tenemos puertecitos. La soya brasileña bastaría para llenarlos todos. Si coordináramos esfuerzos para integrarnos en los caminos, los sistemas de transporte, en lugar de disputarnos las mil toneladas que nuestros puertos son capaces de exportar... Esta competencia mal entendida en nuestra frontera ha recortado las posibilidades de cooperación, tanto del sur peruano como de nuestro norte.

Es el problema de las políticas de administración, atentas a los problemas que existen, pero no a las posibilidades que se abren.

Este país tiene una gran política exterior, pero también tiene problemas pequeños, que a veces la dificultan. Yo recuerdo cuando discutíamos

el acuerdo de libre comercio con Bolivia, que para nosotros tenía que ser asimétrico. Eventualmente llegaríamos a un arancel cero para todos y pleno tránsito de mercaderías pero, para llegar a eso, teníamos que partir con un acuerdo más favorable para Bolivia. Eso se ubicaba en los intereses superiores del país. Pero ahí estaban los que tenían el problema de las tortas de soya, del aceite, y no consideraban que el comercio total era 8 a 1 favorable a Chile. No hubo nunca la voluntad de decir “hagamos este sacrificio, para tener una relación mucho más estable”. Son intereses pequeños que pesan mucho en las élites locales y que a veces impiden que el país desarrolle plenamente una política de Estado en función de sus superiores intereses.

Eso parece muy claro en la actual relación bilateral: ya no hay problemas jurídicos, no hay hipótesis de conflicto fundadas en la geopolítica de antaño, hay intereses económicos complementarios, está la disposición inicial de los dos mandatarios pero, cuando todo parece despejado, surge una cascada de problemas pequeños, que ambos sistemas mediáticos destacan como problemas mayores: el caso de los chilenos del MRTA, los casos judiciales de Lucchetti y AeroContinente, los micrófonos en nuestra embajada, la caseta nuestra que se corrió hacia la frontera, el faro de demarcación marítima que se destruyó, los equipos de fútbol que son abucheados entusiastamente en ambos países...

Cuando no hay grandes proyectos comunes, la relación tiende a concentrarse en las cosas chicas, en las discusiones inútiles. Pero yo estoy completamente seguro de que de nuestra parte ha existido, respecto a Perú, la disposición de buscar caminos hacia un mejor entendimiento. Y creo, más bien, que el gobierno del Perú ha demorado un poco en asentarse para tomar grandes iniciativas.

Pienso que debemos hacernos también una introspección más profunda. He descubierto que nuestro sector militar está desplazando a los civiles en cuanto a percepción del futuro. En el Ejército y en la Armada se está desarrollando un pensamiento nuevo respecto a la relación bilateral, mientras nuestra historiografía “civil” sigue estancada en su rencor raro.

Efectivamente, yo creo que a veces, en Chile, más que una acción política coherente existe una tendencia a tratar los temas uno a uno, sin sistematicidad. Con 750 mil kilómetros cuadrados —ni siquiera cuento el territorio antártico— uno puede hacer una cierta política o geopolí-

tica que exprese alguna visión de país. Ver qué cosas se pueden ceder a cambio de otras, manteniendo la integridad territorial, para satisfacer necesidades nuestras, como obtener fronteras más seguras y una posición más estable dentro del área. Pero si estamos siempre discutiendo sobre el chorro de agua, el pozo, la caseta, no vamos a tener nunca esa concepción fundamental. Tal vez sea impropio decirlo —ojalá no sea mal interpretado— esa concepción existió en el siglo XIX. Este país tomó grandes opciones geopolíticas, algunas posiblemente equivocadas, otras puede que no se condigan con la realidad del mundo del siglo XXI; pero se tomaron y marcaron la historia del país, tal como es hoy día. Yo creo que es, tal vez, lo que ha faltado en los últimos años. Así, si queremos eliminar el trilateralismo, ¿por qué no buscar una integración tripartita, con formas creativas, novedosas, en toda una zona, en lugar de actuar tan a la defensiva? Después de todo, Arica difícilmente se va a desarrollar sin una buena relación con el sur del Perú y con Bolivia. De la misma manera, Arica es un puerto importante para Bolivia y el sur peruano.

Mi impresión es que eso interpreta a las élites peruanas, que verían positivamente algunas formas de integración con Chile. La piedra de toque es que en cuestión de iniciativas se le asigna mayor responsabilidad a Chile.

Pienso que Chile podría jugar una carta en ese sentido. Sería un cambio fundamental. La visión de Arica generalmente ha sido más fronteriza que integradora. Antes había que fortalecer esa posesión de Chile en la frontera. A eso se deben políticas como las de zona franca en los años 50. Yo creo que hoy, por el contrario, deberíamos tener una política de integración más abierta, creando en esa zona mejores oportunidades para Perú y Bolivia.

Un tema recurrente que surge al conversar con los líderes peruanos es el de la “diplomacia de las armas”. Mis entrevistados fueron claros para expresarme su deseo de ir a una rápida reducción del gasto militar, incluso sin esperar una previa homologación de armas y sistemas. Querían una reducción “rápida, drástica y masiva”, como el viejo eslogan de la reforma agraria. En relación con eso surgió la poca diplomática intervención del primer ministro de Defensa de Toledo. Preocupado por la compra de los F-16 por parte de Chile, ofreció regalar los misiles R-77 que tenía el Perú.

A mi juicio, eso reflejaba la urgencia peruana por redestinar a la inversión productiva un mayor porcentaje de recursos. ¿Qué opina sobre ese debate? Aunque comprendo el carácter simbólico de los F-16, yo creo que es un error considerar que la compra de un número tan limitado de aviones, por modernos que sean, refleje un propósito agresivo. Probablemente, la compra de otros aviones, europeos por ejemplo, no habría tenido el mismo impacto. Nadie tiene asegurado su éxito en una guerra eventual porque compra 12 aviones, aunque sean F-16. Por otra parte, es cierto que un país construye su fuerza armada mirando hacia fuera, pero también lo hace mirando hacia dentro. Debe atender a que sus militares tengan elementos que les den la posibilidad, al menos teórica, de cumplir su misión propia. Para la estabilidad democrática de un país es mucho más dañino tener equipado a su Ejército con armas de la Segunda Guerra Mundial que con un mínimo de armas modernas. Basta pensar en que si uno tuviera una oficina sin computadoras, tendría puros oficinistas frustrados.

Ahí hay otra coincidencia importante con el pensamiento del general Mercado. Éste me planteó que la homologación no debe atender a los tipos de armas sino al porcentaje de cada presupuesto. Dice que se debe permitir que cada país construya su fuerza como lo estime conveniente, dentro de ese límite objetivo. Es la homologación por el gasto.

A mí me parece razonable. Es un camino interesante para explorar.

En el libro se plantea que la catastrófica gestión de Fujimori, con la desestructuración de todas las instituciones peruanas y nuestra experiencia democrática escarmentada tras el régimen militar, abren una posibilidad amplia para salir de las políticas de administración o de coyuntura y avanzar a una relación más cooperativa.

Concluida la fase de los acuerdos económicos con Estados Unidos y con Europa, tendríamos la necesidad —y yo diría la obligación— de volcar los ojos hacia el entorno y la región, para estructurar relaciones permanentemente estables con esos países vecinos. Tendríamos que superar la fase “histórica” de la relación con el Perú y entrar a una más imaginativa, con temas de integración real, trabajos comunes en el Pacífico. Cuando yo era canciller me preguntaban por qué queríamos que el Perú entrara a la Apec y yo respondía que nos interesaba que lo hiciera

no sólo el Perú, sino también Ecuador y Colombia. La única forma de convivir de la mejor manera en nuestro continente, en un mundo globalizado, es hacer cosas en conjunto hacia fuera.

Esta entrevista confirma que en las élites políticas hay un consenso extraordinario entre Chile y el Perú. Apostaría que más del 95% de sus planteamientos son compartidos por los actores peruanos con responsabilidad política. Esto me lleva de vuelta al tema de nuestras culturas, tan funcionales para producir el disenso y el nacionalismo hasta xenofóbico de algunas minorías. ¿Qué se puede hacer para revertir la mala ecuación cultural?

Es muy complicado romper tabués y mitos históricos. Yo creo que, efectivamente, aquí existe una parte no reconocida en nuestras relaciones con Perú. El día que nosotros nos atrevamos a discutir si después de haber ganado la guerra en Tacna y Arica, con el Ejército peruano retirado hacia su territorio y el Ejército boliviano de vuelta al altiplano, la campaña de Lima era necesaria... Eso sería justificado analizarlo desde el punto de vista histórico y no estoy hablando ni del heroísmo ni de las batallas, pero... ¿fue necesario que la guerra continuara por tres años más? Es una pregunta válida y nosotros tenemos que tener un conocimiento un poco más crítico de nuestra historia. Más allá de los símbolos, del Huáscar o no Huáscar, tenemos que reconocer si las decisiones geopolíticas y militares que se tomaron en las últimas décadas del siglo XIX no tuvieron un impacto permanente en las relaciones con nuestros vecinos, que tenemos que saldar de alguna forma.

Más de alguien dirá que ese tipo de reconocimiento debe quedar entregado a la libre competencia de los historiadores. Pero hay un sector en el cual el gobierno chileno podría influir a través de políticas públicas, como sería el caso de la Academia Diplomática.

Las academias diplomáticas, por lo general, tienden a recoger lo más oficial de la historia oficial, sin ir un paso más allá. Yo creo que se trata de todo lo contrario. La gente que estudia en ellas y que va a ser diplomática, también debe tener la capacidad de cuestionar la historia que se les enseña, pues precisamente por ahí van surgiendo las pistas y los caminos que permiten avanzar. Si tenemos una academia para sólo enseñar, por ejemplo, lo que escribía don Domingo Faustino Sarmiento sobre Chile desde Argentina o Gonzalo Bulnes sobre el Perú, vamos a

formar diplomáticos desactualizados. Se llenan de conocimientos estereotipados, salen creyendo saber mucho sobre la relación con otros países, pero no aprenden nada que les sirva. La historia oficial que se enseña no tiene proyección y sólo ayuda a jugar a la defensiva. Nunca a la ofensiva. Yo creo que en las academias habría que generar iniciativas para enseñar una historia más complejizada, no a los niños, sino a los historiadores, a los diplomáticos, a las élites.

EDGARDO MERCADO JARRÍN



Edgardo Mercado Jarrín

"Al Ejército se entra para servir a la patria, no para obtener dinero o poder."

Esta conversación se realizó el 20 de septiembre de 2001, en el restorán La Isla Escondida, de Surco, al día siguiente del 82 cumpleaños de Edgardo Mercado Jarrín. Quizás extrañe la franqueza del intercambio entre un escritor chileno y el general que habría preparado a su Ejército para una guerra contra Chile. Podría explicarlo con un párrafo de la dedicatoria de uno de sus libros: "compartimos el mismo anhelo de estrechar la relación entre nuestros países". Más allá, hay 24 años de encuentros, sociabilidad familiar y jornadas académicas. Tiempo bastante para forjar una amistad real y, por tanto, supranacional. Con esa base, digamos que Mercado es un intelectual riguroso, teórico de una revolución heterodoxa y diseñador de un "profesionalismo participatorio", con Fuerzas Armadas insertas en

la democracia y subordinadas al poder civil. Sobre este punto siempre me advirtió sobre la ignorancia de los civiles respecto a los militares: “no entienden que estamos educados para obedecer, siempre que la autoridad sepa mandar”. Hoy postula una “sudamericanización”, que nos permita jugar un papel importante en el mundo globalizado, con Brasil al frente (“debe tomar el liderazgo que le corresponde”). En los años 70 —ya se ha visto—, su trabajo fue funcional para potenciar al Perú, pero también para enfriar el entusiasmo de quienes querían la revancha con Chile. Fue un paradigma “avant la lettre” de algo que dijera el general chileno Juan Emilio Cheyre: “nunca le temas a un militar ilustrado, témele siempre a un militar ignorante”.

El general ha estado sometido a tratamiento médico, los últimos meses, pero ese día lucía el vigor intelectual de siempre. Trataba de abarcarlo todo, en largos párrafos, paréntesis gestuales y digresiones intercaladas. Mi propuesta de charla tuvo dos ejes: la relación binacional y Vladimir Illich Montesinos Torres, el personaje que le amargó la última década y con el cual abrí la grabadora.

Por lo sabido, Montesinos es uno de los personajes más siniestros de América Latina. El jefe de la Dina chilena es un niño de pecho comparado con él. Cuéntame cómo lo conociste y cómo se perfilaba en su época de oficial joven. Lamentablemente, toda la experiencia y conocimiento de política que pudo tener la obtuvo cuando fue mi ayudante. Fueron momentos muy importantes en la vida política del país, por el papel que le correspondió a las Fuerzas Armadas.

Mercado se remonta a 1972 y el recuerdo lo lleva a la tarde de un sábado en su casa de Punta Hermosa, frente al mar, donde descansa durante sus vacaciones. Como por reflejo, anota que ya la tenía antes de ser canciller (“de acuerdo a mi declaración jurada, antes de ser ministro”). Entonces era jefe de Estado Mayor del Ejército, estación previa a la Comandancia General. Un oficial joven llamó a su puerta y Gladys, su esposa, que “siempre ha tenido un fuerte instinto”, captó al vuelo lo raro de que un oficial subalterno fuera a la casa veraniega de un oficial general, sin anunciarse previamente. Ella lo atendió y le dijo que si quería ver a su marido, debía ir a su oficina y pedir audiencia. Pero

Mercado, que es un buenazo, se compadeció por el largo viaje. “Debe tener algún problema, vaya a buscarlo”, dijo a su custodia, tras recibir la información de Gladys. Y ahí iba Montesinos, subiendo una cuesta para tomar el ómnibus de regreso, cuando su destino lo rescató y lo llevó ante Mercado.

¿Qué quería Montesinos?

Nada especial. Tenía unos libros bajo el brazo y ahí comenzó la conversación. Fue su astucia. Me había estudiado psicológicamente y estaba perfectamente informado sobre mí. Sabía que yo leía mucho, que escribía y conocía mis contactos. Quedé asombrado por la forma en que me relataba: “usted estuvo en Madrid en tal época, habló con tal persona y dijo esto en las Naciones Unidas...”. Conocía mis actividades como ministro de Relaciones Exteriores y dijo que me había traído unos libros de escritores militares modernos, entre ellos Liddell Hart y comenzó a comentarme algunas cosas. Entendí que era un estudioso de las ciencias sociales. Le pregunté por su carrera militar y me dijo que acababa de ascender a capitán. Al día siguiente, en mi oficina, pedí su foja de notas, la leí y ordené que fuese mi ayudante.

Y así conoció los papeles secretos del jefe.

Vivíamos momentos muy difíciles, pues la enfermedad de Velasco había hecho surgir diferencias latentes. Todos querían ascender a la Presidencia y yo debía manejar eso con mucha finura. Estaba Gilardi, de la FAP, que era más antiguo que yo, que aspiraba pero no le correspondía, porque el Ejército es la institución más fuerte, la que había hecho la revolución. En el Coap (Comité de Asesoramiento de la Presidencia) también había grupos. El del ala izquierda —en todo proceso hay halcones y palomas— de Fernández Maldonado, mantenía una posición beligerante, para ocupar el lugar. Yo me di cuenta de que si en un gobierno militar, ante la enfermedad del líder, únicamente hablaba la señora... eso era un matriarcado, pues. Era exponer una tremenda debilidad. Yo tenía ya preparados unos lineamientos generales y el público pidió: “que hable Mercado”. Y yo hablé.

Ha sido un rodeo premeditado, evocando el día en que enfermó Velasco y sus partidarios preparaban una marcha frente al Hospital Militar, ante la cual sólo hablaría Consuelo, la esposa del líder. Mercado entrecierra los ojos y habla lento, pesando cada palabra. Dice no estar muy

seguro de eso, pero acepta que, en esos momentos cruciales, Montesinos podía invocar “razones históricas” para formar un archivo. Quería guardar ciertos papeles con esa perspectiva y, en algún momento, darlos a la publicidad.

¿Cuáles eran esos lineamientos?

Mantener la unidad de las Fuerzas Armadas por encima de todas las cosas. Hasta ese momento, Velasco no había demostrado ninguna ineficiencia en la conducción del poder.

¿Había que mantener el liderazgo de Velasco?

Mantener la cohesión de las Fuerzas Armadas. No dar la impresión de luchas intestinas. Ése fue mi interés. Al día siguiente, temprano, se me acercó Montesinos para comunicarme: “mi general, he tomado lo que usted dijo y me gustaría que corrigiera, porque éste es un documento de carácter histórico”. Yo efectivamente revisé, corregí y volví a corregir, para que reflejara lo que había dicho. Él me dijo que estaba haciendo un archivo. Yo nunca me quedé con ese documento. Luego llamé a todos los comandantes de región a conversar sobre la situación y les expuse lo mismo. Muchos creían, en esa reunión, que yo iba a terminar con Velasco. Yo tenía el apoyo de toda la Fuerza Armada, también el de la opinión pública nacional e internacional.

Bebe un trago largo de Inca Kola. De nuevo se toma un tiempo para mejor evocar. Dice, con tristeza, que “en este país no hay gente con desprendimiento” y que nunca aspiró a sacar a Velasco. Educado en los maristas, reivindica su sentido de lo humano. El médico le había dicho que el jefe de la revolución tenía un aneurisma y que de un millón de personas con esa enfermedad salvaba uno. Su hipótesis fue que, de morir Velasco, el Ejército asumiría la sucesión, aunque no estaba establecido en los documentos. Ése fue el principio que mantuvo en la reunión con los comandantes.

¿Y entonces?

Al día siguiente se me acercó Montesinos, con otro documento sobre lo dicho en esa reunión. Me dijo que era para la historia y lo corregí. Nunca vi después ese papel. Esos son documentos importantísimos, revisados por el suscrito. Mucho se habla de que pudo haber sacado documentos militares y eso es falso. Yo nunca manejé documentos militares.

(Aquí hay una pregunta que no hago, porque no quiero hacerla. Lo que Mercado me está diciendo es que no fue descuidado con documentos institucionales, sino con los documentos del comandante general, que, al parecer, estima más privados que militares. Luego sigue con el tema, desde otra pista.)

Cuando fui a Rusia hablé con el mariscal Gretchko y me hizo unas maniobras de cinco mil hombres con mil tanques. Yo le dije: “vengo a comprar, deme usted el precio y yo necesito este material antes de seis meses”. *Caretas* ha hablado muchas veces sobre un barco ruso con armamentos que se dirigía a Chile en septiembre de 1973 y que dio la vuelta y regresó al Perú... eso es totalmente falso. Yo compré el armamento de gobierno a gobierno. Material nuevo y muy barato, a precios sumamente cómodos. Luego hablé con [el general] Westmoreland, en Washington y le manifesté que ni siquiera nos daban los eyectores para la seguridad de nuestros pilotos. “Vengo a pedirles que nos vendan armamentos, porque el que tenemos está obsoleto”, le dije. Se levantó y me respondió: “general, se ha equivocado de puerta, yo no tengo nada que ver con esto”. Entonces yo me levanté del asiento, saqué de mi maletín una lista y le dije: “general, vengo de Moscú y esto voy a comprar”. Pero claro, yo no le decía que iba a comprar tantos tanques ni cuántos cañones, ni cuántos misiles ni cuántos helicópteros. Sí le decía todo lo que iba a comprar y me despedí. Al día siguiente, once generales del Pentágono llegaron al hotel donde yo estaba y me dieron un almuerzo. Entre ellos había tres compañeros míos de Leavenworth, donde yo había estudiado y había salido con el numero uno entre todos, inclusive chilenos.

¿Quiénes eran esos chilenos?

Dos había, y en estos momentos no recuerdo sus nombres. Fuimos muy amigos. Sí recuerdo a Poblete, el chileno que era compañero mío en el Colegio Interamericano.

Esa reunión con Westmoreland, ¿fue anterior o posterior al descubrimiento de Montesinos clandestino en el Pentágono?

Fue anterior. Yo conversé con Westmoreland y me abrieron las puertas para comprar armamento. Pero no todo. Compré cañones autopropulsados. Fue lo único que me dieron. Entonces, como decía, yo realicé las compras más baratas del mundo. A mí me tenía preocupado el hecho de que se iba a celebrar el centenario de la guerra con Chile y había que

tomar las previsiones. Un Ejército las toma con cinco años de anticipación. Yo hablo del 74. Era para fortalecer nuestra capacidad disuasiva. Para evitar una guerra, no para hacerla como lo ha dicho Pinochet y la revista *Qué Pasa*, en Chile, equivocadamente.

Y también Fujimori.

Fujimori también lo dijo, lo cual es totalmente falso. Nosotros compramos armamento para renovarlo. Para evitar la guerra con Chile, y la evitamos. Llegó el 79 y ese armamento sirvió... en los conflictos con el Ecuador, porque el Perú nunca ha comprado más armamento. Pero, a lo que vengo: yo nunca he tenido un documento específico de todo eso, así es que Montesinos no me lo podía robar. Antes de despedirme hice unas maniobras en Piedragordas, Ancón y expuse todo el armamento que había comprado.

¿Al exponerlo, todos podrían saber qué armamento se había comprado?
Así es.

¿Y también dónde se había comprado?

Exacto. Yo lo desplegué todo. El comprado en la Unión Soviética y el comprado en Estados Unidos. En segundo lugar, yo nunca he manejado documentos. Un ministro no maneja documentos. Yo negocié la compra con Westmoreland y con el mariscal Gretchko. De gobierno a gobierno. Por eso fueron compras transparentes y honradas, sin coimas de ninguna naturaleza. Éstas se producen cuando hay intermediarios.

Del no documento sobre las armas, Mercado pasa al tema del documento con las redestinaciones de los mandos —“cambios de colocación”, en su léxico— que había preparado antes de su pase al retiro. Cree que ésa era la pieza documental que más interesaba a Montesinos y, por cierto, a toda la institución. Como comandante general, él tenía tres opciones: disponer los cambios desde la soledad del mando, consultar a su sucesor Francisco Morales Bermúdez o someterlos al parecer de Velasco. Confiesa haber descartado la última opción pues, desde la enfermedad, las relaciones no eran buenas.

Dicen que Velasco sufría de celos intelectuales.

Me tenía muchos celos por mi actuación. Por eso, conversé algunos cambios con Morales Bermúdez, pero nada con el Presidente. Eran

cambios que iban a definir el destino del país. En ellos figuraba gente totalmente institucional, sin referencia de amistad con Velasco. Era una forma de cortar el cordón umbilical que ligaba a Velasco con la Fuerza Armada.

¿Esos cambios no le convenían a Velasco?

No le convenían. De hecho, le facilitaron el pronunciamiento a Morales Bermúdez, pues ponían el poder prácticamente en sus manos. Ese día, cuando llegué a mi casa, me di cuenta de que se me había quedado el documento en mi oficina y regresé a buscarlo. No estaba donde lo había dejado. Reuní a todos mis ayudantes y les di un plazo de dos horas. Les dije que si no aparecía los daba de baja y los ponía bajo investigación. Pero yo sabía ya quién era y lo miraba. Mi intuición me lo decía. A las dos horas se presentó Montesinos en mi casa, con lágrimas en los ojos. Dijo que había tomado el documento involuntariamente y que estaba arrepentido y me pedía su baja. Yo le dije “a partir de este momento no lo quiero ver en mi oficina”. Me quedaban pocos días para irme al retiro y tuve que rehacer en parte la hoja de cambios. Ésa fue la única vez que yo comprobé que Montesinos había tomado un documento, pero no se refería a compra de armas.

¿Qué pasó con él?

Cuando uno pasa a retiro, existe la costumbre de que a los ayudantes uno los apoya, mandándolos al extranjero. Yo llamé a (Sinesio) Jarama, que era uno de mis colaboradores, y lo nombré a Washington; a (Anibal) Meza Cuadra le pregunté dónde quería ir y me dijo a China, lo nombré ahí, y llamé a Montesinos, con el cual ya estaba distanciado por la pérdida del documento y le dije “usted no ha hecho la Escuela de Guerra, creo que tiene futuro si la hace”. Yo le había conseguido una beca especial para que hiciera su Escuela de Guerra en Río de Janeiro, en uno de los mejores ejércitos latinoamericanos. Para mi sorpresa, me dijo: “general, muchas gracias, tengo otros planes”. Quedé un poco desorientado y a los ocho días me enteré de que estaba buscando ser ayudante de Fernández Maldonado, un oficial que era un halcón. Entre los halcones y palomas de entonces, yo estaba en el centro.

Montesinos es un clásico: el hombre gris que manipula el poder detrás del que manda. Te eligió cuando estabas en la línea de mando y esperaba que

reemplazaras a Velasco. Cuando pasaste a retiro fue a buscar otro hombre fuerte... ¿Eso es?

Así es.

Hay cosas más siniestras que se dicen del personaje. En esa época... ¿no estuvo en su mente matar a Velasco?

Sí, estuvo. Velasco no tenía la política presidencialista de Fujimori. Me dejaba absoluta libertad para manejar la política exterior. En una oportunidad que fui a las Naciones Unidas expresé que el Perú no podía ser impasible frente a una potencia como la China y que no se podía seguir marginando a un poder de 1.300 millones de habitantes. A la nueva China le correspondía el puesto de Taiwán. Eso produjo una reacción en el consejo de ministros. Velasco no me defendió y tenía sus halcones: Gilardi de un lado, Artola de otro. El primero me dijo que por qué yo había tomado esa decisión sin consultarla con el consejo. Lo mismo dijo Artola. Y yo dije que la política exterior la conoce el Presidente de la República con su ministro de Relaciones Exteriores, y que yo nunca iba a consultarla con el consejo de ministros. Yo había actuado bajo mi criterio, con independencia y con mi experiencia. Velasco no dijo nada y, al terminar la reunión, yo hice por escrito una renuncia firmada y se la presenté. Le dije: “me voy de mi cargo, como usted no me ha defendido”. “No, cómo te vas a ir, si tú eres mi mejor ministro”, me dijo. “Pero usted no me ha defendido”. “No, qué te voy a defender”... Y no me aceptó la renuncia. Cuando regresé a mi oficina, lo comenté y Montesinos, que estaba ahí con mis ayudantes, me dijo: “general, si usted me autoriza, yo le preparo la emboscada al Presidente en el zanjón de Bedoya y terminamos con Velasco”.

Yo ya había escuchado la historia en los mentideros limeños, pero era notable escucharla de labios del propio Mercado. Nos quedamos mirando fijo y sólo atiné a preguntarle cómo reaccionó ante esa oferta de magnicidio. Él, sin desviar la mirada, me cuenta su respuesta textual: “Oiga, si usted me vuelve a repetir eso se va usted a su casa, yo no le acepto eso”.

Te estaba sondeando. Buscaba una mínima señal de asentimiento.

Es posible. Pero hay algo que...

Mercado hace una pausa larguísima. Adivina lo que yo pienso y me advierte que su debilidad hacia su ayudante llegó todavía más lejos: aceptó ser su padrino de matrimonio...

¿Qué dices?!

Yo fui a su matrimonio, ejercí las funciones de padrino, felicité a él y a su novia y les dije que se fueran por un mes, les hice un regalo. Pero esa noche se había producido la enfermedad de Velasco y yo decidí dormir en el Estado Mayor, porque la situación era difícil. No se sabía lo que podía pasar. A las 11 de la noche me tocan a la puerta, y ¿quién era...? ¡Montesinos...! El día de su matrimonio dejó a la novia, porque creyó que yo podía asumir el mando o tomar una decisión importante.

¿No fuiste demasiado blando con él...? Te roba documentos y después eres su padrino y le ofreces un curso de Estado Mayor en el extranjero.

Ante esta pregunta, Mercado hace otra larguísima pausa y dice que eso ocurrió cuando estaba dejando el mando y ya lo había separado de su oficina. Pensó que, al ayudarlo, cumplía con reconocer que tenía ciertas condiciones y que se truncaba su carrera por no haber hecho la Escuela de Guerra. Su oferta fue una manera de compensarle los años que trabajó como su ayudante. Algo así como darle una ventaja para reintegrarlo a la competencia.

¿Cuándo lo sorprenden en el Pentágono?

Yo ya estaba en el retiro. Eso pasa mucho después.

¿Qué contienen los papeles que entrega a la gente del Pentágono?

Eso no lo sé. No conozco nada sobre esos papeles. Sólo sé que fue detenido porque se informó que estaba allá, bajo una invitación de altos mandos y era ilógico que un capitán fuera invitado por organismos superiores del Estado norteamericano. Montesinos, al parecer, había ido con una autorización falsa. Después se prueba que no la había firmado el comandante general del Ejército. Había una especie de abandono del cargo, con una autorización que no correspondía y había sido invitado por altas autoridades, lo cual era muy sospechoso.

Le pasa información a una potencia extranjera...

De eso no conozco absolutamente nada.

Pero hay un proceso militar.

Hay dos. El primero, porque abandona el cargo. Hay otro, cinco o seis años más tarde, donde un militar lo acusa de haber sacado unos documentos.

A raíz del primer proceso lo echan del Ejército.
Claro.

Entonces, en el segundo está fuera del Ejército.
Y es en este segundo proceso cuando se le acusa de espionaje.

Aquí, más que otra pausa larga de Mercado, se produce un silencio de ambos. Nos permite dedicar un mínimo de atención a la comida que hemos estado consumiendo de manera automática. Es que, a esa altura de la entrevista, un periodista frío y profesional habría preguntado por qué no se fusiló a Montesinos. Su conducta, desde el primer proceso, tipificaba un caso de traición a la patria. Sin embargo, percibí que esa pregunta habría herido al amigo y, además, no era necesaria. Todo peruano enterado sabe que Montesinos no fue fusilado gracias al sutil protocolo del prestigio. Es decir, para evitar que un intelectual militar de alto ascendiente tuviera que cargar, aunque fuera retroactivamente, con la responsabilidad de haber tenido un siniestro subalterno. El traidor permanente se benefició, así, con el buen nombre de su primer traicionado. Lo terrible es que la nobleza de ese perdón militar sería desequilibrada, a fines de los años 80, con la reincorporación subrepticia de Montesinos a labores de apoyo castrense. Al parecer, había hecho favores abogadiles a algunos generales, en relación con los excesos en la represión antiterrorista. Eso permitió a su amigo Francisco Loayza reposicionarlo en la carrera de las eminencias grises, recomendándolo al Servicio de Inteligencia del Ejército y presentándolo al emergente candidato presidencial Alberto Fujimori. Loayza era un sociólogo de confianza de los altos mandos del Ejército y yo lo había conocido en casa de Mercado en los años 70. Se me ocurrió que ahí había otra historia interesante.

Loayza también fue ayudante tuyo, ¿verdad?

Es cierto. Yo estaba en una reunión en Esan con el doctor Francisco Loayza, que había trabajado conmigo como escritor civil y con el economista Jorge Chávez, que trabajó inicialmente conmigo en la constitución del IPEGE. A esa reunión llegó información del Callao, sobre Fujimori, y daba unos porcentajes. Como yo soy analista político dije: “éste es un hombre en ascenso, aquí tenemos el futuro Presidente del Perú” y les sugerí que lo apoyaran. Lo que es el destino... Loayza se convierte en asesor político de Fujimori y Chávez será nombrado presidente del Banco Central de Reserva. Pero la historia sigue. Loayza jamás me dijo

que había llamado a Montesinos, pero él es quien lo introduce al círculo de Fujimori.

Mercado cuenta, con más detalle, una historia que ya me había relatado en 1992. Durante la campaña electoral de Fujimori, el abogado Montesinos solucionó a éste problemas de impuestos y de eventual fraude en las contribuciones. Tras la victoria, inventó motivos de seguridad para sacarlo de su base en el Hotel Crillon. Lo metió en la maletera de un auto y lo llevó al Círculo Militar, donde administró sus contactos, junto con el general Edwin Díaz, jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército. Al poco tiempo surgió la acusación de que se habían instalado micrófonos en las habitaciones de Fujimori y ahí cayó Díaz. A partir de entonces Montesinos comenzó a manejar el poder secreto. Por eso, el primer ministro de Guerra fue su pariente el general Torres Aciego. Luego sugirió a Loayza que se fuera a descansar unos días a Miami y, cuando regresó, el sociólogo ya estaba sin piso y no lo dejaron entrar a palacio. Loayza terminaría escribiendo un libro contra su ex amigo Montesinos. “Es el destino”, comenta Mercado.

Yo diría que es una novela. Mucho de lo que llegó a ser Montesinos lo debe a su trabajo contigo, incluso su relación con Loayza. Sicológicamente debió ser complicado para él. Pudo temerte por lo que sabes de él. Pudo tener la tentación de atraerte y convertirse en tu jefe, para revertir la situación.

Cuando llegó Montesinos a la cima del poder, pude ser embajador en Washington o en otra parte, sólo llamándolo, pero jamás hice eso. Lo mismo con Morales Bermúdez. Pude haberle dicho que quería ir a tal o cual parte, pero nunca lo hice. Tendríamos que hablar de una cosa fundamental, que es la formación ética de la gente. Yo no acepto que un hombre que ha sido comandante general acepte ir como agregado militar a un sitio, quedando subordinado al comandante general en activo. Hace doce años me ofrecieron el Ministerio de Relaciones Exteriores y puse como condición que yo resolvía el caso de los 117 diplomáticos exonerados. Jamás me volvieron a hacer la propuesta.

¿Estuvo Montesinos al tanto de esa propuesta?

No lo sé, pero hoy día me felicito. Yo no he recibido ningún favor ni de Velasco ni de Morales Bermúdez ni de Fujimori... o sea, ni de Montesinos. Mi mejor capital ha sido la forma como yo me he hecho. He

continuado escribiendo mi obra, he creado el Instituto y defendido al Ejército en sus momentos más difíciles. No le debo nada a ningún gobierno. Lo digo por primera vez, porque todos temen aparecer en un *vladivideo*.

Pasemos, ahora, a las relaciones entre nuestros Estados. Fujimori llega al gobierno con una independencia muy grande respecto a Torre Tagle. No se siente amarrado por las tradiciones. Nombra como canciller a gente sin experiencia en política internacional. Uno de ellos es el ingeniero Augusto Blacker Miller, quien va a Chile para iniciar el proceso de las Convenciones de Lima. La última vez que conversamos, tú las considerabas como una etapa final de la Guerra del Pacífico. ¿Qué opinas del Acta de Ejecución?

Creo que el Acta de Ejecución ha puesto punto final a una situación que había entre ambos países. Con ella, Chile cumple con lo prescrito en el Tratado de 1929 y el anexo correspondiente. El Chinchorro nada tiene que ver con eso ni fue materia del convenio. Pero, lógicamente, en algún momento deberíamos conversar, porque los 22 mil metros cuadrados que los alcaldes de Arica han ido arrebatándonos, de alguna manera deben reintegrarse al país, para formar parte de un gran almacén, de silos, que complementen las instalaciones portuarias o faciliten la situación de zona franca de Tacna. Otro asunto pendiente sería la tercería que otorga el Tratado de 1929 al Perú, en caso de conversaciones entre Chile y Bolivia. En 1950, cuando Truman habló del vergel, de lo que podía ser la zona del norte de Chile usando aguas del lago Titicaca, Odría dijo que no se podía hablar del lago, porque éramos condóminos con Bolivia. Después, en 1975, hay una propuesta de Chile y una contrapropuesta del Perú: el corredor de soberanía compartida entre la línea de la Concordia y el casco de Arica, que Chile no aceptó.

La propuesta del canciller Carlos García Bedoya.

Claro, entonces ha quedado esa situación de la tercería peruana. Pero, viviendo un mundo de integración, podría ser lo que alguna vez conversé con Gabriel Valdés sobre la posibilidad de construir una zona tripartita en la frontera, de integración de soberanías. Entonces no era el momento, porque el Perú vivía una confrontación de intereses con Estados Unidos. Pero habría que buscar una solución acorde con los tiempos. Y queda el problema no resuelto de la delimitación marítima, que algún día debe abordarse. Pero, evidentemente, el Acta abre una nueva etapa.

Me hubiera gustado un tratado como los que firmaron Chile y Argentina. Hay una cuestión de tipo geopolítico sumamente importante en la situación de fronteras y es que Tacna y Arica son un binomio comercial: cuando la situación económica en Arica es desfavorable, en Tacna es favorable y viceversa. Eso produce una complementariedad que hay que mantener, pese a las fronteras. Por eso, el Acta debió ir más allá. Hay que lograr un proceso de integración que responda a las realidades histórica y geoeconómica en que viven estas dos poblaciones.

En América Latina han caducado las hipótesis geopolíticas clásicas. Bajo el gobierno de Menem, el trasiego de armas para Ecuador demostró que no existía el eje Buenos Aires-Lima. El comportamiento de Chile como garante del Protocolo de Río de Janeiro dejó en claro que no había eje Santiago-Quito. El Acta de Ejecución de Lima puso fin a los asuntos pendientes entre nuestros países. Sobre estas bases, pareciera que llegó la hora de renovar la relación bilateral. Hoy, en un mundo donde unos se globalizan mejor, estamos en la parte de quienes se globalizan peor. Te invito a pensar en términos de la potenciación que significaría una integración chileno-peruana que no se sienta amarrada por el factor conflictivo de Bolivia.

En realidad, en este siglo XXI vivimos lo que yo llamo una revolución geoestratégica, donde el poder y el espacio están cambiando. No podemos seguir viendo a nuestros países como antes. Debemos construir nuevos mapas. En los casos del Perú y Chile, ya no somos los países periféricos de la era del Atlántico.

¿Estamos ya en la era del Pacífico?

La cuenca del Pacífico es el centro de los acontecimientos internacionales del futuro, donde cuatro de las cinco grandes potencias asoman la fachada: Estados Unidos, Japón, China y Rusia. Eso hace que el mundo entre a una dinámica distinta. Ya no se reparten territorios, sino áreas económicas. No se buscan vías geopolíticas de expansión, sino vías de compenetración económica, como los grandes corredores transcontinentales. También el lenguaje militar ha cambiado y las alianzas han dado paso a otro tipo de relaciones. Lamentablemente, los geopolíticos militares latinoamericanos siguen siendo parroquiales. Hoy día, la soberanía ya no tiene la connotación absoluta de antes. La concepción de seguridad, con lo que ha pasado en Estados Unidos, hay que redefinirla. Han surgido amenazas no militares, que requieren la cooperación. El

principio de no intervención ha cambiado. Estamos en un proceso donde, no existiendo un enemigo común, las cuestiones de integración y las medidas de confianza están creando una nueva situación. Ahí deben jugar un papel trascendente los políticos, los estadistas y los diplomáticos. Tanto Chile como el Perú, son países centralmente ubicados hacia la cuenca del Pacífico. Brasil hoy requiere más que nunca una presencia ahí. Pero estamos en la rama más débil de esa cuenca, que es una gran elipse que se cierra en el estrecho de Behring y que se abre al sur y hace que las grandes decisiones sean tomadas a través del eje Japón, Beijing, Los Angeles. Mi primera pregunta es por qué, frente a esta nueva lucha por los mercados, las mercaderías y los hombres, en lugar de salir por el cabo de Hornos o el canal de Panamá, no salen a través del corazón de Sudamérica hacia los puertos del Pacífico.

No hay discusión en la teoría. Pero una teoría sin base humana se queda en utopía. Simplifiquemos el problema: ¿por qué los chilenos y los peruanos nos llevamos mal...? Dímelo desde tu formación militar o como cientista político.

Yo creo que es cuestión de educación, y eso tardará. Hay una formación que viene desde Atahualpa, los conquistadores Almagro y Pizarro. Luego, cuando por órdenes de España se abre el puerto de Buenos Aires al comercio internacional, sobreviene una lucha de puertos entre Valparaíso y el Callao. Ahí surge un hombre del destino, Portales, que ha vivido en el Perú y se da cuenta de que hay que aprovechar las circunstancias y hacer de Valparaíso un puerto de arribada. Con eso viene la conciencia marítima de Chile y la formación de su poder naval y la expansión hacia el norte. Son cuestiones de orden histórico que hay que enfrentar a través de la educación. Es cuestión de tiempo.

Pero yendo a “lo más genital de lo terrestre”, como diría Neruda... una vez dijiste que a los chilenos nos faltó generosidad en la relación con los peruanos.

Creo que en la guerra con Chile hay algo que puede contestar tu pregunta. Mientras los ejércitos chilenos avanzaban al norte, los ejércitos argentinos se dirigían al oeste, en la Patagonia. Mientras la guerra del Perú con Chile se inicia por el salitre, finalmente las riquezas que generaba no fueron a manos chilenas sino inglesas. En tanto que Chile tenía como uno de sus objetivos quedar en una posición geoestratégica que

podiera amagar a Bolivia, eso no ocurre. Chile se queda, finalmente, con Arica y la Línea de la Concordia, que no es geoestratégicamente una zona desde la cual se pueda dominar Bolivia y el altiplano. De manera que Chile no sólo pierde gran parte de sus territorios de la Patagonia, sino que pierde las grandes riquezas del salitre que van a quedar en manos de los ingleses, además de perder su posibilidad geoestratégica de dominar el altiplano. La guerra tiene un saldo negativo para Chile, no obstante su expansión territorial hacia el norte.

Estás siendo un poco elíptico.

Quiero decir que el plebiscito que no pudo realizarse fue, indudablemente, un planeamiento de Chile para transformar los diez años de su plazo en la posibilidad de que Arica o Tacna pudieran ser transferidas a Bolivia o que Arica quedara en poder de Chile. Al referirme a la generosidad, yo aludía a que Chile hizo lo posible para que el plebiscito no se realizara. Indujo una chilenización que terminó atrayendo a la población de Arica hacia el Estado chileno. Eso no pudo conseguirse con Tacna, porque el hombre de allí es agricultor, afín a sus tierras, tiene raíces telúricas y la mujer tacneña va a jugar un papel decisivo en la historia de la ocupación de Chile. El hombre de puerto es distinto al del interior y, además, Chile construyó el ferrocarril de Arica a La Paz. Eso permitió un proceso de movilización de gente que no era chilena ni peruana ni boliviana y al final permitió a Chile captar a la población ariqueña. Al aludir a la generosidad, yo me refería a que el plebiscito pudo salvar esa situación, eliminando esos treinta y tantos años de ocupación y hubiera definido popularmente el fin de la guerra, que se ha ido prolongando.

Dejemos la historia y vamos a la crónica contemporánea. Con Argentina los chilenos hemos llegado a una relación tan buena, en los últimos años, que hay quienes dan por desaparecida la hipótesis de guerra. ¿Sería posible que en los próximos diez años pudiera decirse algo semejante respecto a Chile y Perú?

Voy a darte una respuesta doctrinaria. Los analistas como tú hablan de la existencia o inexistencia de una hipótesis de guerra. Eso no es cierto. Los ejércitos tienen dos metodologías. Por la primera, buscan la constitución de una fuerza cuando hay claridad en las amenazas. Si un país tiene claras las amenazas, éstas se convierten en el factor más

importante para determinar la fuerza que necesita y permite crear el escenario o la contingencia política. Esa fuerza hay que negociarla con el gobierno de turno, en un proceso de *corsi e ricorsi*, de acuerdo con las necesidades de la fuerza y las posibilidades del gobierno. Ésa ha sido, históricamente, la situación entre el Perú y Chile, cuando las amenazas eran reales. Yo he sido comandante general y he tenido que jugar con las amenazas de Chile y del Ecuador, pero ahora el mundo ha cambiado y las amenazas no pueden ser identificadas. Es lo que está ocurriendo con Estados Unidos. Entonces, nosotros ya no tenemos la amenaza de Chile ni del Ecuador, pero sí tenemos otras de orden interno que tampoco son fácilmente identificadas. Cuando un país no las tiene bien identificadas y hay una variedad de amenazas externas e internas, el planeamiento se basa en el potencial económico del país. Pero las amenazas no pueden y no deben eliminarse, porque finalmente permiten tomar las previsiones y eso se llama disuasión. El Perú, hoy, tiene que buscar una defensa defensiva-ofensiva, no ofensiva como era antes. Simplemente, la diplomacia debe ser preventiva y los países deben tener como prevención una capacidad disuasiva. El objetivo de la Defensa Nacional en mi país debe ser crear y formar una fuerza capaz de defenderse, disuadir y prevalecer. Una fuerza moderna, reducida, educada democráticamente, cuyo pilar fundamental sea la ética y equipada de acuerdo a las posibilidades económicas del país.

Si es cierto que hoy las amenazas son distintas —terrorismo, desbalance económico, hambre, peste, sida, drogas— y si es cierto que los ejércitos deben actuar sobre la base de enemigos difusos y no necesariamente nacionales, podemos ya hacer un cambio drástico de la ecuación seguridad-desarrollo, privilegiando el desarrollo.

Ésa ha sido mi tesis ya en la década del 70. En el Perú se hablaba de la seguridad como íntimamente ligada al desarrollo y yo me pregunté, entonces, de qué desarrollo hablamos. ¿La seguridad debe estar vinculada con cualquier tipo de desarrollo...? Mi respuesta fue no, la seguridad debe estar íntimamente vinculada al desarrollo social. Por eso hablamos de un segundo concepto de seguridad: no sólo la del Estado o del gobierno, sino del hombre, del ciudadano, del pueblo. Geopolíticamente, nos diferenciamos en este punto de los gobiernos del Cono Sur, que sólo veían la confrontación este-oeste. Nosotros agregamos la dimensión

norte-sur y la historia nos ha dado la razón. Hay un historiador de la economía mundial, cuyo nombre no recuerdo, que dice que al comenzar el siglo XVII las diferencias entre el norte y el sur eran 3 a 1, al comenzar el siglo XVIII eran de 12 a 1 y al comenzar el siglo XXI las diferencias son de casi 300 a 1. Por eso, en el mundo se abre el escenario para otro tipo de confrontación entre ricos y pobres: entre los que saben y los que no saben. Es un elemento que nosotros ya incluimos. A mi entender, la nueva conceptualización de la seguridad en el Perú debe añadir cuatro conceptos fundamentales. El primero es el apoyo a la democracia. Hoy no hay democracia sin seguridad ni seguridad sin democracia. Segundo, la vigencia de los derechos humanos, que hoy son un valor universal. Su violación ya no es una cuestión interna, la comunidad internacional no sólo tiene el deber, sino el derecho de intervenir. El tercero —con esto voy a tu pregunta— es que la seguridad debe estar íntimamente vinculada con el desarrollo humano, sostenible, equitativo. El cuarto elemento es que la seguridad sea cooperativa. Frente a amenazas que desbordan las posibilidades de un Estado —como el terrorismo internacional— tenemos que buscar la seguridad cooperativa.

Miremos la realidad. Mientras sigue aumentando la brecha dentro de la globalización, nosotros estamos enfrascados en nuestros equilibrios y desequilibrios en materia de armamento. Chile ha planteado que es utópico plantear un desarme unilateral o congelar superioridades coyunturales y habría que comenzar por la transparencia, como lo está haciendo con Argentina: ir primero a un catastro orientado a la homologación de sistemas de armamentos, a través de la metodología de un agente que merezca confianza, como la Cepal. Ante eso, yo percibo que los peruanos tienen prisa por disuadir una compra chilena específica: los aviones F-16, y eso es privilegiar el tema de coyuntura a expensas del acuerdo sólido, a largo plazo. ¿No crees que si bien la homologación no garantiza la armonía, puede ser un primer paso realista?

Hay una larga experiencia. Yo soy el pionero en ese tipo de pedidos de concertaciones, porque como premier firmé la Declaración de Ayacucho, que es el punto de partida. Durante tres años estuvimos conversando con Chile y Bolivia y no llegamos a ningún acuerdo. ¿Por qué? Porque nos pusimos a discutir cuáles eran las armas ofensivas. Si eran los tanques de 40 toneladas o de 50, si eran los cazas o los bombarderos de tal tipo...

Justamente: no había pautas previas de homologación.

No había. Luego, cuando asumió la Presidencia García, invitó a todos los países a una restricción en las pautas de armamento y ni Chile ni Argentina ni Brasil, que se consideraban los países tecnológicamente avanzados, aceptaron. Ni siquiera hubo una respuesta. Cuando Fujimori llegó al gobierno también lanzó una propuesta y ahora...

O sea, es otra tradición peruana.

Se ha vuelto una tradición peruana. ¿Y cuál es el resultado...? Sin embargo, yo considero que la situación es totalmente diferente hoy día.

¿No será que esa tradición da una ganancia política fácil, rápida, porque tal como se plantea es utópica?

Yo creo que en América del Sur no debiéramos comenzar con cuáles son las armas ofensivas y todo eso. Deberíamos ir a un acuerdo para limitar los gastos, porque ¿cuál es la finalidad...? No es tener más o menos armas ofensivas, sino evitar el gasto militar. Entonces pongámonos de acuerdo en un porcentaje del PNB. Todos los países de América Latina no deben gastar más del 1,4, por ejemplo porque, históricamente, el promedio ha sido del 2,5 por ciento. Los militares en América Latina todavía son muy conservadores. Los militares chilenos quieren tener sus F-16 y sus submarinos. Entonces, si acordamos un límite en el PNB, estamos limitando los gastos militares, que es lo que queremos, pero dejamos en libertad a los ejércitos y a los países para que, dentro de ese porcentaje, formen sus ejércitos como quieran, de acuerdo a sus necesidades geográficas e históricas.

¿Sin necesidad de homologación con observador neutral?

No, yo creo que la homologación puede ir paralela. Lo que quiero decir es que si yo quiero compro mil tanques, pero no puedo excederme del porcentaje y no compraré aviones ni submarinos. Si limitamos el gasto militar estamos dejando en libertad a los países para construir y formar sus ejércitos de acuerdo a sus tradiciones históricas.

En Chile tiene mucha fuerza la argumentación según la cual el Perú quiere congelar la adquisición de armas, a partir de una superioridad que ya estableció y que ha sido hasta reconocida por un Presidente peruano.

¿Cuál Presidente?

Fujimori, 1995.

Se refería al armamento que compró el general Mercado hace treinta años. Ese armamento ya está obsoleto. Son los tanques...

¿Se refería a tus armas?

Sí, son las armas que yo compré.

“Las de la lista de Montesinos”, agrego tontamente. Quiso ser una broma y Mercado se fastidia educadamente: “yo no sé si les llevó la lista o no” y repite, con aire resignado, que cuando exhibió esas armas, cualquiera pudo hacer su lista. Comprendo que el tema ha sido un ítem polémico dentro de su institución. Pero, ya que estamos en una entrevista historizable, no puedo evitar un último tema difícil.

Quiero terminar con un tema doloroso para ti y para quienes valoramos el sentido militar del honor. Un expulsado del Ejército se apoderó del poder militar peruano y el gobierno de Fujimori culminó con un cataclismo institucional. Tú perteneces a la vieja guardia de una revolución militar que produjo generales tan distinguidos como Mercado y Morales Bermúdez. ¿Qué piensas de esa corrupción en el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea?

Naturalmente, en los últimos años de mi vida ha sido el trago más amargo. Ver cómo han ocurrido todas estas cosas... cómo se ha deteriorado el Servicio de Inteligencia, que pasó a desempeñar funciones políticas, y cómo se han producido la politización y la corrupción en las cúpulas... Ser testigo presencial de un Ejército politizado, desmoralizado, ha sido un golpe fuerte. No obstante esta situación perversa, que ha llevado al desprestigio a la Fuerza Armada de mi país, hay ciertos valores que prevalecen y que tradicionalmente constituyen la fuerza moral de las instituciones castrenses. El Ejército no es una institución democrática, en los términos que tradicionalmente se conocen. No es deliberante, pero las decisiones se toman a través de recomendaciones y conversaciones. Hay un trabajo de equipo permanente. Y una vez que se toman las decisiones, todos se alínean. El Ejército tiene muchas virtudes, debido a la tradición, a las funciones de orden histórico. A él se entra para servir a la patria, no para obtener dinero o poder. Yo pienso que esas virtudes servirán para que el Ejército se reinstitucionalice y ocupe en la conciencia ciudadana el lugar que siempre ha ocupado, con mayor rapidez que cualesquiera de las otras instituciones que en los últimos años se han

desinstitucionalizado. Pero yo quisiera decir algo que no han dicho los analistas civiles. Esto ocurrió porque en el Ejército existe la obediencia debida y aquí hay un gran responsable: Fujimori. Éste, en su condición de jefe supremo de las Fuerzas Armadas, jamás tuvo comunicación con los comandos y poco a poco se produjo una transferencia de poder. Al Presidente del Comando Conjunto, al comandante general, se le decía “hable con el asesor presidencial” o “esto lo va a decidir el asesor presidencial”. A través de los años se produjo insensiblemente una transferencia y los comandantes generales creyeron que no había necesidad de recurrir a Fujimori. Montesinos, con su astucia, aprovechó esa falta de manejo directo, produjo la sustitución del jefe y la cúpula militar se comprometió con su figura perversa.

Desde que inició el párrafo, los ojos de Mercado se enturbiaron y un par de lagrimones comenzaron a caer por sus mejillas. Los detuvo con un dedo, sin dejar de hablar y sin que su voz se quebrara. Mirando a través mío, se confesó orgulloso por haber sido parte del gobierno revolucionario y desafió a la comparación con los dictadores de Chile y Argentina, que viven sus últimos años reclusos o en las cárceles públicas. Machacando cada palabra, dijo que no había un solo general del gobierno militar revolucionario que hubiera sido llamado por la justicia. Cuando pudo mirarme de nuevo, concluyó con una semisonrisa: “Eso ha sido, en términos reales, lo que sucedió. Pero me hiciste llorar”.

DIEGO GARCÍA SAYÁN



Diego García Sayán

“Entre Chile y el Perú hay necesidad de establecer una alianza estratégica.”

Valentín Paniagua lo nombró ministro de Justicia, porque Diego García Sayán estaba en la vanguardia de la reserva ciudadana. Era una personalidad joven y no contaminada con la crisis de los partidos ni con la corrupción de Fujimori. Al efecto le fue útil su currículum como profesor de Derecho y líder de la Comisión Andina de Juristas, una ONG que ha destacado por su labor como defensora de los derechos humanos. Luego, sería el primer ministro de Relaciones Exteriores de Alejandro Toledo. En este caso, hubo que destacar sus estudios de posgrado en los Estados Unidos, sus funciones directivas y de asesoría en el sistema de la ONU, su conocimiento en profundidad del “tema militar”, sus excelentes contactos internacionales y su

tradición familiar, pues es hijo de canciller. Como jurista e internacionalista, ha sido un buen amigo del autor y de Chile. Tanto, que no ve los partidos de fútbol entre las selecciones nacionales respectivas y no teme postular una “alianza estratégica” entre ambos países. Agregó que pertenece a esa espléndida categoría de seres humanos que no cambian su talante cuando ocupan un cargo de alta visibilidad. Lo digo porque la siguiente entrevista se pactó en Lima, sin ningún protocolo previo. Coincidimos en la sala de maquillaje del canal N de televisión y allí quedamos de acuerdo para conversar el 26 de septiembre de 2001, en su oficina del palacio de Torre Tagle.

Diego es de los que creen que el gobierno de Paniagua estuvo limitado por su corta duración. La agenda tenía que ser modesta, no en su profundidad, sino en la cantidad de temas, además, en materias de política exterior, estuvo marcada por la recuperación de la democracia. En cuanto a la relación con Chile, cree que fue revalorizada, con el ingrediente de la coincidencia en la construcción democrática de América Latina, objetivo antes imposible por el desfase entre un gobierno democrático en Chile y un gobierno autoritario en el Perú. Menciona, en todo caso, un hecho que dio lugar a interpretaciones contrapuestas “muy a nivel privado” entre los dos gobiernos: el de una caseta en la zona de frontera que, a juicio del gobierno peruano, fue trasladada a un lugar inapropiado, sin aviso previo, violando acuerdos preexistentes.

Además de esa caseta, hubo otros hechos urticantes para una opinión pública acondicionada: el juzgamiento de chilenos del MRTA por traición a la patria peruana, el descubrimiento de micrófonos en la embajada chilena, el proceso Lucchetti y el proceso a AeroContinente. Hay una especie de constante según la cual siempre se retrocede cuando las cosas están mejor.

Yo no quiero ser falsamente optimista por razones oficiales, pero te digo con toda franqueza que creo que no. Me da la impresión de que esos hechos se han sabido interpretar como situaciones a veces inevitables en las relaciones de vecindad, y que no tienen que ver con hechos históricos de hace más de un siglo. Lo que sí es verdad es que cuando se establecen relaciones bilaterales entre Estados y gobiernos democráticos, los términos de la relación no sólo oficial, sino entre los pueblos, se modifican de manera sustancial. Cuando los represen-

tantes del gobierno de Chile me visitaban a propósito del caso de los “emerretistas” chilenos, siendo yo ministro de Justicia, me transmitían cosas interesantes, como manifestaciones más o menos importantes delante de la embajada del Perú en Santiago, o la presencia de familiares de los detenidos en Lima o la huelga de hambre prolongada de los “emerretistas”. Entonces yo les decía que me llamaba la atención que nada de eso hubiera ocurrido durante los diez años de la dictadura fujimorista, y que su peso recayera sobre el gobierno democrático, que había dado el paso sustantivo de reconocer que la sentencia de la Corte Interamericana tenía que cumplirse. Pero es un poco lo que pasa en cualquier país que recupera la democracia. Se produce una especie de desahogo...

Las demandas embalsadas.

Yo creo que a estas alturas del partido, ese asunto ya ha llegado a su nivel. Después de esa especie de explosión en el caso de los “emerretistas”, yo me reuní con ellos, antes y después del inicio de su proceso en los tribunales ordinarios y, naturalmente, están descontentos. Cualquiera que está detenido o procesado suele estarlo.

¿Son muy terribles las condiciones de su prisión?

No lo son. Son notablemente mejores de lo que eran antes, porque por decisión judicial fueron trasladados de la prisión de Yanamayo, a 4.000 metros de altura, a una en Lima, donde están en condiciones de infraestructura yo diría no inmejorables, porque eso es difícil en una prisión latinoamericana, pero sí muy buena para el estándar de las cárceles peruanas. Yo creo que en este momento ése no es, como dicen los gringos, un *issue* entre Chile y Perú. Nunca lo fue. Y en lo que respecta a los temas que más o menos en paralelo se dieron después de la transición o ya con el gobierno de Toledo, los casos Lucchetti y AeroContinente, yo más bien me felicito, porque la conducta de ambos gobiernos ha sido la de compartir un mismo enfoque: referir esto como un tema que está en manos de la justicia, por lo que hay que esperar que los Tribunales resuelvan.

¿Cuál es la percepción de la opinión pública y de las élites respecto a Chile?

Hay encuestas, que no las tengo ni a la mano ni en la memoria... pero no puedo creer que todavía quede una rémora de las herencias históri-

cas de quienes perciben a Chile, probablemente, con alguna diferencia frente al resto de países limítrofes.

El canciller tiene presente la situación de los países europeos pos Segunda Guerra, donde la confianza histórica se recompuso rápido; pero ésa sería una diferencia propia de su nivel de mayor desarrollo. Estima que hay nuevos factores positivos, como la inversión de capital chileno en el Perú y no cree que exista animadversión contra Chile. Curiosamente, invoca esas “situaciones en las que a veces estallan las pasiones más hondas de los pueblos, que es la conducta de los estadios”. Dice que en los partidos de fútbol de la liga peruana no se percibe una agresividad particular entre sus fanáticos, distinta de la que puede haber con el equipo de cualquier otro país vecino que nos visita, contra el cual siempre hay frases que no son las más hospitalarias.

Se nota que no estuviste para los últimos partidos Chile-Perú.

No, no. ¿Fue grave?

No hubo muertos pero, en rigor, en nuestros dos países hubo maltrato al otro y un antagonismo nacionalista exacerbado, en complicidad con los medios. Éstos sólo mostraron, en cada país, la parte negativa ajena.
¿Cuál fue primero?... Creo que lo de Santiago.

Sí, pero lo primero absoluto nunca se sabe. Es como lo del huevo y la gallina. Puede ser, yo no estaba acá. Pero no siento que haya una animadversión masiva o agravada. Sin embargo, es cierto que existe una serie de referentes distintos en relación a Chile, que hacen que sean percibidos un poco a la defensiva. Puede haber lo que llaman los centroamericanos “mano peluda” tras ciertas inversiones, y lo de Lucchetti es algo que ha tenido una especial sensibilidad porque, evidentemente, no cabe. El medio ambiente en cualquier sociedad es un tema sensible.

¿La opinión pública peruana percibe que hubo corrupción para obtener el permiso de instalación?

Yo diría que es una percepción masiva y abrumadora. Hay encuestas sustentadas en por lo menos dos *vladivideos*. Al margen de si en esas conversaciones hubo o no una transacción económica, la percepción, que es a veces más importante que la realidad misma, es la de que había rumas de billetes.

*¿Y cómo se percibe aquí el proceso en Chile a AeroContinente?
Como una retaliación por lo de Lucchetti.*

Pero al mismo tiempo se tiene la sensación de que hay dineros negros en AeroContinente.

Yo creo que también, porque ambas percepciones se cruzan, lo que no hace que ninguna sea correcta o falsa. La percepción dentro de Perú sobre esta empresa, en un sector importante de la opinión pública, va en esa dirección. Sin embargo, a la vez, hay una reacción en el sentido de que, finalmente, es una empresa peruana.

Yo pregunto a nivel de percepciones, porque las Convenciones de Lima fueron firmadas solemnemente aquí, en el Perú, y una opinión pública estimada desfavorable hizo que Fujimori las retirara del Congreso.

Sí, eso fue por el año 93. Yo creo que había ahí varios factores. De un lado, un análisis que hacían varios expertos en política exterior, que consideraban que las Convenciones no eran la traducción fiel para el desarrollo apropiado de los tratados de límites vigentes. Pero, en lo que respecta a su transmisión a la opinión pública, eso fue facilitado por el contexto de un gobierno autoritario. Se constituía en una de las posibles formas de respuesta y de reacción frente a un gobierno que en ese momento tenía un poder sumamente grande.

Un ex embajador chileno en el Perú y ex canciller, ha dicho que Chile no ha actuado con generosidad respecto al Perú y que su comportamiento, psicológicamente, es más propio de un vencido que de un vencedor. A propósito de esa posición, he hecho una pregunta que ha sorprendido a mis amigos peruanos: ¿qué gesto tendría que hacer Chile para dejar de ser poco generoso con respecto al Perú?

Creo que son cosas diversas. Porque, mirando a la historia, donde la herencia de la Guerra del Pacífico sigue pesando, es evidente que la devolución al Perú de algunos bienes que fueron sustraídos con ocasión de la ocupación sería un gesto que, si además es unilateral, resultaría altamente simbólico y concreto. Ha tenido algunas expresiones. Yo mismo, siendo ministro de Justicia, he llevado a los archivos de Tacna algunas piezas pertenecientes al Archivo de la Nación, que fueron entregadas al gobierno del Perú en algún momento posterior al Acta de Ejecución, en el año 99.

¿Qué reacción hubo?

Eso fue muy bien recibido en Tacna que, como se sabe, es una zona del país que tiene un alto grado de sensibilidad en este tema bilateral. Los historiadores conocen mejor qué cosas son, pero hay desde libros de la Biblioteca Nacional a otros objetos, que ya se han incorporado al paisaje arquitectónico de algunas ciudades de Chile. Y no estoy planteando ni pidiendo que se devuelvan, ni menos a través de una entrevista, sino respondiendo a lo que pueden ser gestos simbólicos, de devolución de objetos que son herencia de un conflicto armado. En el presente, algo que tendría un alto simbolismo, aparte de que pueda tener un sentido concreto, sería algún gesto de impacto relativo a los gastos en Defensa.

No mencionas el Huáscar.

No, porque es un asunto que podría despertar una sensibilidad demasiado fuerte en Chile. Pero, cuando tú piensas en los bienes que pueden tener una mayor condición de “despojo para el ciudadano de a pie”, es más fácil pensar en los libros de la Biblioteca Nacional que en algo que, finalmente, es una pieza de museo. Las piezas de museo podemos intercambiarlas y no quisiera hacer de ello un tema de implícito reclamo.

En la teoría, la democracia funciona sobre la base de un contrato social, con tripartición de poderes y control civil sobre las instituciones armadas. Esto significa que en Chile, como en el Perú, es el Presidente, a través de su Cancillería, quien diseña y ejecuta la política exterior. Pero existe también el componente militar que, por motivos de seguridad, tiene una dosis de injerencia. Está claro que la diplomacia militar existe en Chile y el Perú. ¿Cómo enfocas ese tema, del cual deriva el de las armas?

Ahí tocas asuntos cruciales en la institucionalidad y la política de todos los países. Pienso que en el proceso evolutivo de las transiciones a la democracia, en América Latina, hay ciertos momentos de inflexión en el que el denominado poder militar pasa a condiciones de una más efectiva subordinación al poder civil. Eso ha tenido que ver, por lo general, con situaciones de grave crisis, que aceleraron o precipitaron las transiciones. Pienso en las salidas negociadas de las guerras civiles en Centroamérica o el colapso militar argentino en las Malvinas, que produjeron un rápido viraje y un redimensionamiento de las Fuerzas Armadas y una reubicación radical dentro de la estructura de poder. Mi impresión

es que algo semejante ocurrió en el Perú con el colapso del *fujimontesinismo*, que arrastró no sólo a la capa corrupta que se había adueñado de la conducción de los estamentos militares. También afectó su respetabilidad social y su propia ubicación dentro de las estructuras de poder del Estado. Su capacidad, ahora, de ser deliberantes, está frontalmente en cuestión. Mi impresión es que en Chile ese proceso no ocurrió. Fue una transición negociada, que llevó a que tantos años después de la salida de Pinochet el proceso todavía esté en una situación en donde hay leyes orgánicas que establecen asignaciones de fondos públicos para las Fuerzas Armadas, de uso más o menos discrecional, en términos de que no es el Congreso o el Poder Ejecutivo el que decide cuánto asignar. Los senadores designados, el papel del Consejo de Seguridad Nacional, que tiene atribuciones formales perfectamente reguladas, serían impensables en países como Guatemala, El Salvador, Argentina y Perú, en donde eso ya no existe.

Constitucionalmente, las Fuerzas Armadas chilenas son garantes de la Constitución.

Es una de las grandes paradojas. Bueno, en Chile creo que los militares sí votan en las elecciones. Aquí no, y no sé si alguna vez han votado, pero por lo menos durante todo el siglo XX no lo han hecho. Creo que hay una diferencia interesante en el ritmo de las transiciones. El sacrificio que ha hecho el Perú por esa transición y la situación en la que hoy día nos encontramos, le permite al gobierno hacer una serie de cosas y dar una serie de pasos que en otras condiciones no sería posible hacer. Actualmente, la propia justicia militar ha definido que no es competente para juzgar a civiles y se han dado pasos revolucionarios en la reubicación de las Fuerzas Armadas. Mientras, en Chile siguen vigentes normas que permiten el juzgamiento de civiles por militares. No estoy haciendo una crítica, estoy ubicándome en procesos que tienen ritmos y explicaciones diferentes.

Mi hipótesis de trabajo es que con Pinochet, Fujimori y Montesinos, nuestros pueblos tuvieron catarsis muy violentas. Eso facilitaría una apreciación más serena de temas como la relación militar, el equilibrio en los sistemas de armas y la seguridad nacional.

Naturalmente. En un país en el que no sólo se ha redimensionado sino reubicado el papel de las Fuerzas Armadas, el peso de la diplomacia mi-

litar propia es muchísimo menor. Entonces, hasta aquí estamos comparando, finalmente, papas con camotes. Hay una lógica y una capacidad de decisión muy distintas en este momento.

El Perú, desde la Declaración de Ayacucho, propone procesos de reducción regional en la compra de armas. Lo hicieron Belaunde, García, Fujimori y ahora lo hace Toledo. ¿Qué hay de distinto, hoy, respecto a esa tradición?

Es una tradición relativa. Han habido algunos gestos, como la reducción en la compra de los Mirage, que hizo Alan García el día en que asumió su mandato en el año 85; pero me da la impresión de que a nivel de proceso vertebrado, hay un hiato entre Ayacucho y el presente. Más bien aquellos han sido gestos bien intencionados, pero episódicos. No fueron parte esencial de una política exterior consistente.

La crítica chilena dice que antes de cada declaración se había producido una compra de armas desequilibrante, de lo cual colige que la intención peruana era congelar posiciones desde un estatus de superioridad.

Puede ser. Es una crítica que he escuchado, y de alguna forma hubo, durante el período de Fujimori, importantes compras de armas. Sin embargo, como nota a pie de página, resultaría injusto comparar de manera simple el dinero gastado.

En este punto, el canciller alude a las “sobrecomisiones sin precedentes en ningún otro país del planeta”. Fueron sobre costos que deformaron la realidad de las cifras. Agrega que, con el término de la Guerra Fría, las concepciones de seguridad global están en proceso de redefinición y las hipótesis de conflicto externo tienen que ser redefinidas sobre la base de actos positivos. Es lo que habría sucedido, en los últimos años, en las relaciones entre Chile y Argentina, Chile y Perú y Ecuador con Perú. Los temas pendientes serían manejables y no requieren nuevos tratados ni nuevas situaciones de tensión, lo cual debe llevar a una redefinición conceptual, en particular, en las Fuerzas Armadas.

¿Una mejor oportunidad para un mejor gasto público?

La situación económica mundial e interna en nuestros países —siendo la de Chile relativamente mejor que la de Perú—, hace necesario reorientar los recursos hacia la inversión social y no hacia el gasto y dis-

pendio en recursos militares. Hay que tenerlo presente cuando se sale de una década como la del 90, en la que América Latina gastó 60 por ciento más en armas que en la década anterior. Y no es una década de la que salimos con mejores condiciones materiales y más prosperidad. Además, yo creo que ahora hay una circunstancia nueva, tan radical como sustantiva: una América del Sur con regímenes democráticamente electos en la totalidad de los casos. Ésta no era la situación de 1974.

¿Participas de la tesis chilena sobre la homologación previa con metodología cepaliana?

No, creo que esa tesis es de un gradualismo desesperante para pueblos que están en el desempleo, en el hambre y en la miseria. Pienso que es indispensable que se marche por un riel paralelo e interconectado, en donde se llegue a compromisos específicos, que empiecen por los de no adquirir determinado tipo de equipamiento que nadie tiene, por ejemplo. Esto, fuera del armamento nuclear que ya está desechado por todos nuestros países. Hay cierto tipo de equipos sofisticados o de agresión que pueden ser más fácilmente materia de concordancia. Luego, se podría llegar a ciertos compromisos de no adquisición en cierto tipo de equipos que nuestros países están en posibilidad de tener. En una tercera fase se podría avanzar a eventuales acciones de reducción de determinados equipos que se tienen. Además, yo creo que eso se tradujo en la declaración del Grupo de Río que se aprobó en agosto, en Santiago de Chile.

¿Qué opinas sobre una eventual compra, por parte de Chile, de los F-16?

Yo creo que sería muy bueno que la homologación suponga no sólo una comparación, técnicamente bien hecha, de lo que se está gastando, sino también de los *stocks* y de las condiciones de ese equipamiento. Yo puedo tener tres televisores en mi casa pero, en realidad, dos de ellos sirven sólo como repisa, porque dejaron de funcionar hace dos años... Hay que ver qué criterios objetivos establecemos. Tú puedes comparar 20 tanques contra 50, pero examinar las interioridades, características técnicas y condiciones de cada una de esas unidades es materia de altísima sensibilidad, incluso entre los países europeos, que están supuestamente en una lógica de mucha mayor transparencia.

Aquí se dice que Montecinos hizo comprar mucha chatarra.

Ésa es una de las versiones. Yo no soy un técnico en la materia y no puedo decirlo. Según las versiones que yo recibo, la mayoría de los Migs, que fueron el grueso de lo comprado a través de Bielorrusia, son básicamente inservibles. No porque no sean capaces de volar, sino porque no están artillados adecuadamente, o no pueden serlo, para operaciones efectivas. De manera que el tema de los F-16 no puede discutirse sobre la base abstracta de comparar números de aviones sino condiciones reales de equipamiento.

Finalmente, planteo un tema de mucha actualidad. Después del 11-S algo ha cambiado respecto a la teoría de la guerra, la teoría de la amenaza, los sistemas de armamento, y las réplicas a los ataques terroristas. Se ha rumoreado que también Lima formaría parte del planisferio terrorista. Salió una nota en Frecuencia Latina sobre Bin Laden y Montesinos lo bastante alarmante como para preguntar qué medidas se están tomando aquí, respecto a esta nueva amenaza, que puede incidir en la relación bilateral y continental.

El Perú sale de una etapa terrorista conocida, de la cual quedan todavía rezagos. La capacidad operacional del Estado para hacer frente al terrorismo no es una cosa que haya que inventar. Al revés, se encontró que Fujimori había ya dado por resueltos ciertos temas que no lo estaban y que la desinformación había hecho creer a la población que dichos rezagos ya no existían. Y no es así, los hay en algunas zonas del país, no de terrorismo internacional, sino de un terrorismo de Sendero Luminoso. De tal forma que en el Perú existen capacidades operacionales apropiadas, incluyendo la inteligencia, por razones de necesidad. Creo que estamos en muy buenas condiciones para prevenir que este país pueda convertirse en una zona de repliegue o de lo que fuera, para esta nueva forma de terrorismo global. La supuesta presencia de grupos de Al Qaeda o de Bin Laden en el Perú, creo que se desprende básica, si no únicamente, del comentario que hizo Montesinos en un video de hace más de dos años. No hay ningún otro indicio concreto que permita sustentarlo. Esto, obvio, sin que pueda yo descartar totalmente que eso puede haber existido o esté existiendo, porque se trata de redes clandestinas.

¿Se podría compartir esa información especializada con Chile?

Debería compartirse. El Perú acaba de presentar en la OEA, junto con otros países, ideas muy concretas para reforzar la cooperación policial,

judicial y de inteligencia, en todo lo que tenga que ver con grupos y organizaciones de naturaleza terrorista que puedan operar y tener consecuencias en otros países de la región. La cooperación interamericana es decisiva para poder prevenir. Después de los hechos ya no hay nada que hacer.

¿Hemos resucitado el TIAR?

Creo que no. Creo que lo que ha habido es un TIAR del que se ha hecho uso *in extremis*, a falta de otros instrumentos más adecuados. El TIAR se diseñó para otro tipo de fenómenos, como se sabe y la prueba es que no da herramientas operacionales para hacer frente a un fenómeno como el terrorismo. De esta manera, ha sido utilizado como la base para un acuerdo de respaldo político a los Estados Unidos, pero no para compromisos militares o policiales efectivos. Esto llama a la alerta: hay necesidad de instrumentos jurídicos apropiados, para prevenir y responder a un fenómeno que no estaba para nada previsto en 1947.

¿Algún mensaje a tus amigos de Chile?

Entre Chile y el Perú hay necesidad de establecer una alianza estratégica, en una perspectiva de desarrollo y prosperidad, empezando por la zona de frontera, en donde la vida de los pueblos depende mucho de una relación fructífera con el país vecino. Pero, más allá de ello, Chile tiene muchas inversiones en el Perú, de manera que hay que pensar que los intereses de seguridad de Chile, en perspectiva, no confrontan con los del Perú. Por el contrario, si hay alguien que puede estar interesado en que el Perú no sea víctima de una agresión, ni nada parecido, que afecte su infraestructura vial o productiva, es precisamente un país que tiene inversiones importantes. Creo que esa señal y las urgencias que tenemos de ponernos de acuerdo para tratar tantos temas de interés común, hace que no sea retórico a estas alturas plantearse una alianza estratégica con Chile, a mediano y largo plazo. Es algo no sólo deseable, sino conveniente y factible.

CARLOS FERRERO COSTA



Carlos Ferrero Costa
“No sabemos si Chile querrá ser el capitán del barco.”

El 19 de septiembre de 2001 Eduardo Gómez de la Torre, jefe de gabinete de Carlos Ferrero Costa, me dijo —imitándome el dejo y el dicho— que contara con la entrevista “al tiro”. Al día subsiguiente, yo estaba instalado en la oficina del entonces Presidente del Congreso, verificando que sabe cultivar las viejas amistades. Lo conocí en los años 70, cuando era un abogado que buscaba su lugar en la política. Venía de la frustrada Democracia Cristiana peruana, que nunca despegó y terminó diseminando sus cuadros en los otros partidos del sistema. Tras la crisis general de los años 90, fue parlamentario fujimorista y pos crisis del Estado fujimorista, emergió como primera mayoría parlamentaria del toledista partido Perú Posible. En el texto de este libro constan algunas advertencias suyas contra los inversionistas chilenos. Pero, en lo ideológico, sigue admirando a

Eduardo Frei Montalva y a Radomiro Tomic. Guarda cartas de éste y alude a su muerte patricia “escuchando la Novena Sinfonía”. Aunque algunos lo consideran un nacionalista duro, Ferrero sueña con ser “un solo país” con bolivianos, ecuatorianos y chilenos y me lo dice en recuerdo de nuestros próceres comunes. Eso no impide que nos increpe por disputarles el pisco y sugiera que los chilenos no somos un dechado de simpatía.

Nota al cierre: en diciembre de 2003, Toledo lo designó presidente del Consejo de Ministros.

Carlos Ferrero comienza diciendo que no basta la buena disposición de las cúpulas para superar las desconfianzas chileno-peruanas. Más ayudaría el control de armamentos y algo que puede no parecer significativo, pero que “choca la sensibilidad de los pueblos”. Alude al tema del pisco, diciendo que un 99% de los peruanos rechaza que sea chileno, pues “es absolutamente claro que nos pertenece”. Agrega que, en lo internacional, el tema del corredor tripartito —que ya no tendría la misma significación que hace algunos años— merece un entendimiento razonable, apelando al sentido histórico y la generosidad de Chile.

¿Hay nuevas perspectivas para un entendimiento con Bolivia?

Entre Chile y Perú hay una competencia por los mercados bolivianos. No lo veo como algo malo. Es algo que no puede evitarse y va a seguir, hasta cuando Chile, Perú y Bolivia, en vez de competir entre ellos, lo hagan con los europeos por el mercado asiático, en treinta, cuarenta años más.

Fuera del pisco, ¿qué otro gesto de generosidad esperarías de Chile?

No sé si generosidad sería la palabra. Tal vez sería mejor hablar de cosas que no contribuyen... Por ejemplo, los objetos que se llevaron las tropas chilenas en la guerra, algunos de los cuales están registrados en documentos históricos... tres o cuatro cosas se han devuelto; pero sabemos que hay importante documentación peruana en archivos de Chile. Esto el Perú lo ha dicho muy despacio, con mucho cuidado. Además, obedece a una corriente histórica: los rusos le han devuelto a Alemania, los americanos han hecho lo mismo con los rusos y hay devoluciones de escritorios, documentos, archivos, actos que han contribuido a la integración de Europa, que tuvo guerras espantosas, repetidas, probablemente peores que las nuestras.

¿Qué sucede con el Huáscar?

Lo ideal sería la reciprocidad. El Perú nunca ha querido hacer algún pedido, pues considera que eso no se solicita. No es algo como “lo pido, pero si usted quiere no me lo da”... ¿no? Eso tendría que hacerse de tal forma que se esté seguro de que hay un gesto de ofrecimiento de Chile y que el Perú lo acepta.

¿Tienes alguna idea novedosa?

Tengo una idea de canje, pero no la puedo hacer pública, porque todavía me faltan algunos elementos.

¿Qué cosa de la Marina chilena existe en el Perú?

Aquí se produjo el hundimiento de la *Covadonga*, pero no se puede rescatar. Además, no se trata solamente de la Marina. Pueden ser otras cosas o elementos. En definitiva, si hubiese ese gesto, las alternativas serían con o sin reciprocidad, aunque no puede salir como un pedido del Perú.

Nuestro historiador Francisco Encina creía que la victoria de Chile en la guerra se debió a “la superioridad de una historia y de una raza”... ¿Se percibe en el Perú un sentimiento de superioridad de los chilenos?

Sí, pero no creo que sea cuestión solamente del Perú. Me parece que es la imagen chilena en América Latina, de una cierta sensación de superioridad sobre el resto.

¿De siempre o de ahora?

El chileno se presenta, de alguna manera, como el adalid moderno, de avanzada, de alto nivel. Tiende a mirar por encima del hombro. Es una sensación muy clara, pero no creo que sea sólo peruana. En cuanto a la superioridad de las razas, es una cuestión para verla más antropológicamente. Cuando los españoles todavía no llegaban a Chile, parte del norte de Chile pertenecía al imperio incaico. Alguien podría decir que, en ese momento, había superioridad de la raza quechua, en vez de decir que, por determinadas circunstancias históricas, unos predominaron un momento y después dejaron de hacerlo.

Recuerdas a Francisco Bulnes Sanfuentes, nuestro embajador en la época del centenario de la guerra?

No.

Era un representante ilustrado de la derecha chilena y creía que con quienes mejor “congeniábamos” los chilenos en América Latina era con los peruanos. Paradójicamente, fue declarado persona non grata, debido a ciertas actividades secretas que, al parecer, se desarrollaban en el marco del centenario... ¿Qué comentario te merece el caso?

No recuerdo bien. Era la época del gobierno militar y las noticias sobre esos episodios se mantenían apagadas. Yo no tenía ningún cargo que me permitiera acceder a buenas informaciones. Globalmente hablando, hay cierta dicotomía en el Perú. La parte costeña, más mestiza, más europea, siente un buen nivel de identificación con los chilenos. Pero, en la parte de la sierra, con un 20-25 por ciento aproximado de la población, pudiera ser más alta la identificación, creo, con Bolivia y Ecuador.

Hay sectores altiplánicos que no se sienten peruanos en el Perú ni chilenos en Chile. Se autoperciben como etnias marginales a la nacionalidad.

Sí, es cierto. Nos vemos forzados a pensar que la evolución histórica nos va a obligar a integrarnos. Aunque algunos no lo deseen, debemos formar un frente común. Tenemos el mismo idioma, la misma religión, raíces culturales semejantes. Entre un chileno y un peruano hay mucho más que entre un chileno y un japonés o un peruano y un alemán. Tarde o temprano eso va a llegar, aunque no espero que sea con Chile en condiciones de capitán del barco, sino como un proceso coparticipativo. Y ahí está el problema: no sabemos si Chile querrá, pues, ser el capitán del barco.

Cuando el momento político parece excelente, en nuestros países, los medios informan sobre casos urticantes, como Lucchetti, AeroContinente, extremistas chilenos del MRTA, micrófonos en nuestra embajada, el corrimiento de una caseta de observación de la Marina chilena, un vladivideo con un almirante chileno... ¿No te llama la atención esta cantidad de incidentes “micro”, cuando podríamos llegar a entendimientos “macro”?

Es una casualidad. Lo de los micrófonos ocurre en todos los países. En el caso de AeroContinente había suficientes indicios como para que se hiciera una investigación, lo cual no quiere decir que una investigación sea igual que una sentencia judicial. En el caso de Lucchetti se supo que, desde un comienzo, el gobierno lo empujó, lo favoreció y la alcaldía estaba en contra. Ésa no es una novedad, es un pleito que tiene

cuatro años. Y en el caso del almirante Arancibia, hasta ahora los videos no demuestran nada.

Agrega Ferrero que el reto común de Chile y el Perú está en que se embarcaron en las medidas de liberalización de mercados, en el marco de la globalización. Aunque entiende que a los chilenos nos ha ido muy bien en crecimiento económico, dice que por lo menos el 30% de la población sigue descontento por problemas de pobreza y desempleo. A su juicio, esto significa que en ambos países parte importante de la sociedad no percibe mejoría en los diez últimos años. Interrogado sobre si desea enviar algún mensaje a sus amigos chilenos, prefiere emitir una opinión: la de que deberíamos ser un mismo país, con Bolivia y con Ecuador. Confiesa haber lamentado mucho la salida de Chile del Pacto Andino y hoy le gustaría “algún tipo de programa conjunto para el problema de la potenciación económica del sur del Perú y la parte correspondiente de Bolivia con el norte de Chile”. Piensa que con ello comenzaría el proceso de integración, con una estrategia para no resultar competidores, en primera instancia, entre Mejillones, Antofagasta e Ilo. “Son cosas más concretas que mensajes de amor”, puntualiza.

Cuando la cinta de la grabadora está en las últimas circunvoluciones, sugiero terminar de referirnos a las armas, y me recuerda: “yo comencé con ese tema”. Le planteo, entonces, que definir el equilibrio estratégico supone cierta intervención de las Fuerzas Armadas en la política exterior y que éstas suelen expresar convicciones geopolíticas rígidas. Agregó que, desde la Declaración de Ayacucho, los Presidentes peruanos han venido proponiendo el desarme o la limitación del gasto en armamentos y que en Chile algunos ven esto como oportunismo. Le expongo nuestra experiencia con Argentina sobre una metodología de homologación, para saber de qué equilibrio militar se habla...

¿Te parece la posibilidad de algo semejante entre nuestros países, en lugar de concentrarnos en la compra o no compra de los F-16?

Yo creo que hay una mentalidad militar, tanto en Chile como en el Perú. Aquí hemos mejorado el sistema de las cúpulas, al haber desmontado a un grupo de altos oficiales vinculados a un régimen corrupto. Fue mucho más rápido que en Chile. Tal vez, porque el nivel de corrupción requería eso o porque nuestro proceso fue distinto. Yo escuché decir que se habían visto pocos casos en América Latina de Fuerzas Armadas que

hubieran sido reorganizadas de manera tan pacífica. Y no sólo reorganizadas: hemos mandado a la cárcel a un buen número de altos oficiales, cosa que en otros países hubiera sido bastante más difícil.

Ferrero agrega que la homologación le parece excelente, “en la medida en que se pudiera encontrar un mecanismo objetivo, que definiera lo que se tiene y para qué, cuánto vale y cómo vamos a reducirlo”. Y siempre dejando en claro “que eso es para afuera, que yo no me estoy armando para hacerte algo a ti”. Asocia el tema con una eventual percepción regional respecto al expansionismo chileno.

¿Crees que existe una percepción regional?

Por lo menos existe en el Perú. Siendo Chile un país de recursos geográficos o materiales menos ricos, los peruanos hemos sentido siempre que Chile nos ambiciona porque tenemos más. Habría para los chilenos una prédica en el sentido de que siendo una franja angosta, con poca suerte en la naturaleza, sentían la necesidad de expandirse. Claro que ahora las expansiones no son sólo geográficas. Ya no necesitas diez kilómetros de territorio para controlar un área, hay otros mecanismos. Pero al chileno se le ha visto con afán expansionista. Es la doctrina portaliana, que ya no resulta de aplicación en estos tiempos, pero sí fue materia de preocupación aquí.

Recuerda que, según Fujimori, el Perú no necesitaba más armas, pues en los años 70 los militares compraron todo lo que necesitaban para hacernos la guerra.

Yo no recuerdo ese texto así, pero si se hicieron compras y hubo la posibilidad de la guerra, eso hoy día ya no tiene valor. En veinte años ha cambiado sustantivamente la naturaleza de los armamentos. Si algo se compró en el 71 o el 72... son treinta años, en realidad... ¿qué valor pueden tener ahora?

VALENTÍN PANIAGUA CORAZAO



Valentín Paniagua

“Es bastante más cómoda la situación y la posición del vencedor.”

Fue militante de Acción Popular y ministro de Fernando Belaunde, tras un breve paso por la Democracia Cristiana. Tras una elogiada gestión como Presidente provisional, los peruanos lo tratan a la europea: “Presidente Paniagua”, le dicen. Juró ese cargo el 22 de noviembre de 2000, porque era el líder del Congreso cuando se produjo la “fujifuga”. Terminado su período, vino a Chile en octubre de 2001 y yo lo conocí en una reunión en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, donde fue presentado por el constitucionalista José Luis Cea. Como anécdota, en esa reunión él opinó sobre temas de su especialidad, anteponiendo sutiles matices relativizantes, mientras algunos juristas chilenos lo rebatieron con rotundos “yo discrepo totalmente” o “usted está absolutamente equivocado”. Días después, Cea me confesó su desazón ante esa brusquedad doméstica y yo le

respondí, semiserio, que eran las diferencias remanentes entre los súbditos de un virreinato y los de una capitania general. Lo menciono porque en la siguiente entrevista, realizada en su casa de Camacho, el 20 de abril de 2002, gracias a su asesor político Alberto Adrián, me quedaron claras dos cosas: primera, sólo un jurista como Paniagua puede hablar de manera tan prolija y redactada; segunda, su estilo florentino coexiste con las posiciones más duras pues, en materia de historia y armas, supo marcar la distancia que lo separa del cariño hacia los chilenos.

Presidente Paniagua, cuando usted llegó a la Presidencia terminaba el fuji-morato y los chilenos iniciábamos el tercer gobierno de la transición, tras una dictadura muy distinta a la de Morales Bermúdez. Coexistían, por primera vez en tres décadas, dos presidentes demócratas. Era una buena oportunidad para una relación renovada, pero no se avanzó mucho. Al parecer, no hubo tiempo de su parte para dedicarse a la política hacia Chile.

Lo que usted dice es cierto. Al llegar nosotros al gobierno teníamos algunos problemas externos que eran muy sensibles. Uno era la relación con Colombia, que por razones que ahora han quedado al descubierto, eran sumamente tensas e innecesariamente hostiles. Era necesario recomponer esa relación que tradicionalmente fue muy amistosa. Añado la circunstancia de que el Presidente Pastrana era y es un gran demócrata, que enfrentaba problemas análogos a los del Perú y necesitaba la solidaridad internacional. Ese mismo sentimiento parece haberse suscitado al gobierno colombiano y el primer gesto importante de recomposición del cuadro exterior del Perú fue hacia el lado de Colombia. Simultáneamente, había y hay una antigua relación sentimental, pero no práctica, con Bolivia, que era otro de los problemas que necesitábamos atacar con imaginación, puesto que debido a la pobreza en el sur del Perú, se había producido una gran migración de peruanos a Bolivia, donde no eran tratados con frecuencia con la consideración que usted sabe. Este hecho, más la muy conocida circunstancia de intereses comunes entre nuestros dos países, sumado a la antigua tradición de fraternidad, hizo también que pusieramos mucho acento en la política bilateral con dicho país. Creo que en todo lo demás, excepción hecha del caso de Ecuador y liquidados los problemas que se suscitaron a propósito de su reclamación, mantuvimos una política típica de cualquier democracia, esto

es, de racionalidad, respeto y búsqueda sincera de cooperación para enfrentar o resolver problemas de los casos fronterizos bilaterales, y en los demás, los problemas comunes a la región. En lo relativo a Chile, había la circunstancia especial de que Ricardo Lagos tenía y tiene una dimensión y significado que son apreciados por las fuerzas democráticas del Perú. Pero, al margen de cualquier consideración de tipo político, nuestro esfuerzo se orientó a mantener un clima de armonía, sin efectivamente emprender ninguna acción específica que significara una proyección distinta de las grandes líneas que se habían mantenido por el gobierno anterior o los gobiernos anteriores.

No hubo una política innovadora peruana hacia Chile, ni chilena hacia el Perú.

No me atrevería a decir eso, puesto que es más bien un tema para los especialistas. Como es natural, el manejo específico de la política bilateral e internacional, se hace comúnmente por la Cancillería. Prefiero más la línea de inspiración política en general y, en ese sentido, creo que no se hizo ni de parte de Chile ni de parte nuestra ningún esfuerzo específico que saliera de las pautas normales de una relación amistosa, racional y respetuosa de los compromisos que nos vinculan u obligan.

Una relación política y diplomáticamente correcta, pero limitada. Como sujetando el caballo, porque no había condiciones para soltarlo.

Quiero anotar, sin embargo, que en algún momento esa línea sufrió lamentablemente un tropiezo grave, a raíz de un incidente aparentemente pequeño, pero que podría tener trascendencia para la delimitación de la frontera en la zona marítima del sur. Fue el traslado de una caseta en una línea fronteriza que podría servir de referencia para el fin anteriormente señalado, cuyo retiro no se produjo sino al cabo de una insistente, yo diría muy acentuada, exigencia por parte del Perú. Eso creó una suerte de incertidumbre o cuando menos dudas respecto de la cordialidad o la regularidad de nuestras relaciones. Superado eso, que ocurrió al final del gobierno, creo que se retornó a la situación anterior que más o menos responde a las características que usted ha descrito.

Ese incidente refleja el problema de la relación. A una situación de statu quo deprimido le vienen bien los incidentes coyunturales, una demanda judicial a una empresa peruana en Chile, a una empresa chilena en el Perú o, como

en ese incidente, una actuación inconsulta de un jefe naval. Las coyunturas desfavorables tienen todas las posibilidades de dominar las políticas de mala estructura.

Es verdad, pero eso acontece en la relación con todos los países porque, inevitablemente, son temas sensibles que resultan en extremo delicados en algunos casos específicos. Chile es uno de ellos, por las razones históricas perfectamente conocidas. Pero es verdad, y responde también al hecho que usted ha mencionado: que la política no obedece ni hace caso a un diseño que tenga un propósito neto definido, unos objetivos claramente establecidos, sino que se sujeta a los criterios generales de una armoniosa relación internacional en la que tienen trascendencia inevitable las coyunturas, con incidentes de ese tipo.

Esa prioridad de las coyunturas para descoyuntar las estructuras viene de la historia. Aquí debo mencionar una experiencia reciente, que es la historia del embajador Bákula sobre 180 años de política exterior peruana. Respecto a la relación con Chile, hay allí una autocrítica según la cual no es la Guerra del Pacífico la que originó la gran fractura nacional, la tercera en la historia del Perú, pues el problema venía de 50 años antes. Agrega que el gran trauma ocasionado por esa guerra bloqueó un análisis sereno posterior y que la ejecución del Tratado de 1929, más allá de la transferencia de ciertos bienes, debió ser la llave para una nueva relación. Es, me parece, una posición nueva en la historia del Perú. ¿Usted ha tenido conocimiento de esto? ¿Ha conversado con Bákula?

No, no lo he hecho ni he leído su libro, pero por la descripción que usted me hace tengo la sensación de que discrepo con él. Creo que hay algunos elementos que pueden responder a esa descripción, llamémosla así, histórica, de las relaciones. Pero, hasta donde mi información llega —yo tampoco soy historiador, pero sí un hombre atento a la historia del Perú—, tengo la impresión de que caben algunas interpretaciones distintas, lo que no puede ni debe impedir una actitud positiva en el presente y en el futuro. Bienvenida. Y creo que, viéndolo, tal vez pueda hacer un juicio y me temo mucho que de repente mis expresiones puedan resultar injustas con el embajador Bákula, a quien aprecio y estimo en todo el valor que tiene como intelectual.

Las historias de los países con guerras suelen ser seguidas por guerras desde la historia. A los peruanos no les gusta leer la historia escrita por los

chilenos y a los chilenos no nos gusta leer la historia escrita por los peruanos. Eso favorece la actitud clausewitziana, es decir, estar pendiente de la revancha, el uno, y de la defensa, el otro, lo que posterga las necesidades de cooperación. Yo le preguntaría si usted no percibe la urgencia de una nueva concepción de la historia, que abra perspectivas a la integración de nuestros dos países en un contexto latinoamericano.

No cabe la menor duda de que ésa debería ser la línea de conducta actual y futura; pero tampoco puede ignorarse que hay factores sentimentales e históricos de distinta naturaleza en cada caso y, por supuesto, el peso inercial de la historia es muy fuerte, particularmente en lo que concierne a la gran conciencia colectiva. Tengo la impresión de que el esfuerzo más importante en ese aspecto siempre tiene que hacerlo aquel que ha sufrido las consecuencias de la guerra, puesto que es bastante más cómoda la situación y la posición del vencedor. Entonces, éste es un aspecto dentro de un concepto, llamémosle racional, de análisis de las relaciones internacionales: la obligación del gesto y de la autocrítica reposa básicamente en aquel que provocó el problema y, desde ese punto de vista, tengo la impresión de que no ha habido de parte de Chile gestos que revelen ese intento de reconstruir, a pesar de la historia, una relación mucho más constructiva y armoniosa. Naturalmente, como usted ha señalado, los datos coyunturales nublan el panorama futuro. Por ejemplo, se advierte que aun cuando sea dentro del muy soberano derecho que tiene Chile a implementar su armamentismo, en el momento en que se producen esas decisiones o adquisiciones —me refiero a las recientes—, crean incertidumbres que no son las más apropiadas para reconstruir una relación fundada en la confianza. Cuando a todo esto se añade información oficial que revela que la política oficial de Chile, incluso ahora dentro de la democracia, es una política de poder inequívocamente orientada a lo que Chile siente como su legítimo derecho, es obvio que tienen que suscitarse inquietudes, por lo menos, en sus vecinos. Si a todo eso se suman las experiencias vividas en el pasado, yo tengo la impresión que es pedirle mucho a los vecinos que mantengan una posición de confianza y de tranquilidad.

Llegamos al meollo. Hay muchos chilenos que coinciden en que el vencedor debe tomar ciertas iniciativas. Ahora, cuando le planteo a mis entrevistados peruanos cuál gesto apreciarían, se produce sorpresa o dispersión. Quiero

hacerle la misma pregunta: ¿qué gesto esperaría usted, por parte del ex vencedor?

Me parece que el factor fundamental de sensibilidad en la relación está vinculado a la situación de las Fuerzas Armadas. No es un secreto para nadie que ha existido y existe una relación formalmente fluida entre ellas. Pero hay y debe haber una enorme desconfianza real, que se refleja en las políticas armamentistas que siguen las Fuerzas Armadas chilenas y, seguramente, no sólo en relación al Perú, sino a sus otros vecinos. Eso es, creo, lo que en último análisis hace imposible que se creen condiciones apropiadas para otro tipo de relaciones en otros aspectos. Mientras no desaparezcan esos factores de desconfianza en nuestras naciones, dudo mucho que haya un camino fecundo para otro tipo de relación, programas o cooperación, que pudiera vincularnos sólidamente en función del futuro.

Cuando se plantea esta objeción en Chile, algunos analistas dicen que el Perú tiene tradición de plantear políticas de desarme, pero después de haberse armado mejor. Desde la declaración de Ayacucho, prácticamente cada Presidente peruano inicia su gestión internacional con un llamado al desarme o a reducir el gasto militar. Hoy, cuando la historia se está repitiendo con los F-16 que estudia comprar Chile y con ciertos misiles peruanos, el gobierno de Lagos ha propuesto un sistema de homologación previo, similar al que existe con Argentina. Uno que determine el punto de equilibrio óptimo, sobre la base de un modelo proporcionado por un organismo de Naciones Unidas. ¿Le parece una metodología apropiada?

Sí, puede ser. Cualquier fórmula de desarme o de racionalización en el proceso de adquisición de armamentos es plausible. Pero permítame decir que la tesis que algunos tienen en Chile no resiste al análisis ni a la menor comprobación en ninguna etapa de la historia, por lo menos después de 1879. De modo que, creo, ahí debería hacerse también un esfuerzo de esclarecimiento para, sobre la base de la verdad también histórica, diseñar a futuro una relación armoniosa, de equilibrio y sobre todo de confianza recíproca.

Si usted fuera el Presidente actual, ¿aceptaría ese método de la homologación de armamentos?

Bueno, como es un tema tan delicado y urticante en el caso latinoamericano, pues creo que aceptar o no aceptar ése u otro método debe ser

materia de una gran decisión nacional. Debería responder más que a la opinión de una persona, al criterio técnico de los organismos, tanto de las Fuerzas Armadas como del Ministerio de Relaciones Exteriores. Yo no me atrevo a dar una opinión al respecto, porque soy sumamente respetuoso del valor que tiene la opinión de quienes dedican su vida al estudio de estos problemas. Opino sí, como cualquier ciudadano peruano, lo que en mi conciencia me parece a primera vista beneficioso para el Perú; pero cualquiera sea la fórmula, lo que importa es el objetivo final. Si éste fuera lograr un equilibrio que ponga a cubierto a nuestros países de los sobresaltos y de las incertidumbres que generan determinado tipo de decisiones de las Fuerzas Armadas y de los gobiernos de los países vecinos, creo que nuestros pueblos podrían dedicar mayores recursos a lo que nos importa, que es el desarrollo humano.

De eso se trata, precisamente: de romper el círculo vicioso y salir de las tesis de von Clausewitz en las que estamos entrampados.

Por eso le digo que si la situación se hubiera producido a la inversa, creo que sería justificada la interpretación de la doctrina a la que usted se refiere, pero es al revés. Y, lamentablemente, es una constante en la historia y diría que mientras es perfectamente disputable la política de quien sufrió la agresión, en ese sentido, no parece serlo tanto respecto de quien los agredidos consideran el agresor histórico. Por esta razón le he señalado que el gesto que es importante, necesario y deseable, debería traducirse histórica y políticamente en decisiones y determinaciones que fueran creando ese clima de confianza, de seguridad, etcétera, en todo el contexto latinoamericano.

El problema es cómo ponemos primera para arrancar la máquina. La última formulación del Presidente Toledo surge en un contexto raro, en el cual ya está estudiada la adquisición de los F-16 en Chile. Entonces sale la declaración del ministro de Defensa Waisman sobre unos cohetes... y yo no soy técnico en la materia, pero en Chile se dice: "nosotros no sabíamos que los peruanos tenían esos misiles". Weisman replica diciendo: "bueno, si quieren se los regalamos a otro país para que no compren los F-16". Todo esto da la impresión de un planteo demasiado coyuntural, con unos F-16 en vuelo, y no de formulación de políticas. ¿No será que a veces es la coyuntura técnica de los organismos armados la que define las políticas?

No, no lo creo. En el caso de Toledo, me parece que obedece a una muy clara noción que él tiene, como economista, de que reduciendo

do sustantivamente el gasto militar pueden destinarse en Chile y el Perú más recursos al desarrollo humano. En el caso nuestro, dada la dramática situación de pobreza que afecta a más de la mitad de la población, creo que eso es un criterio de elemental racionalidad en el manejo de la economía del país dentro de su escasez, independientemente de que existieran o no, por parte de Chile, decisiones anteriores. Ése es un planteamiento sano a futuro, que puede y debe significar y traducirse en políticas que tengan un contenido mucho más racional o que se respete la prioridad que implica la primacía del ser humano, independientemente de su nacionalidad, y se sacrifiquen los mecanismos de eventual influencia de uno u otro país, amparados en su potencial bélico. Creo, por eso, que en el caso de Toledo y de la política del Perú en esta materia hay perfecta racionalidad. Lo otro es un accidente.

Eso me sugiere una pregunta con respecto a una variable poderosa, que es el estado de situación de las Fuerzas Armadas en un momento determinado. El Presidente Toledo, cuando formula su último llamado, lo hace en el contexto de una Fuerza Armada deprimida. Sabemos cuál es la situación del Ejército, de la Marina, de la Aviación peruanas después de Fujimori, el gran desestructurador de instituciones. Cuando la Concertación de Partidos por la Democracia llegó al gobierno en Chile, lo hizo con Fuerzas Armadas poderosas, que lucían una imagen mundial de performance económica positiva. La complejidad de la transición chilena deriva, justamente, de tener un establishment militar muy fuerte como factor de presión o contención. ¿No le parece, entonces, que la variable fuerza militar es decisiva para que gobernantes demócratas civiles establezcan niveles de diplomacia diferenciados en materias de Defensa?

Podría ser. En todo caso, si se parte del concepto de que el gobierno de los Estados en el mundo occidental y democrático corresponde a los civiles, algo habrá que hacer ahora y en el futuro para que ese peso inercial de las decisiones militares no pese tanto como para, definitivamente, comprometer la política interna y la política internacional.

En este año 2002 estamos lejos de ciertas ilusiones que tuvimos en los años 80 y 90, a pesar de que en la región tenemos el más completo elenco de gobiernos democráticos de la historia. Pero, en los hechos, la realidad demuestra que aún falta mucho por hacer en cuanto a la relación civil-militar.

Hay que ver lo que está pasando con las fuerzas militares en Ecuador, en Venezuela y quién sabe lo que se estará procesando en Argentina.

Creo que hay que examinar los diferentes casos en su contexto. Chile tiene una democracia aún bajo vigilancia militar y naturalmente no podemos ignorar el hecho mismo de que, en estos últimos días, se hacen o se intentan modificaciones de la Constitución para eliminar la participación de los senadores designados, dentro de los cuales se encuentran representantes de las Fuerzas Armadas. La propia situación de Pinochet lo revela. Hay allí todavía un esfuerzo por la reconstrucción jurídica del Estado constitucional chileno. El Perú se ha librado de esa tutela, qué duda cabe, no sé por cuanto tiempo, esperemos que para siempre. No ha sido el caso, obviamente, de Venezuela, sino por el contrario: allí se ha acentuado la influencia militar que era aparentemente escasa en el pasado. Y el caso de Bolivia es notable; en él hay un equilibrio verdaderamente plausible que, podría decirse, ha hecho que los bolivianos logren la proeza de construir instituciones civiles y democráticas que tienen peso suficiente sobre sus Fuerzas Armadas. No es el caso, lamentablemente, del Ecuador. Pero, estos son avances que demuestran que es posible llegar a esa situación en la que la política y sobre todo la de Defensa, es definida no en función de las inquietudes y de la mentalidad militar, sino de acuerdo con concepciones de carácter democrático, económico y social, que respondan más bien a la mentalidad civil.

Ningún demócrata podrá contradecirlo en ese punto. El problema es cómo se corta el nudo gordiano y cómo se influye mejor sobre la variable de la fuerza militar, porque tampoco los golpes de Estado son lo que eran. Ahora basta con que los militares se queden pasivos en sus cuarteles para que caiga un mandatario, como ha sucedido en Ecuador. Pero, con respecto a la relación Chile-Perú, estamos en una situación en la cual ya no es tan importante la cantidad de quincallería bélica acumulada, sino la calidad de la participación de los dos establishments. Entonces, proyectemos la situación para después del gobierno de Toledo: termina exitosamente, como es el deseo de todos los demócratas, viene un nuevo gobierno, habrá una reconstitución del establishment militar peruano, puede haber una mejor constitucionalización democrática en Chile... ¿Cómo y cuándo lanzaría usted un encuentro entre demócratas, para una política innovadora con respecto a nuestra relación militar?

Bueno, ése es un panorama auspicioso, excepcional y, naturalmente, un escenario ideal que no se va a dar en la realidad. Prefiero partir del

escenario real que usted ha descrito. Cada uno de nuestros países tiene una diferente relación entre sus órganos administrativos de naturaleza civil y los órganos administrativos de naturaleza militar. Me da la impresión de que todos tenemos que hacer un esfuerzo para que esa relación responda a los dictados de nuestras respectivas constituciones, porque todas las cartas fundamentales latinoamericanas establecen muy claramente que las Fuerzas Armadas no son deliberantes y están sujetas al poder civil. Pero eso, que es una declaración normalmente lírica, debe comenzar a encarnar la realidad de nuestros propios países. Simultáneamente, con la construcción o creación de estas nuevas bases de carácter internacional para la relación entre nuestras naciones, tiene que haber un esfuerzo interno para una racionalización o encarnación de los principios que consagran las constituciones, para disciplinar la relación que hay entre las dependencias civiles y las dependencias militares. Eso se ha logrado, en gran parte, con la desmilitarización de los ministerios de Defensa en la gran mayoría de nuestros países latinoamericanos, incluyendo al Perú. Y me parece que, en el futuro, las políticas de transparencia y la abundancia en la información sobre los movimientos y las decisiones militares pueden contribuir muchísimo. Entretanto, creo que debería haber una decisión explícita, para concertar acuerdos que tengan por objeto la reducción drástica y definitiva del armamentismo. Hay algunas experiencias que nos demuestran que eso se traduce, casi inevitablemente, en un mejoramiento de las condiciones del desarrollo humano. Costa Rica es la mejor prueba.

Una de las cosas que me extraña, como analista, es la posición del APRA en cuanto partido internacionalista. Hoy es tan nacionalista como cualquier otro partido peruano respecto a las relaciones con Chile. El nacionalismo, creo, es uno de los problemas graves que tenemos en la región para superar los recelos. El megabloque norteamericano superó su guerra de secesión para proyectarse a lo que es hoy día. La Unión Europea nace después de dos guerras mundiales con historias previas de guerras terribles. Los europeos han delegado soberanía nacional en áreas básicas, para llegar a la moneda única, a la política exterior común e incluso están estudiando sistemas militares comunitarios.

Me parece que habría que hacer una distinción entre el patriotismo, que es la defensa legítima de los intereses nacionales frente a las agresiones o potenciales agresiones al país y el nacionalismo, que siempre tiene un

contenido agresivo. En el Perú hay y tiene que haber un gran patriotismo. Dudo mucho que haya habido en ninguna etapa de nuestra historia una política nacionalista, en el sentido ideológico del término, porque lo que pretende el nacionalismo es la subordinación de otras naciones, pueblos o Estados. Desde ese punto de vista, creo que está bien ese tipo de reacción y yo insisto en que es un esfuerzo en el que la palabra tiene que estar acompañada de la acción, para crear ese clima de confianza. Me temo mucho que cuando, entre los políticos y los militares latinoamericanos se dice que se ignora determinado tipo de información sobre armamentos, o se dicen medias verdades o son falsedades. Lo cierto del caso es que la información sobre adquisiciones militares es una información hoy día abierta. No hay secreto militar absolutamente desconocido para quienes siguen con alguna atención los movimientos de las adquisiciones que hacen los Estados. Tal vez haya una especie de pacto, por cuya virtud en todos los países no hay transparencia con la información disponible.

Eso está en la naturaleza misma de la estrategia de la disuasión.

Podría ser, pero no creo que el secreto entre nosotros, que no somos dueños de tecnologías originales, llegue al extremo de poder disponer de armamentos sofisticados absolutamente originales. Es una situación distinta a la de los países cuya política se orienta estratégicamente a la creación de armamentos, lo cual no es el caso de ninguno de los países latinoamericanos, a excepción —y hay que recordarlo— de Chile, que tiene fabricación de armamentos. Creo que otra excepción podría ser Brasil...

Argentina produce un tanque mediano...

Por eso insisto en la tesis central: una cosa es el planteamiento teórico, retórico, el requerimiento de esfuerzos de acercamiento y otra muy distinta la política concreta, que puede desalentar las más elevadas intenciones para una relación pacífica.

Cuando no existe voluntad política pasan esos fenómenos.

Así es.

Usted menciona las armas que está produciendo Chile. ¿A cuáles se refiere? Cardoen... Pero, si usted mira la historia de los dos siglos de vida independiente que tenemos, Chile no ha sufrido ninguna agresión de sus

vecinos. Es un dato de la realidad. Creo que usted está con una persona que percibe con claridad lo que la historia ofrece, a la luz de las evidencias vividas, cosa que no le impide mirar el presente y el porvenir al ir pasando por encima de todas estas contingencias, en aras de una latinoamérica en paz, segura y capaz de proveer los recursos necesarios para hacer lo que es en verdad importante, que es crear sociedades justas.

¿No se siente afín con el ideario de sus colegas democratacristianos chilenos? Imagino que ellos son chilenos antes que democratacristianos, como yo soy obviamente peruano antes que cualquier otra cosa. Entonces, veo muy legítimo que ellos sigan los dictados que su patriotismo les inspira, como también creo que es legítimo y explicable que lo hagamos los peruanos. Lo importante es encontrar esas líneas de comunicación entre nuestro sentimiento nacional y nuestra aspiración racional a la construcción de sociedades de bienestar, que den primacía a la persona humana. Eso es lo sustantivo y pienso que ahí sí hay posibilidad de concurrencia y coincidencia entre los sentimientos patrióticos y políticos, que tienen que ver con la construcción de sociedades diferentes a las que ahora tenemos. Pero, insisto: hay que unir la palabra a la acción, porque la inercia no se rompe tan fácilmente ni tampoco únicamente con discursos o con expresiones diplomáticas se despejarán las nubes que ahora enturbian el futuro de nuestras relaciones. Y le advierto, además, que yo no tengo ninguna hostilidad específica contra nadie. Soy alguien que siente, en verdad, que hay prioridades en el mundo y en la política y que en obsequio de ellas puede declinarse cualquier tipo de sentimientos y cualquier tipo de política. Si se admite que el ser humano es el fin supremo de la sociedad y del Estado, es muy fácil llegar a cualquier decisión de naturaleza política o internacional razonable y justa que, por lo demás, tiene contenido universal.

ALEJANDRO TOLEDO MANRIQUE



Alejandro Toledo

“Debemos mirarnos a los ojos sin hipocresía...”

El entonces primer ministro Roberto Dañino me consiguió la entrevista con el Presidente Alejandro Toledo Manrique, como secuela de un almuerzo en la Huaca Pucllana con Enrique Zileri y otros periodistas seniors. Fui a la cita el 20 de septiembre de 2001, a las 12:30 horas, acompañado por Víctor “Che” Vargas, criollazo fotógrafo de Caretas. “Somos amigos con Alejandro”, me contó mientras enrumbábamos a Palacio Pizarro. Quizás por esa amistad no lo mencionó como “el cholo Toledo”. Así lo llaman todos, con matices que van desde el afecto hasta la subestimación. Él nos recibió, con normal impuntualidad, cerca de las 13:00 horas y su abrazo al “Che” me permitió verificar que éste no faroleaba. Conmigo fue formal y atento. Recordó habernos encontrado en reuniones sociales de los años 80, pero sólo cuando el tema lo entusiasmaba —sucedió con la cultura— cayó en el limeñísimo tuteo. Físicamente no había cambios perceptibles: bajito, sólido,

piernas arqueadas, pelo aún negro. Su “look” sí era más cuidado: traje oscuro de excelente corte, corbata sobria en tono gris claro. No se ciñó a la media hora concedida y fue largo y expresivo en sus respuestas. Si bien subdividí alguna parrafada al editar, no fue para podar retórica hueca, sino para servir mejor al lector. Éste percibirá que Toledo, además de ser “un error de la estadística”, como él suele ironizar, es un “cholo” —dicho con respeto— elocuente e ilustrado. Es justo agregar que en ningún momento fue interrumpido por el citófono, el celular o algún edecán, y que fui yo quien puso término a la entrevista. Finezas que un entrevistador siempre debe agradecer.

Chile y Perú parecen vivir un buen momento en sus relaciones, tras sus catarsis con el pinochetato y el fujimorato. Además, el Acta de Ejecución terminó con las obligaciones pendientes del Tratado de 1929, y se acabaron las supersticiones geopolíticas. ¿Qué falta, Presidente, para construir un sistema de confianzas?

Mirarnos a los ojos sin hipocresía, identificar los retos comunes mirando hacia delante, voluntad para no quedarnos anclados en el pasado, congruencia entre el discurso y las acciones.

En esa congruencia discurso-acciones, ¿juega algún papel la seguridad nacional?

El 28 de julio dije algo que es parte de mi profunda convicción y que veo en una relación muy estrecha. Número uno: salimos de una larga noche autoritaria, como la que vivió Chile en su época, y existe en el Perú la voluntad de construir un nuevo amanecer democrático. La construcción de esa democracia, sin embargo, tiene un gran desafiante: la pobreza, que conspira contra la democracia. No es suficiente tumbar a Pinochet o a Fujimori. Ese logro puede ser hasta transitorio si no derrocamos la pobreza. Y no vamos a poder tumbar a la pobreza, a ese 54 por ciento de pobres en el Perú o ese 18 por ciento de extrema-extrema pobreza, si es que no tenemos los recursos...

¿Entonces?

...Hay que tumbarla entendiendo bien que la economía tiene que manejarse con responsabilidad, sin gastar más de lo que tiene uno como ingresos. Tener una política fiscal y monetaria disciplinada, para enfren-

tar la pobreza sin caer en las hiperinflaciones que empobrecen más a los pobres. Eso me lleva al punto de su pregunta: en estrechez de recursos tenemos que ser creativos, para hacer reingeniería de la inversión pública y tener la voluntad política y ser consecuentes con el discurso de las acciones. No podemos continuar gastando 21 por ciento de los presupuestos nacionales en el pago del servicio de la deuda externa o 20 por ciento en los gastos militares. Al tema de la deuda no voy a entrar ahora, porque es mucho más complicado, en un mundo globalizado. Quiero focalizarme en el tema que he propuesto. Creo que existe una enorme responsabilidad en los hombros de los líderes de América Latina, para entender este tema que no es nuevo. Entonces, concreto: hemos planteado la necesidad de reducir los gastos militares para incrementar la inversión social, para tumbar la pobreza. Afortunadamente, a los dos días del discurso encontramos un Presidente como Ricardo Lagos, que tuvo el coraje de comprarse el pleito conmigo y firmó un acuerdo aquí, en palacio. Pero hemos ido más allá. Un mes después hemos puesto a nuestros ministros de Defensa y Relaciones Exteriores para que se sienten a trabajar la homologación de un inventario del *stock* de armamentos que tenemos, para ir hacia una reducción de los gastos militares. Tengo la absoluta claridad de que ningún país puede reducir esos gastos unilateralmente y estoy pensando en un acuerdo multilateral, regional, subregional, porque ése es el realismo, para ir gradualmente reduciéndolos e incrementando la inversión social para la pobreza. Tercero, yo he comenzado siendo congruente entre mi discurso y mis acciones. Hace una semana mi gabinete ha ido al congreso a presentar el presupuesto nacional y ahí hemos aumentado significativamente los presupuestos en salud, en educación y en justicia, y hemos reducido en 20 por ciento el gasto militar. Yo sé que Ricardo Lagos, que es un tipo inteligente, ya anotó esta decisión concreta.

También son importantes los gestos simbólicos.

Hemos hecho un gesto simbólico mutuo, que el mundo debe entender. Un día, simultáneamente, hemos desactivado las minas personales. No es lo más, no son los tanques, los barcos, pero es un símbolo. Lo hemos hecho en Chile y se ha hecho aquí, en Pucusana. Creo que hay terreno. Lo hemos planteado en América Latina, en el Grupo de Río. Lo íbamos a plantear en la Asamblea General de las Naciones Unidas, lo voy a plantear en Europa. Yo sé que hay fricciones, pero tengo la firme convicción de que podemos caminar de las manos para trabajar una paz que sea

rentable al mismo tiempo. Rentable en la medida en que te permite liberar recursos para hacer frente a la pobreza. Espero que no sea sólo la coincidencia de dos jefes de Estado que tienen esa voluntad. Espero que sea una conciencia de quien quiera que venga después de nosotros.

¿Usted ha pensado en la posibilidad de que Cepal actúe como una especie de “honest broker”, como lo ha hecho respecto a Chile y Argentina?

Correcto, ya está aceptado. Lo planteó Ricardo Lagos y yo lo he aceptado. Es una experiencia para no comenzar de cero y en este grupo que ya se reunió, el “dos más dos”, se formó una comisión liderada por los viceministros para ver ese aspecto técnico.

Ése sería un factor nuevo, a partir de la declaración de Ayacucho, que daría un verdadero impulso a la negociación sobre reducción de armas. Desde Velasco Alvarado, los Presidentes peruanos han venido planteando esto como primera medida, pero no ha existido el mecanismo.

Creo que ahí la *expertise* y la experiencia de las Naciones Unidas, particularmente en esa relación Chile-Argentina, nos da elementos de juicio que ayudan.

¿Podemos decir, entonces, como fórmula: homologar primero y reducir el gasto después?

Sí, pero que no sea una trampita, porque si nos demoramos mucho hay que ver qué es lo que pasa. Podemos “estoquearnos” de armas para después crear desequilibrios. Yo estoy dispuesto. Permítame darle una señal simbólica, pero que tiene mucho que ver. En esta nueva concepción, yo les digo a mis amigos chilenos que no compren los F-16, no los encarguen... ¿Para qué? Les puedo decir: “oigan, han comprado ustedes, sí señor, pero entonces los vendemos afuera o los metemos al mar”. Las cartas sobre la mesa.

¿Se lo ha planteado a Ricardo Lagos?

Claro. Y se lo planteé al comandante general de la Fuerza Aérea en Chile. Le dije: “usted no compre, yo hondeo”.

¿Y qué respondió el general Ríos?

No nos metamos al río. Estoy transmitiendo una metáfora que tiene una convicción.

En mi libro planteo el tema de las señales de confianza por iniciativa de Chile, pues en el Perú algunos piensan que no ha existido generosidad de los chilenos. Pero aquí, cuando pregunto a mis amigos “¿qué gesto quisieran ustedes?”, se sorprenden y no todos dicen lo mismo. ¿Cuál sería su opción, Presidente?

Usted ha dicho “no ha existido”, ¿no es cierto?, pero yo no soy una persona que se queda atrapada en el pasado. Podemos tener rencores sobre esto. Para mí, el mejor gesto sería una sincera voluntad de caminar hacia el futuro, para empezar. Sí, eso sería el gesto grande. Algunos pueden decir “yo quiero el *Huáscar*”. Ahí hay controversias. Otros dirán Tacna, Arica. No metamos el dedo en la herida. Seamos capaces de caminar con franqueza, mirándonos a los ojos, caminar hacia el futuro. La mejor voluntad es la mejor señal de un gesto. Chile, obviamente, tiene grandes inversiones en el Perú y están bienvenidas aquellas que se hacen con ética empresarial.

¿Alude al caso Lucchetti?

No aludo a ninguno. Digo que todas las inversiones deben tener una fuerte dosis de ética empresarial. Y no sólo me refiero a las chilenas, incluyo las peruanas. Creo que hoy día la mejor defensa de un país no es tener tanques sofisticados, barcos, aviones en nuestro *stock*. Si tenemos una economía fuerte, con peruanos y chilenos bien educados, bien nutridos, con fronteras vivas, ésa es la mejor defensa. Mire, amigo, permítame que haga una nota al pie de página, porque las circunstancias lo obligan. Acabamos de ser testigos (con el atentado contra las Torres Gemelas y el Pentágono) de que los nuevos conflictos mundiales le han sacado la vuelta a la tecnología armamentista. La dejaron *out side*. ¿De qué le sirve a usted la sofisticación tecnológica en el campo militar? Esto no es una guerra de países por fronteras, ni siquiera toda la explicación está en los intereses económicos. Después de los trágicos incidentes de Nueva York y Washington, estamos ante una guerra de culturas y de religiones, en las que el sofisticado misil no juega. Chile tiene retos como el Perú, con diferencias de magnitudes en las cifras. Tiene menos marginados, si usted quiere. Ésos son los retos en los cuales nos debemos centrar. Entonces, si usted me pregunta qué señales le puede dar el vencedor... pues muéstreme la voluntad política, mirando a los ojos, de que quieres construir una nueva sociedad hacia el futuro y rompamos esos hilos de desconfianza que todavía existen. Se han firmado acuerdos pero sí, hay resentimientos.

En esta etapa de la relación caen piedrecitas como por milagro. Tenemos el caso de los presos chilenos del MRTA que se transforman en un tema problemático, el de la empresa chilena Lucchetti, el de la empresa peruana AeroContinente, el de un jefe naval chileno que mueve una caseta de observación... Todo esto mientras usted asume y Ricardo Lagos reconoce la necesidad de avanzar en la relación con el Perú.

Nunca antes la relación Perú-Chile ha sido tan óptima como ahora. Dos Presidentes que no entran al rodeo. Claro que no es suficiente, porque hay instituciones, hay Fuerzas Armadas. A las mías ya las puse en la horma. Yo veo con gran optimismo esta relación, pues hay una voluntad política de sus líderes. Podemos hacer mucho juntos, tengo grandes amigos en Chile, tengo grandes amigos chilenos aquí. Un amigo asesor es chileno.

¿Quién es?

Lo que Chile no sabe es que nosotros tenemos dos peruanos que son asesores en Chile.

¿Por qué no me cuenta quienes son, Presidente?

No voy a entrar a divulgar nombres, pero vamos a su pregunta: sí, hay piedritas, pero esas piedritas se deben resolver como hemos resuelto con Ricardo Lagos el tema AeroContinente y Lucchetti. Bueno, este último no está resuelto, pero si somos demócratas y creemos en la independencia de poderes, decidimos que el Poder Judicial haga su trabajo. El tema AeroContinente surgió cinco días antes de que Ricardo Lagos viniera en visita de Estado. Yo le dije: "tú no te preocupes, Ricardo, no vas a tener ningún problema acá". Dejemos que la justicia haga su trabajo. Yo no me voy a meter en esos temas.

¿No se corre el riesgo de judicializar la política bilateral?

No, al contrario. Los presidentes toman en sus manos su responsabilidad de conducir la política exterior, que va más allá de estos incidentes comerciales.

Usted dice que ya puso al Ejército en la horma, pero los ejércitos en América Latina, y yo le diría en todo el mundo, tienen una participación importante en el diseño de la política exterior. Yo vengo llegando de Israel, donde es obvio que la política exterior se diseña antes en el Ministerio de

Defensa que en la Cancillería. En Chile los militares tienen influencia, sobre todo respecto a los países vecinos. Hay, sí, una diferencia importante: las Fuerzas Armadas chilenas no fueron derrotadas políticamente. En ese sentido, ¿usted podría hacer una evaluación de su control sobre ese sector tan importante?

Yo tengo un profundo respeto por las Fuerzas Armadas y Policiales de mi país. Me enseñaron a quererlas desde muy temprano en la escuela primaria. Me enseñaron a respetar a Bolognesi, a Grau, a Quiñones. Sé que hay individuos que no han honrado a sus Fuerzas Armadas en estos diez años de dictadura, como estoy seguro no lo hicieron, en Chile, durante la dictadura de Pinochet. Pero yo quiero redefinir el rol y la concepción de la defensa. No hay defensa sin desarrollo económico, no hay desarrollo económico sin defensa y ésta no se encuentra sólo en los tanques y en los aviones. Quiero hacer a las Fuerzas Armadas socias de mi objetivo de tener recursos para invertir más en el área social y enfrentar la pobreza. He hablado con ellos. El poder democrático y civil prevalece, pero uno no puede ser prepotente, uno no puede maltratar ni a los individuos ni a la institución. Sin embargo, hay que dejar que la justicia haga su trabajo sobre aquellos oficiales que no le hicieron honra a sus Fuerzas Armadas. La verdad debe prevalecer. Tenemos una comisión de la verdad y la reconciliación.

¿Usted conoce la experiencia chilena en ese tema?

Sí, señor. Tenemos una comisión compuesta por cuatro personalidades. Están encargadas de hacer una reingeniería de las instituciones de las Fuerzas Armadas, con el propósito de modernizarlas y redimensionar su tamaño mirando hacia el futuro. Prepararlas para nuevos retos, en esta nueva concepción de defensa y desarrollo y también dentro del espíritu de reducir los gastos militares. No es un tema de subordinación prepotente, sino de hacerlos socios de objetivos nacionales y redefinir su rol. Voy a reunirme pronto con los comandantes generales. Ahora no puedo, porque están desfilando en Chile con motivo de las fiestas nacionales. El día de la celebración de nuestras fiestas nacionales el Presidente de Chile estuvo conmigo, presenciado el desfile militar. Mire cuán óptimo es esto.

La diplomacia militar existe. Cuando yo le pregunto a algún general o a algún almirante cómo están las relaciones, me dicen: nuestras reuniones, con

nuestros homólogos, van muy bien y están excelentes las relaciones... ¿Hay cierta autonomía de parte de ellos en esas reuniones intermilitares?

El Presidente del Perú es el comandante general de las Fuerzas Armadas y Policiales.

Entonces, van con instrucciones.

No sobre el aspecto técnico. Eso es su profesionalismo. Pero en este caso yo no he dado ninguna instrucción. Me pidieron permiso para ir y obviamente yo dije que sí.

Si tenemos la confianza política al máximo nivel, que es el presidencial, y militares que están obedeciendo la política exterior presidencial, nos queda el gran rubro de las medidas de confianza en el rubro cultural. ¿Qué medidas puede sugerir usted?

Tocaste una fibra muy sensitiva de mi preocupación personal y presidencial. Es paradójico: esta región que queremos integrar tiene treintaicinco años de instituciones de integración que no han funcionado. Esta América Latina que queremos integrar, paradójicamente, primero mira al norte. Hay más chilenos que conocen Miami que el Perú, y peruanos que conocen más Miami o Nueva York que Chile. Y eso se replica para los otros países de América Latina.

Le agrego una cosa: hay chilenos y peruanos que conocen más el componente militar de nuestras historias que el componente cultural.

Sí, correcto, es correcto. Yo lo he visto en grandes amigos chilenos, en mi época de estudiante afuera, después del 73. Yo creo que hay una vena desperdiciada, que es la cultural. Hay una concepción —y aquí soy de repente irreverente, no será la primera vez— sesgada de cultura. Cultura es Francia, los museos y subestimamos la riqueza cultural de nuestros pueblos, de nuestras raíces. No vengo tampoco a decir que cultura es la incaica, la araucana, la aymara, y allí se cierra el circuito. No, no, no. Lo único que reclamo es que no excluyamos lo nuestro. Mirémonos al espejo y veamos cuáles son nuestras raíces. Un pueblo sin identidad es un pueblo sin futuro. Yo no quiero que mi hija sea parte de la nueva cultura de *Kentucky Fried Chicken* o *McDonald*. Necesitamos entender todas las culturas, las asiáticas, las africanas, las amazónicas, las araucanas, las incaicas, las aztecas, las mayas. Nuestra fortaleza está en entender nuestra diversidad y respetarla. Independientemente de nuestras

opciones, los hijos tuyos y los míos, los niños chilenos y peruanos hoy día viven esta nueva cultura CNN. Esta cultura internet que les permite navegar el mundo con mucha más facilidad que nosotros. Pero esta globalización no puede ir a contrapelo y destruir los rasgos culturales de donde nosotros provenimos.

Como modesto actor de la cultura en mi país y, en parte, en el Perú, me alegra escucharlo. Como economista, por lo visto, está lejos del pensamiento neoliberal, para el cual incluso la cultura viene por “chorreo”.

Yo soy un defensor fuerte de una tercera vía adecuada a mi país y a América Latina, en términos de orientación de política económica. Hoy día no es incongruente ser responsable en el manejo de la economía y tener una fuerte preocupación social. Esa teoría de que primero hay que crecer para después invertir en el área social no la comparto. Yo diría que la inversión social es una variable independiente crucial para el crecimiento. Un país que no invierte en la gran empresa del conocimiento —que significa invertir en la mente de nuestra gente y, más específicamente, en nutrición, salud y educación—, no podrá crecer de manera sostenida. Soy economista de Standford y Harvard y le digo que la pobreza de nuestros países conspira contra la democracia y contra un crecimiento económico sostenido. Ese 54 por ciento de pobres son mercados potenciales que no compran. Los empresarios pudieran producir más y tener un mercado enorme y generar más trabajo. Sin duda.

En el rubro cultural usted acaba de hacer una gran designación...

Tiene usted al frente a un Presidente con la firme determinación de impulsar decididamente la cultura en el Perú. He visto actores, cantantes, escritores que terminan muriendo con tuberculosis en un cuartito abandonado. Pintores que venden en las calles su arte extraordinario por una miseria o los artesanos de Ayacucho, de Junín o los artesanos de Catacaos. He dicho a los amigos que trabajan la cultura: “aquí me tienen, díganme qué debo hacer para apoyarlos”. He nombrado una Comisión Nacional de la Cultura presidida por un escultor famoso, Víctor Delfín. Él ha aglutinado a otros 60 u 80 y están trabajando los lineamientos de una política de Estado. Ellos me recomendarán, pues nadie conoce su chacra mejor que aquel que la cultiva. Recibiré pronto un informe en donde nos digan lo que debemos hacer y ahí priorizaremos en función de nuestros recursos. En el tema de la cultura yo no escondo mi sesgo. Vamos a privilegiar el rescate de nuestras raíces y orígenes.

AGRADECIMIENTOS

Este libro debe mucho a la relación en vivo y en directo que tuve con peruanos contemporáneos.

Por eso, aquí quiero identificar a quienes me ayudaron a entender las texturas vivas de su sociedad. Debo incurrir, al efecto, en un ejercicio de eso que los norteamericanos burlones llaman *name-dropping*. Pero aquí no se hará para presumir, sino para agradecer. Por lo demás, son nombres que, eventualmente, aparecen con rol propio dentro del texto.

Comienzo, cronológicamente, por la solidaridad que me brindaron dos embajadores del Perú: Arturo García y García, quien me ayudó a salir de Chile después del 11 de septiembre de 1973 y Juan Vargas Quintanilla, quien me ayudó a escapar de la República Democrática Alemana, tres años después.

Sigo con la base familiar que me brindara, en Lima, Francisco Gómez de la Torre, hermano de Héctor, tío de mi esposa e hijo de un gran rector de la Universidad San Agustín, de Arequipa. A partir de ese primer círculo, ricamente conectado, conocí al general EP (r) Hernán Otayza Herrera y al periodista Jorge Luis Recavarren. El primero había sido agregado militar en Chile y su primer saludo fue: “sé que eres un poco rojo, pero yo no entro en esas vainas”. El segundo, director del diario *Última Hora*, superó su pasión nacionalista para darme una columna semanal sobre temas de arte y cultura. Dondequiera que ambos estén, deben saber que su solidaridad me abrió puertas importantes o impidió que se me cerraran.



El autor junto a la plana superior de *Caretas*

De izquierda a derecha: Luis Jochamowitz, Enrique Zileri, Fernando Ampuero, José Rodríguez Elizondo, Raúl Vargas, Fernando Rospigliosi.

Tal vez como lector de mi columna en *Última Hora*, ese intelectual inclasificable que es Alfredo Barnechea sugirió al ingeniero Felipe Ortiz de Zevallos (FOZ) que me contratara para el arranque del vanguardista Grupo Apoyo, especializado en información económica. En su sede tuve mi primer escritorio peruano, un diálogo fluido con colaboradores como Augusto Álvarez Rodrich, Guillermo Thornberry y Roberto “Bobby” Dañino, además de un conocimiento inmejorable del mundo pluralísimo de FÓZ. En éste figuraba la Escuela de Negocios para Graduados (ESAN) y su decano Lander Pacora, con quien colaboré dirigiéndole un informativo institucional.

Luego pasé a dirigir la carta informativa bilingüe *Semana Latinoamericana-Latinamerican week*, con sede en la casona miraflores de Manuel Ulloa, en la calle Atahualpa. Se trataba de una publicación que —coincidencia sugerente—, fundaron ese ministro estrella de las dos presidencias de Fernando Belaunde y el talentoso periodista Manuel D’Ornellas, durante sus exilios en Buenos Aires.

Paralelamente, el periodista Álvaro Rojas, a instancias del arquitecto Eduardo Gómez de la Torre, sugirió a Enrique Zileri Gibson,

periodista *top* a nivel mundial, que yo podía llenar cierto vacío de su revista *Caretas*. Tras un corto período de colaboración, éste me entregó una responsabilidad permanente como editor de política internacional de ese prestigiado medio. En la vieja sede de la calle Camaná conocí a Doris Gibson, mitológica fundadora de la revista —junto con Paco Igar-tua— y trabajé con los mejores periodistas del Perú. Entre éstos, los ya mencionados D'Ornellas y Rojas, más Gustavo Gorriti, Elsa Arana, César Hildebrandt, Fernando Ampuero, Domingo Tamariz, Raúl Vargas, Luis Pásara, Luis Jochamowitz, Mónica Seoane, Gonzalo Rojas, Alfonso Reyes, César Lévano, Augusto Elmore, Alberto Bonilla, Kela León, Laura Puertas, Jorge Salazar y Carlos Guillén. Entre estos colegas había futuros ministros, como Patricio Ricketts Rey de Castro y Fernando Rospigliosi. Y no olvido a mi ayudante Sonia Goldenberg, hija de Efraín (quien sería canciller a inicios de los años 90) y al gran dibujante Pepe Manchego, con quien hicimos más de una caricatura al alimón.

Caretas fue mi *alma mater* peruana. Desde ella dirigí la información sobre la Guerra de las Malvinas, con un tratamiento realista que fastidió a la triunfalista embajada argentina. También me permitió reportear a los actores de Centroamérica en guerra, acompañado por Fernando Yovera, un fotógrafo de película. Muy instructivo me fue entrevistar a líderes políticos del Perú, a premios Nobel —inolvidables Milton Friedman y Paul Samuelson—, estadistas extranjeros y prácticamente a todo el liderazgo chileno que se preparaba para la transición a la democracia. Como anécdota válida, Javier Pérez de Cuéllar no temió el eventual celo de los periodistas de su país al concederme la primera entrevista exclusiva, cuando fue elegido secretario general de las Naciones Unidas.

Por esa época, Julio Higashi y Fernando Ampuero ampliaron exponencialmente mi campo interno de diálogo, al contratarme como comentarista de televisión, para sendos programas informativos. En paralelo con esa actividad periodística potenciada, se me solicitaron trabajos para revistas especializadas en ciencias sociales como *Quéhacer*, dirigida por Eduardo Ballón y *Estudios geopolíticos y estratégicos*, dirigida por el general Edgardo Mercado Jarrín.

También intervine en cursillos, conferencias y seminarios en el Instituto de Estudios Peruanos (IEP), el Centro Peruano de Estudios Internacionales (Cepei), el Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO), el Instituto Peruano de Estudios Geopolíticos y Estratégicos (IPEGE) y el Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Participé, así, en el debate académico, junto con los principales científicos sociales y actores de la política exterior del Perú. Asumiendo el riesgo de omitir a más de alguno, menciono a los diplomáticos Juan Miguel Bákula, Allan Wagner, Jorge y Augusto Morelli, Augusto Dammert, Hugo Palma, Nicolás Roncagliolo y Miguel Pons; a profesores e investigadores como Julio Cotler, Eduardo Ferrero, Diego García Sayán, Alberto Adrianzén, Francisco Sagasti, Henry Pease, Laura Madalengoitia, Juan Velit Granda, Helan Jaworski, Abelardo Sánchez León, Max Hernández, Carlos Amat y León, Marcial Rubio, Fernando de Trazegnies, José Matos Mar, Alejandro Deustua, César Arias Quincot, Beatriz Ramacciotti, Carlos Franco y César Rodríguez Rabanal. Gracias a esta actividad paralela pude dialogar con connotados especialistas extranjeros, entre los cuales la uruguaya Amparo Menéndez-Carrión, directora para Ecuador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y los norteamericanos Abraham Lowenthal, latinoamericanista del Wodrow Wilson International Center for Scholars y Luigi Einaudi, entonces investigador de la Rand Corporation (éste era, a la vez, el máximo experto del Departamento de Estado sobre militares peruanos). Por cierto, entre esos extranjeros también había científicos sociales compatriotas, como José Miguel Insulza, Juan Somavía, Heraldo Muñoz, Luis Maira y Alberto van Klaveren, provenientes del exilio mexicano con base en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) o de Chile, con base en el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET).

Ése fue, a grandes rasgos, el amplio espacio que los peruanos me abrieron, subordinando las discriminaciones con coartada nacionalista, los recelos fomentados por la narrativa histórica o la simple competencia del mercado laboral.

Fue una experiencia que, al disolver las amarguras del exilio y enriquecer mi perspectiva nacional, agradeceré siempre.

REFERENCIAS

1. José Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado*, Lima: Ediciones Instituto de Estudios Peruanos, 1984.
2. Entrevista agencia AFP, reproducida en Chile por *El Mercurio*, 10 de octubre de 2003.
3. Jorge Basadre, Exposición en el Centro Peruano de Estudios Internacionales (Cepei) el 10 de abril de 1985.
4. Felipe Barreda Laos, *Vida intelectual del Virreinato del Perú*, Lima: Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1937, pp. 273 y ss.
5. Manuel González Prada, "El discurso del Politeama", en recopilación de ensayos de Biblioteca Nacional Peruana, Lima, 1956, p. 19.
6. Gonzalo Bulnes, *La Guerra del Pacífico*, tomo I, Santiago: Editorial del Pacífico, 1975, p. 121.
7. Mensaje del jefe del aprismo, Víctor Raúl Haya de la Torre, a los apristas de Arequipa, fechado en Incahuasi, julio de 1938. Archivo del autor.
8. Víctor Raúl Haya de la Torre, *Y después de la guerra ¿qué?*, Lima: Editorial PTCM, 1946, pp. 143 y 145.
9. Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile*, tomo XXXIII, capítulo XXXV, párrafo 22. Se ha tenido a la vista la edición especial de la revista *Ercilla*, Santiago, 1984, p. 61.
10. José Rodríguez Elizondo, "El Huáscar y los cazafantasmas", *La Nación Domingo*, Santiago, 15 de diciembre de 2002.
11. Declaraciones en diario *Correo*, Lima, 11 de diciembre de 2002.

12. Coronel Juan Carlos Salgado Brocal y teniente coronel Óscar Izurieta Ferrer, *Las relaciones bilaterales chileno-peruanas contemporáneas: un enfoque realista*, Santiago: Comandancia en Jefe del Ejército, Biblioteca Militar, junio de 1992, p. 51.
13. Jorge Basadre, *Este Perú dulce y cruel*, leído ante la Conferencia Anual de Ejecutivos (CADE), Tacna, 1979, publicado en Lima: Siglo XXI Ediciones, 1984, p. 51. Nota: pututo es un instrumento musical andino.
14. Luis Alberto Sánchez, entrevista de José Luis Sardón, *Debate* N° 43, marzo-abril, 1987.
15. Francisco Igartua, *Huellas de un destierro*, Lima: Editorial Aguilar, 1998, p. 178.
16. V. María del Pilar Tello en *¿Golpe o revolución? Entrevistas a generales Miguel Ángel de la Flor y Edgardo Mercado Jarrín*, tomo I, Lima: Ediciones Sagsa, 1983, pp. 42 y 288.
17. Víctor Villanueva, *El CAEM y la revolución de la Fuerza Armada*, Lima: IEP ediciones y Campodónicoediciones, 1972, p. 176.
18. Edgardo Mercado Jarrín, entrevista de María del Pilar Tello en *¿Golpe o revolución?*, tomo I, ob. cit., p. 287.
19. V. Carlos Delgado Olivera, *Testimonio de lucha*, Lima: Ediciones Peisa, 1973 y *Revolución peruana, autonomía y deslindes*, Lima: Libros de Contratiempo, 1974.
20. *La revolución nacional peruana*, editado para distribución gratuita por la Oficina Central de Información, Lima, 1975.
21. V. textos de Shulgovski y Kuznetsov en *América Latina* N° 3, 1975, revista de la Academia de Ciencias de la URSS.
22. Reproducida por Ricardo Luna Vegas en *Mariátegui, Haya de la Torre y la verdad histórica*, Lima: Retama Editorial, 1978.
23. Discurso en la Municipalidad de Lima, 2 de septiembre de 1971.
24. Donald C. Hodges, *La revolución latinoamericana*, México: Editorial V Siglos, 1976, p. 210.
25. Orlando Contreras, "¿Quién salvará al Apra?", *Pensamiento Crítico* N° 30, La Habana, 1969.
26. Domingo Tamariz, *Historia del poder. Elecciones y golpes de Estado en el Perú*, Lima: Jaime Campodónico Editor, 1995, pp. 350-351.
27. Francisco Igartua, ob. cit., p. 75.
28. *Ibíd.*, p. 76.
29. Amplios extractos de ese documento, de carácter confidencial, fueron publicados por *Caretas*, Lima, en su edición del 7 de julio de 1977.

30. Domingo Tamariz, ob. cit., p. 369.
31. V., sobre este tema, las escuetas pero sugerentes anotaciones del general Carlos Prats en *Memorias, testimonio de un soldado*, Santiago: Pehuén Editores, 1985, p. 389.
32. James D. Theberge, *The Soviet Presence in Latin America*, New York: Crane, Russak and Co., 1974.
33. Víctor Paz Estensoro, "Los factores exógenos y el destino nacional", *Estrategia* N° 27, Buenos Aires, marzo-abril 1974.
34. V. Augusto Pinochet Ugarte, *Geopolítica*, Santiago: Editorial Andrés Bello. Se ha tenido a la vista la tercera edición, de 1977.
35. Fidel Castro, *El más alto ejemplo de heroísmo*, La Habana: Instituto Cubano del Libro, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.
36. Francisco Igartua, ob. cit., pp. 67 y 76.
37. Entrevista en María del Pilar Tello, ob. cit, tomo II, pp. 41 y 44.
38. Entrevista de César Hildebrandt en *Expreso*, Lima, 25 de agosto de 1982.
39. Guillermo Hoyos Osoreo, *Política internacional del Perú*, Lima: sin sello editor, 1977, p. 201.
40. Augusto Zimmerman Zavala, revista *Kausachum*, Lima, 25 de agosto de 1982 y diario *La República*, Lima, 27 de septiembre de 1995.
41. Alberto Ruiz Eldridge, declaraciones en diario *La República*, Lima, 4 de noviembre de 1985.
42. Hernán Couturier Mariátegui, "Los acuerdos entre Perú y Chile para la ejecución de las cláusulas pendientes del Tratado de 1929", en revista *Análisis Internacional* N° 2, Lima, abril-junio de 1993.
43. Luis Alberto Sánchez, *Sobre la herencia de Haya de la Torre*, Lima: sin sello editor, 1994, p. 212.
44. V. diario *La Época*, Santiago, 25 de febrero de 1996. El diplomático e historiador peruano Juan Miguel Bákula también consigna la información en su obra *Perú: entre la realidad y la utopía, 180 años de política exterior*, tomo II, Lima: Fondo de Cultura Económica del Perú, 2002, p. 1117. Se advierte una errata, pues menciona 1985 y no 1995 como año de esas declaraciones.
45. Texto en diario *La República*, Lima, 9 de marzo de 1995.
46. Domingo Tamariz, *Historia del poder*, op. cit., p. 366.
47. Entrevista en María del Pilar Tello, ob. cit., tomo II, p. 198.
48. *Ibíd.*, pp. 146 y 155.
49. *Ibíd.*, pp. 78, 103 y 111.
50. *Ibíd.*, p. 43.

51. Información en revista *Alternativa* N° 58, Bogotá, 3-10 de noviembre de 1975.
52. Entrevista de César Hildebrandt, revista *Caretas*, Lima, 21 de abril de 1977.
53. Jorge del Prado, "Amigos y adversarios de la revolución peruana", *Revista Internacional* N° 5, Praga, 1976.
54. Informe central de Fidel Castro, publicado en diario *Granma*, La Habana, 20 de diciembre de 1975.
55. V. crónica sobre el Perú en edición del 1 de septiembre de 1976.
56. V. Francisco Igartua, ob. cit., pp. 136-153.
57. V. entrevista en revista *Oiga*, Lima, 29 de marzo de 1980.
58. Entrevista en María del Pilar Tello, ob. cit., tomo I, pp. 241 y 275.
59. Conferencia de prensa del 30 de diciembre de 1977 en palacio de gobierno, versión oficial, *El Comercio*, Lima, 31 de diciembre de 1977.
60. Francisco Morales Bermúdez, *Paradigmas de la democracia*, Lima: AFA Editores, 2001, p. 119.
61. Carta de Víctor Raúl Haya de la Torre a Héctor Gómez de la Torre, fechada en Lima, el 30 de abril de 1941, archivo del autor.
62. Revista *Momento* N° 11, Lima, 7 de mayo de 1976. V., además, Luis Alberto Sánchez, *Testimonio personal*, tomo VI, Lima: Mosca Azul Editores, 1988, pp. 31 y ss.
63. Luis Alberto Sánchez, *Sobre la herencia de Haya de la Torre*, ob. cit., p. 210.
64. Francisco Igartua, ob. cit., pp. 239 y 254.
65. V. entrevista a Manuel Moreyra, por Felipe Ortiz de Zevallos, en revista *Debate* N° 7, Lima, marzo de 1981.
66. Entrevista de Uri Ben Schmuél a Luis Cisneros Vizquerra, revista *Oiga*, Lima, 7 de diciembre de 1981.
67. Francisco Morales Bermúdez, *Apuntes sobre autoritarismo y democracia*, Lima: Ibesa, 1989, p. 301.
68. V. información en *El Mercurio*, Santiago, 30 de mayo de 1978.
69. José de la Puente Radbill, declaraciones consignadas por *El Comercio*, Lima, 18 de junio de 1978.
70. V. *Caretas*, Lima, 15 de enero de 1979.
71. Entrevista en *Caretas*, Lima, 15 de enero de 1979.
72. *El Comercio*, Lima, 11 de enero de 1979.
73. V. *El Comercio*, Lima, 21 de enero de 1979.
74. Despacho de Agencia EFE, 24 de enero de 1979.

75. V. nota "Lo de los MIG-21", *Caretas*, Lima, 28 de mayo de 1979.
76. V. información en *El Comercio*, Lima, 24 de enero de 1979.
77. Entrevista de César Hildebrandt a Carlos García Bedoya, *Caretas*, Lima, 28 de mayo de 1979.
78. V. *El Comercio*, Lima, 19 de marzo de 1978, con versión oficial de la entrevista de Francisco Morales Bermúdez al diario *Folha de Sao Paulo*.
79. V. texto completo del discurso en *El Comercio*, Lima, 9 de octubre de 1979.
80. Texto completo en *El Comercio*, Lima, 11 de abril de 1978.
81. Entrevista de César Hildebrandt a Francisco Morales Bermúdez, diario *Expreso*, Lima, 25 de agosto de 1982.
82. V. entrevista de Jorge Salazar a Edgardo Mercado Jarrín en *Caretas*, Lima, 3 de noviembre de 1980.
83. Edgardo Mercado Jarrín, *Política y estrategia en la guerra de Chile*, Lima: sin sello editor, 1979, p. 45.
84. *Ibíd.*, p. 157.
85. *Ibíd.*, p. 169.
86. *Ibíd.*, pp. 164-170.
87. *Ibíd.*, p. 164.
88. *Ibíd.*, p. 175.
89. V. crónica al respecto en *Estudios Geopolíticos y Estratégicos* N° 1, Lima, enero-marzo 1979.
90. *Unidad* N° 644, Lima, 17 de marzo de 1978.
91. René Zavaleta, "El fascismo y la América Latina", colaboración para recopilación *El fascismo en América*, revista *Nueva Política* N° 1, México D.F., 1976.
92. *Revista Kunan* N° 19, Lima, 3 de septiembre de 1978.
93. V. entrevista a Felipe Ortiz de Zevallos en publicación *Compartamos el éxito*, Lima: AMROP International, 2000.
94. Herman Buse de la Guerra, "Tarapacá: en la geografía, en la historia y en el corazón de todos los peruanos, *Post Scriptum*", *Estudios Geopolíticos y Estratégicos* N° 2, Lima, abril-junio 1979, p. 93.
95. *Caretas*, Lima, 16 de julio de 1979. También recopilado en Mario Vargas Llosa, *Contra viento y marea (II)*, Barcelona: Seix Barral, 1983, pp. 158 y ss.
96. Mario Vargas Llosa, "El juego sin reglas", *Caretas*, Lima, 16 de octubre de 1979.
97. Sobre este tema, V. José Rodríguez Elizondo, "Vargas Llosa en la torre de TV", revista *Debate* N° 9, Lima, julio 1981.

98. Enrique Bernaldes, *Perspectivas de política exterior*, Lima: Ediciones de Cepei, 1985, p. 55.
99. Francisco Morales Bermúdez, *Apuntes sobre autoritarismo y democracia*, ob. cit., p. 279.
100. Francisco Morales Bermúdez Cerruti, *Pensando en el Perú*, Lima: Ed. Realidades, 1999, p. 84.
101. Francisco Morales Bermúdez, *Paradigmas de la democracia*, ob. cit., p. 109.
102. Francisco Morales Bermúdez, entrevista de Pedro Tenorio, *Caretas*, Lima, 13 de junio de 2003.
103. Samuel Huntington, *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona: Ediciones Paidós, 1974, p. 113.
104. Es la tesis de María Seoane y Vicente Muleiro, en *El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001, p. 390.
105. Conferencia de prensa cit., publicada en *El Comercio*, Lima, 31 de diciembre de 1977.
106. Sobre este aspecto poco conocido del proceso mediador, V. mi artículo "Argentina-Chile: prehistoria de una mediación", en *Caretas*, Lima, 26 de noviembre de 1984.
107. Sergio Onofre Jarpa. *Creo en Chile*, Santiago: Sociedad Impresora Chile Limitada, 1973, pp. 51 y 54.
108. Sergio Onofre Jarpa, en carta a *El Mercurio*, Santiago, 22 de octubre de 2002.
109. Ernesto Videla Cifuentes, entrevista de Patricia Arancibia Clavel, publicada en versión sintética por *El Mercurio*, Santiago, 1 de septiembre de 2002.
110. Gonzalo Vial, *Las Últimas Noticias*, Santiago, 24 de octubre de 1998.
111. Homero Julio, entrevista de Lilian Calm, *Qué Pasa*, Santiago, 19 de julio de 1984.
112. V. información detallada sobre este proceso en "Chile: la verdad sobre el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el gobierno militar", documento de "Grupo Técnico", publicado sin sello editorial, 1990, p. 75.
113. Óscar Pinochet de la Barra, revista *Política y Espíritu*, Santiago, marzo-abril 1988, p. 31.
114. V. análisis de la incidencia de este caso en el deterioro de la posición estratégica de Chile, en mi ensayo *La ley es más fuerte*, Buenos Aires: Grupo Editorial Zeta, 1995, pp. 53-55.
115. *Semana Latinoamericana* N° 460, Lima, 4 de junio de 1979.

116. *Semana Latinoamericana* N° 480, Lima, 6 de abril de 1979.
117. *Semana Latinoamericana* N° 490, Lima, 2 de noviembre de 1979.
118. V. sobre este tema José Rodríguez Elizondo, "Relación Chile-Perú en el marco de las Convenciones de Lima", Papeles de trabajo del Programa de Estudios Prospectivos, Corporación Tiempo 2000, Santiago, noviembre de 1994, p. 24.
119. V. texto completo en Augusto Pinochet Ugarte, *El día decisivo*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 2ª ed., 1980, anexo 4º.
120. Texto reproducido en libro *Téngase presente*, del almirante Patricio Carvajal Prado, Santiago: Ediciones Arquén, s/f, pp. 66 y ss.
121. V. texto completo en José Toribio Merino, *Bitácora de un almirante. Memorias*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 4ª ed., 1999, pp. 178-188.
122. Tomás P. Mac Hale, "Las relaciones internacionales bajo el gobierno de la Unidad Popular", en obra colectiva *Fuerzas Armadas y seguridad nacional*, Santiago: Ediciones Portada, 1973, p. 132.
123. Luis Jerez Ramírez, *Chile: la vecindad difícil*, edición artesanal compaginada en Amsterdam, 1979, p. 45.
124. V. Jorge Morelli Pando, *Las hipotecas territoriales del Perú*, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995, pp. 131-134.
125. V. "Acceso al mar para Bolivia, posición del Gobierno de Chile", folleto s/f ni sello editor, con presentación del embajador de Chile en Colombia, Sergio O. Jarpa, fechado en Bogotá, diciembre de 1976.
126. Luis Jerez Ramírez, ob. cit., p. 139.
127. Augusto Varas, *Los militares en el poder*, Santiago: Pehuén Editores, 1987, p. 148.
128. Augusto Pinochet Ugarte, *La Guerra del Pacífico, campaña de Tarapacá*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1972, pp. 227 y 229.
129. *Qué Pasa*, Santiago, fascículos de ediciones de 3, 12 y 17 de julio de 1993.
130. María Eugenia Oyarzún, *Augusto Pinochet: diálogos con su historia. Conversaciones inéditas*, Santiago: Editorial Sudamericana, 1999, p. 173.
131. Se ha tenido a la vista fotocopia desclasificada de la Gerald R. Ford Library.
132. Patricia Arancibia Clavel e Isabel de la Maza Cave, *Mathei. Mi testimonio*, Santiago: La Tercera-Mondadori, 2003, pp. 193-195.
133. *Qué Pasa*, Santiago, fascículo cit., edición de 17 de julio de 1993.
134. Patricia Arancibia Clavel e Isabel de la Maza Cave, ob. cit., p. 288.
135. V. *El Mercurio*, Santiago, 6 de julio de 2003.

136. Augusto Pinochet Ugarte, *Camino recorrido, memorias de un soldado*, tomo 3, vol. II, sin sello editorial, Santiago, 1994, p. 301.
137. Augusto Pinochet Ugarte, *Política, politiquería, demagogia*, Santiago: Editorial Renacimiento, 1983, pp. 18 y 119.
138. Entrevista a Gustavo Leigh de Malú Sierra, revista *Hoy*, Santiago, 10 de enero de 1979.
139. V. *El Mercurio*, edición internacional, 22-28 de noviembre de 1979.
140. Texto publicado en *Semana Latinoamericana*, Lima, 17 de agosto de 1979.
141. Los párrafos entre comillas pertenecen a conversación de Hernán Cubillos Sallato con distintos actores de su época, grabada en octubre de 1992 por el Centro de Investigación y Documentación de la Universidad Finis Terrae, dirigido por Patricia Arancibia Clavel. Una versión fue publicada tras la muerte de Cubillos por el diario *La Tercera*, Santiago, en tres ediciones sucesivas. Se ha tenido a la vista la del 6 de mayo de 2001.
142. Raúl Silva Henríquez, *Memorias*, tomo III, Santiago: Ediciones Copygraph, 1944, p. 158.
143. V. Augusto Varas, *Los militares en el poder*, ob. cit., pp. 187 y 188.
144. Patricia Arancibia Clavel e Isabel de la Maza Cave, ob. cit., pp. 329-330.
145. Conversación de Hernán Cubillos cit., versión en *La Tercera*, Santiago, 29 de abril de 2001.
146. V. *El Mercurio*, Santiago, 29 de abril de 2003.
147. José Rodríguez Elizondo, *La ley es más fuerte*, ob. cit., pp. 85 y ss.
148. César Arias Quincot, "Una perspectiva de las relaciones peruano-chilenas", en libro *Relaciones del Perú con los países vecinos*, Lima: Ediciones del Cepei, 1988, pp. 140 y ss.
149. Augusto Blacker Miller, *La propuesta inconclusa*, Lima: Editorial La Mone-da, 1993, p. 161.
150. *Ibíd.*, p. 170.
151. Enrique Silva Cimma, "Exposición ante la Academia Naval y otros discursos de 1992", publicados como folleto s/f por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.
152. *Ibíd.*, p. 163.
153. Felipe Valdivieso Belaunde, "Un acuerdo mezquino", en revista *Debate* N° 73, Lima, junio-agosto 1993.
154. María del Pilar Tello, "El no a la Convención de Lima", revista *Gestión*, Lima, 20 de agosto de 1993.

155. V. texto "El respeto a los tratados es garantía de paz", en revista *Análisis Internacional* N° 3, del Cepei, Lima, julio-septiembre 1993.
156. Ernesto Yepes, *Para que no se repita: cómo se negoció el Tratado de 1929*, Lima: Ediciones Análisis, 1993, p. 135.
157. Gustavo Pons Muzzo, *Del Tratado de Ancón a la Convención de Lima*, Tacna: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Jorge Basadre, 1999, pp. 197 y 235.
158. *La Nación*, Santiago, 7 de septiembre de 1993.
159. V. texto del oficio de Cancillería en Gustavo Pons Muzzo, ob. cit., p. 258.
160. Entrevista de Tamara Avetikian en *El Mercurio*, Santiago, 15 de abril de 1995.
161. José Piñera, "Chile-Perú: de la HV3 al polo de desarrollo", revista *Economía y Sociedad*, Santiago, octubre-diciembre 1995.
162. V. artículo "Petróleo con galones", *Caretas*, Lima, 20 de octubre de 1994.
163. V. *La Nación*, Santiago, 18 de julio de 1994.
164. *La República*, Lima, 14 de septiembre de 1995.
165. *Expreso*, Lima, 15 de julio de 1994.
166. Edgardo Mercado Jarrín, participación en mesa redonda del Cepei, recogida en revista *Análisis Internacional* N° 2, Lima, abril-junio 1993.
167. V. Gustavo Gorriti, *Sendero, historia de la guerra milenaria en el Perú*, Lima: Editorial Apoyo, 1990, p. 386.
168. María del Pilar Tello, *Sobre el volcán, diálogo frente a la subversión*, Lima: Centro de Estudios Latinoamericanos, 1989, p. 265.
169. *Ibíd.*, p. 370.
170. Carlos Iván Degregori, *La década de la antipolítica*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos Ediciones, 2001, 2ª edición, p. 59.
171. Entrevista de Mariella Balbi a Jaime Salinas Sedó, *La República*, Lima, 26 de febrero de 1995.
172. Entrevista de Juan Carlos Tafur a Enrique Obando, *El Mundo*, Lima, 4 de marzo de 1995.
173. Entrevista a Juan Miguel Bákula, revista *Sí*, Lima, 20 de marzo de 1994.
174. Carlos Tapia, "Adiós a las armas", diario *La República*, Lima, 1 de septiembre de 1993.
175. José Rodríguez Elizondo, "Relación Chile-Perú en el marco de las Convenciones de Lima", ob. cit.
176. *Debate* N° 12, Lima, diciembre de 1981.
177. V. texto reproducido en revista *Análisis Internacional* N° 3, del Cepei, Lima, julio-septiembre 1993.

178. Alan Fairlie Reinoso, "Como el agua y el aceite", texto publicado en *La República*, 28 de febrero de 1995.
179. Pablo Macera, "El Perú tiene la obligación de poner en marcha una industria militar", artículo en revista *Sí*, Lima, 30 de enero de 1995.
180. Declaraciones en diario *La República*, Lima, 12 de marzo de 1995.
181. Entrevista de Wilfredo Haro a Carlos Ferrero Costa en diario *El Mundo*, Lima, 8 de febrero de 1996.
182. Editorial diario *La Tercera*, Santiago, 15 de febrero de 1996.
183. Fernando Rospigliosi, "Pinochet y Hermoza", *Caretas*, Lima, 28 de septiembre de 1995.
184. José de la Puente Radbill, "Torre Tagle: nuevos tiempos", diario *El Comercio*, Lima, 11 de enero de 1996.
185. Martín Belaunde Moreira, "Del norte y sur", revista *Sí*, Lima, 8 de enero de 1996.
186. Jorge Morelli Pando, "Caducidad de las Convenciones de Lima", revista *Análisis Internacional* N° 12, Lima, enero-abril 1996.
187. Patricio Ricketts Rey de Castro, "El Chinchorro", *Expreso*, Lima, 5 de enero de 1996.
188. Álvaro Quijandría, "Pensar con la cabeza fría", revista *Debate* N° 87, Lima, marzo-abril 1996.
189. Gastón Ibáñez O'Brien, "Las Convenciones de Lima", *Expreso*, Lima, 24 de noviembre de 1995.
190. Luis Barandiarán Pagador, "El gasto militar: cuánto y en qué", revista *Debate* N° 96, Lima, septiembre-octubre 1997.
191. Entrevista del autor a Edgardo Mercado Jarrín, en *La Época*, Santiago, 17 de diciembre de 1995.
192. Entrevista de Ricardo Ramos a Francisco Tudela, en edición peruana de revista *Cosas*, 20 de noviembre de 1995.
193. José Miguel Insulza, "Objetivos y prioridades de la política exterior de Chile", Papeles de Trabajo, Programa de Estudios Prospectivos de Corporación Tiempo 2000, noviembre de 1993.
194. Mariano Fernández, "Nuevos énfasis en la política exterior de Chile", Papeles de Trabajo, Programa de Estudios Prospectivos de Corporación Tiempo 2000, diciembre de 1993.
195. José Miguel Insulza. "Nuestra política vecinal", capítulo V de *Ensayos sobre política exterior de Chile*, Santiago: Editorial Los Andes, 1998, p. 93.
196. *El Mercurio*, Santiago, 20 de enero de 1996.

197. Rodrigo Díaz Albónico, "¿'Desechar' o respetar las Convenciones de Lima?", diario *La Segunda*, Santiago, 23 de enero de 1996.
198. Diario *El Mundo*, 19 de febrero de 1996.
199. V. Augusto Pinochet Ugarte, *La Guerra del Pacífico, campaña de Tarapacá*, ob. cit., p. 228.
200. Alm. Miguel A. Vergara, "Visión estratégica de la Armada de Chile y de su relación con Perú", texto completo en revista *Estudios Internacionales* N° 139, Santiago, octubre-diciembre 2002.
201. Texto completo en *El Mercurio*, Santiago, 11 de abril de 2003.
202. *El Mercurio*, Santiago, 27 de abril de 2003.
203. V. información en *El Mercurio*, Santiago, 20 de junio de 2003.
204. Entrevista de Patricio González a Aurelio Loret de Mola, *El Mercurio*, Santiago, 25 de noviembre de 2002.
205. Fernando Rospigliosi, "Bases para un control civil institucional de las Fuerzas Armadas", texto en libro *Las Fuerzas Armadas en la transición democrática en el Perú*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos Ediciones, 2001, pp. 48 y 49.
206. Entrevista de Pablo Soto a Allan Wagner, en *El Mercurio*, Santiago, 19 de noviembre de 2003.
207. Augusto Blacker Miller, ob. cit., p. 156.
208. Entrevista a Carlos Martínez Sotomayor, separata de revista *Societas* de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, Año X, N° 7, Santiago, 2001, p. 153.
209. Edgardo Mercado Jarrín, "Las relaciones actuales del Perú con Chile y Bolivia", en *Relaciones del Perú con los países vecinos*, ob. cit.
210. Edgardo Mercado Jarrín, "La guerra de los puertos", texto en *Caretas*, Lima, 1 de enero de 1996.
211. Gonzalo Chávez, "El ajedrez del gas natural", *La Razón*, La Paz, 21 de abril de 2002, cit. por Ramiro Orias Arredondo en "La diplomacia del gas boliviano", revista *Estudios Internacionales* N° 138, Santiago, julio-septiembre 2002.
212. Versión de AP, desde La Paz, reproducida por *La Segunda*, Santiago, 31 de marzo de 2003.
213. Versión de AP, desde La Paz, en *La Segunda*, 25 de abril de 2003.
214. V. José Rodríguez Elizondo, "Chile, Bolivia, Perú: prisioneros del pasado", revista *Mensaje*, Santiago, diciembre 2003.
215. Entrevista de Rodrigo Barría a Allan Wagner, *El Mercurio*, Santiago, 16 de febrero de 2003.

216. V. *El Mercurio*, Santiago, 6 de enero de 2004.
217. V. *El Mercurio*, Santiago, 24 de diciembre de 2003.
218. Kurt R. Spilmann y Kati Spilmann, "La imagen del enemigo y la escalada de los conflictos", *Revista Internacional de Ciencias Sociales* N° 127, Barcelona, marzo 1991, p. 74.
219. V. a este respecto mi columna "Pasarán más de mil años", en *La Nación Domingo*, Santiago, 5 de enero de 2003.
220. Karl Jaspers, *Origen y meta de la historia*, editado por *Revista de Occidente*, 3ª ed., Madrid, 1965, pp. 316 y 334.
221. Jacques Maritain, *Filosofía de la historia*, Buenos Aires: Editorial Troquel, 2ª ed., 1962, p. 18.
222. *Ibíd.*, p. 22.
223. Lenin, Carlos Marx, *Obras escogidas*, tomo I, Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1960, p. 64.
224. Óscar Pinochet de la Barra, "Chile y sus vecinos: problemas y oportunidades", aporte a libro *Chile: política exterior para la democracia*, Santiago: Pehuén Editores, 1989, pp. 158 y 159.
225. Óscar Pinochet de la Barra, *Resumen de la Guerra del Pacífico de Gonzalo Bulnes*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 2001, p. 13.
226. Eusebio Quiroz Paz-Soldán, *Cien años después, 1879-1979. Reflexiones sobre la Guerra del Pacífico*, Arequipa: Ediciones de la Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente, 1989, p. 44.
227. Pablo Macera, "Los acuerdos Perú-Chile", revista *Debate* N° 73, Lima, junio-agosto 1993.
228. Nelson Manrique, "Superar el pasado", revista *Debate* N° 87, marzo-abril 1996.
229. Juan Miguel Bákula, *Perú: entre la realidad y la utopía, 180 años de política exterior*, editado por Fondo de Cultura Económica del Perú y Fundación Academia Diplomática del Perú, Lima, 2002, tomo I, p. 278 y tomo II, pp. 1090 y 1156.
230. Mirko Lauer, "¿Cuál ha sido el costo de la independencia del Perú?", *La República*, Lima, 28 de julio de 2002.
231. José Rodríguez Elizondo, "Chile-Perú: historia renovada", *La Tercera*, Santiago, 12 de mayo de 2002.
232. Colección de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios y otros actos diplomáticos celebrados desde la Independencia, hasta el día, precedida de una introducción que comprende la época colonial, Ricardo Aranda, tomo IV, pp. 767 y ss.

233. Carta al Presidente Joaquín Prieto, de 4 de julio de 1836.
234. Carta a general José María de la Cruz, cit. por Jaime Eyzaguirre en O'Higgins, Santiago: Editora Zig-Zag, 1946, pp. 451-452.
235. Carta a Manuel Bulnes, cit. por Sergio Fernández Larraín en O'Higgins, Santiago: Editorial Orbe, 1974, p. 128.
236. Alan García, *La falsa modernidad, neoliberalismo y neofascismo*, Lima: Kavia Cobaya Editores, 1997, p. 114.
237. Daniel Mora Zevallos, "Las Fuerzas Armadas Peruanas en el siglo XXI: transformaciones indispensables", texto en el libro *Las Fuerzas Armadas en la transición democrática en el Perú*, ob. cit., p. 18.
238. V. entrevista cit, *Caretas*, Lima, 13 de julio de 2003.
239. Julio Cotler, *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos Ediciones, 2000, p. 78.
240. José Rodríguez Elizondo, "Nuevas relaciones entre Chile y Perú", *La Nación*, Santiago, 11 de diciembre de 2000.
241. "América Latina hoy", en *12 preguntas y 120 sugerencias*, ciclo de conferencias organizado por el Instituto de Estudios Internacionales, Santiago, 3-29 de julio de 2002.
242. Conversación con el autor recogida en artículo "Chile-Perú: relación por renovar", revista *Foro Chile* 21 N° 4, julio 2001.
243. V. información en diario *La República*, Lima, 4 de marzo de 1995.
244. *El Mercurio*, Santiago, 17 de febrero de 2002.
245. *Expreso*, Lima, 14 de enero de 2002.
246. *Liberación*, Lima, 20 de febrero de 2002.
247. V. *La Nación*, Santiago, 25 de abril de 2001.
248. V. información en *El Mercurio*, Santiago, 19 de diciembre de 2003.
249. V. José Rodríguez Elizondo, "Fidel... ¿amigo?", en *La Nación Domingo*, Santiago, 28 de diciembre de 2003.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- A**
 Adrianzén, Alberto 210, 365, 388
 Adriazola, Óscar 156
 Alegría, Ciro 28, 36
 Allende, Salvador 27, 45-46, 49, 59, 64, 73, 86, 106, 118, 120-121, 141, 147, 151, 158-160, 166, 168, 174, 184, 213, 302
 Almagro, Diego de 340
 Althaus, Miguel de 219
 Álvarez Rodrich, Augusto 206, 218, 386
 Alzamora Valdez, Mario 125
 Amat, Carlos 219, 388
 Amiel, Ricardo 213
 Ampuero, Fernando 36, 386-387
 Andrade, Alberto 277
 Annan, Kofi 250
 Arana, Elsa 387
 Arancibia, Jorge 274, 292, 362
 Arancibia Clavel, Patricia 153, 182
 Arancibia Clavel, Roberto 183
 Aranda, Luis 250
 Arboccó, Ricardo 244
 Arbulú, Guillermo 97, 142
 Arguedas, José María 36, 214
 Arias Quincot, César 195, 388
 Arredondo, Sybila 214
 Artola, Armando 334
 Atahualpa, 27, 340
 Ataturk, Mustafá Kemal 38
 Aylwin, Patricio 17, 194, 197, 199-200, 216, 221, 229, 270, 291-292, 298, 302-303, 306-307, 311- 312, 314
- B**
 Bachelet, Michelle 274
 Bákula, Juan Miguel 36, 212-213, 217, 219, 257-259, 367, 388
 Ballón, Eduardo 387
 Banzer, Hugo 48, 66, 70, 92, 141, 156, 159-163, 296, 299
 Barak, Ehud 29
 Barandiarán, Luis 118, 228
 Barnechea, Alfredo 82, 386
 Barreda Laos, Felipe 23
 Barrios, Gracia 286
 Basadre, Jorge 23, 35, 123
 Bedoya Reyes, Luis 104, 213
 Belaunde Terry, Francisco 13, 27, 37, 52-53, 82, 85, 87, 130, 137, 193, 198, 206, 213, 228, 354, 364, 386
 Belaunde Moreira, Martín 227
 Belmont, Ricardo 215
 Berlinguer, Enrico 132
 Bernales, Enrique, 130
 Bin Laden, Osama 356
 Blacker Miller, Augusto 195-197, 202, 212, 246, 307-308, 310, 338

- Blanco, Hugo 86
 Blanco Encalada, Manuel 256
 Bobbio Centurión, Carlos 79
 Boeninguer, Edgardo 125
 Bofill, Cristián 167
 Bolívar (estudiante) 115-116
 Bolívar, Simón 22, 65, 259
 Bolognesi, Francisco 106, 382
 Boloña, Carlos 197
 Bonaparte, Napoleón 37
 Bonilla, Alberto 387
 Borja Cevallos, Rodrigo 220
 Botelho, Raúl 157
 Bradbury, Ray 131
 Brady, Herman 95, 97, 105, 108
 Brezhnev, Leonid 43, 65, 86
 Bryce Echenique, Alfredo 36, 255
 Bulnes Sanfuentes, Francisco ("El Mar-
 qués") 16, 92-93, 96-98, 103-104,
 147-153, 155, 176, 180-181, 188,
 360
 Bulnes, Gonzalo 26, 28, 256
 Bulnes, Manuel 24, 97, 256, 325
 Buse de la Guerra, Herman 114-118, 128
- C**
- Cáceres, Andrés Avelino 275
 Callis, Alberto 149, 149
 Camet, Jorge 124, 201
 Camilión, Óscar 228
 Cardoen, Carlos 374
 Cardoso, Fernando Henrique 301
 Carmona, Juan de Dios 151
 Carrasco, Washington 173
 Carrillo, Santiago 131-132
 Carrol, Lewis 131
 Carter, Jimmy 133, 141, 250
 Carvajal, Patricio 169-170
 Castañón Pasquel, Emilio 114-115, 118
 Castedo, Leopoldo 276
 Castillo Velasco, Jaime 125
 Castro, Fidel 46-47, 51, 54, 59, 62, 64-
 65, 78, 80, 84, 86, 166, 170, 174-
 175, 250, 281
 Castro, Sergio de 61
 Caupolicán 255
 Cayo, Percy 182
 Cea, José Luis 364
- Cerda, Julio 243
 Chamberlain, Arthur Neville 117
 Chávez, Hugo 250, 281
 Chávez, Jorge 336
 Che Guevara (ver: Guevara, Ernesto)
 Cheyre, Juan Emilio 173, 183, 328
 Chiabra, Roberto 281
 Chocano, Tito 226
 Chu en Lai 321
 Cisneros, Antonio ("Toño") 36
 Cisneros Vizquerra, Luis ("El Gaucho")
 88, 137, 188
 Cisneros, Luis Jaime 82
 Claro, Ricardo 169
 Clausewitz, Klaus von 31, 273, 370
 Condorcanqui, José Gabriel ("Tupac
 Amaru") 255
 Contreras Sepúlveda, Jorge 94
 Contreras Sepúlveda, Manuel 94, 155,
 179-180
 Cooper Llosa, Frederick 125
 Córdova, Dante 232
 Cornejo Chávez, Héctor 42
 Cotler, Julio 263, 388
 Couto e Silva, Golvery do 115
 Couturier Mariátegui, Hernán 70
 Cruz Coke, Marta 312
 Cubillos, Hernán 61, 93, 98, 110, 152,
 179-182, 189, 226
- D**
- Dammert, Augusto 212, 388
 Dammert, Manuel 263
 Dañino, Roberto ("Bobby") 124, 376,
 386
 Darwin, Charles 117
 Daza, Pedro 156
 Degregori, Carlos Iván 214
 Delfín, Víctor 36, 272, 384
 Delgado Olivera, Carlos 40-41, 44, 88
 Deustua, Alejandro 222, 388
 Díaz, Edwin 337
 Díaz Albónico, Rodrigo 232
 Dillon, Sam 205
 Donoso, José ("Pepe") 152, 255
 D'Ornellas, Manuel ("Manu") 36, 68, 82,
 109, 123, 148, 199, 201, 203, 206,
 211-212, 217, 386-387
 Durán Ballén, Sixto 220

E

Edwards, Jorge 124-125, 127-128
 Einaudi, Luigi 142, 388
 Eisenhower, Dwight 29, 167
 Elmore, Augusto 212, 387
 Elorza, Tomás Pablo 30
 Encina, Francisco Antonio 28, 360
 Encinas del Pando, José 125
 Engels, Friedrich 118
 Ercilla, Alonso de 26, 270

F

Fairlie Reinoso, Alan 224
 Felipillo 26
 Felman, Jacobo ("Bimbo") 121
 Fernández Maldonado, Jorge 51, 54, 78-79, 329, 333
 Fernández, Mariano 231-232
 Fernández, Sergio 102, 152, 175, 179
 Ferrero Costa, Carlos 17, 226, 358-363
 Ferrero Costa, Eduardo 219, 300-301, 388
 Figueroa, Carlos 303
 Flor, Miguel Ángel de la 66, 73, 143, 170
 Ford, Gerald 168, 171
 Forestier, Carlos 108
 Fouché, Joseph 37
 FOZ (ver: Ortiz de Zavallos, Felipe)
 Fraga, Manuel 131
 Franco, Carlos 388
 Franco, Francisco 29, 84
 Frei Montalva, Eduardo 39, 46, 106, 141, 302, 359
 Frei Ruiz-Tagle, Eduardo 17, 31, 177, 199, 221, 224, 231-232, 267, 271, 286-287, 291, 297-306, 313-314
 Freire, Antonio ("Toño") 212
 Frías, Ismael 42
 Friedman, Milton 387
 Fuentes, Carlos 152
 Fujimori, Alberto 17, 37, 71, 73, 138-139, 194-203, 205 -208, 210, 212, 214-217, 219-220, 222, 224-227, 229, 231-233, 237, 240, 247, 260-263, 267-268, 270-271, 275-276, 298-300, 302-303, 308-310, 312, 320, 324, 332, 334, 336-338, 344-447, 351, 353-354, 356, 363, 371, 377

G

Gamarra, Agustín 24
 Gandhi, Mohandas Karamchand ("Mahatma") 177
 García, Alan 13, 27, 118, 144, 193-194, 205, 207-208, 229, 260, 262, 302, 344, 354
 García, Artemio 77, 140, 160
 García y García, Arturo 83, 106, 109, 209, 385
 García Bedoya, Carlos 83, 97, 104, 106, 141, 157, 338
 García Sayán, Diego 17, 214, 274, 347-357, 388
 García Márquez, Gabriel 152
 García Covarrubias, Jaime 245
 Garcilaso de la Vega ("El Inca") 27
 Gaulle, Charles de 29, 190
 Gibson, Doris 387
 Gilardi 329, 334
 Goldenberg, Efraín 198-199, 226, 310, 316, 318, 387
 Goldenberg, Sonia 387
 Gómez de la Torre, Eduardo 109, 358, 386
 Gómez de la Torre, Francisco 385
 Gómez de la Torre, Héctor 13, 385
 Gómez de la Torre, Hernando ("Tato") 119, 121, 122
 Gómez Millas, Juan 125
 González, Felipe 131
 González, José Miguel 102
 González Prada, Manuel 25
 Gorriti, Esther de 203
 Gorriti Ellenbogen, "Gustavo" 36, 203-206, 261, 387
 Graham, José 54, 80, 281
 Granda, Chabuca 255
 Grau, Miguel 106, 270, 311, 382
 Grau, Rafael 106
 Gretchko (mariscal) 331-332
 Griffiths, Harold 125
 Guayasamín, Oswaldo 272
 Guevara, Ernesto ("Che") 65
 Guevara, Walter 157
 Guillén, Carlos 387
 Gumucio, Jorge 250
 Gutiérrez, Gustavo 36

Guzmán, Abimael 37, 44, 47, 203-204,
208, 215, 217, 263, 275
Guzmán, Jaime 151

H

Hackethal, Eberhard 63, 65
Hart, Liddell 329
Harvey Parada, Hugo 245
Haushoffer, Karl 61, 113
Haya de la Torre, Víctor Raúl 13, 27-28,
36, 38, 41, 44, 70-71, 82, 84-85, 87-
88, 90, 104
Hermoza Ríos, Nicolás de Bari 227
Hernández, Max 388
Hervas, Anthony 169
Higashi, Julio 387
Higuchi, Susana 200
Hildebrandt, César 36, 69, 387
Hitler, Adolf 61, 114, 117
Hobbes, Thomas 31
Hodges, Donald C. 46
Honecker, Erich 13
Hoyos Osore, Guillermo 69
Hoyos Rubio, Rafael 108
Humala Tasso, Antauro 275, 291
Humala Tasso, Ollanta 275, 291
Huneus, Pablo 30
Huntington, Samuel 131

I

Ibáñez O'Brien, Gastón 228
Ibáñez, Pedro 151
Igartua, Francisco ("Paco") 36, 43, 51,
82, 140, 387
Insulza, José Miguel 17, 231-233, 271,
276, 299-301, 303, 314-326, 388
Irigoyen, Martín 202
Ivcher, Baruch 261
Izurieta Ferrer, Óscar 183-188, 243
Izurieta Caffarena, Ricardo 183, 305

J

Jarama, Sinesio 51, 214, 333
Jarpa Gerhard, Sergio 94, 102-103
Jarpa, Sergio Onofre 94, 147, 151, 153,
155, 163
Jaspers, Karl 252
Jaworsky, Helan 82, 184, 388

Jerez Ramírez, Luis 159
Jochamowitz, Luis 386-387
Juan Pablo II, S.S. (Papa) 105, 133
Julio, Homero 154

K

Keaton, Buster 297
Kemal Ataturk, Mustafá 38
Kennan, George 295, 320
Kennedy, Edward 60
Kerenski, Alexander 175
Kissinger, Henry 45, 169-171
Kjellén, Rudolf 61, 116
Klaveren, Alberto van 388
Kossok, Manfred 63, 65
Kuznetsov, Valeri 43

L

Lagos, Ricardo 17, 267-269, 271-274,
280, 285-296, 314, 366, 369, 378-
379, 381
Larson, Mónica 27
Lauer, Mirko 222, 230, 258
Lautaro 26
Leigh, Gustavo 174, 176
Lenin (Vladimir Ilich Ulianov) 85, 118,
215, 254
León, Kela 387
Lerner, Adela 203
Letelier, Orlando 60, 155, 168-169, 181
Lévano, César 387
Loayza Galván, Francisco 114, 144, 336-
337
Loret de Mola, Aurelio 245, 279, 281
Lowenthal, Abraham 388
Lozano, César Augusto 129
Luco, Joaquín 125
Luis XVIII, rey 37
Luisetti (funcionario) 148, 153

M

Mac Hale, Tomás 159
Macera, Pablo 224, 256
Mc Cormick, Gordon 204
McDonald Larry 168
McIntyre, Ronald 172
Madalengoitia, Laura 388
Madariaga, Mónica 152, 179

- Mader, Julius 119
Magnet, Alejandro 197, 212
Mahuad, Jamil 300
Maira, Luis 388
Malca Villanueva, Víctor 201
Manchego, Pepe 387
Manrique, Nelson 257
Mao, Tse-Tung 41, 118
Marchais, George 132
Marchand, Luis 219, 308
Mariátegui, José Carlos 36, 38, 44, 132
Maritain, Jacques 252
Martinetti, Eduardo 227
Martínez Sotomayor, Carlos 199, 230, 237, 270-271, 288, 298, 316
Marx, Karl 118, 254
Massera, Emilio 132
Matos Mar, José 21, 388
Matthei, Fernando 171-172, 182
Meier, José Antonio 182
Mena, Odlanier 77, 140, 160, 182
Mendoza, Elías 85
Menem, Carlos 267, 298, 301, 303, 319, 339
Menéndez Carrión, Amparo 388
Menéndez, Luciano Benjamín 92
Mercado Jarrín, Edgardo ("Chino") 17, 38, 45-46, 49-52, 54, 59-60, 67-68, 71, 109-114, 118, 139, 142-144, 202, 207-209, 214, 219, 223, 229, 248-249, 321, 324, 327-346, 387
Mercado Jarrín, Gladys de 50, 328-329
Merino, José Toribio 181
Mesa, Carlos 250-251
Meza Cuadra, Aníbal 119, 333
Millas, Jorge 125
Miro Quesada, Francisco 125, 133
Molina Pallochía, Óscar 96, 108
Molle ("Mollepaza") 63-64, 78, 119
Moncayo, Francisco ("Paco") 223
Monge Casinelli, Carlos 125
Montes, Óscar 132
Montesinos Torres, Vladimiro Illich 37, 45, 51-52, 142-144, 167-168, 203, 205, 207, 215, 224-226, 261, 263, 276-277, 328-337, 345-346, 353, 356
Mora, Daniel 263, 281
Morales, Evo 250, 275
Morales Bermúdez, Francisco 13-14, 16, 36, 50-55, 67-68, 70-73, 77-89, 91, 96-97, 105-106, 108-112, 120, 123-124, 126, 130-144, 156-157, 162, 166, 168, 171, 184, 186-188, 198, 207, 209, 213, 237, 262-263, 295, 332-333, 337, 345, 365
Morales Bermúdez, Remigio (general) 52-53
Morales Bermúdez, Remigio (teniente coronel) 53
Morales Bermúdez Pedraglio, Remigio 82, 208
Morelli Pando, Jorge 227, 388
Morelli, Augusto 388
Moreyra Laredo, Manuel 88, 124
Muñoz, Heraldo 388
- N
Nasser, Gamal Abdel 38
Neruda, Pablo 36, 152, 255, 293, 340
Neuhaus, Carlos 227
Niedergang, Marcel 60, 62, 70, 82, 211, 215
Nixon, Richard 45
Nogales, Xavier 251
Noriega, Manuel Antonio 205
North, Thomas 118
Núñez Jiménez, Antonio 46, 51
- O
Obando, Enrique 216
Odría, Manuel 37, 338
O'Higgins, Bernardo 17, 22, 24, 26, 31, 108, 114, 116, 134, 227, 254, 257-260
Orrego, Eduardo 85
Ortega y Gasset, José 254
Ortiz de Zevallos, Felipe ("FOZ") 109, 123-128, 206-207, 218, 386
Otayza, Hernán 109, 203, 209, 385
Otero Lanzarotti, Hugo 27
Oviedo, José Miguel 125
- P
Pacora, Lander 109, 386
Palma, Hugo 388

- Paniagua Corazao, Valentín 17, 30, 267-272, 287-289, 319, 347-348
- Panizo, Alfonso 30
- Paredes, Iván 226
- Parra, Nicanor 125
- Parra, Violeta 255
- Pásara, Luis 387
- Pastrana, Andrés 365
- Paz Estensoro, Víctor 61
- Pease, Henry 388
- Peñaloza, Walter 42
- Pérez, Carlos Andrés 133
- Pérez Yoma, Edmundo 299
- Pérez, Francisco 299
- Pérez de Cuéllar, Javier 36, 195, 197, 199-200, 210, 218-222, 225-226, 251, 261, 310, 312, 387
- Perón, Juan Domingo 45, 49
- Piazza, Walter 124
- Pinochet, Augusto 49, 59, 61-66, 69-73, 84, 89-90, 92-93, 95-98, 102-103, 105-106, 109, 111, 114, 118-120, 129-130, 133, 141-142, 144, 147, 150-156, 161-175, 177-183, 187-189, 193-194, 200-201, 206, 208, 216, 224, 226-227, 229, 237, 243, 247, 267, 270, 276, 295, 305-306, 311-312, 315, 317, 332, 353, 372, 377, 382
- Pinochet de la Barra, Óscar 155, 255
- Piñera, José 179, 200
- Pizarro, Francisco 22, 340
- Pollack Merel, Jorge 196
- Ponomarev, Boris 43
- Pons Muzzo, Gustavo 198
- Pons, Miguel 388
- Portales, Diego 24, 31, 73, 340
- Pot, Pol 37, 204
- Prado, Jorge del 43, 78
- Prado, Manuel 84
- Prat, Arturo 270
- Prats, Carlos 59, 158, 184, 209
- Puente Radbill, José de la ("Pepe") 83, 93, 95, 97, 141, 163, 227
- Puente y Raygada, Óscar de la 197-198, 212, 310-311
- Puertas, Laura 387
- Q
- Quijandría, Álvaro 228
- Quiñones, José Abelardo 382
- Quiroga, Jorge 296
- Quiroz Paz Soldán, Eusebio 256
- R
- Ramaccioti, Beatriz 388
- Rasputín, Grigori Yefimovich 37, 205
- Ratzel, Friedrich 61, 113
- Ravines, Eudocio 121
- Recabarren, Luis Emilio 121
- Recavarren, Jorge Luis 42, 82, 109, 120-121, 385
- Reyes, Alfonso 387
- Ribeyro, Julio Ramón 36
- Richter Prada, Pedro 143
- Ricketts Rey de Castro, Patricio 228, 387
- Ríos, Patricio 379
- Rivero, Alfonso 231, 317
- Robles, Rodolfo 225
- Rodríguez Saavedra, Carlos 125
- Rodríguez Rabanal, César 388
- Rodríguez Lara, Guillermo 45
- Rodríguez Figueroa, Leonidas 40, 44, 51, 54-55, 73, 79, 82, 86
- Rodríguez, Vicente 94
- Rogers, William 169
- Rojas, Álvaro 386-387
- Rojas, Gonzalo 387
- Roncagliolo, Nicolás 388
- Rospigliosi, Fernando 227, 245, 386-387
- Rúa, Fernando de la 289
- Rubio, Marcial 210, 388
- Ruiz Elridge, Alberto 42, 70
- Ruiz, Roberto 251
- S
- Saavedra, Igor 125
- Saberbein, Gustavo 118
- Saffer Michaelsen, Alicia 134
- Sagasti, Francisco 388
- Salazar, Jorge 387
- Salgado, Juan Carlos 183
- Salinas, Abel 201
- Salinas Sedó, Jaime 196, 216, 225
- Salvatecci (oficial) 144
- Samoré, Antonio 105

Samuelson, Paul 387
 San Martín, José de 22, 24, 108, 258
 Sánchez León, Abelardo ("Balo") 210, 388
 Sánchez de Lozada, Gonzalo 250-251, 296, 299
 Sánchez Latorre, Luis 125
 Sánchez, Luis Alberto 35, 71, 85, 90
 Santa Cruz, Andrés de 24, 260
 Sarmiento, Domingo Faustino 325
 Scarpa, Roque Esteban 125
 Schroth (general) 110, 141
 Scorza, Manuel 36
 Scyszlo, Fernando de 36, 125
 Seoane, Mónica 387
 Seregini, Liber 45
 Shulgosvsky, Anatoly 43
 Siles, Juan Ignacio 250
 Silva Cimma, Enrique 17, 194-197, 307-313
 Silva Ruete, Javier 83, 88, 124, 134
 Silva Henríquez, Raúl 181
 Somavía, Juan 388
 Sotil, Hugo ("Cholo") 54
 Spillman, Kati 252
 Spillman, Kurt 252
 Stalin 36, 118
 Suárez, Adolfo 131
 Suslov, Mijail 43

T

Tamariz, Domingo ("Taquito") 36, 49, 71, 387
 Tantaleán, Javier 72-73
 Tapia, Carlos 217
 Tella, Guido di 303
 Tello, María del Pilar 68, 82, 198, 211, 214
 Theberge, James 61
 Thornberry, Guillermo 386
 Tirado, Carlos 107
 Toledo Manrique, Alejandro 17, 22, 30, 214, 225, 227-228, 245, 251, 261, 271-274, 279-280, 287, 289-290, 315, 323, 347, 349, 354, 359, 370-372, 376-384
 Tolkien, J.R.R. 131

Tomic, Radomiro 169, 359
 Torre Tagle, Marqués de 123
 Torres Aciego (general) 337
 Torres, Juan José 45, 49, 161
 Torrijos, Omar 45, 141
 Townsend, Andrés 109, 203, 212
 Travassos, Mario 115
 Trazegnies, Fernando de 233, 300, 302, 304, 388
 Trotsky, Lev Davidovich Bronstein 118
 Trucco, Manuel 169
 Truman, Harry Swinomish 338
 Tudela, Francisco 226-228, 230-233, 299-300, 303, 318-319
 Tupac Amaru (ver: Condorcanqui, José Gabriel)

U

Ulloa, Manuel 82, 85, 109, 206, 211-212, 386

V

Valdés Puga, Enrique 180
 Valdés Subercaseux, Gabriel 46, 169, 338
 Valdés, Juan Gabriel 233, 300, 302
 Valdés, Sara 167
 Valdivieso Belaunde, Felipe 198
 Valle, Jaime del 193
 Vallejo, César 36
 Varas, Augusto 15, 166
 Varela, Blanca 125
 Vargas Prada, Augusto 196
 Vargas Quintanilla, Juan 385
 Vargas Garayar, Julio 94-95, 97, 104
 Vargas Caballero, Luis 72
 Vargas Llosa, Mario 28-29, 36-37, 123-125, 127-129, 152, 205, 255, 260-261
 Vargas, Raúl 386-387
 Vargas, Víctor ("Che") 376
 Vega, Juan José 82
 Velasco Alvarado, Consuelo de 50, 329
 Velasco Alvarado, Juan 13-14, 16, 38-47, 49-55, 59-60, 62-67, 69-74, 78, 80-83, 85, 88, 91-92, 105, 111, 118, 126-127, 132, 138-139, 140, 158-168,

- 170-171, 174, 183- 184, 186-187,
204, 206, 209, 237-238, 262, 329-
330, 332-335, 337, 379
- Velit Granda, Juan 388
- Vial, Gonzalo 154
- Videla, Ernesto 153-154, 189-190
- Videla, Jorge Rafael 92, 105, 119, 132-
133, 172, 237
- Villacrez Riquelme, Eloy 80
- Villarán, Roberto 197
- Villegas, Beltrán 125
- W**
- Wagner, Allan 193, 245, 250, 279-281,
289, 315, 388
- Waisman, David 272-274, 370
- Westmoreland, William 331-332
- Wilson, Wodrow 31
- Y**
- Yepes, Ernesto 198
- Yovera, Fernando 387
- Z**
- Zaldívar, Andrés 151
- Zamorano, Iván 278
- Zavaleta, René 119
- Zela, Hugo de 232
- Zileri, Enrique 36, 89, 101, 105, 109,
120, 123, 171, 205-206, 212, 261,
376, 386
- Zimmerman Zavala, Augusto 70-71, 82

Este Libro se terminó
de imprimir en Mayo de 2004
en Quebecor World Chile S.A.

LA TERCERA
MONDADORI

Jarpa. Confesiones políticas

Patricia Arancibia Clavel
Claudia Arancibia Floody
Isabel de la Maza Cave

El cambio está aquí

Eugenio Tironi

11 de septiembre

Historia de un ataque terrorista

Reporteros y editores de la
revista alemana *Der Spiegel*

Liderazgo

Rudolph W. Giuliani

***Argentina, la destrucción
de una nación***

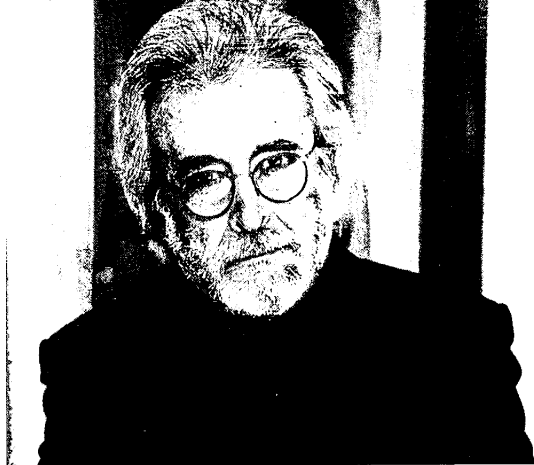
Ángel Jozami

Matthei. Mi testimonio

Patricia Arancibia Clavel
Isabel de la Maza Cave

***Las grandes Alamedas
El Chile post Pinochet***

Patricio Navia



“La relación del gobierno militar con los vecinos no fue nada de positiva, con Argentina estuvimos al borde de la guerra y con Perú también vivimos momentos de tensión.”

Eduardo Frei Ruiz-Tagle

“Si el problema para Chile es que no puede dar salida soberana al mar a Bolivia y si este país no se conforma con otra cosa que no sea la salida soberana al mar (...) entonces, el problema a corto plazo no tiene solución.”

José Miguel Insulza

“Salimos de una larga noche autoritaria, como la que vivió Chile en su época, y existe en el Perú la voluntad de construir un nuevo amanecer democrático.”

Alejandro Toledo

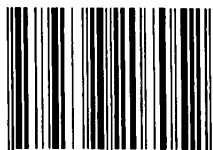
“Los países no pueden ser prisioneros de su historia.”

Ricardo Lagos

CHILE-PERÚ

El siglo que vivimos
en peligro

ISBN 956-8207-05-8



9 789568 207052

LA TERCERA
MONDADORI